



Universidad Autónoma
de Madrid

Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Filología Española

TESIS DOCTORAL

RECONSTRUCCIÓN CULTURAL Y FEMINIDAD:

LA OBRA NARRATIVA Y PERIODÍSTICA DE LUISA CARNÉS (1926-1939)

Natalia Calviño Tur

Directora: Doctora Carmen Valcárcel

Programa de Doctorado: Estudios Hispánicos: Lengua, Literatura, Historia y
Pensamiento

Enero 2021

Reconstrucción cultural y feminidad: la obra narrativa y periodística de Luisa Carnés (1926-1939). Natalia Calviño Tur

Resumen: El trabajo realizado en esta tesis doctoral contribuye a la labor de rescate de las escritoras y periodistas que desarrollaron sus producciones literarias durante la Segunda República española y la Guerra Civil. La recuperación de estos mecanismos de incipiente feminismo a principios del siglo XX en España es una constante en las nuevas líneas de investigación, como demuestran los recientes estudios sobre la autora tratada, Luisa Carnés, a cargo del profesor Antonio Plaza y otros investigadores como Iliana Olmedo o Raquel Arias. A pesar de la beneficiosa salida a la luz del nombre de la autora madrileña, así como de la exitosa acogida por parte del público lector a su obra narrativa, la producción en prensa de Luisa Carnés se había mantenido en un segundo plano hasta ahora. Esta tesis pretende ahondar en la profunda e indisoluble relación entre obra literaria y producción periodística, que da como fruto una crónica de la realidad española de los años veinte y treinta que estaba aún por explorar. Para la consecución de este objetivo, se ha partido de un corpus muy específico, que son las publicaciones periódicas de Luisa Carnés desde su primera aparición en prensa, en 1926, hasta enero de 1939. Asimismo, también se ha partido de sus novelas, publicadas a partir de 1928 con el lanzamiento de Peregrinos de Calvario, pasando por Natacha, Tea Rooms y De Barcelona a la Bretaña francesa, última obra redactada en España antes de su exilio a México en 1939. En el desarrollo del trabajo se interrelacionan las mutuas influencias que las publicaciones periódicas ejercieron sobre la obra narrativa, y viceversa.

Palabras clave: Luisa Carnés, Segunda República española, Guerra Civil, obra periodística, obra narrativa, feminismo, estudios de género.

A mi madre, que me enseñó a admirar a las mujeres fuertes.

Y a mi padre, que me enseñó a serlo.

«Mi máxima ambición es ser absolutamente yo, sentir profundamente el deseo de luchar, que es el único modo de desear ardientemente la vida».

Luisa Carnés (1930).

«Mujeres se preparan a luchar contra la guerra, a luchar por su emancipación y derecho a la vida. No son mujeres de tipos estandarizados, con gafas de concha, corbata y carterón de hule o cuero debajo del brazo. Las mujeres de hoy son mujeres sin tipo, obreras miserables, con un hijo en el vientre; mujeres que, a veces, no saben leer».

Luisa Carnés, *Tea Rooms* (1934).

«Hemos hecho muchas cosas mal, pero también hemos hecho muchas cosas bien, ¿y sabes por qué? Porque nunca nos hemos estado quietos. Hemos hecho muchísimas cosas, y hemos tenido que hacerlas solos, sin la ayuda de nadie. Los únicos que no han hecho nada mal, son los que no han hecho nada, porque esa es la única manera de no equivocarse. Y yo nunca me arrepentiré de ser comunista».

Almudena Grandes, *Inés y la alegría* (2012).

AGRADECIMIENTOS

A la complicada tarea que ha supuesto redactar esta tesis doctoral se suma ahora una dificultad añadida, la de agradecer la ayuda a quienes han contribuido, de alguna manera, a sacar adelante este proyecto, y más por la extensión de la lista que por la elaboración en sí misma.

El primer lugar, como no podría ser de otra manera, lo ocupa mi familia. Gracias a mis padres, cuyo apoyo económico ha sido crucial para mi formación como filóloga primero, y como investigadora después, y cuyos inestimables consejos han sido determinantes para mi crecimiento como persona. A mi padre, a quien tengo el inmenso orgullo de parecerme mucho, que me ha enseñado el valor de la disciplina y el esfuerzo; y a mi madre, que no ha podido llegar a ver personalmente el final de este camino, pero que ha sido la razón primera y última de esta tesis, y sin cuya voz, que escucho en mi interior cada día, no hubiera sido posible concluir. A mi tía María, mi otra madre, y a mis primas —mis hermanas—, que siempre han creído ciegamente en mí, incluso cuando yo no lo hacía. A mi madrina Sonia, cuya sonrisa y optimismo han llenado de vitalidad todos los momentos de flaqueza, que no han sido pocos.

No me olvido de quienes han conseguido que todo esto se haga realidad, gracias a sus ánimos y al constante aprendizaje al que me someten cada día. A mis amigas, que han estado a mi lado durante todo el proceso y que han soportado cada vaivén académico y personal: Marina, Daniela, Ele, Júlia, María; también a mi compañera de vocación, Ester. Mi triunfo personal con la realización de este proyecto es enteramente vuestro.

Mi agradecimiento también a quien apareció en mi vida en el último momento, a quien ha sido testigo de mis peores facetas y a quien, aun así, ha decidido quedarse para siempre. Joaquín, te debo la fuerza para dar forma final a esta tesis. Te quiero y te lo agradezco todo.

También quisiera agradecer a mis profesores su ayuda y su participación, de una forma u otra, en este recorrido académico. Especialmente a Montserrat Amores, profesora de la Facultad de Filosofia i Lletres de la Universitat Autònoma de Barcelona, que me enseñó a leer con amor y a redactar con pasión. Y por supuesto a mi directora de tesis, Carmen Valcárcel, que me devolvió la ilusión por la literatura cuando ya la creía perdida y fue la responsable de que me lanzara a redactar una tesis doctoral en el verano de 2017. Otras personas decisivas en este trayecto han sido el profesor César de Vicente Hernando, cuya visión de la literatura social y de avanzada me ayudó enormemente en la comprensión del periodo; y también la profesora Raquel Arias, que siempre ha tendido su mano con dulzura y amabilidad para ofrecerme un hueco como investigadora en las Jornadas sobre la Cultura de la República que organiza anualmente, y en las que tuve el inmenso placer de estrenarme como conferenciante.

Por último, sólo me queda una persona, a la que debo el honor de haber investigado durante estos últimos tres años de mi vida, Luisa Carnés, que ha acabado siéndome cercana y familiar, y que se ha convertido para mí en un referente de lucha y feminismo. La primera vez que leí *Tea Rooms*, supe que me quedaba un largo camino por transitar, estableciendo una deuda moral con su figura y su obra. Aprendí a valorar todos mis privilegios y mis todavía numerosos obstáculos cuando asistí al cruel relato de sus personajes femeninos. Recorrer todos los rincones de la dura realidad de las mujeres de principios del siglo XX, a través de sus artículos y reportajes periodísticos, ha sido una de las más valiosas lecciones de feminismo que he recibido y recibiré en toda mi vida.

Por todo ello y mucho más que ya sabéis, ¡gracias infinitas a todos!

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	4
I. EL PANORAMA SOCIAL Y CULTURAL PREVIO A LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA	13
1.1. La conformación del proyecto liberal	16
1.2. La mujeres en la nueva sociedad liberal	22
1.2.1. La construcción de una feminidad provechosa: el ángel del hogar	22
Tabla 1. Algunas teorías científicas sobre la inferioridad mental y fisiológica de la mujer, divulgadas a finales del siglo XIX en España	33
1.2.2. La cuestión femenina desde la construcción de lo social	34
1.2.3. Activismo y feminismo católico	38
1.2.4. Feminismo republicano y librepensador	48
1.2.5. El ángel del hogar levanta el vuelo	56
II. LAS MUJERES EN EL ALBOR DE UNA NUEVA ÉPOCA	59
2.1. La conciencia de género	60
2.2. La conciencia de clase	69
Tabla 2. Algunas asociaciones femeninas españolas (1920-1935)	77
III. PANORAMA CULTURAL Y LITERARIO DE LA ESPAÑA REPUBLICANA	80
3.1. Arte deshumanizado vs cultura proletaria	82
3.2. La desvinculación con la Vanguardia	85
3.3. Las revistas del cambio: El Estudiante y Post-Guerra	90
IV. EL PERIODISMO EN ESPAÑA	101
4.1. La evolución del periodismo femenino en España: de femenino a feminista	111
4.2. Las periodistas de la Segunda República	141
V. LA OBRA NARRATIVA DE LUISA CARNÉS (1928-1939)	151
5.1. Apuntes para una biografía	152
5.2. Los primeros pasos de una novelista: compromiso feminista y testimonial	161
a. Peregrinos de calvario (1928)	161
b. La ciudad dormida	163
c. Natacha (1930)	170
d. Tea Rooms. Mujeres obreras (1934)	176
5.3. Los relatos de la memoria	187
a. De Barcelona a la Bretaña francesa. Episodios de heroísmo y martirio de la evacuación española (1939)	187
b. La hora del odio (1944)	200
VI. LA OBRA PERIODÍSTICA DE LUISA CARNÉS (1926-1939)	206
6.1. La labor en la prensa de Luisa Carnés	213

6.1.1. Los cuentos	220
6.1.2. Los reportajes de inmersión	230
6.1.3. Las memorias	236
6.1.4. Vidas humildes	243
6.1.5. Costumbres españolas y madrileñas	250
6.1.6. Educación y estudiantes	252
6.1.7. Arte y artistas	255
6.1.8. Algunas imágenes de los fotorreportajes	264
6.2. El periodo de la Guerra Civil	267
6.2.1. Reportajes sobre la retaguardia	271
6.2.2. La acción de las mujeres	281
VII. CONCLUSIONES	294
VIII. ANEXOS	302
Anexo I. Cronograma de acontecimientos históricos durante el siglo XIX	302
Anexo II. Cronograma de acontecimientos durante la Segunda República y la Guerra Civil	306
Anexo III. Relación de los artículos periodísticos de Luisa Carnés	320
IX. BIBLIOGRAFÍA	328
9.1. Fuentes	328
9.1.1. Obras de Luisa Carnés	328
9.1.2. Otras fuentes bibliográficas	328
9.1.3. Otras fuentes hemerográficas	329
9.2. Estudios sobre Luisa Carnés	331
9.2.1. Bibliografía	331
9.2.2. Hemerografía	331
9.3. Estudios generales	332
9.4. Recursos en línea	337
9.5. Imágenes de hemeroteca	337
9.6. Textos legislativos	338

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia de la humanidad, la imposición de roles de género atribuidos a las mujeres desde ópticas masculinas ha dado lugar a clasificaciones de distintos modelos de mujer. Tradicionalmente, estos modelos se convirtieron en etiquetas que se han ido implantando al género femenino según cada momento histórico. En este sentido, la mujer de mediados y finales del siglo XIX fue caracterizada como el «ángel del hogar»: la perfecta hija, esposa y madre subordinada al hombre, con quien compartía su espacio; dedicada en cuerpo y alma a su bienestar y al de sus hijos varones, preparando y educando en los mismos valores que ella había recibido a su descendencia femenina. Este modelo, sin embargo, inició un viraje propiciado por las mismas mujeres a finales del siglo XIX y principios del XX: el camino hacia la llamada «nueva mujer» o «mujer moderna», en la práctica totalidad de países europeos.

Los debates surgidos en dicho periodo a raíz de la llamada «cuestión de la mujer», que enlazaba directamente con la ya famosa «cuestión social», así como el duro trabajo y exposición mediática protagonizados por las primeras voces femeninas que reclamaban su lugar en la sociedad, lograron importantes hitos. Por ejemplo, la necesaria regulación de la educación de las mujeres, cuyo nivel de analfabetismo alcanzaba alarmantes cotas a principios del siglo pasado, o la reglamentación del trabajo extradoméstico. Logros que se vieron reforzados con la esperada llegada, en 1931, de la Segunda República, que estableció, por primera vez en su Constitución, la igualdad entre los sexos: se concedió a la mujer el derecho al voto y a ser elegida representante en las Cortes Constituyentes, y se promovió su acceso a una educación de calidad tanto en los niveles primarios como en los superiores.

Este movimiento, que durante su desarrollo inicial se encontró con las numerosas trabas que el peso de la tradición patriarcal ejercía sobre la sociedad, se vio bruscamente paralizado con el auge de los fascismos en la primera mitad del siglo XX. En el caso de España, la Guerra Civil y el posterior establecimiento del régimen franquista fomentaron un rápido

regreso hacia los valores tradicionales de la mujer española: una recesión instantánea al siglo XIX, que borró de un plumazo todos los avances feministas que la República había instaurado, y que no se verían recuperados en nuestro país hasta 1978. El peso de la institución eclesiástica y el desarrollo de asociaciones como la Sección Femenina de la Falange, liderada por la hermana del «Ausente», Pilar Primo de Rivera, impusieron de nuevo el arcaico modelo de «mujer de su casa», contando con todas las herramientas que la dictadura puso a su disposición para conseguir el objetivo: la educación, la legislación jurídica y civil, la cultura y el trabajo. Así, las mujeres que se quedaron en España se vieron de nuevo encerradas en casa, cuidando del marido y de los hijos bajo el designio de una Iglesia y un Estado que las consideraba inferiores en todos los sentidos, menospreciándolas y marginándolas en todas las cuestiones públicas. Las exiliadas, por su parte, tuvieron que soportar el desarraigo de su cultura, y ver cómo los hijos que se llevaron consigo a la salida del país crecían y se criaban en unas circunstancias sumamente alejadas de las que hubieran deseado para ellos en la España republicana.

Sin embargo, todas esas vivencias dejaron un profundo surco en todas las mujeres que padecieron la Guerra Civil y la posterior dictadura, que no agacharon la cabeza ante la terrible situación que se vivía en España. La guerra había echado a cientos de mujeres a la calle para ocupar los puestos de trabajo que aseguraran la supervivencia de la República; algunas de ellas incluso se habían lanzado al frente para combatir junto a los hombres. Otras, en vez del fusil, cogieron la pluma para asegurarse de que lo que estaban viviendo no cayera jamás en el olvido. Una de estas intelectuales fue Luisa Carnés. Antes de la guerra, la autora madrileña ya había publicado sus primeras novelas: *Peregrinos de calvario* (1928) y *Natacha* (1930), ambas dejando entrever un compromiso ético con la situación de la mujer en la España de principios del siglo XX, que se verá completamente marcado y fusionado con su conciencia de clase en *Tea Rooms. Mujeres obreras* (1934). Ese mismo año, Carnés es contratada por el grupo editorial Prensa Gráfica, y sus publicaciones se reparten, principalmente, entre el periódico deportivo *As*, la revista gráfica *Estampa*, y el diario *Ahora*, tres de las publicaciones más leídas durante el periodo republicano en España. En algunos de estos medios, Carnés compartió redacción con otras periodistas de conocido prestigio de la época, como Josefina Carabias o Magda Donato, cuya influencia estilística en la autora es sumamente notable. Pero también se codeó, gracias principalmente a su militancia en el

Partido Comunista a partir del año 1934, con otras grandes intelectuales comprometidas del momento, como Margarita Nelken, María Teresa León, Matilde Huici, Elena Fortún, Carmen Karr, María de Maeztu o María Martínez Sierra¹.

Estas mujeres, entre otras muchas, trabajaron antes, durante y después de la República por los derechos de las mujeres, algunas exclusivamente a través del uso de la palabra; otras también a partir de su militancia en partidos políticos o sindicatos. Intelectuales, en su gran mayoría, que utilizaron la prensa como medio de transmisión masiva de las ideas que abrieron el debate sobre la situación de la mujer —y más específicamente algunas, como Luisa Carnés, sobre la situación de la mujer trabajadora—, y denunciaron la situación de inferioridad en la que se encontraba. A pesar de la insuficiencia, de la que eran conscientes, de las medidas que la República llevó a cabo para la mejora de la situación femenina en los ámbitos laborales o educativos, estas mujeres defendieron la legitimidad del gobierno que tantos beneficios les había reportado cuando los militares se rebelaron en el golpe de estado.

Los esfuerzos de las intelectuales durante el periodo bélico fueron orientados, como los de sus compañeros, a combatir el fascismo desde todas las posiciones ideológicas posibles, pero siempre con la herramienta que mejor dominaban: la escritura. En el caso de Luisa Carnés, que trabajó como reportera de *Estampa* durante la Guerra Civil, sus artículos coparon numerosas páginas sobre el estado de la retaguardia en los distintos rincones de la España republicana. No obstante, su mirada se focalizó, en incontables ocasiones, sobre la situación de las mujeres en esa retaguardia. Es entonces cuando ven la luz los reportajes que tienen como protagonistas principales a las mujeres: las madres de los milicianos, las enfermeras del Socorro Rojo, las empleadas de las fábricas, las voluntarias de las cooperativas alimentarias, etc. De estilo parecido son sus publicaciones para *Frente Rojo*, órgano oficial del Partido Comunista en España y periódico en el que trabajará hasta los últimos días de supervivencia de la República.

Por otro lado, y cuando la guerra toque a su fin, Carnés iniciará la redacción de sus memorias, *De Barcelona a la Bretaña francesa: Episodios de heroísmo y martirio de la*

¹ La presencia de Luisa Carnés como miembro de este grupo queda demostrada con su firma en el «Homenaje a Clara Campoamor», acto promocionado en el diario *El Sol* en junio de 1936, en el que las firmantes suscriben un acto de reconocimiento a la figura de la sufragista española. Del mismo modo queda claro que Carnés participaba de forma activa en la vida intelectual de la época a través del manifiesto «Contra el terror nazi», publicado en *El Heraldo de Madrid* y firmado en 1934 por ella y otros escritores comprometidos como Rafael Alberti, Ramón J. Sender o Antonio Machado, entre otros.

evacuación española (1939), a partir del testimonio directo de aquellos días: el paso de la frontera francesa y el posterior internamiento en un campo de concentración. Se trata de un relato muy particular, puesto que estas memorias no cuentan con la perspectiva de los años de exilio, como suele ser habitual, sino con un urgente tono de inmediatez de los días que se iban sucediendo. De hecho, todo el relato está impregnado de un tono articulista que respondería bien a la publicación por capítulos en prensa. Prácticamente toda la obra narrativa de Carnés está redactada desde su perspectiva de reportera —no en vano, su novela cumbre, *Tea Rooms*, se subtitula «Novela Reportaje»—, y a su vez, su prensa está tremendamente influenciada por una prosa literaria que inunda sus reportajes de lírica, de metáforas y objetos de análisis propios de la novela social.

Esta hibridación fue la que me llevó a preguntarme hasta qué punto la participación en la prensa periódica influyó en la obra narrativa de mujeres intelectuales de la Segunda República española. En este estudio me propongo analizar la obra periodística de Luisa Carnés durante el periodo republicano, tratando de establecer unos rasgos comunes a su producción narrativa. Por otro lado, la ausencia de límites entre una y otra tarea literaria no es una característica exclusiva de la autora madrileña, sino que es compartida por muchas de las intelectuales nombradas anteriormente. Nombrarlas y antologarlas a todas sería una tarea demasiado ambiciosa y excedería los límites de este estudio, pero sí adopto una perspectiva comparatista partiendo de un eje central que es la producción literaria de Carnés, para así establecer la relación entre ellas y fijar un sistema grupal². Creo que se trata de un análisis obligatorio y urgente, ahora que todas empiezan a salir del olvido al que el pacto de silencio llevado a cabo por la transición democrática las relegó.

Apartar nuestro estudio de las circunstancias históricas, sociales y culturales que rodearon a esta producción femenina resultaría injusto y lo alejaría por completo de sus propósitos. Por esta razón, he querido incluir en este trabajo un primer bloque que describa y analice en profundidad las circunstancias históricas, políticas y culturales que precedieron a la etapa anterior a la Segunda República española. Considero este recorrido de vital

² La redacción de este estudio coincide en el tiempo con la publicación del trabajo de recopilación del periodista Bernardo Díaz Nosty, *Voces de mujeres. Periodistas españolas del siglo XX*, en el que el autor recupera las voces de más de doscientas periodistas nacidas antes del final de la Guerra Civil y que, evidentemente, ha sido de gran ayuda para nuestra investigación.

importancia para llegar a comprender en su totalidad la situación específica de la mujer española durante el inicio del siglo XX.

Precisamente, la perspectiva de género y de clase es la que explica la exclusión del canon literario de una producción literaria como la de Luisa Carnés, puesto que obras como la suya siempre han sido leídas desprovistas de este sentido. Como señala Iliana Olmedo en su exhaustivo trabajo sobre la obra narrativa de Carnés, el análisis sobre su producción debe partir necesariamente de su invisibilización en la historia de la literatura, para poder entender esta ausencia y llegar al momento específico en el que escribió, tejiendo así nuevas redes de interrelación con otros autores y ampliando la comprensión del período³. El estudio de la figura y la producción literaria de Luisa Carnés sigue siendo de obligada vigencia para la investigación del proyecto republicano y el exilio español, ya que la recuperación de los textos que han estado tradicionalmente apartados y su inclusión en el canon literario⁴ se convierte, hoy en día, en un imperativo moral. La restauración cultural y la revisión de la tradición literaria española desde una perspectiva de género se han convertido en una obligación para saldar esa deuda con nuestros referentes femeninos. La aportación literaria de textos narrativos y periodísticos como los de Luisa Carnés fomentan la necesaria reconstrucción de unos valores culturales que en la sociedad actual deben ser entendidos como parámetros de feminismo, antifascismo y progreso.

Para llevar a cabo este análisis, se ha partido de un corpus muy específico, que son las publicaciones periódicas de Luisa Carnés desde su primera aparición en prensa, con el cuento «Mar adentro» en 1926, hasta las últimas cuartillas del periódico *Frente Rojo*, publicadas en Barcelona en enero de 1939. Este periodo comprende las colaboraciones con la revista *Estampa*, principalmente, pero también con otras publicaciones del mismo grupo editorial como *As* o *Ahora*, y también con la revista *Crónica*. Al mismo tiempo que crecía su figura de periodista, Carnés iba escribiendo sus primeras novelas, con el lanzamiento, en 1928, de *Peregrinos de calvario*, y su primera gran novela extensa, *Natacha*, en 1930, cuya

³ Iliana Olmedo, *Itinerarios de exilio. La obra narrativa de Luisa Carnés*, Sevilla, Renacimiento, 2014, p. 19.

⁴ Olmedo habla de distintas posibilidades para la recuperación de autores invisibilizados en la historia de la literatura: «una propuesta inclusiva en la que se realicen adendas a una historia de la literatura ya establecida, la creación de un canon paralelo y autónomo y la reformulación completa del canon» (*ibid.*, p. 18). Parece evidente que en este estudio se apuesta firmemente por la tercera de las opciones, que es la más justa para con todos los centros y márgenes que construyen la historia de nuestra literatura.

publicación fue anunciada y reseñada por los distintos periódicos y revistas con los que la autora colaboraba. En ambas novelas, Carnés introduce personajes femeninos y masculinos que serán ya definitorios de la galería de individuos que poblarán su narrativa. Se trata, además, de sujetos fácilmente identificables con los que la autora entrevista en algunos de sus artículos, es decir, personajes directamente extraídos de la sociedad española de los años 30.

La mutua influencia que los artículos y reportajes periodísticos ejercen sobre la obra literaria de Carnés se verá reflejada ya en *Tea Rooms. Mujeres obreras*, novela publicada en 1934, año en el que precisamente se convertirá en reportera habitual de la revista *Estampa*; pero también en *De Barcelona a la Bretaña francesa*, donde la mirada cinematográfica, la práctica ausencia del yo narrativo y el desfile de personajes revelan la formación de la autora en la prensa escrita. Este aprendizaje en la tarea literaria no es de extrañar si tenemos en cuenta el elevado número de artículos, reportajes y cuentos publicados en prensa durante los primeros años de recorrido intelectual de Luisa Carnés. Este vasto recuento de publicaciones periódicas, sin embargo, es bastante similar entre sí, sobre todo en cuanto a los temas tratados, y eso obliga a realizar una clasificación a partir del contenido de los artículos en relación con las distintas revistas o periódicos en los que se publicaron. Como se verá más adelante, Carnés fue reportera oficial de las publicaciones pertenecientes al grupo Prensa Gráfica, pero su firma apareció también en otras revistas de distinto sello editorial⁵. En cualquier caso, la colaboración de la autora en la prensa periódica puede agruparse en diversas categorías según el asunto tratado en el reportaje, y el gran número de artículos incluidos en cada clasificación no deja lugar a dudas sobre una tendencia argumentativa similar en cada una de las publicaciones⁶.

En primer lugar, Carnés se estrena en el mundo de la prensa a través de la publicación de un cuento corto, «Mar adentro»⁷, en 1926. No será el último, puesto que en 1938 llega incluso a publicar un pequeño relato en el medio *Frente Rojo*, titulado «Una estrella roja»⁸. Los cuentos son, por tanto, la primera categoría en la que se agrupan las publicaciones de

⁵ La participación en distintos medios de la época fue lo que permitió a Luisa Carnés abandonar el oficio manual para finalmente dedicarse por completo a la profesión de periodista.

⁶ Véase el **Anexo III**, en el que se relacionan todos los artículos periodísticos según su categoría.

⁷ Luisa Carnés, «Mar Adentro», *La Voz*, 1875, 22 de octubre de 1926, p. 7.

⁸ Luisa Carnés, «Una estrella roja», *Frente Rojo*, II, 288, 6 de enero de 1938.

Luisa Carnés en la prensa⁹. El cómputo final es de veintidós relatos cortos publicados entre los años 1926 y 1938, en publicaciones tan dispares como *La Voz*, *Nuevo Mundo*, *Ondas*, *La Raza*, *La Esfera*, *Estampa* o *Frente Rojo*. La extensión de los cuentos suele oscilar entre media y una página, y sus temas son genuinos de los que se verán desarrollados en sus novelas, es decir, las situaciones de necesidad que viven los protagonistas pertenecientes a las clases trabajadoras.

La siguiente sección en la que se agrupan las publicaciones de Luisa Carnés podría ser elevada a la categoría de género periodístico, puesto que otras autoras que ejercieron notable influencia sobre la autora también la cultivaron¹⁰. Se trata de reportajes de inmersión, en los que la propia autora explora personalmente la situación que pretende retratar. Carnés inaugura esta categoría en 1934 con el reportaje más prototípico de su literatura. Titulado «Una mujer busca trabajo»¹¹, es la semilla de la temática feminista con perspectiva de clase que desarrollará en *Tea Rooms. Mujeres Obreras*. En este grupo de publicaciones se encuentran diez reportajes desde 1934 hasta 1936. Como veremos, Carnés lleva a cabo una suerte de *performance*, anulando su verdadera personalidad para introducirse plenamente en el ámbito o contexto que pretende describir.

Otra categoría en la que la voz propia de la autora está totalmente ausente son las memorias. Se trata de artículos que reproducen íntegramente las vivencias de sus protagonistas sin presencia de preguntas o hilo narrativo conducido por la periodista. Dos de estos artículos son las memorias de Miss España y los otros cinco recogen las vivencias de una chica de servir madrileña. Dos personajes muy alejados entre sí que se explayan en la narración de los acontecimientos que construyen su vida, sin escatimar en detalles y anécdotas.

Los siguientes reportajes han sido clasificados en una categoría que aglutina una serie de publicaciones en las que Carnés entra a describir las tradiciones de los españoles de la

⁹ También existía un gran número de cuentos inéditos que el profesor Antonio Plaza se encargó de antologar y publicar en distintos volúmenes: Luisa Carnés, *Trece cuentos (1931-1963)*, Asturias, Hoja de Lata, 2017; *Rojo y gris. Cuentos completos I*, Sevilla, Renacimiento, 2018; *Donde brotó el laurel. Cuentos completos II*, Sevilla, Renacimiento, 2018.

¹⁰ Me refiero a los reportajes llevados a cabo por Magda Donato, que llega incluso a recluirse en un centro psiquiátrico o en la cárcel de Ventas.

¹¹ Luisa Carnés, «Una mujer busca trabajo», *Estampa*, VII, 330, 5 de mayo de 1934.

época, y particularmente también las de los madrileños. Esta sección cuenta con un total de dieciséis reportajes publicados entre 1934 y 1936, en los que la autora examina los actos tradicionales de los años treinta, valorando el folclore como parte indisoluble de la cultura española. Muy relacionada con esta sección se encuentra otra en la que la autora reflexiona en torno al arte y a los artistas españoles de la época. Se trata de un conjunto de reportajes que Carnés lleva a cabo en una sección del periódico deportivo *As*, de la que se ocupa desde el año 1934. Se titula «Artistas y el deporte», y en ella la autora dialoga con diferentes artistas femeninas que son practicantes de algún deporte. También hay, sin embargo, entrevistas en otros medios como *Estampa*, en los que la autora se cita con artistas retirados que tienen a bien explicar algún aspecto de su carrera. Veintiséis entrevistas se agrupan bajo este epígrafe desde el año 1934.

Luisa Carnés explica brevemente en varias de sus publicaciones que la concepción cultural de la sociedad no puede construirse únicamente a partir de los grandes logros conseguidos por las personas ilustres o las figuras conocidas. Su empeño en alumbrar también los márgenes, las vidas de las personas comunes, la lleva a redactar secciones como «Vidas humildes» o «Mi señorito», en las que la autora entrevista y elabora reportajes sobre personajes la clase trabajadora. Se trata de treinta y tres artículos repartidos en distintas publicaciones entre los años 1934 y 1936. Carnés también va a interesarse por la situación de los estudiantes en España durante los años treinta. Seis reportajes publicados entre las revistas *Estampa* y *Ahora* describen la vida estudiantil en las universidades y la situación de las mujeres en la educación superior en España.

Una vez iniciada la guerra, la autora se compromete con la causa antifascista y pone su trabajo como periodista al servicio de la República. Sus publicaciones pasan a repartirse entre la revista *Estampa* y *Frente Rojo*, y se centran particularmente en las actividades de la retaguardia y la situación de las mujeres durante la guerra. Estas son las dos últimas categorías en las que se ha dividido la obra periodística de Carnés, y agrupan un total de ochenta y dos artículos entre 1936 y 1939.

La razón por la que he decidido excluir de este estudio la etapa del exilio es porque creo que inaugura un tipo de escritura muy distinta en la autora¹², una prosa de madurez que

¹² Además, la investigadora Iliana Olmedo se encuentra preparando una recopilación de los artículos periodísticos de Luisa Carnés en su exilio mexicano.

se aleja del espíritu revolucionario y feminista que se vislumbra tan claramente en el periodo republicano. Es cierto que los artículos periodísticos publicados en *El Nacional* o la *Revista Mexicana de Cultura* son de una esencia muy similar a los reportajes de preguerra, centrados en la situación de la mujer en México, especialmente en su vida cotidiana; sin embargo, la voz narrativa se vuelve notablemente melancólica, los cuentos que publica tienen un matiz mucho más oscuro. Incluso las novelas publicadas en el exilio se alejan considerablemente de narrativas feministas como las alumbradas en *Tea Rooms*. Tal es el caso de *El eslabón perdido* (1954), novela en la que el protagonista principal es radicalmente distinto a los que había venido presentando en España, y en la que la reivindicación feminista está completamente ausente.

La obra de Carnés en México otorga un sentido totalmente distinto a su literatura, que es necesario tener en cuenta a la hora de abordar un estudio global de su obra, pero que diverge del objetivo principal de este estudio, que es aportar una perspectiva periodística y feminista al panorama literario del periodo republicano en España. La propia Iliana Olmedo, quien en su estudio sí incluye, obviamente, un análisis de la producción de la autora en el exilio, afirma que, aunque «sólo su condición de exiliada explica las mutaciones de su obra», es «posible analizar su obra anterior a la guerra en contraposición con sus contemporáneos»¹³. Lo cual parece una definición muy acertada de lo que se plantea en este estudio: el análisis comparatista de un centro (la obra periodística de Carnés) en relación con otros (la obra periodística de otras intelectuales españolas de la época), lo que contribuye a la reconstrucción de unos márgenes de obligada visibilización para reelaborar la arquitectura del canon literario español.

¹³ Olmedo, *op. cit.*, p. 16.

I. EL PANORAMA SOCIAL Y CULTURAL PREVIO A LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Como se ha comentado anteriormente, excluir de nuestro estudio los acontecimientos históricos, sociales y culturales que contextualizan el desarrollo literario de Luisa Carnés daría como resultado un análisis aislado de su tiempo y de la obra del resto de sus coetáneas. Derivaría, por tanto, en un estudio completamente falto de sentido y de conocimiento global de la importancia de Carnés en su época.

Merece la pena destacar la gran mejora que experimentó la situación de la mujer durante el periodo que abarca el final del siglo XIX y el abrupto final de la Segunda República en España. El perjuicio que causó la ideología franquista sobre el desarrollo de la independencia femenina instauró un profundo letargo en la conciencia social acerca de los logros y conquistas que el feminismo había inaugurado durante el periodo inmediatamente anterior a la dictadura. Tampoco el «pacto del olvido», instaurado en 1977 por los miembros activos del proceso de transición democrática, como única solución al callejón sin salida que había supuesto la muerte natural de la dictadura franquista, contribuyó al necesario reconocimiento del exilio intelectual del 39, y mucho menos abrió cauces o tendió puentes facilitadores para la recuperación de la cultura que se descalabró junto con la República¹⁴.

En ese sentido, la reconstrucción de la memoria y la recuperación de las figuras de los intelectuales que abandonaron España a partir de 1939 siempre ha sido particularmente fragmentaria, precisamente por las características históricas y culturales que rodean a este periodo. Por otro lado, la ceguera en la que la nueva España sumió a sus ciudadanas, así como el olvido al que relegó la obra literaria o artística de sus antecesoras, provocó que las intelectuales fueran las últimas en ser rescatadas y en recibir su legítimo lugar en la historia literaria de nuestro país. La inexistencia hacia la que el periodo dictatorial las desplazó hace doblemente difícil tanto su recuperación como la construcción e implantación de su obra en

¹⁴ De hecho, el Decreto-Ley 20/1977, de 18 de marzo, sobre Normas Electorales, obliga explícitamente a todos los partidos que deseen concurrir a las elecciones generales de 1977 a renunciar a toda denominación expresamente republicana. Disponible en: <https://www.boe.es/boe/dias/1977/03/23/pdfs/A06584-06600.pdf>.

el canon literario. La dispersión geográfica de su producción literaria, como consecuencia del exilio, unida al arrinconamiento causado por su condición de mujeres creadoras, ejerce en ellas una condición de doble marginalidad de la que es forzoso sacarlas.

Por ello, creo que es necesario ubicar la obra de Luisa Carnés en el panorama histórico y cultural de la España de los años treinta. Carnés forma parte de una generación de mujeres que aceptó como natural su derecho a la participación en la vida pública. El acceso a la educación femenina se había venido regulando durante los años previos a la llegada de la República, y la presencia de mujeres en las aulas de Escuelas Superiores y Universidades era cada vez más frecuente. Asimismo, las mujeres habían conquistado una parte del espacio público al conseguir ser elegidas como miembros activos de la política, siendo Victoria Kent, Clara Campoamor y Margarita Nelken las primeras en conseguir escaño de diputadas. Durante la Segunda República se logró, además, el derecho al voto; cuya prohibición para las mujeres era algo contradictorio, teniendo en cuenta que podían ser elegidas como cargos públicos. Sin embargo, estos derechos públicos tenían ciertas restricciones para un elevado número de mujeres que desarrollaba su vida en el ámbito estrictamente familiar. Sin ir más lejos, ninguno de los avances instaurados en el mundo laboral (seguros de maternidad o mejora de las condiciones laborales de las mujeres y los niños, por ejemplo) pudo ser disfrutado por aquellas que se dedicaban al servicio doméstico o al trabajo a domicilio¹⁵, por tratarse de trabajos que se ejercían dentro del hogar. Sin embargo, aunque tímidos, también hubo pequeños avances en la vida privada de las mujeres. La República hizo posible el divorcio, el derecho a la emancipación económica del padre y del marido y la investigación sobre la paternidad para las embarazadas solteras.

El papel de Carnés en esta coyuntura va más allá del ejercido por las modernas o las sufragistas. Su importancia radica precisamente en la ausencia inicial en estos círculos de intelectualidad femenina. Efectivamente, Carnés está más cerca de las obreras analfabetas que de las asistentes al Ateneo o al Lyceum Club, cuyas posibilidades económicas y de emancipación se encontraban radicalmente alejadas de las opciones para las asalariadas de las fábricas y los talleres. En este sentido, Carnés actúa como altavoz desde un ámbito periférico,

¹⁵ Gloria Núñez Pérez, *Trabajadoras en la Segunda República. Un estudio sobre la actividad económica extradoméstica (1931-1939)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989, pp. 384-389.

arrinconado y marginal, desde el que trata, sin embargo, de escuchar todas las voces silenciadas y cubrir todos los ángulos invisibles de la sociedad:

Se dice: “felices los hombres que no tienen historia”. Pero ser un hombre sin historia no libra de las pesadumbres inherentes a la condición humana. Como Napoleón, los peones de albañil y los oficinistas, padecen del hígado, tienen infortunios conyugales, desavenencias con los amigos. Menos necio que declararlos dichosos, puesto que la Historia no se ha fijado en ellos, es preguntarse si la Historia no cometerá injusticias: si realmente estas vidas de trabajadores humildes valen menos que las de algunos figurones espectaculares¹⁶.

Sobre esta consideración de los sectores trabajadores de la sociedad como miembros activos e importantes en el proceso de la Historia se construirá toda la narrativa y el periodismo de Luisa Carnés. Esta concepción, asentada en su experiencia personal, es sumamente relevante, puesto que, si bien Carnés no es la única en denunciar la situación del proletariado español en los años 30, el suyo es un testimonio especial en tanto que expone su propia experiencia. Se trata, por tanto, de un relato veraz de los acontecimientos, que se aleja del de otros escritores o intelectuales que denuncian la situación con un tono condescendiente y paternalista; o del de los obreros con escasa o nula formación que escatiman el aspecto literario de sus producciones narrativas. Esta condición es, precisamente, la que alaban los críticos en las reseñas a sus novelas desde sus inicios en el ámbito literario:

Confesemos que por encima de las cualidades literarias que puedan avalorar este libro primero, lo que desde luego le comunica un inmenso poder emotivo es el saber que su autora es esta mujer humilde que gana su vida como una obrera, y que, como ella, él también se ha formado y surgido en la monotonía jornalera y vulgar de un taller. Esta condición lo hace más puro, lo aísla de la literatura profesional, le confiere el valor lírico de una confidencia, acaso el valor social de una denuncia¹⁷.

Carnés continuará con su formación literaria, y su inclusión en el ámbito intelectual dará sobrada cuenta de ello. Sin embargo, su hilo narrativo siempre irá por el mismo cauce: la denuncia social y la crítica a un sistema que ignora explícitamente la crisis que el sector más desfavorecido de la población ha hecho estallar, como demuestran las numerosas huelgas y manifestaciones que tuvieron lugar durante las primeras tres décadas del siglo XX en España.

¹⁶ Luisa Carnés, «Vidas humildes. El hombre que sirve el periódico al Presidente de la República», *Estampa*, VII, 338, 30 de junio de 1934.

¹⁷ Rafael Cansinos Assens, «Crítica literaria. *Peregrinos de calvario* (novelas), por Luisa Carnés, con un prólogo de José Francés, Madrid, Espasa-Calpe, 1928», *La Libertad*, X, 2504, 31 de marzo de 1928.

Precisamente por esto es indisoluble el análisis de su obra literaria y periodística de la situación en la que se incubó: la tarea artística de Luisa Carnés es producto de los acontecimientos que relata. En este sentido, para llevar a cabo la reconstrucción de la literatura de Luisa Carnés, la revisión de la historia reciente de España cobra una notable importancia, con todas las aportaciones que la perspectiva de género puede ofrecer; es necesario un repaso de las circunstancias que contribuyeron a que la situación femenina mejorase con el advenimiento de la Segunda República. Las carencias que ni siquiera la Constitución de 1931 consiguió reparar o los beneficios que la militancia política reportó a las mujeres son tan sólo una muestra de lo que recoge su literatura, tanto en narrativa como en prensa.

1.1. La conformación del proyecto liberal

Las primeras consideraciones con perspectiva de género sobre la historia de España suelen relacionar el nacimiento del movimiento feminista en nuestro país con el movimiento sufragista, representado principalmente por la figura de Clara Campoamor. La tardía llegada del sufragismo a España se achaca con frecuencia a causas como el lento desarrollo de la industrialización y, por ende, al difícil crecimiento de la clase media que protagonizará el potente movimiento a favor del voto femenino en otros países como Estados Unidos o Inglaterra. Sin embargo, si revisamos las diversas experiencias de las mujeres en España y aplicamos otros criterios de interpretación para los acontecimientos históricos, nos daremos cuenta de que el feminismo español no consiste en un movimiento unidireccional hacia la cumbre que supone el discurso de Clara Campoamor en las Cortes Constituyentes en 1931, sino una pluralidad de feminismos que encuentra su origen en el clima de inestabilidad política y social que trajo consigo la construcción de la modernidad en España durante el siglo XIX¹⁸:

[...] una tensión que caracterizó a todo el proceso de construcción del sistema y del Estado liberal desde mediados de los años treinta del siglo XIX. En concreto, desde el interior de los mismos liberalismos posrevolucionarios y respetables, se

¹⁸ Mary Nash, «Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 151-172.

construyeron muchos de los referentes e imaginarios sociales heredados por los diferentes feminismos posteriores¹⁹.

En realidad, para comprender las causas que antecedieron al pensamiento de las intelectuales comprometidas con la situación de la mujer durante la Segunda República, deben ser tenidos en cuenta todos los factores sociales, económicos y políticos que marcaron el proyecto liberal en España, y el lugar que ocupó el sector femenino en la construcción de esta nueva sociedad. Para ello debemos remontarnos, efectivamente, al siglo XIX, y efectuar una breve revisión de los convulsos acontecimientos históricos que poblaron el periodo y que fueron los responsables de la puesta en marcha de la maquinaria revolucionaria que, tras varias intentonas a la largo de la época decimonónica, desembocó en la instauración de la Segunda República.

Parece indiscutible que el desarrollo del siglo XIX, especialmente hacia el final, pone sobre la mesa un debate sobre la posición o el espacio que le corresponde a cada individuo en la sociedad²⁰. La expansión de la prensa, de la literatura romántica y costumbrista, el progreso científico y la proliferación del asociacionismo filantrópico ampliaron el concepto de esfera pública, permitiendo su acceso a un conjunto de la sociedad que acabará conformando la ciudadanía²¹. Este ensanche del espacio público siembra, sin embargo, una duda con respecto al límite de su crecimiento. ¿Hasta dónde llega su expansión? La respuesta no parece muy clara a principios de la centuria, puesto que la ley del sufragio sufre innumerables cambios a lo largo del siglo. Da comienzo con un sufragio censitario que irá abriendo sus fronteras hasta el sufragio universal para los varones mayores de 25 años a finales de la centuria. Precisamente, esta apertura de la esfera pública al pueblo —en un totalidad relativa, pues deja a la mitad femenina de la población—, es la que transforma España en un estado-nación moderno, al traspasar todos los poderes que previamente se concentraban en la persona del rey a las instituciones públicas que representaban a la ciudadanía²²: «Con el paso a la modernidad, quienes ostentaban la autoridad empezaron a

¹⁹ Mónica Burguera, *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012, p. 18.

²⁰ Véase el **Anexo I**, en el que se relacionan los acontecimientos históricos de esta centuria ordenados cronológicamente.

²¹ Burguera, *op. cit.*, p. 32.

²² Y precisamente es la que acentúa la total exclusión femenina del espacio público.

ejercer un poder público como representantes del público. Ello convirtió a éste en lo que vino a denominarse «sociedad civil», y apareció por primera vez el concepto de «sociedad» entendida como un cuerpo homogéneo de opinión pública»²³.

La instauración del proyecto liberal trajo consigo la construcción de una opinión pública, y con ello, la proliferación de revistas y publicaciones periódicas en general. Gracias a la promulgación de la libertad de prensa en la Constitución de 1869, y tras su restauración en 1883, el periodismo contribuye a la creación de la sociedad civil como tal, es decir, como un conjunto de individuos que comparten una serie de preocupaciones o prioridades comunes y que debaten sobre ellas en público. A grandes rasgos, es así como se configura la esfera pública de la sociedad, «a partir de la opinión pública de ciudadanos privados»²⁴. Como es evidente, la transformación del periodismo dará lugar a nuevos modelos de publicaciones y de géneros, aunque la consideración de la prensa como espacio público donde compartir criterios propios y construir opiniones comunes se mantendrá firme también durante la Segunda República. Como se verá más adelante, la concepción de los periodistas como figuras de intelectualidad, así como la unión de grupos editoriales periodísticos y literarios, demuestra la relevancia e influencia de las publicaciones periódicas sobre la sociedad.

Por otro lado, el asociacionismo también se erige como escenario propicio para la sociabilidad liberal. La inauguración de sociedades filantrópicas como el Ateneo y el Liceo no hizo más que enfatizar la condición de la esfera pública como espacio abierto al debate y la participación ciudadana, convirtiéndolos en órganos oficiales e institucionalizados que servían de altavoz para los debates y las tertulias que se llevaban a cabo en el ámbito privado, como los cafés o los salones de los hogares burgueses.

Sin embargo, la premisa liberal que promulgaba los valores de «igualdad, libertad y fraternidad» para todos los individuos encontraba una insalvable contradicción en cuanto se llevaba a la práctica. La institucionalidad liberal se valió de los textos legislativos, los códigos reguladores y normativos, y de normas éticas y morales para denegar cualquier derecho civil, jurídico y político al conjunto de las mujeres. Significativamente, esta privación de la categoría de ciudadanas no hubo de ser plasmada en ninguna parte de manera

²³ Jo Labanyi, *Género y modernización en la novela realista española*, Madrid, Cátedra, 2011, p. 51.

²⁴ *Ibid.*, p. 51.

explícita, sino que estaba tan asentada la consideración de la incapacidad femenina para acceder como sujeto cívico al espacio público, que el conjunto femenino de la sociedad fue sistemáticamente excluido de cualquier proyecto liberal. Según Gloria Espigado:

La obviedad de esta incapacidad femenina que no necesita siquiera ser registrada es la constante de los textos constitucionales y de las leyes electorales españolas hasta llegar a la ley de 1890, que por primera vez se refiere al sexo masculino como detentador del derecho a sufragio. Con anterioridad, pese a cumplir requisitos legales exigidos relativos a la propiedad o a la capacidad, la ley no se vio obligada a expresar la exclusión que pesaba sobre las mujeres, porque simplemente se daba por entendida²⁵.

La aprobación del Código Civil de 1889²⁶ condenaba a las mujeres a una minoría de edad perpetua, destinándolas a una dependencia directa del varón cabeza de familia: el padre primero, y el marido después. Por otro lado, el Código Penal²⁷ incurría en una llamativa contradicción al considerar a las mujeres responsables de sus delitos, y juzgándolas como individuos adultos, libres e independientes. El Código Civil, aprobado por la regente María Cristina, consta de 1976 artículos recogidos en cuatro libros, trece disposiciones transitorias y cuatro disposiciones adicionales. Este Código se redacta con el objetivo de regular los derechos y las obligaciones de las personas, de la familia, y de la adquisición, venta y herencia de las propiedades. De sus casi dos mil artículos, sólo cincuenta y ocho hacen referencia explícita a los derechos y deberes de la mujer; se trata, principalmente, de disposiciones aclaratorias en caso de abandono del protector y del responsable de todos los bienes y adquisiciones de la mujer: el padre o el marido. El texto legislador se encarga de mostrar, a lo largo de su entramado, la inferioridad civil a la que condena a las mujeres, lo que se traduce en una ausencia absoluta de poder de decisión y en una imposibilidad de disponer de sus propios bienes durante toda la vida. La mujer alcanza la mayoría de edad dos años más tarde que el hombre bajo la tutela paterna; una vez contrae matrimonio, el marido pasa a ser el administrador y responsable de los bienes y acciones de su mujer; en cuanto a los hijos, pertenecen más al padre que a la madre por disposición civil, y sólo las viudas, con

²⁵ Gloria Espigado, «Las mujeres en el nuevo marco político», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, III, Madrid, Cátedra, 2006, p. 34.

²⁶ Texto original publicado en la *Gaceta de Madrid*, CCXXVIII, III, 206, 25 de julio de 1889, p. 249. Disponible en [https://www.boe.es/eli/es/rd/1889/07/24/\(1\)/con/18890725](https://www.boe.es/eli/es/rd/1889/07/24/(1)/con/18890725).

²⁷ Texto original publicado en la *Gaceta de Madrid*, CCXXVIII, III, 243, 31 de julio de 1870, p. 9. Disponible en <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1870-6883>.

numerosas trabas, consiguen algo de independencia en la legislación española de finales del siglo XIX, que conviene recordar que se mantuvo vigente prácticamente hasta la transición democrática.

La construcción de la esfera pública de la sociedad se conforma a partir de la adquisición individual de la condición de «ciudadanía». Esta categoría se obtiene a expensas de un elemento trascendental en la construcción del Estado moderno: el mercado. La desamortización, el proyecto más destacado del periodo liberal, desplazó las jurisdicciones de la Iglesia a la bolsa nacional, liberando las tierras del poder señorial y eclesiástico e introduciéndolas en el libre mercado. Según Jo Labanyi:

[...] los propósitos eran múltiples. En primer lugar, aliviar la deuda nacional, puesto que las tierras podían pagarse en bonos del Estado. En segundo lugar, ampliar el control del Estado a aquellas zonas de territorio nacional hasta entonces bajo jurisdicción señorial y eclesiástica [...] El tercer objetivo era dividir las grandes haciendas, creando más propietarios y, por tanto, más ciudadanos, ya que el sufragio, que otorgaba a los votantes una «inversión» personal en la nación, estaba vinculado a un requisito de propiedad²⁸.

En este sentido, parece bastante evidente que la totalidad del sistema liberal se organiza sobre la teoría del mercado, puesto que la libertad es entendida como la capacidad para adquirir bienes propios. Al no poder disponer de propiedades sin la autorización del marido, las mujeres quedaban excluidas de este principio de ciudadanía, y apartadas de la conformación del espacio público de su propia sociedad. La autora Carolina Coronado lo explicaba con meridiana claridad en un poema llamado, no en vano, «Libertad»:

Risueños están los mozos,
gozosos están los viejos,
porque dicen, compañeras,
que hay libertad para el pueblo.
Todo es la turba cantares,
los campanarios estruendo,
los balcones luminarias,
y las plazuelas festejos.
Gran novedad en las leyes,
que, os juro no comprendo,
ocurre cuando a los hombres
en tal regocijo vemos.
Muchos bienes se preparan,
dicen los doctos al reino,
si en ello los hombres ganan,
yo, por los hombre me alegro;

²⁸ Labanyi, *op. cit.*, p. 40.

Mas, por nosotras, las hembras,
ni lo aplaudo, ni lo siento,
pues aunque leyes se muden
para nosotras no hay fueros.
¡Libertad! ¿qué nos importa?
¿qué ganamos, qué tendremos?
¿Un encierro por tribuna
y una aguja por derecho?
¡Libertad! ¿de qué nos vale
si son los tiranos nuestros
no el yugo de los monarcas,
el yugo de nuestro sexo?²⁹

Labanyi señala el traslado de la producción económica familiar fuera del domicilio como el factor que acaba de conformar un espacio privado «en el sentido más común del término: el hogar doméstico basado en la intimidad y el amor»³⁰. Como espacio íntimo dedicado al descanso y los cuidados de la familia, será el asignado a las mujeres, excluidas de la producción por ser las encargadas de la reproducción. Sin embargo, como apunta el poema de Coronado, las mujeres hicieron de su encierro una tribuna, y muchas de ellas supieron aprovecharse de sus límites privados para elevar la voz dentro del hogar. El asociacionismo femenino surgido en los salones de los hogares burgueses transgredió el principio de no ciudadanía de las mujeres, al utilizar el espacio que se les asignó como propio para llevar a cabo reuniones con fines diversos³¹.

Este asociacionismo, a pesar de no centrarse todavía en la presencia de la mujer en la sociedad, sí entronca directamente con un aspecto fundamental del hogar liberal-burgués, y es su posición en la división de las esferas de poder. Parece bastante claro que la casa familiar no forma parte del espacio público, por ser el escenario propio de lo privado (presumiblemente, las mujeres y los niños). Sin embargo, en tanto que ciudadana, la familia burguesa también forma parte del Estado de algún modo. La arquitectura del hogar burgués establece fronteras muy claras entre lo público y lo privado: el salón se convierte en sala de reuniones donde recibir a las visitas, mientras que las habitaciones pertenecen al ámbito de lo personal, de lo íntimo, de lo femenino, en fin. Galdós sabe retratar bien esta situación en la primera parte de *Fortunata y Jacinta*, cuando Juanito Santa Cruz se retira al dormitorio por encontrarse enfermo, mientras en el salón todos los amigos y conocidos de su familia

²⁹ Carolina Coronado, *Poesías*, Madrid, Castalia, 1991, p. 390.

³⁰ Labanyi, *op. cit.*, p. 53.

³¹ Espigado, art. cit., p. 43.

discuten sobre temas de orden público. Entretanto, Jacinta se reparte entre ambas estancias para reproducirle al Delfín la conversación. Del mismo modo lo esboza Clarín en *La Regenta*, cuando señala la indiscreción de Obdulia al atreverse a explicar a los demás el diseño de la alcoba de doña Ana.

El hogar se convierte en un elemento más del escenario civil al protagonizar un aspecto central del debate público. Y si los límites en cuanto al espacio privado son tan híbridos, si el hogar forma parte del espacio público de alguna manera, ¿qué papel puede ocupar el sujeto femenino dentro de esta hogareña burbuja? La mujer pasará a convertirse en la protectora de los espacios privados, los destinados al cuidado de los hijos y el descanso del marido. Sin embargo, también llevará a cabo una tarea central en el desarrollo del proyecto liberal: el alumbramiento, crianza y educación de nuevos sujetos útiles para el crecimiento del recién estrenado sistema político y económico. Esta función de la mujer es lo que convierte al hogar burgués en espacio público, en tanto que productora de nuevos ciudadanos ejemplares en beneficio de la patria. Ella, sin embargo, seguirá perteneciendo al ámbito privado: «la familia era un “cuerpo” orgánico o una sola “persona jurídica”, con la esposa y los hijos legalmente “incorporados” bajo la tutela del esposo como “cabeza” de familia»³². Oficialmente comienza la transformación femenina en *ángel del hogar*, en protectora de la tradición que tan esmeradamente se encargaban de diseñar los hombres en el ruedo público.

1.2. La mujeres en la nueva sociedad liberal

1.2.1. La construcción de una feminidad provechosa: *el ángel del hogar*

La precaria situación personal y social de las mujeres a mediados del siglo XIX en España se encontraba respaldada por todas las administraciones públicas. Una de ellas era la institución eclesiástica, que se encargaba de obstaculizar la emancipación femenina y el advenimiento del progreso social en general. La Revolución de 1868 inspiró ciertos aires de cambio y de libertad que influyeron notablemente en la cultura decimonónica. Sin embargo, la Restauración de 1874 endureció todavía más los principios conservadores y el clero recuperó toda su influencia. Para la Iglesia, la subordinación del *ángel del hogar* era práctica y enormemente útil:

³² Labanyi, *op. cit.*, p. 85.

[...] la imagen del ángel, derivada de las normas religiosas de la feminidad doméstica del Antiguo Régimen, y compatible con ellas, servía a la Iglesia y a sus aliados conservadores en la lucha por recuperar la hegemonía moral y cultural en la vida española. Servía, además, para definir una identidad cultural nacional fundada sobre esta hegemonía³³.

La realidad era que, culturalmente, no había tanto que recuperar. En su desarrollo inicial, el liberalismo político había trabado una serie de desavenencias con la Iglesia católica, relacionadas principalmente con todo lo concerniente a la desamortización. Sin embargo, el poder liberal no declaró la aconfesionalidad del Estado, y ni siquiera la Gloriosa pudo hacer nada más que dictaminar la tolerancia respecto a las creencias religiosas de los ciudadanos, sin llegar a alcanzar la secularización total del país:

El catolicismo, presente en las prácticas ritualizadas que seguía la gran mayoría de los españoles y dotado de la capacidad de dictaminar el trasfondo doctrinal y moral de la educación de los mismos, siguió funcionando, bajo el reinado isabelino, como principio rector de los comportamientos deseables³⁴.

En este sentido, el dictado de normas, leyes e instrucciones fue bien claro para las mujeres, y conformó lo que vino a cristalizar en un código de conducta moral para las muchachas de la burguesía durante todo el siglo. Código que se divulgó no sólo a partir de la vastísima influencia que ejercía la doctrina católica en las mujeres mediante el confesionario, sino también a través de la promulgación de una serie de valores que se fundieron con los de la moral burguesa imperante. La subordinación, la abnegación en los cuidados y el bienestar de la familia, la espiritualidad religiosa, la ausencia de deseo sexual, la honradez, la humildad, la generosidad y la bondad serán los principios rectores de una figura de estrecho margen de acción para las mujeres, el ya citado *ángel del hogar*:

[...] una especie de sacerdotisa dedicada a un culto basado en el cuidado del padre, del esposo, de los hijos, en suma, de la familia. Es, además, una creación burguesa a la que aspirarán a acercarse muchas de las mujeres de los estratos populares, mientras que, cuando los comportamientos de las aristócratas no se adapten a tal modelo, se convertirán en blanco de las críticas de la literatura y de la moral de aquella clase social, ahora dirigente³⁵.

³³ Susan Kirkpatrick, *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Valencia, Cátedra-Universitat de València-Instituto de la mujer, 2003, p. 32.

³⁴ Espigado, art. cit., p. 39.

³⁵ Rosa Ríos Lloret, «Sueños de moralidad. La construcción de la honestidad femenina», en Isabel Morant, *op. cit.*, p. 181.

La categoría de *ángel del hogar* está directamente relacionada con una cuestión de clase: se trata de una condición exclusiva de la burguesía. Así se explica, por ejemplo, el grito revolucionario de «¡Viva España con honra!», proferido por los liberales contra la reina Isabel II y sus conocidas prácticas sexuales moralmente reprobables, o los fallidos intentos de reforma de una muchacha de clase baja como Fortunata:

La pusimos en el camino de la regeneración, y le ha faltado tiempo para echarse por los senderos de la cabra. ¡Al monte hija, al monte! Bueno; allá se entenderá usted con Dios. Ya me estoy riendo del chasco que se va usted a llevar. Porque ahora, como si lo viera, se lanzará usted otra vez a la vida libre. Divertirse... ¡jea!³⁶

La lucidez de Galdós, en *Fortunata y Jacinta*, al confrontar a Fortunata, una muchacha de pueblo, «ordinariota y salvaje»³⁷ y a Jacinta, un perfecto ejemplo de *ángel del hogar*, «modestita, delicada, cariñosa y además muy bonita»³⁸, señalando en diversas ocasiones a lo largo de la novela la imposibilidad de la primera por parecerse a la segunda, demuestra hasta qué punto el discurso moral y de conducta para el ángel hogareño es también diseño de la teoría política liberal y del recién nacido sistema económico capitalista.

Para que el modelo de esferas que separaba lo público de lo privado funcionara, era forzoso que se entendiera la familia como la depositaria fundamental de la moral burguesa, la única que podía garantizar el derecho a la propiedad privada. En esta concepción de la familia como órgano que sustenta la unidad del cuerpo de la nación, la mujer protagoniza el papel central, puesto que será la encargada de la reproducción y, por tanto, de la continuidad de la sociedad en el futuro. Así pues, el surgimiento de la burguesía como clase dominante en el entramado del sistema capitalista supone un motor de arranque para la creación de la santa doméstica, la protectora del espacio privado sobre el que se sustenta toda la construcción de lo público. El ángel, por tanto, se convirtió en un modelo de feminidad que interesaba mantener, y para ello se pusieron en marcha toda una serie de mecanismos morales, religiosos e incluso científicos que focalizaron todo su esfuerzo en demostrar la diferencia existente entre el género masculino y el femenino.

³⁶ Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*, II, Madrid, Cátedra, 2011, p. 870.

³⁷ *Ibid.*, I, p. 295.

³⁸ *Ibid.*

La religión católica primaba como cualidad femenina la resignación, argumentando que no era en este mundo donde debía encontrarse la felicidad, sino en el siguiente. La vida, por tanto, se convertía en una serie de desdichas que correspondía soportar. Más específicamente, el matrimonio era comprendido como un sacrificio y como un mecanismo de subordinación en el que las mujeres debían obedecer al hombre, y así se lo transmitían los guías espirituales a las mujeres en los confesionarios o desde los púlpitos. Lo demuestra la escritora Pilar Sinués en su revista *Ángel del hogar*, cuando la dulce Mélida alecciona a su amiga Valentina, que tiene el atrevimiento de quejarse aun estando a punto de casarse con un buen hombre:

¿Por qué, amiga mía, por qué lo ves todo por el lado negro y no por el rosado? La felicidad reside en nosotros mismos, y el que se halla mal en todas partes es difícil que persuada a los demás de que la culpa es sólo de su suerte. Dios ha dado al cielo sol y nubes, y la vida tiene igualmente sus nublados: ¿por qué le hemos de pedir perpétua serenidad? Mejor dicho, ¿por qué has de ser tú de los pobres ilusos que se juzgan con derecho a una felicidad inalterable? Si aquí se hallase la dicha perfecta, ¿se llamaría esto *valle de lágrimas*? Nuestra patria no es el mundo, sino el cielo, al que aspira el alma en su constante afán³⁹.

Según la institución eclesiástica, la sumisión era el elemento fundamental en la personalidad de la mujer desde el Antiguo Testamento:

[...] su inferioridad se establecía en el mito de la creación: el hombre había sido creado a «imagen y gloria de Dios», pero la mujer había sido creada para gloria del varón (Corintios I, XI, 7, 8 y 9). Por su participación en el pecado original fue condenada a dar a luz a sus hijos con dolor y estar sometida a su marido (Génesis, III, 16), con quien estaba en la misma relación que la Iglesia con Cristo (Efesios, V, 22-24). Eva representa todo lo malo de la mujer, su debilidad justifica que el hombre la tenga bajo su dominio y sus artimañas justifican la propia debilidad del hombre⁴⁰.

En este sentido, sólo otra mujer, en la iconografía católica tradicional, suple las carencias femeninas que Eva legó a todas sus descendientes: la Virgen María, que redimió a las mujeres del pecado original mediante la procreación de Cristo sin el acto sexual necesario para la reproducción. María fue proclamada el modelo al que todas las mujeres españolas debían aspirar, concretamente María Inmaculada o la Purísima Concepción, cuyas representaciones gráficas dan claro ejemplo del ideal femenino de belleza y de comportamiento que una joven respetable debería tener. Clarín lo plasma a la perfección

³⁹ María del Pilar Sinués de Marco, «Hija, esposa y madre», *Ángel del Hogar*, II, 5, 8 de febrero de 1865.

⁴⁰ Geraldine M. Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 160.

cuando describe a Ana Ozores bajo la mirada del seductor Álvaro Mesía, aunque luego utilice la virginal imagen de la Regenta para transgredirla a través de su adulterio:

—¿Ves esa cara dulce, apacible, que sólo tiene algo de pasión en los ojos, y ésa, como a la sombra debajo de las pestañas, contenida...?
—¿Verdad que tiene razón Frígilis?
—¿Qué dice ese sonámbulo?
—Que la Regenta se parece mucho a la Virgen de la Silla.
—Es verdad; la cara, sí...
—Y la expresión; y aquel modo de inclinar la cabeza cuando está distraída; parece que está acariciando a un niño con la barba redonda y pura...⁴¹

Culturalmente, todo este imaginario religioso se fundió con la firme convicción de que la maternidad era la función primordial de la mujer en la sociedad. El confinamiento de las mujeres en el espacio privado y la dedicación a los cuidados domésticos vino a sustentarse con el argumento de que por su capacidad natural para concebir, las mujeres estaban mejor predispuestas para garantizar la crianza de los hijos y, por tanto, la perpetuidad de la sociedad liberal. Muchos fueron los criterios científicos esgrimidos para sustentar tales teorías, como veremos un poco más adelante.

Sin embargo, también fue otro sector de la sociedad, aparentemente defensor de los derechos de las mujeres, quien optó por mantener de forma implícita el orden establecido de las cosas. En el inicio del movimiento que acabará confluyendo en la Institución Libre de Enseñanza, el krausismo instauró una serie de medidas dirigidas a la mejora de la situación femenina, pero su concepción de la sociedad como un todo orgánico, unido a las teorías higienistas de la época, no hizo gran cosa por eliminar las desigualdades. Más bien al contrario, al promover las reformas para que las mujeres participaran del bien común y no para que se instruyeran como individuos libres, se estaba perpetrando un sistema que utilizaba al sexo femenino como mero productor de individuos en beneficio de la sociedad. Si bien es cierto que el desarrollo del krausismo, especialmente durante la Segunda República, aportó numerosas mejoras para la situación de la mujer, especialmente en lo referente al analfabetismo femenino, gracias a la acción de la Institución Libre de Enseñanza.

Las teorías krausistas entraron en la Universidad Central de Madrid cuando los catedráticos cesados en 1867 pudieron regresar a sus puestos después de la revolución. Fernando de Castro y Julián Sanz del Río situaron el krausismo en el centro del debate

⁴¹ Leopoldo Alas, Clarín, *La Regenta*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 294.

cultural y comenzaron a poner en práctica medidas que contribuyeran a la mejora de la sociedad: «el krausismo inspiró las acciones políticas de los sectores liberales de la sociedad española; buen ejemplo de ello es la Constitución de 1869, que reconoce las libertades de expresión y de cátedra, reivindicaciones fundamentales de los krausistas»⁴². Ese mismo año inaugura Fernando de Castro las Conferencias Dominicales en el Ateneo de Madrid, y en su discurso ya hace referencia a los ideales krausistas: «el deber de todo ser humano de desarrollar al máximo sus posibilidades; la necesidad de poner a España a la altura de las naciones más avanzadas: destacó los esfuerzos de otros países para elevar a las mujeres y darles la igualdad con los hombres»⁴³. Sin embargo, en la práctica, el programa sugerido por Fernando de Castro para las conferencias consistía en una serie de instrucciones con respecto al cultivo de medidas higiénicas y morales orientadas a una mejora en las condiciones físicas para la maternidad.

Por su parte, Julián Sanz del Río declara los principios articuladores de la teoría krausista en el libro *Ideal de la humanidad*, entendiendo la sociedad como un conjunto de individuos privados que aspiran al beneficio común en el ámbito público. En este sentido, los ciudadanos se encuentran en la obligación de proporcionar a sus descendientes una instrucción dirigida a construir una ciudadanía responsable. Según Labanyi:

[...] en realidad, este modelo social implicaba que la madre tenía la responsabilidad de enseñar a los futuros ciudadanos a anteponer los intereses del grupo a los suyos propios, y la familia constituía un modelo para el organismo social en su conjunto; por consiguiente, en última instancia, el papel privado de la madre no era tan privado como pudiera parecer⁴⁴.

La filosofía krausista entendía la sociedad como un cuerpo que funcionaba únicamente si todos sus órganos trabajaban armoniosamente a su disposición. Como miembros del cuerpo, en tanto que individuos y madres de familia, las mujeres formaban parte de este mecanismo. Sin embargo, como se ha visto anteriormente, sus atribuciones civiles no pasaban por liderar el órgano familiar, sino que esta responsabilidad pertenecía al padre. El hombre forma parte del conjunto de la ciudadanía al salir del espacio privado para ejercer un

⁴² Vicente de Santiago Mulas, «Introducción», en Concepción Arenal, *La mujer del porvenir*, Madrid, Castalia, 1993, p. 18.

⁴³ Scanlon, *op. cit.*, p. 31.

⁴⁴ Labanyi, *op. cit.*, p. 85.

oficio y ganar un sueldo por ello. Así pues, como proveedor de bienes materiales y de alimentos, el padre es forzosamente quien debe convertirse en el representante de la familia. Con todo, la mujer no ocupa un papel irrelevante en lo que concierne al correcto funcionamiento y desarrollo del órgano familiar: ella será la encargada de criar y educar a los hijos en los valores liberales y cristianos. De alguna manera, la mujer también ejerce una influencia sobre el marido a través de los cuidados; por tanto, y aunque en menor medida, contribuye al correcto funcionamiento de la sociedad liberal. Precisamente por eso, los krausistas consideraron que su ignorancia y no menor incultura exigían de una solución urgente. Los miembros más ilustres del krausismo empezaron a tomar conciencia de que el analfabetismo y la ociosidad de las mujeres suponían un freno para el progreso de la sociedad, y decidieron que era el momento de sacar a la mujer del pozo de oscuridad en el que estaba sumergida. Se inician así las fundaciones de asociaciones y círculos de señoras, y las inauguraciones de las escuelas primarias y de formación profesional.

En este sentido, la paternalista tarea de iluminar a las mujeres en su profunda ceguera por parte de los seguidores del krausismo encaja bastante bien con el ideal religioso de madre protectora del hogar. Precisamente, una de las características más singulares de la filosofía krausista es el perfecto maridaje entre la confianza en la razón y el espíritu científico con la fe religiosa y la práctica del cristianismo. De hecho, la religiosidad se convierte en el canal idóneo para la educación de las mujeres, guardianas de la fe católica y fervientes labradoras del culto religioso. La compatibilidad entre Iglesia y Ciencia se desarrolla hasta tal punto, que «el quehacer científico se convertía en actividad religiosa y la ciencia devenía, en su más elevada expresión, en instrumento para conocer a Dios»⁴⁵.

En su vertiente más humanista, el krausismo consideraba que el cultivo del conocimiento era una herramienta indispensable para la mejora de la nación. Más concretamente, defendía la obligatoriedad del perfeccionamiento intelectual de cada individuo en favor del correcto crecimiento y progreso de la sociedad. El movimiento promovió el desarrollo de un pensamiento crítico y racional y de la ciencia empírica y objetiva. En concordancia con su visión orgánica de la sociedad, el krausismo consideraba que esta podía enfermar y ser curada, siempre y cuando se efectuara un correcto diagnóstico

⁴⁵ Nerea Aresti, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2001, p. 25.

y se aplicara la correspondiente terapia. La llegada de las nuevas teorías higienistas, médicas y científicas, que en España llegaron a ser consideradas como indiscutibles, inspiró en gran medida esta concepción.

Una de las corrientes filosóficas que colaboró de manera decisiva con el crecimiento y desarrollo de las nuevas teorías pretendidamente científicas en España fue el positivismo. Según Nerea Aresti:

Tras el fracaso del Sexenio Revolucionario, se produjo una verdadera inflexión del pensamiento español decimonónico, marcada por el tránsito de una metafísica idealista a una mentalidad positiva. Este viraje puso fin al protagonismo que el pensamiento krausista, de corte liberal idealista, había tenido durante el periodo anterior⁴⁶.

La aparición de las teorías positivistas y radicales dirigió el pensamiento científico español hacia una fe ilimitada en una biología determinista que prácticamente no dejaba lugar al libre albedrío de los individuos en la sociedad. Evidentemente, esto provocó una férrea oposición de los representantes del catolicismo en España. Según la doctrina cristiana, los seres humanos —hombres y mujeres— disponen de voluntad y capacidad para elegir entre pecar o no hacerlo. Es precisamente esta competencia la que marca la trayectoria de sus vidas y el juicio que merecen cuando mueren en el ámbito terrenal y pasan a ocupar el paraíso celestial. Asimismo, el determinismo positivista entra también en contradicción directa con dos de los planteamientos krausistas más importantes: en primer lugar, la capacidad de perfección del ser humano y su obligación de alcanzarla mediante el cultivo del conocimiento; y en segundo lugar, la vertiente reformadora de la educación.

La transformación del pensamiento científico tuvo consecuencias nefastas para las mujeres, puesto que gran parte de los argumentos deterministas venían a confirmar la inferioridad biológica del sexo femenino. Además, como se ha señalado anteriormente, la asignación de determinados valores al conjunto de las mujeres, como la protección de la tradición o la profesión de la fe, las alejaron significativamente del acceso a la educación y al saber científico. En este sentido, la capacidad intelectual y fisiológica de las mujeres se convirtió en objeto de investigación, aunque su participación en esta exploración fue

⁴⁶ *Ibid.*, p. 26.

sistemáticamente denegada por ser consideradas como representantes del conservadurismo y, por ende, opuestas al progreso científico y a la transformación social.

De hecho, en el último tercio del siglo XIX, las teorías científicas se centraron en justificar y en intentar demostrar la supremacía masculina en todos los ámbitos de la vida, y en despojar a las mujeres de toda imagen de superioridad moral que hubieran podido adquirir a partir de la religión o la literatura romántica. El representante de esta teoría misógina a nivel europeo fue el médico alemán Paul Julius Moebius, que dedicó su labor investigadora a demostrar con hechos pretendidamente objetivos y científicos la deficiencia femenina. Los resultados de sus indagaciones fueron plasmados en el libro *La inferioridad mental de la mujer*, traducido al español, paradójicamente, por la prometedora periodista Carmen de Burgos, *Colombine*, en 1904. *Colombine* se sintió vivamente seducida por las teorías científicas que estaban en plena ebullición en aquel momento, al igual que muchos otros intelectuales españoles. Alemania se había convertido en la cuna del conocimiento médico en Europa, y todo lo que proviniera del país germánico era tomado por indiscutible autoridad científica. Por eso, una escritora feminista como Carmen de Burgos no encontró contradicción aparente en divulgar las ideas de un misógino como Moebius en España. La periodista intentaba aclarar en su introducción que el científico había escrito «un libro seco, árido, descarnado, frío, violento en ocasiones; un libro quizás poco ajustado a un plan, pero de escrupulosa tendencia científica»⁴⁷. Una obra como esta encontró en España un hervidero de seguidores y discípulos de su doctrina: los médicos y científicos que apoyaron la cruzada moebiuana contra las mujeres fusionaron las nuevas teorías biologicistas con otras de raigambre decimonónica, y encontraron por fin una justificación científica a la discriminación femenina.

A partir de argumentos muy pobres y una prácticamente nula experimentación empírica, las teorías de la misoginia cobraron un alcance y una notoriedad científica aceptada de forma unánime por el conjunto de la sociedad. Afortunadamente, a medida que fue avanzando el siglo XX, la ciencia fue consiguiendo la secularización completa de la Iglesia, que ya contemplaba la tarea científica como su mayor opositora. Por otro lado, la convicción de que la objetividad sólo se conseguiría a través de la necesaria comprobación de las

⁴⁷ Paul Julius Moebius, *La inferioridad mental de la mujer. La deficiencia mental fisiológica de la mujer*, con pról. de Carmen de Burgos, Valencia, 1904; citado en Nerea Aresti, *op. cit.*, p. 50.

hipótesis también fue un elemento central en la formación de médicos y científicos. Además, el progreso tecnológico y el mayor acceso a una educación superior fueron elementos que consiguieron modernizar la ciencia médica.

Sin embargo, las teorías científicas que justificaban la inferioridad mental de la mujer frente a la capacidad intelectual del hombre estuvieron bien presentes en la formación de los nuevos médicos y científicos en el cambio de siglo. Tanto es así, que la evolución de tales suposiciones desembocó en la teoría de la diferencia, según la cual las mujeres y los hombres no eran inferiores o superiores unos de otros pero sí biológicamente distintos. Esta pretendida distinción, que presumiblemente igualaba a ambos sexos, perpetraba el sistema discriminatorio de hombres sobre mujeres, puesto que en esa diferencia seguía primando el instinto maternal de las segundas y la superioridad moral e intelectual de los primeros.

A medida que se acercaba el siglo XX, las teorías que cobraban mayor relevancia estaban relacionadas con la inferioridad física de la mujer. La debilidad corporal de las mujeres, que, como señala Scanlon, se derivaba en realidad de una falta total de ejercicio físico o de alimentación adecuada⁴⁸, se convirtió en el argumento perfecto para relegar a las mujeres a la categoría de inválidas. Nuevamente, el razonamiento para justificar esta deficiencia física tuvo que ver con la capacidad femenina para procrear. Se consideró que el sistema reproductivo de las mujeres dominaba por completo su organismo, llegando a calificar el útero como su segundo cerebro. La etimología de la palabra útero (del griego *ὑστέρα*, 'hystera') derivó en un concepto clave para la construcción del *ángel del hogar* en la segunda mitad del siglo XIX: la histeria, una enfermedad exclusivamente femenina y que tenía que ver con el derroche de energía que rebasaba el límite de la fuerza vital, haciéndole perder los nervios y caer enferma. Procesos fisiológicos como la menstruación, el embarazo y el parto agotaban por completo la energía del cuerpo femenino y la condenaban a una vida frágil y propensa a las enfermedades.

Esta concepción de la delicadeza corporal femenina sentenció a las niñas a una educación en la constante alerta ante el peligro de la descomposición, de la pérdida de control y en la importancia de permanecer aisladas bajo el techo del hogar. La turbación del estado de

⁴⁸ Scanlon, *op. cit.*, p. 167.

tranquilidad puede transformar a las muchachas en histéricas, como le ocurre a la Regenta cuando descubre su deseo por don Álvaro Mesía:

Se tomó el pulso, se miró las manos; no veía bien los dedos, el pulso latía con violencia; en los párpados le estallaban estrellitas, como chispas de fuegos artificiales, sí, sí, estaba mala, iba a darle el ataque; había que llamar [...]. Era el ataque, aunque no estaba segura de que viniese con todo el aparato nervioso de costumbre; pero los síntomas, los de siempre⁴⁹.

Tales teorías contribuyeron a construir el estrechísimo código de conducta para las mujeres, obligadas a recluirse en casa con un innumerable conjunto de normas no escritas que le prohibían relacionarse más de lo debido con los hombres. Por lo tanto, la ciencia y la medicina contribuyeron de manera decisiva a definir el rol femenino de ángel del hogar que se verá reforzado hasta bien entrado el siglo XX.

⁴⁹ Clarín, *op. cit.*, p. 145.

Tabla 1. Algunas teorías científicas sobre la inferioridad mental y fisiológica de la mujer, divulgadas a finales del siglo XIX en España⁵⁰

Teoría	Explicación
Límite de energía	El organismo humano está dotado de un límite en la distribución de energía, llamado fuerza vital. El cuerpo humano se encarga de la administración, conservación y ahorro de esta energía. La fisiología de las mujeres, por su sistema reproductor, obliga al sistema corporal a derrochar más energía.
Craneología	Las mujeres tienen menos capacidad intelectual porque su cerebro pesa menos o tiene menor número de circunvalaciones en el hueso del cráneo.
Ley de la variabilidad masculina	Las funciones cerebrales quedan más diferenciadas en el cerebro masculino que en el femenino. El masculino aspira a funciones colectivas, identificadas con el concepto de comunidad, mientras que en el femenino predominan las funciones individuales. Esta teoría trata de explicar por qué las mujeres tienen menos aspiraciones o vocaciones profesionales en el desarrollo de su vida.
Endocrinología	El capital energético se relaciona con el órgano tiroidal. El inicio de la menstruación en el sexo femenino eleva el consumo de la energía y da lugar a una deficiencia energética que deriva en ciertas carencias cerebrales.
Evolucionismo	El proceso de crecimiento del ser humano reproduce la historia de la humanidad. Así, en un determinado momento histórico es posible encontrar representaciones de diferentes estadios del progreso evolutivo de la sociedad. Las mujeres y los niños representan las etapas anteriores al desarrollo de la civilización humana, mientras que los hombres blancos de los países occidentales son los verdaderos representantes de la sociedad de su tiempo.
Concepciones degeneracionistas	La evolución no sigue, necesariamente, el ritmo del progreso. La naturaleza puede fallar. Las mujeres son ejemplo de un desarrollo interrumpido. Las feministas se caracterizan como degeneradas.
Mayor variabilidad en la capacidad intelectual masculina	Las capacidades intelectuales muestran una mayor amplitud en el cerebro masculino que en el femenino, llegando a los extremos: desde la incapacidad absoluta a la brillantez intelectual. Las mujeres, sin embargo, muestran un espectro más mediocre en cuanto a capacidades intelectuales.

La capacidad curativa de la medicina proyectó una imagen muy poderosa de los doctores. La proliferación de literatura científica y la aparición de los primeros discursos higienistas, junto con una concepción organicista de la sociedad como un cuerpo que podía enfermar y ser curado, favorecieron el desarrollo de lo que cristalizó como la *medicina*

⁵⁰ Elaboración propia a partir del estudio de Nerea Aresti, *op. cit.*, pp. 56-60.

social. Los efectos de la industrialización y el progresivo asentamiento del sistema económico capitalista sobre la salud física y psicológica de los trabajadores comenzaron a ser evidentes para el conjunto de la sociedad y se convirtieron en objeto de preocupación de los médicos. En este sentido, la sociedad identificó la miseria de los barrios trabajadores con la insalubridad y la difusión de enfermedades. Una vez más, recurro a la perspicacia de Galdós para describir tal situación desde la percepción de una burguesa como Jacinta:

Todo lo que me puedas contar me lo figuro. Que te aburraste pronto. Es natural... el hombre bien criado y la mujer ordinaria no emparejan bien. Pasa la ilusión, y después, ¿qué resulta? Que ella huele a cebolla y dice palabras feas... A él... como si lo viera... se le revuelve el estómago, y empiezan las cuestiones. El pueblo es sucio, la mujer de clase baja, por más que se lave el palmito, siempre es pueblo. No hay más que ver las casas por dentro. Pues lo mismo están los benditos cuerpos⁵¹.

Esta observación de las miserables condiciones de vida en los estratos más bajos de la ciudad no respondía exactamente a una preocupación por su salud individual, sino más bien a una alarma provocada por las posibles transmisiones de enfermedades que pudieran causar. En este sentido, la epidemia de cólera de 1884 y la creciente transmisión de sífilis debido a la prostitución intensificaron la consideración de la salud y la enfermedad como cuestiones sociales, necesitadas de una urgente solución política que, no obstante, habrían de dar los médicos. La ciencia se convirtió en un nuevo miembro del poder liberal y los médicos, en sus ministros. Así, las normas clínicas dictadas por el conjunto de doctores pasaron a ser prácticamente incuestionables. Que la población gozase de buena salud se convirtió en su objetivo primordial, pues era señal de que la nación progresaba y de que los avances científicos se ponían al servicio del bienestar social.

1.2.2. La cuestión femenina desde la construcción de *lo social*

La medicina social acabó por considerar a la sociedad como un paciente colectivo, haciendo confluir en un mismo debate las cuestiones médicas y políticas en torno al concepto de «lo social». Con la mirada puesta en una reforma de la nación, esta manida cuestión pasó a transformarse en el objeto de estudio de los médicos, llegando así a validarse la intervención de lo público en la vida privada de los individuos. Sin embargo, como se ha mencionado más

⁵¹ Pérez Galdós, *op. cit.*, I, p. 314.

arriba, el foco infeccioso necesitado de tratamiento estaba bien localizado: las clases trabajadoras, que se encontraban hacinadas en las pésimas condiciones de los rincones más insalubres de la ciudad, que eran también las responsables de la producción de los bienes primarios que consumían las clases burguesas.

De este modo, «lo social» pasó a considerarse como lo necesitado de actuación estatal, el primer escalón del reformismo nacional. La inauguración, en 1882, de la Sociedad Española de Higiene, demuestra hasta qué punto se infiltró el higienismo social en el horizonte de reforma previsto para España. El concepto de higiene se fue ampliando desde su aplicación más básica en los cuerpos de los individuos hasta una vertiente moral, considerando determinadas conductas como las causantes de la lacra social. Esta evolución desde una concepción meramente fisiológica hasta la vertiente reformista del término se refleja en los objetivos de la Sociedad, que en 1914 se encargaba ya «del abastecimiento de aguas en Madrid; la Inclusa como institución social; aspecto moral y educativo del cinematógrafo; lucha social contra la lepra; la protección de los necesitados y las Juntas de Beneficiencia, y el impuesto de la sal»⁵². La higiene y la salud pública pasan a convertirse, a finales del siglo XIX, en un derecho fundamental de la sociedad liberal. Pero además, se contempló el hecho de que una mejora de las condiciones de salubridad en las ciudades incidiría inevitablemente en una mejora de la situación económica, puesto que supondría un incremento de la población activa⁵³. De suerte que, progresivamente, se irá legitimando el intervencionismo del Estado sobre cuestiones médicas, aceptando la presencia de lo público en las conductas del hogar, especialmente en las costumbres femeninas. Uno de los epicentros de alarma en la transmisión de enfermedades fue la reproducción malsana y masiva, que se traducía, por un lado, en un alto porcentaje de mortalidad infantil, y por el otro, en la expansión demográfica de las clases bajas, significativamente más fértiles que la burguesía. De nuevo, toda la atención volvía a recaer en el comportamiento de las mujeres, aparentemente las únicas responsables del embarazo, el parto y la crianza de los niños⁵⁴.

⁵² Editorial, «Sociedad española de higiene», *España Médica*, IV, 141, 20 de diciembre de 1914.

⁵³ Labanyi, *op. cit.*, p. 100.

⁵⁴ Tanto el Código Civil de 1870 como el Código Penal de 1889, imposibilitaban explícitamente una investigación sobre la paternidad de los hijos de las madres solteras, en numerosas ocasiones embarazadas de señoritos burgueses que las abandonaban nada más conocer su estado. El nacimiento de un niño muerto o su fallecimiento recién nacido se achacaba al comportamiento de la mujer durante el embarazo.

El reformismo social defendido por todos los sectores de la esfera pública (conservadores, liberales, progresistas, católicos, republicanos), se iba acercando progresivamente a las teorías eugenésicas que acabarían por asentarse en España durante las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, la creencia en la posibilidad de mejora de la especie humana a través del estudio, aplicación y la posibilidad de modificación de las leyes biológicas se tradujo a finales del siglo XIX en una preocupación constante por la gestación, el nacimiento y la infancia de los individuos. El surgimiento y desarrollo de la puericultura en España vino propiciado por la elevada tasa de mortalidad infantil, especialmente entre los sectores más pobres, así como las paupérrimas condiciones en las que muchos niños crecían. Estos factores despertaron la atención de los médicos e higienistas, que se centraron en adoptar una serie de medidas que aseguraran la responsabilidad y el compromiso de las madres durante el embarazo y después de nacido el niño. Estas disposiciones fueron orientadas «hacia la creación de instituciones asistenciales, la mejora de las ya existentes y sobre todo el esfuerzo por la concienciación social del problema, desarrollando por diversos medios una campaña de divulgación educativa, especialmente dirigida a las mujeres, en el cuidado y alimentación de los niños»⁵⁵. Evidentemente, este inédito interés por los cuidados en la infancia recayó enteramente sobre la figura de la mujer, y contribuyó de manera decisiva a la revalorización de su papel como madre. La maternidad se confirmó como la esencia de la feminidad, y supuso el principio definitivo para la conformación de la teoría sexista de la diferencia de los sexos. Así pues, durante el periodo de entre siglos y en los albores del siglo XX, la mujer española seguía siendo la madre cariñosa y la esposa abnegada.

Sin embargo, las convulsas circunstancias políticas y económicas que habían generado tanto el recién estrenado sistema liberal capitalista como las últimas guerras del siglo XIX y las primeras del XX obligaron a las mujeres a ocupar un lugar junto a los obreros en las fábricas, talleres e industrias de todo tipo. La incorporación de las mujeres al trabajo extradoméstico, ya lo veremos, vino a demostrar, de entrada, dos cosas: la necesaria retribución económica de ambos cónyuges para la supervivencia familiar y la perfecta capacidad de las mujeres para el trabajo. Sin embargo, desgraciadamente, también acabó por

⁵⁵ Carmen Colmenar Orzaes, «Nodrizas y lactancia mercenaria en España durante el primer tercio del siglo XX», *Arenal*, 14, 2, (diciembre de 2007), p. 336.

constatar la tiranía del sistema patriarcal, pues las obreras debían ejercer doble jornada laboral para recibir un sueldo inferior, y además al llegar a casa debían procurar el mejor descanso y cuidados para su marido y sus hijos.

La salida de las mujeres de la esfera doméstica aumentó la preocupación social por las condiciones en que se desarrollarían embarazos, partos y crianzas de los niños. En este sentido, se elevaron las voces que demandaban la creciente aplicación de medidas destinadas a inaugurar nuevas instituciones que se hicieran cargo de estas circunstancias desde ámbitos muy diversos: desde el conservadurismo tradicional, a través de la intervención de los sectores católicos; y desde el progresismo de izquierdas, representado en las figuras de los librepensadores y republicanos. El progresivo cariz societario que fueron adquiriendo tales demandas derivó en la organización de estos sectores en sindicatos y sociedades que buscaban una modificación y mejora de la situación de las mujeres tanto en la esfera doméstica como en la pública. Nada nuevo vino a suponer el debate sobre la «cuestión femenina» en las tribunas del poder ejecutivo, administrativo e institucional, puesto que, como se ha visto, estas estaban ocupadas por el sector masculino de la sociedad. Lo que sí supuso una verdadera innovación en el terreno del debate sobre qué y quiénes eran las mujeres fue la aparición de las voces femeninas que utilizaron su propia condición de diferentes para reivindicar su derecho a definirse a sí mismas. A pesar de las visiones paternalistas, las mujeres católicas, librepensadoras o republicanas empezaron a repensar su propia imagen y la del resto de mujeres y a proponer soluciones para el problema que suponía su definición como individuos y su papel en la sociedad.

Como ya se comentó al inicio de este estudio, el movimiento feminista en España no sigue una línea evolutiva que desemboque en la consecución de derechos igualitarios como pueda ser el sufragio femenino. En España, el activismo por los derechos de las mujeres debe ser analizado desde sus múltiples perspectivas, es decir, deberíamos hablar de feminismos. Las constantes interrupciones y obstáculos que el proceso de industrialización en el siglo XIX y el auge del fascismo en el siglo XX infieren sobre estos movimientos, terminan por fragmentar el ideal feminista en pedazos, que logran coincidir en algunas reivindicaciones y se alejan considerablemente en otras. Es así como debemos entender que, a finales del siglo XIX, coexistan en España el movimiento feminista católico y el librepensador laico y republicano.

Muchos fueron los ángulos desde los que las propias mujeres empezaron a defender sus derechos en la sociedad española de entre siglos, y precisamente esta variedad fue la que impidió el desarrollo del feminismo en España como un movimiento independiente y políticamente neutral. El fracaso del feminismo en nuestro país, si se compara con otros grandes movimientos como el sufragismo inglés o norteamericano, radica en la apropiación del mismo por parte de sindicatos y partidos políticos durante su desarrollo. Sin embargo, esta misma razón fue la que ofreció a las mujeres españolas numerosas oportunidades de representación, al verse identificadas con el movimiento feminista si éste tenía lugar en el seno de su ideología política. En la agenda de las feministas católicas estaba muy presente la labor de implicación en las tareas de caridad y beneficencia en el marco de la acción social, como veremos. Al feminismo progresista, por otro lado, le debemos la toma de conciencia de género, pero también, y sobre todo, la toma de conciencia de clase para aquellas que no podían identificarse con las mujeres burguesas y acomodadas que protagonizaban los mítines católicos.

En este sentido, podemos entender la separación de los feminismos españoles como dos grandes corrientes que transitan de forma paralela pero que, en algún punto, consiguen unirse, hasta que la llegada del fascismo los separa por completo y de forma definitiva. Sin embargo, muchas de las reivindicaciones iniciales serán compartidas por ambos feminismos, especialmente el movimiento sufragista. A pesar de suponer una estrategia política evidente, pues tanto el conservadurismo católico como el republicanismo librepensador requerían el voto de la mujer para sus propios intereses, lo cierto es que, sin darse cuenta, los representantes de ambas corrientes ideológicas lanzaron a las mujeres a la tribuna de la esfera pública.

1.2.3. Activismo y feminismo católico

La influencia de la Iglesia católica sobre la mujer española a finales del siglo XIX y principios del XX es sumamente notoria. De hecho, la religiosidad se había convertido en una cualidad específicamente femenina. Según Nerea Aresti, «no se trataba tanto de un aumento de la religiosidad femenina, como sobre todo de un alejamiento progresivo de los hombres con respecto a la iglesia, y una dejación en manos de ellas de la observancia de los procesos

religiosos»⁵⁶. Ya hemos visto que esta identificación de la feminidad con la espiritualidad y la religiosidad tiene que ver con la asignación exclusiva al sexo masculino de la capacidad para tareas más elevadas, como las científicas, mientras que a las mujeres les era confiado el trabajo del hogar, de los cuidados y de la crianza de los hijos. La imagen del *ángel del hogar* devota y sumisa se convirtió en el ideal de esposa perfecta, a imagen y semejanza de la expuesta por Fray Luis de León en 1584 en su obra *La perfecta casada*. En este manual de comportamiento femenino, el fraile define el matrimonio como un oficio, y a la candidata a esposa, por tanto, como una empleada:

Pero, antes que venga a esto, que es declarar las leyes y condiciones que tiene sobre si la casada por razón de su estado, será bien que entienda vuestra merced la estrecha obligación que tiene a emplearse en el cumplimiento dellas, aplicando a ellas toda su voluntad con ardiente deseo. Porque, como en cualquier otro negocio y oficio que se pretende, para salir bien con él, son necesarias dos cosas: la una, el saber lo que es, y las condiciones que tiene, y aquello en que principalmente consiste; y la otra, el tenerle verdadera afición; así, en esto que vamos agora tratando, primero que hablemos con el entendimiento y le descubramos lo que este oficio es, con todas sus cualidades y partes, convendrá que inclinemos y aficionemos la voluntad a que desee y ame el saberlas, y a que, sabidas, se quiera aplicar a ellas⁵⁷.

La entrega con la que las mujeres debían consagrarse a la consecución del matrimonio les era enseñada desde niñas. Para ello, la religiosidad era una cualidad que debía cultivarse con esmero, puesto que la devoción de las mujeres era una preferencia para los hombres, incluso para aquellos más alejados de la religión. Según Scanlon, una de las razones principales de esto era «la creencia de que la religión proporcionaba los medios efectivos para controlar las pasiones de la mujer y, consecuentemente, era una forma de asegurar su virtud»⁵⁸. Esto explica los acercamientos de un pícaro señorito burgués como Juanito Santa Cruz a su esposa Jacinta después de las escapadas con Fortunata: «ni aun en los días en que más viva estaba la marea de la infidelidad dejó de haber para Jacinta un hueco de preferencia en aquel corazón que tenía tantos rincones y callejuelas»⁵⁹. Los hombres tenían claro que las mujeres que seguían el modelo del *ángel del hogar* eran las adecuadas para casarse, si bien elegían a las indomables como Fortunata para cometer sus adulterios. Por otro lado, también

⁵⁶ Aresti, *op. cit.*, p. 36.

⁵⁷ Fray Luis de León, *La perfecta casada*, Madrid, Espasa Calpe, 1980, p. 9.

⁵⁸ Scanlon, *op. cit.*, p. 159.

⁵⁹ Pérez Galdós, *op. cit.*, I, p. 395.

era muy corriente que se encapricharan de la más perfecta, devota y sumisa de las mujeres, y decidieran abandonarla una vez consumado el acto sexual. La caída de mujeres respetables fue un tópico también muy manido en la literatura de la época, no sólo en España, sino en el resto de Europa. Anna Karenina o Emma Bovary son dos ejemplos notables, pero también Ana Ozores, la Regenta, quien cae rendida a los pies de don Álvaro Mesía después de haber estado rehuyéndolo a lo largo de toda la novela.

Precisamente para evitar las caídas en desgracia, y considerando que el matrimonio era la única opción segura para las mujeres de clase media y alta, la educación fue la mayor aliada de la Iglesia en la tarea de dominación del género femenino. Educación, evidentemente, no para la culturización ni el aprendizaje de las mujeres, sino orientado hacia las funciones familiares que como esposa y madre debía desempeñar. Junto con la formación católica, que era la única a la que tenían acceso las mujeres durante la segunda mitad del siglo XIX, hubo otros mecanismos que participaron de la creación de *ángeles del hogar*. Revistas como *La Mariposa* (1899), *La Guirnalda* (1865-1883), *El Defensor del Bello Sexo* (1845-1846), *El Pensil del Bello Sexo* (1845), *La Violeta* (1862-1866), *Flores y Perlas* (1883-1884), *El Ángel del Hogar* (1864-1869), *El Mensajero de la Moda* (1852), etc.; y manuales de conducta como *Manual del Cortejo* (1839), *Guía de señoritas en el gran mundo* (1854), *La mujer desde el punto de vista filosófico, social, moral en sus deberes en relación con la familia y la sociedad* (1863), *Biblia de mujeres* (1863) y *El libro de las niñas* (1868) obtuvieron un gran éxito entre las muchachas de clase media y alta a finales del siglo XIX en España⁶⁰. Especialmente conocidas fueron las revistas y obras dirigidas y redactadas por otras mujeres que alcanzaron mucha fama en la época, como Faustina Sáenz de Melgar o Pilar Sinués de Marco, autoras de numerosos artículos, manuales y libros orientados a la formación de la mujer⁶¹. La propia revista *Ángel del Hogar* se define en su primer número como «Revista semanal de literatura, educación, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad. Ejemplos morales, instrucción y agradable recreo para las

⁶⁰ Ángela Ena Bordonada, «Jaque al *ángel del hogar*: escritoras en busca de la nueva mujer del siglo XX», en María José Porro (ed.), *Romper el espejo: la mujer y la transgresión de los códigos en la literatura española. Escritura, lectura, textos (1001-2000)*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2001, p. 91.

⁶¹ María del Carmen Simón Palmer, *Escritoras españolas del siglo XIX*, Madrid, Castalia, 1991, p. 650-672.

señoritas, bajo la dirección de María del Pilar Sinués de Marco»⁶². Precisamente, lo llamativo de esta revista, por muy católica y conservadora que fuera, es el cargo de responsabilidad que ocupa su directora, *rara avis* en una época donde las mujeres burguesas apenas habían accedido al mundo laboral y mucho menos a puestos de trabajo cualificados.

Es evidente que no podemos hablar de feminismo en las páginas de las revistas y las obras de María del Pilar Sinués de Marco. No obstante, la propia mirada femenina ya supone una pequeña variación en la tradición de construir los modelos de mujer desde las ópticas masculinas. Más aún si tenemos en cuenta, como afirma Ángela Ena Bordonada, que escritoras como Sinués de Marco o Sáenz de Melgar transgredían en su vida privada los preceptos de los que alardeaban en la pública:

En general, fueron mujeres muy activas que, en su vida privada, social y profesional, se apartan de lo que era común en la mujer de la época, adoptando aires de modernidad: poseen una cultura, leen, conocen varios idiomas, viajan, colaboran en la prensa, fundan revistas, crean asociaciones como el Ateneo de Señoras, etc. Muchas de ellas muestran en su vida privada una voluntad y una capacidad de decisión que niegan a sus heroínas novelescas⁶³.

Estas mujeres ejercen una profesión más allá del matrimonio, y a pesar de que defienden la igualdad entre hombres y mujeres a los ojos de Dios, se muestran bastante estrictas en lo que se refiere a las funciones femeninas en la sociedad. Consienten en la instrucción de las mujeres, pero siempre desde los preceptos católicos y en la medida en que esta formación pueda contribuir a la mejora de la situación de las mujeres en tanto que hijas, esposas y madres:

Admiro a la poetisa, a la escritora, que cuida de la economía de su casa, que la sabe embellecer, sea cualquiera su fortuna, que es elegante, graciosa, distinguida, y que escribe sencillamente para solaz del hogar doméstico. No quiero a la mujer varonil. Quiero a la mujer enteramente femenina, en su llanto, su graciosa risa, sus coqueterías, en una palabra⁶⁴.

Como veremos, frente a estas voces se alzaron otras que exigían una igualdad real en las funciones de hombres y mujeres en la sociedad, como Rosario de Acuña o Belén de Sárraga. Sin embargo, algunas continuarán con la doctrina iniciada por las católicas

⁶² María del Pilar Sinués de Marco, *El Ángel del Hogar*, II, 1, 8 de enero de 1865.

⁶³ Ena Bordonada, art. cit., p. 91.

⁶⁴ María del Pilar Sinués, *El ángel del hogar*, Madrid, 1859, p. 189; citado en Ena Bordonada, art. cit., p. 93.

decimonónicas, como María Echarri, Juana Salas o Carmen Cuesta, quienes reclamarán una mejora de la situación femenina, especialmente de las trabajadoras en las fábricas, pero también de las empleadas del hogar o las madres de familia.

Siempre desde una visión ciertamente paternalista y con una destacada conciencia de clase media y alta, las feministas católicas se acercaron a los problemas de las mujeres obreras y pobres a partir de una marcada dedicación caritativa. Siguiendo los pasos de los apóstoles de Jesucristo, las activistas católicas consideraron que la palabra de Dios debía ser difundida por los estratos más bajos de las ciudades, puesto que muchas de las desgracias acaecidas a las mujeres de estos barrios encontraban su origen en la absoluta ignorancia que tenían sobre el Evangelio. En este sentido, el discurso de las católicas estaba estrechamente ligado al pensamiento liberal del intervencionismo de Estado, pues estaban convencidas de la urgencia de su actuación para la erradicación de la degeneración y desmoralización a la que se había llegado en ciertos sectores de la sociedad. Para ello, se valían de las diferencias de género que promulgaba la religión católica, como la superioridad moral femenina y las cualidades caritativas de las mujeres. Así fue cómo las feministas católicas legitimaron su acceso a la esfera pública, ubicando el discurso de su necesaria aportación a la sociedad como redentoras de las pecadoras más desamparadas: las mujeres pobres.

El trabajo extradoméstico de las mujeres se había convertido en el centro de la polémica dentro de la consabida «cuestión social» ya desde finales del siglo XIX. Teniendo en cuenta que el hogar era concebido como el único lugar verdaderamente lícito para la ubicación de la mujer, su desplazamiento hacia otros espacios, principalmente la fábrica o el taller, se concibió como una amenaza para la protección de la familia y una pérdida de las cualidades intrínsecamente femeninas de las mujeres. El centro del debate se situó en la aplicación de medidas proteccionistas en relación con el trabajo de la mujer que, en realidad, se dedicaron a perpetrar las desigualdades que sufría la obrera en la fábrica. Esta situación de miseria se convirtió en una de las principales preocupaciones de los sectores católicos, que continuaron contemplando a la obrera como la mujer del obrero, es decir, no como trabajadora productiva, sino como ángel del hogar explotado que debía ejercer de esposa complaciente bajo unas circunstancias nefastas para ello. No obstante, las activistas católicas no tardaron en descubrir que las obreras trabajaban, y mucho, y que su ignorancia en las

cuestiones morales y religiosas las situaba en una posición de inferioridad respecto a las hostilidades que el ambiente industrializado les ofrecía.

La figura de la obrera se hizo rápidamente objeto de estudio e investigación de los sectores conservadores, como demuestra la aparición del debate que sobre ella se abrió en los Congresos Católicos desde finales del siglo XIX⁶⁵. Al situar la familia en el centro del orden social, la obrera era también responsable del mantenimiento de la suya, y muchos de los problemas relacionados con la miseria y la depravación en los barrios bajos fueron achacados a la falta de cuidados y bienestar en el hogar obrero. Tanto es así, que se llega a culpabilizar a la mujer del obrero por la situación miserable en la que se encuentra la familia:

Hemos visto no pocas veces volver al padre de familia, cansado del trabajo del día y no encontrar en su hogar ni buena comida, ni cama limpia; el fuego no ardía, la cena se componía de un pedazo de queso y pan ó un poco de sopa, resto del almuerzo... los niños sin lavar lloraban de hambre, el cuarto no estaba aseado, ni en orden... Consecuencia de todo ello: disputa del marido y mujer, los reproches del primero se mezclaban con los gritos de la segunda, y el marido, harto de semejante infierno, tomaba la puerta y en la taberna ahogaba el disgusto en vino y se acostumbraba a lo que jamás se hubiese acostumbrado si hubiera encontrado su casa aseada y confortable⁶⁶.

Unos años después, una autora como Luisa Carnés elaborará una crítica a lo largo de toda su narrativa en relación con las posiciones de poder que el obrero asume en su casa, precisamente gracias a planteamientos como los expuestos por María Echarri y muchos otros activistas católicos al inicio de siglo. Los obreros varones se erigirán, en la narrativa de Carnés, como figuras amenazantes, borrachos y agresivos, que obstaculizan el desarrollo de los derechos de las mujeres por temor a la pérdida de los suyos; y el hogar obrero será concebido como otro espacio de opresión femenina, donde las mujeres se ven obligadas a buscar otra manera de sobrevivir bajo la «protección» masculina.

En cualquier caso, a principios de siglo todavía se concebía la postura de la obrera como la responsable del cuidado de la familia y de la estabilidad del orden social. De ahí la importancia que los propagandistas cristianos le dieron a la enseñanza doméstica femenina

⁶⁵ Inmaculada Blasco Herranz, «Mujeres y “cuestión social” en el catolicismo social español: los significados de la “obrero”», *Arenal*, 15, 2, (julio-diciembre de 2008), p. 242.

⁶⁶ María de Echarri, «Acción social de la mujer», *Semana Social de España. Segundo curso*, Valencia, 12-19 de diciembre de 1907, Tipografía de Mariano Salas, p. 435; citado en Blasco Herranz, «Mujeres y “cuestión social”...», art. cit., p. 245.

para las trabajadoras, con el objetivo de solucionar los problemas relacionados con el hogar y de evitar la desintegración de la familia como núcleo de la sociedad:

Educar a la madre, enseñarla sus deberes de cristiana, hacerla comprender su misión en la tierra, es como hemos dicho y repetimos ahora, una acción social, real y positiva, que esa mujer a la cual enseñamos la doctrina y con ella la paciencia, la resignación, el buen humor para aguantar los chubascos conyugales, será a su vez apóstol en su hogar acerca del compañero de su vida, y sabrá inculcar a sus hijos aquellas máximas que aprendió y supo aprovechar⁶⁷.

Las obreras serán idénticamente caracterizadas como *ángeles del hogar*, a pesar de estar expuestas, como sus compañeros varones, a la explotación en las fábricas y, además, a los abusos del padre o del marido al llegar a casa. Los trabajos extradomésticos de las mujeres comenzaron a suponer un incómodo escollo en su ubicación exclusiva en el ámbito privado, y por ello se adoptaron medidas que protegieran su integridad como madre y esposa. Medidas que estaban destinadas, en realidad, hacia una limitación expresa de su independencia económica y por consiguiente, hacia un tambaleo de la estabilidad familiar. Desde una perspectiva tradicionalista católica, el salario femenino estaba únicamente justificado si se empleaba para complementar el jornal del marido, nunca para igualarlo o superarlo. Además, en aras de salvaguardar su esencia femenina, los sectores conservadores de la sociedad promovieron, desde una perspectiva religiosa, una serie de trabajos «adecuados» para las mujeres. Una lista muy restrictiva en la que las feministas católicas apostaron fuertemente por el sector de la aguja, puesto que los trabajos de costura podían llevarse a cabo a domicilio, sin necesidad de acudir a la fábrica o al taller y exponerse a obscenidades al compartir espacio laboral con los varones⁶⁸.

La costurera, vista desde los ojos de las propagandistas católicas, se convirtió en un ejemplo más de la abnegación y la domesticidad femeninas, dejando de lado, obviamente, a un amplio conjunto de trabajadoras que se dedicaba a muchos otros sectores de la industria. Las feministas conservadoras se centraron en el apoyo y la defensa de las modistas, especialmente en la mejora de su situación laboral, que tampoco era excesivamente grata. La diversidad de los productos, la dedicación total a la prenda hasta tenerla terminada, sin límite de horas de trabajo, o los diferentes niveles de especialización y la subcontratación de

⁶⁷ *Ibid.*, p. 250.

⁶⁸ Blasco Herranz, «Mujeres y “cuestión social”...», art. cit., p. 252.

costureras por parte de empresas, son algunos de los factores que hacen muy difícil llegar a una conclusión rigurosa acerca de la retribución económica en el sector de las costureras a domicilio. Sin embargo, una aproximación a la media del salario en el año 1908 es de 0,20 por hora⁶⁹. Una miserable gratificación para un sector en el que las obreras dedicaban más de doce horas diarias a la producción, en espacios minúsculos e insalubres donde acababan por contraer enfermedades como la bronquitis o la tuberculosis pulmonar a causa de la falta de ventilación. De ahí las diversas propuestas para la mejora del sector y, sobre todo, para la concienciación de las señoras pertenecientes a las clases altas que contrataban los servicios de las costureras. El núcleo de acción de las feministas católicas pasaba por la visibilización del cuadro desolador de la vida de estas obreras de la aguja:

Yo he hablado con varias de ellas, y os daría lástima el oírlas; las hay que trabajan desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, á veces con un intervalo cortísimo para almorzar, y otras regresan a sus casas a las cuatro de la tarde, con el sólo desayuno, frugalísimo por lo general, en sus estómagos hasta esa hora, porque como ganan poco —2,50 el jornal de la que esto me refirió—, no pueden comprar nada con que acallar los clamores del hambre, pues desnivelarían el presupuesto tan exiguo ya...⁷⁰

La explotación a la que se veían sometidas las costureras a manos de las casas de modas y de los dueños de los talleres será asimismo denunciada por Luisa Carnés en 1934. Desgraciadamente, las reivindicaciones llevadas a cabo por las feministas cristianas a principios de siglo no habían tenido mucha aplicación a la práctica, ni siquiera tras la proclamación de la Segunda República:

Todos los talleres de costura suelen tener semejanza entre sí: más o menos amplitud, más o menos número de operarias. Aquí, muchas. En silencio. Sus dedos ejecutan una marcha rítmica sobre las agujas. Una persecución “al ratón y al gato” que no cederá hasta las siete o las ocho de la noche. Algún ruido a veces: la máquina de los botones, la de las costuras. Un hombre se pasea por el taller. En el bolsillo derecho de su americana descansa un “bloc”: el “bloc” que marca las faltas de puntualidad, las ausencias y los errores técnicos de las oficiales⁷¹.

Si las míseras condiciones en las que vivían las trabajadoras, no sólo en el sector de la aguja, sino en todos los ámbitos industriales, no avanzaron ni mejoraron desde principios de

⁶⁹ Mary Nash, «Trabajadoras y estrategias de supervivencia económica: el caso del trabajo a domicilio», en Margarita Ortega y María Jesús Matilla (eds.), *El trabajo de las mujeres: siglos XVI-XX. Sextas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1987.

⁷⁰ María de Echarri, «Acción social...», art. cit., p. 256.

⁷¹ Luisa Carnés, «Secretos de las casas de modas», *Ahora*, V, 1097, 23 de junio de 1934.

siglo hasta bien entrada la República, fue principalmente debido a la falta de conciencia de las obreras. La desprotección legal y, sobre todo, el temor ante las consecuencias de sus acciones, fueron los dos aspectos fundamentales del inmovilismo obrero femenino durante los primeros años del siglo XX. Esta aparente incapacidad de las mujeres trabajadoras para ejercer sus propias reivindicaciones y mejorar su situación fue la que llevó a las feministas conservadoras a adjudicarse la tarea de organizarlas y representarlas, poniendo en marcha sindicatos católicos femeninos. Por otro lado, la creación de estas instituciones se erigió como una alternativa sólida a la filiación en sindicatos socialistas, y su punto fuerte consistió en el llamamiento a la religiosidad de las mujeres. Como ya se ha mencionado anteriormente, la presunta ignorancia de la fe en la que vivían las obreras fue uno de los principales puntos de la agenda social de las activistas católicas. El corazón de las obreras, aunque ignorante, seguía siendo bondadoso, por lo que era de vital importancia instruirlo en los preceptos de Cristo y en la moral católica:

Si vierais vosotras que me estáis escuchando la ignorancia religiosa en que viven esas pobrecitas, y la vida que llevan la mayoría porque no comprenden la gravedad de su falta, y prueba de ello es que apenas se les hace caer en ello, asisten a lo que se desea y normalizan su estado, pues no son malas, sino sencillamente ignorantes y apenas si saben los Mandamientos de Dios; si las vierais, repito, os darían compasión y desearíais fundar en cada barrio de Valencia las doctrinas, y quitando un poco de vuestro tiempo a las diversiones, lo emplearíais en enseñarlas, educarlas, moralizarlas...⁷²

El asociacionismo católico femenino se fundó sobre preceptos de caridad y justicia social, principalmente para con las obreras ignorantes y explotadas. Sin embargo, a medida que se afianzaba su posición en el activismo social de principios del siglo XX, las feministas católicas ampliaron su radio de acción a las clases medias y altas. El matrimonio como única opción viable para las muchachas burguesas y la progresiva situación de indefensión en la que esto las dejaba fueron el principal núcleo de su reivindicación. Los graves problemas económicos que el final de la Primera Guerra Mundial había causado sobre las rentas de los hogares burgueses y un mayor número de mujeres que de hombres en el censo poblacional derivó en una «crisis del matrimonio», que dejó a las muchachas de clase media completamente desamparadas, al no tener otra opción para sobrevivir en la sociedad de principios del siglo XX. Esto provocó que muchas de ellas dejaran de lado la vergüenza del

⁷² María de Echarri, «Crónica del Movimiento Católico Femenino», *La Paz Social*, 40, junio de 1910, p. 313.

desclasamiento y se lanzaran al trabajo extradoméstico⁷³. En su novela *Tea Rooms*, Luisa Carnés representará en el personaje de Laurita a la mujer de familia acomodada venida a menos que se ve en la obligación de trabajar. No obstante, como veremos, establece una gran diferencia entre el trabajo de la mujer burguesa para complementar el salario familiar y el de la obrera cuyo jornal supone el único sustento económico de la familia. Laurita ve su incorporación al salón de té como una innovación en su vida y una oportunidad de diversión, si bien ello le acabará pasando factura cuando descubra las hostilidades que le depara la sociedad de los años treinta.

En 1919, se crea la Acción Católica de la Mujer, con la finalidad de contrarrestar el movimiento feminista laico, representado por la recién nacida Asociación Nacional de Mujeres Españolas. Como grupo confesional, la ACM enmarcaba sus objetivos dentro de un proyecto católico recristianizador que percibía la sociedad española como víctima de una progresiva secularización⁷⁴. En ese sentido, la ACM puso en marcha un plan de instrucción para las muchachas que desearan encontrar un trabajo digno, siempre dentro del límite de profesiones adecuadas a su sexo. Por consiguiente, se impulsó una Escuela Profesional y una Escuela Social para formar trabajadoras y gestoras sociales, desde una perspectiva nacionalista española y con una clara orientación católica. De igual forma, las militantes católicas empezaron a reivindicar el derecho de la mujer a la ocupación de cargos públicos propios de su sexo, como los dedicados a temas benéficos y de caridad.

Las dirigentes de la ACM promovieron una serie de medidas que poco se diferenciaban de las reivindicaciones llevadas a cabo por el feminismo de izquierdas, si bien desde posturas claramente opuestas. Desde el Instituto de Reformas Sociales reclamaron que las mujeres pudieran disponer y administrar su propio salario sin el consentimiento de su marido, al contrario de lo que promulgaba el Código Civil. Además, cuando en 1924 se aprobó el Estatuto que concedió el derecho de las mujeres a ser elegibles y elegidas en el ámbito político, la ACM se apresuró a explicar a las mujeres españolas en numerosos mítines y conferencias sus nuevos derechos políticos, obligándolas a ser conscientes de su situación como individuos miembros de una sociedad y de su responsabilidad para con la patria y la

⁷³ Inmaculada Blasco, «Feminismo católico», en Isabel Morant (dir.), *op. cit.*, IV, p. 64.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 62.

religiosidad. La progresiva politización de las militantes católicas demuestra su transformación en sujetos políticos, pues, como señala Blasco, «al justificar, apoyándose en el maternalismo cívico, su acceso a cargos dentro de la burocracia social y estatal, y su intervención en cuestiones de bienestar social, se abrían camino hacia la esfera pública desafiando la tradicional dicotomía cultural privado/público»⁷⁵.

1.2.4. Feminismo republicano y librepensador

De forma paralela al crecimiento de los movimientos feministas católicos, se alzaron en España otras voces que clamaban por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, herederas del pensamiento de mujeres como Concepción Arenal o Emilia Pardo Bazán; dos figuras muy influyentes de la intelectualidad española de finales del siglo XIX que reclamaron la presencia de la mujer en la esfera pública, como parte del reconocimiento de sus derechos como ciudadanas. Sin embargo, como ya se ha mencionado anteriormente, las mujeres que retomaron estos planteamientos a principios del siglo XX lo hicieron desde posiciones radicalmente distintas de las feministas católicas. Su activismo partía del marco contextual del socialismo de izquierdas, que comenzaba a alcanzar una cierta notoriedad a principios de siglo, junto con otras teorías de pensamiento como el republicanismo y el espiritismo. A la vez que reivindicaban sus derechos como miembros de la esfera pública, estas mujeres participaban del debate sobre la manera de instaurar la República en una sociedad liberal que ya había fracasado en su primer intento. En este sentido, se construyen como sujetos políticos, aunque desde posiciones ideológicas opuestas a las de sus compañeras católicas.

A pesar del hecho de que la mayoría de estas mujeres pertenecía a las clases altas o aristocráticas de la sociedad de principios de siglo, la valentía que demostraron al manifestar sin temor sus pensamientos e ideas en el ruedo público las convirtió en las primeras representantes de un feminismo de izquierdas. Este movimiento será al que se acogerán sus sucesoras a principios de los años veinte, las encargadas de construir la imagen de la *mujer moderna* y dejar atrás el modelo del *ángel del hogar*. Siguiendo la estela del librepensamiento y el republicanismo, las modernas encarnarán en su figura el modelo de

⁷⁵ *Ibid.*, p. 64.

mujer al que aspiran, adquiriendo por fin las cualidades de sujeto que merecen como individuo miembro de la sociedad. Como veremos, será la primera generación de mujeres que acceda a la educación superior, las primeras en convertirse en productoras y en consumidoras y, por ende, en propietarias de bienes personales, y las primeras que accedan a la esfera pública de la sociedad a través de su presencia en las Cortes y en muchas otras instituciones y administraciones públicas. Sin embargo, también se alejarán considerablemente de la figura de la obrera, que se verá obligada a construir su propio ideal de mujer para identificarse con el movimiento feminista, como también abordaremos más adelante.

Las republicanas librepensadoras de principios de siglo quedaron, al igual que sus compañeros varones, fascinadas por el halo de cultura, modernidad e intelectualidad que supuso la instauración de la Tercera República en Francia. La revolución del país vecino sirvió de modelo político para las fuerzas republicanas españolas, tomando como baluarte de su pensamiento la secularización total del Estado.

El proyecto secularizador impregnó la ciencia, la filosofía, la moral, el léxico, las instituciones, el sistema de representaciones, las relaciones sociales de género, los conceptos de feminidad y virilidad, las propuestas feministas. Modeló, también, la escuela pública, que debía ser obligatoria, gratuita y laica para niños y niñas, garantizar todos los derechos y libertades y crear las condiciones de emancipación social, cultural y moral de las generaciones futuras⁷⁶.

El pensamiento republicano también optaba por el reformismo social, pero desde posiciones ideológicas distintas de las del conservadurismo católico. Estas facciones se alzaron como dos alternativas sustancialmente opuestas, si bien ambas abrazaban distintas corrientes de pensamiento dentro del bloque principal. Como ya se ha comentado en apartados anteriores, este fue el principal motivo del fracaso del feminismo como movimiento independiente en España, ya que las activistas se encontraban inmersas en numerosas batallas dentro de su propia corriente ideológica. Para ellas, la lucha era doble, puesto que debatían junto a los hombres sobre las posibilidades de éxito de sus respectivos proyectos reformadores, mientras que pugnaban por regular las condiciones en las que lo hacían como sujetos políticos. Las convulsas circunstancias que rodearon la lucha de las mujeres a principios de siglo en España terminaron por ahogar el modelo del activismo feminista. En el caso de las republicanas, «las paradojas materiales y culturales de la

⁷⁶ María Dolores Ramos, «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», *Ayer*, 60, 4 (2005), p. 47.

modernidad, las guerras coloniales, la radicalización de las luchas sociales, la génesis del Primero de Mayo, las crisis sucesivas del sistema canovista y las transformaciones de la vida cotidiana»⁷⁷ llevaron, inevitablemente, a una desunión en las filas de su partido que debilitó la lucha por los derechos de las mujeres, al situar en el ojo del huracán otras acciones prioritarias en su agenda política.

En la nueva «cuestión femenina» de principios de siglo que abordaba, fundamentalmente, la pregunta de qué significaba ser mujer y hasta qué punto esta podía acceder a nuevos espacios fuera del hogar, los intelectuales republicanos oscilaron entre el pensamiento misógino más restrictivo hasta el feminismo más avanzado, pasando siempre por la conciliación, que no dejaba de ser un mero espectro de machismo encubierto. Como siempre, el proyecto republicano se había venido construyendo sobre una óptica masculina que, si bien no había dejado de lado a las mujeres, puesto que formaban parte del imaginario de la nueva sociedad, no les permitía ocupar puestos de responsabilidad en el debate público. Sin embargo, la creciente aparición de las feministas católicas, la defensa y acción social llevadas a cabo con las costureras, así como las asociaciones de Damas Católicas, condujo a los republicanos a replantearse la posición que debía ocupar la mujer entre sus filas y a dejar paso a su acceso por el bien del proyecto, como modo de atraer a un mayor número de afiliadas a su causa.

No obstante, la permisión y la tolerancia de los miembros republicanos de las Cortes eran más bien reducidas. Como venía siendo habitual, el ideal de mujer republicana también había sido concebido desde la mirada masculina: «los republicanos soñaban con una Eva secularizada que impulsara la libertad de conciencia, alentara la vía del progreso, la razón y la ciencia, socializara a sus hijos lejos de la influencia de los confesionarios y luciera con orgullo los símbolos republicanos, pero sin romper los estereotipos de género ni alterar la división entre lo público y lo privado»⁷⁸. Esta doble moral del movimiento republicano según la cual la fraternidad, igualdad y libertad eran principios reservados exclusivamente para la mitad masculina de la sociedad será tristemente denunciada por Clara Campoamor todavía en 1932: «oí en una ocasión este argumento de un republicano ardoroso, de agudo sentido

⁷⁷ *Ibid.*, p. 49.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 54.

liberal, y, por lo demás, hombre respetable y respetado, que en una discusión me arguyó: “es bueno que la mujer tenga el freno de la Iglesia”»⁷⁹. Para los seguidores del pensamiento republicano, la lucha feminista suponía un obstáculo en la consecución del advenimiento de la República, y era de vital importancia separarla de las auténticas prioridades políticas. Más aún, el ideal de mujer republicana seguía estando ligado a las tareas de reproducción y cuidados del hogar en tanto que se concebía como la única capaz de apartar a las compañeras de su sexo de la tradición eclesiástica. Esta tarea, sin embargo, no debía sobrepasar ciertos límites en su actuación, puesto que el siguiente paso albergaba el peligro de la «mujer libre», independiente y completamente desligada de sus labores familiares, es decir, del yugo del padre y del marido.

Así fue como salieron a la luz ciertas connotaciones negativas para referirse a la mujer librepensadora, republicana y feminista que se sobrepasaba en los límites de sus funciones. La «marisabidilla», el apodo despectivo con el que los hombres se referían a la mujer inicialmente *ángel del hogar* que, a través de sus lecturas y adquisición de conocimientos, decidía rebatir este ideal burgués y aleccionar a los que la rodeaban; la «mujer varonil», la que demostraba suficientes cualidades intelectuales como para ser comparada con sus compañeros varones, pero en cuya persona se consideraban como signos de degeneración o desviación⁸⁰. De hecho, la asimilación de las cualidades intelectuales femeninas con un desorden interior que las pusiera en pie de igualdad con los varones se consideraba como síntoma de enfermedades muy relacionadas con las teorías médicas explicadas en el apartado anterior, ya que la presencia de estas virtudes revertía en gran medida las teorías de la inferioridad femenina y debía ser forzosamente la mujer, y no la teoría, quien estuviera mal formulada.

Mientras sus compañeros varones hacían gala de su misoginia sin ningún reparo, las mujeres republicanas seguían luchando por incorporarse al espacio público. Estaban convencidas de que el principal estandarte de su batallón debía ser el anticlericalismo, pues supieron reconocer en los altares y confesionarios al mayor enemigo de la emancipación

⁷⁹ Clara Campoamor, *El voto femenino y yo: mi pecado mortal*, Madrid, Público, 2006, p. 60.

⁸⁰ María Dolores Ramos, «La República...», art. cit., p. 58.

femenina. Y, al igual que las feministas católicas, llevaron a cabo la difusión de sus ideas a través de la prensa escrita:

No hay duda de que en los círculos republicanos y, en menor medida, en la privacidad de sus hogares, algunas maestras, escritoras, traductoras, bordadoras, costureras, tenderas, sastras y dependientas tuvieron la oportunidad de leer *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *El Motín*, *El País*, *La Tramontana*, *La Campana de Gracia*, *El Diluvio* o *La Revista Blanca*⁸¹.

Igualmente, las feministas republicanas hallaron en el tejido asociativo una manera de centrarse en sus quehaceres activistas separándolos de la rama principal de su corriente ideológica. El primer movimiento de la larga lista de asociaciones surgidas en torno a las filas republicanas es la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona, fundada en 1888 de la mano de Ángeles López de Ayala, Amalia Domingo Soler y Teresa Claramunt. De forma instantánea, comienzan a surgir en el resto de provincias españolas asociaciones femeninas en los primeros años del siglo XX, como la Sociedad Progresiva Femenina de Málaga, la Unión Femenina del Libre Pensamiento en Huelva o la Sociedad de Mujeres Libre Pensadoras en Mahón⁸². Todas estas sociedades se fundaron como una reacción al profundo sentimiento de injusticia e inferioridad que compartían las mujeres republicanas, víctimas de las numerosas restricciones y obstáculos a su desarrollo como individuos independientes que el Código Civil imponía al conjunto de mujeres españolas.

La organización de las feministas en asociaciones tenía como principal objetivo alejar al movimiento feminista de la imagen de desorden y degeneración que provocaba el hecho de que las mujeres abandonaran la exclusividad del ámbito privado. Si bien no consiguieron situar la polémica feminista en el centro del debate público, las sociedades de mujeres permitieron otorgar al activismo femenino la importancia que merecía dentro de las respectivas corrientes ideológicas que lo rodeaban, pues la reclamación de sus derechos civiles captó, al menos, la atención del resto de miembros del poder público. Entre ellas se adjudicaron la misión de extender los ideales republicanos al mayor número de mujeres posible, a través de acciones no estrictamente políticas pero sí públicas, como mítines, conferencias, reuniones, veladas culturales o lecturas colectivas. Como señala María Dolores

⁸¹ María Dolores Ramos, «Radicalismo político, feminismo y modernización», en Isabel Morant, *op. cit.*, III, p. 35.

⁸² *Ibid.*, p. 38.

Ramos, las feministas republicanas recuperaron el modelo de «mujer-guía, independiente, instruida, politizada, inclinada a la causa obrera»⁸³.

La cuestión de la instrucción de las mujeres constituyó un aspecto central de la agenda feminista de las republicanas librepensadoras. Efectivamente, si los procesos de reproducción de la sociedad estaban inequívocamente depositados en las manos femeninas, y estas se encontraban irremediabilmente atadas a las garras del confesionario, era inevitable que la Iglesia siguiera penetrando en todos los aspectos de la crianza de las nuevas generaciones. El proyecto republicano y más específicamente, el republicano feminista, exigía que las madres otorgaran una educación a sus hijos basada en la razón y la laicidad. Esta demanda requería que, antes que madres, las mujeres españolas fueran instruidas como seres racionales e independientes, que conocieran el alcance de su responsabilidad moral y social como productoras de su descendencia. Como se puede apreciar, se trata de una concepción muy próxima a la del reformismo social compartida por las compañeras católicas. Las mujeres republicanas abogaban por una instrucción femenina previa a la maternidad, que asegurara una crianza progresista, laica y librepensadora de las nuevas generaciones. De hecho, algunas feministas republicanas apostaron por la revolucionaria idea de que la maternidad no era necesariamente la característica definitoria más estricta de la identidad de una mujer:

El amor sexual no es tu único destino, antes de ser hija, esposa y madre, eres criatura racional, y a tu alcance está lo mismo criar hijos que educar pueblos. ¡Alza, pues, tu frente y mira el horizonte ilimitado de tu actividad de ser pensante! Tu misión es *paralela* a la del hombre. *Entre los dos* tenéis que mejorar la especie, y tan necesario es que tu cerebro *piense* como que *sienta* el corazón masculino: la vida es una repartida de los dos sexos⁸⁴.

Parece evidente que las proclamas de las feministas republicanas son las más cercanas a una reivindicación por la igualdad real entre hombres y mujeres. Sin menospreciar el hecho de que sus convicciones estaban fuertemente influenciadas por una idea de reformismo social que también marcaba pautas de conducta para el resto de mujeres, lo cierto es que las activistas librepensadoras se acercaron más a la idea de feminismo que conocemos en la actualidad que sus compañeras católicas, al apostar fuertemente por una reforma absoluta del

⁸³ *Ibid.*, p. 38.

⁸⁴ Rosario de Acuña «A las mujeres del siglo XIX», *La Luz del Porvenir*, IX, 33, 5 de enero de 1888.

Código Civil y por una consideración en pie de igualdad con sus compañeros varones. En este sentido, las feministas republicanas abogaron explícitamente por su derecho al acceso a las esferas públicas de poder: «Venimos para ocupar frente al enemigo ensorbecido hoy más que nunca, un puesto de peligro y de combate, convenciendo así a los que flaquean porque juzgan lejano el triunfo y desigual la lucha, de que si *las débiles* tienen fortaleza, bien están obligados los fuertes a luchar y a vencer»⁸⁵.

Desde esta convicción con marcada conciencia de género, las feministas librepensadoras como Belén de Sárraga, Rosario de Acuña, Ángeles López de Ayala, Amalia y Ana Carvia, Francisca Benaigues o María Marín se apresuraron a ocupar su lugar en el ámbito público para actuar como altavoz de las demandas de las mujeres, incitándolas a unirse a sus filas y a avanzar juntas por un porvenir mejor. A partir de la apología de figuras femeninas y feministas como Emilia Pardo Bazán y posteriormente, Carmen de Burgos y Margarita Nelken, las feministas incitaron a las mujeres a trabajar por el desarrollo de su independencia, a través de la adquisición de estudios superiores y de formación específica. Con todo, ellas mismas predicaron con el ejemplo ejerciendo profesiones dentro del ámbito del periodismo, donde muchas de ellas alcanzaron puestos de responsabilidad como el de dirección o jefatura de redacción.

A pesar de que estas mujeres actuaron siempre desde la comodidad económica que su condición de burguesas les permitía, y esto las alejó considerablemente de las clases trabajadoras y de las mujeres obreras, no cabe duda de que sus planteamientos, debates y discursos feministas estaban allanando el camino para el surgimiento de la nueva mujer o mujer moderna en la nueva realidad de los años 20. El acercamiento y la detentación de sus posiciones en el espacio público, aunque no estrictamente político, las convirtió por fin en sujetos civiles de la sociedad, y ello permitió a las nuevas generaciones llevar a cabo las actuaciones que desembocarían en la conquista del voto femenino en 1931.

Sin embargo, la sociedad española que presenciaba el inicio del siglo XX seguía estando bien compartimentada en clases sociales, a pesar de la extendida concepción liberal de que todos los seres humanos nacían libres e iguales. En ese sentido, los incipientes feminismos del siglo XX tuvieron un carácter marcadamente burgués. El krausismo, principal

⁸⁵ Belén de Sárraga, «Estamos en pie», *La Conciencia Libre*, segunda época, I, 1, 2 de diciembre de 1905.

patrocinador de las primeras escuelas, centros y secciones femeninas, se caracterizó por la absoluta ausencia de compromiso con las clases populares, fruto del desengaño que provocó el fracaso de la Primera República. Con la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, los krausistas afinaron su discurso e incidieron muy especialmente en la formación de hombres y mujeres capaces de asumir puestos de alta responsabilidad para el progreso de la nación española. El elitismo será, a partir de este momento, una característica esencial del grupo institucionista⁸⁶. De hecho, las primeras escuelas específicamente femeninas, como la Escuela de Comercio, inaugurada en 1878, la Escuela de Correos y Telégrafos, fundada en 1883, o la Escuela Primaria, en 1884, eran privadas, además de que se establecieron en los grandes núcleos urbanos, como Madrid o Barcelona. Esto provocó que sólo ingresara en ellas una minoría de mujeres, más cercanas a la alta burguesía o a la aristocracia que a las clases medias, no digamos ya a las proletarias. Sin embargo, a pesar de estas medidas elitistas, no podemos dejar de observar las aportaciones que los krausistas hicieron al discurso feminista. El ejemplo de Adolfo Posada es el más representativo:

Que la situación de la mujer en general, y especialmente en determinadas clases, es muy poco halagüeña; que la condición creada para ella en la sociedad moderna es cada vez más difícil, sometida a los rigores de la competitividad industrial y a los de la lucha por la vida, cosa es que pocos negarán; y cuantos no lo nieguen, y en su virtud reconozcan, la necesidad más o menos imperiosa de mejorar aquella situación, y de hacer más llevaderos los rigores de la competencia y de la lucha, son en cierto modo feministas⁸⁷.

Este fragmento de su obra *La España Moderna*, aúna ya en 1899 una cuestión que será central en el desarrollo del feminismo español del siglo XX: la lucha por la emancipación feminista unida a la lucha de clases. Como veremos más adelante, la propia Luisa Carnés lo enunciará así en 1934:

Mujeres se preparan a luchar contra la guerra, a luchar por su emancipación y derecho a la vida. No son mujeres de tipos estandarizados, con gafas de concha, corbata y un cartelón de hule o cuero debajo del brazo. Las «de hoy» son mujeres «sin tipo», obreras miserables, con un hijo en el vientre; mujeres que, a veces, no saben leer⁸⁸.

⁸⁶ María Teresa González Calbet, «El surgimiento del movimiento feminista, 1900-1930», en Pilar Folguera (ed.), *El feminismo en España. Dos siglos de historia*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2007, p. 92.

⁸⁷ Adolfo Posada, «Feminismo» (1899), recogido en María Ángeles Durán (coord.), *Mujeres y hombres. La formación del pensamiento igualitario*, Madrid, Castalia, 1993, p. 100.

⁸⁸ Luisa Carnés, *Tea Rooms. Mujeres obreras*, Gijón, Hoja de Lata, 2016, p. 204.

1.2.5. El ángel del hogar levanta el vuelo

A medida que avanzaba el fin del siglo XIX y se aproximaba el principio del XX, la función del ángel del hogar se volvía insostenible para aquellas mujeres que no formaban parte de la alta burguesía o de la aristocracia. Progresivamente, se va agravando la conciencia de que las mujeres de las clases medias necesitan empezar a mantenerse por sí mismas trabajando fuera del hogar. Como apunta Susan Kirkpatrick:

[...] el desplazamiento de las formas de organización familiar extendidas a la familia nuclear que acompañaba a los procesos de modernización empezaba a hacerse notar en los centros urbanos, donde la difícil situación de las viudas y hermanas solteras de clase media que no podían contar con la familia extendida para la supervivencia económica estaba captando la atención de los intelectuales liberales⁸⁹.

En efecto, la supervivencia en la ciudad era muy difícil para aquellas familias cuyos miembros masculinos no aportaban un gran jornal al hogar: evidentemente, las familias con numerosos hijos no podían mantenerse con un solo sueldo. Carmen de Burgos afirma en 1911 que «ya no puede dejar de verse la necesidad económica [...], por eso quiero a la mujer independiente, para que no se case por necesidad; para que tenga derecho a elegir; para que sea consciente de sus actos»⁹⁰. Precisamente, los criterios morales y religiosos a los que se ha aludido más arriba eran el mayor lastre a la hora de progresar y vivir dignamente. El trabajo femenino extradoméstico era concebido como propio de un ciclo vital determinado, incompatible con el matrimonio y la maternidad. Esta convicción consiguió perpetrar estructuralmente la percepción del trabajo femenino como complementario al masculino, lo que se tradujo en la adjudicación de puestos de trabajo no cualificado y secundario para las mujeres⁹¹.

La teoría de la complementariedad del salario femenino silencia la diversidad de las experiencias laborales de las mujeres, al no ser consideradas nunca como fuente principal de ingresos en el seno familiar. Esta concepción repercute en la valoración pública del trabajo femenino, llegando a considerar el salario de los obreros no ya en función del trabajo que

⁸⁹ Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 37.

⁹⁰ Carmen de Burgos, «Misión social de la mujer» (1911), recogido en María Ángeles Durán (coord.), *op. cit.*, p. 113.

⁹¹ Mónica Burguera, «El ámbito de los discursos: reformismo laboral y surgimiento de la “mujer trabajadora”», en Isabel Morant (dir.), *op. cit.*, III, p. 294.

realicen, sino del sexo al que pertenezcan. Esta negación de la experiencia femenina comenzará a ser dismantelada con la llegada de la Segunda República y gracias a las voces de mujeres obreras que empiecen a visibilizar sus propias prácticas laborales. Luisa Carnés participará activamente en este rechazo a la concepción del varón como único sostén de la familia, como hemos mencionado anteriormente. Al caracterizar al cabeza de familia como ausente, o incluso como una carga familiar y económica, las mujeres obreras de las novelas de Carnés serán las protagonistas absolutas al convertirse en las encargadas de sostener económicamente a la familia. Esta característica está muy presente en su primera novela extensa, *Natacha*, en la que su protagonista femenina sufre una doble opresión, por ser niña y mujer, al verse obligada a entrar en el mundo laboral a los doce años para mantener a una familia inicialmente dependiente de un padre inválido, alcohólico y ludópata.

Sin embargo, la ideología sobre este aspecto en las clases proletarias tampoco era muy halagüeña para las compañeras, puesto que también los obreros se encontraban anquilosados en las estructuras patriarcales de poder. La creciente presencia de las mujeres en las fábricas se entendió como una amenaza para los trabajadores varones. La ocupación femenina representaba un aumento de la competencia, al tratarse de mano de obra más barata, flexible y sumisa. Además, significaba una ruptura de las tareas dentro de la familia y de ciertas nociones de masculinidad y feminidad. La mayoría de los obreros seguían convencidos de que la misión esencial de la mujer era el hogar, a pesar de que no se lo pudieran permitir económicamente. Por este motivo, la explotación de las mujeres obreras será doble: al volver de la fábrica, donde trabajaban por un salario significativamente inferior al de los compañeros, deberán ocuparse además de las tareas del hogar.

A las operarias de las fábricas y los talleres se las definía por dos rasgos independientes, uno físico y otro moral. Físicamente, el sexo femenino no estaba capacitado para realizar los mismos trabajos que los hombres. Además, como sinónimo de sentimiento y sensualidad, la mujer se convierte en objeto de abuso sexual en potencia en los lugares de trabajo. La figura femenina de la obrera, por tanto, se presenta como una seductora para sus compañeros, relacionando así el trabajo femenino extradoméstico con la prostitución; mientras que ellos se sienten en libertad para abusar de sus compañeras. Luisa Carnés caracteriza el acoso sexual sufrido por las obreras como un elemento común en la descripción del entorno laboral. Con sólo doce años, Natalia Valle comprende rápidamente la jurisdicción en la fábrica:

No pudo evitar que germinara en su alma la semilla de la repulsión hacia el medio ambiente en que vivía, y en particular hacia los hombres —groseros, obscenos—, sus compañeros de trabajo, que no desperdiciaban ocasión de rozarle una pierna o un brazo con su cuerpo al cruzarse por la noche en los pasillos, angostos y mal alumbrados, del «cuarto de hormas»; hacia aquel viejo apoplético de don César, el administrador, que le retenía una mano entre las suyas, rosadas y blandas, cuando se acercaba a la caja a cobrar el sueldo todas las semanas, y que decía, guiñando los ojillos, pequeños y saltones, a los obreros de más confianza: «¡Qué maja!... ¡Qué maja se está poniendo esta chica!»⁹².

Por su parte, Matilde también denunciará en 1934 la dominación masculina en las fábricas, que era la que provocaba la amenaza sexual. Los obreros podían manosear a las mujeres a placer y sus superiores podían abusar de su poder impunemente:

[...] se dan casos verdaderamente repugnantes; casos en que las auxiliares se han visto obligadas a denunciar al jefe inmediato o a pedir, con un pretexto cualquiera, su traslado a otro departamento de la casa. Eso tratándose del jefe inmediato, que cuando es el director quien origina las cosas, entonces el problema es de fácil solución: no hay más que coger la puerta... y, a comer moralidad⁹³.

Además del acoso sexual, la dominación masculina supondrá una amenaza para las mujeres, que deberán mantenerse siempre alerta. La protagonista de una de sus primeras novelas cortas, Candelas, en *La ciudad dormida*, desarrollará su esquivia personalidad a partir de la violación que sufre de niña a manos del novio de su hermana. La visión de la sexualidad masculina siempre es negativa en la narrativa de Luisa Carnés, y lo que pretende con los ejemplos que muestra en sus novelas es precisamente advertir a las mujeres que todavía no han logrado un conocimiento claro de su estatus social. Su objetivo es que las mujeres obreras adquirieran una conciencia de clase y de género que, a principios del siglo XX, todavía estaba por comprender para muchas de ellas.

⁹² Luisa Carnés, *Natacha*, Sevilla, Renacimiento, 2019, p. 50.

⁹³ Luisa Carnés, *Tea Rooms*, *op. cit.*, p. 88.

II. LAS MUJERES EN EL ALBOR DE UNA NUEVA ÉPOCA

En los albores del siglo XX en España comienza a ser evidente la urgencia con la que debe abordarse la cuestión femenina. Sin embargo, del mismo modo que ocurre con la cuestión social, donde son los obreros quienes deciden modelar su propio discurso, las mujeres empiezan también a tomar conciencia de su situación como individuos en la sociedad. Desde posturas muy diversas, el discurso de las mujeres de principios de siglo XX se vuelve combativamente femenino al ser emitido por sus protagonistas principales. Como ya se ha mencionado de forma reiterada en este estudio, el feminismo español se nutre en realidad de muchos feminismos, tantos como formas de entender la propia identidad femenina, tanto si se trata de Concha Méndez y Maruja Mallo paseándose sin sombrero por la Puerta del Sol de Madrid como si nos referimos a la obrera que decide sumarse a la huelga para luchar de forma independiente por su emancipación.

En cualquier caso, lo que tienen en común todos estos movimientos feministas es el esfuerzo ingente que sus protagonistas hubieron de realizar a la hora de llevar a cabo sus reivindicaciones, viéndose obligadas a cortar lazos familiares en numerosas ocasiones, y siendo objeto de burlas y críticas en los puestos de trabajo por parte de los compañeros. El estigma de las reivindicaciones femeninas tanto en las fábricas como en las universidades era observado con escepticismo por los compañeros varones, entendiendo todos que la lucha feminista se convertiría en un lastre para el desarrollo de sus propios intereses.

En este sentido, es importante entender que, a pesar del apoyo mostrado por muchos hombres en algunas reivindicaciones femeninas, los logros que la lucha feminista implantó en España se deben exclusivamente a las mujeres. Se toparon con infinidad de obstáculos para la consecución de sus derechos, y muchos de ellos fueron, paradójicamente, de sus propias compañeras, como la negativa de Victoria Kent a otorgar el voto femenino en las Cortes Constituyentes. Sin embargo, la República había comenzado a comprender que las mujeres debían ocupar la misma posición que los hombres en el espacio público y así lo estaba

demostrando con las medidas que se fueron implantando desde su nacimiento, hasta que la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista enterraron al feminismo español en la más profunda de las cunetas.

2.1. La conciencia de género

Los cambios en las consideraciones morales y las creencias populares constituyen procesos que se alargan enormemente en el tiempo. La llegada del siglo XX y el inicio y desarrollo de la modernidad industrial y cultural en España provocaron una reconsideración tanto de las mujeres como de su papel social, pero en ningún caso se llegó a un cambio radical de sus roles tradicionales, y mucho menos a una redefinición de las estructuras de poder entre hombres y mujeres. Sin embargo, la apertura social a nuevas corrientes artísticas y culturales, así como la conquista del mundo laboral extradoméstico, propiciaron el cuestionamiento acerca de cuál era verdaderamente la posición de la mujer en la sociedad y cuál debería llegar a ser en el futuro. En este sentido, podemos hablar de una ambigüedad de la situación femenina a comienzos del siglo XX. Por un lado, se observan los grandes avances que las mujeres lograron a comienzos de la centuria, tomando ellas mismas las riendas de su vida; por otra parte, sin embargo, reinaba la constante reiteración de argumentos excluyentes para su presencia en el ámbito social. Esta contradicción se explica a partir de cuatro factores esenciales en la cultura del primer tercio de siglo en España:

En primer lugar, el carácter fuertemente patriarcal de las élites culturales y artísticas; en segundo, la división de la cultura en cultura elevada o de minorías y cultura de masas; en tercer lugar, y especialmente a partir de la posguerra de 1918, la irrupción de las mujeres como productoras y consumidoras de bienes culturales en los diferentes ámbitos de la vida social; y en cuarto, la radical transformación de la imagen de la mujer a partir de la Primera Guerra Mundial⁹⁴.

La transformación de la mujer a principios de siglo, por tanto, es el fruto de la crisis cultural a la que había llegado el fin del siglo XIX. El siglo de las certezas positivistas no daba respuesta a las múltiples realidades de la sociedad española, y tanto la unidad de pensamiento ideológico como el estrecho código de conducta moralizante que había impuesto la burguesía decimonónica a través del arte realista y naturalista, suponían un callejón sin

⁹⁴ Marcia Castillo Marín, «Escritoras y periodistas en los años veinte», en Isabel Morant (dir.), *op. cit.*, IV, p. 169.

salida para un desarrollo cultural que entraba en franca decadencia. A principios del siglo XX, los intelectuales y artistas comienzan a sospechar que la única manera de escapar de ese callejón será rompiendo con todos los muros que lo rodean, implantando una cultura moderna para una sociedad que había adoptado una nueva forma de entenderse.

Con la llegada de los años veinte, entrará por fin en España una brisa cultural con ansias renovadoras. Las vanguardias, que pisan con fuerza en todos los ámbitos artísticos de las distintas capitales europeas, tardan un poco más en llegar a nuestro país. Este retraso en la incorporación a los ismos se debe, entre otros muchos aspectos, a que España vivía una particularidad cultural como consecuencia directa de las pérdidas de las últimas colonias en 1898, un modernismo tardío al que se habían aferrado los artistas noventayochistas. La crisis de la identidad nacional que provocó el desastre del 98 se vio reforzada con la imagen femenina del *ángel del hogar*. Según Tània Balló, el ideal de mujer se funde con el de la nueva patria, porque «sobre el ideal del ángel del hogar recaía la responsabilidad de engendrar y proteger una nueva generación de españoles que debían devolver a España su identidad»⁹⁵.

A pesar de la sincronía que demostró la Vanguardia española con respecto a Europa, en muchos de sus momentos estelares a partir de los años veinte, lo cierto es que a principios de siglo España todavía arrastraba el atraso político y cultural derivado del Desastre del 98. Teniendo en cuenta que en 1909, el año de la traducción del *Manifiesto futurista* de Marinetti por Ramón Gómez de la Serna, España contaba con casi un 60% de analfabetos⁹⁶, parece apropiado destacar que lo que se fomentaba en forma de vanguardia era la necesidad de una modernización cultural previa a un futurismo, creacionismo o surrealismo. De ahí el diálogo entre los numerosos frentes culturales abiertos en España, de la mano de intelectuales que ejercían como «guías» del movimiento para aquellos jóvenes que deseaban introducirse en el ámbito cultural. Ramón Gómez de la Serna, Rafael Cansinos Assens o José Ortega y Gasset son tres de sus ideólogos más representativos. Los tres tienen en común la ideología liberal y el reconocimiento colectivo como intelectuales de prestigio, así como el dudoso honor de contar con un discurso tradicional y muy excluyente respecto a las mujeres. Sobre todo

⁹⁵ Tània Balló, *Las Sinsombrero*, Barcelona, Espasa Libros, 2016, p. 21.

⁹⁶ Vicente Jarque, «La Vanguardia artística en España. Apología de un fracaso», en Pérez Bazo (coord.), *La Vanguardia en España*, op. cit., p. 372.

Ortega y Gasset, que construye toda su ideología sobre una distinción binaria del pensamiento: «minorías frente a masas, élites contra público burgués que no entiende el arte nuevo, artistas iniciados, en fin, entre quienes las mujeres no tienen cabida»⁹⁷.

Sin embargo, toda la innovación y la modernidad que el huracán vanguardista introdujo en España también se dejó percibir por las mujeres. La Junta de Ampliación de Estudios, que en 1910 había inaugurado la Residencia de Estudiantes a instancias de la Institución Libre de Enseñanza, funda en 1915 su homónimo para mujeres, la Residencia de Señoritas. Este centro fue el mejor argumento que una minoría de muchachas encontró para acudir a Madrid a iniciarse en los estudios superiores. Además, las mujeres de clase media comenzaron a incorporarse paulatinamente a la vida laboral, como mecanógrafas, telefonistas, secretarias, dependientas y funcionarias. Esta afiliación al trabajo no dejaba de ser llamativa para el resto de la sociedad, que asistía atónita a los numerosos artículos y entrevistas que las mujeres trabajadoras concedían a revistas de prestigio, donde aparecían como imagen de la modernidad y como símbolo de la mujer nueva:

En fin, este curso, 1927-1928, tiene la Facultad de Medicina más alumnas que ninguno de los anteriores. A estas horas se han matriculado, sólo en la enseñanza oficial, ochenta y ocho. Como se puede calcular que la enseñanza no oficial cuente al menos con otras quince o veinte, resulta que hay más de cien jovencitas que quieren ser «médicas»⁹⁸.

Las mujeres se encargaron de acceder a la sociedad en calidad de ciudadanas a partir de una vía muy particular: la transgresión. Fueron conscientes desde el primer momento de que la construcción de la mujer moderna había de pasar ineludiblemente por la visibilidad social femenina, y para ello —como la Vanguardia, o con ella—, decidieron romper con los estereotipos de belleza tradicionales. La tez blanquecina, las curvas corporales marcadas a fuerza de corsé, los innumerables adornos en el vestido y la actitud sumisa y pasiva quedaron atrás para dar lugar a la mujer delgada, sin formas excesivamente marcadas, que vestía prendas holgadas y que mostraba una actitud vitalista y desenfadada. Las mujeres se cortaron el pelo *à la garçon* y adquirieron hábitos masculinos como fumar, practicar deporte o incluso tomar partido en conversaciones y debates precisamente para situarse en pie de

⁹⁷ Castillo Marín, art. cit., p. 169.

⁹⁸ Vicente Sánchez Ocaña, «Sólo en Madrid estudian Medicina cien muchachas», *Estampa*, I, 4, 24 de enero de 1928.

igualdad con los varones. Las *flappers* intentaron eliminar todo lo que quedaba en ellas de objeto de observación masculino para erigirse como sujetos femeninos a partir de diversas estrategias estéticas. No obstante, como abordaremos más adelante, estos mecanismos no fueron más que sutiles y superficiales tácticas de emancipación que, evidentemente, no estuvieron al alcance de todas las mujeres españolas. Las nuevas mujeres, que comenzaban a tomar conciencia de su género y de los derechos que les quedaban por alcanzar, no eran, desde luego, las obreras ni las agricultoras de las zonas rurales. Sin embargo, es justo reconocer que fueron ellas quienes abrieron paso a un camino feminista que todas acabarían por recorrer:

[...] la mayoría de estos cambios sólo afectaron a una parte muy reducida de la población femenina, mujeres pertenecientes en su mayoría a la burguesía urbana e, indirectamente, a las mujeres obreras, incapaces de sufrir aquella modernidad por cuestiones claramente económicas, pero conscientes del cambio que suponía para el desarrollo de su actividad laboral la Modernidad⁹⁹.

En este sentido, no es menospreciable la tarea que se encargaron de realizar las burguesas modernas. Siguiendo la estela de los feminismos decimonónicos, las nuevas mujeres encontraron en el asociacionismo el mejor modo de organizarse y reivindicarse. Así, en 1926, un conjunto de mujeres, entre las que figuraban María de Maeztu (presidenta), Beatriz Galindo y Victoria Kent (vicepresidentas), Zenobia Camprubí (secretaria), Helen Phipps (vicesecretaria) y Amalia Galárraga (tesorera),¹⁰⁰ fundan el Lyceum Club Femenino, a inspiración de los clubs femeninos europeos. El objetivo principal de este nuevo espacio era poder reunirse y discutir sus inquietudes culturales y científicas, así como promover la incorporación de las mujeres a la educación universitaria, el trabajo extradoméstico y la vida pública democrática. Este ideario feminista situó al Lyceum en el centro de las críticas y a sus miembros en la diana de las burlas de muchos compañeros intelectuales. Sin embargo, lo cierto es que el Lyceum se convirtió en un espacio de difusión del conocimiento y de la cultura para las mujeres que habían encontrado vetado su acceso durante toda su vida. Al

⁹⁹ Guadalupe del Hierro, «Identidad femenina y modernidad pictórica: Maruja Mallo y Remedios Varo», en Ángeles Encinar, Eva Löfquist y Carmen Valcárcel (eds.), *Género y géneros: escritura y escritoras iberoamericanas*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2006, p. 218.

¹⁰⁰ Julia Varela, «La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri», *Papers*, 98, 4 (2013), p. 618.

menos hasta que en 1939 fue entregado a la Falange, que malbarató todas las instalaciones y, evidentemente, su razón de ser.

Es innegable que el paso de la esfera privada del hogar a la pública urbana, gracias a la «conquista» del mundo laboral, introduce numerosos cambios en la vida de las mujeres jóvenes, principalmente porque el acceso a la esfera pública implica el surgimiento de la mujer como consumidora «no sólo de los nuevos inventos para el hogar (las cocinas eléctricas y de gas, y la lavadora, aparecidas a finales del XIX; la aspiradora y la plancha, a principios del XX), sino también como consumidoras de teatros, cines, nuevos medios de transporte, deportes, nuevas modas...»¹⁰¹. Con la entrada de la mujer en el mercado a través de su irrupción en el mundo laboral, se hace evidente su independencia y su consideración como individuo libre, esto es, como ciudadana. El ingreso en el libre mercado facilitará asimismo la aparición de la artista, de la mujer productora de objetos artísticos, de la creadora¹⁰². Sin embargo, la profesionalización artística para las mujeres no era tan sencilla: «pesaba la identificación del creador como naturalmente masculino. Sin olvidar las dificultades con las que se topa la creadora (la hermana de Shakespeare que señala Virginia Woolf en *Una habitación propia* [1929]). Se negaba la facultad creativa femenina. Y las artistas solían ser localizadas en el amateurismo»¹⁰³.

Muchas de las mujeres que consiguieron desarrollar su carrera artística y obtener a cambio beneficios económicos lo hicieron gracias al apoyo masculino. Las relaciones afectivas se convirtieron, en la década de los años veinte, en un vínculo que aproximaba a las creadoras al espacio donde no podían moverse sin ese referente masculino. Concha Méndez se acercó al círculo poético de Federico García Lorca gracias a su relación afectiva con Luis Buñuel; Maruja Mallo circuló por las órbitas literarias de la mano de Buñuel, Lorca y Salvador Dalí; Marga Gil Röesset fue discípula de Juan Ramón Jiménez y María Zambrano lo fue de Ortega y Gasset. No se trató, sin embargo, de una estrategia consciente o premeditada, puesto que todas ellas ejercieron su labor de intelectuales y artistas al margen de sus compañeros. Dicho sea de paso, tampoco ellos colaboraron de manera explícita en el

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 218.

¹⁰² Continúo refiriéndome a mujeres de clase media y alta, puesto que si la situación laboral en la que se encontraban las obreras dificultaba enormemente el acceso a una formación básica, no digamos ya la formación artística.

¹⁰³ Olmedo, *Itinerarios de exilio... op. cit.*, p. 44.

reconocimiento que merecían sus compañeras, ya que en numerosas ocasiones participaron de estas estrategias de invisibilización y de crítica de las que ellas eran objeto. Además, esta suerte de mecenazgo, llevado a cabo a partir de sus relaciones personales, choca frontalmente con las creaciones artísticas femeninas, cuya estética vanguardista se sustenta en los principios fundamentales de rebeldía y transgresión. Ellas aspiran a moverse en un espacio propio, sin necesidad de protección masculina, como representa gráficamente «La Tertulia», un cuadro de Ángeles Santos pintado en 1929, que refleja el deseo de encontrar un espacio compartido exclusivamente por otras mujeres¹⁰⁴.



Ángeles Santos, «La tertulia» (1929). Madrid, Museo Reina Sofía¹⁰⁵.

La transgresión es el elemento fundamental que provoca la conquista del espacio propio: «la Mujer Artista se rebela contra las estructuras patriarcales de la sociedad, y el ámbito donde se desarrolla este tipo de rebelión suele ser la casa paterna (o materna)»¹⁰⁶. La brecha generacional que separa a padres e hijas comienza a agrandarse, puesto que la

¹⁰⁴ Al estar protagonizado por cuatro mujeres en actitud sensual, relajada pero desafiante, inicialmente se pensó que el cuadro mostraba a prostitutas en un burdel. Esta idea es bastante representativa de la concepción que de los grupos de mujeres artistas se tenía en el momento.

¹⁰⁵ Disponible en: <https://www.museoreinasofia.es/coleccion/obra/tertulia>.

¹⁰⁶ Guadalupe del Hierro, art. cit., p. 218.

adhesión a los movimientos artísticos de vanguardia y a una vida bohemia propicia el cuestionamiento del valor de la moral católica y puritana recibida de sus progenitores. En este sentido, las mujeres artistas deciden escapar de la función que sus madres les imponen desde niñas. El ejemplo de Concha Méndez es bastante gráfico: «cuando su madre se enteró de que había asistido a una conferencia en la universidad, la golpeó tan fuerte en la cabeza con el auricular del teléfono que Concha conservaría la cicatriz el resto de su vida»¹⁰⁷. Desde otro ámbito muy distinto, el laboral, también Luisa Carnés trata de ilustrar la frontera moral que se alza entre madres e hijas:

—¿Crees que una muchacha *independiente* está más capacitada para resolver un problema aritmético que una hija de familia? ¿No adviertes que ese M. F. Internacional lo que desea es una muchacha *para todo*?
—Las chicas de hoy os pasáis de listas; se os figuran los dedos huéspedes.
—Así, ¿a ti te gustaría que aceptara?
—Yo no digo eso.
—Sí dices eso, madre. Contra tu propia voluntad, contra tu añejo concepto de las cosas, dices, sientes eso¹⁰⁸.

En los círculos literarios, las escritoras se alejan de la novela rosa y presentan un «tipo de mujer de acuerdo con sus ideales, que irá modificando el modelo literario femenino acuñado por el prestigio de la tradición heredada»¹⁰⁹. La novedad de la mujer escritora del siglo XX es que otorga a sus heroínas características que comienzan a serle propias, y con las que consiguen alejarse del tipo de mujer establecido desde ópticas masculinas. Van conformando así el modelo de mujer moderna al que aspiran en su vida personal; conquistando de este modo el espacio que les había sido tradicionalmente denegado.

La conquista de este espacio es lo que Charles Baudelaire había definido, en la segunda mitad del siglo XIX, como la función principal del artista moderno: «estar fuera de casa, y sentirse, sin embargo, en casa en todas partes; ver el mundo, ser el centro del mundo y permanecer oculto al mundo, tales son algunos de los menores placeres de esos espíritus independientes, apasionados, imparciales»¹¹⁰. El *flâneur* es el paseante incansable, cuyo objetivo no es dibujar un plan racional y analizar la realidad que le rodea, sino simplemente

¹⁰⁷ Kirkpatrick, *op. cit.*, p. 225.

¹⁰⁸ Carnés, *Tea Rooms*, *op. cit.*, p. 17.

¹⁰⁹ Ena Bordonada, *art. cit.*, p. 89.

¹¹⁰ Charles Baudelaire, *El pintor de la vida moderna*, Madrid, Santillana, 2013, p. 8.

deslizarse por la urbe y dejarse llenar de los sucesos y de las gentes que la transitan. Este personaje de la bohemia decimonónica se adscribió desde su concepción a la figura masculina, ya que el devaneo y el vagar por la ciudad eran actividades prohibidas para las mujeres decentes. Jo Labanyi ha descrito con claridad el debate que se abrió a finales del siglo XIX en España con respecto a la libre circulación de personas por la vía pública. A diferencia de los hombres, las mujeres sólo tenían acceso al espacio público como objetos de consumo, siendo por tanto las prostitutas las únicas a las que se permitía deambular por las calles sin ningún destino concreto. En este sentido, también las adúlteras fueron relacionadas con el paseo, ya que al simultanear su presencia en el ámbito privado de sus hogares con la de otros lugares públicos donde encontrarse con el amante, estaban difuminando los límites de la esfera privada y, por tanto, poniendo en crisis el modelo esférico de los espacios:

Las novelas urbanas [del siglo XIX] utilizan el adulterio femenino como una estrategia retórica similar, la cual exagera la amenaza de la movilidad de las mujeres en una época en la que las únicas profesiones abiertas a ellas (aparte del convento, que representaba confinamiento más que movilidad) eran las de prostituta, sirvienta, nodriza, obrera industrial o dependienta de tienda (las dos últimos reductos casi exclusivamente masculinos), o, si tenían la suerte de asistir a algunas de las nuevas escuelas femeninas fundadas por los krausistas en 1870-1900, maestra o telegrafista¹¹¹.

La concepción de la calle únicamente como vía para ir de un lado al otro fue rebatida por las mujeres modernas que la ocuparon como forma de ocio. El paseo, metafóricamente inaugurado por Maruja Mallo, Concha Méndez y Federico García Lorca al provocar el escándalo de caminar por la Puerta del Sol de Madrid sin llevar sombrero, no existía como tal a finales del siglo XIX, y de hecho, se convirtió en un acto excesivamente transgresor según el código moralizante que seguía en pie ya bien entrado el siglo XX. El ejemplo de Virtudes, la criada de Inés en la primera novela de los Episodios de una Guerra Interminable de Almudena Grandes, *Inés y la alegría* (2010), es bastante clarificador en cuanto a pasear por el centro de Madrid se refiere en 1936:

—¿O es que tú has ido a la Gran Vía alguna noche?
—Uy, no, señorita —negó con la cabeza y mucho vigor—, yo, desde luego que no.
—Pues yo tampoco. Y ya va siendo hora, ¿sabes?
—Es que... —pero con eso no la convencí—. Salir de noche, por la Gran Vía, las dos solas... vamos a parecer unas busconas¹¹².

¹¹¹ Labanyi, *op. cit.*, p. 73.

¹¹² Almudena Grandes, *Inés y la alegría*, Barcelona, Tusquets, 2010, p. 79.

Gracias a la ocupación de esos nuevos espacios, las mujeres tuvieron la oportunidad de acceder con un mayor grado de libertad a la calle. Las creadoras vanguardistas se fueron haciendo dueñas de ese lugar precisamente a partir de los rasgos ya mencionados anteriormente; llevando a cabo su representación o *performance* de mujeres modernas consiguen adentrarse en las calles como ciudadanas, como paseantes, como *flâneuses*. Esta marca de género en el concepto es la que las convierte en transgresoras, puesto que dejan atrás su papel de objeto observable para pasar a autoconstruirse como sujetos observadores. Sin embargo, no sólo observarán el escenario que ofrece la urbe, sino que también analizarán su papel como objetos en esa escena. Su juego responde, precisamente, al objetivo de legitimar su visibilidad desde el contexto de la invisibilidad femenina¹¹³. La mujer artista comprende su papel periférico en el ámbito social, y consigue autorrepresentarse reinventando todo el discurso masculino desde su propia óptica femenina.

Este altavoz silencioso, esta ventana indiscreta, es la estrategia que llevará a cabo Luisa Carnés a lo largo de toda su creación narrativa. En primer lugar, cederá todo el protagonismo a sus personajes femeninos, que serán las encargadas de ejercer ese papel de paseantes anónimas y silenciosas, desde donde denuncien las situaciones de injusticia a las que están sometidas las mujeres españolas a principios del siglo XX. Enmascarándose bajo las experiencias de sus protagonistas femeninas, Luisa Carnés está otorgando visibilidad a su propia vivencia como mujer obrera; no obstante, mediante la máscara de sus protagonistas consigue alejarse del género ensayístico y de los discursos narrativos moralizantes. Las protestas feministas serán siempre enunciadas de manera implícita, situando al lector frente a la situación descrita desde los ojos del personaje para que emita su propia opinión. Luisa Carnés lleva a cabo un ejercicio de visibilización de la situación femenina desde distintos ámbitos mediante una estrategia de enmascaramiento.

Sin embargo, como veremos más adelante, la clave que define la modernidad femenina para Carnés es radicalmente distinta de la de las burguesas de la Residencia de Señoritas y del Lyceum Club. La transgresión no se produce para una obrera como la protagonista de *Tea Rooms* desde la indumentaria o la adquisición de hábitos varoniles, fundamentalmente porque

¹¹³ Dubravka Mindek y Miguel Molina-Alarcón, «La identidad falsa como estrategia de (in)visibilidad de las mujeres pioneras de la performance (México-España, 1926-36)», *ANIAV, Revista de investigación en artes visuales*, 5 (2019), p. 82.

para ella es previamente necesario conseguir una vestimenta adecuada para cada estación. Lo que verdaderamente contraviene los parámetros de la sociedad patriarcal desde la perspectiva de las proletarias es la fusión de su conciencia de género con su conciencia de clase social. Las obreras pretenden definirse precisamente a partir de su condición de trabajadoras pero también de su condición de mujeres, reivindicando su feminidad dentro del movimiento obrero:

Ya que los hombres luchan por una emancipación que a todos nos alcanzará por igual, justo es que les ayudemos; justo es que nos labremos nuestro propio destino. Antes no había más que dos caminos para la mujer: el del matrimonio o el de la prostitución; ahora ante la mujer se abre un nuevo camino, más ancho, más noble: ese camino nuevo de que os hablo, dentro del hambre y del caos actuales, es la lucha consciente por la emancipación proletaria mundial¹¹⁴.

2.2. La conciencia de clase

En el primer apartado de este capítulo se ha podido comprobar cómo los avances feministas de principios del siglo XX, los llamados «felices años veinte», son protagonizados en su mayoría por mujeres de clase media y alta que, si bien afrontaron con eficacia problemas que les afectaban directamente, poco tenían que ofrecer a las masas de mujeres trabajadoras de las fábricas o los talleres. También se ha mencionado ya cómo el ámbito de trabajo de la mujer burguesa no se corresponde con el de la obrera, aunque ambas dejen al descubierto la verdadera razón de la incorporación de las mujeres al mundo laboral, que no es otra que la necesidad económica, y no la realización personal o la emancipación social.

En este sentido, a principios de los años treinta la figura de la obrera se encuentra en un limbo desde donde es complicada su identificación con ningún grupo o colectivo social y político. Si el feminismo estaba representado por las mujeres burguesas, y desde el movimiento obrero no se contemplaba todavía la reivindicación feminista como parte de la revolución social, la mujer obrera, analfabeta o mínimamente instruida, se veía arrastrada a la inacción ante la explotación a la que era sometida. Por este motivo, llegaría incluso a ser discriminada por sus compañeros varones:

Sujeta a estos condicionantes tradicionales, la mujer-obrera se verá explotada en las fábricas, pero la poca conflictividad que conllevará, fruto de un condicionante cultural y de una resignación histórica, la hará aparecer como competidora del

¹¹⁴ Carnés, *Tea Rooms*, *op. cit.*, p. 200.

hombre y como un freno para el triunfo de reivindicaciones laborales en aquellos sectores en los que se halla presente como fuerza trabajadora¹¹⁵.

Las estructuras patriarcales de poder seguían rigiendo la sociedad española incluso después de la eclosión de los primeros feminismos a principios de siglo. El movimiento por la igualdad de las mujeres era considerado por los dirigentes masculinos como un asunto menor, y todavía era perfectamente lícito enunciar públicamente opiniones de corte misógino. Así lo demuestra el artículo publicado en 1932 por la periodista Josefina Carabias, a raíz de la incorporación de las mujeres licenciadas en Derecho al poder judicial, notarial y diplomático. El abogado Ángel Ossorio considera que la Magistratura requiere «unas condiciones de serenidad, de experiencia, de valor y de calma que la mujer no alcanzará sino después de estar curtida en otras disciplinas menos trascendentales»¹¹⁶. Por su parte, el republicano Luis Fernández Clérigo declara que «estas profesiones no me parece que vayan bien con el temperamento femenino [...] no me parece bien que se comprometan con el Estado a cosas que, a lo mejor, luego no podrán cumplir»¹¹⁷. Sin especificar cuáles son esos oficios que las mujeres no podrían realizar, paradójicamente el juez asegura que, «de todos modos, yo soy el primer convencido de que la mujer debe procurar vivir por sus medios»¹¹⁸. Topamos de nuevo con la doble moral masculina según la cual los hombres, republicanos, conservadores, izquierdistas, o sea cual fuere su ideología política, admiten en teoría la igualdad entre hombres y mujeres, pero en la práctica siguen prefiriendo su presencia en ámbitos laborales inferiores a los suyos. La artista Concha Rey le relatará a Luisa Carnés en 1936 su experiencia como taquígrafa del doctor Ramón y Cajal, con quien compartió su deseo de convertirse en cirujana:

Me decía que aún no estábamos preparadas las mujeres españolas para la Cirugía. En cambio, me aconsejaba estudiar Medicina y que me especializara en niños o me hiciera comadrona. Pero yo quería ser cirujano... La Medicina no me interesaba.

¹¹⁵ Teresa Abelló Guell, «El trabajo de las mujeres en los debates de la II Internacional», en Margarita Ortega y María Jesús Matilla, *El trabajo de las mujeres. Siglos XVI-XX*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1996, p. 266.

¹¹⁶ Josefina Carabias, «Las mujeres van a ser jueces, notarios, registradores...», *Estampa*, V, 222, 9 de abril de 1932.

¹¹⁷ *Ibid.*

¹¹⁸ *Ibid.*

Me gustaba pinchar y cortar. Aún hoy, en plena carrera teatral, cambiaría mis éxitos escénicos por realizar una buena operación quirúrgica¹¹⁹.

Parece evidente que, en el primer tercio del siglo XX, las mujeres habían alcanzado grandes logros con su entrada en el mundo laboral. Su presencia en los medios de comunicación demostraba, también, que su voz era escuchada y que su condición de ciudadanas empezaba a ser tenida en cuenta. Sin embargo, todavía estaban muy lejos de ser consideradas iguales a sus compañeros varones. Incluso las que ocupaban un cargo público en el ámbito político, como Victoria Kent, Margarita Nelken o Clara Campoamor, encontrarán numerosas dificultades a la hora de presentar sus propuestas en las Cortes. Como señala Álvarez-Uría, «las mujeres que durante siglos han estado excluidas del poder público en Europa occidental, tras su entrada en dicho campo, se vieron relegadas, en el siglo XX, a desempeñar un papel subalterno: el de recién llegadas»¹²⁰.

La conquista más notoria que consiguió Clara Campoamor en su papel de diputada en las Cortes Constituyentes fue la del voto para las mujeres. Sin embargo, el debate en el hemiciclo prosperó precisamente por la disyuntiva que encarnó: las otras dos diputadas presentes en la sesión parlamentaria, Victoria Kent por el Partido Radical Socialista, y Margarita Nelken por el Partido Socialista, estaban en contra de la concesión del sufragio femenino por el peligro que suponía para la estabilidad e incluso la permanencia de la República, ya que temían que los votos femeninos fueran a parar a las urnas derechistas por orden del párroco o del marido. La realidad era que otorgar este derecho a las mujeres españolas suponía verter en las urnas 7.955.461 votos, que era el número de mujeres censadas en 1933, sobre un total de 15.164.349 electores, una cifra muy importante de votos previsiblemente conservadores¹²¹. Sin embargo, más allá de las conocidas reticencias mostradas por ambas partes en la sesión parlamentaria, lo más significativo de la polémica fue justamente la visibilidad que otorgó a las diputadas. A pesar de que el discurso de Kent fue aplaudido, mientras que el de Campoamor fue constantemente interrumpido y abucheado, ambas expresaron sus opiniones desde la tribuna parlamentaria, llegando incluso a diferir de

¹¹⁹ Luisa Carnés, «“Yo he trabajado con Ramón y Cajal” cuenta la “vedette” Conchita Rey», *Estampa*, IX, 425, 7 de marzo de 1936.

¹²⁰ Fernando Álvarez-Uría, «Mujeres y política. Las políticas de las mujeres en la España de la Segunda República y la Guerra Civil», *Papers*, 4, 98 (2013), p. 630.

¹²¹ Aurora Morcillo, «Feminismo y lucha política durante la II República y la guerra civil», en Pilar Folguera, *op. cit.*, p. 107.

las ideas de su propio partido. Esta controversia entre las diputadas provocó muchas burlas por parte de sus compañeros varones. En primer lugar, en la sesión parlamentaria estuvieron ausentes 188 diputados, el 40% del total de la Cámara. Esta cifra indica la indiferencia que suscitaba el tema entre el conjunto de los miembros del hemiciclo¹²². Por otro lado, una vez hubo terminado la sesión, Manuel Azaña tuvo a bien describirla como «divertida», mientras que los periódicos se hacían eco en tono jocosos sobre la incapacidad femenina para ponerse de acuerdo¹²³.

Figuras como Clara Campoamor, Victoria Kent o Margarita Nelken se convirtieron en referentes para la participación femenina en la esfera pública y política de la sociedad. A pesar de tratarse de representantes de un feminismo acomodado y burgués, su lucha por hacerse un lugar en las Cortes Constituyentes y defender desde la tribuna pública sus ideas se convirtió en una hoja de ruta para las diputadas que vinieron después. La concesión del voto para las mujeres demostró el carácter conciliador y democrático de la República, y estimuló la necesidad de las mujeres de tomar conciencia de su situación. El sufragio femenino aceleró el proceso del reconocimiento de las mujeres como ciudadanas, como afirmó Clara Campoamor en su discurso en las Cortes: «la única manera de madurarse para el ejercicio de la libertad y de hacerla accesible a todos es caminar dentro de ella»¹²⁴.

En este sentido, la posibilidad de participación en la vida pública también elevó el número de mujeres que militaron en partidos políticos, y que pugnaron por salir elegidas en las contiendas electorales. La existencia política iniciada por las primeras diputadas sirvió como ejemplo y como modelo de referencia para muchas mujeres que, hasta entonces, no habían comprendido ni habían tenido acceso a su papel como ciudadanas. Irene Falcón, militante comunista y mano derecha de Dolores Ibárruri, lo explica meridianamente en sus memorias:

Gracias a ella [a Margarita Nelken], a Clara Campoamor, a Matilde Huici, y a otras mujeres de la época, entré en contacto con las avanzadas ideas del feminismo. Eran abogadas y profesionales, seguramente las primeras de España, y

¹²² Rosa María Capel, «El sagrado derecho de votar», en Isabel Morant (dir.), *op. cit.*, IV, p. 94.

¹²³ Scanlon, *op. cit.*, p. 276.

¹²⁴ Campoamor, *op. cit.*, p. 131.

decían lo mismo que yo pensaba de la independencia y de la libertad de las mujeres¹²⁵.

La presencia de estas mujeres en el espacio público obligó a los partidos a incluirlas en sus listas para atraer el voto femenino. De este modo, pocos años después las acompañan en el hemicycle otras mujeres como Veneranda García-Blanco o Matilde de la Torre, diputadas en 1933 por el Partido Socialista. También las mujeres conservadoras encontraron su lugar en las Cortes, como Francisca Bohigas, diputada por la CEDA ese mismo año. A medida que transcurran los años de la República, los discursos políticos se irán endureciendo y radicalizando, y estas circunstancias darán acceso al hemicycle a otras mujeres como Dolores Ibárruri, diputada del Partido Comunista en 1936, o a Federica Montseny, que será Ministra de Sanidad y Asistencia Social durante un corto periodo de tiempo bajo el gobierno de Largo Caballero.

La entrada de las mujeres en el ruedo político demostró que las únicas dispuestas a luchar por sus derechos iban a ser ellas mismas. La evidencia de las desigualdades e injusticias reflejadas en el Código Civil puso de manifiesto que la emancipación jurídica y política de las mujeres no se podría producir si no tomaban las riendas de la defensa de sus intereses. Desde su acceso a las enseñanzas universitarias, mujeres como Victoria Kent o Clara Campoamor comprenden que el paso último para lograr la consecución de sus ideales es la ocupación de su legítimo lugar en las Cortes Constituyentes. En este sentido, la toma de conciencia de género es una herramienta crucial para la adquisición de la conciencia de clase, que la obrera sólo obtendrá una vez asumido su papel en tanto que mujer dentro de la estructura social.

Por tanto, el marco político al inicio de los años treinta fue decisivo a la hora de conformar los derechos y libertades. La República se convirtió, sin duda, el espacio adecuado para el desarrollo de la nueva mujer. El espíritu democrático y el trabajo por las libertades individuales desembocaron, inevitablemente, en la lucha por los derechos de las mujeres. Aunque se iban produciendo lentamente, las reformas legislativas con respecto a la situación femenina fueron llegando. Principalmente, con la redacción de la Constitución de 1931, que supuso por primera vez en la historia de España el reconocimiento formal de la igualdad de sexos gracias a la insistencia de Clara Campoamor. A lo largo de su articulado, además, la

¹²⁵ Irene Falcón, *Asalto a los cielos: Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 48.

Constitución iba garantizando derechos femeninos con un marcado carácter progresista, que se fue modificando y ampliando en legislaciones posteriores. La protección de la mujer en el trabajo y la no discriminación de la mujer por razones de sexo fueron los puntos de partida de la igualdad promulgada por la Constitución más progresista que ha regulado la legislación española. Aunque la teoría de las reformas sobre el papel fue difícilmente efectiva en la práctica, lo cierto es que fue la República la que otorgó los mayores avances en la concepción de la mujer y de la feminidad en general. Las mujeres hablaban, opinaban, ocupaban puestos de responsabilidad, escribían, pintaban, esculpían, creaban, y defendieron en gran medida la legitimidad del gobierno de la República cuando el fascismo amenazó su libertad.

Ya se ha mencionado que, a pesar de encontrarse bien enunciados y expuestos en el texto constitucional, los avances en materia de género fueron de difícil aplicación en la realidad del día a día para las mujeres españolas. Los presupuestos teóricos que la República puso sobre el papel no se llevaron de forma precisa a la práctica, y menos aún en el ámbito de las clases populares. La ideología de género no estaba especialmente arraigada en los barrios obreros, ya que las clases bajas se encontraban particularmente atrapadas en las estructuras patriarcales de poder. La mayoría de los obreros varones estaban convencidos de que la misión esencial de la mujer era el hogar y el cuidado de los hijos, y veían su incorporación a los puestos trabajo como una invasión y una amenaza. Además, dado que el salario femenino era significativamente inferior al masculino, puesto que se entendía que su rentabilidad como fuerza de trabajo era menor debido a su absentismo por motivos de maternidad, los obreros consideraron el trabajo femenino como una competencia desleal, al tratarse de mano de obra más barata y por tanto, preferible para los patrones. Los hombres trabajadores se debatían, por consiguiente, «entre el igualitarismo social como presupuesto teórico y la independencia de las mujeres cuyo trabajo fuera del hogar veían como una amenaza frente al suyo»¹²⁶. En este sentido, se estableció también entre los obreros varones una doble moral según la cual abogaban por el igualitarismo y la emancipación social, pero les negaban estos mismos objetivos a sus compañeras.

Las propias mujeres obreras no eran especialmente conscientes de su situación a principios de siglo. La mayoría continuaba con la retahíla de que si contraían matrimonio, tal

¹²⁶ Cabrera, art. cit., p. 101.

vez podrían llegar a abandonar el trabajo manual, y ello se convertía en un objetivo al que aspirar. El código moral y moralizante burgués estaba muy presente en los hogares obreros de los años veinte y treinta, si bien era de difícil cumplimiento para las familias cuyo sustento dependía de un solo jornal. Mientras las madres trabajaban, las niñas se encargaban del trabajo doméstico, aunque muchas eran las que se iniciaban en el mundo laboral antes de los quince años. El trabajo infantil era muy común a principios de siglo, aunque comenzó a regularse a partir de los años veinte. Como explica Olmedo, el salario infantil suponía una entrada de dinero irregular, pero indispensable para la supervivencia de muchas familias obreras:

Mientras los varones ingresaban en las fábricas o en la mina, las niñas pasaban a formar parte del taller familiar. El trabajo en el domicilio se consideraba socialmente idóneo para las mujeres, porque así la competencia no amedrentaba a los obreros y ellas no salían de casa, lo cual les permitía continuar con las labores *propias del hogar*¹²⁷.

La gran cantidad de compromisos y responsabilidades que adquirían las mujeres de clase baja desde niñas complicaba su acceso a los estudios, de tal forma que de las casi 520.000 mujeres censadas en Madrid en 1930, más de 110.000 eran analfabetas, frente a los poco más de 70.000 hombres que no sabían leer ni escribir¹²⁸. Luisa Carnés inició su vida laboral a los once años, y todas las protagonistas femeninas de sus novelas se ven en la necesidad de trabajar desde niñas, anulando cualquier posibilidad de cursar estudios. Como ella misma afirmará en una entrevista en 1930: «Hoy reconozco que no he leído apenas. Yo no me podía gastar un duro en un libro —ya sabe Vd. que he salido del taller, no de la Universidad—»¹²⁹.

Para la mujer que contaba únicamente con la instrucción básica, las posibilidades de desempeñar un trabajo no manual eran muy reducidas. El acceso a la educación superior, sin embargo, era también restringido para escritoras coetáneas de Carnés, mujeres provenientes

¹²⁷ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 22.

¹²⁸ Datos extraídos del Archivo del Instituto Nacional de Estadística, *Habitantes inscritos en la Población de Hecho del Censo de 1930 clasificados según el sexo en combinación con el estado civil y con la instrucción elemental, por capitales*. Disponible en <https://www.ine.es/inebaseweb/pdfDispacher.do?td=194364&ext=.pdf>.

¹²⁹ Juan de Almanzora, «Mujeres de hoy: la novelista que, por ahora, se gana su vida escribiendo cartas comerciales», *Crónica*, 20, 30 de marzo de 1930.

de clases medias o altas, que, como Concha Méndez, tuvieron prohibida la continuación de sus estudios:

Dejé la escuela a los catorce años, me pasó lo que a las personas que se jubilan; estar acostumbrado a hacer un trabajo que de repente te quitan, te parte por el eje; porque hay que figurar lo que es no tener nada que hacer. A mí me jubilaron. Y cuando llegó la época de volver al colegio, no volví; ya no tenía nada, me encontraba en un desierto. Mis padres no me dejaban coger un libro, ni siquiera un periódico¹³⁰.

El veto a la instrucción básica y a la formación profesional contribuyó a que las mujeres españolas de las clases medias y bajas se encontraran sumidas en un pozo de ignorancia del que era complicado sacarlas. Esta incultura flagrante fue el principal escollo para la toma de conciencia de las mujeres obreras, tanto en materia de género como de clase. Las novelas de Carnés lo reflejan bien en los personajes femeninos secundarios: mujeres que, en su mayoría, deciden contraer matrimonio por el bien de su familia y de sí mismas; mujeres que no comparten inquietudes con el personaje principal y que se encuentran muy alejadas de las decisiones que toma la protagonista. La frustración que personajes femeninos como Natalia o Matilde sufren en su desarrollo a lo largo de toda la novela es fruto de la inoperancia que muestran las mujeres que las rodean. El desasosiego de las protagonistas es llevado en silencio porque entienden que nadie a su alrededor las comprende. Ni Almudena, la mejor amiga de Natalia en *Natacha*, ni las compañeras del salón de té de Matilde en *Tea Rooms* comparten ninguna de las convicciones que ellas albergan en su interior.

En este sentido, los años transcurridos entre la publicación de *Natacha*, en 1930, y *Tea Rooms*, en 1934, son representativos de los avances que las mujeres obreras habían logrado instaurar en sus conciencias. Las creencias y los principios morales de Natalia Valle la conducirán al ostracismo social, al no tener cabida en la sociedad de principios de los años treinta, ni siquiera entre los miembros su misma clase. Matilde, sin embargo, encontrará la respuesta a todos estos planteamientos cuando asista como oyente a un mitin que pronuncia una obrera embarazada. El despertar de la conciencia de clase entre las mujeres se produce en los primeros años de República, gracias a la acción llevada a cabo por los partidos y sindicatos, pero, principalmente, como hemos señalado, por la implicación de las mujeres en el asociacionismo obrero.

¹³⁰ Concha Méndez y Paloma Ulacia Altolaiguirre, *Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Grijalbo-Mondadori, 1990, p. 28.

Tabla 2. Algunas asociaciones femeninas españolas (1920-1935)¹³¹

Año de creación	Izquierdistas y republicanas	Derechistas y conservadoras
1920	Asociación Nacional de Mujeres Españolas	
	Asociación Española de Mujeres Universitarias	
1921	Cruzada de Mujeres Españolas	
1926	Lyceum Club Femenino	
1931	Patronato de la Mujer	Asociación Femenina de Acción Popular
	Unión Republicana Femenina	
1933	Agrupación Socialista Femenina	Asociación Femenina de Renovación Española
	Comité de Mujeres Contra la Guerra y el Fascismo	
	Asociación de Mujeres Republicanas	
	Comisión Femenina del Frente Popular de Izquierdas	
1935		Asociación Femenina Tradicionalista y España Femenina

Como se puede comprobar en esta tabla, a medida que avanzan los años de la República, las agrupaciones se van politizando y se produce una afiliación de mujeres a las secciones femeninas de los partidos. Sin embargo, es precisamente la existencia de estas secciones lo que demuestra que entre las prioridades de los partidos no se encontraba todavía la lucha feminista. Esto es, las mujeres ocupaban exclusivamente los espacios femeninos de los partidos, y eran apartadas en cuestiones más urgentes: «el problema de clase estaba por encima de las reivindicaciones de género»¹³². Las mujeres continuaban ostentando el papel tradicional de protectoras de ciertos espacios más orientados hacia los cuidados y el hogar que hacia las tareas de primera línea de la militancia:

¹³¹ Elaboración propia a partir de la consulta de Morcillo, art. cit., p. 98; Scanlon, *op. cit.*, p. 255-319.

¹³² Encarnación Barranquero Texeira, «Ángeles o demonios: representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», *Arenal*, 19, 1, enero 2012, p. 81.

Los compañeros que trataban a sus compañeras como iguales eran objeto de malicioso chismorreó; un campesino que había enseñado a leer y a escribir a su compañera y que lavaba la ropa cuando su mujer llegaba a casa cansada después de una dura jornada de trabajo en los campos, fue tildado de «marica» por las viejas del pueblo. Los hombres [...] seguían menospreciando la importancia de la mujer en la lucha social¹³³.

Aunque la Constitución de 1931 ya reconocía la igualdad entre los sexos, y pese a que los partidos más progresistas, como el Partido Socialista, el Partido Comunista o los sindicatos anarquistas, se apropiaron de algunas proclamas feministas, la realidad era que, en su concepción de la mujer, no diferían demasiado de los ideales conservadores de partidos más reaccionarios. A pesar de las notables excepciones que suponen figuras como Virginia González, una de las principales fundadoras del comunismo español, o Dolores Ibárruri, imagen del PCE durante los años de la Guerra Civil, del exilio o del regreso con la transición democrática, la participación de las mujeres en los primeros tiempos de las organizaciones obreras en España fue muy minoritaria. Incluso La Pasionaria, que llegó a convertirse en la Secretaria General del Partido, que ocupó un cargo de diputada desde la primera aparición del comunismo en las Cortes Constituyentes, y que gestionó los contactos diplomáticos de España con la Unión Soviética, acabó convirtiéndose en la figura de «madre dolorosa» de todos los comunistas españoles. La imagen de Ibárruri se erigió en un símbolo de la resistencia femenina ante la lucha antifascista, elevándola a la categoría de mito y leyenda:

Pasionaria no es como las demás mujeres, no puede serlo porque es mucho más que una mujer, es un icono, un símbolo, una imagen religiosa, asexuada y superior como los ángeles. Dolores es madre, sí, pero de todos, la Virgen María del proletariado internacional, concebida sin mancha, y sin mancha capaz de concebir los hijos de un dirigente comunista¹³⁴.

Sin embargo, más allá de la mitificación propagandista y literaria de algunas de ellas, la militancia supuso para las mujeres una toma de conciencia de la importancia de la política en la sociedad y de la necesidad de organización para la eficacia de sus reivindicaciones y de las medidas de mejora. Dejando de lado los muchos desplantes por parte de los compañeros, las militantes tomaron conciencia de su situación y comenzaron a asumir las obligaciones que les correspondían como miembros del partido:

¹³³ Scanlon, *op. cit.*, p. 287.

¹³⁴ Grandes, *op. cit.*, p. 27.

¡Compañeras telefonistas! ¡Compañeras obreras de todas las industrias! Acudís en gran número a las revisiones sindicales, a los mítines, es verdad y está muy bien. Pero vuestra actividad no debe limitarse al papel de espectadoras. No basta ya con aplaudir a los oradores que alaban vuestra gracia, vuestra bondad o vuestros sentimientos maternales [...] ¡Exigid vuestro puesto en la lucha, no ya con un abanico, sino con iguales armas que vuestros compañeros!¹³⁵

La lucha obrera supuso para muchas mujeres el comienzo de la emancipación en sus hogares y en sus puestos de trabajo. La militancia en los partidos les ayudó a comprender el lamentable lugar que ocupaban en la sociedad española de los años treinta, y más aún, a identificarse con otras mujeres que no tenían acceso a las mismas oportunidades. El trabajo de las secciones femeninas de los partidos se orientó, principalmente, a la ayuda para las mujeres en situación más vulnerable, empezando por las que no tenían con quien dejar a los hijos cuando asistían a sus puestos de trabajo y terminando por las analfabetas. Del mismo modo, el objetivo pasó a ser la concienciación de miles de mujeres que acudían en masa a las fábricas sin ser conocedoras de su situación como trabajadoras, así como su afiliación a los sindicatos y a los partidos. La organización política femenina contribuyó a la mejora de la situación de muchas mujeres y de sus hijos durante la Segunda República, pero también durante la Guerra Civil, cuando llevaron a cabo tareas de retaguardia que fueron enormemente útiles para todos los civiles en zona republicana: cooperativas alimentarias, labores de protección a la infancia y provisión de víveres y ropa para los soldados en el frente fueron sólo algunos de los trabajos llevados a cabo por las mujeres a través de su afiliación a los partidos.

¹³⁵ Emiliana Morin, «El cometido de la mujer en la lucha social», *Solidaridad Obrera*, II, 214, 26 de julio de 1931.

III. PANORAMA CULTURAL Y LITERARIO DE LA ESPAÑA REPUBLICANA

El caldo de cultivo que originaron todos los acontecimientos históricos y sociales analizados hasta ahora tuvo como consecuencia una evolución en el propio concepto de cultura, que situó en el centro de la transformación al arte en general y a la literatura en particular. El nivel de analfabetismo como indicador de la desigualdad entre los núcleos urbanos y la periferia, o entre la ciudad y el campo, había sido tradicionalmente uno de los mayores impedimentos a la hora de difundir, hacer llegar o recibir estímulos culturales en las zonas más humildes de España. Algunas iniciativas, como las emprendidas por las Misiones Pedagógicas, patrocinadas por la República a través del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, se encargaron precisamente de reducir esa brecha cultural llegando a un número aproximado de 7.000 pueblos y aldeas de la España rural, contando con la participación de más de 600 voluntarios cuyas ocupaciones variaban entre profesores, artistas, estudiantes e intelectuales. Una vez iniciada la Guerra Civil, además, el gobierno de Largo Caballero movilizó a un cuerpo de maestros y profesores para facilitar la instrucción básica y media a las tropas en combate, además de proveer de formación complementaria a los mandos militares. Este proyecto, heredera de las Misiones, se enmarcó dentro de la organización profesional de los militares, adoptando el nombre de Milicias de la Cultura, y como las Misiones, llevó a cabo importantes logros en la culturización de los soldados republicanos:

En un año (de septiembre de 1936 a septiembre de 1937) fueron creadas en la zona leal de España 7.771 escuelas; 10.000 maestros más fueron incorporados a las tareas de enseñanza [...] En cuanto a la enseñanza en el ejército, el más alto exponente en la labor realizada nos lo dan las Milicias de la Cultura, que enseñaban a leer y a escribir, solo en el primer año de su actividad, a 13.142 soldados analfabetos. Las bibliotecas establecidas en los hospitales militares fueron numerosas. Solo en Madrid se organizaron 800, con más de 50.000 volúmenes¹³⁶.

También se llevaron a cabo otros proyectos de carácter popular, como las compañías de teatro La Barraca, El Búho o el Teatro del Pueblo, que, con ayudas oficiales, se encargaron

¹³⁶ Luisa Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa. Memorias*, Sevilla, Renacimiento, 2014, p. 209.

de difundir tanto el teatro clásico español como obras contemporáneas en zonas rurales con poca actividad cultural.

Todas estas propuestas respondían a un deseo de difusión del arte y la cultura en general, con la firme convicción de que la alfabetización y culturización de todos los sectores de la población contribuirían a una mejora en la calidad de vida de los individuos y, por ende, de la sociedad. Durante los años veinte y treinta se produce por parte de un grupo de jóvenes estudiantes un alejamiento de la intelectualidad más elitista, la que primaba el arte sobre la vida, que defiende los presupuestos teóricos sobre la realidad pragmática de la gran mayoría de españoles, para los que era inaccesible, tanto cultural como económicamente, el arte vanguardista. Este sector se encontraba representado por la *Revista de Occidente*, encabezada por Ortega y Gasset, que establecía una diferencia entre Arte y Cultura de masas.

Frente a esta concepción privativa de la cultura, como patrimonio exclusivo de quienes podían acceder a una educación superior, surgieron otras voces provenientes de ese mismo ámbito universitario que optaron por plantear una alternativa a la voz hegemónica de lo que se consideraba intelectualidad. Las generaciones posteriores al grupo del 98 se cuestionaron hasta qué punto la instrucción, la formación y la adquisición de la cultura debían ser un valor únicamente adscrito a las élites. Imbuidos por un pensamiento izquierdista, fruto de su disconformidad con la dictadura de Primo de Rivera, los alumnos de las viejas glorias catedráticas de la Universidad de Salamanca comenzaron a despertar del letargo de armonía que había supuesto el periodo primorriverista y a convencerse de que su formación universitaria estaba gobernada por una intelectualidad burguesa, acomodada en unos parámetros tan anticuados como el propio sistema universitario. En este sentido, los jóvenes estudiantes optan por alejarse de la idea tradicional de intelectual como ser superior y ajeno a la causa social, encerrado en cafés y debatiendo sobre asuntos estériles en las tertulias, y adentrarse en la realidad de la sociedad española desde múltiples perspectivas, si bien acercándose específicamente al proletariado.

[Los estudiantes] aspiran a que la Universidad de hoy (la salmantina y la española) sea algo más que un museo polvoriento de prestigios pretéritos y marchitos. Aspiran a que sea el laboratorio y el hogar de una España mejor, la fragua que temple el alma de nuestras juventudes, de donde salgan las nuevas generaciones

capaces de modelar un pueblo con vida social orgánica de esta triste masa amorfa que es hoy como ayer nuestro país¹³⁷.

La diatriba de los estudiantes por la renovación de la universidad fue evolucionando y transformándose en una convicción firme sobre la necesidad de cambio en la cultura y las artes españolas. A partir de la desvinculación de los intelectuales más afectos a las viejas costumbres, estos jóvenes entre los que figuran nombres como José Díaz Fernández, Rafael Giménez Siles, Graco Marsá o José Antonio Balbontín, fueron progresando hacia una oposición firme y real a la dictadura de Primo de Rivera y hacia un acercamiento a la realidad social de la España de los años veinte. La herramienta de la que se valieron los jóvenes escritores y artistas para acercarse a las clases populares fue una nueva literatura que venían construyendo con su compromiso y conciencia social: una *literatura de avanzada*, que contaba con métodos contemporáneos y vanguardistas en la forma, pero que incluía las demandas sociales y las ideologías políticas en el contenido; una literatura diseñada por los intelectuales para todos los miembros de la sociedad, para ser difundida en todos los rincones de la geografía española. Los miembros de este grupo de jóvenes proponían una democratización de la cultura frente a la deshumanización del arte planteada por Ortega y Gasset. Apostaron fuertemente por un arte y una cultura para el pueblo, que había sido tradicionalmente olvidado por la industria editorial.

3.1. Arte deshumanizado vs cultura proletaria

La dictadura de Primo de Rivera se presentó como una firme apuesta por el regeneracionismo heredado de fin de siglo, y como tal se mostró dispuesta a aniquilar las viejas estructuras políticas de poder, principalmente el caciquismo, para alzarse como la única opción transparente de gobierno:

Para dar impulso a este proceso secularizador se arbitraron dos tipos de medidas de choque: las iniciativas quirúrgicas encaminadas a la destrucción de la «vieja política» (decreto de incompatibilidades, disolución de ayuntamientos y diputaciones, depuración del poder judicial) y las actuaciones regeneracionistas

¹³⁷ Editorial, «Nuestra misión», *El Estudiante*, 1, 1º de mayo de 1925.

que eran la base de la «nueva política»: nombramiento de delegados gubernativos, Somatén, UP y Estatutos Municipal y Provincial¹³⁸.

A decir verdad, y con buen talante regeneracionista, la dictadura hizo gala de modernidad en su afán por arrasar con todo el sistema establecido, corrupto y putrefacto, heredero de los cataclismos acaecidos en 1898, y por instaurar un nuevo sistema de Estado, más joven y renovado, germen de la ideología de poder y fuerza que acabaría modelando el fascismo falangista. El movimiento cultural vanguardista que arrasó por completo tanto en España como en el resto de Europa fue el acompañante ideal para un país que clamaba por la apertura del callejón sin salida al que se había llegado tras el desastre del 98 y la ruina económica propiciada por la Gran Guerra. Con todo, algunos de los artistas vanguardistas acabaron por militar en las filas del fascismo, como Marinetti en Italia o Giménez Caballero en España, mientras que el resto de intelectuales se iban aislando cada vez más en una búsqueda de originalidad que los alejaba considerablemente de la gente común. Esa burbuja en la que se encerraron los artistas vanguardistas demostró que el acceso a la cultura y a la intelectualidad estaba reservado para unos pocos, pertenecientes a las clases medias y altas, tanto en calidad de productores como de consumidores. Muchos intelectuales, de hecho, optaron por cultivar un tipo de arte que fuera comprensible para una minoría selecta, con la convicción de que la calidad artística era apreciable exclusivamente para unos pocos. La cultura de masas, por su parte, cumplía otra función diferente: la de entretener al pueblo con folletines baratos que escatimaban la calidad literaria:

Aunque sea imposible un arte puro, no hay duda alguna de que cabe una tendencia a la purificación del arte. Esta tendencia llevará a una eliminación progresiva de los elementos humanos, demasiado humanos, que dominaban en la producción romántica y naturalista. Y en este proceso se llegará a un punto en que el contenido humano de la obra sea tan escaso que casi no se le vea. Entonces tendremos un objeto que sólo puede ser percibido por quien posea ese don peculiar de la sensibilidad artística. Será un arte para artistas, y no para la masa de los hombres; será un arte de casta, y no demótico¹³⁹.

El discurso elitista de Ortega y Gasset fue el motivo de su separación definitiva de otros intelectuales republicanos y reformistas de la época, como Manuel Azaña, quien terminó por reprocharle su alejamiento de las masas populares. El alegato clasista de Ortega no tiene en

¹³⁸ Eduardo González Calleja, «La dictadura de Primo de Rivera: los límites de la modernización desde el Estado», en César de Vicente Hernando (ed.), *Una generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935)*, Florida, Stockcero, 2013, p. 151.

¹³⁹ José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, p. 163.

cuenta las condiciones reales del pueblo al que se debe instruir, y ofrece una visión paternalista y condescendiente del sector popular, que terminará por alejarse conscientemente de este tipo de discursos para alumbrar su propio escenario cultural.

Este movimiento popular, sin embargo, ya venía desarrollándose desde principios del siglo XX. Contrariamente a lo que el canon ha establecido como influencia de la literatura de avanzada, creada y cultivada por estudiantes universitarios pertenecientes a la burguesía a partir de los años veinte y treinta, lo cierto es que los obreros y campesinos ya estaban construyendo su propio concepto de cultura desde finales del siglo XIX; cultura a la que posteriormente decidieron adherirse los intelectuales izquierdistas burgueses. La primigenia literatura proletaria y campesina se orientó desde sus inicios hacia una inmersión absoluta en contenidos sociales y políticos, contrariamente a lo que se estaba promoviendo desde los sectores vanguardistas urbanos. De hecho, la salida del analfabetismo en los sectores rurales e industriales se produjo, en gran medida, a partir de la lectura de folletos anarquistas y sindicalistas, que derivaron hacia la lectura de revistas y narraciones de carácter proletario que empezaron a difundirse en los campos y en las fábricas:

El caso es, que a la altura de 1910, los obreros nacionales, una fuerza emergente en las calles y campos españoles, empezaban a ser conscientes de que necesitaban “crear” su propia cultura porque la que se les ofrecía, vestida además con las galas de lo indiscutible, no sólo les resultaba insuficiente sino además claramente disuasoria. Junto a ello, empezaron a ser conscientes de que para “producir” su propia cultura necesitaban estar en posesión de los medios de producción cultural; de esos medios de producción cultural que habían permitido a la magra burguesía nacional consolidarse, disfrazarse y acaso perpetrarse¹⁴⁰.

El aparato editorial alternativo, marginal y subterráneo, que llevó a cabo este sector del obrerismo español a principios del siglo XX, fue, desde luego, dirigido a un sector popular muy específico, el de los obreros y campesinos. La divergencia que optaron por plasmar en su propio arte —la encuadernación de los libros, la cartelería o la apuesta decidida por el material no literario (folletos políticos, divulgativos, ensayísticos o documentales)—, es una señal más de la necesidad de reafirmarse como clase, como grupo social que requería urgentemente de una representación, de un referente artístico y literario propio. El objetivo de esta revolución artística debía ser forzosamente la concienciación de todo el sector de los trabajadores, para llevar a cabo la revolución social. Este esfuerzo titánico llevado a cabo por

¹⁴⁰ Alejandro Civantos Urrutia, *Leer en rojo. El libro popular antiautoritario y de izquierda (1917-1931)*. Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 2015, p. 20.

los obreros y campesinos, que cobró forma con las primeras —y precarias— revistas anarquistas y sindicalistas¹⁴¹, coincide además en el tiempo con la reivindicación del movimiento obrero en toda la geografía española¹⁴². La concienciación del sector obrero como colectivo social, como clase en fin, vino respaldada por la creación de esta nueva cultura propia y claramente diferenciada de la hegemónica. Las numerosas huelgas y agitaciones callejeras llevadas a cabo en los primeros años del siglo XX no hicieron más que demostrar la presencia de las clases populares como sector ineludible e imprescindible de la sociedad española.

3.2. La desvinculación con la Vanguardia

La dictadura de Primo de Rivera había supuesto todo un alivio para los sectores económicamente poderosos de la sociedad española de principios del siglo XX. El primorriverismo contribuyó a consolidar la maniobra de «oídos sordos» que la burguesía industrial catalana y los terratenientes rurales llevaban a cabo frente a las revoluciones proletarias y campesinas a lo largo y ancho de la geografía española. El apoyo unánime que el general Primo de Rivera encontró nada más acceder al poder con un golpe de estado fue la causa principal de la pervivencia sólida de la dictadura hasta el año 1929.

Como apunta Civantos Urrutia, el primero de los apoyos que encontró el General en su nueva forma de gobierno fue el de la oligarquía agraria, principalmente andaluza y extremeña. El «trienio bolchevique», que se había instaurado en un gran número de provincias andaluzas entre 1917 y 1920, había conseguido arrinconar a los terratenientes a fuerza de manifestaciones, revueltas y huelgas. Bajo el amparo del nuevo Estado y de la monarquía, los oligarcas andaluces fueron conscientes de que se encontraban en perfectas

¹⁴¹ Una profundización en el movimiento editorial revolucionario de principios de siglo se alejaría de nuestro estudio, ya que la obra de Luisa Carnés se enmarca dentro de la literatura comprometida o de avanzada de los años veinte y treinta. Sin embargo, es de obligada revisión el capítulo que Alejandro Civantos le dedica a este movimiento, del que sin duda será heredero el arte social y de avanzada. Civantos Urrutia, *ibid.*, pp. 52-190.

¹⁴² También Víctor Fuentes enfatiza el hecho de que el campo andaluz comenzó a conocer, difundir y divulgar la nueva cultura a partir de la convicción de que el aprendizaje y el conocimiento serían el arma más efectiva en la lucha por la transformación de la sociedad. Durante el llamado «trienio bolchevique» (1918-1920), la literatura anarcosindicalista impregnó hasta el último rincón de las provincias andaluzas. Los obreros leían incesantemente, y los analfabetos hacían a los compañeros ilustrados leer los folletos hasta cuatro o cinco veces, con el fin de aprenderse de memoria las consignas. Víctor Fuentes, *La marcha al pueblo de las letras españolas (1917-1936)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2006, p. 32.

condiciones para recuperar la libertad que les había sido usurpada por parte de los campesinos. Por otra parte, quien brindó otro inestimable apoyo a la causa dictatorial fue la burguesía industrial catalana, víctima de las innumerables huelgas y manifestaciones que se estaban produciendo en toda la región:

Desde la Semana Trágica de 1909 a la Huelga de la Canadiense, pasando por la gran Huelga General Revolucionaria de agosto de 1917, el multitudinario congreso de la CNT en Sabadell en 1919, con trescientos mil afiliados, y la infinidad de huelgas en núcleos industriales catalanes, era evidente que el proletariado catalán, nutrido principalmente por anarquistas, era el más activo de toda España¹⁴³.

La burguesía industrial y la oligarquía rural ofrecieron su apoyo incondicional a Primo de Rivera a cambio de la protección de sus intereses. El General no falló en su acuerdo, y el resultado inmediato de la política dictatorial fue el desmantelamiento total del movimiento obrero más revolucionario, así como la censura y prohibición de sus publicaciones. Primo de Rivera asumió el mando del Estado español el 13 de septiembre de 1923, y ese mismo mes ya fue ilegalizado el Partido Comunista y detenidos sus principales dirigentes. En mayo de 1924 fue prohibida la CNT y clausurados todos sus locales, y se revocó el derecho a huelga y a manifestación. También se suspendieron publicaciones de corte proletario como *Solidaridad Obrera* y se censuró la difusión de folletos y libros de tendencia anarcosindicalista. A través de la represión de los derechos y libertades del movimiento obrero, el General consiguió el beneplácito de todos los sectores con poder económico del país¹⁴⁴.

Como apuntó Andreu Nin, el gobierno primorriverista y sus restricciones no toparon con una oposición real en la aplicación de sus estrategias políticas castrenses. Se trató más bien de «un pronunciamiento típico realizado por las Juntas de Defensa militares, en medio de la indiferencia general y sin ninguna intervención de las masas»¹⁴⁵. La comodidad y el bienestar que el gobierno de Primo de Rivera habían implantado, frente al convulso ambiente que había reinado en las calles durante las revoluciones obreras, fue valorado positivamente por gran parte de la población española, especialmente por las clases medias. De nuevo, la más agradecida fue la burguesía catalana, que había visto cómo Barcelona se había

¹⁴³ Alejandro Civantos Urrutia, «La izquierda radical en la crisis de la monarquía», en De Vicente Hernando (ed.), *op. cit.*, p. 76.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 79.

¹⁴⁵ Andreu Nin, *La revolución española (1930-1937)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, p. 30.

convertido en una ciudad de pistoleros y terroristas con los atentados entre patronal y revolucionarios: «entre 1919 y 1923 las calles de Barcelona estuvieron dominadas por la pistola *Star*»¹⁴⁶.

La dictadura encontró un ambiente de aceptación generalmente unánime entre la población española, más aún cuando descabezó por completo el obrerismo revolucionario. No obstante, como ya se ha mencionado más arriba, hubo un pequeño sector, descendiente de la burguesía tradicional, que comenzó a plantearse, una vez que el primorrverismo estuvo bien implantado, hasta qué punto la restricción de libertades construía un Estado de derecho y bienestar, como habían creído hasta entonces. Me estoy refiriendo a los estudiantes universitarios, nuevas generaciones de la pequeña burguesía que habían nacido en el cambio de siglo y que no conocían otra forma de gobierno que la dictatorial. Estos estudiantes descubrieron que la «casta» universitaria era fiel súbdita del aparato gubernamental, y entendieron que sólo rebelándose contra las tradicionales estructuras de poder intelectual plantarían cara al sistema dictatorial. El descontento generalizado de los estudiantes se convirtió en una mecha de pólvora que fue extendiéndose hasta las calles, generando una opinión contraria al régimen y reavivando viejos espíritus revolucionarios que habían quedado sepultados bajo el golpe de efecto de Primo de Rivera. Inicialmente, la tarea no fue fácil. La censura dictatorial se cebaba con las publicaciones inferiores a doscientas páginas¹⁴⁷, así que sortear las prohibiciones se volvió arduamente complicado. En cualquier caso, los jóvenes estudiantes supieron posicionarse en el rechazo a la dictadura y a la hegemonía de la burguesía tradicional, si bien lo hicieron a través de corrientes distintas:

Unos se orillaron a la izquierda radical revolucionaria, muy permeables a los acontecimientos soviéticos (José Díaz Fernández, Giménez Siles, Wenceslao Roces, José Antonio Balbontín), otros a la izquierda liberal de corte francés (Azaña, Jiménez de Asúa, Luis Araquistáin), y finalmente hubo otros que se orientaron claramente al fascismo (Giménez Caballero, Ledesma Ramos, Sánchez Mazas). Todos eran estudiantes, o jóvenes profesores, durante la dictadura de Primo, y todos de alguna manera contribuyeron a defenestrarla¹⁴⁸.

¹⁴⁶ Teresa Abelló Güell, *El movimiento obrero en España. S. XIX y XX*, Barcelona, Hipótesis, 1997, p. 97.

¹⁴⁷ Alejandro Civantos Urrutia, «La revolución editorial de *El Nuevo Romanticismo*», en De Vicente Hernando (ed.), *op. cit.*, p. 131.

¹⁴⁸ Alejandro Civantos Urrutia, «La izquierda radical...», art. cit., p. 80.

Evidentemente, las dos primeras corrientes de pensamiento fueron más cercanas al sindicalismo revolucionario que había dominado antes de la dictadura que a la burguesía intelectual que controlaba todo el entramado universitario. Los jóvenes izquierdistas ubicaron el arte deshumanizado en la cima de su descontento, pues lo consideraban elitista y alejado pretenciosamente de la responsabilidad civil del artista. El beneplácito con el que intelectuales de la talla de Ortega y Gasset habían aceptado la dominación dictatorial supuso, para los jóvenes estudiantes, el principal causante de la ausencia de revolución en España, y hacia ellos dirigieron su ataque desde las líneas de sus publicaciones periódicas:

Nosotros no queremos pertenecer a esa casta sacerdotal de los “intelectuales” españoles de la hora presente, nido de egoísmos, cobardías y bajezas, a esa grey de bufones más menos filosóficos, enfeudados a los magnates y a las empresas, que han venido a sepultar en el señoritismo de unos cuantos todas las ansias de liberación de una clase y de un pueblo. Aborrecemos a esos “intelectuales” olímpicos que ofician de pontifical desde los periódicos, las revistas y las cátedras, “intelectuales” de nómina y enchufe¹⁴⁹.

Los integrantes de la revista *El Estudiante* (1925-1926) consideraban que los intelectuales españoles se habían convertido en uno de los grandes escollos a la hora de enarbolar el sentimiento revolucionario contra la dictadura. Precisamente, como se ha visto anteriormente, la cultura de principios de siglo defendía un arte que reivindicara exclusivamente el propio arte, alejado expresamente de la realidad y de los planteamientos sociopolíticos; y promovía la figura de un artista, por tanto, desvinculado de todo compromiso y de la responsabilidad de su influencia. Esta inactividad política y social por parte de los intelectuales no pasó desapercibida por los jóvenes estudiantes, que no la concibieron como casual sino más bien como toda una reverencia al General y un allanamiento del camino para el sistema dictatorial.

En 1923 se fundó la *Revista de Occidente*, referente paradigmático de esa cultura de élite a la que aspiraba su instigador, José Ortega y Gasset, y que acabará desembocando en su *Deshumanización del arte* en 1925. En 1924 se creará la editorial homónima, en la que se promocionará la serie «Nova Novorum», publicando en ella un conjunto de autores que constituirán el grupo intelectual al que pretenden oponerse los jóvenes estudiantes universitarios. La influencia de Ortega será sumamente poderosa sobre los ambientes literarios de la época, siendo algunos de sus discípulos intelectuales como Francisco Ayala,

¹⁴⁹ Editorial, «Estudiantes e intelectuales», *El Estudiante*, II, 6, 10 de enero de 1926.

Benjamín Jarnés, Rosa Chacel, Antonio Espina, Claudio de la Torre, Ernesto Salazar Chapela o Ernestina de Champourcín. La mayoría de estos escritores extendieron las teorías deshumanizadas y vanguardistas en su narrativa:

El juego constante de las metáforas, la síntesis de varias imágenes, la simplificación de los procedimientos narrativos, la ausencia de auténticos personajes, la destrucción de la anécdota..., recursos típicos del vanguardismo poético mecánicamente aplicados a la novela, produjeron el desmoronamiento de la estructura clásica, sin ser capaces de sustituirla por otra estable y duradera que rebasase los estrechos límites de simple conato¹⁵⁰.

Los intelectuales seguidores de Ortega descartaron la realidad como temática narrativa y desplazaron el contenido sociopolítico de sus novelas. Además, mientras la censura dictatorial acosaba a las imprentas ácratas, la *Revista de Occidente* —mucho menos precaria—, publicaba sin descanso. Es decir, la literatura elitista de los intelectuales del arte deshumanizado legitimaba las estrategias políticas de la dictadura, y eso fue lo que denunciaron los jóvenes universitarios que formaron el grupo alternativo de la revista *El Estudiante*. Cabe mencionar que no se trató de una lucha entre la propuesta orteguiana de *Revista de Occidente* y los integrantes de la nueva cultura representados en *El Estudiante*. El mercado editorial experimentaba en España una época de bonanza, especialmente a partir de 1918, con la fundación de la editorial Calpe, que asentó el negocio editorial a gran escala. El nacimiento de otras empresas como Calleja, Espasa o Biblioteca Nueva propició la consideración de la compraventa de libros como un mercado industrial más de la economía del país. Sin embargo:

[...] se promovieron —especialmente editoriales como Biblioteca Nueva, la unida Espasa-Calpe y Aguilar— obras de la alta cultura internacional y nacional, sustraída, en la mayoría de los casos, de la contingencia socio-política, reclutando, para ello, intelectuales *selectos*, tipo Ortega y Gasset, animador, él mismo, de estas empresas editoriales¹⁵¹.

En este sentido, la empresa de los miembros universitarios de la «nueva cultura» era bastante complicada. Debían erigirse como alternativa sólida a los presupuestos unánimemente aceptados sobre el papel del intelectual o el artista en la sociedad, y todo ello sorteando la censura dictatorial que se cernía sobre las publicaciones periódicas. Para ello,

¹⁵⁰ José Esteban y Gonzalo Santonja, *Los novelistas sociales españoles (1928-1936). Antología*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 7.

¹⁵¹ Fuentes, *op. cit.*, p. 31.

decidieron cargar contra el papel de los intelectuales permisivos con la dictadura más que contra el propio gobierno, situándose en un extremo opuesto.

3.3. Las revistas del cambio: *El Estudiante* y *Post-Guerra*

Para los estudiantes partidarios del cambio, arte y política no sólo eran compatibles, sino imprescindibles para conseguir la revolución literaria que desembocara en la revolución social. Estos intelectuales, que aplicaron la teoría marxista como base de su pensamiento, comprendieron que no conseguirían la revolución literaria, ni el derrocamiento del régimen primorriverista, sin la ayuda inestimable del proletariado. Concluyeron que era obligación y compromiso del intelectual la integración total de la ideología del movimiento obrero. Para ello, los jóvenes artistas miembros de la generación de *El Estudiante* decidieron que lo primordial era erradicar la idea de cultura como privilegio de clase, y ese ambicioso objetivo se convirtió en la meta única de la literatura de avanzada:

Sobre la juventud española de hoy, cunada en tristes años de inacción por nuestros irresponsables “intelectuales” a quienes alcanza buena parte de la mancha que infama al país, pesa el terrible espectro de Hamlet: ¡palabras, palabras, palabras! [...] Una juventud estudiantil, no manchada todavía por jugosos contactos y enchufes con la mentira infamante de nuestro Estado, es la única que puede luchar de verdad con las armas de la propaganda y de la acción por llevar a las entrañas del pueblo la conciencia de un país digno¹⁵².

La censura dictatorial que luchaba sin tregua contra las publicaciones periódicas, más proclives a la propaganda política y social que a la literatura vanguardista, persiguió sin descanso una revista como *El Estudiante*. Su equipo de redacción supo sortear la reprobación de los censores mediante críticas veladas al gobierno, a partir de los vituperios al casposo sistema universitario y a los catedráticos que lo representaban. Con todo, la revista experimenta una notable evolución en su segunda época, a partir de diciembre de 1925, en la que ya aparece como un semanario con un director, Rafael Giménez Siles, y un equipo de colaboradores, entre el que figuran nombres como Rafael Alberti, Luis Araquistáin, Rafael Barradas, Cipriano Rivas Cherif o José Salazar Chapela. En esta segunda parte del boletín, optan por significarse como una revista explícitamente literaria, como demuestran las publicaciones de textos inéditos como *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán. Sin embargo, la

¹⁵² Editorial, «Estudiantes e intelectuales», *El Estudiante*, art. cit.

revista también incluye ensayos de corte social y político y, acosada por la censura, publica su último número el 1 de mayo de 1926.

No obstante, los miembros más activos no se dieron por vencidos, y en 1927 publicaron una prolongación de la revista a la que decidieron poner por título *Post-Guerra*. El equipo directivo lo formaron José Antonio Balbontín y, de nuevo, Rafael Giménez Siles, y su editorial ya se posiciona abiertamente a favor del arte comprometido con la sociedad, de un arte humanizado, diametralmente opuesto al propuesto por los vanguardistas y el flamante grupo del 27:

Una realidad social nos acerca a todos; una idealidad común nos lleva a las mismas milicias; cada uno en su puesto. Los obreros no deben olvidar que los definidores de sus doctrinas, desde Marx hasta Lenin han sido trabajadores del intelecto, productores de ideas maravillosas y esforzados obreros de la obra mental. Los intelectuales han de saber que son la pura expresión de una democracia; que el obrero del músculo, como célula del organismo social, es el que da fuerza y ritmo a la masa y que en último término hace que los contenidos ideológicos tengan un valor concreto y espléndido¹⁵³.

En la cita puede apreciarse la unión explícita entre intelectualidad y movimiento obrero a la que aspiraban los miembros de la revista *Post-Guerra*. Una asociación ya marcadamente política y posicionada a favor de un grupo social específico: el proletariado.

El cambio natural entre los intelectuales que formaban parte de *El Estudiante* y los de *Post-Guerra* parece responder más a una ambición política que a una razón artística o literaria. El título de la nueva revista anticipa un tono más beligerante; sin embargo, como afirma Civantos Urrutia, en el momento de la fundación del nuevo órgano de la intelectualidad izquierdista, ninguno de sus miembros, exceptuando a Juan Andrade, estaba afiliado a ningún partido político. Esto es significativo, porque muestra la intención de sus colaboradores con respecto a la revista: querían alzarse como representantes de un nuevo programa de acción política y revolucionaria que aunara el republicanismo de izquierdas con la lucha de los trabajadores anarcosindicalistas¹⁵⁴.

Desde esa perspectiva, las firmas de *Post-Guerra*, entre las cuales figuraban los nombres de José Lorenzo, Joaquín Arderius, José Venegas o José Díaz Fernández, arremetieron contra la concepción de la cultura como privilegio de clase, y por tanto, contra

¹⁵³ Editorial, «Objetivo único», *Post-Guerra*, 1, I, 25 de junio de 1927.

¹⁵⁴ Civantos Urrutia, «La revolución editorial...», art. cit., p. 128.

el elitismo del arte deshumanizado y la vanguardia intelectual. La revista se erige como órgano de la revolución literaria y para ello, induce a sus lectores a modificar sus valores culturales. Lo que pretenden los partidarios de la renovación cultural es la creación de una cultura alternativa, a través de un aparato editorial al margen del canon establecido, para convertirse en los representantes del proletariado nacional. El primer paso para lograr la consecución de esta renovación es la inclusión de una biblioteca propia en los apéndices de la revista:

Con el fin de facilitar a nuestros lectores el estudio de todos los problemas y doctrinas que mantienen hoy en lucha a la humanidad, hemos creado la Biblioteca de la Revista, recogiendo todo lo más interesante que sobre estas cuestiones se ha editado en español. También incluimos en la Biblioteca Post-Guerra aquellas obras literarias que por su orientación conducen a una preocupación por estos problemas¹⁵⁵.

La revista *Post-Guerra* partía de la concepción de que los problemas del orden establecido debían ser de obligado conocimiento por todos los individuos miembros de la sociedad. En este sentido, la publicación se propone instruir políticamente y acercar la problemática social a los lectores de la revista:

Es indiscutible que nuestro deber, el de todo el que se sienta atraído por estas preocupaciones, es el de documentarnos, el de estudiar seriamente la nueva ciencia, la ciencia proletaria no para erigirnos en maestros de masas, sino para mantener la consecuencia de todos los momentos de la vida, con el ideal y ser el día preciso un brazo útil¹⁵⁶.

Por ello, los miembros de la revista decidieron ofrecer un amplio catálogo de libros de literatura izquierdista a un precio asequible. Se transitó por todas las tendencias, pero hubo una clara preferencia por los novelistas rusos de la revolución: «su grueso fueron los autores rusos y los libros-reportaje sobre la revolución soviética. Ofrecían además obras de Marx y Lenin, de los fondos editoriales comunistas»¹⁵⁷. Sin embargo, el bajo precio que aceptaron por los libros —títulos que en librerías alcanzaban 4,50 pesetas, la Biblioteca Post-Guerra los ofrecía a 90 céntimos¹⁵⁸—, supuso una auténtica ruina para la revista. La situación

¹⁵⁵ Editorial, «Biblioteca Postguerra», *Post-Guerra*, I, 3, 25 de agosto de 1927.

¹⁵⁶ Editorial, «Nuestro deber», *Post-Guerra*, I, 3, 25 de agosto de 1927.

¹⁵⁷ Civantos Urrutia, «La revolución editorial...», art. cit., p. 131.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 131.

económica, sumada al acoso recibido nuevamente por la censura dictatorial, puso punto final a la publicación de la revista en septiembre de 1928. No obstante, los miembros más activos de la redacción decidieron continuar con su objetivo, y en diciembre de 1927 se produjo su entrada en el mundo editorial con Ediciones Oriente, cuyo nombre desvela perfectamente la intencionalidad de sus editores, y supone un claro manifiesto frente a la editorial orteguiana Revistas de Occidente.

Para la mayoría de los intelectuales que habían colaborado en los proyectos de *El Estudiante* y *Post-Guerra*, el paso de la revista al libro creó una necesidad de participación en la construcción de esa nueva cultura a la que aspiraban. Muchos de ellos, especialmente los que no lo habían hecho hasta entonces, comenzaron su andadura literaria bajo el amparo que su propia empresa editorial les brindaba. La aparición de nuevos títulos, que comenzaban a dar forma a esa nueva idea de literatura que habían conformado los intelectuales de izquierdas, hizo imprescindible la aparición de una base teórica que definiera los principios de una tendencia narrativa a la que se estaban adscribiendo un gran número de escritores, y lo que es más importante, de lectores.

El aluvión de obras que promocionó Editoriales Oriente, especialmente traducciones de ensayos políticos, literatura pacifista alemana y la novela rusa de la revolución, supuso la encarnación de lo que unos años más tarde se llamaría *literatura de avanzada*. Los objetivos de la nueva empresa editorial se concentraban en la intención de elaborar una cultura alternativa, contraria a la dictadura y a la hegemonía de la clase burguesa, convirtiéndose en altavoz definitivo de los jóvenes de izquierda:

La nueva editorial consiguió conformar un interesante catálogo donde tenían cabida todas las fuerzas de izquierda, desde el comunismo ortodoxo a Trotsky, desde el anarquismo a las nuevas voces republicanas pasando por el socialismo convencional. Novelas, libros de memorias, crónicas, reportajes, ensayos divulgativos o testimonios, los volúmenes de la joven editorial fueron albergando temas tan sensibles como el feminismo, la homosexualidad, la ecología, el fascismo, la justicia internacional, el imperialismo, el sindicalismo y, por supuesto, Rusia, que fue la espina dorsal del catálogo¹⁵⁹.

Por otro lado, el público hacia el que miraba la nueva empresa era muy variado, puesto que se dirigía tanto al sector intelectual burgués, del que formaban parte sus propios instigadores, como (y muy especialmente) al lector obrero. Un público habitualmente

¹⁵⁹ Civantos Urrutia, «La revolución editorial...», art. cit., p. 133.

ignorado por el resto de editoriales, ya que dada su condición de analfabeto y de pobre, no era un lector particularmente ávido. La vehemencia con la que los nuevos editores orientaron su producción hacia el proletariado no resultó muy rentable, puesto que se encontraron con diversos obstáculos a lo largo de su desarrollo inicial. El primero de ellos fue la negativa de las librerías a distribuir su producción; estas no estaban interesadas en adquirir un material que, por las condiciones ya mencionadas, sería difícil de vender. En cualquier caso, la editorial era una empresa de reciente fundación que tampoco inspiraba una notable confianza en los distribuidores, y la radicalidad de sus ideologías no suponía un acicate de seguridad para los inversores. Así que los miembros del proyecto decidieron alejarse nuevamente de las rotativas comerciales y acercarse al método de producción de las editoriales obreras, inaugurando sus propias rotativas y sus estrategias de difusión:

Utilizaban asimismo métodos de distribución tan novedosos para el mundo editorial convencional como servir libros a contra-reembolso, práctica del todo pionera que les permitió hacer llegar sus volúmenes a lectores de los pueblos más perdidos y sin posibilidad de acercarse a las librerías a adquirirlos. Distribuyeron también en quioscos y a precios siempre competitivos, al evitar el porcentaje de los librereros, así como editaron libros de pequeño formato, más económicos y accesibles, siguiendo la estela de las colecciones de cuentos semanales de quiosco¹⁶⁰.

Evidentemente, todas estas prácticas acercaron la literatura proletaria a un sector que estaba sediento de cultura pero falto de recursos. El éxito de Editoriales Oriente pronto comenzó a ser notorio, y los proyectos paralelos que inicialmente tomaron forma en series y colecciones, rápidamente empezaron a desligarse de su empresa inicial. Todos querían un trozo del pastel que las editoriales alternativas estaban horneando, y así muchos de los proyectos editoriales que se alumbraron al margen del entramado editorial comercial acabaron confluyendo en empresas multinacionales a gran escala. También las mismas empresas convencionales que, de entrada, habían rechazado el proyecto izquierdista de avanzada, fueron albergando nuevos títulos y adaptando sus catálogos a los nuevos tiempos.

Paradójicamente, el proyecto se terminó alejando bastante de su intención inicial. No podemos negar la vasta influencia de las nuevas editoriales sobre la literatura de los años veinte y treinta, la que conocemos como *literatura de avanzada*, que otorgó un lugar a la política y a la realidad social en la literatura que estaba siendo denegado por parte de la

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 134.

hegemonía cultural. Asimismo, también acercó todo este proyecto a un público que había tenido su acceso a la cultura tradicionalmente vetado. Sin embargo, incluso inicialmente, el proyecto resultó un tanto excluyente, puesto que lejos de recibir retribución económica por un trabajo de tal envergadura como fue levantar una editorial de la nada, sus creadores hubieron de aportar grandes cantidades de dinero, lo cual apartó de forma inminente a quienes no tuvieran acceso a una situación económica beneficiosa. En este sentido, se dejaron por el camino a los auténticos autores de literatura proletaria, que siguieron dedicándose a la impresión de folletos y a la publicación de ediciones muy austeras. Algunos hubieron de tomar partido por las empresas convencionales, como el conglomerado editorial CIAP, vinculado a la Banca Bauer, que con su estrepitosa quiebra en 1931 dejó en la calle a cientos de empleados. Es el caso de Luisa Carnés, quien hubo de compaginar su trabajo manual con la tarea literaria hasta que pudo introducirse como profesional en el círculo literario de Madrid.

No obstante, hay que reconocer la importancia de la labor realizada por los fundadores de las nuevas editoriales, sobre todo en cuanto a ampliación de catálogo se refiere. La entrada de nuevos títulos en el almacén cultural de los lectores españoles, sobre todo los procedentes de la Rusia soviética, alumbraron el camino de la tendencia narrativa de izquierda, que tradicionalmente había estado publicando en las sombras de los márgenes canónicos. Con el advenimiento del nuevo aparato editorial, los miembros del proyecto descubrieron ante sí un nuevo camino a seguir contando por fin con referencias literarias:

Literariamente, las dos influencias más hondas fueron las de la novela pacifista alemana y la ruso-soviética. *Los que teníamos doce años*, de E. Glaeser —tres ediciones consecutivas en el mismo año de salida, 1929—; *El sargento Grischa*, de Arnold Zweig, y, en especial, *Sin novedad en el frente*, de Remarque —con más de 110.000 ejemplares vendidos en escasos meses— fueron los libros más destacados de la primera corriente¹⁶¹.

Desde la influencia del antibelicismo y el pacifismo se alumbraron obras como *El blocao* (1928), de José Díaz Fernández, o *Imán* (1930), de Ramón J. Sender, ambos desencantados con el espíritu imperialista que les había obligado a luchar en Marruecos y a presenciar el desastre de Annual. Desde otras posturas, la nueva literatura optaba por aplicar técnicas vanguardistas, aunque siempre sobre temas de actualidad, sociales y políticos. La

¹⁶¹ Esteban y Santonja, *op. cit.*, p. 10.

superación de la superficialidad de la vanguardia, sin despreciar sus técnicas narrativas, dio lugar a títulos como *La Venus Mecánica* (1929), de José Díaz Fernández, *La Turbina* (1930), de César M. Arconada, *El comedor de la pensión Venecia* (1929) y *Campesinos* (1931), de Joaquín Arderíus.

Este entramado literario, que se sirvió de una estética vanguardista para explicar tanto la realidad humana como la problemática social y política imperante en España, fue recogido en forma de teoría literaria en el ensayo de José Díaz Fernández *El nuevo romanticismo* (1930). Con el objetivo de volver a situar el yo en el centro de la creación artística, Díaz Fernández rescata el concepto de romanticismo como vía para recuperar lo humano y la realidad tangible como auténtica fuente del discurso artístico y literario. La nueva forma de hacer literatura pasará ineludiblemente por el compromiso de los intelectuales en construir una sociedad mejor para todos los individuos:

Esta vuelta a lo humano es la distinción fundamental de la literatura de avanzada, que agrega a su pensamiento y a su estilo las cualidades específicas del tiempo presente [...] La verdadera vanguardia será aquella que ajuste sus formas nuevas de expresión a las inquietudes del pensamiento. Saludemos al nuevo romanticismo del hombre y la máquina que harán un arte para la vida, no una vida para el arte¹⁶².

Díaz Fernández apuesta por un cambio en la concepción de la Vanguardia, alejándola de la deshumanización que había reinado durante los años veinte y afianzando una idea de grupo que se opusiera abiertamente al grupo del 27:

La discrepancia entre el arte de vanguardia y el arte novísimo con intención social, existe bien profunda y dilatada. Aquel parte de sí mismo para volver a sí mismo, en una línea circular, cerrada, ególatra; movimiento burgués, o más bien aristocrático, minorista; el arte social arranca de la nueva democracia, para regresar a ella en una curva, cuyo radio abraza el universo sin fronteras: movimiento multitudinario, proletario, realmente creador. El arte de vanguardia al desentenderse de su función social nace y muere en sí mismo, tiene un destino triste y una existencia efímera, porque se agita en el vacío de una inexistente aristocracia. Le falta la sustancia social¹⁶³.

Esta oposición a los preceptos estéticos de la literatura de Vanguardia genera una conciencia colectiva de grupo que actúa en consonancia y que se procura unos mismos referentes para la creación de su propia cultura. La *literatura de avanzada* va tomando forma y asentándose en el panorama cultural de los años treinta, estableciendo unas bases teóricas y

¹⁶² José Díaz Fernández, «El nuevo romanticismo», antologado por Esteban y Santonja, *op. cit.*, p. 98.

¹⁶³ José Díaz Fernández, «Acerca del arte nuevo», *Post-Guerra*, 4, 25 de septiembre de 1927.

genéricas que consiguen estructurar el discurso y establecer unos parámetros de referencia, siendo la Unión Soviética el mayor de sus paradigmas. Rusia se convierte en el modelo a seguir por la influencia que las condiciones sociales establecidas en el país habían efectuado sobre la conciencia de sus escritores. Se perfilaba como la puesta en marcha perfecta de una ideología que compartían la mayoría de los integrantes de la nueva generación de escritores españoles, y en ella depositaron muchas de las esperanzas que se vieron cumplidas con la llegada de la Segunda República.

Uno de los aspectos menos tratados en la investigación de la literatura social o de avanzada es la posición que ocuparon las mujeres intelectuales dentro de este círculo de nuevos escritores, en este nuevo estilo que inundaba el espacio literario español. Ya se ha abordado en este trabajo la situación de las mujeres ante la inminente llegada de la Segunda República, que era especialmente complicada para aquellas que no pertenecían a las clases acomodadas y adineradas y que no tenían acceso a estudios superiores. Las mujeres de la Vanguardia (Maruja Mallo, Concha Méndez, María Zambrano, María Teresa León, Josefina de la Torre, Rosa Chacel, Ernestina de Champourcín o Margarita Manso), las conocidas como las Sinsombrero, eran hijas de familias pudientes que se encontraron con un escollo menos a la hora de acceder a los espacios culturales y literarios en los años veinte y treinta.

Sin embargo, se tiende a acomodar a toda esta nómina de mujeres en un mismo grupo, el de las Sinsombrero, sólo por tratarse de mujeres artistas, escritoras y creadoras en general. Esta agrupación desplaza las especificidades, las diferencias genéricas e incluso disciplinares, y resalta únicamente sus nombres, asumiendo como válido su único rasgo en común: el sexo femenino. No corresponde a la finalidad de este estudio desentrañar las variedades generacionales, genéricas y disciplinares que se encierran bajo la nomenclatura de las Sinsombrero, pero la hibridación de géneros artísticos y literarios y la escritura femenina fomenta algunas invisibilidades y desigualdades que han sido las responsables del desplazamiento de las mujeres artistas al silencio y al olvido.

El problema con el género literario absorbió por igual a la literatura social y de avanzada y a las mujeres escritoras. El proyecto transformador de la literatura no era homogéneo, sino que cada miembro de la nueva generación impulsaba una creación propia que respondía a sus intereses particulares. Se entiende la nueva literatura comprometida como

útil a una causa, pero no se especifica a cuál, y cada propuesta procede de un cauce ideológico diferente. En este sentido, la ausencia de consenso en algo que no fuera el compromiso con la sociedad desplazó la literatura social a una marginalidad en la que compartía espacio con las obras de mujeres escritoras. Esta marginalidad se demuestra con una falta de comentarios críticos o reseñas por parte de otros intelectuales que no formaban parte del propio grupo de avanzada, así como con la ausencia de antologías que reforzaran la idea de generación, como sí ocurrió, en cambio, con los intelectuales del 27¹⁶⁴.

En su momento llamada «literatura social», la literatura de avanzada cosechó dentro de la amplitud de esa etiqueta una serie de géneros o subtópicos que se alineaban con el motivo del compromiso y la denuncia sociales, pero que aspiraban a explorar en profundidad determinados temas desde miradas muy específicas. Me refiero a la literatura social obrerista y proletaria. La narrativa obrerista supone un paso más en el camino de la literatura de avanzada al ser producida exclusivamente por aquellos escritores que provienen del sector obrero. Los personajes y las situaciones se transforman en reales, precisamente por haber sido experimentados en el plano de la realidad vivida por sus autores:

Los escritores se lanzan, en los años veinte, al cultivo de la creación de la novela social, en alza en aquel momento, desde su perspectiva de militantes obreristas con la intención de llegar al lector medio: traer a la novela española del momento las voces, tan silenciadas en ella, de los propios obreros, «personajes de carne y hueso», protagonistas del drama social, tan álgidamente vivido en aquellos años. Sus novelas se publican en las editoriales de los escritores de avanzada o en editoriales comerciales de renombre¹⁶⁵.

Autores como Julián Zugazagoitia e Isidoro Acevedo pasan a convertirse en los autores más representativos dentro esta corriente de la novela social. Procedentes de la clase obrera, ambos se consideran el mayor referente de trabajadores convertidos en escritores del momento. Desde esta misma perspectiva, comienzan a tomar impulso novelas que adoptan un tono más reivindicativo, en el que las voces narrativas se adscriben claramente a un ideal político concreto. En la mayoría de los casos, sus autores no se dedican con exclusividad al oficio literario, sino que lo compaginan con su trabajo en el taller, en la fábrica o en la mina. Se trata de obreros que escriben sobre su propia experiencia personal desde una perspectiva de clase, de pertenencia al proletariado, y que manifiestan ideas proclives a un determinado

¹⁶⁴ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, *op. cit.*, p. 108.

¹⁶⁵ Fuentes, *op. cit.*, p. 107.

partido político¹⁶⁶. El autor que más reflexionó sobre este tipo de narrativa, y que lo desligó de la literatura social, fue César Vallejo, a partir del ensayo *Arte y revolución*¹⁶⁷. Para el autor peruano, la diferencia crucial entre una y otra tendencia narrativa es exclusivamente la clase social del autor, especificando los matices entre la verdadera literatura marxista-bolchevique y la socialista, cuyos autores estaban más cerca de la burguesía que del proletariado¹⁶⁸. Vallejo pone a disposición de los lectores su propia muestra de literatura proletaria con la descarnada novela *El tungsteno* (1931), que comparte con otras novelas soviéticas la utilización de un material de producción a modo de título, como el caso de *El cemento* (1925), de Fédor Gladkov.

La plasticidad de la novela proletaria, muy influenciada por la cinematografía soviética y la cartelera partidista, refleja escenas de humillación y violencia que arrastran a sus personajes a una anulación total de su esencia e incluso a la muerte. La intención de agitación y de propaganda es clara. La propia narración intenta inducir en el lector una conciencia moral que es orientada hacia una orilla política evidente, que suele oscilar entre el marxismo, el comunismo y el anarquismo. Sin embargo, condena total y absolutamente tanto al capitalismo como sistema dominante, como a la burguesía como clase que lo perpetúa. La novela proletaria eleva la idea de la lucha de clases y de la violencia revolucionaria como única solución al ostracismo social en el que queda el proletariado mundial. En España, los referentes en la literatura proletaria se alejan de estos radicales paradigmas expuestos por César Vallejo, ya que no se trata propiamente de obreros. Me refiero a autores como Ramón J. Sender, Joaquín Arderíus o César M. Arconada, con sus novelas *Siete domingos rojos* (1932), *Campesinos* (1931) o *Los pobres contra los ricos* (1933), respectivamente.

Sin embargo, ¿qué posición ocupa una autora dentro de esta definición genérica? Generalmente, las mujeres escritoras se encontraron con una doble responsabilidad a la hora de adquirir ese compromiso y elaborar esa denuncia social que proponía la corriente de la literatura de avanzada, que fue la de adquirir y exponer una clara conciencia de clase, pero también la de condenar y acusar no sólo al sistema capitalista sino igualmente a los propios compañeros de lucha, por las extremas condiciones en las que se encontraban las obreras en

¹⁶⁶ Manuel Aznar Soler, *República literaria y revolución (1920-1939)*, II, Sevilla, Renacimiento, 2010, p. 212.

¹⁶⁷ César Vallejo, *Obras completas: IV. El arte y la revolución*, Barcelona, Laia, 1978.

¹⁶⁸ Fuentes, *op. cit.*, p. 124.

las fábricas y la pésima posición que ocupaban en la revolución social: «el compromiso de la intelectual se duplica, concierne tanto a la estructura social general como a la situación específica de la mujer»¹⁶⁹.

No obstante, parece que el compromiso feminista absorbe por completo al compromiso social, invisibilizando las estrategias narrativas de autoras como Luisa Carnés, y desterrándolas a una marginalidad aún mayor que la de sus compañeros novelistas de avanzada. Autoras como Luisa Carnés, María Teresa León, Federica Montseny, Margarita Nelken o Irene Falcón son excluidas de la nómina de autores que se comprometen con su literatura a formar parte de la revolución social. Su obra fue relegada únicamente al tópico del feminismo y no fue considerada como literatura social ni proletaria. Sin embargo, en el caso de Carnés, la pertenencia de su creación literaria a la categoría de narrativa proletaria es evidente: la autora madrileña la autora madrileña conjuga su condición femenina con su compromiso social, y culpa precisamente al patriarcado capitalista de la explotación y el abuso al que son sometidas las obreras dentro del entramado del proletariado en cualquier espacio laboral.

¹⁶⁹ Olmedo, Iliana, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 99.

IV. EL PERIODISMO EN ESPAÑA

De forma paralela a todos los acontecimientos que estaban teniendo lugar en el ámbito artístico y literario por parte de los intelectuales de avanzada durante los años treinta, la prensa en España se acomodaba a las distintas tendencias culturales que iban surgiendo. No es el objetivo de este estudio desentrañar las circunstancias históricas de los orígenes del periodismo, ni tampoco lo es elaborar un rastreo sobre el desarrollo de la actividad periodística en España; sin embargo, para comprender en su totalidad la influencia de un mecanismo como el de la actividad periodística sobre la sociedad contemporánea de principios del siglo XX, es imprescindible un breve estudio de los pasos que el periodismo dio desde su nacimiento hasta su plenitud en España, desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días. Las innovaciones tecnológicas supusieron el mayor aporte de progreso en la ciencia de la comunicación, si bien podemos decir que en la actualidad esas mismas aportaciones han llevado a un preocupante descenso en la calidad de la información. La intrusión de todas las herramientas de la globalización ha contribuido a que esa época de bonanza de la actividad periodística esté tocando a su fin, cuando la incredulidad, el peor enemigo del periodismo informativo, está invadiendo la opinión del público receptor. Sin embargo, como venimos diciendo, una breve revisión de los acontecimientos e innovaciones que contribuyeron a que el periodismo se convirtiera en uno de los mayores mecanismos de ideología y opinión pública es indispensable en un estudio sobre la importancia de la presencia de una mujer proletaria, como Luisa Carnés, en el ámbito de la prensa española.

Para ello, previamente es necesario preguntarse qué consideración merece el periodismo, tanto en nuestros días como en épocas los siglos anteriores, responsables de la concepción de autoridad de la que goza hoy en día, a pesar del declive que ya se ha mencionado. En este sentido, es preciso esbozar un cuadro teórico sobre el periodismo en general, y sobre la prensa en España en particular, que aclare algunos conceptos como el del propio periodismo, la información, la opinión o la literatura.

Parece claro que «la prensa es una fuente histórica de primer orden, insoslayable; desde la información política hasta la económica, desde la difusión cultural hasta el ensayo literario, incluyendo los gustos y las modas, hasta los más serios debates, todo el conjunto de una época se vierte como un precipitado que cristaliza en la prensa»¹⁷⁰. Desde este enfoque de utilidad histórica se mira al periodismo en este trabajo, teniendo en cuenta precisamente la ausencia de nuestro objeto de estudio en la historia del periodismo. La exclusión de la obra periodística de una autora como Luisa Carnés del canon literario y periodístico es el punto de arranque del análisis de su producción, puesto que es su figura, y no el contenido de sus artículos, lo que motiva su discriminación de la nómina de autores que resisten el paso del tiempo y el olvido de la sociedad. Su doble condición de mujer comunista promueve su expulsión de la Historia contada desde el poder de la ideología dominante¹⁷¹, en este caso dictatorial. Por tanto, y como afirma Manuel Tuñón de Lara, hay que reconsiderar la función de la prensa como la contribución decisiva para la reconstrucción de la Historia; y en el caso de Luisa Carnés, su aportación narrativa y periodística completa muchos de los huecos que deja el discurso hegemónico con el desplazamiento de las mujeres, los exiliados o los ejecutados durante la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista.

Para ello es de vital importancia llegar a comprender la relevancia de la que gozaba el periodismo desde principios del siglo XIX hasta los días republicanos, cuando se polarizó políticamente. En ese camino ascendente, la prensa española consiguió alzarse como una herramienta imprescindible para la difusión no sólo de la información, sino también de la ideología, creando grupos de personas afines a determinados medios de comunicación y grupos más cercanos a otros distintos. La prensa se convierte, desde mediados del siglo XIX en España, en el generador de lo que actualmente conocemos como opinión pública, el conjunto de pareceres de la colectividad.

Es de sobra conocido el auge que la prensa había alcanzado ya en los albores del siglo XVIII, cuando se convirtió en el espacio donde plasmar opiniones que generaran debates y polémicas, especialmente sobre literatura —entendiendo este concepto como cualquier

¹⁷⁰ Manuel Tuñón de Lara (dir.), *La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1986, p. 13.

¹⁷¹ Bernardo Díaz Nosty, *Voces de mujeres. Periodistas españolas del siglo XX nacidas antes del final de la Guerra Civil*, Sevilla, Renacimiento, 2020, p. 26.

expresión cultural en general—. Las ideas vehiculares de la Ilustración se divulgaron principalmente en la prensa periódica, que el desarrollo de la Revolución Industrial había hecho mucho más accesible que los contenidos en formato libro:

Fue común en la Ilustración la conciencia de que, si se quiere llegar a una capa importante de población, hay que apartarse de los métodos antiguos, como los grandes libros in-folio, y aprovechar todos los medios al alcance, como son el teatro, la novela incluso —tan poco considerada desde una perspectiva clasicista como crecientemente popular— y la prensa: los papeles periódicos, que en este siglo se conciben, fundamentalmente, desde el punto de vista de su valor con respecto a la difusión y comunicación cultural¹⁷².

Sin entrar a valorar la constante inestabilidad del periodismo en la época, como la intermitente censura de los periódicos y folletos, así como las dificultades de la comunicación y difusión, la prensa ilustrada en España siempre estuvo estrechamente relacionada con la literatura. Desde las polémicas literarias ya mencionadas, hasta la caudalosa entrada de ideas filosóficas y científicas, el periodismo español estuvo invadido por la presencia de escritores que se dedicaban sistemáticamente a otras tareas literarias¹⁷³: traducciones, teatro, tratados de filosofía, derecho, política, etc. El periodismo del siglo XVIII en España, con la creciente influencia que comenzaba a ejercer entre la población, no era una disciplina independiente, reconocida como oficio o ámbito particular, sino que dependía directamente de la literatura, de la labor del escritor y más específicamente, del erudito. De hecho, son muchos los movimientos literarios que dan comienzo en este periodo a través de la prensa: el costumbrismo, el debate sobre nuevos movimientos literarios, la crítica literaria o la tendencia epistolar. Asimismo, la prensa se convierte igualmente en motivo literario, que empieza a emerger en ocasiones en algunas obras de la época.

Desde su aparición como influencia directa en el desarrollo de la opinión pública de la sociedad española de finales del siglo XVIII y principios del XIX, la prensa está indiscutiblemente unida a la actividad literaria. A partir de mediados del siglo XIX, la prensa y el periodismo tratan de desligarse de esa unión, y los periodistas comienzan a reivindicar su independencia con respecto de la literatura, a pesar de seguir estando estrecha y fructíferamente vinculados. La presión del debate sobre el periodismo como género literario

¹⁷² María José Alonso Seoane, (coord.), «Literatura y periodismo en el siglo XVIII», en María del Pilar Palomo (ed.), *Movimientos literarios y periodismo en España*, Madrid, Síntesis, 1997, p. 23.

¹⁷³ Siempre entendiendo el concepto «literatura» o «literario» bajo los preceptos de la época, como el valor de cultura, del arte de la escritura en general.

o, por el contrario, como disciplina independiente, todavía sigue presente en nuestros días, y si bien la frontera entre ambos ámbitos se encuentra en ocasiones bastante difuminada, actualmente están claramente diferenciados¹⁷⁴. Sin embargo, si tomamos en consideración cuál es exactamente la barrera que marca la distancia entre una disciplina y la otra, veremos que en realidad se trata de una distancia realmente vulnerable:

La objetividad de la prensa, como —por otra parte—la de la historia es un mito. Quizá lo más que podemos esperar de una y otra es fidelidad a la realidad tal como se percibe, que se impida mentir, como decía Renaudot. Desde luego nadie pensaba que la prensa fuese objetiva cuando era, en el siglo XIX, partidista. Las antiguas gacetas de noticias sí pretendían serlo, y luego cuando a finales del siglo XIX, la prensa se convirtió de prensa de partido en prensa de empresa pretendidamente independiente. Los hechos son los hechos. Y, en su caso, la opinión por otro lado, claramente diferenciada. Las agencias, a mediados del siglo XIX habían empezado a crear el mito de la objetividad y la incorporación de la fotografía, a comienzos del XX, vendría a reforzarlo. Hoy desconfiamos de todo ello. Pero, más a o menos, todos coincidimos en que el periodismo puede ser menos objetivo que la historia, pero tiene que serlo más que la literatura¹⁷⁵.

La objetividad no puede ser considerada, no obstante, la única diferencia entre periodismo y literatura. En este sentido, es quizá la organización de los géneros la que establezca una diferencia más significativa. Me refiero a la inclusión de la noticia o de la entrevista como géneros propiamente periodísticos, que poco o nada tienen que ver, de entrada, con el ámbito literario. Se trata, en principio, del tránsito del periodismo de opinión, propio de los siglos XVIII y buena parte del XIX, al de información, más cercano al siglo XX. A medida que el periodismo avanza en su desarrollo se atisba un esfuerzo por determinar claramente la diferencia entre unos y otros textos publicados en la prensa. Las cabecillas de sección empiezan a repetirse y los textos a clasificarse según su contenido: «Costumbres», «Literatura», «Necrologías», «Remitido», «Fondo», «Gacetilla» y un largo etcétera, entre el que se encuentran otro tipo de genealogías más conocidas: «Novelas», «Cuentos», «Ensayos», «Poesías». Son todas ellas innumerables clasificaciones que parecen responder al hecho de que «existen textos publicados en la prensa periódica que pueden tener una vida

¹⁷⁴ Lógicamente, una reflexión profunda sobre la teoría del periodismo y las ciencias de la comunicación y su independencia como disciplina autónoma excedería los límites de este estudio y se alejaría por completo de sus objetivos iniciales. Baste con elaborar un recorrido hasta principios del siglo XX, que es el periodo que nos ocupa, y valorar en qué condiciones se trabajaba en prensa en aquel momento y la valoración que de ella se hacía entre el público lector. Sin embargo, el debate entre prensa literaria y periodismo estará siempre presente a lo largo de ese trayecto.

¹⁷⁵ María Cruz Seoane, «El periodismo como género literario y como tema novelesco», en Salvador Montesa (dir.), *Literatura y periodismo. La prensa como espacio creativo*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2003, p. 14.

independiente y que otros textos sólo se activan en el acto efímero de lectura a plazo fija a la que invita de suyo el periodismo»¹⁷⁶.

Con todo, el género que mayor especificidad ha aportado al texto periodístico ha sido la noticia, esto es, la información sobre un acontecimiento inmediato. También la categoría de la entrevista destaca entre los géneros más propiamente periodísticos, así como la crónica y el reportaje; estos dos últimos incorporados de forma algo tardía, cuando el desarrollo del periodismo independiente se encontraba en auge, a finales del siglo XIX. Sin embargo, incluso estos géneros son susceptibles de hibridación si tenemos en cuenta que también la noticia, la crónica o el reportaje pueden ser falseados y publicados en forma de realidad. Sirva de ejemplo el escándalo de Janet Cooke, periodista del *Washington Post*, que se vio obligada a devolver su Premio Pulitzer de Periodismo tras reconocer que se había inventado la noticia sobre un niño llamado Jimmy, adicto a la heroína. Un lúcido escritor —y periodista— como Gabriel García Márquez añadió a la polémica que Cooke podía devolver el premio a mejor periodista, pero que merecía sin duda el Pulitzer de Literatura¹⁷⁷. En este sentido, tanto la veracidad como la verosimilitud de los hechos que se cuentan en las noticias, crónicas y reportajes de los periódicos depende directamente, y una vez más, del compromiso que establece el periodista con el público lector. Es decir, quizá la conclusión más evidente sobre la diferencia entre un texto periodístico y otro literario es lo que un determinado lector decide leer como tal, al aceptar y confiar en que el material que está dispuesto a leer en un periódico es algo verdadero sobre la realidad que le rodea, mientras que asume que lo que va a recibir de un libro es ficcional.

El triunfo de la prensa periódica como estrategia de influencia sobre la sociedad española se cultiva desde finales del siglo XVIII y alcanza su pico de influencia en el último tercio del siglo XIX. La eclosión del periodismo de masas coincide en el tiempo con la convulsa Restauración, época de cambios e inestabilidad política y social que encontró su mayor aliado en los periódicos:

Las causas generales de este cambio sustantivo son bien conocidas: nuevo marco político y jurídico establecido por la Constitución canovista (1876) —

¹⁷⁶ Leonardo Romero Tobar, «Los géneros literarios en el periodismo del traspaso de siglos», en Montesa (dir.), *ibid.*, p. 166.

¹⁷⁷ Seoane, «El periodismo como género...», art. cit., p. 12.

singularmente la ley de prensa de 1883—, incremento de la alfabetización, iniciativas de empresarios que aplicaron la modernización tecnológica a la fábrica y la distribución de las publicaciones periódicas, acogida de las prácticas profesionales que caracterizaban el nuevo periodismo fuera de España (*Le Petit Parisien, The Daily Mail, The Journal...*)¹⁷⁸.

Así pues, la evolución que experimenta la prensa hacia el final del siglo XIX consiste en el traspaso de unos valores fundamentalmente ideológicos, que trataban de dirigir la opinión de una minoritaria parte de la sociedad —que era la que se los podía permitir o la que era capaz de leerlos—, a una ingente cantidad de prensa, disponible para un público que reclamaba información tanto de la situación política del país como de la financiera, imprimiéndose así un elevado número de títulos que satisfacían las necesidades de cada lector: *El Imparcial*, iniciado en 1867, tiraba 40.000 ejemplares en 1880 y llegaba a los 140.000 a finales de siglo; *El Liberal* publicaba 22.724 ejemplares en 1880, y *El Globo*, 23.870¹⁷⁹.

En este sentido, parece evidente que la prensa de la época satisface las necesidades de una clase muy determinada, la protagonista de la revolución burguesa: la clase media y alta. La única que poseía un índice de alfabetización posible para la lectura de periódicos y revistas; la única que podía permitirse su adquisición a diario; la única que tenía algo por lo que preocuparse con respecto a la situación empresarial y financiera de la sociedad, y la única, por último, que podía orientar la opinión pública hacia las esferas de poder gubernamental. La prensa decimonónica se dirige a un tipo de lector muy específico que desplaza a una gran parte de la sociedad, desde las clases obreras hasta las mujeres en general: la «cuestión social» y la «cuestión femenina» pasan a ser dos partes de un todo que se debate desde una tribuna a la que sus protagonistas no tienen acceso. Así pues, la opinión pública se forma a partir de una colectividad de individuos pertenecientes a una sociedad que desarrollan un sentimiento de pertenencia a una misma nación. No sólo porque sean conscientes de que leen las mismas noticias a nivel nacional, sino porque adquieren conciencia de los demás ciudadanos como consumidores simultáneos de la misma información¹⁸⁰. A través de este mecanismo de debate público, la prensa de finales del siglo

¹⁷⁸ Romero Tobar, art. cit., p. 157.

¹⁷⁹ *Ibid.*

¹⁸⁰ Labanyi, *op. cit.*, p. 20.

XIX contribuye de manera decisiva a construir las bases de la nueva sociedad liberal y burguesa.

Sin embargo, también esa sociedad moderna y progresista influye de manera decisiva en la nueva difusión masiva de prensa periódica. Se trata de una relación que podría ser denominada como mutuamente beneficiosa, puesto que la clase burguesa encontró en la prensa un vehículo donde expresar sus opiniones e intereses y, a su vez, el recién estrenado sistema capitalista que estaban construyendo influyó de manera decisiva en la calidad y cantidad de esa prensa. Desde la invención de la imprenta en siglo XV, nunca la prensa había experimentado mayor progreso e innovación tecnológica como en el siglo XIX. Los propios métodos de composición de los textos seguían realizándose tradicionalmente con tipos móviles, sin que se hubiera introducido ninguna diferencia notable en su producción desde la de Gutenberg, en el año 1437. Es a partir de finales del siglo XIX cuando se inventa el linotipo, comercializado con el nombre de «Linotype», que aporta la gran novedad de utilizar matrices móviles para fundir en bloque líneas completas. Por otra parte, también en este siglo se lleva a cabo la invención de la fotografía, que pasa a formar parte habitual de los noticiarios y a establecer nuevos géneros de prensa periódica, especialmente de entretenimiento. Igualmente, a partir del siglo XIX se ponen en uso nuevos sistemas de estampación, que abrevian enormemente los procesos artesanales y dan lugar una producción en cadena que permite una mayor difusión en un tiempo reducido y por un precio menor. Finalmente, quizá el mayor éxito tecnológico que haya visto el siglo XIX en materia de prensa periódica impresa fue el enorme desarrollo de las máquinas de imprimir, que ponen en marcha sistemas nuevos de circulación y de edición. Desde que Koenig inventó la prensa mecánica y utilizó como fuerza motriz la máquina de vapor, las prensas a brazo quedaron definitivamente desterradas. Sin embargo, el gran logro se produce con la aparición de la impresión rotativa. A partir de su introducción en el proceso de producción, las imprentas pasan a convertirse en grandes fábricas e industrias que necesitan de la contratación de numerosos especialistas y una gran inversión económica; hechos que garantizan, no obstante, una cantidad de trabajo próxima a la plena capacidad de producción.

Evidentemente, toda esta innovación tecnológica y nueva maquinaria implican el forzoso paso de las empresas familiares artesanales y tradicionales a proyectos empresariales de gran envergadura que aseguraran la financiación de los nuevos métodos de producción. El

encarecimiento de todo el sistema de inversión y de costos obligó a prestar un gran interés a la única fuente de ingresos segura para el mantenimiento de una imprenta periodística, la publicidad:

El verdadero punto de inflexión se produce, para cada medio en particular, cuando el costo del ejemplar que se ofrece al público es igual o superior a su precio de venta. A partir de ese momento los ingresos por publicidad empiezan a cubrir el déficit y pasan a ser la fuente única de beneficios, cuando los hay. Y, a partir de este momento, el medio se ve obligado a informar y opinar complaciendo —o sin oponerse, al menos— los intereses de sus anunciantes¹⁸¹.

Por su parte, el desarrollo simultáneo de las técnicas de publicidad dirige asimismo sus principales objetivos hacia los periódicos de grandes tiradas, es decir, los de difusión nacional. La gran empresa puede permitirse gastos considerables en publicidad, teniendo en cuenta también el creciente aumento del precio de las materias primas y de los salarios, mientras que la pequeña empresa familiar y artesanal no dispone de tal liquidez. En este sentido, la acumulación de fuerzas por parte de las macroempresas y la preferencia del público lector por los periódicos de tirada nacional desplazan y destierran, en la gran mayoría de los casos, a las pequeñas editoriales, «con la pérdida para el lector de la posibilidad de contrastar informaciones y opiniones desde distintos ángulos y de elaborar su propio criterio sobre cada tema»¹⁸². No obstante, como ya se ha comentado, el concepto de «público lector» es bastante estrecho en la época. Se reduce fundamentalmente al individuo masculino, de clase media o alta, con intereses financieros o sociopolíticos y que entabla relaciones con otros individuos de su misma clase. De hecho, y como señala Jo Labanyi, «este sentido de pertenencia a una comunidad se refleja en, y es reforzado por, la construcción de una compleja red social cuyos miembros dan por asumida la existencia de los demás miembros»¹⁸³. Esta cohabitación y conexión entre unos y otros individuos da lugar al concepto de sociedad, entendido exclusivamente como un cuerpo homogéneo de opinión pública. Estos ciudadanos miembros del cuerpo de la sociedad civil son los únicos designados para elaborar, a través de su opinión y de sus preocupaciones comunes, todo lo que se refiere al espacio público. Y como ya se comentó en los capítulos iniciales de esta

¹⁸¹ Mario Rodríguez Aragón, «Condicionamiento de los medios de comunicación social por el desarrollo tecnológico», en Manuel Tuñón de Lara (dir.), *op. cit.*, p. 414.

¹⁸² *Ibid.*, p. 415.

¹⁸³ Labanyi, *op. cit.*, p. 20.

tesis, ese conglomerado de individuos masculinos burgueses que forman la sociedad de lo público a finales del siglo XIX y a principios del XX excluyó de manera sistemática y a través del mercado a las clases trabajadoras y a las mujeres.

La revolución liberal de finales del siglo XIX fue burguesa, y la implantación del nuevo sistema capitalista se redujo a la teoría de mercado, porque la libertad se concibió como la capacidad plena para adquirir bienes. Quien carecía de propiedades privadas carecía de libertad, puesto que su incapacidad de ingreso en el mercado le hacía dependiente de un tercero, fuera el marido en el caso de las mujeres, o del patrón o incluso del Estado en el caso de la clase obrera. La presencia en el ámbito público de la sociedad les estaba vetada vía sufragio, principalmente, pero también vía debate público, o dicho de otra manera, a través de la prensa. La opinión de las mujeres, ya fueran esposas, hijas o sirvientas, estaba incluida dentro de la del cabeza de familia masculino, figura de la cual dependían todas económicamente¹⁸⁴. Por tanto, parece claro que a finales del siglo XIX la prensa periódica general se dirigía a un tipo de público lector muy particular. La construcción del discurso dominante se fundamentó en las prerrogativas de clase y de género, y la prensa nunca tuvo como destinataria a la totalidad de la ciudadanía, sino que excluyó expresamente a las mujeres y a las clases trabajadoras del circuito de la comunicación mediada¹⁸⁵. Desde las páginas de los periódicos se puede observar una clara diferencia entre la esfera pública y la privada; es decir, entre el lugar que deben ocupar los hombres y el que deben ocupar las mujeres en la sociedad. De hecho, y a medida que avanzan las publicaciones específicamente femeninas, la influencia de la prensa redefinió los roles de género a través de la presentación de modelos de conducta de unos ciudadanos con respecto a otros.

La prensa femenina, cuyas primeras publicaciones se remontan a finales del siglo XVIII —*La Pensatriz Salmantina*, de Escolástica Hurtado Girón, en 1777, o *La Pensadora Gaditana*, de Beatriz Cienfuegos, en 1786¹⁸⁶—, nace con la intención de reforzar los modelos de conducta discriminatorios por cuestiones de género. La creciente convicción de que el acceso a la información era un derecho más del ciudadano libre, así como la progresiva salida

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 55.

¹⁸⁵ María Teresa Vera Balanza, «Género y opinión pública: escritoras en el suplemento *Mujer de hoy*», en Montesa (dir.), *op. cit.*, p. 335.

¹⁸⁶ Díaz Nosty, *op. cit.*, p. 12.

del analfabetismo de las mujeres de las clases más elevadas, dieron lugar a la producción e impresión de publicaciones específicas para las mujeres. Las consumidoras de este tipo de periódicos y revistas poseen tanto una posición social y económica que les permite suscribirse a ellas, como tiempo libre para su lectura, que siempre irá dirigida hacia una preceptiva didáctica sobre el desarrollo de su figura como hija, esposa y madre. A medida que avanza el siglo XIX, las publicaciones femeninas que persiguen estos imperativos morales inundan las calles de los grandes núcleos urbanos. Algunos de los títulos más demandados fueron *La Guirnalda*, periódico conservador dedicado exclusivamente a la mujer; *El Ángel del Hogar*, cuyo subtítulo rezaba «Revista semanal de literatura, educación, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad»; o *El Correo de la Moda*, cuya temática, a pesar de su nombre, abordaba distintos aspectos de la vida femenina burguesa de la época.

De igual forma que la prensa general se dirige a un público lector de una tipología muy concreta, las publicaciones femeninas se sirven exactamente de los mismos métodos para su producción, impresión y difusión masivas:

La audiencia femenina se construyó sobre las bases expuestas: intereses generales, vinculados al ámbito de lo privado, estrechamente unidos a las necesidades de la familia y representativo de intereses de clase media-alta; y todo ello materializado en secciones especiales, en temáticas afines a la vida social y la cotidianidad, en informaciones donde la espectacularidad se superpone sobre el criterio de actualidad¹⁸⁷.

La prensa femenina hermana a las mujeres burguesas del mismo modo que lo hace con los hombres, y les otorga la conciencia de saberse ciudadanas pertenecientes a una clase determinada, diferentes a otras mujeres de otras clases y, sobre todo, diferentes a sus padres, maridos e hijos. La prensa española de finales del siglo XIX, a pesar de todas las innovaciones tecnológicas y político-sociales expuestas, se asentó sobre las grandes desigualdades de género y clase.

Sin embargo, como veremos a continuación, tanto las mujeres como las clases obreras encontraron su modo de transgredir el espacio de la prensa periódica como forma de divergencia ante el poder dominante. Conscientes de la gran influencia que ejercía el periodismo sobre el conjunto de la sociedad, tanto las mujeres activistas como las clases

¹⁸⁷ Vera Balanza, art. cit., p. 337.

trabajadoras elaboraron un tipo de prensa de acuerdo a las necesidades de los grupos discriminados de la sociedad. Las mujeres, aunque no sin grandes dificultades, se hicieron un hueco en las grandes publicaciones periódicas de tirada nacional y, a su vez, fueron construyendo una voz propia a través de la creación de nuevos títulos periodísticos. Los nuevos temas se alejaban por completo del contenido sobre labores tradicionales de la esposa angelical, y comienzan a publicarse revistas que proponen nuevas ideas, rompedoras con el discurso dominante, como las cercanas al liberalismo y el republicanismo, la masonería, el esoterismo o el espiritismo, o incluso las de matriz obrerista. Progresivamente, la voz de muchas de estas periodistas fue uniéndose a las reclamaciones de las clases trabajadoras, sobre todo la de las mujeres obreras, que seguían estando silenciadas a pesar de las ideas de fraternidad e igualdad que inundaban los discursos de sus compañeros varones.

4.1. La evolución del periodismo femenino en España: de femenino a feminista

Tanto la prensa periódica como la publicidad en ella incluida de finales de siglo XIX y principios del XX se ven en la misión de hacerse eco de las polémicas surgidas durante la época. En este sentido, la cuestión femenina y la cuestión social empiezan a recogerse en las páginas de todos los medios de comunicación escritos; algunos artículos ofrecen cotas de modernidad inimaginables con respecto a otros cuyo contenido se aferraba al tradicionalismo más obsoleto. La defensa del progreso y la inclusión de la población femenina en los avances sociales y políticos, o, por el contrario, la protección de los espacios tradicionales y el aferramiento a los valores sexistas constructores de la provechosa división de esferas fueron dos puntos de vista defendidos arduamente por todos los intelectuales, escritores y periodistas del país en la prensa periódica. La polémica estuvo servida y fructificaron los artículos, ensayos y manifiestos a favor o en contra de la incorporación de las mujeres a la vida pública.

En cualquier caso, lo que empezaba a darse por sentado era la presencia del debate en las calles, en la opinión generalizada y en la mentalidad de los individuos. La creciente introducción de la mujer en el mercado como consumidora facilitó la aparición de ciertas secciones, más tarde suplementos, y posteriormente revistas, específicamente dirigidas al público femenino. Cubrir el sector de la demanda que requerían las mujeres pasó a convertirse en uno de los objetivos más perseguidos por las grandes empresas editoriales de

la prensa periódica, y por supuesto, de las publicitarias. La publicidad para las nuevas mujeres, modernas y consumidoras, se convirtió en un espacio que conquistar para los empresarios, que no dejaron pasar la oportunidad de ofrecerles todo tipo de productos que ellas creyeran necesitar para convertirse en la mujer que deseaban ser.

Lo cierto es que la ingente cantidad de hemerografía de la que disponemos dificulta enormemente la tarea de situar cronológicamente la inclusión de las plumas femeninas en la prensa periódica española. Y, por otro lado, la frecuente utilización de pseudónimos por parte de las mujeres escritoras imposibilita esa labor. No obstante, la prensa femenina no se compone únicamente de aquella escrita por mujeres, sino que se refiere más bien a toda la información o contenidos que puedan estar dirigidos singularmente a un público femenino; lo que se dio en llamar la «cultura femenina»:

Este tipo de cultura se refería a aquellos conocimientos vinculados a las “ciencias del hogar” que no debían servir más a las mujeres que de adorno, aunque también se refería a aquellas enseñanzas necesarias para saber atender correctamente los quehaceres domésticos. Es curioso cómo se concebía dos tipos de culturas claramente diferenciadas en función del sexo de los individuos, cuando, supuestamente, debía de ser una sola para todos ellos¹⁸⁸.

La división sexista de la sociedad a finales del siglo XIX y principios del XX se trasladó a la prensa periódica, que si bien utilizaba el genérico de «prensa» para todo el público masculino, adquirió el calificativo de «prensa femenina» para las mujeres lectoras. Se sobreentendía que la información sobre sucesos, prensa financiera y política se dirigía singularmente a los hombres, mientras que los folletos sobre electrodomésticos, recetarios de cocina, modas y literatura eran material de consulta para mujeres. Y aunque la prensa de entretenimiento surgiera como respuesta a los intereses de un público nuevo dispuesto a recibir las innovadoras propuestas de modernidad, las revistas contribuyeron a reforzar implícitamente los estereotipos de género:

Esta clase de prensa, en su mayoría, no incitaba a las mujeres a que pusieran en entredicho su rol social dentro del ámbito de lo privado, sino que las aferraba aún más al espacio físico e ideológico del hogar doméstico. Todo este contenido artístico-descriptivo, en realidad, estaba al servicio de esa equívoca conceptualización que suponía ser la “feminidad exquisita”¹⁸⁹.

¹⁸⁸ Jordi Luengo López, «Claves identitarias desde la memoria hemerográfica. Mujeres periodistas en la conformación de nuevas libertades (1900-1936)», *Arenal*, 14, 1 (enero-julio de 2007), p. 124.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 117.

No es hasta bien entrada la Segunda República cuando los diarios y revistas comienzan a difundir un tipo de contenido menos sexista en sus páginas. Diversos factores propician este cambio: fundamentalmente, la progresiva alfabetización de un mayor número de mujeres, pero también la concesión del voto femenino, puesto que las mujeres se convirtieron en una audiencia a la que convencer, cuyos intereses y necesidades fue forzoso satisfacer en clave electoral. Aunque la presencia de las plumas femeninas en prensa sea difícilmente rastreable y ubicable en el tiempo, en este estudio optaremos por remontarnos a la segunda mitad del siglo XIX, cuando la relevancia tanto de sus colaboraciones como de su recepción como lectoras comienza a ser algo notoria. Se trata igualmente de las primeras colaboraciones que podrán suponer una cierta influencia para las mujeres periodistas del siglo XX.

Como ya se abordó en los capítulos iniciales, el debate sobre la cuestión femenina surge a mediados del siglo XIX, entre otras muchas causas, como respuesta a la polémica sobre la indefensión de la descendencia ante la ignorancia de la mujer. La familia, la piedra angular del proyecto liberal y de la revolución burguesa, se encontraba desamparada ante la ignorancia que dominaba la mentalidad femenina. La preocupación sobre la instrucción de las mujeres se desarrolló alrededor de su capacidad para procrear, es decir, en relación con su papel de madre de los ciudadanos de la nación. En este sentido, la formación de su rol como *ángel del hogar* comienza a ser reforzada por todas las instituciones gubernamentales y a través de cada herramienta de difusión de la que se disponía en la época. La prensa no escapó a estos mecanismos estereotipadores, y desde sus columnas se promulgó la necesidad de que las mujeres ejercieran de amas de su casa, de consuelo y apoyo de sus maridos y de ejemplo de conducta para sus hijas. Por su parte, la prensa femenina personificada en las plumas de Pilar Sinués de Marco y Faustina Sáenz de Melgar se encargó de difundir todas estas preceptivas a las mujeres burguesas, que veían así sus ideales reforzados través de estos textos:

Una gran parte de los malos esposos lo son porque les han tocado en suerte mujeres que valen tan poco, que lo que ellos valían se ha ido disminuyendo cada día con el contacto de aquella perfecta nulidad; porque hay mujeres que pasan por muy buenas, y que son tan inofensivas, pero tan inútiles, como los muñecos de yeso que venden los pobres artífices ambulantes que la Francia nos envía. Los esposos de esas mujeres, al verse tan superiores a ellas, y que se doblegan bajo su férreo yugo, se creen semi-dioses, y cada día dejan caer sobre las desdichadas más pesadamente el látigo del despotismo. La mujer debe ser, ante todo, digna, porque

si bien la paz doméstica exige a veces sacrificios, jamás se le debe hacer el del propio decoro. Tu marido tiene su sitio. Tú tienes el tuyo¹⁹⁰.

Sin embargo, en estos modelos de conducta como hija, esposa, madre e incluso suegra, también podemos encontrar cierta reivindicación de la dignidad femenina. Aunque siempre orientadas hacia la mejora de su rol como ángel del hogar, en las palabras de Sinués de Marco se distingue algún atisbo de libertad. Para algunas autoras, la instrucción de las mujeres siempre estuvo presente como herramienta de mejora en la capacidad femenina para la educación de sus hijos. Tras muchas vacilaciones y contradicciones entre los temas típicos de la preceptiva para el ángel del hogar, como la vestimenta, las habitaciones donde recibir a los invitados, las formas de hablar en público, etcétera, se encuentra también algún artículo sobre la educación de la mujer, criticando en ocasiones el «yugo masculino», entendido como el matrimonio no deseado para las mujeres cuya ignorancia les impide elegir y hacerse valer frente al marido. Una de las autoras cuyos artículos dejan entrever esta contradicción es Concepción Gimeno de Flaquer, que da un pequeño paso adelante en la evolución entre el periodismo femenino y el feminista.

En primer lugar, lo que llama poderosamente la atención en las publicaciones llevadas a cabo por estas mujeres es su posición de poder: tanto Sinués de Marco, como Sáenz de Melgar o Gimeno de Flaquer ocuparon puestos de responsabilidad en las revistas. Fueron fundadoras, directoras y redactoras de publicaciones en las que no firmaban con pseudónimo. En este sentido, hay una demostración clara de su autonomía como sujetos que, si bien no encuentra parangón con sus palabras, supone ya una clara reivindicación de su posición como ciudadanas, cuya voz iba a ser escuchada por otras mujeres. A pesar de que no podemos hablar de una conciencia feminista en los textos de estas autoras, en los que todavía prima el aleccionamiento para la mujer *ángel del hogar*, promoviendo valores cristianos y sexistas, sí se aprecian algunos matices implícitos en la concepción de la feminidad que ya establecen alguna diferencia con la idea tradicional de la mujer: «Nuestra misión es la de propagar en nuestro sexo las ideas de progreso que han hecho de la mujer inglesa y norte-americana, una mujer fuerte, independiente, instruida y digna sin apartarse de los deberes que la encadenan al hogar, por los lazos sagrados del amor y de la familia»¹⁹¹.

¹⁹⁰ María del Pilar Sinués de Marco, «Hija, esposa y madre. Cartas dedicadas a la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad», *El Ángel del Hogar*, II, 7, 24 de febrero de 1865.

¹⁹¹ Faustina Sáenz de Melgar, «Al público», *La Mujer*, I, 1, 8 de junio de 1871.

La comparación con otras mujeres extranjeras es una constante en los textos de Concepción Gimeno de Flaquer. La mirada hacia el progreso alcanzado en ciudades como Londres o Nueva York comenzaba a introducirse en España, aunque con muchas restricciones en el ámbito del trabajo y de la política. Lo que admiraban realmente estas autoras de las feministas inglesas y americanas era su instrucción, y por este motivo escogían mujeres cuyas acciones habían sido de notoria importancia en sus países de origen, pero que no habían cambiado sus mentalidades con respecto a las tareas domésticas femeninas:

Mad. Flammarión tiene dos amores: su marido y los astros. ¡Hermosa bigamia! ¡Feliz consorcio! Cuán feliz debe sentirse el sabio viendo a su bella esposa vivir de su vida, de su pensamiento, de sus ideales, separada del torbellino mundano, triunfando su amor, infinito como la bóveda celeste, nunca acabada de explorar, de todas las inconstancias, de todos los desfallecimientos¹⁹².

Lo que señala Gimeno de Flaquer es que la instrucción femenina no es beneficiosa únicamente para las propias mujeres, sino también para los hombres, que siempre encontrarán en una mujer culta una compañera mejor que en una mujer frívola. Por este motivo, la autora se centrará en primer lugar en la educación, aunque también procurará que esta se oriente hacia la inclusión de las mujeres en el ámbito laboral. En resumen, lo que Gimeno de Flaquer propone es la concepción de la Eva moderna¹⁹³, la mujer capaz de cultivar sus valores en la instrucción y la sabiduría, sin menoscabar su tarea como madre y esposa. Autoras como Pilar Sinués, Faustina Sáenz o Concepción Gimeno pertenecen a una generación de escritoras que ocupan un lugar fronterizo entre el tradicionalismo más puro, que aboga por la discriminación total de la mujer, y el feminismo que nace inmediatamente después. Ellas quiebran los estereotipos de mujer que los hombres habían ido construyendo a lo largo de todo el siglo XIX, erigiendo un modelo propio que rompiera con la categoría de ángel del hogar puro o bien de ángel del hogar caído; proponen el modelo de la mujer virtuosa¹⁹⁴, dueña de su casa, pero también de su cuerpo y de su mente.

¹⁹² Concepción Gimeno de Flaquer, «Mujeres científicas del siglo XIX», *El Álbum Ibero-Americano*, XVIII, 29, 7 de agosto de 1900.

¹⁹³ Clara Serralvo Galán, «La libertad desde la educación: Concepción Gimeno de Flaquer y el *Álbum Ibero-Americano*», en Margherita Bernard e Ivana Rota (eds.), *Mujer, prensa y libertad. España 1883-1939*, Sevilla, Renacimiento, 2015, p. 332.

¹⁹⁴ Alda Blanco, «Escritora, feminidad y escritura en la España de medio siglo», en Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española en lengua castellana*, V, Barcelona, Anthropos, 1998, p. 12.

Esta ambivalencia entre la dedicación al hogar y el cultivo de la intelectualidad es una constante en los movimientos incipientemente feministas de principios del siglo XX. Aunque el concepto de feminidad comenzaba a evolucionar, aún primaban ciertos códigos tradicionales sobre las nuevas doctrinas de pensamiento. La ropa, la moda, la comida y la casa todavía debían formar parte de la personalidad de las mujeres, a pesar de que estuvieran instruidas o incluso fueran intelectuales. En este terreno movedizo supo desenvolverse estupendamente bien Emilia Pardo Bazán, cuya ideología política, católica y nacionalista, fue favorable a esta dualidad. Sin embargo, la autora gallega declara desde muy pronto su condición de feminista, y asume que uno de los mayores obstáculos para el desarrollo del progreso en España es la condición social de la mujer: «No, no; en España no depende del Gobierno el estancamiento del feminismo, depende de las costumbres, que son encogidas, ñoñas; y aquí, donde ninguna mujer encuentra mal bailar un tango, por ejemplo, encontraría muy mal ir a las aulas universitarias a estudiar Lógica y Ética»¹⁹⁵. Pardo Bazán demuestra su lucidez cuando aísla el feminismo de cualquier otra ideología política del momento; para ella, la igualdad de las mujeres se consigue por derecho natural, y no interviene en ella ninguna doctrina literaria ni política que entorpezca el paso del feminismo. Su pensamiento se encuentra bastante cerca de las palabras pronunciadas por Clara Campoamor cuando afirma que la libertad se aprende ejerciéndola:

Mi obra para abrir las puertas españolas al feminismo ha sido solamente personal; dando el ejemplo de hacer todo aquello que puedo, de lo que está prohibido a la mujer. He tenido el gusto de ser la primera socia de número del Ateneo; la primera presidenta de la Sección de literatura; la primera y única mujer que ha sido profesora de la Escuela de estudios superiores, en el mismo Ateneo; el primer socio de número de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, y otros cargos más. No cabe duda, que si muchas mujeres siguieran mi ejemplo, el feminismo en España sería un hecho¹⁹⁶.

La inteligencia de Pardo Bazán le permitió conseguir una autonomía suficiente como para hacerse un hueco en las filas de los movimientos literarios de su época. A partir de la ausencia de reivindicaciones plenamente feministas en su obra literaria, la condesa consiguió librarse del calificativo peyorativo de «literata» para ser considerada singularmente como

¹⁹⁵ El Caballero Audaz, «Nuestras visitas: la Condesa de Pardo Bazán», *La Esfera*, I, 7, 14 de febrero de 1914.

¹⁹⁶ *Ibid.*

«escritora»¹⁹⁷. En este sentido, fue una de las primeras periodistas que consiguió traspasar la barrera del periodismo literario, y se acercó paulatinamente a la crónica de actualidad, lo que le permitió la presencia habitual en medios de tirada nacional e internacional, como *La Época*, *El Imparcial*, *La Ilustración Artística*, *La Nación* (Buenos Aires) y *El Diario de la Marina* (La Habana)¹⁹⁸.

Pardo Bazán abandonó casi por completo su producción narrativa a partir del año 1900, cuando empezó a dedicarse en exclusiva al oficio de periodista. A partir de este momento, la autora gallega se despoja de todo resquicio literario en sus artículos y sienta las bases de la profesionalización de la mujer periodista, asumiendo una vez más su autonomía individual por toda reivindicación feminista.

MADRID DIA 7 DE
FEBRERO DE 1913.
NUMERO SUELTO
CENTS. 10 10 10
ABC
DIARIO ILUSTRADO. AÑO NOVENO
NUMERO 2.795.
10 10 10 2.ª EPOCA.
MADRID: UN MES, 1,50 PTAS. PROVINCIAS, TRES MESES, 5. EXTRANJERO, SEIS MESES, 16 FRANCO
REDACCION Y ADMINISTRACION: SERRANO, 55. MADRID. APARTADO NUM. 43



ELECCION D^o PRESIDENTE EN EL ATENEO DE MADRID
La señora condesa de Pardo Bazán en el momento de votar en las elecciones celebradas ayer tarde.

Fot. Duquik.

Portada del diario *ABC* (7 de febrero de 1913)¹⁹⁹.

Emilia Pardo Bazán votando en las elecciones a la institución del Ateneo.

¹⁹⁷ Maryellen Bieder, «Emilia Pardo Bazán y la emergencia del discurso feminista», en Iris M. Zavala (coord.), *op. cit.*, p. 76.

¹⁹⁸ Díaz Nosty, *op. cit.*, p. 81.

¹⁹⁹ Extraído del Archivo de *ABC*. Disponible en: <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19130207-1.html>.

Sin hacer gala de activismo feminista, Pardo Bazán reflejó en numerosos artículos periodísticos su preocupación por la situación de la mujer en España. Particularmente, dedicó muchos textos a informar sobre la violencia física ejercida sobre las mujeres, que consideraba habitual y colectivamente permitida:

Con razón decía un célebre jurisconsulto que la vida no está protegida; pero debió añadir «en especial, la de la mujer». Todo español cree tener sobre la mujer derecho de vida o muerte. Lo mismo da que se trate de su novia, de su amante, de su esposa. Los celos disculpan las venganzas más cruentas; y los que se escandalizan de las barbaridades de la guerra (que al fin tienen un carácter colectivo y de interés general) disculpan estas atrocidades individuales, como si fuese lícito nunca tomarse la justicia por su mano²⁰⁰.

Si bien Pardo Bazán se alejó expresamente de los ámbitos de activismo feminista de otras periodistas coetáneas, se expresó con absoluta libertad a favor de la defensa de las mujeres allí donde mayor cota de influencia podría adquirir su alegato, esto es, la prensa de tirada nacional. La condesa supo encauzar su oficio de periodista hacia reivindicaciones que no se erigían propiamente como referentes para la causa feminista, aunque con ellas llegó posiblemente más lejos que con la exclusividad sobre el tema de las mujeres. Sus denuncias se plasmaron en artículos que su neutralidad había colocado en los diarios más leídos a nivel nacional, lo que permitió que su argumento fuera recibido por una mayoría masculina que mucho tuvo que recriminarle a la escritora gallega. Alejada del foco de las sufragistas y librepensadoras, Pardo Bazán se distanció del activismo feminista, pero lo ejerció implícitamente en sus textos; por tanto, su obra es intrínsecamente feminista, porque ella firma como mujer textos a favor de los derechos de las mujeres.

Una opción diametralmente opuesta a la escogida por algunas autoras como Pardo Bazán fue la de las periodistas librepensadoras y republicanas. Las mujeres que optaron por seguir esta corriente de pensamiento lo hicieron a partir de vías muy diversas, como el sufragismo, el espiritismo, la masonería...; convicciones y activismos que les valieron duras represiones y hasta estancias en la cárcel. A diferencia de la inactividad mostrada en la militancia política por intelectuales como Emilia Pardo Bazán, las librepensadoras como Ángeles López de Ayala manifestaron en innumerables ocasiones sus ideales políticos de progreso y republicanismo. En este caso, las proclamas feministas, librepensadoras y

²⁰⁰ La Condesa de Pardo Bazán, «La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, XXXIV, 1740, 3 de mayo de 1915.

anticlericales fueron plasmadas en prensa con el firme objetivo de divulgarlas, de hacerlas llegar al mayor número de lectoras posible. A ello se sumaron sus reivindicaciones en manifestaciones, mítines y reuniones asociativas, que las situaron en el centro de la diana de las denuncias e incluso los atentados contra ellas. El triángulo de periodistas librepensadoras más destacado se compuso por la madrileña Rosario de Acuña, Ángeles López de Ayala y la joven Belén de Sárraga. A ellas se debe la difusión de las primeras reivindicaciones feministas en España, así como la fundación y la dirección de numerosas publicaciones proclives al librepensamiento, como *El Progreso*, *El Libertador* o *El Gladiador del Librepensamiento*. Sin embargo, sus ideas no se ciñen exclusivamente a la propaganda del librepensamiento o el anticlericalismo, sino que se acercan a posturas políticas muy radicales para las mujeres de la época. Las publicaciones relacionadas con estas posturas muestran una mentalidad «partidaria de la república como alternativa a la monarquía y sinónima de “progreso, que es la salvación de España”; contraria al separatismo de la burguesía catalana y la violencia anarquista, y enemiga de la censura gubernamental, de la pena de muerte y de la guerra»²⁰¹.

A partir de la línea discursiva de Pardo Bazán, estas escritoras consideraban que la educación de las mujeres era fundamental para conseguir un cambio en la mentalidad femenina del país. Conscientes de la radicalidad de sus ideas, que encontraron escasos adeptos y no digamos adeptas en los inicios del siglo XX, se centraron en un discurso pedagógico sobre la conciencia de las mujeres, paso necesario para la transmisión de sus nuevas ideas y la disolución del obsoleto clericalismo que imperaba en la mentalidad femenina:

En nuestro atrasado país tarde hubiéramos escuchado los acentos de esa propaganda de rehabilitación femenina que cunde en el mundo civilizado, si las brillantes y piadosas plumas que redactaban el valeroso órgano del libre pensamiento no hubieran tomado con empeño tan simpática campaña. El feminismo que aquí alienta, tras la genuina indiferencia de la mujer española, es todo el trabajo de esos apóstoles de la conciencia libre, cuyos nombres hemos de venerar por siempre; tal vez no conoceríamos aún el sendero que lleva a la cumbre de la dignificación del sexo, si estos hombres tan excomulgados por la Iglesia católica, no nos lo hubiesen señalado. ¡Loor eterno a todos ellos!²⁰².

²⁰¹ Díaz Nosty, *op. cit.*, p. 105.

²⁰² Amalia Carvia, «Salutación», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, I, 7, 29 de marzo de 1901.

El discurso librepensador que abogaba por la justicia social para ambos sexos fue acentuando su matiz de género a medida que sus actuaciones en favor del movimiento republicano. Con todo, la indiferencia masculina ante las reivindicaciones feministas se dejó sentir prácticamente desde el inicio y las periodistas librepensadoras apostaron por un planteamiento más radical y eminentemente feminista. Coincidiendo en el tiempo con la fundación de numerosas asociaciones y grupos de mujeres, cuyo objetivo común era la instrucción femenina y la divulgación del dogma librepensador, florecieron las revistas feministas y republicanas que clamaban por el reconocimiento de los derechos de las mujeres, como *La Conciencia Libre* o *Redención*. El destino final de estas mujeres periodistas fue sufragismo durante la Segunda República.



Portada de la revista *Redención*, III, 18, febrero de 1917²⁰³. En su contraportada puede leerse el lema: «ven mujer, ven a nosotras y laboremos juntas por nuestra CULTURA y nuestros DERECHOS».

²⁰³ Disponible en: <http://graphbooks.com/index.php/app/detail/redencion-revista-mensual-feminista.-ano-iii-num.-18>.

La creciente participación femenina en el marco de la prensa periódica, en los primeros años del siglo XX, ha llevado a unificar bajo la misma etiqueta feminista a todas las mujeres que participaron del periodismo femenino. La recuperación del catálogo de las mujeres periodistas desde nuestros días ha empañado de alguna manera la perspectiva ideológica y vital de muchas de estas escritoras:

En una sociedad que entendía la libertad de prensa como una manifestación de pluralidad política, la presencia de las mujeres conservadoras en el periodismo fue menos llamativa que la de las modernas y progresistas, seguramente porque aquellas encontraban menores cuestionamientos en un mundo que aceptaban, donde la política y las guerras las hacían los hombres, lectores, en gran medida, de una prensa escrita mayoritariamente por y para ellos²⁰⁴.

Sin menoscabar en absoluto la presencia de las mujeres conservadoras en la prensa, pues su figura también es representativa de la inclusión de las plumas femeninas en la esfera más o menos pública de la sociedad, no se puede edulcorar la realidad e intentar amparar a todas bajo el prisma de una lucha por los derechos de las mujeres que muchas periodistas no llevaron a cabo o incluso menospreciaron. La semejanza generacional o la vehemencia con la que se inmiscuyeron en los periódicos hacen que, como señala Díaz Nosty, muchas de esas mujeres sean consideradas como víctimas junto con otras que sí enarbolaron la bandera del feminismo y pagaron caro su posicionamiento. Es el caso de Sofia Casanova, cuyo pensamiento anticomunista y caudillista la llevó a despremiar, en numerosas ocasiones, los movimientos feministas de principios de siglo. Sin embargo, en algunas reseñas o artículos actuales²⁰⁵, Casanova es presentada como feminista únicamente por tratarse de la primera mujer corresponsal de guerra. Merece la pena recuperar algunas de las consideraciones que la propia Casanova realizó a las puertas del siglo XX con respecto a los derechos de las mujeres y el feminismo:

Todos los tiempos han sido malos para el sexo débil, y lo cierto es que los actuales no son mejores tiempos. Del nuevo como del viejo mundo se levanta un clamoreo de voces femeninas capaz de dejar sordos a los que lo oyen. ¿Qué ocurre? Casi

²⁰⁴ Díaz Nosty, *op. cit.*, p. 16.

²⁰⁵ Josep Gavalda, «Sofia Casanova, la primera corresponsal de guerra», *National Geographic*, 17 de julio de 2020. Disponible en: https://historia.nationalgeographic.com.es/a/sofia-casanova-primera-corresponsal-guerra_15500.

nada, que las mujeres declaran abiertamente la guerra a los hombres y piden casi nada también... la luna, como si dijéramos²⁰⁶.

Otra de las mujeres que ha sido objeto de una grandilocuente recuperación histórica, aunque de modo distinto, ha sido Carmen de Burgos. En su caso, la lucha feminista es un hecho claramente constatado en sus producciones periodísticas. Aunque ella misma se encargó de difundir algunas de las muchas virtudes que se le atribuyen, quizá sea la ingente cantidad de artículos publicados en la prensa periódica la que realmente ha contribuido a que su nombre se haya convertido en un símbolo de pionera algo más exagerado de lo que corresponde a la realidad de su trayectoria. Es innegable la extraordinaria presencia de *Colombine* en el ámbito periodístico madrileño y nacional de principios de siglo. No obstante, su pasión por el oficio de periodista y su profesionalización en esa tarea quizá la llevaron a considerarse a sí misma como precursora de una ocupación que ya llevaba algunos años incluyendo a mujeres en las nóminas de las redacciones. A partir de los primeros años del siglo XX, cuando se abren definitivamente la mayoría de los periódicos a la presencia femenina, De Burgos era una firma constante en los diarios de la época, como *Las Dominicales de Libre Pensamiento* o *La Luz del Porvenir*. Sin embargo, como decimos, quizá sea algo exagerada su propia concepción de ser la primera periodista española: «Sin vanidad puedo decir que así como a los reyes se les da un sobrenombre, a mí me cuadra el de Precursora en el periodismo: yo he sido la primera mujer española que ha celebrado interviews con políticos y con artistas [...] He sido la primera mujer que en España ha sido corresponsal de guerra, pues fui enviada a Marruecos por *El Heraldo de Madrid*»²⁰⁷.

En realidad, las crónicas que la propia De Burgos envió desde Melilla, en 1909, durante la Guerra del Rif, a la redacción del *Heraldo de Madrid* no pueden ser consideradas trabajo de corresponsal. Según Díaz Nosty, su presencia en la guerra de Marruecos se debe más a una esporádica aparición en la retaguardia del conflicto que a una estancia oficial como reportera²⁰⁸. Sin ir más lejos, el trabajo de Sofía Casanova desde Polonia y, posteriormente, desde Rusia para el periódico *ABC*, fue sobradamente mayor que el de De Burgos. Casanova

²⁰⁶ Sofía Casanova de Lutoslawski, «Reflexiones acerca de la mujer», *El Álbum Ibero Americano*, XIV, 41, 7 de noviembre de 1896.

²⁰⁷ Enrique Gómez Fiol, «Domadores del éxito. Carmen de Burgos (Colombine)», *La Esfera*, IX, 442, 24 de junio de 1922.

²⁰⁸ Díaz Nosty, *op. cit.*, p. 164.

estuvo enviando crónicas de la Primera Guerra Mundial desde Polonia desde 1914, y fue también la encargada de cubrir los acontecimientos en relación a la Revolución Rusa.

Esta opinión no pretende, ni mucho menos, menospreciar el gran legado que Carmen de Burgos dejó al periodismo femenino. Habiendo publicado más de diez mil artículos en prensa y habiendo escrito más de cincuenta novelas, la injusta tradición patriarcal la ubicó en la posición de amante chalada de Ramón Gómez de la Serna. Sin embargo, su espíritu contestatario e inconformista se revela en cada uno de sus textos periodísticos y de sus intervenciones públicas, y aunque la sociedad de su época sólo supiera ver en ella a la brusca «divorciadota», la figura de Carmen de Burgos encuentra su relevancia en la capacidad de profesionalización del oficio de periodista para una mujer. Ocupación, por otra parte, que supo aprovechar para difundir con firmeza las ideas feministas y republicanas, con una voz espontánea, apasionada y creativa, sujeta a las contradicciones propias de la evolución de un pensamiento. Aunque tal vez sea el momento de dejar a un lado las categorías de «pioneras» o «precursoras» del periodismo femenino y feminista, sumamente excluyentes, para tratar de poner en valor al conjunto de todas las mujeres que dieron un paso adelante en la consecución de sus derechos como sujetos cívicos y jurídicos de la sociedad a través del trabajo en la prensa.

En referencia a las publicaciones feministas y a sus autoras, conviene recalcar que en numerosas ocasiones no se trata oficialmente de periodistas, es decir, mujeres cuya profesión se centre exclusivamente en el periodismo, sino que por lo general nos referimos a mujeres que utilizan la prensa para difundir las proclamas propagandistas del activismo feminista:

Generalmente, estas pioneras revistas feministas son obra de mujeres entusiastas, que no se dedican profesionalmente al periodismo —las que lo hacen escriben, lógicamente, en diarios y revistas de información general, y solo ocasionalmente prestan su colaboración a esta prensa específica. Normalmente son maestras, la profesión que conecta con el mayor número de mujeres²⁰⁹.

Por otro lado, no resulta difícil considerar a la gran mayoría de mujeres a las que nos hemos referido a lo largo de esta sección, dada su estabilidad económica, como mujeres burguesas. Una vez más, esta aclaración no pretende enjuiciar negativamente la aparición de estas autoras en el panorama intelectual, sino simplemente evidenciar que la condición de

²⁰⁹ María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del Periodismo en España. El siglo XX (1898-1936)*, Madrid, Alianza, 1996, p. 195.

clase se encontraba íntimamente ligada con las posibilidades que supieron aprovechar a lo largo de sus trayectorias vitales. Además, y a pesar de muchos de sus postulados izquierdistas e incluso cercanos al obrerismo, también su ideología se vio cómodamente respaldada por su clase. Particularmente, a principios del siglo XX, la modernidad de la que muchas de ellas pudieron disfrutar se debió, exclusivamente, a su posición como burguesas más o menos acomodadas y también a la de sus familias, bien relacionadas con las esferas de poder gubernamental y político-social.

Entidades o instituciones como el Ateneo de Señoras de Madrid o el Lyceum Club, cuya aportación al feminismo español y a la salida al mundo de las mujeres en nuestro país es incontestable, fueron fundadas, dirigidas y financiadas por todas estas personalidades que, si bien se encontraron con numerosas trabas a la hora de llevar a cabo su actividad asociacionista, también descubrieron en sus relaciones con altos mandos del poder gubernamental una herramienta con la que seguir construyendo el horizonte feminista que comenzaba a vislumbrarse en España. Las directivas del Lyceum, como Isabel Oyarzábal Smith o María de Maeztu, mantenían una buena relación con la dictadura de Primo de Rivera, y gracias a eso tuvieron la oportunidad de insistir al General sobre el forzoso reconocimiento de los derechos de las mujeres. Tanto insistieron que, en 1924, vio la luz el Real Decreto según el cual el dictador otorgaba a las mujeres españolas el derecho a voto, si bien este nunca se llevó a cabo, fundamentalmente por haberse gestado en un sistema antidemocrático.

La acomodada situación económica que les otorgaba su condición de clase permitió que fueran mujeres instruidas y con posibilidades de viajar. Esta oportunidad les abrió el acceso a las tendencias de pensamiento que recorrían la Europa del momento, como el sufragismo, la masonería, el espiritismo o el librepensamiento. Además, a medida que avanzaban los años y se implantaba la modernidad en España, también iniciaron su periplo en las teorías neomalthusianas, higiénicas y eugenésicas y naturistas. Como ya se abordó en los capítulos iniciales de este estudio, las teorías racionalistas y científicas entraron por la puerta grande del pensamiento español durante los años veinte y treinta del pasado siglo, de la mano de numerosos intelectuales que habían estado en contacto con las mencionadas tesis en sus viajes por Europa. En la difusión de estas novedosas ideas jugó un papel fundamental la prensa periódica, que llegó incluso a divulgar publicaciones especializadas sobre la ciencia, los deportes, el naturismo o incluso el vegetarianismo. Entre ellas podemos destacar

Naturismo, Iniciales, la segunda época de *La Revista Blanca*²¹⁰ y, más tarde, *Aire Libre* o *Cultura Integral y Femenina*, en la que ya se incluye una nómina importante de redactoras.

La difusión de estas nuevas ideas al inicio del siglo XX coincide en el tiempo con el extraordinario crecimiento de la industria editorial de la prensa periódica en España. Con motivo de la carestía del papel de periódico durante la Primera Guerra Mundial, Nicolás de Urgoiti pronunciaba una conferencia en el Ateneo de Madrid sobre la situación de la empresa papelera en España. Según el director general de la Papelera Española, en España se editaban unos 300 periódicos diarios, con una tirada de 1.200.000 ejemplares²¹¹. Este aumento de las publicaciones se debe al ya mencionado incremento de las mejoras tecnológicas, al crecimiento del poder adquisitivo por parte de la sociedad burguesa y a la progresiva alfabetización de la sociedad española a principios de siglo. De 1900 a 1930, la tasa de varones que no sabían leer ni escribir se redujo un 23%²¹², si bien este índice se duplicaba en las mujeres. La brecha de género en el analfabetismo, sin embargo, no supuso un freno en el desarrollo de la prensa en España, puesto que el consumo de periódicos era patrimonio eminentemente masculino. En 1867 se funda la primera agencia de noticias española, y en 1895 la Asociación de Prensa de Madrid, que fue inaugurada por 173 directores de los periódicos del momento, entre los cuales sólo se encontraba una mujer, Jesusa Granda, colaboradora del diario *El Globo*²¹³.

La gran cantidad de titulares de periódicos a las puertas del siglo XX, así como los avances tecnológicos como el huecogrado para la inclusión de fotografías, hacen de la prensa algo más que un acicate informativo. Se trata del inicio de un fenómeno de masas que alcanza nuestros días: el periodismo de entretenimiento. Los suplementos dominicales y las revistas especializadas son el medio idóneo para la difusión de las ideas relacionadas con las nuevas teorías del conocimiento, el cientificismo y el racionalismo, el naturismo y el nuevo humanismo. Esta línea de pensamiento relacionada con el naturismo se origina a finales del

²¹⁰ Luisa Chierichetti, «La mujer en el vegetarianismo naturista en España: los inicios de la revista *Helios*», en Bernard y Rota, *op. cit.*, p. 70.

²¹¹ Juan Carlos Sánchez Illán, «La edición de periódicos y la empresa periodística», en Jesús A. Martínez (dir.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 412.

²¹² Díaz Nosty, *op. cit.*, p. 16.

²¹³ Asociación de la Prensa de Madrid, «Historia de la APM de 1895 a 1918». Disponible en <https://www.apmadrid.es/sobre-la-apm/historia-de-la-apm/1895-a-1918/>.

siglo XIX en Centroeuropa y en Norteamérica, como reacción a la creciente industrialización que degrada la especie humana y destruye el planeta. En el origen de esta corriente de pensamiento se encuentra la confianza en las leyes naturales, que siguen estando en la base de todas las cosas y que equiparan a todos los seres por igual, rechazando el falso progreso o la artificiosidad, que aparta al ser humano de todo lo natural, provocando los trastornos que se encuentran en el origen de todo conflicto bélico o epidemiológico²¹⁴. La propuesta naturista propone una regeneración física y moral de los individuos, que mejore por entero la sociedad en la que cohabitan y, por ende, la humanidad. En España, estas ideas «abarcan posturas que van desde un regeneracionismo nacionalista hasta la revolución social y el anarquismo»²¹⁵. En este sentido, la corriente de pensamiento que inundó las páginas de las revistas y las secciones sobre higiene y salud de las publicaciones periódicas tuvo una importancia trascendental en el contenido periodístico, puesto que fue el nexo de unión entre muchas corrientes de pensamiento: desde las revistas científicas, hasta las de higiene y maternidad, pasando por el periodismo deportivo y sus beneficios para la salud de los individuos, y la prensa libertaria.

La representación femenina en este tipo de publicaciones se produce desde vías distintas. Como objeto de muchos contenidos, especialmente en lo que respecta al correcto desarrollo de su salud física enfocado hacia la maternidad, pero también como redactoras, valorando sus propias experiencias con la actividad física o como activistas de estas ideas. También estas revistas son las encargadas de difundir las ideas de la diferencia de sexos propuestas por el doctor Gregorio Marañón, por lo que cualquier actividad física practicada por la mujer, o cualquier método de alimentación provechoso para su organismo, será introducido en las publicaciones como preceptiva, es decir, para su beneficio como cuerpo gestante pero también para su descendencia:

¡Dad vegetales a vuestros pequeñitos y esencialmente frutas, madres que queréis tanto a vuestros hijos! Pasada la época de la lactancia, que debe ser hecha con vuestros pechos, dado a los pequeñines frutas. Abandonad la feroz preocupación

²¹⁴ Josep Maria Rosselló, *La vuelta a la naturaleza. El pensamiento naturista hispano (1890-2000): naturismo libertario, trofología, vegetarianismo naturista, vegetarianismo social y librecultura*, Barcelona, Virus, 2003, p. 2.

²¹⁵ Chierichetti, art. cit., p. 68.

de que las frutas son perjudiciales. Las frutas alimentan. Débese vivir sólo de frutas²¹⁶.

Muchachas gimnastas, nadadoras, esgrimistas, jugadoras de gymkhana... vuestro es el porvenir; en vuestras manos rosadas, en vuestros bíceps poderosos, en vuestros ágiles, firmes, graciosos cuerpos, está el porvenir de la especie²¹⁷.

La evolución de esta concepción de la actividad física durante la Segunda República evolucionará enormemente, como veremos en las entrevistas que Luisa Carnés realiza para la revista deportiva *As* a artistas de distintas disciplinas que entrenan en deportes diversos. Lo interesante de estas publicaciones, además de que inauguraron un tipo de prensa específico como la prensa deportiva dentro del ámbito del entretenimiento, es que, a pesar de tratarse de revistas que poco o nada tienen que ver con la ideología o la política, abordan cuestiones candentes del momento, como la igualdad de derechos entre hombres y mujeres o el acceso de la mujer a determinados espacios que no le estaban permitidos tradicionalmente. La prensa de entretenimiento o de divulgación más o menos científica se estableció como un texto sagrado de muchas de las corrientes de pensamiento que circulaban por España a principios de los años veinte. La influencia que este tipo de periodismo ejerció sobre la sociedad española es innegable, puesto que la difusión de estas ideas encontró grandes adeptos o detractores. Las mujeres comenzaron a manifestar sus opiniones sobre todo lo expuesto en estas revistas, sumándose así al movimiento científico y racionalista con publicaciones específicamente femeninas como *Cultura Integral* y *Femenina*, o aplicándolas a su propia ideología a través de otros textos radicalmente distintos, algo que hicieron periodistas como Antonia Maymón en publicaciones como *La Revista Blanca* o *Mujeres Libres*.

De forma paralela al desarrollo masivo de la prensa escrita se produce, también en los años veinte, la aparición de la radio. Las primeras estaciones radiofónicas se situaron en Barcelona y Madrid, y su difusión fue en progresivo aumento desde 1924. La radio se convierte muy pronto en un medio idóneo para las mujeres, tanto en su papel de oyentes como en su incorporación en antena como locutoras. La programación de la radio en sus orígenes en España estaba, lógicamente, ligada al tipo de público que conformaba la audiencia. El aparato receptor de radio era caro, y además había que pagar una tasa por su

²¹⁶ *Helios*, 20, 1918, citado en Chierichetti, art. cit., p. 81.

²¹⁷ Anónimo, *Aire Libre*, 16 de junio de 1924, citado en Ivana Rota, «El bello sexo al *Aire Libre* (1923-1925): apuntes sobre la vuelta a la naturaleza y la imagen de la mujer en una revista deportiva», en Bernard y Rota (eds.), *op. cit.*, p. 295.

mantenimiento en los hogares. Por consiguiente, la audiencia radiofónica se reducía a familias con cierto poder adquisitivo, y desde luego, a individuos que pasaban tiempo en casa para escuchar la programación. Las mujeres burguesas se convierten rápidamente en las oyentes principales de la radio, cuando los propietarios de las emisoras se dan cuenta de que las ondas son el equivalente perfecto de una revista femenina. Por su parte, los publicistas piensan exactamente lo mismo, y se inician transmisiones habladas de lo que las mujeres estaban acostumbradas a leer en sus revistas de cabecera: consejos de belleza acompañados de anuncios de cosméticos, charlas sobre vestimenta con publicidad de casas de modas, críticas de literatura acompañadas de reclamos para los principales teatros de la ciudad, etc. Sin embargo, se produce un fenómeno inesperado en la retransmisión de la radio con las mujeres que se encuentran en casa, y es que también las criadas comienzan a escuchar lo que se transmite por la radio:

El universo femenino de oyentes de radio en esa época está compuesto, aparte de por las señoras pudientes, por sus criadas que sin saber leer encuentran en la radio una forma de enterarse de la moda, de los conciertos, etc. y de entretenerse con la música mientras trabajan en casa. La incorporación de clases populares a la audiencia radiofónica provoca, seguramente, que la radio varíe sus contenidos y que en esta época programe música popular y más bailable, sin alejarse del todo de la alta cultura²¹⁸.

Las emisoras tenían en plantilla a mujeres que se ocupaban de las tareas administrativas y financieras, siendo ellas las secretarias de los directivos y los técnicos. Las mujeres se incorporan como locutoras a la industria radiofónica en España principalmente como lectoras de publicidad femenina, puesto que nadie mejor que una mujer para convencer a otra de qué producto consumir. Las voces femeninas comienzan, por tanto, a ser un reclamo a medida que avanzan los años veinte, para compensar la gravedad de las voces masculinas que inundaban las emisiones de todas las transmisiones radiofónicas: «una bien timbrada voz femenina parece sonar mucho más grata, más acústicamente fiel al oído, por vía éter, que las graves y adustas sonoridades del órgano vocal masculino»²¹⁹. Al igual que sucedió con la incorporación de las telefonistas en la Compañía Telefónica Nacional, la búsqueda de voces femeninas se convierte en una oportunidad laboral para miles de mujeres.

²¹⁸ Silvia Espinosa i Mirabet, «En femenino y singular: la mujer en la radio española desde los “felices años veinte” hasta el final de la Guerra Civil», *Arenal*, 23, 1 (enero-junio de 2016), p. 13.

²¹⁹ *Ibid.*, p. 12.

Las mujeres encuentran su lugar en la radio a partir de programaciones muy específicas. Además de la publicidad, las mujeres llevaron a cabo espacios dedicados a la literatura, llenando un espacio que estaba vacío para las analfabetas. Una de las primeras mujeres que participó como locutora en un espacio semejante fue María Cinta Balagué, en Radio Barcelona, encargada de conducir un espacio propio denominado Sección Literaria Femenina²²⁰. Aunque no es hasta la llegada de la Segunda República cuando se producen cambios cuantitativos y cualitativos en la esfera radiofónica española. La regulación de las concesiones para la instalación de radios de carácter local amplía el número de emisoras radiofónicas en España, haciendo posible la instalación del sistema en pueblos o en ciudades de dimensión territorial mucho menor que Madrid o Barcelona. La llegada de la radio supone una oportunidad laboral para muchas mujeres de provincias, y en la década de 1930 un 36'9% de los puestos de locutor estaban ocupados por mujeres²²¹.

Las locutoras encargadas de las secciones femeninas se dedicaban a leer con una entonación muy determinada textos que habían sido previamente escritos, y la libertad de expresión estaba absolutamente vetada. No obstante, como medio de comunicación, la radio no era ajena a las polémicas feministas, y algunas mujeres utilizaron su espacio en las ondas para divulgar ciertas opiniones que sí estaban siendo plasmadas en la prensa escrita:

Aunque los prejuicios milenarios continúen privándonos de recibir una educación amplia y sólida, por impedirnos asistir a los centros culturales; aunque las costumbres absurdas sigan apartándonos de la vida activa, confiándonos al hogar, convertido así en cárcel; aunque las leyes injustas nos obliguen a ocupar un lugar secundario en el mundo consciente, las ondas redentoras, portadoras del aliento espiritual, llegarán de hoy en adelante hasta nosotras²²².

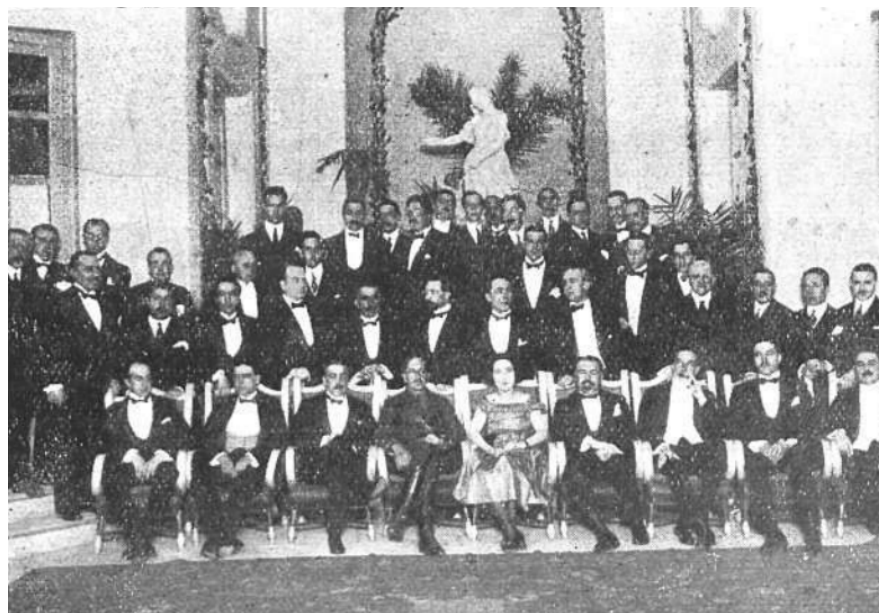
Teresa de Escoriaza puede ser considerada como una de las primeras profesionales del periodismo cuyo trabajo se corresponde con lo que hoy entendemos como corresponsal de guerra. Publicó extensas crónicas sobre la situación en Marruecos en el diario *La Libertad*, que en 1921 compiló en el libro *El dolor de la guerra: crónicas de la campaña de Marruecos*, obteniendo un gran éxito entre el público de la época. Su éxito como

²²⁰ *Ibid.*, p. 16.

²²¹ *Ibid.*, p. 24.

²²² Conferencia de Teresa Escoriaza en Radio Ibérica el 22 de mayo de 1924, recogido en Fátima Gil Gascón y Salvador Gómez García: «Al oído de las mujeres españolas. Las emisiones femeninas de Radio Nacional de España durante el primer franquismo», *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 16, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2010, p. 135.

corresponsal le valió un homenaje en el Hotel Ritz ofrecido por sus compañeros de *La Libertad*, y la convirtió en periodista independiente, sin necesidad de pasar por las secciones femeninas que otros periódicos destinaban a sus redactoras²²³.



Teresa de Escoriaza, en el centro de la fotografía, rodeada de sus compañeros del periódico *La Libertad*. La imagen refleja a la perfección el ambiente masculino que constituía las redacciones de los periódicos.

Fotografía de José Vidal. *La Hora*, I, 9, 21 de noviembre de 1921, p. 7.

A pesar de sus locuciones en la radio y su extensa participación en la prensa escrita del país, Teresa de Escoriaza pertenece a una corriente del feminismo que se aleja de las proclamas propagandistas y de otras intelectuales como las feministas librepensadoras y las sufragistas. Su particular visión del feminismo se enmarca dentro de sus vivencias en la ciudad de Nueva York, donde aprendió a ejercer la libertad sin necesidad de participar de ningún grupo o asociación. Fue muy crítica con la ineficacia de las organizaciones feministas españolas, y su pensamiento es más cercano a las posturas manifestadas por Emilia Pardo Bazán en su indiferencia ante la militancia feminista: «Yo escribo, y a veces escribo de cuestiones femeninas, pero si soy una feminista militante no lo soy por los artículos que abogando en pro de la causa de la mujer salen de mi pluma. Lo soy porque con esos y con los demás trabajos que mi pluma labora gano mi pan como cualquier hombre»²²⁴.

²²³ Díaz Nosty, Bernardo, *Voces de mujeres...*, op. cit., p. 309.

²²⁴ Teresa de Escoriaza, «Feminismo militante», *La Libertad*, VIII, 4577, 30 de marzo de 1926.

Las periodistas de la talla de Teresa de Escoriaza, que eran quienes tenían la oportunidad de acceder a puestos de cierta responsabilidad en las redacciones y emisoras, y quienes obtenían retribución económica por su trabajo, se encontraban muy alejadas de las necesidades de las mujeres proletarias, que si bien comenzaban a tomar conciencia de clase, todavía estaban necesitadas de recibir proclamas feministas que las ayudaran a reflexionar sobre su situación como obreras. Este vacío de información era vagamente cubierto por algunas de las militantes feministas católicas como María de Echarri; sin embargo, estaban muy lejos de convertirse en un verdadero referente para las obreras, que evidentemente no encontraban ninguna característica en común con las feministas católicas. En este sentido, las mujeres proletarias continuaban aferrándose a una religiosidad que no les proporcionaba ninguna respuesta; y aunque las proclamas de igualdad por parte de algunas de las feministas librepensadoras comenzaban a remover ciertas conciencias en las clases burguesas, las mujeres trabajadoras no asumían este mensaje fundamentalmente porque no tenían acceso a él. La minoría de mujeres que sabía leer y escribir no tenía capacidad económica suficiente para adquirir los ejemplares de los periódicos y las revistas donde se publicaban este tipo de textos.

Fue necesaria la creación de una prensa propia, en la que los obreros vieran reflejadas sus inquietudes y necesidades y no las de la clase burguesa; aunque en el panorama de la prensa proletaria la situación de la mujer no era mucho mejor, puesto que el analfabetismo inundaba los hogares de los barrios proletarios. Incapaces de acceder a la literatura ni a la prensa periódica, las mujeres trabajadoras se encontraban en un limbo de ignorancia que seguían transmitiendo de generación en generación, malviviendo en unas condiciones de inferioridad en sus espacios de trabajo y en completa sumisión ante la figura del marido. A pesar de que en los congresos sindicales y de partido ya se encontraba palpitando la cuestión femenina, en la práctica, la realidad de las mujeres proletarias españolas era ajena a todo ello.

La desigualdad entre las mujeres burguesas y de clase alta y las mujeres obreras comienza a ser insalvable a partir de los años treinta: mientras en revistas como *Cultura Integral* y *Femenina* se discurría sobre asuntos de elevado conocimiento científico y filosófico, las proletarias todavía no sabían ni leer. Con todo, y en contra de lo que promovían algunas intelectuales como Teresa de Escoriaza, sí eran necesarias las proclamas feministas para la adquisición de conciencia de género en las mujeres obreras. Esta necesidad fue

entendida muy pronto por una minoría de mujeres trabajadoras que tuvo acceso a una formación elemental, y por este motivo muchas de las mujeres sindicadas o pertenecientes a un partido dedicaron todos sus esfuerzos a la difusión de ideas feministas entre las mujeres obreras. Socialistas como María Cambrils, comunistas como Luisa Carnés o anarquistas como Lucía Sánchez Saornil fueron muy vehementes a la hora de enfocar la dramática situación de los trabajadores desde una perspectiva de género, siempre incidiendo en la problemática social aplicada a las mujeres proletarias.

El obrerismo internacional asumía la inutilidad de la movilización específica de las mujeres, entendiendo que el proceso revolucionario de liberación de las clases populares supondría su inmediata emancipación junto con sus compañeros varones. Era consciente de que debía integrar a la mujer en la lucha para la consecución de sus intereses, si bien apartando en todo momento la cuestión femenina de su ideario principal. Por tanto, se fomentó la movilización y la organización de las mujeres proletarias, a través de la convocatoria de huelgas y manifestaciones, pero siempre bajo el ideario común. En este contexto de obrerismo patriarcal, una de las primeras voces femeninas que sobresalieron en defensa de la lucha específica de la mujer por motivos de género fue Teresa Claramunt, cuya participación en la prensa se remonta a finales del siglo XIX. A pesar de la lucidez que demostró al intentar aunar fuerzas con las feministas librepensadoras —participó en la creación de entidades como la Sociedad Autónoma de Mujeres de Ángeles López de Ayala y Amalia Domingo Soler²²⁵—, sus esfuerzos fueron tristemente ignorados y, peor aún, fueron motivo de marginación por parte de los grupos ácratas del país:

Algunas mujeres, entre las que sobresale Teresa Claramunt, tenían un proyecto diferente cuya genealogía procedía de la tradición del obrerismo feminista francés de las utópicas y visionarias, vinculadas al saintsimonismo y el fourierismo. Estas visionarias y luchadoras buscaban proyectos alternativos de vida que cuestionaban las restricciones sociales impuestas sobre las mujeres [...]. Estos planteamientos conducían inexorablemente a la necesidad de organizaciones específicamente femeninas²²⁶.

²²⁵ Díaz Nosty, *op. cit.*, p. 137.

²²⁶ Laura Vicente Villanueva, «Teresa Claramunt, memoria y biografía de una heterodoxa», *Arenal*, 12, 2 (julio-diciembre de 2005), p. 291.

Muchos de estos planteamientos se encuentran en los artículos de Teresa Claramunt, que confluyen en una especie de colofón final en su folleto «La mujer», publicado en 1905 en uno de los periódicos que ella misma fundó y dirigió, *El Productor*:

La principal causa del atraso de la mujer está en el absurdo principio de la superioridad que el hombre se atribuye. Sobre esta base falsa constituyóse la sociedad actual; y, por tanto, los resultados forzosamente tenían que ser contrarios a todo bien común. Este falso y perjudicial principio de la desigualdad ha venido imperando hasta nuestros días, extendiéndose hasta caer en el vergonzoso extremo de dividirse los hombres en clases y subdividirse éstas hasta el infinito, por la separación que crea el torpe afán de excederse cada uno a los demás²²⁷.

La visión de Claramunt se orientó hacia la opresión del patriarcado sobre la mujer, en una época todavía muy temprana para este tipo de consideraciones. De ahí que una anarquista como Teresa Mañé considere que «Teresa Claramunt ha sido en su juventud la única mujer verdaderamente revolucionaria que hubo en España»²²⁸. El legado de Claramunt ha sido crucial para las feministas ácratas que vinieron después, asociadas en Mujeres Libres, que orientaron sus reivindicaciones hacia la perspectiva de género y que asumieron su condición de mujeres como una herramienta más de la opresión capitalista. A pesar de que el anarquismo fue una de las pocas ideologías que entendió las múltiples causas de la discriminación femenina, la teoría y la praxis estaban muy lejos de coincidir en la realidad cotidiana de las mujeres. De este descontento surge la agrupación de mujeres anarcosindicalistas, que entendían que la única manera de acercarse al feminismo era a través del anarquismo, si bien veían claramente cómo sus compañeros de lucha las marginaban constantemente y les impedían acceder a la misma esfera de confrontación que ellos: «He visto muchos hogares, no ya de simples confederados, sino de anarquistas, regidos por las más puras normas feudales. ¿De qué servirán, pues, los mítines, las conferencias, los cursillos, toda la gama de la propaganda, si no son vuestras compañeras, las mujeres de vuestra casa las que han de acudir a ellos? ¿A qué mujeres os referís entonces?»²²⁹.

²²⁷ Teresa Claramunt, «La mujer. Consideraciones sobre su estado ante las prerrogativas del hombre», recogido en María Amalia Pradas Baena, *Teresa Claramunt. La virgen roja barcelonesa*, Barcelona, Virus Editorial, 2006, p. 211.

²²⁸ Soledad Gustavo, «Teresa Claramunt», *La Revista Blanca*, IX, 2ª época, 191, 1 de mayo de 1931.

²²⁹ Lucía Sánchez Saornil, «La cuestión femenina en nuestros medios», *Solidaridad Obrera*, VI, época VI, 1075, 26 de septiembre de 1935.

La orientación de las reivindicaciones feministas de las mujeres anarquistas se dirige exclusivamente a la clase obrera. Los objetivos de la Agrupación y de la revista son claramente didácticos, con la finalidad expresa de educar y formar a las mujeres para que participaran de la lucha contra la opresión capitalista. En realidad, las fundadoras de Mujeres Libres aplican con extremo rigor la ideología anarquista, que defiende al individuo y su legítimo derecho a desarrollarse y educarse en pro de la colectividad. Para ellas, las tareas de organización de las mujeres pasaban ineludiblemente por el compromiso con su formación: «El destinatario [de la revista], poco instruido, sometido al poder patriarcal, aun en ambientes anarquistas, planteaba problemas de comunicación que las redactoras resolvieron a través de una extrema claridad en la exposición de las ideas, logrando mantener, sin embargo, un nivel elevado del discurso²³⁰».

Las fundadoras optan por la captación de las mujeres a través de artículos de contenido social y político, científico y médico y de arte y literatura. Sin embargo, la estrategia de difusión de las ideas anarcofeministas se centra en un lenguaje edulcorado y plagado de emotividad, con el objetivo de despertar la sensibilidad de las mujeres poco instruidas, como refleja este ejemplo sobre la calidez del recién nacido para la concienciación de la importancia de los cuidados en la neonatología: «El niño sano es una lámpara maravillosa y transparente que deja ver el resplandor hermoso de su luz interior. Ese color delicado de la piel, esa finura del cabello, esa placidez del sueño, esa dulzura y amor de la mirada, no son sino rayos filtrados y esparcidos de la llama vital que arde y arde en sus entrañas calientes y jóvenes»²³¹. En esta misma dirección se orientan las secciones sobre moda y maquillaje. En la línea editorial de la revista prima la sobriedad y la sencillez sobre el artificio estético:

En nuestro país produce tristeza entrar en las tiendas y ver que las mujeres de clases acomodadas, por una gimnasia educativa del gusto, compran, con el mejor acierto, las telas más bonitas y las más baratas, mientras que mujeres obreras, a costa de enorme sacrificio, se llevan las más caras, las más relucientes, generalmente, sedas, las francamente feas, y desde luego, nada prácticas. Nosotras debemos cultivarnos para sustituir la sumisión a “lo que se lleva” por un sentido

²³⁰ Margherita Bernard, «Mujeres libres: estrategias comunicativas entre propaganda y cultura», en Bernard y Rota, *op. cit.*, p. 22.

²³¹ Amparo Poch y Gascón, «El niño sano», *Mujeres Libres*, II, 1937. Disponible en: <https://cgt.org.es/revista-mujeres-libres/>.

racional que integra la conjugación de estos dos elementos: lo práctico y lo estético²³².

En cualquier caso, todas estas frívolas directrices se introducen en medio de ensayos que abordan temas candentes en torno a la cuestión femenina. Desde una perspectiva alejada del feminismo, que consideraban una moda burguesa —«¡Bah! El feminismo lo mató la guerra dando a la mujer más de lo que pedía»²³³—, las mujeres miembros de la Agrupación analizan la situación femenina en relación con la maternidad, que demandan responsable y voluntaria, o la prostitución, abogando por su abolición. En este sentido, Mujeres Libres se convierte en el auténtico baluarte del feminismo obrero, que llegaría a contar con unas 20.000 afiliadas²³⁴, estableciéndose como asociación independiente de los sindicatos anarquistas.



Cartel propagandista de la Agrupación, que promueve la liberación de la mujer a través de la formación y la educación²³⁵.

²³² Editorial, «Estética del vestir», *Mujeres Libres*, I, 1936. Disponible en: <https://cgt.org.es/revista-mujeres-libres/>.

²³³ Editorial, *Mujeres Libres*, I, 1936. Disponible en: <https://cgt.org.es/revista-mujeres-libres/>.

²³⁴ Margherita Bernard, art. cit., p. 16.

²³⁵ Disponible en: <https://info.nodo50.org/Mujeres-revolucionarias-y.html>.

La Agrupación señala la opresión de la mujer obrera en sus frentes más comunes: la ignorancia, la producción y la casa. Para defender su liberación, Mujeres Libres realizó una serie de acciones pedagógicas que consistieron en la impartición de cursos, conferencias o charlas que activaban la conciencia de género y de clase de sus compañeras, para la consecución del objetivo final: la cohesión de las mujeres y los hombres en términos de igualdad en la edificación de la nueva sociedad revolucionaria. El mismo objetivo compartió la revista durante los 13 números que salieron de imprenta desde 1936 hasta 1938.

La cuestión del feminismo para las mujeres socialistas es un poco más compleja. No hay una rama del socialismo que aborde directamente la situación de las mujeres obreras, por lo que las perspectivas son muy diversas entre sus filas. Entre los compañeros varones el panorama era exactamente el mismo que en el resto del obrerismo internacional: propugnaban valores de igualdad entre hombres y mujeres, pero en la práctica muchos divergían de la versión oficial y las reservas en cuanto a la presencia de mujeres en los actos de partido eran grandes, como demuestra el conocido artículo del socialista Luis Pereira, que en 1910 todavía publicaba algo llamado «¿Quién nos coserá los calcetines?»²³⁶, como ataque a la formación intelectual de la mujer y defensa de la feminidad doméstica. Acertadamente contestado por la socialista feminista Micaela Chalmeta en un artículo titulado «Cómo se arreglará lo de los calcetines»²³⁷, la polémica ilustra claramente cuál era la posición del socialismo ante el debate feminista: un conglomerado de opiniones que, en general, apostaban por un feminismo social²³⁸ y moderado que se reducía a la educación femenina — y doméstica—, la valoración de la maternidad social y el trabajo remunerado. En este sentido, la ideología socialista del primer tercio del siglo XX reproducía el discurso hegemónico sobre género, perpetrando la desigualdad social femenina ante la estructura patriarcal del partido:

En el desarrollo de este proceso identitario y discursivo, la cultura socialista comparte posiciones y discursos de género ambivalentes, distintos, y a menudo paradójicos. Discursos que en muchos casos participaban del sistema de género establecido, sin cuestionarlo ni en la sociedad ni en el sí de la propia organización

²³⁶ Luis Pereira, «¿Quién nos coserá los calcetines?», *El Socialista*, XXV, 1259, 1 de mayo de 1910.

²³⁷ Amparo Martí, «Cómo se arreglará lo de los calcetines», *Vida Socialista*, 20, 15 de mayo de 1910.

²³⁸ Mary Nash, *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Alianza, Madrid, 2004, p. 136.

política. Y discursos formulados, obviamente, tanto por «sus mujeres» como «sus hombres»²³⁹.

Por ello la militancia socialista siempre estuvo apartada del feminismo. Es decir, la especificidad del problema femenino derivaba consecuentemente en una autonomía de la propaganda feminista, al igual que sucedió con el anarquismo. De igual forma, el socialismo contemplaba que la revolución socialista comportaría inmediatamente la solución al problema de la explotación de las mujeres. Por tanto, las mujeres socialistas feministas se vieron obligadas a crear asociaciones y agrupaciones complementarias que integraran en la política activa del partido a las mujeres trabajadoras. Como venía siendo habitual, estas sociedades inauguraron también determinadas secciones feministas en las revistas del partido, como las «Páginas Feministas» del semanario *Vida socialista*, relacionadas con el Grup Femení Socialista de Barcelona, fundado en 1911 por la citada Micaela Chalmeta. Dentro del socialismo hubo de gestarse igualmente una corriente feminista que progresivamente fue siendo más incontestable, y cuyos miembros iban a ir uniendo su conciencia de clase a su conciencia de género:

Se puede afirmar, por tanto, que en el proceso de construcción de las identidades femeninas las mujeres resignificaron sus acciones desde los lenguajes presentes en su cultura política. Desde su específica reapropiación o relectura articularon sus intereses. Dieron respuesta a una determinada configuración histórica de las identidades de género, vinculadas a prácticas políticas y sociales de las mujeres como madres, como ciudadanas y como trabajadoras²⁴⁰.

La adquisición de su conciencia como mujeres trabajadoras derivó en un nuevo orden de prioridades para las feministas socialistas. A medida que avanzaba el siglo XX, mujeres como María Lejárraga, Margarita Nelken o María Cambrils, por citar tres nombres sobradamente conocidos, fueron introduciendo demandas feministas como la igualdad legal y jurídica entre hombres y mujeres, la reforma del Código Civil, el divorcio, la igualdad salarial, la investigación sobre la paternidad y el debate sobre el sufragio femenino. Propuestas todas ellas de un carácter marcadamente reformista, que partía de la situación real de las mujeres obreras para la consecución de sus derechos. En definitiva, se va produciendo un «despertar femenino» dentro de la corriente de pensamiento socialista —y obrerista, en

²³⁹ Anna Aguado, «Dones, socialisme i democràcia en l'Espanya del primer terç del segle XX», en David Ginard (coord.), *Dona i lluita democràtica al segle XX*, Edicions Documenta Balear, Palma, 2012, p. 92. La traducción es mía.

²⁴⁰ *Ibid.*, p. 96. La traducción es mía.

general— que fomenta el nacimiento de muchas asociaciones y sociedades adscritas tanto al socialismo como a los sindicatos, que se convierten en baluarte de actuación para las feministas desde los primeros años veinte hasta el devenir de la Segunda República.

A diferencia del marxismo comunista, en el que primará la conciencia de clase por encima de las reivindicaciones de género, el anarquismo y el socialismo abrazarán el feminismo, si bien lo harán desde la independencia de las reivindicaciones principales y las prioridades de la agenda ideológica. Aunque ambas corrientes obreristas plasmarán las reivindicaciones feministas desde la especificidad de las demandas de las mujeres obreras, es decir, siempre desde la conciencia de clase:

Las grandes damas no pueden sentir el feminismo, porque éste se condensa en ansias de reivindicación de derechos detentados. ¿Sienten las señoras como las sufridas hijas del pueblo, como las de la llamada clase media, los dolorosos latigazos de la privación y del menosprecio? No; viven reverenciadas por todos los hombres, sin experimentar ninguno de los sufrimientos reservados por la desigualdad para las mujeres que no conocen los mimos ofrendados insinceramente a los dorados blasones nobiliarios²⁴¹.

Una de las primeras activistas por la inclusión del feminismo en el ideario socialista fue María Cambrils. De las pocas firmas femeninas incluidas en *El Socialista*, Cambrils abogó siempre por la emancipación de las mujeres desde una óptica socialista, diferenciando vehementemente entre el «falso» feminismo burgués y las reivindicaciones de las mujeres obreras. Desde la tribuna que le ofrecía su presencia en el semanario socialista, Cambrils apeló a la sensibilidad de sus compañeros varones para la defensa de los derechos de las mujeres:

Estos están conformes en que las obreras trabajen como operarias de fábrica, agricultoras, mineras, sirvientas y lavanderas; pero no así cuando se trata de mujeres autodidactas, fuertes, enérgicas y emprendedoras. En este caso nada de tolerancias con la mujer: guerra al feminismo, al Socialismo y a toda ideología que pretenda socabar los basamentos del régimen de las desigualdades económica y legal que a ellos les permite ser directores de la cosa pública, siquiera la dirijan torpemente que produzcan el desconcierto en los pueblos que padecen la pericia de su dirección exclusiva²⁴².

²⁴¹ María Cambrils, «Feminismo aristocrático», *El Socialista*, XL, 5136, 26 de julio de 1925.

²⁴² Rosa Solbes López, Ana Aguado y Joan-Miquel Almela, *María Cambrils: el despertar del feminismo socialista: biografía, textos y contextos (1877-1939)*, Valencia, Universitat de València, 2015, p. 35.

La enorme lucidez y modernidad del pensamiento feminista de María Cambrils se demuestra en su análisis sobre las causas históricas, sociales y culturales de la subordinación femenina y del poder patriarcal, así como en el pronto posicionamiento a favor del sufragio femenino:

Otros titulados republicanos, que simulan admitir el lema democrático de la igualdad, sostienen que la mujer electora emitirá su voto a favor de los candidatos retardatarios por estar sometida a la Iglesia. Tal supuesto es una insidia, si no una injuria, de la que protestamos en nombre de todas las mujeres españolas de significación liberal²⁴³.

La postura de otras mujeres socialistas y, por lo demás, eminentemente feministas, como Margarita Nelken, fue radicalmente distinta en cuanto a la concesión del voto a las mujeres: «No hay una sola mujer española, católica practicante, es decir, una sola mujer que se confiese, que no haya sido interrogada por su confesor acerca de sus ideas políticas y acerca de la inclinación que ha de darles y que ha de procurar dar a las de cuantos le rodean»²⁴⁴. Una razón, en realidad, nada infundada teniendo en cuenta la alarmante cifra de analfabetismo entre la población femenina, así como su situación general tanto en sus hogares como en sus puestos de trabajo. Un motivo, sin embargo, que entraba en contradicción con el hecho general de que las mujeres pudieran ser elegidas como cargos públicos, particularmente en el caso de Margarita Nelken, diputada del PSOE por Badajoz en 1931. Esa misma elección le valió el puesto como redactora en el periódico *El Socialista*, con la sección «Desde el escaño», donde publicó un buen número de crónicas parlamentarias desde la más astuta ironía:

Así como en la Gran Guerra hubo, según dicen, ejército que lanzó microbios de enfermedades infecciosas sobre su contrario, los agrarios se traen al Congreso el microbio de la enfermedad del sueño. ¡Arma terrible! Afortunadamente, cuando el sacristán que hoy la esgrimía se hallaba a punto de ser dueño absoluto del terreno; cuando ya sólo permanecía despierto algún que otro diputado que, por lo visto, se había echado la gran siesta antes de venir, el presidente agitó una campanilla de S.O.S y logró, un día más, conjurar el peligro²⁴⁵.

²⁴³ María Cambrils, «El voto femenino», *El Popular (Órgano de la Agrupación Socialista Gandiense)*, 26 de octubre de 1933.

²⁴⁴ Margarita Nelken, *La mujer ante las Cortes Constituyentes*, Madrid, Castro, 1931, p. 21.

²⁴⁵ Margarita Nelken, «El sonido dramático de los números», *El Socialista*, XLVI, 7016, 5 de agosto de 1931.

Hasta aquí el recorrido por la labor periodística de las mujeres que desde finales del siglo XIX hasta la llegada de la Segunda República protagonizan la evolución de la prensa femenina a la feminista. Es evidente que la nómina de periodistas es infinitamente superior, si bien lo que se ha procurado en esta breve relación de mujeres escritoras en prensa es ilustrar las tendencias de prensa femenina y feminista que tuvieron lugar desde los albores del siglo XX. Tanto los textos relacionados con la polémica sobre la cuestión femenina en el periodo de entre siglos, como las demandas de sus derechos en los primeros años del siglo XX, fueron escritos por muchas mujeres que, desde una u otra perspectiva, se atrevieron a analizar las aristas de su identidad femenina. La evolución del concepto mismo de mujer pasa por el autoconocimiento que estas mujeres experimentan al hablar de sí mismas como sujetos; es decir, la regeneración de lo femenino a lo feminista se produce desde la toma de conciencia de género hasta la reivindicación de la igualdad entre hombres y mujeres. Desde esta autoconcepción como miembros de la sociedad se producen las reivindicaciones específicas de las mujeres trabajadoras, que se abordarán en las legislaciones promulgadas por la Segunda República. La prensa feminista española pasa ineludiblemente por la prensa política, si bien ambas confluyen en la literatura del periodismo durante los primeros años del siglo XX.



Portada de ABC del 1 de octubre de 1933²⁴⁶, cuando las mujeres españolas votaron por primera vez.

²⁴⁶ Extraída del Archivo de ABC, XXIX, 1 de octubre de 1933. Disponible en <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19331121-1.html>

4.2. Las periodistas de la Segunda República

Desde los años veinte hasta la llegada de la Segunda República, el periodismo español inaugura una época de bonanza auspiciado por la inclusión de nuevas tecnologías y nuevas tendencias periodísticas que promueven la creación de una nueva cultura de prensa: el periodismo de entretenimiento y las publicaciones especializadas. La introducción de la imagen como nueva estrategia comunicativa, hecho que guardaba una relación específica con el elevado nivel de analfabetismo del público receptor, se convirtió en todo un reclamo para la audiencia general, conformando un nuevo modelo de periódicos y revistas que alcanzaron su mayor cota de éxito durante los años treinta. La consolidación de la prensa como patrimonio cultural popular se produce precisamente en estos años, cuando los periódicos y las revistas por fin se vuelven accesibles para un público para el que habían estado tradicionalmente vetados. Por otro lado, además, la inclusión en sus redacciones de periodistas de todos los géneros y extracciones sociales propició un acercamiento de la prensa escrita a las clases populares que nunca antes había experimentado.

Sin embargo, la introducción de la fotografía encareció las publicaciones. Una revista de marcado contenido popular como *Estampa* o *Mundo Gráfico* costaba, en 1931, 30 céntimos; pero una publicación larga como *La Esfera*, plagada de fotografías y reproducciones gráficas costaba el elevadísimo precio de 1 peseta.



Portada de la revista *La Esfera* del 10 de enero de 1931²⁴⁷, en cuya esquina inferior derecha se indica el precio de 1 peseta. La publicación contaba con 49 páginas eminentemente gráficas, a todo color y con escaso cuerpo textual.

²⁴⁷ *La Esfera*, XVIII, 888, 10 de enero de 1931.

La proliferación de revistas y periódicos de este tipo alcanzó un éxito inusitado entre las clases medias y populares durante los años veinte y treinta. El público lector comenzaba a concebir la prensa no sólo como un medio de información sobre sucesos o acontecimientos sociopolíticos, sino como un recurso de entretenimiento y, además, como un medio válido de adquisición de cierto conocimiento artístico y literario. Así pues, la prensa gráfica, cuyos contenidos transitaban entre la actualidad y la mera distracción, se convierte en uno de los mayores reclamos del público lector, engendrando toda una macroestructura de mercado no sólo editorial, también publicitario, y difundiendo modelos de conducta para los nuevos individuos miembros de la moderna sociedad española de los años treinta. El colectivo femenino empieza a introducirse en el ámbito periodístico español desde múltiples ángulos: la fuerza que cobra la prensa gráfica y de entretenimiento, junto con la cada vez mayor presencia de mujeres periodistas, propicia un tipo de publicaciones que, sin ser específicamente femeninas, incorporan a las mujeres como parte indisoluble de su audiencia receptora: «La prensa rediseñó su contenido para que las mujeres tuvieran más protagonismo del que hasta entonces se les había dado. Ahora, el colectivo femenino, siendo más de la mitad de la población, se había convertido en una poderosa arma electoral, por lo que, las publicaciones intentaron reconducir su atención hacia sus propios intereses»²⁴⁸.

Esta integración de las mujeres como lectoras de prensa gráfica queda representada en el análisis de la publicidad de estas publicaciones. Parte imprescindible del mercado editorial, la publicidad intentó por todos los medios cubrir un espacio, que hasta entonces había sido exclusivamente masculino, a partir de anuncios que contribuían a definir los modelos tradicionales de feminidad y masculinidad. Los reclamos publicitarios estaban diferenciados entre productos femeninos y masculinos, y su iconografía era radicalmente distinta: mientras que los productos cosméticos femeninos se encontraban ampliamente explicados y dirigidos específicamente a «señoras», «lectoras» o «mujeres», los productos eminentemente masculinos como la maquinaria de todo tipo —automóviles, gramófonos o incluso bombillas—, eran parcos en su descripción y no tenían destinatario concreto. La publicidad contribuyó a consolidar los estereotipos de feminidad y masculinidad a partir de la publicación de anuncios que reproducían los roles de las mujeres y de los hombres y que se encontraban claramente diferenciados. Los productos para la mejora de la salud, los nervios y el estrés

²⁴⁸ Luengo López, art. cit., p. 132.

estaban destinados a hombres fuertes, independientes y trabajadores; mientras que los productos cosméticos estaban siempre destinados a mujeres cuyo único objetivo era el de gustar a esos hombres.



Divir feliz

La vida feliz la constituyen los negocios, los placeres de las horas libres, nuestro deporte o juego predilecto, cines, teatros, etc. Estando cansados o sufriendo cualquier dolor, no se puede vivir feliz. Acuérdesse, pues, de que, tomando dos tabletas de CAFEASPIRINA, a los pocos instantes le librarán del dolor, devolviéndole su acostumbrado bienestar.

Anuncio de Bayer para el alivio de los dolores de cabeza y la mejora del bienestar que proporcionan «los negocios, los placeres de las horas libres, nuestro deporte o juego predilecto». Claramente dirigido a un comprador masculino.

Estampa, VII, 315, 20 de enero de 1934.



El adora..

la suavidad aterciopelada de sus blancas manos de mujer...

EMPLEE a diario la Crema de Miel y Almendras Hinds a fin de conservar siempre sus manos suaves, blancas, sus dedos tersos y la piel clara y transparente como una fina porcelana...

Por las noches al acostarse, cada mañana al levantarse y durante el día siempre que se lave las manos -después que éstas hayan efectuado labores que puedan perjudicar su piel- una ligera fricción de Crema Hinds las preservará de rojeces, grietas y asperezas...

Compre hoy mismo un frasco de Crema Hinds y úselo a diario para conservar sus manos siempre suaves y blancas. Concesionario: Federico Bonet, Apartado 501, Madrid.

Crema HINDS
DE MIEL Y ALMENDRAS

Precio del frasco: 6 pesetas (timbre aparte)

Anuncio de Crema Hinds para «unas manos siempre suaves y blancas», que el hombre adorará. Incluso en un anuncio de un producto para mujeres, el hombre es el protagonista de la estrategia de captación.

Estampa, VII, 315, 20 de enero de 1934.

A medida que avanzaban los años treinta, los anuncios publicitarios fueron adaptándose a la modernidad e incluyendo entre las páginas de los periódicos y las revistas productos unisex, por lo que la apelación al sexo de los posibles compradores se fue eliminando de las publicaciones publicitarias:

Esta curiosa democratización de las prendas y del aseo nos lleva a comprobar cómo, si ya de por sí al salir de las barberías las mujeres modernas olían a colonia de hombre, al untarse el cabello con brillantina con el fin de conseguir una imagen todavía más varonil, su aspecto femenino era prácticamente irreconocible. Este mismo fenómeno se repetiría con los «señoritos bien» cuando empezaran a adquirir la costumbre de ponerse perfume encima, un hábito que hasta el momento sólo se atribuía a las mujeres²⁴⁹.

Las mujeres comenzaron a adoptar hábitos masculinos como un modo de anular los modelos tradicionales de feminidad, que las habían ubicado en la esfera privada de la sociedad y que las contemplaban únicamente como esposas y madres. En realidad, la integración de la mujer en la sociedad moderna de los años veinte no es tal, puesto que se ve obligada a adquirir los modelos de conducta masculinos para legitimar sus acciones. No obstante, a medida que avanza el siglo y se produce la entrada en los años treinta, la conciencia va calando en la mentalidad femenina, gracias a la modernidad social que la Segunda República y la concesión del voto femenino habían aportado a la sociedad española. En este sentido, se amplió el espectro de modelos de mujer desde el ama de casa hasta la prostituta de la calle, y ello se dejó entrever también en la publicidad, que oscilaba entre los anuncios de electrodomésticos, productos de limpieza y saborizantes para la comida y los mataladillas o clínicas contra enfermedades venéreas.

En definitiva, todo un aparato publicitario que se ponía al servicio de las mujeres nuevas, rebeldes y modernas, en comunión con su sexualidad o, por el contrario, de las beatas, aferradas a su faceta tradicional de ángeles del hogar. Una galería de «tipos de mujeres» donde se podía elegir el disfraz a través de la artificial estrategia de la publicidad, lo que creó toda una serie de necesidades que las mujeres consideraron como indispensables para su vida cotidiana, legitimando una vez más la clasificación femenina en estereotipos de ángel o demonio. Una frivolidad que criticará Luisa Carnés como fuente de la ignorancia que lanza a las muchachas jóvenes a la despreocupación total por los temas que acontecen: «¡Uy,

²⁴⁹ Luengo López, art. cit., p. 125.

lectora de novelas blancas, detenida, colgada hace veinte años del aro rosa de un segundo bobo! A través de tus gafas impecables, ¿no ves correr la sangre de Oriente y Occidente?»²⁵⁰.

El contenido de las publicaciones de algunas periodistas, como Luisa Carnés, quería fomentar otro tipo de consumo de periódicos y revistas que no fuera el puramente referencial para las chicas jóvenes. Su integración en los medios de tirada nacional no fue tarea sencilla, principalmente por el convencimiento generalizado entre la opinión pública sobre la mayor veracidad de los artículos masculinos que cualquier otro texto redactado por una mujer²⁵¹. Con la llegada de los años veinte y treinta, no obstante, se puso a su disposición una herramienta que contribuyó enormemente a la legitimación de su trabajo como periodistas: la fotografía. La progresiva proliferación de la ilustración en los medios de comunicación supuso la creciente utilización de la fotografía en prensa, un instrumento más de captación de lectores, pero también un mecanismo de efectividad para el criterio de objetividad: la fotografía demostraba instantáneamente lo que el texto explicaba. Paulatinamente se fueron introduciendo un buen número de fotografías en todos los artículos y reportajes de las publicaciones, que mostraban al personaje entrevistado, la localización del encuentro, etc., y todo ello dio lugar al surgimiento del fotoperiodismo, un nuevo modo de prensa escrita que promovía una estrecha colaboración entre redactor y fotógrafo. Las fotos en prensa, además de haber contribuido a mitigar las consecuencias históricas de la invisibilidad femenina en la sociedad patriarcal de los años treinta, sostuvieron el trabajo periodístico de mujeres que encontraron en ellas la herramienta perfecta para la demostración de la igualdad entre su labor y la de sus compañeros.

²⁵⁰ Carnés, *Tea Rooms*, *op. cit.*, p. 23.

²⁵¹ Luengo López, *art. cit.*, p. 113.



L u i s a C a r n é s
entrevistando a la
madre de un niño
desaparecido, para
la redacción de un
artículo sobre los
menores que
escapan de
provincias.

Luisa Carnés, «Por qué se escapan de sus casas los menores de quince años».
Estampa, VII, 351, 29 de septiembre de 1934.

La presencia de las mujeres en las redacciones de las revistas gráficas y los periódicos durante la Segunda República evolucionó desde la función de informar sobre temas banales y frívolos, para entretener a un público exclusivamente femenino, hasta la producción de reportajes que ahondaban en temas sociales, en los que ellas tenían un papel protagonista. Este desarrollo en su oficio creció enormemente desde 1934 hasta 1936, llegando a aproximarse a la nada menospreciable cantidad de una colaboración semanal en diversas publicaciones del momento, y obteniendo la posibilidad, por tanto, de vivir de su trabajo como periodistas. La gran mayoría de ellas pasaron a constituir un colectivo de mujeres intelectuales que participaban en movimientos de vanguardia desde 1930, que se posicionaban a favor de la igualdad jurídica entre hombres y mujeres y que respaldaron, llegado el momento, la legalidad republicana.

Este grupo de mujeres fue adquiriendo un notable protagonismo en la sociedad de los años treinta, vinculado fundamentalmente a la lucha por la mejora de sus derechos sociales, políticos y laborales, y participaba activamente en la acción cultural y en la vida política y sindical. En general, ejercían profesiones liberales, escribían en prensa y publicaban obras sobre temática femenina, agrupándose también, como hemos visto, en organizaciones específicamente femeninas. Algunas de estas mujeres alcanzaron cotas de éxito y ocuparon puestos de responsabilidad en el ámbito político, como las diputadas Victoria Kent, Clara Campoamor, las citadas Margarita Nelken y María Lejárraga, o Dolores Ibárruri. Otras,

ejercieron labores de enseñanza y judicatura, como María de Maeztu, Matilde Huici, o Hildegart Rodríguez. Algunas de ellas destacaron por su talento artístico, como Maruja Mallo, Remedios Varo, Margarita Xirgu o Ángeles Santos. Y otras ejercieron su libertad a través de la influencia de su voz en prensa, como Josefina Carabias, Irene Falcón, Carmen Eva Nelken, Rosa Arciniega, Luisa Carnés y muchas otras.

Sin embargo, quizá el triángulo que más interesa rescatar en estas líneas, simplemente por tratarse de tres periodistas que realizaron trabajos muy similares en las mismas publicaciones, sea el formado por Carabias-Nelken-Carnés. Tres reporteras cuya línea de redacción fue siempre la del reportaje de inmersión —los «reportajes vividos», como llamaba Magda Donato a los publicados en *Ahora*—, y las entrevistas a hombres y mujeres de prestigio, pero también a personas de fama relativa. También tres periodistas que se inspiraron mutuamente y que inspiraron a otras escritoras, especialmente Carabias y Nelken a Carnés, quien, habiendo coincidido con ellas en otras publicaciones, tomó el relevo de Carabias en *Estampa* cuando ésta se incorporó a *Crónica*, en el año 1934²⁵². Las tres consolidaron su oficio de periodistas durante la Segunda República, alcanzando una gran popularidad gracias al buen número de artículos y reportajes que publicaron en diferentes medios. Además, a medida que avanzaba la República y especialmente cuando estalló la Guerra Civil, estas periodistas fueron introduciendo en sus publicaciones temas que abordaban la incorporación de la mujer a la política, al trabajo, a la cultura o a la educación, pero también aspectos importantes de la vida social española como la miseria y la atención a los desvalidos, la crisis derivada de la falta de empleo o la difícil situación de las familias en el ámbito rural.

La pionera en los reportajes de inmersión que las tres periodistas cultivaron fue Carmen Eva Nelken, bajo el pseudónimo de Magda Donato la mayoría de las veces. Esta reportera escribió reportajes mediante su infiltración en escenarios de alto interés social y humano, que tuvieron un gran éxito para los lectores del periódico donde ejercía como reportera, el diario *Ahora*. Desde sus inicios con este nuevo tipo de reportaje, Nelken se aproximó a posturas de gran interés con respecto a la situación de las mujeres desde perspectivas muy diversas,

²⁵² Antonio Plaza, «La presencia de Luisa Carnés entre las mujeres intelectuales españolas. Flujos y reflujos de un movimiento plural (1931-1936)», en Bernard y Rota, *op. cit.*, p. 256.

especialmente las más controvertidas socialmente. El primer reportaje de inmersión que publicó fue «Un mes entre las locas», que el periódico promocionaba así:

Para poder contar a los lectores de AHORA el régimen al que están sometidas las infelices que perdieron el uso de la razón, para reflejar exactamente el ambiente de una casa de salud y observar las patéticas características de la locura femenina, Magda Donato consiguió, fingiéndose perturbada, un certificado médico de enajenación mental, que le abrió las puertas de un sanatorio para dementes, en el cual ha estado reclusa como una loca más, bajo una estrecha vigilancia y un régimen de curación estricto²⁵³.

A pesar del morbo que prometen los editores del periódico, lo cierto es que la finalidad de Nelken con la infiltración en el sanatorio se corresponde más bien con la empatía con las mujeres encerradas en el sanatorio que con la curiosidad:

Sin ánimo de dramatizar las cosas, confieso que la oscuridad, el silencio, turbado por unos aullidos de perros, el aislamiento de la casa, la sensación de soledad en que me siento, entregada a personas que tienen de mí un concepto especialísimo, unidos al estado de ánimo en que me han dejado las fórmulas de entrada, me dan ganas de sentarme en el suelo, como los chicos cuando quieren que los cojan en brazos, y de decir: «¡Que no entro y que no entro, ea!»²⁵⁴.

Nelken trata de aproximarse, desde situaciones de interés periodístico y de gran poder de captación para los lectores, al modelo de individuo marginado de la sociedad, pero más aún, desde una conciencia de género que la hace transitar siempre por escenarios femeninos. Nelken terminó por asumir papeles de presa²⁵⁵ o de vagabunda²⁵⁶, pero también mostró la situación general de la vida de las mujeres a lo largo y ancho de toda la geografía española a través de una extensa serie que repartió en quince entregas durante siete meses, titulada «Cómo vive la mujer en España»²⁵⁷. Todos estos reportajes de investigación y de inmersión la hicieron enormemente conocida durante la Segunda República, y le valieron el reconocimiento y el homenaje de sus compañeros periodistas. Pero además, el trabajo de Eva Nelken es de un gran valor personal, periodístico e histórico, al estar acompañado de numerosas fotografías que completaban la descripción de la situación narrada. Las demás

²⁵³ Magda Donato, «Un mes entre las locas», *Ahora*, III, 405, 1 de abril de 1932. Repartido en una serie de siete entregas hasta el 13 de abril de 1932.

²⁵⁴ Magda Donato, «Un mes entre las locas», *Ahora*, III, 407, 3 de abril de 1932.

²⁵⁵ Magda Donato, «La vida en la cárcel de Mujeres», *Ahora*, IV, 796, 2 de julio de 1933.

²⁵⁶ Magda Donato, «Cómo se vive en un albergue de mendigas», *Ahora*, VI, 1553, 18 de diciembre de 1935.

²⁵⁷ Magda Donato, «Cómo vive la mujer en España», *Ahora*, II, 158, 18 de junio de 1931.

publicaciones sobre la situación de la mujer en España sirvieron de inspiración a compañeras periodistas como Luisa Carnés, pero sobre todo, legan un testimonio de gran alcance sociológico y antropológico.

Por su parte, Josefina Carabias se ha convertido en un auténtico referente en la profesionalización de la tarea periodística. Aunque muy lejos de serlo, Carabias también ha sido considerada «la primera periodista española». A pesar de que la categorización es rotundamente falsa, su enorme visibilidad se debe en buena medida al gran número de artículos y reportajes que publicó en los grandes medios madrileños como *Estampa*, *Ahora*, *La Voz*, *Crónica* o *Mundo Gráfico*, llegando a convertirse en redactora del informativo radiofónico *La Palabra*²⁵⁸. Sin embargo, el prestigio y el reconocimiento de Carabias se debe a su presencia en los medios después de la Guerra Civil. Aunque sujeta a censura, Carabias pudo regresar a España después del conflicto bélico y consiguió seguir trabajando como periodista gracias a las numerosas amistades con las que contaba en Madrid. Aunque los primeros años de postguerra escribió bajo el pseudónimo de *Carmen Moreno*, en 1950 ya fue nombrada redactora de *ABC* con su propia firma. Posteriormente, ejerció de corresponsal en Washington y en París, y regresó a España en 1968 para colaborar en publicaciones católicas y comerciales hasta su muerte, en 1979.

La presencia de Josefina Carabias en la vida pública durante el régimen franquista hizo posible el reconocimiento de su figura como periodista frente al olvido de otras compañeras que se vieron obligadas a marchar al exilio, como Luisa Carnés o Eva Nelken. A pesar de su ideología republicana y socialista —se adscribió al partido fundado por Clara Campoamor, Unión Republicana Feminista—, en sus artículos Carabias se alejaba de la manifestación explícita de sus ideas, como demuestra el reportaje «¡Mujeres, a votar!»²⁵⁹, publicado en *Estampa* en 1933. En él, Carabias recorre distintos rincones de la geografía española para preguntar a las mujeres su intención de voto del día siguiente, dando voz a distintas corrientes de pensamiento, desde las republicanas hasta las monárquicas. Sin embargo, en ninguna línea del artículo se aprecia su opinión al respecto. Lo mismo ocurre con otros artículos en los que

²⁵⁸ Díaz Nosty, Bernardo, *Voces de mujeres...*, op. cit., p. 477.

²⁵⁹ Josefina Carabias, «¡Mujeres, a votar!», *Estampa*, VI, 276, 22 de abril de 1933.

la periodista aborda novedades en la situación vital y académica de las mujeres²⁶⁰ sin aportar ninguna consideración subjetiva; si bien no puede evitar mostrar el fervor republicano en algún breve párrafo:

La República ha borrado esta injusticia que venía cometiendo con las mujeres el antiguo *régimen*. Al poco tiempo de implantarse, estimó que la mujer y el hombre que poseyesen el título de abogado tendrían los mismos derechos. Y he aquí que las mujeres españolas ya pueden ser jueces, notarios, registradores, abogados del Estado, cónsules, embajadores. Disponen, en fin, de las infinitas salidas que antes les estaban reservadas sólo y exclusivamente a los hombres²⁶¹.

En general, el periodismo que practicó Josefina Carabias estuvo alejado del foco político en todo momento. En este sentido, y sin ninguna intención de menoscabar su trabajo, la inclusión de su nombre en la historia del periodismo femenino debe su fama a la posibilidad de continuidad en el oficio durante la dictadura franquista. Carabias fomentó el tipo de periodismo objetivo y neutral que se venía reclamando para las mujeres desde el inicio del siglo XX, por lo que el reconocimiento de su figura como periodista profesional es de sobra merecido.



Josefina Carabias recibe el Premio Luca de Tena de periodismo en febrero de 1952. Del brazo del delegado nacional de prensa, Juan Aparicio, aparece rodeada de otras personalidades insignes del régimen como Ramón Serrano Suñer o Julio Camba²⁶².

Fotografía de V. Muro, *ABC*, Madrid, 27 de febrero de 1952.

²⁶⁰ Josefina Carabias, «Las médicas», *Estampa*, V, 225, 30 de abril de 1932; «¿Llegarán las mujeres a monopolizar la carrera de Farmacia?», *Estampa*, V, 227, 14 de mayo de 1932; «La mujer en la Administración del Estado. Las funcionarias de la República», *Estampa*, V, 231, 11 de junio de 1932.

²⁶¹ Josefina Carabias, «Las mujeres van a ser jueces, notarios, registradores...», *art. cit.* Reportaje acompañado de fotografías, en primer plano, de Victoria Kent y Clara Campoamor.

²⁶² Extraída del Archivo de *ABC*. Disponible en <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19520227.html>.

V. LA OBRA NARRATIVA DE LUISA CARNÉS (1928-1939)

Aunque ahora resuene con mayor fuerza y ya no sea una autora completamente desconocida, el nombre de Luisa Carnés aparece poco o nada en antologías y diccionarios de autores previos al año 2014. De hecho, el investigador Antonio Plaza reconoce que descubrió a la autora madrileña «de un modo indirecto, y casual»²⁶³. A partir de ese momento, inició una labor de reconstrucción sobre la figura de Carnés, investigación que sin duda ha dejado fructíferos resultados en forma de biografía que han ayudado enormemente a la elaboración de estudios sobre su narrativa como el de Iliana Olmedo, publicado en 2014. Asimismo, a partir de esa ardua inmersión en el mundo de Luisa Carnés, y gracias también a la ayuda de sus familiares, ahora contamos con una gran parte de su producción literaria publicada.

La única obra de Carnés que no permanecía inédita era *El eslabón perdido*, publicada en 2002 por la editorial Renacimiento. Sin embargo, no es hasta que una pequeña editorial asturiana, Hoja de Lata, publique en 2016 su obra más representativa, *Tea Rooms. Mujeres obreras*, cuando su obra comience a salir a la luz y el nombre de Luisa Carnés empiece a ser conocido entre el público lector, estudiantes e investigadores. La fuerza de la denuncia de la situación de las mujeres en 1934 se corresponde de tal manera con las demandas del feminismo actual, que Luisa Carnés, el salón de té y la galería de personajes femeninos adquieren rápidamente un sentido que ubica a la autora madrileña en el centro de la recuperación literaria de primer orden. Se empieza a poner nombre y cara a una escritora que publica importantes novelas de temática social durante los años treinta, que adquieren un éxito notable en su época y que habían pasado completamente desapercibidas por el canon literario hasta ahora. Por ello, y como apunta Antonio Plaza en su primer artículo sobre Luisa Carnés: «a ella van destinadas estas líneas, como una modesta contribución a esos ilustres desconocidos, que lucharon, y vivieron por unos ideales, sin que encontrasen el

²⁶³ Antonio Plaza, «Luisa Carnés, una escritora olvidada», *Cuadernos republicanos*, 12, octubre de 1992, p. 47.

reconocimiento merecido, y en espera de ayudar a que alguno de ellos recuperen parte del aprecio que se les debe»²⁶⁴.

5.1. Apuntes para una biografía

Luisa Carnés nació el 3 de enero de 1905 en el madrileño barrio de Las Musas, según relata una de sus cinco hermanas, Visitación Carnés, aunque la necesidad hará que crezca en Chamberí. Las circunstancias vitales de Carnés se plasmarán en sus novelas: la misma situación atravesará Candelas con su abuela en *La ciudad dormida*. Hija mayor de una familia numerosa, como tantas en el Madrid de principios del siglo XX, su padre fue Luis Carnés Sánchez, barbero y practicante; y su madre, Rosario Caballero Aparicio, había desempeñado el oficio de sastra hasta antes de su matrimonio. Así, Luisa se encargó desde muy pequeña de las tareas del hogar, puesto que «tradicionalmente, cuando las madres trabajaban, las hijas mayores se encargaban del trabajo doméstico»²⁶⁵. Sin embargo, la necesidad hizo que a los once años tuviera que iniciar su vida laboral en el taller de sombreros de su tía, Petra Caballero. Tanto la ocupación en las labores domésticas como el inicio de la vida laboral siendo aún una niña las reflejará en sus personajes femeninos a modo de denuncia, especialmente en Natalia Valle, protagonista de *Natacha*, en quien la autora encarna todas las injusticias derivadas del trabajo infantil.

El instinto de supervivencia ante la miseria la hará transitar por distintos empleos desde su irrupción en el mundo laboral: «desde el taller de sombreros, hasta una pastelería, y finalmente, como mecanógrafa en una casa de comercio»²⁶⁶. Todo esto, añadido a las tareas del hogar —«en el seno de una familia muy católica, casi tradicional»²⁶⁷—, aún le dejaba, sin embargo, tiempo para leer; tiempo que, a escondidas, se quitaba del sueño. Como explicó su hijo, Ramón Puyol, en una entrevista concedida a Iliana Olmedo:

mi madre tenía un cuartito y cerraba la puerta. Tenía cinco o seis hermanos, gritando, haciendo el idiota, como hacen todos los niños, además sin televisión

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 48.

²⁶⁵ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, *op. cit.*, p. 21.

²⁶⁶ Plaza, «Luisa Carnés, una escritora olvidada», *art. cit.*, p. 48.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 48.

entonces, ella se metía ahí, entre la cama y la pared para estar un poco más aislada, se ponía algodones para no oír a los hermanos. Era realmente vocacional su tema y eso la obligó a varias cosas, a leer mucho y a cultivarse, porque claro, una familia modesta, en los años monárquicos de Madrid, no te da la posibilidad de tener una educación esmerada²⁶⁸.

Carnés fue enteramente autodidacta. Lo que se inició como un medio de evasión de la dura realidad con la que convivía a diario, se convirtió en una fuerte vocación de escritora que nació a partir de la lectura de todo lo que caía en sus manos:

Hoy reconozco que no he leído apenas. Yo no me podía gastar un duro en un libro —ya sabe Vd. que he salido del taller, no de la Universidad—, y me alimentaba espiritualmente de los folletones publicados en los periódicos, y con las novelas baratas (...) De tal forma, y sin más guía que mi amor al libro, y a través de innumerables autores y obras absurdas, ascendí hasta Cervantes, Dostoievsky, Tolstoi²⁶⁹.

Este frenesí con el que Luisa Carnés se arroja a los libros comienza a dar sus frutos en forma de relato breve, y en 1926 consigue ver publicado su primer texto en prensa. Se titula «Mar adentro» y se publica en *La Voz*, el suplemento madrileño de *El Sol*, dentro de la sección titulada «Cuentos españoles», en la que habían publicado autores de renombre como Enrique Jardiel Poncela, Rafael Cansinos Assens, Sara Insúa o Rafael Mesa de la Peña. Este relato primerizo ya cuenta con la presencia de protagonistas femeninas, Angustias y María, que se enfrentan a la monotonía de la cotidianidad encerradas en la casa frente al mar, única alternativa de libertad. La trama del cuento refleja la situación de Carnés, que debe recurrir a la evasión a través de los libros y la imaginación como forma de escape a un día a día agotador. En el principio de su producción podemos vislumbrar ya el que será uno de los rasgos principales de la autora durante toda su trayectoria literaria: «la literatura, más que un oficio y un trabajo, funcionaba para ella como vía de acceso a la comprensión de la realidad»²⁷⁰.

En 1928 llegaba el gran momento fruto del esfuerzo y del empeño de Carnés. Verá publicada su primera novela, *Peregrinos de calvario*, y se unirá a la Compañía Iberoamericana de Publicaciones como mecanógrafa. El ingreso en la gran editorial supondrá

²⁶⁸ Olmedo, «Entrevista a Ramón Puyol y María Elena Rodríguez Mata», en *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 293.

²⁶⁹ Almanzora, art. cit.

²⁷⁰ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 27.

para Carnés un ascenso laboral y un abandono definitivo de las labores manuales e industriales que había ido compaginando con la tarea literaria, y será un punto de inflexión en su trayectoria literaria como escritora y como periodista. Según Ramón Puyol, «hizo una solicitud a la CIAP, [...] empezó de mecanógrafa, se quería meter como fuera, y ahí comenzó a hacer solapas de los escritores, biografías muy condensadas, pequeñas cositas. Tenía esa virtud, la modestia. No le importaba trabajar y estar ahí tecleando ocho horas con tal de estar en el ambiente»²⁷¹. «El ambiente» es el mundo literario con el que entra en contacto la autora al ingresar en la Compañía. Este acercamiento al circuito literario, junto con su talento, son las dos bazas principales con las que cuenta Carnés para la publicación, ese mismo año, de su primer libro. Como explica Iliana Olmedo, «este primer libro contaba con el respaldo de una editorial comercial de prestigio [...] Estar dentro del catálogo de alguna de las editoriales anexas a la CIAP significaba la posibilidad de acceder a un público numeroso y una excelente plataforma para cualquier narrador emergente»²⁷².

La CIAP representaba una muy buena opción de trabajo. Formaron parte de ella desde Concha Espina hasta Manuel Azaña. En este ámbito literario y cultural conoce, entre 1928 y 1929, a Ramón Puyol Román, su primer esposo y el padre de su único hijo. Grafista y pintor, en 1930 participó en el Segundo Salón de Artistas Independientes, militó en el Partido Comunista y colaboró con *La Gaceta Literaria*, *Nueva España*, *Octubre* y *Mundo Obrero*. La relación con Puyol introduce a Luisa en el mundo del compromiso político: «sale de un espacio familiar y religioso, casi cerrado, a otro abierto, donde todo son experiencias nuevas, en un momento de plena ebullición política, en el tránsito de la Dictadura de Primo de Rivera a la Segunda República»²⁷³. Además, pasa a relacionarse a través de Puyol con un grupo de artistas, de escritores y de periodistas protagonistas de aquel momento histórico, como Rafael Alberti o María Teresa León, con los que la pareja asistía a la tertulia de la Granja del Henar, en la calle de Alcalá. Esta introducción en el mundo literario de primera fila causa algún que otro recelo por parte de los miembros más ilustres, si bien posteriormente, y gracias a la calidad de sus obras narrativas y de su trabajo en prensa, será reconocida como una más de la élite cultural e intelectual de Madrid:

²⁷¹ Olmedo, «Entrevista a Ramón Puyol», *op cit.*, p. 300.

²⁷² Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, *op. cit.*, p. 30.

²⁷³ Plaza, «Luisa Carnés, una escritora olvidada», *art. cit.*, p. 50.

Luisa Carnés: comparte el veraneo entre Madrid y la Sierra. Compenetrada con Natacha, en busca en el veraneo de Madrid lo que Madrid tiene de verano, no obstante su fuerte temperatura de Moscou. Fina, buida de perfil, espiritual de expresión, risueña o melancólica, pasea por las calles su extraordinaria aptitud de niño prodigio, cogida de la mano de Puyol, como de la mano de papá²⁷⁴.

Hacia 1930 inicia su trabajo como periodista en la revista *Estampa*, que supondrá su único sustento económico cuando la CIAP quiebre. Su trabajo se desarrolla fundamentalmente en el puesto de reportera, realizando entrevistas desde figuras de la actualidad a personas corrientes, aunque posteriormente pasará a realizar reportajes de investigación. A pesar de que *Estampa* fue la que contó con un mayor número de sus publicaciones, Carnés también participó en otras revistas de la época como *La Voz*, *Crónica*, *La Esfera*, *Raza*, *Ahora*, *As*, *Ondas*, etc. La importante labor periodística de Luisa Carnés nos ha legado un gran testimonio sobre la situación de las mujeres durante los años prebélicos y durante la contienda, que retomaremos más adelante. En este mismo año publica también su segunda obra, *Natacha*. Su primera novela extensa también será acogida de manera muy favorable por el público y por la crítica. Así, Carnés va consolidando su lugar en el panorama de intelectuales españoles.

El nacimiento del primer y único hijo de Luisa Carnés coincide con el advenimiento de la Segunda República española en 1931. Este año se producirán grandes cambios en su vida personal y profesional, puesto que Luisa se traslada, junto con el bebé recién nacido y su hermana Nati, a Algeciras, donde reside la familia de su compañero, Ramón Puyol. Esta repentina mudanza no encuentra su razón de ser si tenemos en cuenta que el trabajo periodístico y literario de Luisa se encontraba en su mejor momento; sin embargo, la quiebra de la CIAP puede haber sido la principal responsable de este desplazamiento:

Existe también la posibilidad de que el traslado a Algeciras se viera inducido por otra circunstancia no menos importante: la suspensión de pagos de la CIAP en junio de 1931, tras el abandono de la Banca Bauer, su principal accionista y acreedor. Ello habría supuesto el despido de la mayoría de sus empleados. Es posible que, en estas circunstancias y alejada de Madrid, para reducir gastos, la escritora intentase vivir de sus publicaciones en la Prensa Gráfica, aunque el número de éstas localizado no parece suficiente para garantizar una situación económica estable²⁷⁵.

²⁷⁴ Ernesto Giménez Caballero, «Noticias de última hora sobre el veraneo de escritores españoles», *La Gaceta Literaria*, 89, 1 de septiembre de 1930, s. p.

²⁷⁵ Plaza, «Introducción», en Carnés, *El eslabón perdido*, op. cit., p. 29.

La obra periodística y narrativa de Carnés responde claramente a una necesidad económica, a diferencia de sus coetáneas, como Concha Méndez, María Teresa León o Rosa Chacel, entre otras. Los paseos de la autora por la ciudad están siempre determinados por la necesaria retribución económica de sus reportajes, lo que determina el objeto de observación: el compromiso literario irá dirigido a las clases populares. La producción literaria de Carnés es transgresora porque se sitúa a sí misma como sujeto autorrealizado ante la cruda realidad de la ciudad y la describe; sin embargo, su motivación va más allá de la pura provocación vanguardista como el «sinsombrerismo» de Mallo y Méndez, por ejemplo. Luisa Carnés deja atrás la provocación, la *performance* o el elemento lúdico propio de las modernas vanguardistas para dirigir su observación hacia un punto más útil: la denuncia, como se ve claro ya en 1934 con la publicación de *Tea Rooms. Mujeres obreras*. La novela está enmarcada dentro de una ideología de corte comunista, y sus protagonistas principales son las mujeres. Ese mismo año se produce la separación definitiva de Ramón Puyol, si bien ambos siguen colaborando en el PCE como militantes. De esta militancia surge la relación de amistad entre Luisa Carnés y grandes figuras de la política de la época, como Dolores Ibárruri o Irene Falcón, y también con quien será su siguiente y definitivo compañero, Juan Rejano, a quien conoce entre 1935 y 1936.

Una vez iniciada la Guerra Civil, Carnés reparte su trabajo entre la dedicación profesional a *Estampa y Ahora*, y la del periodismo militante en *Mundo Obrero* y *Frente Rojo*. El tono de sus artículos ya se encuentra adherido a una ideología puramente comunista, motivado también por el cambio en la línea editorial de *Estampa*, imprimiendo un giro radical a los contenidos y a la temática de los artículos, así como a la inclusión de nuevos colaboradores. El traslado de la sede del gobierno de la República a Valencia determina el desplazamiento de la redacción de *Mundo Obrero*, donde son destacados César Falcón, Eusebio G. Cimorra, Juan Rejano y Luisa Carnés, que desde Valencia remite artículos también para *Estampa*. Durante la contienda bélica, Luisa Carnés dedica todos sus esfuerzos a su labor periodística y propagandística, interrumpiendo su producción literaria. No será hasta el final de la guerra, obligada a cruzar la frontera francesa en calidad de refugiada, cuando retome la pluma literaria con una clara conciencia de recoger el testimonio sobre lo sucedido.

En 1938 vuelve a trasladarse a Barcelona junto con la redacción de *Mundo Obrero*, siguiendo los pasos del gobierno de la República. Allí se estrena la publicación de *Frente Rojo*, en la misma redacción donde previamente se editaba el periódico *La Vanguardia*. El 25 de enero de 1939 cae Barcelona en manos de las tropas nacionales y Carnés huye hacia la frontera con Francia. A partir de este momento, las circunstancias vitales de la autora son recogidas en sus memorias, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, redactadas en el mismo momento del desplazamiento hacia el campo de concentración de Le Poulignen, en la región del Loira Atlántico, junto a Le Boule. En este campo permanecerá unos tres meses hasta que, reclamada por Margarita Nelken, consiga abandonarlo el 16 de marzo²⁷⁶. Tras su liberación se reúne con su hijo Ramón en París, donde había sido evacuado en 1937²⁷⁷, y ambos esperan juntos en la capital francesa su traslado a México.

Según Antonio Plaza, «tras las primeras consultas con el presidente Lázaro Cárdenas se dispone el traslado de un primer grupo de refugiados. Estaba compuesto casi exclusivamente de intelectuales y profesionales de alta cualificación. La elección se hizo a través de la Junta de Cultura Española»²⁷⁸. La salida de Francia se fija para el 6 de mayo de 1939, en el buque *Veendam*, en el que Luisa y su hijo compartieron viaje con los escritores José Bergamín, Paulino Masip, Josep Carner, Emilio Prados, el cartelista Josep Renau, o los científicos Julio Bejarano y Pedro Carrasco Garrorena, entre otros. Su entrada en México se produce el 23 de mayo de 1939, y la de Rejano, a bordo del *Sinaia*, el 13 de junio. A partir de ese momento, ambos iniciarán una nueva vida juntos, intentando adaptarse, como el resto de exiliados, a las condiciones del destierro.

²⁷⁶ Plaza, «Introducción», en Luisa Carnés, *El eslabón perdido*, op. cit., p. 37.

²⁷⁷ Según explica el propio Ramón Puyol, «a mí me sacó de España mi madre por los bombardeos. Estaba en casa del agregado cultural de la embajada de México en París, que era un médico, Gregorio Lirón [Nivón], era michoacano, del grupo de Cárdenas, y estuve viviendo con él, los dos años y pico». Olmedo, «Entrevista a Ramón Puyol», op. cit., p. 294.

²⁷⁸ Plaza, «Introducción», en Luisa Carnés, *El eslabón perdido*, op. cit., p. 40.

0323

DUPLICADO
SERVICIO DE MIGRACION

13749

NUM. 13749 México, D.F., a 1º Dic. 1939.-

TARJETA DE IDENTIFICACION EXPEDIDA POR EL DEPTO. DE MIGRACION EN MEXICO, D.F.
LUIZA CARNES CABALLERO.

EDAD 1.57.ctms COMPLEJION fuerte
COLOR blancos FLECO castaño
OJOS oscuros CABELLO cafes
NARIZ recta DIENTES regular

RETRAS PARTICULARES Ningunas.

DATOS COMPLEMENTARIOS
AÑO EN QUE NACIO 1905-34 años ESTADO Civil Soltera
OCCUPACION Periodista. Lengua Española
OTRAS LENGUAS QUE HABLE Ninguna
LUGAR DE NACIMIENTO Madrid, España
NACIONALIDAD ACTUAL ESPAÑOLA, México, D.F.
MOMENTO Y FORMA DE SU ENTRADA A MEXICO

ENTRO CON TARJETA ESPECIAL (5-23-39) ACEPTADA A PARTIR DEL 23 DE MAYO -
ULTIMO EN CALIDAD DE INMIGRANTE CON -
EL CARACTER DE EXILIADA POLITICA EN -
UNION DE SU HIJO MENOR RAMON PUYOL DE -
17 AÑOS, POR UN AÑO REPRENDABLE CON APO -
YO EN LOS ARTS. 65 LEY GRAL. DE POB. Y -
CIR. P. 76 DE 26 ABRIL ULTIMO.-

P. EL JEFE DEL DEPTO DE MIGRACION.
JOSE GILLO REAL.

Registro Nacional de Extranjeros en México (copia digital)²⁷⁹

En su primera etapa de exilio, Carnés seguirá colaborando con la prensa del PCE en México, como un modo de conservar el nexo con España; aunque también iniciará una trayectoria profesional ligada al periodismo en los medios de comunicación mexicanos a partir de 1943, sobre todo en *La Prensa*, *El Nacional* y *Novedades*. Para poder trabajar, se había naturalizado mexicana en 1941, como la gran mayoría de los exiliados, porque era forzoso sobrevivir: «llegó a un país extraño y se abrió camino. Ella era periodista, llevaba mucho tiempo siendo periodista, aunque era muy joven, y enseguida consiguió un trabajo en México como redactora²⁸⁰. El periodismo que practicó Carnés en México era distinto del que había llevado a cabo en España con sus colaboraciones en *Estampa*, ya que su verdadera fuente de ingresos provenía del diario *La Prensa*, de carácter popular y tonalidad rosa que trataba eventos deportivos y espectáculos. Cuenta Ramón Puyol: «mi madre hacía sociales, sobre todo, lo que llaman a la fuente en la jerga. ¡Imagínate, una roja! Pero bueno, se adaptó»²⁸¹.

²⁷⁹ Disponible en: http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/viewer2Controller.form?accion=43&nid=12881&txt_id_imagen=1&txt_zoom=10&txt_contraste=0&txt_rotar=0&txt_polarizado=&vie wName=visorImpresion.

²⁸⁰ Olmedo, «Entrevista a Ramón Puyol», *op. cit.*, p. 295.

²⁸¹ *Ibid.*, p. 296.

Como explica Olmedo, en el México de los años cincuenta el debate sobre la liberación de la mujer todavía no se había llegado a producir como lo había hecho en España durante los años treinta, y lo cierto es que las mujeres periodistas eran relegadas a secciones de importancia menor. Por otro lado, cuando comenzó a colaborar con el suplemento dominical del mismo diario, Carnés recuperó su ímpetu de reportera al estilo de *Estampa* y salió a la calle a recabar información. Un ejemplo es el reportaje «¿Con medias o sin ellas?»²⁸², que surgió de la escasez de productos derivada de la situación económica mundial. Acabaría siendo la redactora de la sección desde marzo de 1943 hasta su jubilación en 1961, y el pseudónimo de Clara Montes sería de reconocido prestigio en México.

Además, a medida que se vaya adaptando al nuevo entorno, en estos mismos números irá publicando cuentos de temática tanto española como mexicana. A partir de este momento, su actividad literaria se relanza, produciendo nuevas obras narrativas y practicando con otros géneros, como el teatro. En 1945 publica una biografía, *Rosalía de Castro*, que, como parte de una gran colección de biografías de la editorial Rex²⁸³, respondía a una tarea que los exiliados consideraban ineludible en su destierro: la lectura crítica de la historia de España, aportando una visión distinta del pasado. Los autores exiliados biografiaron a personajes que pudieran abarcar características o valores republicanos, como un modo de construir un discurso antifranquista, una España diferente a la real. Ese mismo año termina otra novela, *Olor de santidad*, que había iniciado en Algeciras, y que combinaba ficción y realidad con una importante aportación autobiográfica, en la línea del resto de sus novelas. En 1947 comienza la redacción de *Juan Caballero*, novela sobre el maquis de posguerra.

En 1951 se produce un punto de inflexión en su vida, como en casi la de todos los exiliados españoles, al producirse el desencanto con respecto a la revolución. Ya no hay posibilidad de regreso a la patria y parece necesario asumir que la dictadura franquista morirá de forma natural: la negociación con Estados Unidos había asegurado al régimen dictatorial la perdurabilidad gracias al respaldo político con el que se abrían las fronteras y se rompía el aislamiento. Entre 1951 y 1964, Carnés se hará un hueco también entre los dramaturgos

²⁸² Luisa Carnés (como Clara Montes), «¿Con medias o sin ellas?», *La Prensa, Suplemento dominical*, 25 de abril de 1943.

²⁸³ Entre los nombres de exiliados españoles que colaboraron en esta colección aparecen Benjamín Jarnés, con *Cervantes, bosquejo biográfico* (1944); Eduardo Ontañón, *Mío Cid* (1944), o José de Benito con *Hernán Cortés, boceto biográfico* (1944).

mexicanos: estrenará en 1951 *Cumpleaños*, que describe la situación de una mujer madura de clase alta mediante un monólogo; la siguiente fue *Los bancos del Prado*, entre 1953 y 1954, que representa a un grupo de madrileños manifestándose contra el régimen franquista; y la tercera es *Los vendedores del miedo*, de 1954, que describe el conflicto personal que sufre la esposa de un científico, muerto por efecto de las armas químicas que ha fabricado²⁸⁴. La línea discursiva adoptada en esta obra se centra en el pacifismo, elaborando una denuncia contra los gobiernos que amenazan la libertad y la paz mundial, la misma que dejará entrever en algunas líneas de *El eslabón perdido*: «la guerra nuclear, esa monstruosidad que sólo pueden reclamar y concebir los dementes, nos amenaza desde hace años [...]. Todas las generaciones de nuestro tiempo están en peligro de perecer»²⁸⁵.

A partir de 1961, Carnés reduce su actividad periodística y literaria en el panorama cultural mexicano porque decide dedicarse a la revisión, corrección y ordenación de toda su obra. La muerte la sorprenderá el 12 de marzo de 1964, a los cincuenta y nueve años de edad, a causa de un fatídico accidente automovilístico.

El nutrido corpus de obras de la producción literaria y periodística de Luisa Carnés demuestra que los motivos por los que su nombre cayó en el olvido son absolutamente ajenos a ella. Según Plaza, «el desconocimiento casi absoluto es la regla común. La doble condición de mujer y exiliada lo agravaban»²⁸⁶. Como ya se ha comentado anteriormente, intentar situar a autoras femeninas como Luisa Carnés en el canon literario de los años treinta ha resultado un fracaso, pues el compromiso político, feminista, y en definitiva, social, fue abordado por la autora madrileña desde distintas perspectivas. Su labor literaria y periodística siempre estuvo adscrita a parámetros de denuncia, construida desde la descripción de la experiencia de los marginados. La producción literaria de Carnés es un auténtico legado de distintos testimonios que conforman una identidad periférica.

²⁸⁴ Las tres obras son recogidas en un mismo volumen editado por la Asociación de Directores de Escena de España: Luisa Carnés, *Cumpleaños. Los bancos del Prado. Los vendedores de miedo*, Madrid, Publicaciones de la ADE, 2002.

²⁸⁵ Carnés, *El eslabón perdido*, op. cit., p. 170.

²⁸⁶ Plaza, «Introducción», en Carnés, *ibíd.*, p. 51.

5.2. Los primeros pasos de una novelista: compromiso feminista y testimonial

a. *Peregrinos de calvario* (1928)

La primera publicación en formato libro de Luisa Carnés es esta obra, que se compone de tres pequeñas novelas, con la que la autora madrileña salta al ruedo literario en 1928. Siguiendo la estela de sus primeras publicaciones en prensa, que habían sido cuentos, Carnés aglutina un compendio de historias que aglutina en esta obra de oscuro título, cuyos protagonistas transitan efectivamente por un camino de calvario y a cuyas vivencias trata de dar voz la autora. En estas pequeñas narraciones, Carnés explora las difíciles condiciones de vida con las que se topan los personajes, pero también examina a conciencia la conducta de esos protagonistas ante dichas circunstancias, especialmente en el último relato, *La ciudad dormida*.

Esta primera obra de la novelista madrileña apareció prologada por el crítico José Francés y recibió grandes elogios de otros como Rafael Cansinos Assens²⁸⁷. El acto de prologar la obra de una autora debutante representa una clara muestra de apoyo; y la crítica de Francés supuso «la voz consagrada que legitimaba su escritura e incrementaba su valor simbólico dentro del mercado del arte»²⁸⁸. El crítico ya había prologado a otros autores jóvenes de la generación de Carnés, y de todos destacaba su formación autodidacta, porque consideraba el talento como única vía de realización de un escritor. De este modo, Francés analiza más la biografía y la personalidad de Carnés que el texto que prologa, en cierta manera con un tono un tanto condescendiente hacia la creación femenina en general y hacia la autora en particular. No obstante, tanto Francés, en el prólogo, como Cansinos Assens, en la reseña posterior, señalarán como un gran punto a favor de la autora el sacrificio llevado a cabo para la realización de su vocación literaria.

Carnés deja claro en las páginas iniciales que las tres novelas forman parte de una misma situación de realidad, y para ello utiliza un recurso cervantino muy recurrido en la narrativa de las primeras décadas del siglo XX como es la antesala introductoria. Los relatos se encuentran enmarcados bajo la mirada unánime de una vagabunda madrileña, personaje que ha sido testigo de las tres historias y quien se ha encargado de contárselas a la voz

²⁸⁷ Cansinos Assens, art. cit.

²⁸⁸ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 32.

narrativa: «la recuerdo muy bien. Era una viejecita enjuta y encorvada; tenía un rostro cetrino y arrugado»²⁸⁹. El recurso de la anciana consigue dar veracidad a los relatos al ubicarla como testigo de los acontecimientos, a la vez que aleja a la voz narrativa de los mismos. La narración presenta a unos personajes desarraigados, sin ningún tipo de apego con el narrador, y por tanto, más reales.

La presentación de Madrid como escenario común a los tres relatos, así como la misma anciana que presencia cada una de las historias, aporta tres narraciones claras y extensas que se ocupan de acontecimientos que tienen lugar en un mismo espacio y tiempo. En este sentido, la autora expone una galería de sucesos, incidentes y personajes cuya variedad otorga veracidad al conjunto del libro: el pintor, protagonista de la primera de las tres novelas, *El pintor de los bellos horrores*, que trata de realizar sus aspiraciones artísticas en la ciudad escapando de sus orígenes pueblerinos; la pareja de recién casados en *El otro amor*, el segundo de los relatos, que explora las imposiciones morales de la concepción tradicional del matrimonio; y finalmente la vendedora de flores y la niña cuidadora y sustento de su familia, las protagonistas de *La ciudad dormida*, la más interesante de las pequeñas novelas y la más representativa de lo que será el grueso de toda la narrativa de Carnés. En este último relato, la autora explora las reacciones de la joven protagonista, Candelas, ante la situación de injusticia y miseria de su familia. El interés de esta obra, como decimos, es superior frente a las otras dos, puesto que establece el verdadero foco del padecimiento en este camino del calvario que ha tratado de enmarcar con el libro: el entorno hostil y la sociedad injusta, que impiden que personajes jóvenes e inocentes como Candelas experimenten algún tipo de felicidad.

Peregrinos de calvario es una apuesta narrativa arriesgada, en la que se deja entrever la experimentación y dubitación de una autora novel, pero que también muestra un conflicto muy presente en la conciencia de Carnés, que se extenderá a lo largo de toda su obra narrativa: la acción del entorno sobre los individuos miembros de una sociedad. Con novelas como *La ciudad dormida* o, más adelante, *Natacha*, Carnés explorará la posibilidad de sus protagonistas de buscar un cambio y sus opciones, escasas las más de las veces, de éxito.

²⁸⁹ Luisa Carnés, *Peregrinos de calvario*, Babel/Calpe, Madrid, 1928. A partir de esta nota, las páginas de la novela aparecerán citadas dentro del cuerpo del texto.

b. *La ciudad dormida*

La cubierta de *Peregrinos de calvario* tiene como protagonista a Candelas, el personaje femenino central del tercer relato, *La ciudad dormida*; diseñada por el pintor Ramón Puyol, la portada es una señal muy sintomática del compromiso feminista que adquiere Luisa Carnés desde el inicio mismo de su producción literaria. Otros dos personajes protagonizan los dos relatos que completan la obra: el pintor Gonzalo de Vargas, protagonista de *El pintor de los bellos horrores* y Mara, la mujer burguesa de *El otro amor*. Sin embargo, es Candelas la elegida para alzarse como representante de la primera obra de una autora debutante. El personaje que sufre doble opresión, de clase y de género, por ser obrera y por mostrar un rechazo hacia los hombres fruto de la violación que sufrió siendo una adolescente, es el que mejor se adapta a las características de la trayectoria literaria que desarrollará a partir de este momento Luisa Carnés.

Dos elementos torturan la existencia de Candelas: la ciudad y los individuos que la transitan. Por ese motivo viste siempre de negro, ocultando su rostro, y camina por la urbe con paso rápido y firme, queriendo pasar desapercibida, siendo invisible. Candelas arrastra una carga pesada, su belleza: «pero inevitablemente, la descubría un rayo de sol a veces, y entonces surgía el elogio cálido en la boca de los hombres, hacia su persona» (p. 165). Ella lo rechaza, la repugna, la atemoriza: «se sintió perdida, y a merced de la voluntad de aquel sujeto; un miedo glacial que la hizo contraer los ojos con fuerza, y apretar los dientes hasta el dolor» (p.165). El tormento que atraviesa Candelas cada vez que se siente objeto de observación en medio de la ciudad encuentra su razón de ser en la violación que sufrió por parte del chico de la Goya, el novio de su hermana Soledad:

Sintió más atormentadora, más absoluta, la opresión angustiosa que experimentara al enfrentarse al rostro aquél; le pareció que se le había enroscado al cuerpo una cadena, que tiraba de ella hacia el pasado. Se sintió retornar a la ciudad dormida de los recuerdos pretéritos, y, sin fuerzas para afrontarlos, ingenuamente, cerró los ojos (p. 165).

Efectivamente, en eso consiste la narración de *La ciudad dormida*: la pesadumbre de su vida retrotrae constantemente a Candelas a su adolescencia para relatar al lector el motivo de su tormento, y avanzar a través de una suerte de expiación hacia su felicidad. Para Carnés, los protagonistas de su libro son «hermanos de las otras mujeres y de los otros hombres, contemplados por la anciana mujer que hace años dejara la vida; iguales a éstos y aquellos;

peregrinos todos de una caravana cuyo principio nadie ha conocido, caminan aquí, como en el sueño de la vieja mendiga, cada uno con su cruz» (p. 12). En este sentido, los personajes de los tres relatos remiten al título de la obra, son transeúntes de la dureza de la ciudad y no encuentran su lugar en ella. Candelas, particularmente, sufre las consecuencias de una sociedad injusta desde que es niña, por eso la autora la premia con un final feliz. No obstante, la protagonista de *La ciudad dormida* también atravesará su propio camino de purgación y de sacrificio: «en medio de tales amargores fué haciéndose su alma, que, forzada por el dolor de males presentidos, aunque incomprensibles, temió a todo» (p. 174).

En esta primera narración de Luisa Carnés, predomina un sentimiento desencantado de realidad, de la vida como un camino de sacrificio. Utiliza el concepto religioso de la penitencia para convencer a sus personajes de que la existencia en sí es un suplicio, y que el sufrimiento vital debe ser aceptado sin remedio. Esta concepción comenzará a cambiar a partir de *Natacha* y se eliminará por completo en *Tea Rooms*, en la que Matilde, al final, toma plena conciencia de clase y se dispone a actuar contra la injusticia. Es muy interesante examinar la evolución de los personajes femeninos de Carnés para observar cómo la voz narrativa abandona una perspectiva ontológica de la realidad, que explora los recodos más profundos de cada individuo miembro de la sociedad, y se decanta por una explicación ideológica, que trata de averiguar qué falla en la estructura social para que una parte importante de sus miembros asimile la vida, la existencia, como una interminable cadena de infortunios.

Sin embargo, en esta primeriza obra de Carnés, que en su propuesta formal recuerda a la estética decimonónica, ya se encuentran presentes ciertos planteamientos bastante innovadores para la época. La autora, aprovechándose de los tópicos derivados de la concepción femenina del siglo XIX, parte de una división binaria para trazar a las dos protagonistas, las hermanas Candelas y Soledad, como dos perfiles de mujer complementarios, aunque antagónicos: el ángel del hogar y la mujer caída. Mientras Candelas es recatada y obediente, se encarga de los cuidados de su familia y de su casa, Soledad es frívola y superficial. Del mismo modo que hará en *Natacha*, contraponiendo a Natalia frente a su tía Librada, en *La ciudad dormida* la narradora atribuye características antagónicas a ambas hermanas para construir dos modelos de mujer distintos.

Carnés no establece el binomio de las hermanas con el objetivo de enfrentarlas como enemigas, como venía siendo habitual en la narrativa femenina de principios de siglo («la heroína, construida con los rasgos innovadores, frente a otra mujer, con frecuencia, su rival, que tiene tratamiento negativo, y responde a un retrato según el modelo tradicional»²⁹⁰), sino que Candelas trata permanentemente de salvar de otra caída a Soledad. Esta comparación entre los rasgos de ambas responde en realidad a un firme deseo de romper con el único modelo de mujer válido, la mujer nueva en unos casos y el ángel del hogar en otros. A medida que avanza su producción narrativa, Carnés abandona el recurso de otorgar cualidades negativas a los personajes femeninos que ostentan los rasgos tradicionales: el muestrario de tipos de mujer en *Tea Rooms* es prueba de ello.

Lo que se observa de forma incipiente en *La ciudad dormida* es un primer y claro posicionamiento a favor de uno de los tipos marginados de la ciudad: la mujer obrera, sea cual sea su actitud ante la vida. El hecho de presentarla junto con otros dos protagonistas permite considerar la mayor construcción psicológica del personaje con respecto a la mujer burguesa de *El otro amor* o el bohemio protagonista del *Pintor de los bellos horrores*. Candelas atraviesa su propio calvario y, a través de mucho sacrificio, consigue confrontar su destino enfrentándose a su violador, a diferencia de su hermana Soledad. Candelas se convierte así en una mujer libre de escoger a quién amar a pesar de sus circunstancias vitales. El final folletinesco del señorito enamorado de la obrera pierde peso si tenemos en cuenta la estructura de *bildungsroman* sobre la que se estructura el relato: no es él quien la elige a ella abusando de su poder, como ocurría en *Fortunata y Jacinta*, sino que Daniel se erige como un premio para Candelas por tanto sufrimiento.

Los personajes femeninos de las novelas de Luisa Carnés siguen un patrón muy similar. Todas ellas se sienten incomprendidas debido a un proceso de inadaptación en la sociedad en la que les ha tocado vivir. Se trata de mujeres inteligentes y con un deseo de independencia que no corresponde a las muchachas de su época, y que en la mayoría de las ocasiones se ve truncado por las obligaciones propias de la clase social a la que pertenecen. Este anhelo de independencia y emancipación provoca que todas presenten inicialmente un rechazo rotundo hacia los hombres, que en las novelas se presentan como débiles y traicioneros, y sólo una de

²⁹⁰ Ena Bordonada, art. cit., p. 101.

ellas conseguirá enamorarse de verdad. Las tres presentan particularidades propias del momento histórico que viven, lo que permite trazar una línea evolutiva entre ellas, desde la pequeña obrera que no encuentra explicación a la miseria que padece, pasando por la que fracasa en su intento de ascender en el escalafón social, hasta la que decide actuar por sí misma a través de la política y cambiar su desgraciado destino.

Parece importante retomar en este punto la idea del «camino del calvario» que atraviesan los personajes de esta primera obra de la autora madrileña. Las circunstancias vitales de Candelas son herederas de un determinismo familiar que la condena a la miseria. La expiación o el camino de calvario de la protagonista consistirá precisamente en la superación de esa herencia: enfrentándose a su destino consigue tomar las riendas de su vida y casarse con el hombre al que ama. No así su hermana Soledad, que se deja llevar por su destino y es conducida hacia un inevitable fatalismo.

El relato comienza con Candelas huyendo de un hombre con paso rápido y firme. El retrato de los pasos y los zapatos de los personajes se convertirá en un *leitmotiv* en todas las novelas de Luisa Carnés, y se deja ya vislumbrar desde este primer episodio: «advirtió Candelas tras de sí la figura de aquel hombre, e inconscientemente apresuró el paso» (p. 161); «Candelas caminaba de prisa» (p. 161); «Candelas oyó sus pasos iguales y firmes, a su espalda y apretó aún más el paso» (p. 162); «andaba con unos pasos graves, que procuraba ahogar entre los promiscuos, firmes y crujientes, de las demás mujeres que se la cruzaban en su diario caminar hacia el taller, y en el retorno al hogar humilde, enclavado en el último piso de una casa vetusta [...] de empedrado puntiagudo, demolido casi por los pies de quién sabe cuántas generaciones» (p. 163). Esta última cita refleja, además, el pretendido contraste entre Candelas y las demás mujeres de su edad:

[...] siempre, en su rutinario caminar cotidiano sobre las mismas losas de las mismas calles, procuraba empequeñecerse, eclipsarse ante las mujeres detonantes y perfumadas intensamente, que se le cruzaban; mujeres altivas y majestuosas, que miraban a lo alto, como si la tierra fuese pequeña para la enorme vanidad que llevaban en las almas frías, y que a ella le parecían mujeres de otra materia y de otra raza (p. 162).

Esta diferencia entre la protagonista y el resto de mujeres que caminan por la ciudad es advertida ya desde el prólogo por el crítico José Francés: «como otras mujeres placean su juventud, ella la recata; elige, no las galas vocingleras, sino el modesto atavío; donde sería

lógico el afán de distinguirse, hace surgir el temor a ser notada» (p. 7). Esta lectura paternalista de Candelas responde a la actitud condescendiente que muestra el prologuista, pasando por alto el hecho de que la protagonista no tiene en realidad opción de escoger la vestimenta que usa ni se recata por gusto, sino por miedo. No se encuentra ni una sola mención a la violación sufrida por Candelas en todo el elogio de su recato que hace José Francés en el prólogo.

La inadaptación de Candelas o el contraste entre ella y el resto de mujeres de su época encuentra su mejor representación en la relación con su hermana mayor, Soledad. Mientras la pequeña era, desde los ocho años, «una perfecta mujercita de su casa» (p. 167), la mayor había sido siempre «precocísima en el coqueteo» (p. 167). El contraste se subraya también en los entornos que rodean a las hermanas: Candelas, que siempre ha vivido en la miseria, se siente fuera de lugar en la habitación que ocupa su hermana en el hotel bajo la protección del norteamericano Daniel Burton. Sin embargo, Soledad se siente cómoda y adquiere, mediante la vestimenta cara y la decoración ostentosa, un disfraz que la aleja de su personalidad y, por tanto, de su hermana:

Todo la intimidaba; todo la imponía respeto en esta casa, y en particular el aspecto de su hermana, que hasta había cambiado de voz y de expresión. Tuvo miedo de oírse hablar en medio de aquellos tapices y aquellas alfombras, que ahogarian su vocecita floja de tímida, que no sabía más que suplicar. Y pensó en la pobreza amable de su casita de la calle sórdida; en el encanto melancólico del jardín frontero, borroso bajo el polvo desdeñoso de los años (p. 185).

El objetivo de Carnés es otorgar veracidad al discurso de sus personajes. El testimonio de Candelas, a pesar de transcribirse en tercera persona por boca de la narradora omnisciente, siempre se focaliza en ella y está condicionado por las circunstancias de la protagonista, y sus vivencias siempre son relatadas desde la inocencia de niña. Por otro lado, el lenguaje utilizado en boca de los personajes corresponde al habla propia de las muchachas de clase baja: «¡como me replicotees, te doy así!, ¡pues anda...! ¡Que te calles, “peque”; que te “arreo” un “cate” bien “dao”, y luego se lo “soplas” a madre; que da lo mismo... ¿Sabes?» (p. 168). El trabajo formal de Carnés reconoce en la palabra popular una herramienta inmediata de proximidad con el lector, de ahí que haga hablar a sus personajes y ellos expliquen el mundo con sus propias voces.

Asimismo, el destino de Candelas difiere del de su hermana desde el momento en que acepta su extracción social y abraza sus circunstancias sin pretensiones. Soledad se asemeja más a personajes como Isidora Rufete, protagonista de *La desheredada* de Galdós, que pretende ascender en la escala social a través de otros y termina cayendo en la prostitución, y que, al igual que Soledad, imita ademanes y costumbres ajenos a los suyos. La ambición y la pretensión hacen de Isidora y de Soledad unas perdidas; el tipo de personaje femenino que busca la protección de un hombre rico para el beneficio propio, mientras que es amante profundamente enamorada de un hombre traicionero y mujeriego. Este hombre es, en *La ciudad dormida*, el chico de la Goya, el hijo de la florista para la que trabajan Soledad y Candelas cuando su madre fallece. Desde su primera aparición en la novela, Gregorio es descrito con rasgos negativos, que para Candelas terminan siendo los propios de todos los hombres²⁹¹. El chico pasa las horas en la taberna, y cuando da comienzo su relación con Soledad, se vuelve «más dominador y más apremiante cada vez» y, según observa la abuela, «¡si el mejor día te va a pegar, y vas a consentirlo!» (p. 174); hasta que, finalmente, la dominación del hombre de la casa se vuelve tan absoluta que viola a Candelas.

No hay narración en el momento de la violación, sólo el escaso diálogo entre Gregorio y Candelas. Se trata de una escena prácticamente cinematográfica, en la que la sugerencia es más efectiva que la explicación. El episodio es tremendamente sensorial; las pocas líneas explicativas así lo transmiten: «ella recibió en pleno rostro una tufarada de alcohol»; «clamó en un grito inarticulado, que murió antes de nacer»; «no pudo defenderse de los brazos enérgicos del chico de la Goya» (p. 176). Y sin más, el violador se marcha dejando a Candelas tirada en el suelo: «después de aquello, la abuela y la nieta quedaron solas. Gregorio no volvió por casa, y Soledad le siguió» (p. 177). La hermana mayor, además de compartir nombre con la madre, sigue sus pasos: también ella se perdió por seguir al hombre inapropiado. En cambio, Candelas, después de aquello, «tras el penoso volver a la vida, experimentó un aborrecimiento hondísimo, una repugnante aversión hacia el hombre» (p. 182). La inteligencia de Candelas la hace temerosa, pero también independiente: ella trabaja y rechaza plenamente la dependencia de los hombres, a los que detesta. Por eso busca la protección de su hermana cuando se ve acosada de nuevo por Gregorio, en un intento de

²⁹¹ El prototipo de los personajes masculinos de Luisa Carnés, como de los femeninos, también sigue cierto patrón: la sexualidad masculina se erige como una amenaza para las mujeres, que deben mantenerse siempre alerta.

aunar fuerzas «para aplastar la podre del chico de la Goya» (p. 184). Se trata de una concepción muy feminista de defensa entre mujeres, que, evidentemente, no encuentra apoyo en Soledad.

Sin embargo, todo cambia cuando Candelas conoce al protector de su hermana, Daniel Burton: «se preguntaba por qué motivo no la repelería este hombre como todos los otros con quienes se cruzaba a diario, y cuyas miradas evitaba instintivamente» (p. 194). Al verse desamparada ante la negativa de su hermana, Candelas siente por primera vez que un hombre puede protegerla: «si él viniera toda la vida conmigo, yo no le temería ya a nada en el mundo» (p. 194). Daniel también advierte la particularidad de la personalidad de Candelas: «íntimamente, la consideraba muy superior a Soledad en todos los conceptos» (p. 196). Una vez más, se pone de manifiesto el contraste y la superioridad de Candelas ante el resto de mujeres que la rodean. No obstante, para poder realizar su deseo con Daniel Burton, la protagonista debe expiar su culpa, de ahí que confiese a Daniel su violación y que le plante cara a Gregorio: «le escupió al rostro. Se complacía en humillarle, en martirizarle. Se vengaba en unos minutos de la vergüenza de toda su vida» (p. 218). La valentía de Candelas ante su violador supone un paso adelante en el compromiso feminista de Carnés, puesto que este enfrentamiento cambia definitivamente la concepción de la vida de la protagonista, que consigue adaptarse al medio y ser feliz, mientras que Soledad, dependiente de un hombre, se ve arrastrada a la fatalidad.

Por otro lado, las personalidades masculinas perfiladas por la autora en esta novela también refuerzan la distancia entre las viejas costumbres españolas y la ansiada modernidad. Gregorio, en su reencuentro con Soledad, tiene «la seguridad de que seguía siendo el “amo” de aquella mujer» (p. 198) y la desprecia enormemente; mientras que Daniel deja a un lado la recia moralidad romántica y se despide amablemente de su amante: «yo no sé si en España estará esto bien visto, pero yo lo siento así. Seamos como dos compañeros que se despiden al fin del trayecto con un apretón de manos» (p. 208). El carácter pusilánime de Daniel, sin embargo, refuerza a Candelas como mujer independiente; porque es ella quien le confiesa lo que siente al norteamericano, antes de que regrese a su país ante la imposibilidad de que lo haga él: «¿Qué sería preciso? Dígamelo, Daniel. ¿Que yo le quiera a usted? ¿Es eso lo que hace falta, Daniel? ¿Y usted no comprende que yo le quiero? Sí, no me da vergüenza decírselo a usted: ¡Le quiero, Daniel!» (p. 222).

La construcción psicológica de un personaje femenino como Candelas contrasta enormemente con el modelo de personajes femeninos que se construían hasta ese momento. La autora comienza a insuflarle a su heroína características que la erigen como sujeto, con derecho a rechazar a un hombre y a escoger a otro, y no como objeto —como Soledad, que se ve inevitablemente arrastrada a la perdición. Al final de la novela, cobra sentido la intencionalidad de la narradora con la denominación de sus protagonistas, cuyos nombres propios habían sido característicos de su relación: cuando el violador de Candelas regresa a la ciudad y ésta busca la protección de su hermana, se encuentra «más desamparada, más perdida que nunca. Experimentó dolorosamente *la soledad* de su vida» (p. 188; la cursiva es mía); y Soledad la utiliza como faro que ilumine el camino de regreso a su amado: «ella le traerá a mí» (p. 194). Estos nombres, que siempre habían sido para ellas un reflejo de sus personalidades, encuentran por fin lugar en sus identidades cuando finaliza el relato. Soledad es abandonada de manera definitiva por Gregorio; mientras que Candelas por fin deja atrás la oscuridad de su vida y «va hacia la luz» (p. 222)

c. *Natacha* (1930)

La primera novela extensa de Carnés²⁹² muestra claramente la influencia que la narrativa rusa decimonónica había dejado impresa en la autora. El propio título, el apelativo con el que el protagonista masculino, Gabriel Vergara, bautiza a la protagonista femenina, Natalia Valle, deja constancia de ello. De hecho, es interesante que sea el apodo y no el nombre verdadero de la protagonista el que aúna las características del personaje ruso; es decir, los rasgos rusos de la protagonista le son impuestos desde la óptica masculina: «Natacha era alta y morena, como tú, y tenía, como tú también, los ojos azules y el cabello negro, y como tú, se reía pocas veces, y era brusca y huraña, y tenía la respuesta pronta y la mirada fría. Yo estuve enamorado durante algún tiempo de Natacha, y por eso, cuando llegué a ti, no me sorprendí mucho» (p. 265).

Posteriormente, Gabriel reconoce que a fuerza de identificar a Natalia Valle con Natacha, se vio obligado a inventarle una infancia a la real. Los rasgos que Gabriel proyecta

²⁹² Carnés, *Natacha*, *op. cit.* A partir de esta nota, las páginas de la novela aparecerán citadas dentro del cuerpo del texto.

sobre Natalia la construyen como objeto de deseo y quedan fuera de toda discusión; de ahí que la novela lleve por título el apelativo que él le otorga y no el nombre con el que ella se identifica. Esta novela subvierte los parámetros de la narrativa decimonónica presentando a personajes muy alejados entre sí; la estructura claramente folletinesca es una estrategia más de la autora para llevar a cabo esta alteración. Algunos monólogos de Gabriel contrastan enormemente con los pensamientos de Natalia, puesto que él es un personaje romántico que idealiza a su amada y ella es el prototipo de mujer obrera que comienza a plantearse ciertas cuestiones sobre el *status quo*. Esta oposición entre la profunda interioridad de la protagonista femenina y la recia moralidad del resto de personajes supone el paso adelante en el compromiso social y feminista de Carnés.

El fatalismo que inunda la trama de la novela encuentra también su origen en la épica rusa, que Carnés conocía de primera mano por sus noches de lectura. Por otro lado, como ya se ha comentado en apartados anteriores, a finales de los años veinte y a principios de los treinta la mirada hacia Rusia era cada vez más popular entre los intelectuales comprometidos socialmente. En *El nuevo romanticismo*, Díaz Fernández consideraba la novela rusa el modelo que debía seguir la literatura de avanzada, puesto que en ella veía cómo las consecuencias de la revolución habían actuado sobre la conciencia de los escritores. Esto precisamente es lo que hace Carnés en *Natacha*: vierte toda su incipiente conciencia de lucha de clase y de género en la protagonista femenina, Natalia Valle. La progresión que experimentan los personajes femeninos de la autora madrileña no es más que un reflejo de su propia evolución como intelectual comprometida: desde la inocente Candelas, pasando por la atrevida Natalia, hasta llegar a la Matilde emancipada y consciente. De ahí que todos los personajes femeninos cuenten con rasgos autobiográficos: el trabajo del hogar siendo niña como Candelas; el precoz ingreso en el mundo laboral como Natalia, y la progresiva toma de conciencia como Matilde.

Asimismo, en las tres novelas, la familia representa para las protagonistas femeninas el núcleo más absoluto de corrupción, donde se hereda la pobreza y la explotación. La crítica a la maternidad incontrolada se inicia al principio de la obra, cuando Natalia Valle madre

considera la descendencia como única vía alternativa de felicidad: «¡Si yo tuviese un hijo!»²⁹³ (p. 94). Para Carnés, como para muchas otras intelectuales de la época, la maternidad es todavía preferible al aborto, si bien ambas opciones son contempladas como derechos de las mujeres. Pero es el egoísmo de la madre lo que denuncia la narradora, que a pesar de estar casada con don Berto, un marido alcohólico y ludópata, decide traer un hijo al mundo como una forma de consuelo ante la insatisfacción de su vida. El padre de Natalia pronto deja de estar capacitado para trabajar, lo cual obliga a la joven a iniciarse en el mundo laboral y en las miserias de su clase social con tan sólo doce años.

Natalia Valle es hija de la concepción del matrimonio como contrato social y de la frustración ante el desengaño femenino de la idea del amor. Desde el inicio de la obra se abre la galería de personajes femeninos cuando la narradora presenta a su madre. A través del contraste y las discusiones entre ambas protagonistas, la narración introduce la brecha generacional que separa ya a madres de hijas. La propia descripción de la madre de Natalia como una de esas mujeres sensiblonas que nada tiene que ofrecer al mundo más que su propio sufrimiento la distancia enormemente de la protagonista, que asume desde muy pequeña sus circunstancias. Como Candelas, lo que la protagonista presencia desde niña en su casa condicionará notablemente su concepción del amor en general y de los hombres en particular: «como todos los niños que crecieron en la tristeza, se dio a pensar muy pronto, y a los catorce años supo que el mundo sólo es miseria y dolor. No soñó con el amor» (p. 110). Sin embargo, Natalia dará un paso más al temor inicial presentado por Candelas: el repudio absoluto hacia el sexo masculino libre ya de toda inocencia:

No pudo evitar que germinara en su alma la semilla de la repulsión hacia el medio ambiente en que vivía, y en particular hacia los hombres —groseros, obscenos—, sus compañeros de trabajo, que no desperdiciaban ocasión de rozarle una pierna o un brazo con su cuerpo al cruzarse por la noche en los pasillos, angostos y mal alumbrados, del “cuarto de hormas”; hacia aquel viejo apoplético de don César, el administrador, que la retenía una mano entre las suyas, rosadas y blandas, cuando se acercaba a la caja a cobrar el sueldo todas las semanas, y que decía, guiñando los ojillos, pequeños y saltones, a los obreros de más confianza: “¡Qué maja!... ¡Qué maja se está poniendo está chica!” (p. 113).

²⁹³ Nuevamente, la autora alude aquí a un planteamiento decimonónico para subvertirlo: el inmenso deseo de ser madre se presenta en Natalia Valle como alternativa a la insatisfacción que le provoca su matrimonio, como se erigía en Ana Ozores, la Regenta, para quien «un hijo hubiera puesto fin a tanta angustia» (Clarín, *La Regenta*, op. cit., p. 776). Las consecuencias en el caso de Natalia Valle son, evidentemente, mucho más miserables.

El rechazo a los hombres por parte de Natalia ya va dirigido a un ámbito concreto que será el mismo que critique Matilde en *Tea Rooms*: el laboral. La dominación masculina era la que provocaba la amenaza sexual: los obreros podían manosear a las mujeres a placer y sus superiores podían abusar de su poder, como denunciará Matilde en 1934:

[...] se dan casos verdaderamente repugnantes; casos en que las auxiliares se han visto obligadas a denunciar al jefe inmediato o a pedir, con un pretexto cualquiera, su traslado a otro departamento de la casa. Eso tratándose del jefe inmediato, que cuando es el director quien origina las cosas, entonces el problema es de fácil solución: no hay más que coger la puerta... y, a comer moralidad²⁹⁴.

En este sentido, Natacha rechazará desde muy joven el matrimonio con un obrero: «¿yo?... ¡no tendría perdón de Dios! Con lo que veo en mi casa... Yo sé que la vida es una miserable porquería y los tíos unos canallas todos...» (p. 116), e irá gestando la revolucionaria idea de que es mejor no traer hijos al mundo miserable al que ella pertenece: «¿y cuando empezasen a venir los hijos? ¿Qué? Era gana de hacer mujeres y hombres tan desgraciados como ellas» (p. 158). Estas cuestiones imprimen en el personaje de Natalia una conciencia de género muy poco vista en las protagonistas femeninas del momento.

Para las obreras, el matrimonio supone otro modo de explotación, ya que constituye una ampliación del espacio laboral, tanto por la necesidad de la suma de capitales de ambos jornales como por el trabajo doméstico del hogar. Esta opción queda representada a través del personaje de Almudena, que después de casada tiene que optar a un segundo trabajo para poder pagar la casa en la que vive con su marido, además de, evidentemente, tener que ocuparse de todas las tareas de los hijos y de la casa. Por otro lado, para Natalia el matrimonio también supone una fractura en las relaciones de amistad femeninas: «desde que naciera para el amor, Almudena había muerto para la amistad [...] Nunca se guardaron el más insignificante pensamiento. No había en la vida de la una nada que la otra ignorase. Y, de pronto, el amor... ya siempre estaría *ése* entre las dos» (p. 159).

Por eso, a las mujeres con un anhelo de independencia como el de Natalia no les queda otro remedio que tomar otras opciones. La protagonista renunciará a la moralidad cuando conviva con don César, el administrador de la fábrica. La denuncia de Carnés va más allá y profundiza en la necesidad de sobrevivir en la ciudad. Efectivamente, y como le advierte el

²⁹⁴ Carnés, *Tea Rooms...*, *op. cit.*, p. 88.

propio don César a Natalia, «eso de la honradez es muy elástico» (p. 181). A través del ejercicio de la prostitución por parte de su protagonista, la narradora plantea que la moralidad es igualmente una cuestión de clase, y demuestra que, ante preocupaciones más urgentes y de mayor importancia, las clases bajas transgreden las normas morales con facilidad. De hecho, la recia ética decimonónica es para Carnés un lastre que arrastran las clases medias y que queda plasmada en la descripción del pueblo de Labardera y, más concretamente, en el personaje de la tía Librada. A pesar de su nombre y de su presentación inicial —«Librada era alta y fuerte; Natalia, bajita y débil. Librada cursó la carrera de maestra de escuela; Natalia ayudaba a la madre en las faenas domésticas. Librada no paraba en casa; Natalia no salía de ella» (p. 88)-, lo cierto es que Ada se volverá esclava de su propio comportamiento y se convertirá en la representante de la moralidad más áspera: «clavaba en la mirada de su sobrina su soberbia de mujer de concepto intachable, de vida diáfana, y su cuerpo temblaba, sacudido por los años, sacudido por la ira; su cuerpo de virgen, deformado por los años» (p. 287). En realidad, tanto Librada Valle como el resto del pueblo odian a Natalia por su independencia, por haber tenido la osadía de escoger la vida que lleva siendo la querida del administrador.

La propuesta de Natalia resulta extrañamente subversiva: evidentemente, está vendiendo su cuerpo a cambio de favores económicos. Sin embargo, se da cuenta de que no puede emanciparse a través de la prostitución y abandona a don César. Su toma de conciencia de clase y de género se configurará en el cuestionamiento que se formula cuando se replantea su trayectoria vital: «¿estaba yo obligada a seguir aquella vida miserable?» (p. 229). Efectivamente, Natacha escoge mal en su camino hacia la emancipación, pero aun así subvierte el modelo de pensamiento tradicional cuando se plantea que debería haber otra opción para ella ante su situación de miseria. A través de las profundas reflexiones que lleva a cabo cuando se dirige al funeral de su madre, Natalia está poniendo en crisis el sistema de valores de la sociedad de los años treinta, porque, por más que lo intenta, no consigue sentirse culpable por su modo de vida: «¿Me pondré de rodillas y pediré perdón?... ¿Perdón de qué? Realmente, no encuentro en mí maldad» (p. 231).

Por otro lado, todas estas reflexiones toman otro cauce cuando se orientan hacia la concepción de su propio cuerpo como espacio de la opresión: «yo no puse voluntad en aquello. Fue algo ajeno a mí. Sentía cansancio y me hubiera dejado caer en el camino en

cualquier momento. Pero no quise... ¡no quise! Le tenía asco, y sigo sintiendo asco hacia él» (p. 230). Sin embargo, será radicalmente distinto cuando caiga en brazos de Gabriel Vergara, con quien experimentará su verdadero deseo, como simboliza la flor amarilla que Natalia guarda en su pecho: «entre las ropas cayó al suelo la flor solitaria. Natalia fijó los ojos en ella y se acarició con los dedos un seno, en el que la flor había dejado su polvillo amarillento» (p. 288). En cualquier caso, su aventura con Gabriel es imposible, porque se trata de un hombre casado. El protagonista masculino, quien al inicio de la novela se había erigido como un buen candidato para Natalia, también adquiere connotaciones negativas a estas alturas de la novela: «si tú no me hubieras dejado sola, no hubiera ocurrido aquello tan sucio y tan triste» (p. 269). La cobardía y la traición de Gabriel quedan de manifiesto cuando Natalia le reprocha su matrimonio con Lena: «una vez pensé en escribirla, dándole un adiós definitivo; pero inconscientemente miré hacia atrás, y ya no pude» (p. 268).

La pusilanimidad de Gabriel Vergara convierte a Lena, la esposa, y a Natalia, la amante, en víctimas del mismo hombre traicionero, y al deseo femenino, en una profunda fuente de contradicciones para Natalia. La narradora plantea todas estas contradicciones en las reflexiones de la protagonista, que busca la expresión de su deseo y su sexo y al mismo tiempo la reprime. Sin embargo, la revolución de este personaje estriba precisamente en el lugar donde ubica la culpabilidad que siente. La penitencia de Natalia no procede de haber ejercido la prostitución con el capataz de la fábrica, sino de haberse considerado como objeto definido desde la mirada masculina. Lo mismo da que sea la de don César, ajena a su voluntad, que la de Gabriel Vergara, en quien ella deposita su deseo. Natalia Valle encuentra en su cuerpo un lugar donde se produce otra opresión. Las profundas contradicciones de sus pensamientos la construyen como un modelo de mujer que todavía no tiene cabida en la sociedad. No está proponiendo una alternativa de liberación o emancipación, pero ya está asumiendo las dos únicas vías que tiene la mujer obrera por delante: la vida del trabajo y el matrimonio con un obrero, o la prostitución.

Carnés tergiversa también la clase social de su protagonista al describirla como señorita cuando mantiene la relación con don César. Natalia se convierte en un personaje difícilmente ubicable en el panorama social y literario de los años treinta, y Carnés lo representa de forma magistral en su novela. Sin embargo, Natalia no es el tipo de protagonista femenina de la pérdida, porque ha vivido su elección como un ejercicio de libertad y, además, ha asumido las

consecuencias de sus actos. Natalia será la inadaptada, y por ello padecerá el rechazo social, pues el ambiente que la rodea no está preparado para recibir las propuestas innovadoras que ella plantea. De ahí los grandes contrastes entre la estructura tradicional y la protagonista femenina, que no encaja en ningún círculo durante su trayectoria vital. Carnés está poniendo en crisis los roles tradicionales y está redefiniendo la percepción social de la mujer; aunque en 1930 todavía es pronto para otorgarle la victoria a una protagonista como Natalia Valle, y así lo demuestra el final de la novela. La ciudad y el ambiente son hostiles a la protagonista: «andaba despacio, relegándose instintivamente contra los edificios; hurtaba el cuerpo a los vehículos con inconsciencia de enferma» (p. 299). Sus intentos por cambiar de vida han sido fatalmente rechazados por la sociedad y regresa a Madrid con el propósito de anularse: «yo no seré nunca nada» (p. 302), porque nada ofrece el mundo para ella que no sea el trabajo manual. De este modo, Natalia es una pieza más del engranaje del sistema capitalista, y así lo demuestra su fusión con la ciudad, como una Dafne urbana: «los pies, torturados por los pedruscos de las calles, se han vuelto de piedra o de palo; han logrado la invocada metamorfosis, y son leños, y sus raíces, sus largas raíces se han adherido a la tierra, se han enroscado a la tierra, mientras sus ojos se clavan en la luz, desmesurados, blancos, muertos» (p. 301).

d. *Tea Rooms. Mujeres obreras* (1934)

La tercera y definitiva²⁹⁵ novela de Luisa Carnés refleja las contradicciones entre los avances que la Segunda República proponía para las mujeres y su puesta en práctica: «legislaciones claves para la trabajadora como la baja de maternidad con salario, la reintegración al puesto laboral después del parto y la prohibición del despido después del matrimonio, que se realizaron con Francisco Largo Caballero como Ministro de Trabajo, seguían sin llevarse a la práctica»²⁹⁶. Aunque las mujeres casadas tenían derecho a trabajar, las empresas privadas siempre preferían a las solteras. En este sentido, las medidas igualitarias perseguidas por la República no conseguían concretarse fácilmente. Sin embargo, el ataque de Carnés va dirigido a las grandes empresas, y no a la República, a la que

²⁹⁵ Definitiva porque aborda por completo las características representativas de la narrativa de Luisa Carnés: la conciencia social unida a la de género.

²⁹⁶ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 93.

considera artífice de los grandes cambios en la situación de la mujer, como dejará claro en varios artículos publicados en prensa antes y durante la guerra.

Por otro lado, a partir de 1931 la escritura de Luisa Carnés se había ido politizando progresivamente. A estas alturas de siglo, la literatura que perseguía un cambio artístico lo buscaba también político y social; era indisoluble ya el compromiso ético de la tarea intelectual. Así, como ya se ha comentado anteriormente, el grupo de novelistas de avanzada se va acercando al proletariado con una intención claramente combativa, aproximándose a posturas de corte comunista que se verán definitivamente marcadas con el estallido de la guerra. Al politizarse cada vez más el entorno y al afiliarse a partidos políticos, las mujeres tomaron dos sendas no del todo opuestas pero sí diferentes: algunas, como Margarita Nelken o Dolores Ibárruri relegaron la cuestión femenina a un segundo plano²⁹⁷, con la esperanza de que la modificación social transformaría la situación de la mujer²⁹⁸; otras, como Clara Campoamor, Federica Montseny, María Teresa León o la propia Luisa Carnés no descuidaron nunca su compromiso feminista y lo priorizaron por encima de otras propuestas; para ellas, la liberación de la mujer suponía un requisito indispensable para la liberación del proletariado.

*Tea Rooms*²⁹⁹ está fuertemente influida por un componente periodístico que encuentra su origen en el momento laboral que está viviendo su autora, cuya firma ya es habitual en el periódico *Estampa*. No en vano, el relato se subtitula *Novela reportaje*, y sin duda lo es: la mirada panorámica, el muestrario de personajes y la inmersión de la autora en la narración construyen un testimonio verídico de la realidad de las mujeres obreras en el Madrid de los años republicanos. El retrato fiel del entorno que se expone en *Tea Rooms* supone la culminación de Carnés como artista «flâneuse», como observadora de la realidad imperante desde la mirada de artista femenina que se construye a sí misma como sujeto creador y supera el antiguo papel de objeto de observación del artista masculino. En este sentido, la voz

²⁹⁷ Según la investigadora Mary Nash, «a pesar de las advertencias ocasionales de la Pasionaria, la comunista española que mejor exponía estos asuntos, los comunistas ortodoxos descuidaban notoriamente los problemas de las mujeres y defendían la subordinación total de cualquier demanda femenina hecha por el partido». *Rojas, las mujeres republicanas españolas en la guerra civil, op. cit.*, p. 124.

²⁹⁸ Relegarla a un segundo plano, no obstante, nunca quiso decir abandonar la lucha por la emancipación de la mujer: la organización, entre los años 1935 y 1937 de la Primera y Segunda Conferencias de Mujeres Antifascistas, así como la del Movimiento de Mujeres Antifascistas lo demuestran.

²⁹⁹ Carnés, *Tea Rooms, op. cit.* A partir de esta nota, las páginas de la novela aparecerán citadas en el cuerpo del texto.

narrativa en las novelas de Luisa Carnés es claramente una narradora, con marca de género, como podemos observar en toda su producción literaria.

La crítica en esta tercera novela de la autora madrileña es ya claramente política, puesto que se centra en un grupo socialmente oprimido, las mujeres obreras: «con un argumento centrado en la descripción de los mínimos episodios cotidianos de la pastelería, poco a poco se descubre el telón de fondo: las contrataciones, los despidos, la legislación interna, las jerarquías, el maltrato, la falta de higiene»³⁰⁰. El salón de té en el que la protagonista, Matilde, encuentra trabajo —a pesar de estar preparada para ser mecanógrafa—, reproduce el microcosmos social y femenino: las empleadas dividen su atención entre la supervivencia diaria y la búsqueda de marido. Matilde se erige como sujeto emancipado porque toma plena conciencia de clase y denuncia la injusticia; además, la narradora omnisciente que es Carnés observa y expone el entorno al que la vista de la protagonista no puede llegar. Así, quedan cubiertas todas las esquinas del relato-retrato, y no hay ningún espacio que, como lectores, no alcancemos a ver o a juzgar. La intención de Carnés es siempre pedagógica, expone los problemas de las trabajadoras para que el conocimiento de la situación promueva quizás algún cambio, o al menos remueva la conciencia de sus lectores.

Entre otros, el problema principal al que se alude desde el título es la situación laboral de las mujeres, más específicamente su situación salarial. Esta problemática surge ni más ni menos que del paso del ángel tradicional del hogar a la mujer moderna, puesto que, como ocurría en *Natacha*, la sociedad no está preparada para aceptar los cambios. La creciente demanda de mano de obra femenina contrastaba enormemente con la concepción tradicional de la mujer, protectora de la tradición y ocupante del espacio doméstico. Las leyes dejaban en situación de inferioridad a la mujer trabajadora con el supuesto objetivo de protegerla: la discriminación en los sueldos respondía a una concepción del salario femenino como complementario al del marido, nunca superior. Las empleadas del salón de té trabajan diez horas diarias por un salario de tres pesetas: «la noche. Duelen las plantas de los pies, y los muslos y el índice de la mano izquierda, producto de la experiencia del nudo corredizo, y se tiene un peso enorme encima de los párpados. ¿Cuántas horas? Diez. Diez horas [...]. Diez horas, cansancio, tres pesetas» (p. 34).

³⁰⁰ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 110.

La jornada laboral remite a una concepción esclavizante de la obrera, que tampoco tiene días libres: «una no tiene más que medio día cada semana, es decir, cinco horas de asueto por cada setenta y cinco de trabajo [...]. Fuera, el ocio, el lujo, las diversiones y el amor» (p. 36). El trabajo, por tanto, va adquiriendo una connotación negativa: la conquista del espacio laboral, que para las mujeres de clase media había supuesto un paso adelante en su camino hacia la emancipación, para las obreras era la gran vía de explotación. El trabajo no dignifica, más bien al contrario, esclaviza y anula la personalidad de los seres humanos: «aquí no son ustedes mujeres, aquí no son ustedes más que dependientas» (p. 37). El camino iniciado por Natalia Valle con su deshumanización en la ciudad toma forma definitiva en Matilde. Los cuestionamientos que se había formulado Natalia en 1930 —«¿qué esperaba de su vida? ¿Su vida? ¡Ah, qué maldición! Qué cansancio de vivir así. Un día, otro día» (p. 118) — son radicalmente distintos de los que expresa Matilde en 1934:

[...] la línea divisoria aparece en toda su magnitud. Aunque aún no se la sabe definir con palabras, se la ve, se la siente a cada instante. Particularmente al mediodía, durante el transcurso de la media hora de camino hasta casa [...] Esos blandos olores exquisitos de las cocinas ricas; el sugerente calor que la envuelve a una al cruzar ante las ventanas de esas cocinas, recordándole que ha tomado a las ocho de la mañana una taza de café puro y un pedazo de pan correoso, y que son las dos de la tarde; recordándole a una que su hambre no data de unas horas ni de varios años, que es un hambre de toda la vida, sentida a través de varias generaciones de antecesores miserables [...]. Matilde siente como nunca el peso de su condición de explotada (p. 81).

Ya se ha comentado la línea evolutiva entre los personajes femeninos de Luisa Carnés. Natalia Valle admite una injusticia social; Matilde la percibe ya como política cuando asume la diferencia entre clases sociales. La protagonista de *Tea Rooms* va más allá, de acuerdo con la progresión política que había efectuado Carnés, cuando encuentra la vía para luchar por su emancipación: «esto, no. Ni lo de Marta. Ni tampoco la inconsciencia de Laurita. Hay que destruir toda esta carroña. Destruir. Para edificar. Edificar sobre cimientos de cultura. Y de fraternidad» (p. 204). Mientras que Carnés había relatado su experiencia en el taller de sombreros en *Natacha*, a través de Matilde narra su experiencia en la pastelería madrileña Viena Capellanes. El hecho de que la autora atribuya rasgos autobiográficos a sus personajes favorece la veracidad de las detalladas exposiciones del entorno social que está describiendo. En otras palabras, a través de sus personajes femeninos, la autora está ampliando su propio

testimonio y profundizando en el análisis personal y social de su descripción. En este sentido, el personaje más representativo de la propia Carnés es Matilde, protagonista de *Tea Rooms*.

La denuncia política se vuelve explícita ya en esta tercera novela de Carnés. Durante toda la narración, se van introduciendo de manera fragmentaria³⁰¹ imágenes que miran hacia Rusia; ya el primer capítulo concluye con la visión de unos carteles en el regreso a casa de Matilde: «¡Viva Rusia!, ¡Obreros! Preparaos contra la guerra imperialista» (p. 14). Los planteamientos expuestos en la novela coinciden en el tiempo con la afiliación de Carnés al Partido Comunista, y la exploración en los temas político-sociales de la novela se corresponde con el análisis y la valoración de la ideología marxista, además de la intención pedagógica previamente mencionada. Carnés busca una exposición de sus ideas a través del relato de situaciones susceptibles de análisis para que, a través de esta información, los lectores acepten y comprendan las circunstancias descritas y participen de la transformación política. La admiración que siente Carnés, como muchos otros intelectuales, por la Unión Soviética, se traduce en el discurso de Matilde: «en ese país, en vez de cerrarse, cada día abren nuevas fábricas e inauguran nuevas industrias. Y las mujeres no andan meses y meses de un lado para otro, con un periódico debajo del brazo, buscando un mísero mendrugo; ni los niños se mueren de hambre y frío en las calles. Rusia se llama ese país» (p. 158).

Lo importante de la Unión Soviética es la alternativa de cambio social que representa: «quiero decir con esto que se acerca el fin de los patronos y de todos los capitalistas; y que nosotros, los pobres, dejaremos de pasar hambre y de calarnos los pies todos los inviernos» (p. 157). Como señala Ramón Puyol, «en esa época ser comunista era casi obligatorio para la gente entre veinte y treinta años. Era la nueva vida, la revolución. La gente con un poco de imaginación, un poco abierta y dispuesta a trabajar pensaba en eso e ingresaba en el Partido»³⁰². El modo de vida alternativo comienza a tomar forma en las mentes del proletariado; como bien apunta el discurso final de la mitinera: «ha pasado el tiempo en que se consideraba ridículas y hombrunas a las mujeres que se preocupaban de la vida social y política del mundo» (p. 199). De hecho, todo el desarrollo de los acontecimientos en la novela va dirigido a confluir en el mitin de la obrera embarazada. La mujer, como obrera y

³⁰¹ Fragmentariedad que responde a la ambigüedad con la que el asunto corría por los círculos obreros del Madrid de los años treinta. En la novela se reproduce tal y como llega a oídos de Matilde.

³⁰² Olmedo, «Entrevista a Ramón Puyol», *op. cit.*, p. 295.

como embarazada, se alza como el símbolo más claro de la concienciación de clase y género que se ha venido predicando durante toda la novela. Las observaciones y reflexiones de Matilde responderán, por tanto, a la gran denuncia final. Las cavilaciones de la protagonista son la de mayor alcance político que se han desarrollado hasta el momento en la galería de personajes femeninos de Carnés. La suya es una observación con conciencia de clase, como demuestran sus pensamientos sobre la multitud en sus largos paseos buscando trabajo:

Matilde ha conocido a muchas aspirantes de este aspecto y muchas del contrario. Jóvenes, limpias, de cuerpos esbeltos y perfumados, de manos cuidadas y brillantes. Unas son tímidas, titubean al hablar y al sentarse en el vestíbulo esconden los pies debajo del banco o de la silla. Otras irrumpen en el aposento triunfalmente, cruzan una pierna sobre la otra, citan casas de importancia, e incluso fuman algún cigarrillo, a veces. Antesalas frías. Mujeres de los más varios tipos y edades. Zapatos deteriorados debajo de los bancos o sillas; zapatos impecables, pierna sobre pierna (p. 11).

Los zapatos suponen, para Matilde, una línea divisoria claramente acusada entre una clase social y otra; entre las mujeres que buscan trabajo como vía de emancipación y las que lo buscan como remedio a la necesidad. Esta línea se trazará para Matilde desde el inicio de la novela, e irá apareciendo de modos distintos:

¿Qué mal han hecho estas pobres criaturas? Por ahí se ven otros niños, incluso feos y deformados, con sus buenos trajecitos, sus juguetes, sus perros perfumados; y ellos mismos huelen tan bien... Esos niños van en su coche hasta la escuela, una escuela higiénica, con su hermoso jardín de recreo, su calefacción. En la escuela municipal hace frío, y el mal remunerado profesor sufre de hipocondría, que se esquina contra los pobres niños (p. 18).

En este sentido, la jerarquía de clases se esboza de forma muy clara en la novela. Para inteligencias perspicaces como la de Matilde³⁰³, la conciencia de clase lleva implícita la semilla de la insatisfacción: «la línea divisoria de clases queda establecida (*¿por tiempo limitado?*) definitivamente» (p. 81; la cursiva es mía). A medida que Matilde va denunciando las injusticias y trato discriminatorio que padecen las obreras en el salón de té, se advierte que su percepción es revolucionaria, es decir, busca un cambio significativo desde la conciencia de su situación como trabajadora.

Otra de las observaciones de Matilde en sus paseos por la ciudad es la indumentaria femenina. Como ya se ha comentado, el objetivo común de las artistas modernas era construir

³⁰³ De nuevo, la protagonista femenina destaca entre el resto de personajes; aunque Matilde no es la inadaptada, sí es la diferente: «Matilde dice las cosas de un modo que no admite réplica [...]. En cuanto a las otras dependientas, varía mucho la situación. Todas ellas son muchachas sencillas, ignorantes y cordiales» (p. 44).

a la protagonista femenina como sujeto autónomo, y para ello muchas lo expresaban también en la ropa, vistiendo a sus protagonistas femeninas con atuendos propios de la moda del momento. Sin embargo, Carnés subvierte esta práctica y plantea que la vestimenta femenina moderna no representa en modo alguno una forma de autoconstrucción para determinadas mujeres, las pertenecientes a las clases bajas, que evidentemente ignoran y se alejan de los vaivenes de la moda. Según Matilde:

[...] para la muchacha pobre el cambio de estación supone la adición de un problema a la suma de dramáticos problemas que integran su vida. Cada primavera requiere una renovación proporcional del indumento. La mujer rica desea el estío, que le permite cultivar su fina desnudez. La pobre lo teme. La pobre ve con temor la proximidad de los días radiantes de ese sol enemigo que descubre el zapato informe, que ilumina cada deterioro del atavío con la precisión de un reflector a la estrella (p. 21).

Esta apreciación viene siendo habitual en Carnés. Dos elementos de la indumentaria femenina se convierten en el mayor distintivo de clase social, los zapatos con el tacón torcido y el abrigo estival: «y después de haber andado media hora sobre mis pobres tacones torcidos, colaboradores lastimosos con mi abrigoillo estival de este reportaje, llego de nuevo ante la casona de piedra gris»³⁰⁴. De igual modo, cuando Matilde conozca a Marta por primera vez, destacará de ella que «sus tacones están muy torcidos» (p. 111), señal inequívoca de la procedencia social de la muchacha y de su desesperación por encontrar trabajo³⁰⁵.

Una de las observaciones de Matilde en sus largos paseos al inicio de la novela tendrá que ver con otro asunto central de su denuncia: la educación de las clases obreras y más especialmente, de las mujeres. Matilde le dirige sus pensamientos a la mujer que lee una novela amorosa sentada en un banco del parque: «¡Uy, lectora de novelas blancas, detenida, colgada hace veinte años del aro rosa de un segundo bobo! A través de tus gafas impecables, ¿no ves correr la sangre de Oriente y Occidente?» (p. 23). La despreocupación de la sociedad por la situación internacional de las mujeres trabajadoras alarma a Matilde, que culpa a

³⁰⁴ Carnés, «Una mujer busca trabajo», *art. cit.*

³⁰⁵ Curiosamente, hay una escena en *Nada*, de Carmen Laforet, en la que Andrea también siente que sus zapatos son la marca que mejor define su estatus social: «Me acuerdo del portal de mármol y de su grata frescura. De mi confusión ante el criado de la puerta, de la penumbra del recibidor adornado con plantas y con jarrones. Del olor a señora con demasiadas joyas que vino al estrechar la mano de la madre de Pons y de la mirada suya, indefinible, dirigida a mis viejos zapatos [...] Me sentí en un momento angustiada por la pobreza de mi atavío». Carmen Laforet, *Nada*, Barcelona, Destino, 1998, p. 202.

ciertos hábitos de conducta femeninos de la situación en la que se encuentran: «Laurita tiene diecinueve años y es asidua lectora de novelas frívolas traducidas del francés» (p. 174). En opinión de la protagonista, «si Laurita hubiera poseído una cultura media, no hubiese estado dominada por principios seculares de religión y tradición; hubiera procedido en forma muy distinta» (p. 202). La joven ha sido asesinada «por la sociedad», que no ha sabido ni ha querido otorgarle otros valores que los del *ángel del hogar*, por los que se ha visto obligada a abortar ilegalmente y morir a consecuencia de una terrible hemorragia.

Por otro lado, a la denuncia de la situación a la que se ve arrastrada Laurita, se une la de la doble moral de las clases medias y altas, que con tal de evitarse la deshonra recurren a abortos clandestinos sin reparar en el peligro que corren las mujeres. La coerción social basada en la deshonra lleva a los padres de Laurita a no ejercer acción legal contra el padre y a obligarla a abortar, asumiendo la vergüenza del agravio de su hija incluso muerta. Nuevamente, como lo fueron en *Natacha*, las normas morales son susceptibles de cambio en *Tea Rooms*. Para Matilde, es repugnante que los padres de Laurita sólo se preocupen de mantener su reputación después de la muerte de su hija³⁰⁶: «lo que a mí me ha indignado de verdad ha sido aquella madre, más horrorizada por la opinión de la gente que por la muerte de su hija [...]; repitiendo a cada momento que aunque su hija haya hecho lo que ‘ha hecho’, ellos son una familia muy decente. Y tenía la casa llena de santujos» (p. 202).

La «decencia» se convierte para las clases bajas en algo relativo, del mismo modo que sucedía en *Natacha*, ya que como bien observa la protagonista, «es sobradamente sabido que el estómago es amoral» (p. 160). Matilde, bastante más inteligente y cultivada que Natalia Valle, entiende que el cambio en la sociedad debe producirse —«todo esto desaparecerá algún día con el advenimiento de la cultura, con la liquidación del paro obrero, con la depuración de la sociedad contemporánea» (p. 160)—, pero mientras tanto, «hay que comer» (p. 160). De ahí que no juzgue a Marta cuando, despedida de la pastelería, decida ejercer la prostitución. Al menos ahora cuenta con medios suficientes para comer y vestir

³⁰⁶ La preocupación sobre la imagen social de la familia tras la muerte de una hija será un tópico frecuentemente tratado en la literatura de la época. Otro ejemplo lo encontramos en *La casa de Bernarda Alba*, cuando Bernarda descubre el cadáver de Adela y sólo se ocupa en demostrar que su hija ha muerto virgen: «No. ¡Yo no! Pepe: irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas, pero otro día caerás. ¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como si fuera doncella. ¡Nadie dirá nada! ¡Ella ha muerto virgen! ¡Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas!». Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*, Madrid, Cátedra, 2017, p. 279.

decentemente. Sin embargo, para Matilde, que, como decimos, ya es una protagonista femenina más instruida, la prostitución no es, desde luego, la solución: «tampoco Marta está en el camino cierto de la libertad, de la emancipación» (p. 193). La prostitución es el único modo de subsistencia de las muchachas sin educación y sin cultura pertenecientes al proletariado, pero es un remedio engañoso: «captada por el anuncio inmoral, en el que se adivina la salvación [...]; un día, el amigo se cansa y otra vez a rodar» (p. 194). En este sentido, la prostitución para Matilde no es el remedio, pero no por su «indecencia», sino por su escasa probabilidad de éxito dentro del proyecto de emancipación femenina.

Los criterios de moralidad suponen para Matilde una seña de identidad de las clases sociales. El episodio de la madre que reprende al niño por pedir un bocadillo de jamón, que la protagonista describe en uno de los primeros días detrás del mostrador, así lo revela: «le da al chico un puntapié por debajo de la mesa, sin dejar de sonreírle, porque ante todo es una señora distinguida y sabe cubrir las apariencias como cumple a una persona de su condición» (p. 64). La hipocresía es el rasgo definitorio de las clases medias y altas, como demuestra la madre de Laurita cuando pretexta que su hija trabaja como castigo por no estudiar: «Miente. Cierta que la joven cursaba unos estudios, pero el coste de los libros y las academias resulta excesivo para sus cortos medios económicos» (p. 91). La incorporación de Laurita como empleada del salón expone, además, la clara diferencia entre el trabajo femenino complementario al salario familiar y la dureza de la realidad de las obreras que trabajan para mantener a una familia entera. Laurita personifica el tipo de mujer a la que el trabajo emancipa, libera, incluso divierte: «bueno; esto de cobrar es un encanto. Yo sólo estaba acostumbrada a soltar los cuartos» (p. 111). Sin embargo, para Matilde es la máxima vía de explotación:

Piensa en su situación. Que apenas ha cambiado. Su inquieto y penoso deambular cesó. Su paso es más firme y ha ganado en ritmo. Por lo demás, los alimentos han mejorado poco en casa y el ambiente, en general, sigue siendo el mismo. Su concepto de la vida no ha sufrido variación; al contrario. Su definición de la sociedad: «los que suben en ascensor y los que utilizan la escalera interior», se ha consolidado (p. 77).

Las mujeres que son, como Matilde, cabezas de familia, observan en el trabajo femenino un eje de opresión que sólo confirma su miseria. La cita refleja cómo la ocupación de Matilde no ha supuesto ninguna mejora económica en su vida, pero tampoco personal. No

la ha liberado, más bien al contrario, la tiene esclavizada: «el trabajo no redime, está corrupto, por mucho que se realice de forma excelente, no cambian las condiciones laborales ni aumenta el salario, porque el trabajo ni libera ni mejora»³⁰⁷. La emancipación femenina a través de la conquista del espacio laboral sólo es óptima para las mujeres de las clases medias y altas; por eso la lucha feminista debe pasar por la lucha de clases, como confirma la reflexión final de Matilde después de haber escuchado el discurso de la mitinera embarazada. La protagonista de *Tea Rooms* considera que la corrupción de la sociedad empuja a dar la espalda a los problemas femeninos: «desde hace milenios vienen provocándose abortos ilegales y prostituciones sin que nadie se asombre por ello. Por tanto, no es una sociedad humanitaria» (p. 203). De ahí surge la creencia de la destrucción como regeneración: «hay que destruir toda esta carroña. Destruir. Para edificar. Edificar sobre cimientos de cultura. Y de fraternidad» (p. 204). Por eso Matilde rechaza, como Natalia, al obrero como marido. Sin embargo, a diferencia de la protagonista de *Natacha*, para Matilde ya no hay sólo dos opciones (matrimonio o prostitución), sino que se construye como sujeto femenino auténticamente libre. Como apunta la obrera que pronuncia el discurso final: «antes, no había más que dos caminos para la mujer: el del matrimonio o el de la prostitución; ahora, ante la mujer se abre un nuevo camino, más ancho, más noble [...], el de la lucha consciente por la emancipación proletaria mundial» (p. 200). Efectivamente, al seguir ese camino nuevo Matilde se está constituyendo como la «mujer nueva, sin tipo» (p. 204).

En 1934, Carnés aborda ya la importancia de la lucha emancipadora con conciencia de clase pero también de género; se lucha por el fin de la desigualdad, aunque ella es plenamente consciente de la especificidad del papel de la mujer dentro de la revolución. La lucha por la liberación proletaria pasa ineludiblemente por la emancipación femenina: el fin de la desigualdad cultural y laboral llevará al fin de la ignorancia en las mujeres. La voz de Luisa Carnés es el auténtico catalizador a través del cual vislumbrar las injusticias para acabar con ellas de forma definitiva.

³⁰⁷ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 156.



Siento frío dentro de mi
destacado abrigo de ver
ano.

Luisa Carnés, «Una mujer busca trabajo», *Estampa*, VII, 330, 5 de mayo de 1934.

5.3. Los relatos de la memoria

a. *De Barcelona a la Bretaña francesa. Episodios de heroísmo y martirio de la evacuación española* (1939)

El compromiso político de Carnés la convierte en el cuarto personaje femenino de su trayectoria literaria. La narración de los últimos días de supervivencia de la República, así como las circunstancias de su evacuación a través de los Pirineos en dirección a Francia lo demuestran. Su testimonio, fiel a su responsabilidad para con la República, deja constancia de unos terribles días de huida ante la oscuridad que se cernía sobre España. A partir de este momento, Carnés iniciará la construcción de su particular mito de España y de la República, que se irá agrandando progresivamente a medida que avance su exilio.

De Barcelona a la Bretaña francesa no representa en realidad una autobiografía, sino un texto autobiográfico, fundamentalmente porque, según Philippe Lejeune, las memorias no son el relato de una vida, sino más bien de una relación de acontecimientos sucedidos durante un periodo determinado de ese trayecto vital³⁰⁸. En el caso que nos ocupa, Luisa Carnés no aborda todos los acontecimientos de su vida —algunos, referentes a su infancia, los va intercalando a lo largo del texto, pero sin ninguna intención de dar a conocer sus circunstancias personales al lector, sino con el objetivo de argumentar con más peso algunas de las experiencias que expone—. Por otro lado, las memorias de Carnés cuentan con la particularidad de estar redactadas en el mismo momento de la huida a través de los Pirineos, como una especie de anotaciones escritas con urgencia para no olvidar ni uno solo de los detalles que se están viviendo. En este sentido, el texto rompe con otra de las condiciones propuestas por Lejeune en su caracterización del género autobiográfico: la perspectiva retrospectiva de la narración. Es evidente que los acontecimientos descritos en la narración han sucedido de forma previa a la redacción del texto, pero no transcurridos quince o veinte años después, como ocurre con otras memorias publicadas por los exiliados españoles. La diferencia radica precisamente en la intencionalidad en el momento de la redacción, que en el caso de autores como Luisa Carnés o Max Aub responde mejor a una necesidad urgente de dar testimonio veraz de los acontecimientos de forma simultánea a la experiencia; mientras que otros autores como María Teresa León, que redacta sus memorias treinta años después de

³⁰⁸ Philippe Lejeune, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endimiión, 1994, p. 48.

exilio³⁰⁹, plasman en ellas otro tipo de inquietudes y reflexiones mucho más íntimas y personales, en las que los recuerdos son la materia prima de sus textos.

No se puede concluir por ello que los testimonios más inmediatos al término de la guerra sean más veraces que los presentados posteriormente. Sin embargo, su propósito es distinto: la redacción de las memorias de Carnés responde a una pretensión explícita de evitar el olvido al que el régimen dictatorial iba a someter las vivencias de todos los exiliados. La escritura surge pensando que los acontecimientos y protagonistas de esos últimos días de República sólo existirán en la memoria colectiva si son narrados en ese momento. Porque si alguien o algo se olvida, ¿existe todavía en el plano de la realidad? Esta será la eterna pregunta que se formularán los exiliados a lo largo de toda su vida fuera de España, a la que sólo encontrarán respuesta en la tarea literaria. En este sentido, la literatura de la memoria y del exilio es enteramente política, puesto que el objetivo de su producción radica en encontrar una solución a la cuestión identitaria tras su desplazamiento obligado por motivos ideológicos. Es fundamental enmarcar las memorias de Luisa Carnés dentro de este panorama político, histórico y social, ya que su redacción se corresponde con ese compromiso para con la República. Se trata de una tarea realizada bajo el prisma de la labor de retaguardia de los periodistas y escritores.

Precisamente, uno de los aspectos más interesantes de las primeras memorias de Luisa Carnés, además de su evidente autobiografismo, es la valoración que hace la autora sobre las funciones de retaguardia en el contexto de la lucha por la defensa de la República. La vacilación en estas «cuartillas» responde a la urgencia de su redacción, en los primeros días en calidad de refugiada en el campo de internamiento en Francia. La contradicción entre sus propios pensamientos y reflexiones se refleja en el texto; por ejemplo, al referirse a la relevancia del compromiso literario de los escritores con la República. En un principio, Carnés se muestra orgullosa de la labor de periodista que ha llevado a cabo durante la guerra: «durante dos años y medio mi pluma, como la de la mayoría de los escritores, ha defendido la legalidad republicana, ha exaltado el heroísmo inagotable del pueblo español: ha cumplido con su deber»³¹⁰. Sin embargo, cuando pasa a describir a Amparo Fernández, la chica

³⁰⁹ María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, Sevilla, Renacimiento, 2020.

³¹⁰ Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, op. cit., p. 84. A partir de esta nota, las páginas de las memorias aparecerán citadas dentro del cuerpo del texto.

embarazada que decide inscribirse como fortificadora en Barcelona, la autora añade: «Me sentía insignificante a su lado. ¿Qué valía en aquella hora una pluma?» (p. 100). La autora titubea ante la valoración de su propio trabajo de retaguardia frente a la acción militante de primera fila, aunque finalmente admite la función destacada de su labor como cronista de guerra en el marco de la defensa de la República. De hecho, Carnés se esfuerza en demostrar la importancia de la literatura política como agente determinante en la moral republicana: «el enemigo sabía muy bien lo que significaba, como orientación y como estímulo para la población de Barcelona, aquella voz impresa» (p. 90). Al considerar su labor de intelectual como opción política, le está otorgando esa función: «se dieron órdenes de trabajar por la recuperación del ejército y a ello se fue, con toda rapidez. Agentes de policía realizaban este importante trabajo, contribuyendo a ello *las octavillas y la literatura repartida abundantemente* en las calles. La consigna central era: “Aún se puede salvar Cataluña”» (p. 139; la cursiva es mía).

El material del que se vale la autora para la construcción de los primeros hechos narrados en sus memorias no es otro que el recogido por ella misma como cronista de guerra: «el trabajo periodístico de la escritora en Barcelona se mantuvo hasta el 25 de enero de 1939 [...]. Luisa Carnés dejó la capital catalana, al lado de sus compañeros, apenas unas horas antes de la entrada en la ciudad del ejército de Franco»³¹¹. Las impresiones vertidas en sus memorias están fuertemente influenciadas por una estructura y un tono marcadamente periodísticos, como los que la autora venía desarrollando en sus colaboraciones con *Frente Rojo* y *Estampa*: «el texto se conforma a través de fragmentos, una suerte de artículos periodísticos acerca de sucesos puntuales»³¹². Muchos de estos sucesos, de hecho, ya habían aparecido en prensa, como el capítulo dedicado a Celestino García, cuya heroica actuación frente a trece tanques italianos había sido reseñada en *Frente Rojo*³¹³. En este sentido, la pretensión de veracidad queda marcada en los capítulos que recorren estas primeras memorias.

La intelectualidad antifascista había planteado la importancia de la veracidad en los textos de la guerra durante el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa

³¹¹ Plaza, «Introducción» en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa...*, op. cit., p. 31.

³¹² Olmedo, *Itinerarios de exilio...* op. cit., p. 189.

³¹³ Clemente Cimorra, «Celestino, soldado español», *Frente Rojo*, 18 de enero de 1939.

de la Cultura, estratégicamente celebrado en Valencia en 1937³¹⁴. Luisa Carnés había asistido a las conferencias como corresponsal de la revista *Estampa*, para la que redactó un artículo con citas de muchos de los escritores extranjeros asistentes³¹⁵: Jef Last, Malraux, Ehrenburg, Willy Bredel, Erich Weinert, Egon Erwin Kisch, Nordahl Grieg y A. Fadev. Como señala Manuel Aznar:

[...] resulta tan significativo como revelador que de los siete escritores combatientes³¹⁶, a excepción del holandés Jef Last, seis fuesen alemanes [...]. La ascensión de Hitler al poder y el exilio de muchos de ellos, la mayoría militantes comunistas y ya todos veteranos luchadores en 1937 contra el nazismo, explica perfectamente ese hecho en un momento en que se alcanzaba el cénit, la edad de oro del prestigio y la capacidad de influencia social y política del intelectual³¹⁷.

En efecto, resulta «revelador» porque tanto los asistentes alemanes como los italianos conocían de primera mano los efectos del fascismo de Hitler y Mussolini, y hablaban con conocimiento de causa sobre lo que ya resultaba una verdad arrolladora: la guerra que tenía lugar en España era una guerra por la libertad de todos los estados europeos. La lucha de los intelectuales, por tanto, era política, pero se unificaba bajo un mismo lema: la defensa de la cultura. Las ponencias de los asistentes al Congreso se estructuraron sobre dos consignas básicas: «hay unanimidad en resaltar que el pueblo español lucha por su libertad [...]. Y todos los discursos subrayan igualmente la barbarie del fascismo»³¹⁸. Por su parte, Luisa Carnés afirmaba en su artículo que «si los intelectuales extranjeros están a nuestro lado, lo hacen porque el triunfo de la República democrática, y con él el de la revolución popular, significará el nacimiento de una nueva era de cultura, de nuevas posibilidades artísticas, no sólo para nuestro país, sino para todos los pueblos»³¹⁹. Había que defender la República —y todo lo que ella conllevaba culturalmente— por todos los medios. Por eso, muchos de los intelectuales participantes en el Congreso habían decidido actuar en la primera fila del

³¹⁴ Los escritores que participaron en este Segundo Congreso, organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, llegaron a Valencia el 3 de julio de 1937, «la víspera de su inauguración en el Ayuntamiento de una ciudad que era entonces capital de la República española». Aznar Soler, *op. cit.*, p. 719.

³¹⁵ Luisa Carnés, «Los escritores del mundo con España», *Estampa*, X, 496, 31 de julio de 1937.

³¹⁶ Muchos de los intelectuales asistentes al Congreso se habían alistado como voluntarios en las Brigadas Internacionales.

³¹⁷ Aznar Soler, *op. cit.*, p. 720.

³¹⁸ *Ibid.*, p. 775.

³¹⁹ Carnés, «Los escritores del mundo...», art. cit.

conflicto asistiendo al Ejército Popular como brigadistas internacionales («nosotros, escritores que luchamos en el frente, hemos dejado la pluma porque no queríamos escribir historia, sino hacer historia»³²⁰). Pero además, estos intelectuales eran conscientes, y dejaron constancia de ello en sus intervenciones, de la importancia de la escritura como arma de combate. La literatura constituía un arma eficaz en la lucha contra el fascismo, porque era necesario derrotar también al enemigo en la batalla de la propaganda internacional. De ahí que uno de los principales objetivos del Congreso fuera establecer las bases de una literatura que tuviera posibilidades reales de combatir el fascismo. Las comunicaciones abordaron las preguntas sobre qué escribir, cómo hacerlo y para quién, intentado concretar en medidas específicas la ayuda que podía prestar la literatura:

Lejos de la demagogia y del populismo, se apuntaba hacia una literatura de calidad, calidad estética que expresara la calidad de los valores culturales, políticos y sociales por los que se combatía en la guerra. El arte y la literatura debían estar «al servicio de la causa popular», pero sin supeditarlos a la urgencia propagandística, a intereses sectarios o a dogmas estéticos³²¹.

La respuesta a la pregunta sobre cuál era la mejor vía para concretar la aportación que la literatura podía hacer a la causa republicana fue unánime. Bastaba con explicar la verdad, con aportar un testimonio veraz: «los intelectuales honrados, que con su pluma, puesta al servicio de la noble causa de nuestra libertad, que es la de todos los hombres honrados, seguirán escribiendo la historia de la guerra española, seguirán mostrando a las capas populares de las naciones lejanas cómo un pueblo lucha por su libertad»³²².

Las cuestiones planteadas en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura influyeron enormemente en la literatura de los intelectuales que vivían la guerra. En este contexto habría que ubicar las memorias de Luisa Carnés, consciente de la responsabilidad de su mirada para la construcción de un documento dirigido a un público amplio; de ahí su anhelo extremo por difundir un testimonio veraz. Su observación es panorámica —se asemeja más a un reportaje que a unas memorias—; su mirada se focaliza en los demás y no hay una reflexión profunda, simplemente se trata de una descripción de los hechos. Así pues, Carnés reproduce en sus memorias la misma función que en sus reportajes

³²⁰ Ponencia de Ludwig Renn, citado en Aznar Soler, *op. cit.*, p. 720.

³²¹ *Ibid.*, p. 722.

³²² Carnés, «Los escritores del mundo...», art. cit.

de guerra; se está adjudicando la obligación de contar explícitamente lo que ve, sin intervenir de forma personal en el escenario que describe. Con todo, la autora pone en valor su trabajo de cronista, exponiendo la realidad que la rodea como aportación personal. La anulación del *yo* en el testimonio de Carnés responde a una fusión *con los demás*: «para todos los mayores de edad del exilio de 1939, la derrota significaba la muerte de una “patria” en la que habían llegado a encontrarse a sí mismos en comunión con los demás»³²³. El camino de la individualidad a la colectividad pasa por una asignación de valores a este «grupo de vencidos», como la fidelidad a España y a la causa antifranquista. De ahí que sea «un honor ir a los campos de concentración... Si está en ellos lo mejor de España, el ejército de la República» (p. 198). El cruce de la frontera hacia Francia irá generando la idealización y mitificación de España («esa “patria” estaba para todos en el recuerdo idealizado y esquemático de la niñez y primera adolescencia»³²⁴), como demuestran las numerosas imágenes plagadas de nostalgia que la autora describe a medida que va dejando atrás España en su camino hacia Francia en el camión de evacuación. La creación de un grupo identitario al que pertenecen todos los que comparten el destino de abandonar España aporta un consuelo al desasosiego que produce el destierro, como apunta Teresa Gracia, que decide ingresar voluntariamente en el campo de Saint-Cyprien junto con su madre para seguir la suerte de todos sus compatriotas republicanos:

Íbamos mi madre y yo, mitad en tren y mitad andando, desde el pequeño y limpio hotel de Aurillac que nos había tocado en suerte, a los campos de concentración para pedir entrada voluntaria en ellos. A empujones acabaron los piadosos gendarmes por internarnos en el de Saint Cyprien [...]. La mañana del 25 de diciembre en que salimos de Perpiñán mi madre y yo, vimos, al acercarnos al campo de Saint-Cyprien, del lado libre de las alambradas, a la derecha de un camino de tierra, inmensos campos de cruces de madera, bastante pequeñas, bajo las que descansaban al fin, muertos de hambre y de tristeza (¡una muerte de poeta!) nuestros compañeros o compatriotas, como los queráis llamar. Nos pusimos a llorar y a gemir y ahí hicimos, bajo el cielo gris, desmayadas más que sentadas, por el dolor, sobre las maletas, de plañideras solitarias, tan desconocidas para esos muertos, como lo eran ellos para nosotras, pero bien sabíamos todos que la desgracia común nos había hecho miembros de una sola, inmensa familia³²⁵.

³²³ Carlos Blanco Aguinaga, *De restauración a restauración. Ensayos sobre literatura, historia e ideología*, Sevilla, Renacimiento, 2007, p. 212.

³²⁴ *Ibíd.*, p. 214.

³²⁵ Teresa Gracia, *Casas viejas. Una mañana, una tarde, una vida de la señorita Pura*, Madrid, Endymion, 1992, p. 11.

Por otro lado, la responsabilidad sobre el testimonio responde también a un deseo de contradecir las informaciones falsas que difundía la prensa del bando sublevado sobre los republicanos, como demuestra la actitud de los visitantes franceses del campo de concentración ante los refugiados españoles:

«Son como nosotros... ¡Y no muerden!». Evidentemente, esto último los contrarió muchísimo, ¡estaban tan saturados de las infamias permanentes que contaban de los republicanos españoles los periódicos de derechas, y pensarían divertirse tanto viéndonos arrancar unos a otros las tiras de la piel, y comernos de un bocado las orejas del ciudadano más inmediato! (p. 188).

La crítica de la autora va dirigida a la prensa conservadora francesa, que no perdía oportunidad de denigrar a los refugiados españoles para crear un ambiente de hostilidad frente a ellos en las localidades donde estaban presentes. Con el mismo objetivo, la víspera de la evacuación de Carnés, la Quinta Columna destruye los talleres de *Frente Rojo* y de *La Vanguardia* en Barcelona, para instaurar en la mentalidad republicana la sensación de aislamiento ante la pérdida de la guerra. La imposibilidad de hacerlo en la prensa lleva a Carnés a relatar muchas de las experiencias vividas antes, durante y después de la evacuación en estas memorias. De ahí que muchos de los capítulos, especialmente los dedicados a las mujeres, cuenten incluso con cierto tono de entrevista. Es el caso de Celestino García (p. 70), Montserrat (p. 77), Amparo Fernández (p. 91) o la maestra perteneciente a las Milicias de la Cultura (p. 208). Con esta última coincide la autora en el trayecto de tren, ya en Francia, hacia el centro de internamiento. Además, como en el caso de Celestino García, el apartado dedicado a la maestra complementa un artículo en prensa sobre las Milicias de la Cultura, en el que la autora entrevistaba a milicianos que enseñaban a leer a los soldados analfabetos³²⁶. La lluvia de datos que reproduce la autora responde al objetivo de aportar los «hechos reales» frente a las falacias de la prensa de derechas (p. 76). Otros testimonios que la autora ya había recogido en prensa son el de la «Exmonja del Socorro Rojo Internacional»³²⁷ y el joven miliciano «Pedro García»³²⁸.

³²⁶ Luisa Carnés, «Las Milicias de la Cultura luchan en los frentes con sus libros y su fusil», *Frente Rojo*, 31 de julio de 1937.

³²⁷ Luisa Carnés, «En Valencia, dos monjas luchan por la República», *Ahora*, 14 de octubre de 1936.

³²⁸ Luisa Carnés, «Los alumnos del colegio del Sagrado Corazón convertidos en valientes milicianos», *Estampa*, IX, 455, 3 de octubre de 1936.

Un aspecto que Carnés destaca en sus memorias, que podría ser considerado como influencia directa de los planteamientos del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, es el de la solidaridad entre las naciones. Esta mirada constante sobre los demás, así como la profunda gratitud ante cualquier gesto de ayuda, genera un sentimiento de unión de los países europeos ante la misma causa antifascista. Ello explica, por ejemplo, las palabras que Celestino García dedica a los fascistas italianos que captura:

[...] nosotros los españoles no tenemos na' contra el pueblo italiano... ¿por qué vamos a mataros? Vosotros sois mandaos... Vosotros no vais a enriqueceros a costa nuestra; no os vais a llevar el hierro y el acero de nuestras minas ni el fruto de nuestras cosechas... Todo lo que saca de España vuestro amo el duse irá a parar a la bolsa de los burgueses italianos, y vosotros tendréis, cuando acabe to esto, tanta hambre como antes de empezar la guerra; muchos seréis inválidos y miles estaréis enterraos... (p. 76).

En esta misma línea va dirigido el homenaje que dedica Carnés a las Brigadas Internacionales: «queridos hermanos internacionales, el pueblo español que continúa su lucha por la independencia de la patria, igual bajo el terror de Franco que en el exilio de países lejanos a España, sabe cuánto os debe» (p. 141). La veracidad del testimonio aporta honestidad al relato, y del mismo modo que critica la tacañería de los habitantes ricos de Le Poulignen cuando les dan ropas raídas, la autora elogia la generosidad de los pobres que les regalan ropa limpia y usable: «pero, en verdad, entre los que nos visitaban había personas de bien [...] nunca olvidaremos sus pruebas de simpatía» (p. 240).

La estructura de las memorias también es significativa. Según Antonio Plaza, la obra tiene dos finales: el primero tendría lugar cuando se produce la llegada del grupo de refugiados al albergue de Le Poulignen. Los otros dos capítulos, que describen la vida en el albergue, son añadidos con posterioridad: «su fecha de redacción probablemente difiera poco de la expresada en primera lugar, quizá, tras su primera revisión del original»³²⁹. A mi juicio, la obra puede ser dividida en tres partes con tonos muy diferenciados: la primera parte relataría los últimos días de la autora en Barcelona hasta su evacuación en el camión; la segunda, el trayecto desde Barcelona hasta su llegada al centro de internamiento; y la tercera, los dos últimos capítulos que describen la vida en Le Poulignen.

³²⁹ Plaza, «Introducción» en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa... op. cit.*, p. 44.

La descripción de los últimos días de Barcelona se efectúa con un tono muy similar al de sus últimos artículos en prensa. Hay un elogio de los héroes de guerra y la voz narrativa todavía es muy revolucionaria. En esta primera parte, Carnés se ocupa de la descripción de los testimonios ajenos para actuar como cronista de la situación que se estaba viviendo: deja constancia de los bombardeos y de las dificultades de supervivencia en las que se encontraba la población civil. Su refugio en la estación de metro de Plaza Cataluña le permite relacionarse con algunos de los protagonistas de esta terrible situación, como Montserrat o Amparo Fernández. También aparece en sus memorias, por tanto, el compromiso feminista de Carnés. Para la autora, como ya se ha mencionado anteriormente, la República, pero también la guerra, habían supuesto una posibilidad de emancipación para la población femenina, al verse obligadas las mujeres a ocupar puestos de trabajo en sustitución de los hombres que se encontraban en el frente. En esta primera parte de las memorias, vuelve a explicitarse esta opinión con la descripción de las dos heroínas: «Montserrat era el símbolo abnegado de la mujer de España, que todo lo ha ofrecido a la causa de la libertad de su pueblo invadido» (p. 78); y, «como la mayoría de mujeres españolas, Montserrat ha aprendido geografía universal y política durante la guerra» (p. 80). Con Amparo, además, la autora encuentra la posibilidad de dar la máxima fuerza posible a su feminidad, pues se inscribe voluntariamente en la fortificación de Barcelona incluso estando embarazada. Como ya había sucedido con el personaje de la mitinera en *Tea Rooms*, Carnés utiliza el embarazo como símbolo de la fuerza femenina revolucionaria.

Por otro lado, la esperanza de ganar la guerra todavía está presente en esta primera parte. Como apunta Montserrat, «solo el esfuerzo de todos hará posible el triunfo de la República, contra un enemigo mil veces superior [...]. Tanta sangre vertida, tanto sacrificio, no pueden perderse» (p. 81); hay, por lo tanto, una confianza ciega en la defensa de Barcelona. Sin embargo, ante los hechos acaecidos el 25 de enero de 1939, la autora defiende al pueblo catalán: «a veces, al hablar de la pérdida de Barcelona, se suele aludir con ligereza a la falta de combatividad del pueblo catalán. Se dice: “¿dónde estaba el pueblo catalán el 26 de enero?”. Pero esa apreciación, manifestada sin pizca de responsabilidad, es totalmente injusta» (p. 102). Carnés apela al sentido común y la responsabilidad a la hora de achacar culpas; por eso ofrece su testimonio, como prueba de que el pueblo catalán hizo todo lo posible por salvar la ciudad a pesar de encontrarse ante su ocupación inminente e inevitable.

La idealización y mitificación de España, características compartidas por la narrativa del exilio, se inicia para Luisa Carnés en el mismo momento en el que da comienzo su evacuación de Barcelona. En sus testimonios, la autora tiende a personificar las ciudades y les otorga valores positivos cuando están en manos republicanas; mientras que las teme cuando son fascistas. La siguiente cita ilustra bastante bien esta evolución subjetiva de la ciudad de Barcelona mientras fue su hogar hasta que se convirtió en propiedad de Franco:

Barcelona... Hemos vivido en tu seno durante más de un año; hemos trabajado y padecido zozobras y necesidades sin cuento y te hemos sentido como cosa familiar. Hemos respirado tu aliento y asistido a las horas más trágicas y heroicas de tus mejores hijos: los obreros de tus fábricas. Conocíamos cada una de tus piedras y sabíamos leer en las brumas de tu Tibidabo, que nos anunciaban las lluvias y el ardiente sol; el dolor de la guerra nos había confundido con la sangre y el esfuerzo de los catalanes, y enseñado a amar tus valles y tus mares libres... Y ahora te nos muestras extraña y enemiga envuelta en tu hosca oscuridad, acusada por las siluetas negras que protegen tus avenidas, y desde cuyas alturas nos acechan las pistolas negras del crimen. Barcelona, enemiga y sombría... (p. 107).

La segunda parte de las memorias da comienzo cuando se inicia el viaje en camión hacia Figueras. En este relato empiezan a vislumbrarse las primeras consecuencias de la pérdida de la guerra, especialmente la deshumanización. El grupo de personas que viaja en el camión comienza a desesperarse: «ya está bien que hayamos esperado a las mujeres... ¡que se fastidien las maletas! Todos llevamos lo puesto y no nos quejamos. Lo que importa es salvar el pellejo» (p. 110). En esta segunda parte se producen numerosos *flashbacks*, a través de los cuales la autora ubica cada rostro que reconoce en el trayecto. Llama poderosamente la atención que Carnés construya un personaje sobre cada persona que recuerda, y sin embargo no muestre a sus lectores ningún detalle de su vida. La única mención personal, previa a la guerra, que aporta en estas memorias es el recuerdo de su madre: «pensaba en pequeñas cosas sencillas... Mi madre es una mujer muy dulce y bondadosa» (p. 121). La autora se convierte en la mirada y en la voz de las personas con las que comparte el trayecto hacia Francia, pero hace lo posible por no personificar el relato. Como escribió otro exiliado, Max Aub: «No hay en lo que sigue nada personal, curiosa afirmación para lo que aseguro memorias. Fui ojo, vi lo que doy, pero no me represento; sencillamente, apunto con mi caletre, que no peca de agudo; una vez más, cronista»³³⁰.

³³⁰ Max Aub, *Campo francés*, Madrid, Alfaguara, 1982.

El resto de la segunda parte describe la estancia del grupo en Figueras³³¹, así como las terribles condiciones en las que se encontraban: «en esta casa, y repetidas veces, hubimos de padecer los ataques más bárbaros a que nos han sometido, durante cerca de tres años, los bombarderos italianos y alemanes» (p. 132). La pérdida de la guerra comienza a ser evidente para todos los evacuados y la presencia de los recuerdos se intensifica. Una vez más, la personificación de las ciudades está profundamente relacionada con el ejército que las ocupa: «el viento mojado que llega del centro de Cataluña trae ya emanaciones nauseabundas de podridos traidores y generales italianos» (p. 136).

En esta segunda parte comienzan las reflexiones —en su mayoría, en boca de otros personajes— sobre la situación. Una de las más comentadas es el Pacto de No-Intervención³³², juzgado por todos los protagonistas del relato, incluida la propia autora, como la más cruel de las traiciones a la República española. Según Manuel Aznar:

[...] una miseria fundamental en el Segundo Congreso consistió, a mi modo de ver, en que no sirviera para solucionar el problema clave de la política exterior republicana: la ruptura de la política de la no-intervención sostenida por las democracias burguesas occidentales. Pese a todos los esfuerzos, ni los gobiernos ni los pueblos escucharon las voces de la inteligencia antifascista³³³.

Efectivamente, la soledad y el aislamiento a los que se enfrentó la República durante el conflicto armado fueron determinantes en la derrota. Del mismo modo, la incomprensible condena en campos de concentración a los refugiados españoles en Francia supondrá una gran decepción, como advertirá una de las muchachas cuando ingresen en el campo de Le Poulignen: «¡bonito remate a la política de no intervención!» (p. 176). La percepción de la

³³¹ También Max Aub relata los terribles bombardeos fascistas sobre la población civil evacuada en su cuento *Enero sin nombre*, así como en las primeras páginas de *Campo francés*: «Ruido de aviones, más cerca. Sobre el riachuelo ráfaga de ametralladora. Idem en la tierra. La ráfaga pasa sobre un hombre con las manos en el cogote, la sangre empieza a manar entre sus dedos. En la carretera, ristra de bombas incendiarias en busca del camión. Tras cada explosión, caras de hombres, mujeres, niños, el perro», *ibíd.*, p. 21.

³³² «La decisión de Gran Bretaña y Francia de no intervenir directamente en el conflicto español, al negar el apoyo a los republicanos, definida como la política de no-intervención, trata también, paralelamente, de impedir cualquier apoyo a España por parte de la URSS, que amenace los intereses británicos y franceses frente a alemanes e italianos, bajo el supuesto de que cualquier intervención extranjera en los asuntos españoles podía derivar en un nuevo conflicto en Europa y amenazaría, igualmente, la recuperación económica en marcha. Esta política entorpecerá gravemente el abastecimiento militar de la República y favorecerá claramente los intereses del gobierno de Franco, decantando de forma decisiva el resultado del conflicto a su favor». Plaza, «Introducción» en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa...*, *op. cit.*, p. 172.

³³³ Aznar Soler, *op. cit.*, p. 807.

autora subraya lo absurdo del castigo: estar «en uno de los mejores refugios de por aquí» (p. 220) de nada servía si se recortaba la libertad de alguien cuyo único delito había sido ser leal a un gobierno escogido democráticamente: «¿Mi crimen? El de todos los buenos españoles: ser fiel al poder legítimo de España» (p. 83).

Asimismo, es interesante la división que se establece en la narración entre buenos y malos españoles. Para Carnés, patriotas eran aquellos que habían defendido el gobierno de la República de los ataques de los sublevados y los extranjeros; al contrario, los que no lo habían hecho eran traidores a la nación: «al llegar a Francia evacuado, en vez de pasar a España y presentarse a las autoridades republicanas, como era su deber *de español*, se quedó en Saint Nazaire, viviendo de modo vergonzante» (p. 219; la cursiva es mía). Según Antonio Plaza, la postura de la narradora con respecto al espía vasco podría, además, «esconder una actitud de reproche frente a la escasa resistencia ofrecida por las provincias vascas en su lucha contra el ejército sublevado»³³⁴. Aunque lo cierto es que el relato destaca una mayoría de leales frente a la minoría de traidores: «solo un hombre, entre doscientas personas, se resolvió a inscribirse para cruzar la frontera española» (p. 220).

La tercera parte de las memorias ofrece un tono radicalmente distinto de las dos anteriores y abre el camino para lo que unos años más tarde será *La hora del odio*. En esta última sección destaca la incredulidad de la voz narrativa ante el inminente final al que se enfrentan los evacuados: «pero, ¿es que ha terminado ya todo?» (p. 235). La clara convicción de que la guerra no se iba a prolongar, porque ya estaba perdida, fue una verdad dura de aceptar para los refugiados españoles en los campos de concentración. La realidad invadía la vida de las refugiadas, que progresivamente se fueron dando cuenta de que estaban presas: «al principio se nos aseguró que a los quince días de internamiento en el refugio, el prefecto de Saint Nazaire nos autorizaría a dar algún paseo por el pueblo y la playa, añadiendo que, como medida sanitaria, nos estaba prohibida, de momento, la salida al exterior. Pero pasaba el tiempo y la autorización para las salidas seguía brillando por su ausencia» (p. 235).

Por otro lado, se va prefigurando la redacción de *La hora del odio*, y algunos de sus personajes principales empiezan a aparecer en esta última parte de las memorias de Carnés. Es el caso de las mujeres que habitan el dormitorio llamado «La belle au bosque durmant»:

³³⁴ Plaza, «Introducción» en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa...op. cit.*, p. 219.

«eran las más alegres, las más ingeniosas, las mejores compañeras de todo el refugio. Ellas mantuvieron firme la moral de todos los refugiados de Le Poulignen contra la labor capciosa de los vascos» (p. 228). El carácter atribuido a alguna de las chicas del campo se asemeja bastante al de Pilar, la dirigente comunista de *La hora del odio*: «hablaba muy bien francés. Era la que servía de intérprete entre *monsieur le directeur* y sus compañeras»³³⁵. Igualmente, las consideraciones sobre las funciones de las mujeres del dormitorio colectivo sirven como refuerzo a la idea de Carnés de que en la España republicana la mujer había alcanzado un nivel cultural que nunca antes había logrado.

Por su parte, a pesar de la solidaridad que Carnés trata de mostrar entre las refugiadas del campo, lo cierto es que su rápida transformación en exiliada la convierte, como a las protagonistas femeninas de todas sus obras de ficción, en la inadaptada entre las compañeras:

—¡Vete! Aquí no queremos gente sentimental.
¿Sentimental? No era la primera vez que me lo decían... ¡Bueno! ¿Sentimental?
Sentimiento hondísimo era esto que me embargaba ahora, y que pugnaba por
brotar. Un sentimiento de ternura, de emoción indescriptible (p. 244).

Tampoco César Alcántara, protagonista de *El eslabón perdido*, encontrará su lugar en el exilio: «creo que a otros refugiados no les afecta esto en la forma que a mí»³³⁶. Carnés se formulará muy pronto preguntas que terminarán por invadir las reflexiones de la gran mayoría de los exiliados españoles: «hablaba conmigo misma, diciéndome: ¿qué pueblo es el mío? ¿De qué rara urdidumbre está entretejido el pueblo español?» (p. 244). El mito de España será, en adelante, una constante en toda su producción literaria. Como indica su hijo, «era una idealista, yo, analizando el tema, creo que tenía idealizado todo. Su vida, su familia, su España, su Partido. No se correspondía con una realidad, es decir, frente a los datos objetivos están lo que aporta el creador y era una mujer que tenía muchos»³³⁷. Tal vez era idealista; aunque quizá simplemente conoció una España previa a la dictadura que no se resignó a perder:

Así eres tú, España. Así eres tú, pueblo español. Poderoso, bravo e invencible,
como el océano. Nada puede domeñarte. Te oponen trabas de muerte, pero tú las

³³⁵ Luisa Carnés, *La hora del odio. Narración de la guerra española*, en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, op. cit., p. 266.

³³⁶ Carnés, *El eslabón perdido*, op. cit., p. 154.

³³⁷ Olmedo, «Entrevista a Ramón Puyol...», op. cit., p. 295.

salvas. Si te cargaran de cadenas, tú sabrías romperlas. Si te amordazaran, tú sabrías hacerte oír, porque tú, pueblo español, quieres a tu libertad más que a tu propia vida, y esto te hace soberbio e inmenso, como este inmenso mar, que rompería cuantas trabas de granito o de acero se le impusieran... Así, tú, pueblo español, pueblo mío adorado, pasarás sobre cárceles, sobre sangre y martirio, hacia la infinitud, que por derecho te pertenece... Hacia la libre inmortalidad que corresponde a tu grandeza (p. 245).

b. *La hora del odio* (1944)

Esta novela corta³³⁸ se encuentra habitualmente marginada en la nómina de la producción narrativa de Luisa Carnés. Tal vez su inclusión en la edición de las memorias de la autora, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, haya sido perjudicial para esta pequeña historia que ficcionaliza esos mismos recuerdos con algo de mitificación y fantasía, pero que precisamente por eso merece su protagonismo en este estudio.

Como ya se ha señalado, las memorias de Luisa Carnés se redactan en 1939, en los días de la evacuación a través de los Pirineos hacia la frontera francesa, y finalizan poco después, durante su estancia en el campo de concentración de Le Poulignen. Lo interesante de *La hora del odio* es que la autora revive, a través del personaje de María, la vida en el centro de internamiento, justo en el momento en el que se había detenido la narración de las memorias. Carnés retoma la pluma en el mismo escenario de huida con el objetivo de reforzar su compromiso político con la República. Según Antonio Plaza, «se trata de respaldar con sus escritos la lucha armada desigual que mantenían en el interior de España los combatientes republicanos que sobrevivían, organizados a través de grupos de guerrilleros, y que se enfrentaban en combate desigual contra la dictadura franquista»³³⁹. Además, con esta novela Carnés abre el camino que continuará posteriormente con *Los vendedores del miedo* (1954) o *El eslabón perdido* (1962): la profunda meditación sobre la guerra y sus efectos en los seres humanos y la importancia de la justicia y la paz.

El primer capítulo de *La hora del odio* constituye una reflexión en la que se apuesta por el regreso de la humanidad a cierto primitivismo, como una forma de revertir el progreso que los seres humanos habían empleado en la fabricación de armas que acabaron por destruirlos

³³⁸ Carnés, *La hora del odio*, op. cit. A partir de esta nota, las páginas de la novela aparecerán citadas en el cuerpo del texto.

³³⁹ Plaza, «Introducción», en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, op. cit., p. 46.

entre ellos. Una concepción, también, que había estado muy presente en los primeros postulados ideológicos comunistas: la destrucción total de la sociedad capitalista para la construcción de la sociedad del proletariado. La terminología utilizada por la protagonista, María, una refugiada española encerrada en un campo de internamiento francés, concuerda con esta concepción, y sus planteamientos superan ya las revolucionarias ideas de una protagonista como Matilde, ahora que la guerra está definitivamente perdida. La incapacidad de comprensión y la desazón de María al ingresar en el campo de concentración en Francia desembocarán en el derrotismo de un personaje como César Alcántara, protagonista de *El eslabón perdido*, exiliado en México desde 1939.

¿Por qué se pone la ciencia al servicio del mal? ¿Es natural que el progreso, que tanto sacrificio supone, se aplique al exterminio del hombre? No era la razón, era el miedo el que inducía a las concepciones más caprichosas; soñábanse felices utopías, de un primitivismo candoroso que relegaba las conquistas de la civilización y llevaba a las criaturas a desdeñar sus siglos de progreso, y les ofrecía la espiga madura y la vid prometedora como símbolo de pureza y generosidad. Los ojos se volvían a la tierra, raíz del hombre, y el corazón suspiraba por una paz que sólo creía vislumbrar en el pedazo de pan moreno, en el chorro de aceite, en el trozo de queso agrio de los cabreros (p. 251).

Aunque nunca abandonó su ideología y su adhesión al Partido Comunista, primero en España y posteriormente en su exilio mexicano, Carnés encarna en el personaje de María la desilusión absoluta tras la pérdida de la guerra. La protagonista comprende la definitiva derrota de sus ideales en favor del fascismo, y el sentimiento de vencida le obliga a reconsiderar la magnitud de la meta comunista. El juego con la terminología de los alimentos extraídos de la tierra rememora una meditación mística sobre la esencia de la humanidad, frente a la tecnología del progreso que ha terminado por aniquilar a las personas. La crítica se extiende especialmente a la inmundicia a la que el triunfo del fascismo ha llevado a los seres humanos: los campos de concentración; donde han sido reducidos a su categoría más primitiva, a su «unidad biológica». La deshumanización que provoca la guerra es absoluta:

Del mismo modo se mudan las costumbres, los hábitos adquiridos a lo largo de muchas generaciones. La muerte, al cabo, deja de tener valor; la vida tampoco la tiene, ni la familia, ni la obra de arte más admirada, y hasta la voz materna pierde eco en el corazón del hijo [...] Un refugio bajo tierra, la fatiga, el hambre, rompen fácilmente la barrera que el trato social establece entre hombres y mujeres, y rasga el velo que hace adorables unas piernas o un rostro femenino. El cansancio y la angustia igualan, en el inestable espacio de los días, a los seres humanos (p. 252).

Los centros de internamiento, como sucedía en el salón de té, se erigen como microcosmos de la sociedad capitalista. En ellos, no hay individuos, sólo colectividad: los internos disponen de un número asignado, no se conocen nombres propios. Ni siquiera el director del campo poseerá un apelativo, sino que durante toda la narración las internas se referirán a él como *Monsieur le Directeur*. Únicamente María, la protagonista, y Pilar, su compañera y dirigente comunista aragonesa, reciben un nombre. Ambas representan con su relación de amistad la solidaridad, que es destacada como un elemento esencial para superar las dificultades y sobreponerse a los problemas y angustias que atenazan a los refugiados. Esta solidaridad se orienta, en este caso, a expresar una relación visible que proteja y ayude a las mujeres republicanas. Una vez más, Carnés relata una experiencia común a todos los españoles refugiados en Francia como es la estancia en campos de concentración, pero aplica una especificidad esencial en su narrativa: la particularidad de esa misma experiencia desde la perspectiva femenina. En este sentido, la narración de los acontecimientos acaecidos en los primeros días de exilio cuenta con una innovadora visión de sororidad feminista en la que todas las protagonistas del relato consiguen entablar lazos de cariño y amistad. La solidaridad entre las mujeres recluidas en el campo también será una de las características que recuerde la escritora Teresa Gracia:

Estuvimos muchas horas sin que aceptasen nuestra entrada hasta que, por fin, nos metieron a empujones en una barraca donde había arena negra y mojada. Recuerdo que era el 25 de diciembre porque mamá lo decía constantemente. Hoy es el día de Navidad, recuérdalo... Y yo lo recordé, claro. Y una mujer que estaba allí se levantó y nos dio una manta. Y así empezó la solidaridad³⁴⁰.

La disposición de los personajes femeninos en esta novela es crucial. La joven e inocente María admira a Pilar, cuyas ideas políticas son más sólidas y se encuentran en un nivel superior a las de su compañera. Pilar se alza como líder entre las refugiadas y se convierte en portadora de las ideas que la narradora quiere transmitir. La ingenuidad de María ante ciertos planteamientos de la dirigente comunista viene a representar la ignorancia de los lectores. Los relatos y discursos de Pilar ahondan en la mentalidad de la protagonista, haciendo mella, por tanto, en la conciencia del lector. Nuevamente, el compromiso social de Carnés se dirige a instaurar una nueva realidad en la mentalidad de sus lectores. De ahí la

³⁴⁰ Alicia Alted, «El exilio republicano español de 1939 desde la perspectiva de las mujeres (entrevista grabada a Teresa Gracia)». Disponible en https://www.exiliadosrepublicanos.info/es/mujeres-exilio/alicia-alted#_ftnref17.

emotividad y la intensidad de los discursos de Pilar; cualquier opción de imparcialidad queda disuelta con las ideas aquí expuestas, como demuestra la transformación ideológica de María, desde la indiferencia en materia de política hasta la implicación personal: «sentirse uno en todos, por el idioma, por la persecución, por la injusticia, por los sufrimientos, por el amor a la patria. “Tienes razón, Pilar”» (p. 279).

La voluntad de Carnés con la inclusión de testimonios reales en sus obras narrativas responde, como ya se ha mencionado anteriormente, a la necesidad de dotar de veracidad a sus textos. Muchas de las anécdotas y sucesos acaecidos en esta breve novela relatan acontecimientos auténticos, cuya exposición se convierte en una herramienta útil para la reconstrucción histórica y verídica de los hechos; uno de los más importantes es la presencia de agentes franquistas en el entorno de los centros de internamiento en Francia. La narradora lleva a cabo un ejercicio de memoria, participando voluntariamente en la reconstrucción de los acontecimientos durante y después de la guerra, así como iniciándose en la mitificación de los días republicanos que irá reforzando con el paso de los años en el exilio.

La construcción de la identidad de exiliado pasa directamente por el rechazo al fascismo y el repudio a la dictadura franquista. De ahí esa suerte de dignificación de la estancia en los campos de concentración franceses³⁴¹, pues cualquier destino es mejor que la España franquista. Por eso, los que caigan en la trampa de los vigilantes franquistas pasarán a considerarse traidores, como la refugiada extremeña a la que el espía vasco había engañado para volver a España, que es despedida entre abucheos por sus compañeras:

Entonces se soltaron las palabras, largo tiempo contenidas, como una bandada de golondrinas. Las mujeres se apretaban en pequeños grupos, cambiaban señas entre sí, lanzaban miradas despreciativas a la extremeña, le daban la espalda [...]. Ya cerca de la puerta del jardín, una vieja que estaba sentada en un banco le dijo secamente:

—¡Fascista! (p. 292)

El mito de las dos Españas cobra una nueva dimensión entre los exiliados, como un modo de identificación para ellos. El abandono de la causa antifascista, a pesar de las circunstancias miserables que se viven en los campos, produce un claro rechazo por parte de

³⁴¹ En la galería de personajes de *Campo francés* también hay un refugiado italiano que, de camino al campo de Le Vernet, apela a la diferencia entre buenos y malos compañeros: «¡Tú que sabes! Se van los buenos, los compañeros de verdad. Los sinvergüenzas como tú os quedáis aquí porque tenéis influencias. Tú no puedes comprender esto. Aquí todos somos uno». Aub, *op. cit.*, p. 122.

las compañeras. La única división entre la España fascista y la republicana promueve una clara diferencia entre españoles malos y buenos, y el cambio de bando no da mayor opción. Sin embargo, la narradora aborda la sororidad femenina y alberga cierta dispensa para las madres y esposas que se sacrifican por volver a ver a sus hijos. Volver a la España de Franco no suponía ningún alivio para las refugiadas republicanas, así que la narración elabora un seguimiento sobre la mujer que regresa a España con la creencia impostada de que Franco otorgaría inmunidad a los exiliados que decidieran volver y jurar lealtad al régimen. Como sabemos, la cruda realidad a su regreso fue bien distinta, por eso la narradora se encarga de contárselo al lector:

—He recibido noticias de París. Me dicen que la campesina extremeña, que salió con su hija para España, ha sido ahorcada.

—¿Es posible?

—¡Asesinos!

—La llevaron a su mismo pueblo. Esperaban que, al saber de su llegada, su hijo, que es guerrillero, bajara al pueblo. Allí lo atraparían y lo asesinarían.

—¡Canallas!

—Como el hijo no apareció, sin duda por desconocer la llegada de la madre, o por adivinar las intenciones de los falangistas, ahorcaron a la mujer en la misma plaza donde tres años antes habían ahorcado al marido.

—¡Cobardes!

—Lo grave del caso es que esto muestra que la mujer fue sacada de aquí deliberadamente para utilizarla y matarla luego, conociendo los antecedentes familiares, y precisamente por ellos (p. 300).

En este relato, el tono de la narradora es fuertemente aleccionador. La voz narrativa no oculta sus verdaderas intenciones: lo que pretende es dar a conocer las atrocidades que se cometen tanto en la salida de los españoles a Francia como en su regreso a España, sin rodeos ni circunloquios. Esta novela de Luisa Carnés sacrifica la calidad literaria, al priorizar el relato de acontecimientos y datos e incluir el pequeño colofón moralista. Se trata de una muestra más de la rabia y el dolor generados ante las terribles circunstancias a las que se vieron arrastrados los españoles refugiados en los campos de concentración franceses, que comprendieron rápidamente que no se trataba de refugios, sino de cárceles, y que ellos eran prisioneros en un país que debería haber sido un aliado ante el conflicto bélico vivido en España. De hecho, precisamente porque no lo fue, fracasó la República ante el franquismo, pero otras muchas razones condujeron a Europa inexorablemente hacia la Segunda Guerra Mundial: el pacto de No Intervención, firmado por Chamberlain, Dadaier y Blum; la miopía de los altos mandos europeos ante la anexión de Austria por los alemanes en marzo de 1938 o

el pacto germano-soviético de no agresión en 1939. En Francia, concretamente, los intereses económicos y la fanfarronería de los militares franceses frente a los refugiados no sólo españoles, sino procedentes de todos los países europeos, propiciaron un clima de hostilidad en los campos de internamiento y supusieron una fuente de incompreensión para todos los individuos reclusos. La simpleza de los políticos franceses ante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial desembocó, inevitablemente, en la toma de París por parte de los nazis en 1940. El maltrato hacia los refugiados españoles se volvió en su contra, como proféticamente anunció Silvia Mistral en 1939:

Muy pronto ellas se volverán locas, sentirán los obuses y sus hijos muertos, que marcharán de pueblo en pueblo, sin apoyo, en busca de cobijo que nadie les brindará de buena gana, que sentirán hambre, frío y dolor. Que gritarán sin que nadie las escuche, que llorarán sin que nadie recoja sus lágrimas, que caerán y alguien las empujará con el pie para que rueden³⁴².

También Max Aub ilustra en *Campo francés* las consecuencias de la imparcialidad política en países como Francia o Bélgica ante el avance de Hitler:

Ciego, el egoísmo. Vino lo de Etiopía y Laval echó abajo las sanciones. Vino lo de España e inventaron la no intervención y nos ahogaron. No querían saber nada: que les dejaran con sus aperitivos y su mantequilla, que no les quitaran nada de lo que tenían. ¿Así cómo quieres hacer la guerra? ¿Cómo iba a hacerla el pueblo que veía que nos encarcelaban?³⁴³.

Tanto las memorias de Aub como las de Mistral o Carnés vienen a reforzar la idea de que la opresión se produce desde distintos frentes en el camino del exilio, desde la salida obligada de España por motivos ideológicos hasta la violenta recepción por parte de los soldados franceses en el país vecino. Así pues, toda pretensión de neutralidad queda anulada a través de los testimonios memorialísticos, que no dejan lugar a dudas sobre las consecuencias de la pérdida de la Guerra Civil para los transterrados.

³⁴² Silvia Mistral, *Éxodo. Diario de una refugiada española*, Barcelona, Icaria, 2009, p. 119.

³⁴³ Aub, *Campo francés*, *op. cit.*, p. 204.

VI. LA OBRA PERIODÍSTICA DE LUISA CARNÉS (1926-1939)

Los inicios de Luisa Carnés en la prensa española se dieron con de la publicación de breves relatos en distintos diarios y revistas a partir de 1926, año en el que publica «Mar adentro» en el diario *El Sol*, suplemento popular del diario madrileño *La Voz*. Esta primera etapa como colaboradora en la prensa madrileña con sus relatos cortos está caracterizada por una búsqueda de estilo muy típica de los escritores debutantes. Sin embargo, las propias protagonistas del cuento —Angustias y María— profundizan, dentro de la brevedad del texto, en su psique y en su feminidad. En este sentido, Luisa Carnés deja claro muy pronto a través de sus personajes el tipo de literatura que le interesa: relatos marcados por las vivencias y la profunda personalidad de sus protagonistas, especialmente las femeninas. Su compromiso feminista y su ideología política encuentran su mayor relevancia en el marco de su labor periodística.

La prensa supuso para Carnés, como para muchos otros escritores debutantes, un lugar de formación y de difusión de su obra. Era una gran oportunidad para darse a conocer en el ámbito intelectual, además de suponer una fuente de ingresos segura: «la prensa, cuya rapidez de publicación proveía de recompensas económicas inmediatas, era un medio más o menos seguro de subsistencia, además de que por su amplitud de difusión alcanzaba a un público profuso»³⁴⁴. Los inicios en el periodismo de Luisa Carnés fueron compaginados con su trabajo en el taller, que no tuvo oportunidad de abandonar hasta su ingreso en la CIAP en 1928. Recordemos que ese mismo año publica la aclamada *Peregrinos de calvario*, y como relata su hijo, Ramón Puyol, «en la Puerta del Sol, en Madrid, hay una librería que todavía está, tiene dos escaparates, uno de ellos, se lo dedicaron completamente a mi madre, que con veinte años y en aquel país tan difícil de aquellos años, que te hicieran una cosa de ese tipo,

³⁴⁴ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 28.

excepcional, totalmente. Eso hizo que ella dejara los trabajos que tenía para ayudar a la familia»³⁴⁵.

Este testimonio es importante porque revela uno de los mayores logros en la vida de Luisa Carnés: la profesionalización como escritora y el ingreso oficial en el ámbito intelectual de Madrid. La prensa, más que la narrativa, convierte a Luisa Carnés en una intelectual capaz de vivir de su trabajo. Al conseguir trabajo como redactora y reportera en las revistas y periódicos más importantes de la época, Carnés logra abandonar su oficio en el taller de sombreros, lo cual libera a su obra de la servidumbre del amateurismo. No se trata ya de una obrera que escribe novelas, sino de una auténtica artista cuyo único trabajo consiste en escribir.

Desde el inicio de los años veinte habían ido apareciendo en la prensa, cada vez con más frecuencia, nombres femeninos que, como Carnés, buscaban hacerse un hueco en el mundo de las letras. Entre otras, iniciaron su trayectoria literaria en el periodismo escritoras como Carmen de Burgos, María Martínez Sierra, Elena Fortún, Margarita Nelken, Carmen de Icaza o Silvia Mistral; otras, como Josefina Carabias o la propia Luisa Carnés acabaron colaborando de forma simultánea en medios de gran tirada. La inclusión de las plumas femeninas en las publicaciones periódicas modificó la anquilosada mentalidad masculina, ya que abrió una zona donde se expresaba y hacía presente la voz de las mujeres. Ellas encontraron en sus colaboraciones en prensa un lugar donde expresar opiniones y valoraciones que iban a ser escuchadas; es decir, un espacio donde construirse como sujetos autónomos, como miembros activos de la sociedad.

Los primeros relatos de Carnés presentan una encrucijada entre la tradición y la modernidad que ensayará en esos relatos breves y que culminará en *El pintor de los bellos horrores*, la primera novela de *Peregrinos de calvario*. Sin embargo, los intereses de Carnés ya se ven claramente dirigidos a emitir una todavía suave queja sobre la situación laboral, como se observa en el cuento «5+3=8». El relato, que trata sobre un poeta que consigue trabajo como contable y termina enloqueciendo a causa de la cantidad de números que lee a diario, aborda la pérdida de la identidad, de la libertad individual a causa del trabajo.

³⁴⁵ Olmedo, «Entrevista a Ramón Puyol», *op. cit.*, p. 300.

El talento cada vez más reconocido de Luisa Carnés facilitó la respuesta favorable a su solicitud de ingreso en la CIAP, editorial que se encargaba de la publicación de la revista *Estampa*, el medio donde Carnés publicará asiduamente. Su hijo, Ramón Puyol, apuntaba: «comenzó a hacer solapas de los escritores, biografías muy condensadas, pequeñas cositas»³⁴⁶. Una de esas «pequeñas cositas» es la reseña que la revista *Crónica* le publica sobre la artista Ángeles Santos, en la que Luisa Carnés pone de manifiesto algunas de las cuestiones señaladas en este estudio. Ángeles Santos le sirve a Carnés como paradigma de lo que acabarán siendo sus personajes femeninos. La autora madrileña señala la singularidad de un alma que no encaja en la sociedad y que termina siendo la inadaptada: «sus condiscípulas se reían de ella, y diciéndose que, ciertamente, no valía la pena la compañía de aquella niña pálida y rubia, que hablaba cosas tan extrañas, se alejaban de su lado, dejándola sola en el jardín del colegio»³⁴⁷. La propia Santos afirma, en una carta a Carnés, «mis mayores alegrías las siento en la calle, viendo cómo todo se mueve»³⁴⁸. En este sentido, la autoconstrucción como creadora por parte de las artistas pasa por una clara conciencia de sujeto: «ahora que he nacido podré construirme mi vida. Quiero realizar mis concepciones en el Arte con la pintura, y que mis cuadros despierten emociones que no sean falsas ni inútiles»³⁴⁹.

Después de su ingreso en la CIAP, Luisa Carnés comienza su colaboración con la revista *Estampa*. La primera consecuencia de su profesionalización como escritora es la posibilidad de abandonar el oficio manual. A través de la prensa, Carnés consigue independizarse económicamente, ejerciendo su verdadera vocación, y erigirse como sujeto artístico femenino. Su actividad en *Estampa*, además, pasó de una primera y breve etapa en la que sólo publicaba relatos cortos a una presencia continua a partir de 1934, en calidad de reportera. El corpus de cuentos que Carnés publicó en la revista presentaba ya a protagonistas femeninas muy similares a las de su producción novelesca, como la mujer contrabandista o las monjas que la ayudan a cruzar la aduana.

³⁴⁶ Olmedo, «Entrevista con Ramón Puyol», *op. cit.*, p. 300.

³⁴⁷ Luisa Carnés, «Arte y artistas. En torno al magnífico caso de Ángeles Santos», *Crónica*, II, 54, 23 de noviembre de 1930.

³⁴⁸ *Ibid.*

³⁴⁹ *Ibid.*

A partir de 1934, su profesionalización como periodista se consolida y obtiene un puesto como reportera en *Estampa*. Al convertirse en su modo de vida, la prensa cobra dentro de su producción artística una gran relevancia, como demuestra en sus reportajes, crónicas de actualidad, artículos y entrevistas. Este trabajo de investigación aflora en artículos que describen la situación social de la mujer, particularmente, de la trabajadora, revelando las condiciones laborales, la falta de preparación femenina, las dificultades para encontrar trabajo o el bajo salario. La línea reportera más interesante es la de inmersión, con la que Carnés protagoniza reportajes de investigación en los que ella misma se sitúa, a la vez, como objeto de observación y sujeto observador. Uno de los principales objetivos de Carnés con el periodismo de investigación es dar un testimonio verídico de la realidad femenina de los años treinta en España: «La necesidad hace audaces, y la “sin trabajo” —en este caso la autora de la presente información— tiene experiencia auténtica de estas cosas»³⁵⁰. Por otro lado, y además de la propia veteranía de la autora, reportajes como éste se convierten en auténtico material de trabajo para la elaboración de sus novelas posteriores. En el interesante reportaje «Una mujer busca trabajo», publicado en 1933 en *Estampa*, se observa una buena cantidad de componentes que serán posteriormente reutilizados en *Tea Rooms*. Asimismo, las andanzas de Carnés ya dejan entrever cierta crítica a la burguesía y a las clases altas: «Habla de que tiene un sobrinito enfermo de gravedad. Lo dice con gran aflicción, pero, por lo visto no le impide prescindir del marcado de ondas»³⁵¹. La creciente ironía con la que la autora describe la hipocresía de las clases medias también está presente en sus novelas, como hemos visto anteriormente.

El creciente compromiso de Carnés con las clases bajas se manifiesta en las entrevistas en las que la autora madrileña denuncia abiertamente la situación en que se encuentran los sectores más vulnerables de la sociedad: «las grandes fiestas de Madrid, las corridas de toros, los *matches* deportivos atraen a gran parte de estos pequeños aventureros, a los cuales los capta en seguida el ambiente de la calle, y convierte en esos betunerillos y limpiabotas de la Gran Vía y la Puerta del Sol»³⁵². Como hará cuando estalle la Guerra Civil, Carnés se interesa especialmente por las madres de los niños desaparecidos, por las mujeres de los pueblos, así

³⁵⁰ Carnés, «Una mujer busca trabajo», art. cit., p. 15.

³⁵¹ Luisa Carnés, «Peluquería de señoras», *Estampa*, VII, 332, 19 de mayo de 1934.

³⁵² Luisa Carnés, «Por qué se escapan de sus casas los menores de quince años», art. cit.

como con las que consiguen dar un paso adelante en su trayectoria laboral³⁵³. En este sentido, los reportajes de la periodista madrileña ponen el foco en las abismales diferencias entre la tradición de los pueblos y la modernidad en las ciudades. Por tanto, desde los inicios en su incorporación al mundo de la prensa, Carnés dirige su escritura a la situación femenina vista desde sus múltiples ángulos, y a una modernidad cultural y económica que generaba desigualdad y explotación para ciertos sectores de la sociedad.

A medida que la autora madrileña se integraba en los círculos culturales, su compromiso político, como el de muchos otros intelectuales, se agrandaba considerablemente. Para Carnés, como se ha visto, vida y literatura van de la mano: la función del Arte debe ir dirigida a cambiar la situación social. De ahí que la posición intelectual y creadora de Carnés deba situarse en el marco de la acción política, que se reflejará en su ingreso en el Partido Comunista y en sus labores de retaguardia durante la Guerra Civil. El periodismo supuso para los escritores comprometidos políticamente una gran herramienta de unión entre obra y praxis vital. La acción en prensa resultaba verdaderamente útil para vincular el arte con la política: «si se siguen las distintas opiniones aparecidas en los medios periódicos, se advierte la fuerza que la política y la ideología empezaban a ejercer sobre los escritores jóvenes»³⁵⁴. Por este motivo, cuando estalle la Guerra Civil, la prensa tomará posiciones marcadamente políticas e incluso ejercerá de aparato propagandístico para los partidos, contando con la colaboración de los intelectuales comprometidos. Es el caso de Luisa Carnés que, desde los primeros días de guerra, desempeñó tareas de propaganda en *Estampa* y en las publicaciones del Partido Comunista, como demuestra su incorporación al periódico *Frente Rojo*.

La línea editorial de la revista *Estampa* cambia radicalmente a medida que avanza la contienda civil. Bajo el control de las Juventudes Socialistas Unificadas, la revista apoyó y defendió el gobierno legítimo de la República; lo que provocó el ingreso de nuevos colaboradores y la asociación con otras revistas como *Ahora* y *Juventud*. A partir de 1937, con el cambio de dirección con Manuel Navarro Ballesteros al frente, la revista viró hacia el comunismo, aumentando tanto las publicaciones de Carnés como las de otros intelectuales

³⁵³ Luisa Carnés, «Tres muchachas madrileñas se hacen ingenieros», *Estampa*, VII, 355, 3 de noviembre de 1934.

³⁵⁴ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 63.

como Margarita Nelken o Eduardo de Ontañón. Dejó de publicarse en 1938. Sin embargo, a pesar del cambio de contenido, que ahora se dirigía a informar sobre la guerra, como la gran mayoría de las publicaciones periódicas, *Estampa* mantuvo su cometido como revista gráfica. Los artículos y reportajes sobre la contienda civil siempre iban acompañados de numerosas fotografías del frente y la retaguardia. Las publicaciones sobre la guerra se volvieron cada vez más habituales, hasta que pasó a ser el tema central de la revista, evidenciando así el compromiso antifascista de sus colaboradores.

Las revistas vinculadas al Partido miraban hacia Rusia y exaltaban la ideología comunista, aunque el discurso de fondo se centraba en el antifascismo³⁵⁵. Esto queda demostrado con la unión de las distintas ideologías en los Congresos de Intelectuales Antifascistas, donde, como se ya se ha aclarado anteriormente, la preocupación máxima de los intelectuales es el tipo de creación necesaria en tiempo de guerra. Del contenido sobre el II Congreso, al que Carnés asistió como corresponsal de *Estampa*, la periodista madrileña destaca: «los descansos del Congreso de nuestras juventudes son también descansos de “hoy”, en los que no se prepara la fórmula que ha de fastidiar al “vecino”, sino adonde se aprovecha el tiempo para mejor reanudar después los trabajos, para hacerlos más provechosos y más útiles colectivamente»³⁵⁶.

Sin embargo, en el caso de las escritoras, los esfuerzos son dobles, puesto que van dirigidos al antifascismo, pero también a la extrema situación de las mujeres durante la guerra. En su visión de la guerra, Carnés sigue introduciendo la perspectiva de género; en sus artículos siempre hay lugar para una anotación sobre la posición femenina: «las mujeres que asisten al Congreso escuchan, con la mano en la mejilla, se ponen de pie, aplauden, comentan con el camarada más próximo los conceptos que les interesan». Por otro lado, durante los tres años que duró la contienda, Carnés se ocupó de ilustrar en sus publicaciones la situación de la mujer tanto en el frente como en la retaguardia, con el objetivo también de movilizar al mayor número de mujeres posible para ayudar en la causa republicana: «alistas al trabajo, mujeres. La guerra, la causa del pueblo os necesitan»³⁵⁷.

³⁵⁵ Manuel Aznar Soler, «El Partido Comunista de España y la literatura», en Jacques Maurice, Brigitte Magnien y Danièle Bussy (eds.), *Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España contemporánea*, Saint Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, p. 296.

³⁵⁶ Luisa Carnés, «Habla la juventud española», *Estampa*, X, 471, 30 de enero de 1937.

³⁵⁷ Luisa Carnés, «¡Mujeres, alistas al trabajo!», *Estampa*, IX, 455, 3 de octubre de 1936.

Carnés ejerció una gran labor de investigación acerca de las funciones que las mujeres llevaban a cabo en la retaguardia. De hecho, según Carnés, la actividad durante la guerra supuso para las mujeres una oportunidad de libertad: «su mirada es idéntica [a la del hombre]: odio al invasor y ansia de servir para algo; de cooperar al esfuerzo de todos los españoles que aman su patria»³⁵⁸. Ese deseo de ser útiles condujo al sector femenino a realizar importantes tareas que servían al frente, como ilustra la periodista en muchos de sus artículos: «ahora han creado esta cooperativa, la Victoria de Valencia, que viene a facilitar la vida de los hogares valencianos»³⁵⁹; «la demanda de “monos” es tan grande que se han organizado numerosos grupos de mujeres para dedicarse a su confección»³⁶⁰; «mujeres que decían, con lágrimas en los ojos, “yo no sé de nada, pero puedo fregar tazas en el hospital”»³⁶¹, y un largo etcétera. En este sentido, la participación de la mujer en las tareas de retaguardia, tan importantes para el desarrollo de las acciones del frente, confirmó una vez más su identidad como sujeto activo. Para Carnés, esto fue determinante en el camino de la emancipación: «serenas y serias, pero optimistas, fuertes. Saben que luchan, no sólo por su libertad, por la libertad del país»³⁶². No en vano, ella también participó en muchas de las actividades culturales de la retaguardia.

La educación y el acceso a la cultura eran para Carnés, como ya había manifestado en *Tea Rooms*, una prioridad en la reforma del sistema que regía la sociedad de los años treinta. Por eso, el cuidado de los niños se había vuelto de vital importancia. Las acciones de la retaguardia con respecto a la educación de los niños, huérfanos o desprotegidos, se centraban en crear una rutina escolar y en facilitarles algún entretenimiento que les hiciera olvidar el duro momento que atravesaban. De ahí surgen algunas de las iniciativas teatrales³⁶³ y otros

³⁵⁸ Luisa Carnés, «Mujeres en su puesto», *Frente Rojo*, III, 616, 18 de enero de 1939.

³⁵⁹ Natalia Valle, «Las mujeres antifascistas de Valencia han creado una cooperativa donde se vende el género más barato que en las tiendas», *Estampa*, X, 492, 26 de junio de 1937.

³⁶⁰ Luisa Carnés, «El “mono” proletario, uniforme de honor», *Estampa*, IX, 454, 26 de septiembre de 1936.

³⁶¹ Luisa Carnés, «Mujeres, alma del pueblo», *Estampa*, IX, 446, 1 de agosto de 1936.

³⁶² *Ibíd.*

³⁶³ Luisa Carnés, «Los artistas infantiles trabajan para los niños de las guarderías», *Estampa*, IX, 456, 10 de octubre de 1936.

proyectos culturales, como Altavoz del Frente³⁶⁴, en el que Carnés participará activamente. La propuesta se llevó a cabo a través de pequeños núcleos que se desplazaban por las zonas republicanas realizando lecturas o declamaciones de los romanceros, con el doble objetivo de entretener a la gente y de conseguir adeptos para la causa republicana³⁶⁵.

El siguiente paso de Carnés en su colaboración con la prensa propagandística se ubica al final de la guerra, con *Estampa* ya anulada y participando únicamente en *Frente Rojo*, medio oficial del Partido Comunista. Los últimos coletazos de la resistencia del bando republicano coinciden con los últimos artículos de Carnés publicados en España. Muchos de ellos serán posteriormente ampliados en sus memorias de la evacuación a Francia, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, que se construirán inevitablemente sobre fragmentos, sobre una especie de artículos periodísticos acerca de sucesos concretos. La gran diferencia entre los artículos periodísticos de *Frente Rojo* y los capítulos de las memorias residirá en el tono de la autora: en el periódico todavía se escuchaba un quejido revolucionario, mientras que la voz que relata la evacuación está absolutamente derrotada.

El periodismo supuso, sin duda, para autoras como Luisa Carnés, una herramienta para introducirse en el ámbito intelectual y profesionalizarse como artistas consagradas. Se trata de una suerte de legitimación de su trabajo, un permiso para considerar su obra literaria como profesional y no como una afición complementaria a sus tareas de esposa y de madre. La clave de esta dispensa se encuentra precisamente en la importancia que adquiere el periodismo, como ya hemos visto, a partir de finales del siglo XIX y durante la entrada del XX, como mecanismo que opera sobre la sociedad e influye en la opinión pública.

6.1. La labor en la prensa de Luisa Carnés

Al analizar las grandes dificultades con las que se toparon las mujeres que intentaron hacerse un hueco en el ámbito periodístico español de una forma profesional, podemos vislumbrar las aún mayores complicaciones que encontró una escritora como Luisa Carnés,

³⁶⁴ «Llevaba exposiciones, realizaba proyecciones de cine, exhibía carteles en las calles, interpretaba música, canciones y poesía y se valía de camiones equipados con aparatos de megafonía que visitaban los diferentes frentes. Así, realizaban labor doble, acercar la cultura e informar de la guerra para conseguir apoyo». Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 178.

³⁶⁵ Luisa Carnés, «Romanceros de guerra en las calles de Valencia», *Estampa*, X, 486, 15 de mayo de 1937.

mujer obrera, autodidacta y sin contactos en las esferas de la intelectualidad, para acceder a un puesto de reportera que le permitiera vivir de su trabajo. Esta coyuntura se debió a la estrategia de trabajo de la CIAP, que además de haber arrasado como grupo editorial a principios de los años treinta, puso en práctica algunas innovaciones que le permitieron ir a la cabeza del mercado editorial. Entre ellas, la Compañía había optado por el reconocimiento y la dignificación del oficio del escritor a través de sus contratos: «hasta no hacía mucho afamados autores como Galdós, Pardo Bazán o Valera se habían visto obligados a editar sus propias obras, cuando no a renunciar a su distribución, lo que fue norma durante todo el siglo XIX»³⁶⁶. La CIAP, que se había postulado expresamente como principal conglomerado editorial español —y, de hecho, lo estaba consiguiendo, acaparando el 80% del mercado³⁶⁷—, optó por contratar a los colaboradores en exclusiva, procurándose una nómina de escritores sin parangón en las letras españolas. Para ello, la Compañía establecía un análisis de las posibles ventas de un escritor y fijaba unas rentas en concepto de adelantos de derechos de autor. Esto supuso un gran respiro para muchos de los colaboradores de la Compañía, que obtuvieron un contrato de trabajo y una retribución económica estable a manos del grupo editorial.

En este sentido, la Compañía debió ver grandes posibilidades en el talento de una escritora novel como Luisa Carnés. La CIAP decidió reeditar su *Peregrinos de calvario* y lanzó al mercado *Natacha*, a través de una estrategia de promoción que constó de dos entrevistas a la autora y de la mención de las novelas en las listas de mejores libros del mes de las revistas de la editorial. Estas apariciones en prensa, junto con sus esporádicas colaboraciones periodísticas y la reedición de sus novelas, otorgó una buena visibilidad a la obra y a la figura de Carnés. La campaña de presentación de *Natacha*, en los diferentes medios de comunicación, sirvió además para reafirmar el gran potencial de una escritora de talento:

Luisa Carnés es joven, muy joven. Y no obstante esta juventud, su literatura es pesimista, de un pesimismo que nos hace pensar en los grandes escritores de la Rusia anterior a la revolución. Luisa Carnés ha sufrido mucho. Vida oscura de modistilla que marchitarse su juventud en la tristeza de un taller cualquiera o sobre la máquina de escribir. Porque la autora de «Peregrinos de calvario» ha sido

³⁶⁶ Miguel Ángel López Morell y Alfredo Molina Abril, «La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano», *Revista de Historia Industrial*, 49, XXI (2012), p. 122.

³⁶⁷ *Ibíd.*, p. 121.

modista, modista guapa que mientras cosía daba forma a los futuros héroes de sus novelas, soñando con lograr algún día poder escribir todas aquellas bellas historias sugeridas en los momentos de trabajo³⁶⁸.

Un rasgo que la crítica destacó enormemente en las reseñas sobre las obras de Carnés fue su procedencia obrera. La extracción social de la autora madrileña interesaba a la Compañía en la medida en que se acercaba al libro de izquierdas. La novela social y de avanzada había alcanzado grandes cotas de éxito durante los primeros años treinta, y las grandes editoriales se aproximaban al género con sed de ventas. A pesar de que al principio nadie quiso distribuir los libros publicados por editoriales como Ediciones Oriente, en cuanto las primeras novelas y traducciones vieron la luz, el triunfo fue instantáneo. Desde ese momento, todos quisieron un trozo del pastel de la literatura revolucionaria que arrasaba en ventas: «Los libros fueron un gran éxito, lo cual ocasionó la contradicción que escindiría a Ediciones Oriente en varios grupos editoriales: el asunto editorial que se había planeado sin más propósito que el de la propaganda revolucionaria prometía ser un buen negocio. Así nacieron Oriente, Historia Nueva, Cenit, Ulises, Hoy y Jasón»³⁶⁹.

La CIAP no quiso ser menos y consintió en adquirir para su catálogo traducciones de los libros de teoría marxista y en contratar para su nómina a escritores de marcada ideología izquierdista, como Luis Araquistain, Eduardo Zamacois o la propia Luisa Carnés. Sin embargo, la estrategia utilizada para la publicación de libros de izquierda fue poco menos que clandestina, y dadas las circunstancias, su adaptación se llevó a cabo en un movimiento muy inteligente. En palabras de Sainz Rodríguez, consejero y director literario de la Compañía, «utilizaremos a Andrade para que dirija esa colección de libros de izquierda; pero como la CIAP es una empresa con capital de derechas, figurará la colección aparte y Andrade tendrá plena libertad. Nosotros apareceremos únicamente como distribuidores»³⁷⁰. Así pues, la CIAP dividió en colecciones lo que en realidad eran géneros y tendencias ideológicas, llegando a distribuir ocho recopilaciones a través de la absorción de grupos editoriales distintos, como Atlántida, La Novela de Hoy, El Libro para Todos o Mundo Latino³⁷¹.

³⁶⁸ Fidel Cabeza, «Luisa Carnés, la novelista más joven de España», *La Correspondencia de Valencia*, LIII, 21198, 27 de mayo de 1930.

³⁶⁹ Fuentes, *op. cit.*, p. 39.

³⁷⁰ *Ibid.*, p. 39.

³⁷¹ López Morell y Molina Abril, art. cit., p. 120.

A pesar de la contradicción que supone para un modelo mercantil absolutamente capitalista como el de la CIAP albergar obras que exaltaran el ideal de la Revolución Rusa, las ventas no dejaban lugar a dudas sobre el tipo de publicaciones que prefería el público en general. La Compañía quiso explotar las ofertas de los libros de izquierdas y para ello diseñó todo un sistema de promoción y publicidad específico para este tipo de publicaciones. Incluyeron en las revistas boletines para las suscripciones de los lectores a las publicaciones de estos libros, asegurándoles todas las novedades. Presentaron, además, llamativas portadas con dibujos a todo color, destacando las de conocidos comunistas como Ramón Puyol. Así, los libros revolucionarios fueron inundando el panorama literario y editorial español de los años treinta patrocinados por grandes empresas que formaban parte del mercado capitalista. En este contexto se ubica el cultivo y la promoción de la imagen de obrera escritora que la CIAP quiso proyectar de Luisa Carnés. Las numerosas menciones a su extracción social dan sobrada cuenta de ello:

Luisa Carnés, en plena juventud, conoce ya el camino de la vida, el camino que lleva al trabajo, el que nos ofrece, al volver de cada esquina, el espectáculo de la tristeza de los humildes, la fachada impasible de los palacios y, alguna vez, una sonrisa fugitiva. En los ojos y en la obra literaria de Luisa Carnés se han adormido ese dolor y esa sonrisa fugitiva. Sus anteriores novelas eran tristes, es triste también la novela que acaba de publicar. Hay en ella pocas claritanas alegres³⁷².

No obstante, la calidad artística de sus novelas también fue reseñada por críticos de renombre como Esteban Salazar y Chapela, especialmente obnubilado con la obra de Luisa Carnés:

Por eso este libro tiene el encanto de su propia naturaleza, sin afeites, desnuda. Tiene el poder de sus valores inermes, sin defensas. Posee la sinceridad —auténtica, graciosa y sin propósitos— del temperamento, dominado por el gusto de soñar, urdir... y escribir. Existen hoy en España poetisas como Ernestina de Champourcín, Josefina de la Torre, Concha Méndez, Carmen Conde. Faltaba, sin duda, la prosista, la novelista. Luisa Carnés viene a llenar esa necesidad innecesaria con su reciente libro, su primer libro, *Peregrinos de Calvario*³⁷³.

En efecto, la obra de Carnés llenaba un vacío en la literatura social, el de la conciencia de clase unida a la de género. La situación de las mujeres obreras no había sido tratada desde

³⁷² Mario Verdaguer, «Natacha», *La Vanguardia*, 10 de junio de 1930.

³⁷³ Esteban Salazar y Chapela, «Notas críticas [reseña a *Peregrinos de Calvario*]», *El Sol*, XIII, 3677, 15 de mayo de 1929.

ningún ángulo que no fuera el del conflicto amoroso, y las cuestiones puramente socioeconómicas suponían toda una revolución en el tema³⁷⁴. Carnés quiere profundizar en la condición de cada mujer empleada en las fábricas y para ello se vale de su propio testimonio como fuente documental:

A los once años aprendí un oficio. Entonces, quizá, surgieron en mí las inquietudes, que aun no me han abandonado, las preguntas á que todavía no he hallado contestación. «¿Por qué las mujeres se odian entre sí tan terriblemente?». Ustedes, que luchan en otro medio, no pueden concebir los pequeños y crueles odios que bullen en el fondo de las grandes fábricas, cómo se pierde en estériles enconos una fuerza que debería aportarse únicamente a la común causa social. Sí; aquellos años de penoso aprendizaje dejaron en mí una huella de amargura que se revela en mi próxima novela *Natacha*³⁷⁵.

Esta serie de inquietudes y preguntas todavía se encuentran en formulación en las primeras novelas, pero ya se orientan claramente a la respuesta que encontrará en *Tea Rooms*: la «común causa social». Lo que se aprecia desde sus inicios tanto en la literatura como en la prensa es la clara conciencia de pertenencia a la clase trabajadora, y de la división social en clases que benefician a unos y oprimen a otros. En sus primeras entrevistas se deja entrever su inquietud por revelar esta desigualdad, especialmente cruel con las mujeres. Bajo líneas y líneas de exaltación a su belleza y a su autodidactismo por parte del entrevistador, encontramos lúcidas afirmaciones propias sobre su tarea literaria:

«Natacha» es la historia de una mujer sin carácter. Yo hubiera deseado que su vida fuese menos triste, pero no era posible hurtarla a la tristeza; yo «la hubiera casado» de buena gana con un vecino suyo, bueno y sentimental, que la amaba en silencio, créalo. Imposible. «Natacha» es la transición de la mujer de ayer a la mujer de hoy, un doble tipo de mujer moderna-antañona, atormentada por las más contradictorias ideas. «Natacha» marca la natividad de la mujer nueva en Castilla. Buscándose en sí misma la mujer acabará por encontrarse³⁷⁶.

Este es el sentido último de la obra de Luisa Carnés, una obligación absoluta por contar la realidad de las vivencias de las mujeres obreras con toda su crudeza. Dejando de lado los adornos sentimentalistas, abordando la brecha de clases desde el prisma de género, Carnés

³⁷⁴ Otra autora que tratará la cuestión de la explotación de la mujer trabajadora será Carlota O'Neill con su obra teatral *¡Al Rojo!*, en el que la escritora aborda el abuso laboral al que se ven sometidas las costureras, y que sería representada en el Teatro Proletario de Madrid el 11 de febrero de 1933.

³⁷⁵ Almanzora, art. cit.

³⁷⁶ Cabeza, art. cit.

presenta a heroínas sin respuestas a sus incertidumbres hasta que llega Matilde, que encontrará en la militancia política la réplica a la injusticia social.

A pesar de mostrar las vacilaciones propias de una escritora debutante, Carnés sabe desde sus inicios en la tarea literaria cuál es el objetivo de su crítica, de su denuncia. Sin embargo, lo que parece quedar sobradamente demostrado en sus novelas, aún no encuentra un referente claro en sus publicaciones periódicas. Esto se debe a su escasa visibilidad en prensa durante los primeros años de su producción literaria, ya que no adquirió un puesto fijo como redactora del periódico *Estampa* hasta el año 1934. El oficio de Carnés en 1930 todavía era el de mecanógrafa en la CIAP, aunque la publicación de sus dos primeras novelas le brindó nuevas oportunidades dentro del gigante editorial. Quizá la más importante de ellas fue el encargo de prologar dos obras de autores rusos: los *Cuentos* de Tolstoi y *Taras Bulba* de Gógol, ambas publicadas por la CIAP dentro de la colección Bibliotecas Populares Cervantes³⁷⁷. Este cometido parece avalar el reconocimiento de la influencia de los autores rusos en la obra de Carnés, circunstancia que todos los críticos habían alabado en sus reseñas. La huella de Rusia en la producción literaria de la autora se convierte en un rasgo ineludible de su narrativa y en una virtud que la Compañía supo aprovechar. Por otro lado, el apadrinamiento de algunas figuras de la intelectualidad como José Francés fue crucial en la construcción de la obra literaria y periodística de Carnés. A partir de su ingreso en la CIAP, el crítico decidió apoyarla en su carrera artística y se convirtió desde ese momento en su mentor, siendo él quien recomendó su admisión como periodista en la redacción de *Estampa*. La revista era uno de los miembros ilustres del grupo Prensa Gráfica, el mayor conglomerado editorial de publicaciones ilustradas, que se encargaba de la edición de otras revistas de gran tirada como *La Esfera*, *Crónica*, *Mundo Nuevo*, *Mundo Gráfico* o *As*, en los que también participará, en mayor o menor medida, Luisa Carnés. De todas estas revistas, *Estampa* era la que mayor número de ejemplares distribuía, con una edición certificada en septiembre de 1928 de 174.000 ejemplares³⁷⁸.

A partir de 1930, Luisa Carnés inicia su andadura en la prensa periódica a través de la publicación de algunos artículos, entrevistas y cuentos en la revista *Estampa*, pero también en

³⁷⁷ Plaza, «Introducción» en Carnés, *El eslabón perdido*, op. cit., p. 25.

³⁷⁸ Editorial, «Estampa tiene una tirada de 174.000 ejemplares y por ahora no puede tirar más», *Estampa*, I, 38, 18 de septiembre de 1928.

otros medios como *La Raza*, *La Voz* o *Crónica*. En estos primeros años de formación, la autora mantiene un tono ligeramente moderado en relación con la crítica o la denuncia social. Así continuará hasta 1934, cuando consiga un puesto definitivo como redactora en *Estampa*. La obtención de este empleo fue consecuencia directa de su despido de la Compañía, que quebró en 1931 tras el abandono de la Banca Bauer, su principal accionista y acreedor. La suspensión de pagos a los empleados motivó que en el verano de ese mismo año Carnés se trasladara a Algeciras, tierra natal de su compañero Ramón Puyol, desde donde siguió escribiendo algunos cuentos que publicó en *Estampa*. Sin embargo, la escasa colaboración con la revista no fue sustento suficiente para mantener a su hijo recién nacido, por lo que en 1932 Carnés regresa a Madrid y acepta un empleo temporal como dependienta en una pastelería, experiencia que recogerá como material testimonial para la redacción de *Tea Rooms*. Sin duda, el aclamado éxito de su tercera novela fue crucial para su colocación definitiva en las redacciones de los periódicos y revistas, dedicándose por fin plenamente a su vocación de escritora.

En 1934 se le reconoce oficialmente su trabajo como periodista, y su presencia en los ámbitos intelectuales y artísticos de Madrid comienza a ser habitual. Asimismo, y ahora que cuenta con un empleo y sueldo fijos, Carnés comienza a mostrar abiertamente su compromiso político, como demuestra su firma en la carta de protesta a favor de la liberación del dirigente comunista Thalmann³⁷⁹. A pesar de que no hay ninguna evidencia escrita sobre su militancia en el Partido Comunista, es evidente que la autora se fue acercando al partido desde este mismo año, si bien su afiliación efectiva no se produjo hasta la victoria del Frente Popular en 1936³⁸⁰. No obstante, su presencia como miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, así como su participación en otras iniciativas de propaganda del partido como *Altavoz del Frente*, y su firme compromiso con el periodismo comunista una vez iniciada la Guerra Civil, demuestran sobradamente su ideología y su colaboración activa con el Partido desde sus inicios como intelectual. En cualquier caso, Carnés se alejó de la militancia política de primera fila y permaneció siempre leal en su puesto de reportera, que si bien amplió a través de su colaboración con distintos periódicos y revistas a medida que

³⁷⁹ «Contra el terror nazi», *El Heraldo de Madrid*, XLIV, 15032, 7 de abril de 1934. La carta fue firmada por otros intelectuales y artistas como Antonio Machado, Ricardo Baroja, María Teresa León, Alejandro Casona, Rafael Alberti, Rosario del Olmo, María Martínez Sierra, etc.

³⁸⁰ Plaza, «Introducción» en Carnés, *El eslabón perdido*, art. cit., p. 32.

avanzaba la década de los treinta, siempre mantuvo sus lazos con *Estampa* y con Vicente Sánchez Ocaña, su redactor jefe hasta 1937, cuando la revista quedó bajo el control de las Juventudes Socialistas Unificadas.

La orientación del periodismo de Luisa Carnés, como veremos a continuación, siempre irá dirigida hacia los temas sociales, cultivando especialmente los géneros del reportaje y la entrevista. Junto con Josefina Carabias o Magda Donato, Carnés dirige su mirada hacia las desigualdades sociales, pero se focaliza en la situación de las mujeres. El trabajo o su escasez son dos de los tópicos más profundamente tratados, pero también la miseria de las familias tanto en las ciudades como en los ámbitos rurales, la atención a la infancia o los trabajos en los que las mujeres fueron adquiriendo mayor representación o incluso liderazgo. También se adentró en la profesionalización del arte, a través de la profundización en los concursos femeninos como plataforma para lanzar mujeres desde el anonimato al estrellato o las entrevistas con artistas, otorgando voz a un sector enormemente silenciado y ubicado en un parnaso de observación desde el que no podían ser escuchados. En definitiva, periodistas como Luisa Carnés adquirieron un compromiso profesional pero también personal con la situación femenina de los años treinta, elaborando una crítica a determinadas circunstancias miserables que asolaban la vida de muchas mujeres, pero también analizando las realidades desde múltiples ángulos y otorgando voz a integrantes de distintas disciplinas o ámbitos.

6.1.1. Los cuentos

Los relatos cortos son uno de los principales géneros que cultivó Carnés en toda su producción literaria. Recientemente, gracias al trabajo inestimable del profesor Antonio Plaza y a la estrecha colaboración de la familia de la autora, han sido publicados muchos de los cuentos que se encontraban inéditos y que Carnés se llevó como único equipaje al exilio. Muchos de esos cuentos habían sido publicados en prensa antes de la Guerra Civil. De hecho, la publicación de relatos cortos fue la herramienta que impulsó a Carnés a continuar trabajando en su producción literaria, y la llave que le abrió la puerta al periodismo. En realidad, los cuentos fueron el medio que muchos escritores jóvenes utilizaron para introducirse en el mundo de las publicaciones periódicas, ya que la prensa era el escaparate perfecto para darse a conocer en el ámbito literario:

Durante los años veinte, la profesionalización del oficio de escritor fomentó su acercamiento a las publicaciones periódicas, ahí muchos jóvenes se dieron a conocer y encontraron un lugar donde formarse [...] Aparte de los textos periodísticos, como el artículo informativo, la entrevista y la crónica, los escritores publicaban ficción, relatos breves, novelas por entregas o abordaban la crítica³⁸¹.

Por otra parte, los cuentos son un tipo de texto literario que se adecua bien a la producción literaria de Carnés. La economía del relato obliga a establecer una narración breve, directa y concisa, un recurso literario que la autora cultivará también en sus novelas extensas, centrando su atención en el análisis de los personajes y de su condicionante entorno social. Generalmente, detendrá su mirada en las mujeres y en los niños, con una estética realista de estirpe decimonónica que mantendrá durante toda su trayectoria creadora. Los cuentos son los primeros esbozos de lo que serán los relatos extensos de Carnés, su obligada evolución desde la lectura hasta la escritura: «Seguramente mi decisión de escribir aquel cuento [«Mar adentro»] fue inspirada por la lectura, mi gran pasión entonces, cuando me figuraba que leía demasiado»³⁸².

El primer texto localizado de la autora se publica en 1926³⁸³, dentro de la sección de cuentos del diario *La Voz*, la versión popular del periódico *El Sol*. Con su habitual lucidez y visión empresarial, Nicolás de Ugoiti fundará este diario dirigido a las clases populares, para así poder disponer de un tándem a la americana entre el matutino y prestigioso diario *El Sol* y el vespertino y popular *La Voz*:

No siendo sensacionalista y estando bien escrito, *La Voz* ocupó el primer puesto en la venta callejera, alcanzando en 1930 los 130.000 ejemplares, casi la mitad de ellos en provincias, con notas editoriales breves y ligeras y dedicando gran atención a los sucesos o a los toros y una sección diaria dedicada al movimiento obrero [...] Siendo un diario de información política y de noticias nacionales, publicó también el tradicional folletín, y obtuvo importantes ganancias por los anuncios y la publicidad³⁸⁴.

³⁸¹ Olmedo, *Itinerarios de exilio...*, op. cit., p. 25.

³⁸² Almanzora, art. cit.

³⁸³ Sin embargo, sus primeras vacilaciones empezaron antes: «de mi nacimiento á las letras le diré a usted que data del 1923, época en que cogí la pluma por primera vez para hacer un cuento». Almanzora, art. cit.

³⁸⁴ *La Voz*, Biblioteca Digital Hispánica, Biblioteca Nacional de España. Disponible en <http://bdh.bne.es/bnesearch/CompleteSearch.do?numfields=3&advanced=true&field3Op=AND&field2Op=AND&field1Op=AND&textH=&completeText=off&fechaHsearchtype=0&lengua=&field1=titulo&field3val=&showYearItems=&field1val=la+voz&field2val=&fechaHhasta=&fechaHen=&exact=on&text=&field3=todos&fechaHdesde=&field2=todos&doctype=Prensa+y+Revistas&pageSize=1&pageSizeAbrv=30&pageNumber=12>.

El diario popular llegará a competir incluso con el famoso *Heraldo de Madrid*, y en su excelente nómina de autores contará con las colaboraciones de Luis Araquistáin, Tomás Borrás, Enrique Díaz-Canedo, Alberto Insúa, José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu o Ramón Pérez de Ayala. *La Voz* se alzó como un medio de prestigio para la difusión de la obra de los escritores jóvenes a través de su sección de cuentos, que alternaba entre los «Cuentos españoles» —entre los que publicaban desde Enrique Jardiel Poncela, Rafael Cansinos Assens o Rafael Mesa de la Peña, hasta escritoras más desconocidas como Sara Insúa o la propia Luisa Carnés—, y los «Cuentos extranjeros», que publicaban relatos de escritores europeos traducidos al español.

El recuento de publicaciones de Carnés en la sección literaria del periódico suma un total de veintidós cuentos, publicados entre apariciones esporádicas desde 1926 hasta una colaboración casi habitual en 1931. El resto de publicaciones de relatos cortos se produce de forma aleatoria en otros periódicos de tirada nacional como *Estampa*, *Crónica*, *La Raza* o *Ahora*. La obra narrativa de Carnés publicada en prensa suele oscilar entre temas muy similares. Se trata de cuentos que suelen tener como protagonistas a personajes marginados de la sociedad, o al menos los que habitualmente pasan desapercibidos: inválidos, amas de casa, mendigos, oficinistas... En muchas ocasiones, la trama de los cuentos no alberga una gran acción, sino que simplemente retrata un día en la vida cotidiana de estos personajes, con una estrategia cinematográfica que utilizará a lo largo de toda su carrera literaria: una ausencia prácticamente total de la voz del narrador, salvo en contadas excepciones, que provoca una sensación en la lectura de atisbo efímero, de ventana indiscreta por la que los intrusos lectores observamos la realidad que el relato describe. De hecho, ella misma utilizará este recurso en alguno de sus cuentos, cuando un vecino morboso aceche desde su ventana, o una monja excitada observe con el rabillo del ojo a una pareja de novios.

En este sentido, podríamos observar una relación entre algunos relatos que abordan temáticas similares. También es destacable el hecho de que su narrativa breve experimente una gran evolución desde sus primeros relatos publicados en prensa en los años 1926 hasta 1931, en los que se observa una clara experimentación de escritora joven, hasta los cuentos que se publican a partir de 1932, cuando ya han sido publicadas sus dos primeras novelas. Además, hay una diferencia abismal entre ciertos relatos que no superan una extensión de doce párrafos, cuyos personajes son escasamente descritos y que carecen de un sentido

estricto; y otros cuentos más elaborados y estructurados en los que la línea de acción de los protagonistas está construida con esmero. Posiblemente, esta diferenciación responda a la mayor o menor cantidad de trabajo de mecanografía del que debiera encargarse esa semana, que provocaba, evidentemente, un descenso en la extensión de sus relatos.

El primer cuento del que tenemos constancia en la prensa periódica es uno de los más elaborados y que mejor responde a las inquietudes literarias de una joven autora: «Mar adentro»³⁸⁵, publicado en 1926 en *La Voz*. El texto aborda la historia de la paralítica Angustias, y su joven criada María, encerradas en una enorme casa ubicada sobre un acantilado, desde donde vislumbran cómo rompen las olas del mar en las rocas. Para ambas protagonistas, el encierro y el océano despiertan sentimientos completamente opuestos, construyendo así una suerte de binomio entre la vieja inválida y la joven con ansias de libertad. La pluma de Carnés se orienta desde muy pronto a la muestra de los distintos modelos de mujer, que terminará por culminar en la galería de personajes femeninos de *Tea Rooms*. En cualquier caso, en este primer relato, la autora ensaya con algunas de las técnicas que utilizará a lo largo de toda su producción literaria, empezando por el empleo de los nombres propios como rasgos definitorios de sus personajes³⁸⁶.

Angustias, por tanto, es una denominación que encaja a la perfección con el personaje de la paralítica, que no sólo es víctima de su enfermedad, sino que también ancla a la joven María, su criada, a una vida de reclusión en su torre de marfil en lo alto del acantilado. Ambas observan el romper de las olas en las rocas, pero la sensación que les provoca es radicalmente distinta. Las aguas son para Angustias «impenetrables», un símbolo más de su estatismo y su perpetua atadura a la cama; mientras que para María se alzan como el anhelo más definitivo de libertad: «¡Mar adentro!... Alejarse de aquellas costas silenciosas. Ver la disminución lenta de la casa gris hasta desaparecer a lo lejos en un punto ceniza, que se perdería de vista al fin». De hecho, la criada refleja en el mar sus deseos más íntimos: «María pensaba cuánto bien le harían en esos momentos los besos del agua... Y se veía dentro del mar, besada por él, con besos frescos que resbalarían por su cuerpo desnudo y entre el negror azulado de sus cabellos, y la envolverían luminosos, como la luna, que la acariciaría este

³⁸⁵ Carnés, «Mar adentro», art. cit.

³⁸⁶ Estrategia, como se ha abordado anteriormente, utilizada por narradores del realismo decimonónico como Pérez Galdós.

momento con una gran caricia pálida». Es un mecanismo propio de Carnés incluir en sus relatos la descripción del deseo sexual de sus protagonistas femeninas, pero siempre encubierto por otro elemento: en el caso de Natacha, por ejemplo, será una flor amarilla que se deslizará suavemente por sus senos; en el de la monja que presencia una tórrida escena entre una pareja de novios, serán las cuentas del rosario que aprieta con fuerza.

Otro de los rasgos más característicos de la narrativa de Luisa Carnés que aparece ya de manera incipiente en este cuento es la clara diferencia entre clases. La línea que divide a las clases ricas de las pobres siempre será invisible para las protagonistas pertenecientes a las clases altas, cuyo privilegio les impide ver más allá de su propio espacio. Siempre dispuesta a ilustrarlo de forma gráfica en sus relatos, la autora recoge aquí por primera vez las impresiones de María como subordinada de Angustias:

“Oye... y detrás de esas aguas... ¿no has pensado tú nunca qué mundo habrá detrás de esas aguas?” [...] María asentía a todo con vagos gestos de ensoñación. “¡Oh ya lo creo que había casas, no como la de la señora, que parecía un palacio, por lo inmensa; pero había muchas casas de pescadores allá abajo, cerca de la playa!... Y si hubiese podido ver la señorita cuán pobres eran estas casas...”

Durante todo el texto, la narradora va elaborando una construcción psicológica de los personajes —gracias a una analepsis que describe a las madres de las protagonistas— que acaba por confrontarlas en un binomio entre la mujer vieja, adaptada y que acepta con resignación la vida que le ha tocado; y la mujer nueva, insatisfecha, con demasiadas ansias de conocimiento y de libertad. La exploración de la autora en distintos modelos de personajes estuvo siempre presente en su objetivo literario: «Ya en mi época del taller veía cosas que no podía definir, al través de las miradas y las palabras embozadas de aquellas mujeres y aquellos hombres, mis compañeros de trabajo; ya entonces, á mi regreso del taller velaba hasta la madrugada sobre las cuartillas»³⁸⁷. La narración se sitúa a medio camino entre la dualidad de ambas protagonistas, porque finalmente María sucumbe a sus anhelos de libertad y escapa de su prisión, pero sin éxito. La independencia que demanda la joven criada es excesiva, por lo que el precio que paga por su libertad es demasiado alto. Del mismo modo que ocurrirá con Natacha, María terminará anulándose entre las aguas del océano.

³⁸⁷ Almanzora, art. cit.

Si me he detenido tan explícitamente en el análisis de este cuento es precisamente porque, a pesar de tratarse del primero de los relatos que publica en prensa, es radicalmente distinto a los que vienen después, tanto en extensión como en calidad de la narración. La construcción de los personajes femeninos y del conflicto al que se enfrentan es inaugural del tipo de literatura que abordará Carnés, pero, además, la estructura y la coherencia interna de la narración nos sitúan ante una primera publicación muy prometedora para una escritora sin formación.

A medida que transcurre la década de los veinte, Carnés va ensayando otro tipo de inquietudes que se infiltrarán en la temática de su obra narrativa. El tema del trabajo será ampliamente abordado en sus novelas extensas, pero también en sus artículos y reportajes periodísticos, así que los cuentos no podían tampoco escapar a él. En general, en sus relatos cortos la autora suele tratar este tema desde la perspectiva masculina, aunque desde la mirada de hombres pusilánimes y temblorosos que acaban siendo engullidos por el apremiante sistema capitalista. Manolo, protagonista de «Un pobre hombre»³⁸⁸ —cuyo título remite directamente a los rasgos mencionados—, recibe constantemente el reproche de su padre por no conseguir un puesto como funcionario de Aduanas, que le repite una y otra vez que el pobre chico «no será nada en la vida». La «nada» a la que están abocados los personajes que se salen de la normalidad laboral termina por ser trágica, y los protagonistas se convierten en mendigos, inválidos o locos. Manolo termina con un brazo mutilado tras una fatal caída en su trabajo como tramoyista, y todos acaban compadeciéndole como un «pobre hombre».

El siguiente paso en esta anulación de la personalidad se da en el cuento «5+3=8»³⁸⁹, publicado en 1930 en la prestigiosa revista *La Esfera*. El protagonista del relato ni siquiera recibe un nombre, y es constantemente comparado con los objetos que amueblan la oficina. De nuevo es descrita su procedencia humilde —«¡cómo se fijarán en mis tacones rotos y en mi chalina deshilachada!»—, lo cual provoca en el cobarde personaje un deseo de invisibilidad que le conduce nuevamente a la anulación: «el poeta inédito piensa que todo esto gris, borroso, que le envuelve es una parte extraña del mundo, antesala de la Nada». La monotonía del trabajo de oficina termina por adueñarse de su personalidad, y el protagonista

³⁸⁸ Luisa Carnés, «Un pobre hombre», *Ondas*, V, 199, 6 de abril de 1929.

³⁸⁹ Luisa Carnés, «5+3=8», *La Esfera*, 873, 27 de septiembre de 1930. Las ilustraciones de este relato están firmadas por Ramón Puyol.

acaba enloqueciendo: «4, 8, 1... ya su vida no es otra cosa». Así pues, el mismo sistema que le obligó a anularse para encajar como un engranaje más del sistema le despide por haberse mimetizado demasiado con el ambiente: «Es usted un idiota. Pase por la Caja á recoger su sueldo. Queda usted despedido».

La competitividad voraz del capitalismo se manifiesta también en el «Enemigo pequeño»³⁹⁰, un breve relato sobre la competencia desleal que ejerce un niño sobre otro al enterarse de una huelga de trabajadores, para ser él quien venda más periódicos. Sin embargo, la firmeza que demuestra la autora al castigar a sus personajes masculinos más patéticos comienza a disiparse en 1931, cuando la compasión se filtra en «El camarero triste»³⁹¹. Su protagonista, otro de los tipos invisibles y marginados de la sociedad, es un camarero en cuyo turno no se ocupan las mesas, por un posible halo de muerte que desprende a causa del oficio de marmolista de su padre. La descripción física de este tipo de personajes suele ser la responsable de la sensación de patetismo que les rodea:

El camarero de aquel turno era bajito, desmirriado, amarillento; tenía los ojos apagados y las pestañas desmayadas, como las ramas de un eucalipto tristón; por cima de sus cejas escasas caían unos pelos rubios, lacios, que encubrían la calvicie prematura de su cabeza voluminosa.

Era alto y decaído, paliducho y enjuto. Había heredado de su padre una triste sífilis y un amor grande a los buenos libros. Padecía una timidez femenina que lo hacía ruborizarse por cualquier cosita, como una muchacha³⁹².

No obstante, en «El camarero triste», uno de los pocos relatos en los que la narración se produce en primera persona, la autora rescata su interés por los desfavorecidos y los marginados de la sociedad, y reclama compasión y piedad para ellos:

Aquella confesión nos hizo concebir una piadosa simpatía por aquel camarero, tan solemne y tan triste. Y como somos personas sin prejuicios y limpias de toda superstición, decidimos trasladar nuestra tertulia al turno de aquel hombre. El cual ha cambiado de aspecto desde entonces.

Esta reivindicación de la misericordia con los tipos más incomprensidos de la sociedad la reproduce también a partir de metáforas en cuentos como «Una casa en ruinas»³⁹³ o «El

³⁹⁰ Luisa Carnés, «Enemigo pequeño», *La Voz*, XII, 3190, 19 de marzo de 1931.

³⁹¹ Luisa Carnés, «El camarero triste», *La Voz*, XII, 3206, 7 de abril de 1931.

³⁹² Luisa Carnés, «El hijo del dramaturgo», *La Voz*, XII, 3222, 25 de abril de 1931.

³⁹³ Luisa Carnés, «Una casa en ruinas», *La Voz*, XII, 3265, 16 de junio de 1931.

banco solitario»³⁹⁴, en los que el mensaje es prácticamente el mismo. La vieja casa a la que nadie quiere entrar «no es culpable de otra cosa que de haber envejecido muy rápido», y el banco en el que nadie quiere sentarse sólo es deseado por un hombre paralítico que lo observa desde la ventana de su habitación. Sin embargo, en el relato del banco, se atisba también otro de los motivos que la autora aborda en muchos de sus cuentos: el erotismo y la sensualidad que emanan las parejas jóvenes, precisamente porque quieren sentarse en un banco en el que no haya tanta luz: «Discurrían las parejas, a lo largo de las anchas aceras, bordeadas de acacias y palmeras, de césped cuidado y de trébol humedecido, lentamente, muy juntos los cuerpos y sumidos en misteriosos coloquios sin voz, a la búsqueda del posible banquito, bajo el árbol frondoso».

El morbo que produce la mirada furtiva del inválido que observa desde la ventana de su habitación es el mismo que se atisba desde la perspectiva de la monja en «En el tranvía»³⁹⁵. Esa mirada indiscreta representa la intrusión que los lectores efectuamos sobre las situaciones cotidianas que nos presentan los relatos de Carnés. La pareja de novios que sube al tranvía, que se manosea y se ríe, es contemplada con gran turbación por la monja con quien comparten el vagón, que experimenta sin saberlo una extrema sensación de deseo. La excitación de la monja nos impele a seguir leyendo, a continuar curioseando para saber si el ardor de la pareja que tenemos enfrente terminará en algo más, hasta que la narración se corta en seco: «pero no. Porque él hace de pronto una indicación rápida al tranviario, y se apean del coche». Los rezos de la monja tras la súbita excitación terminan por devolver al lector a la realidad, pero el relato es sumamente sensual.

Por su parte, las mujeres en estos primeros relatos de Carnés son las encargadas de representar la frustración ante la maternidad fallida o la losa del matrimonio infeliz. En «Un año de matrimonio»³⁹⁶, la autora explora el mismo tópico que utilizará con Almudena, la mejor amiga de Natalia en *Natacha*: la conformidad que adoptan las mujeres al contraer matrimonio. La protagonista del cuento, tras ser despreciada por su marido en numerosas ocasiones, intenta cambiar de aspecto físico hasta que entiende que el hombre no volverá a mirarla como antes del matrimonio: «y vertió sus primeras lágrimas de resignación». La

³⁹⁴ Luisa Carnés, «El banco solitario», *La Voz*, XII, 3124, 1 de enero de 1931.

³⁹⁵ Luisa Carnés, «En el tranvía», *La Voz*, XII, 3304, 31 de julio de 1931.

³⁹⁶ Luisa Carnés, «Un año de matrimonio», *La Voz*, XII, 3212, 14 de abril de 1931.

autora elabora una crítica sobre la tremenda ignorancia que domina la mentalidad femenina cuando las mujeres jóvenes se casan, y al llegar los primeros momentos de infelicidad son incapaces de comprender el motivo. La incertidumbre que manifiesta la protagonista de «Una mujer de su casa»³⁹⁷ ante los primeros desplantes de su marido se transforma en dolor cuando un mensajero la confunde con la criada. El personaje, que se ha estado preparando toda la vida para ser una perfecta esposa y madre, de pronto cae en la cuenta de que no es más que una sirvienta. De hecho, la sumisión y el servilismo que ha mostrado durante todo el relato no hacen más que corroborar este hecho: «siempre había observado que en todo matrimonio el hombre tiene la llave de la puerta, y la mujer, la de los armarios».

Una notable evolución en esta concepción del matrimonio se da en 1933 con la publicación de «El único sistema»³⁹⁸, en el que una pareja de recién casados recupera la ilusión del matrimonio con el revolucionario método de vivir en casas separadas. La modernidad de la nueva mujer se deja vislumbrar en los personajes femeninos de Carnés a partir de 1931, como también demuestra el fotorrelato «Reconciliación: entremés telefónico»³⁹⁹, en el que la autora simula una conversación telefónica entre una muchacha y su novio, al que termina por perdonar la fechoría realizada. Sin embargo, la autora no desplaza su denuncia sobre la paupérrima situación de las clases populares, como demuestra con la publicación de «El día más feliz»⁴⁰⁰, en el que critica la fortuna que se gasta una familia humilde en la celebración, por todo lo alto, de la primera comunión de su hija.

A partir de 1932, los relatos breves de la autora experimentan una destacable mejoría en su calidad narrativa. Una vez es despedida de la CIAP y se traslada a Algeciras en compañía de Ramón Puyol, el número de publicaciones en prensa desciende notablemente, aunque sigue enviando cuentos y artículos a las redacciones de algunos periódicos. Es el caso de «Bronca andaluza, o ¡no paza ná!»⁴⁰¹, que parece una crónica sobre una situación real vivida por la autora; de hecho, está narrado en primera persona. En este relato, la autora ensaya la técnica de transcripción directa, estrategia que siempre utilizará a lo largo de su trayectoria

³⁹⁷ Luisa Carnés, «Una mujer de su casa», *La Voz*, XII, 3277, 30 de junio de 1931.

³⁹⁸ Luisa Carnés, «El único sistema», *Estampa*, VI, 302, 21 de octubre de 1933.

³⁹⁹ Luisa Carnés, «Reconciliación: entremés telefónico», *Estampa*, VII, 358, 24 de noviembre de 1934.

⁴⁰⁰ Luisa Carnés, «El día más feliz», *Nuevo Mundo*, XL, 266, 13 de octubre de 1933.

⁴⁰¹ Luisa Carnés, «Bronca andaluza, o ¡no paza ná!», *Crónica*, IV, 163, 11 de diciembre de 1932.

tanto periodística como literaria, y que dota de un tono muy entrañable a sus artículos. En este caso, evidentemente, transcribe el acento andaluz, como hará cuando entreviste a artistas andaluzas en los reportajes para *As*. De la misma experiencia andaluza procede «Contrabando»⁴⁰², un cuento con un tono más sombrío sobre las mercancías ilegales que se transportan desde el Peñón de Gibraltar hasta España atravesando la frontera. En este cuento, mucho más que en otros, el lector se inmiscuye como un mero espectador: no hay ninguna acción en la trama que indique que la protagonista está cometiendo una ilegalidad. El ambiente que ha creado la narradora construye la trama; el acto del contrabando se esconde implícitamente, pero está presente. Esta estrategia cinematográfica es la que utilizará la autora para narrar los escenarios de desigualdad en *Tea Rooms*, sin influir en la percepción de los lectores, para que podamos hacer una reconstrucción de los hechos, a fin de percatarnos de la injusticia.

Sólo un relato procede directamente de la Guerra Civil: «Una estrella roja»⁴⁰³. Es un cuento bastante tendencioso en el que se exalta la ideología marxista y en el que se ensalza la figura de los héroes de guerra. A pesar de tener como objetivo la concienciación de la población republicana, a partir del ejemplo del protagonista adolescente, lo cierto es que se percibe más el carácter propagandístico del relato que su valor literario. Dedicada plenamente al periodismo durante el conflicto bélico, Carnés publicó únicamente este cuento durante la guerra. Sin embargo, el reciente recuento de relatos breves efectuado por el profesor Plaza ha sacado a la luz otros cuatro cuentos⁴⁰⁴ que abordan el tema de la Guerra Civil. Se trata de narraciones situadas en momentos decisivos de la contienda, desde su inicio hasta la huida a través de los Pirineos en enero de 1939, en las que la autora explora desde una perspectiva partidista e incluso maniquea el inequívoco mensaje de la necesidad de priorizar la lealtad a la causa republicana por encima de todo⁴⁰⁵.

⁴⁰² Luisa Carnés, «Contrabando», *Estampa*, V, 258, 17 de diciembre de 1932.

⁴⁰³ Luisa Carnés, «Una estrella roja», *Frente Rojo*, II, 288, 6 de enero de 1938.

⁴⁰⁴ Recogidos en el volumen *Donde brotó el laurel. Cuentos completos II*, op. cit.

⁴⁰⁵ La publicación de estos cuentos se produjo de forma posterior a la guerra o incluso después del fallecimiento de la autora. Al no tratarse, por tanto, de relatos publicados en prensa hasta el año 1939, exceden los límites temporales de este trabajo. Para más información, véase Francisca Montiel Rayo, «La vida y la muerte en los cuentos sobre la Guerra Civil de Luisa Carnés», *Orillas*, 7 (2018), pp. 45-59.

6.1.2. Los reportajes de inmersión



La notable escritora, colaboradora de *ESTAMPAS*, Luisa Carnés, que acaba de publicar, con el título de «Tea Rooms», una interesantísima obra.

«Hechos y rostros», *Estampa*, VII, 323, 17 de marzo de 1934,.

Tras ser contratada oficialmente como reportera en la redacción de *Estampa* —hecho que queda contrastado con la publicación de su fotografía como colaboradora de la revista—, Luisa Carnés toma la alternativa de la mano de sus compañeras Josefina Carabias y Magda Donato y se infiltra en algunos escenarios interesantes de la sociedad madrileña de los años treinta para dejar constancia de las experiencias en reportajes publicados para la revista. *Estampa* nació como relevo natural a las ya obsoletas *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico* y *La Esfera*. Luis Montiel, propietario de los talleres tipográficos de Sucesores de Rivadeneyra, da un salto a la modernidad en la prensa gráfica española con la adaptación a las modernas técnicas de impresión. Además, el éxito de la revista se debe también al abaratamiento del precio de venta del número frente a todos sus competidores: treinta céntimos el ejemplar ordinario para una entrega de aproximadamente cincuenta páginas y a gran formato. Su bajo precio, añadido a su novedoso diseño, su predominio de la imagen frente al texto, su interés por las innovaciones sociales y tecnológicas, y su lúcida moderación política la harán idónea para entrar en una buena parte de hogares españoles⁴⁰⁶.

La revista se componía de artículos y reportajes, pero también contaba con las tradicionales secciones fijas como las asignadas al relato breve —en las que también participó Luisa Carnés antes de su contratación como reportera—, y la de la novela por entregas. El éxito económico de la revista provocó un incremento en la inclusión habitual de

⁴⁰⁶ *Estampa*, Biblioteca Digital Hispánica, Biblioteca Nacional de España. Disponible en <http://bdh.bne.es/bnearch/Search.do>.

publicidad, que en *Estampa* llegó a sumar más de seis páginas. Entre ellas se incluyeron numerosos anuncios para un público eminentemente femenino, al que también se dedicaban páginas especiales de la mujer —generalmente redactadas por Magda Donato—, que abordaban aspectos de la moda. Sin embargo, la revista se ocupó de presentar una imagen de mujer moderna e incluso se aventuró en algunas ideas feministas, a través de la publicación de artículos y reportajes, especialmente a partir de 1931, sobre las nuevas oportunidades que la Segunda República brindó a las mujeres. De hecho, la inclusión de una larga nómina de reporteras y colaboradoras en la redacción de la revista corrobora su intención de abordar nuevos aspectos más o menos feministas, como demuestra su constante muestra de la presencia femenina en sus publicaciones:

ESTAMPA, que ha dedicado desde su primer número atención principal a la vida y a los intereses de las mujeres; que se ha cuidado deliberada y tenazmente de mostrar la admirable labor de las mujeres españolas en todas partes: en las Universidades y Escuelas, en el hogar, en el taller, en las clínicas, en las oficinas, en el deporte...ESTAMPA, que es el periódico favorito de las mujeres, está, en buena parte, hecho por mujeres también⁴⁰⁷.

Evidentemente, la incorporación de mujeres a la redacción de la revista se debe a una estrategia propagandista para la captación del mayor público femenino posible, puesto que, como decimos, muchas de las redactoras se encargaban exclusivamente de las secciones dedicadas a las mujeres, especialmente en los primeros años de vida de la publicación. A través de este mecanismo publicitario, las mujeres periodistas encontraron en la redacción de *Estampa* un escenario de igualdad con sus compañeros varones, con los que trabajaban codo con codo en la producción de artículos y reportajes. El carácter eminentemente gráfico de la revista contribuyó a un acercamiento entre hombres y mujeres en labores compartidas, o incluso en una subordinación de hombres a mujeres, como demuestra el tándem formado por periodista y fotógrafo en la producción de todos los reportajes de Luisa Carnés. A pesar de que la mayoría de las publicaciones firmadas por Carnés contaba con numerosas fotografías, quizá sean las de los reportajes de inmersión las más interesantes, ya que se realizaban en un espacio distinto al de la entrevista o la nota informativa. La autora aparece retratada en estas crónicas como peluquera, modista o incluso figurante de cine.

⁴⁰⁷ Editorial, «Las redactoras y colaboradoras de Estampa», *Estampa*, II, 53, 1 de enero de 1929. Acompañan el reportaje fotografías de las redactoras y colaboradoras de la revista, entre las que se encuentran Magda Donato, Alma Tapia, Concha Espina, Sara Insúa, Matilde Muñoz o Clara Campoamor.

Paradójicamente, a través de la ocultación de su verdadera personalidad, Carnés consiguió construir una identidad auténtica como periodista y escritora. La primera publicación que redacta para *Estampa* una vez constatada su contratación como redactora para la revista es el reportaje «Una mujer busca trabajo»⁴⁰⁸, en el que la autora representó una experiencia de sobra conocida por ella misma, con el objetivo de mostrar al lector la desesperante búsqueda de empleo: «La necesidad nos hace audaces, y la “sin trabajo” —en este caso la autora de la presente información— tiene experiencia auténtica en estas cosas». Este dominio de la situación imprime en todo el artículo un matiz melancólico, que se deja entrever también en las fotografías de la autora que lo acompañan, diferente al tono jocoso que la periodista muestra en otros reportajes de la misma índole cuando descubre su trampa. En realidad, el hecho es que, como venimos diciendo, en esta publicación no hay trampa ni cartón: la autora conocía de sobra las direcciones que había de tomar para lanzarse a las calles en busca de un empleo.

⁴⁰⁸ Carnés, Luisa, «Una mujer busca trabajo», *art. cit.*



Fotografías extraídas de Luisa Carnés, «Peluquería de señoras», *Estampa*, VII, 332, 19 de mayo de 1934 y «Una mujer busca trabajo», *Estampa*, VII, 330, 5 de mayo de 1934, en las que se aprecia claramente la diferencia en el semblante de la autora.

A pesar de que en algunas ocasiones los reportajes abordan escenarios bastante superficiales y frívolos, como el de la peluquería o el de la figurante de cine, en todos ellos hay espacio para la firme demostración de una conciencia de clase que cada vez era más evidente en sus publicaciones. Carnés siempre hará referencia en estos reportajes a dos motivos centrales, característicos de las clases trabajadoras, a los que recurrirá a lo largo de toda su producción literaria, y que se repiten hasta la saciedad en sus publicaciones en prensa: la vestimenta humilde y la escalera interior de los edificios, por donde deben entrar y salir los trabajadores:

Al empujar su puerta pienso en mi abrigo deslustrado; recuerdo cuántas veces, en mis persecuciones de trabajo por Madrid, los ordenanzas me han mirado despectivamente de arriba a abajo y me han mostrado la escalera interior...⁴⁰⁹

⁴⁰⁹ Carnés, «Una mujer busca trabajo», *art. cit.*

Clandestinamente, como nos introducimos en esta Casa de Modas, hacemos retirada por la escalera interior. Como corresponde a nuestra modesta condición de trabajadoras⁴¹⁰.

Al ver mi «pinta» —traje de levita sencillo y cabeza descubierta—, el portero estuvo a punto de enviarme por la escalera interior. Pero no lo hizo. Me miró, con ese gesto de impertinencia con que miran los porteros de casas suntuosas a las personas que visten con modestia⁴¹¹.

Esta clara conciencia de clase comienza a ser habitual en los textos de Carnés, que cada vez se muestra más orgullosa de su procedencia humilde frente a las clases privilegiadas, de las que no escatima la crítica en ningún momento: «La clienta hace grandes elogios de un hotel de su propiedad, habla de “sus” criadas, “su” jardín, “sus tierras” [...] También habla de que tiene un sobrinito enfermo de gravedad. Lo dice demostrando gran aflicción, pero, por lo visto, no le impide prescindir del marcado de ondas»⁴¹². La hipocresía de la burda moral de la que hacen gala las personalidades de las clases altas se une a la conciencia de clase trabajadora de Carnés y se convierte en un tópico en su literatura. Como ya se ha mencionado anteriormente, todo el material recopilado por la autora en su deambular por las calles en busca de material de investigación para los reportajes sirve de testimonio para la redacción de la novela *Tea Rooms*, en la que se repiten nuevamente estos tópicos:

La mujer rica desea el estío, que le permite cultivar su fina desnudez. La pobre lo teme. La pobre ve con temor la proximidad de los días radiantes de ese sol enemigo que descubre el zapato informe, que ilumina cada deterioro del atavío con la precisión del reflector a la estrella⁴¹³.

«Eh, por la escalera interior». La primera vez que se lo oyó a un portero de librea dividió mentalmente a la sociedad en dos mitades: los que utilizan el ascensor o la escalera principal, y «los otros», los de la escalera de servicio; y se sintió incluida entre la segunda mitad⁴¹⁴.

Existen también otros reportajes en los que la temática profundiza algo más en su responsabilidad social y su compromiso moral con las clases trabajadoras. Carnés se suele ocupar de retratar en sus publicaciones la realidad de los empleados de cada sector en el que se sumerge. De hecho, es su objetivo mostrar a sus lectores la mayoría de trabajadores en

⁴¹⁰ Carnés, «Secretos de las Casas de Modas», art. cit.

⁴¹¹ Luisa Carnés, «Yo soy modista en Madrid...», *Estampa*, VII, 415, 20 de diciembre de 1935.

⁴¹² Carnés, «Peluquería de señoras», art. cit.

⁴¹³ Carnés, *Tea Rooms*, op. cit., p. 21.

⁴¹⁴ *Ibid.*, p. 26.

cualquier ámbito laboral, con la intención de crear un sentimiento de empatía en su público hacia cada sector de la industria. Incluso en el ambiente cinematográfico, uno de los más admirados espacios de trabajo en las décadas de los años veinte y treinta, no es oro todo lo que reluce: «Ya estamos en la calle. Ya ha visto usted, lectora, «en su propia salsa», al artista cinematográfico. Ya ha visto cómo trabajan, cómo se aburren y cómo se aman. Habrá usted podido observar que su existencia no es envidiable. Para ellos no hay jornada de trabajo. Su vida no les pertenece [...] ¿Qué dice usted? ¿Insiste en ser «estrella» de cine?»⁴¹⁵. Más allá de las luces y del brillo del cinematógrafo, Carnés intenta profundizar en las condiciones laborales de cada persona que trabaja en los escenarios de los rodajes. En esta misma línea se orienta su investigación cuando se infiltra como figurante en el rodaje de una película. La labor de las «extras», que se encuentra enormemente invisibilizada tras el protagonismo de las grandes actrices, es el objeto de observación de la autora, que pregunta a muchas de ellas obteniendo, en general, la misma respuesta:

Yo, cuando puedo, exhibo vestidos en casas de modas, soy modelo, y me alquilo de cabeza para lucir los sombreros de un comercio en las revistas femeninas. Hay muchas aquí que se ven negras para ganar los dos duros diarios... Al mes, si tenemos tres figuraciones, no llegan a las ochenta pesetas... ¿Cree usted que con ochenta pesetas al mes se puede vivir?⁴¹⁶

Precisamente, las casas de modas son otro de los sectores donde se introduce Carnés para mostrar la realidad de las modistas. Al reseñar la hermandad de las chicas que dedican su vida a la costura, la autora incorpora, como hará también en sus novelas, una temprana idea de sororidad femenina. La perspectiva de género está presente en este reportaje desde el momento en el que sólo se focaliza en mujeres, que son las únicas encargadas de la costura. Así, Carnés empieza a añadir una cierta conciencia de género en sus artículos periodísticos, elaborando sutiles críticas a la subordinación femenina en los puestos de trabajo, como había hecho ya en sus novelas. Estos reportajes se relacionan íntimamente con los que publicará durante la Guerra Civil, cuando resalte por encima de todo la labor de las mujeres en la retaguardia y anime a todas las mujeres españolas a movilizarse en favor de la República. En ellos, como veremos, se potencia la proyección de la conciencia de género, vinculada, aunque

⁴¹⁵ Luisa Carnés, «En los estudios de la C.E.A. “Cine” por dentro», *Estampa*, VII, 345, 18 de agosto de 1934.

⁴¹⁶ Luisa Carnés, «Yo he sido artista de cine», *Estampa*, IX, 446, 1 de agosto de 1936.

no exclusivamente, a la de clase, ya que también se aproxima a algunas mujeres adineradas fieles a la causa republicana.

En definitiva, Luisa Carnés se vale de los reportajes de inmersión para mostrar los aspectos que más le interesan sobre la difícil situación de las clases trabajadoras, y más específicamente sobre las mujeres obreras. En ellos, la autora intenta apelar a sus «lectoras», para que sean conscientes de las condiciones en las que se mueven en determinadas circunstancias laborales, si bien la gran mayoría de ellas ya las conocen sobradamente, como es su caso particular. La obra periodística de Luisa Carnés, a partir del año 1934, se orienta hacia donde ya había evolucionado su producción literaria: la movilización de la conciencia femenina sobre su situación específica de clase.

6.1.3. Las memorias

Este tipo de reportajes se relaciona claramente con los de inmersión, dado que la autora opta por dar voz a dos experiencias vitales femeninas desde ángulos diametralmente opuestos, el de la famosa «Miss España 1934» y el de una criada. Carnés utiliza una estrategia de ocultación mayor aún que la utilizada en los reportajes vividos, dado que su voz narrativa no aparece en ningún momento, sino que se limita a transcribir las palabras de las interpeladas, como si se tratara de una grabadora. Sin embargo, parece claro el mayor interés demostrado por la autora en su reportaje sobre la criada, que conforma una serie de cinco entregas frente a las dos de las memorias de Miss España. Por otro lado, el anuncio a bombo y platillo en la revista *Ahora* sobre el reportaje de la criada contrasta con la sencillez del de la *miss* María Eugenia Enríquez; un tipo de publicación a la que los lectores estaban bastante acostumbrados, ya que la presencia de Miss España era habitual en todos los actos sociales de la época:

Comenzamos hoy la publicación de este interesante folletín-reportaje, en el que nuestra colaboradora Luisa Carnés recoge las confidencias íntimas llenas de suave emoción y honda humanidad, de una “chica de servir” madrileña, uno de esos tipos representativos del pueblo, que son los que mejor pueden dar una sensación realista y entrañable de la vida de nuestro tiempo. No siempre han de ser las figuras destacadas, los héroes, los artistas quienes hablan por boca del periodista. He aquí una versión sencilla y humilde de la vida de la gran ciudad, de su tráfico,

de sus bastidores, recogida por ese personaje borroso que es siempre la criada de una “Pensión completa”⁴¹⁷.

La serie se construye como una manera de dar voz, por un lado, a dos personajes opuestos pero representativos de dos modelos de mujer habituales en la sociedad madrileña, y por otro, de ofrecer un testimonio veraz para dos tipos de lectoras bien distintas. El título de Miss España, al que aspiraban muchas mujeres para salir del anonimato y de la miserable situación en la que se encontraban, no dejaba de ser un sueño para las chicas de servir de las pensiones. Por tanto, Carnés ofrece unas declaraciones que pueden ser leídas por muchas de las mujeres madrileñas de los años treinta.

María Eugenia Enríquez Girón, Miss España en 1934, procedente de Madrid, ofrece en su relato unas anécdotas frívolas, superficiales y entrañables sobre su acomodada vida, especialmente en la primera parte de la serie, la perteneciente a su infancia. La modelo presenta un tipo de personalidad muy acorde con la de las chicas pudientes de la época, una suerte de mezcla entre la bisoña salida al mundo de una adolescente pícara y risueña y el dominio de quien se sabe poderosa económicamente. El retrato psicológico de esta mujer corresponderá, posteriormente, al de las chicas topolino durante la época franquista: chicas pertenecientes a las clases altas que pretendían transgredir las normas sociales a partir de conductas supuestamente revolucionarias como el uso de los zapatos topolino y el lenguaje superficial. Chicas, por otro lado, que conseguían con el insignificante coqueteo cotas de libertad inimaginables para otras muchachas de menor extracción social:

La verdad es que hablaban sin ton ni son y que no animaban a nadie. Pero aquel mismo atolondramiento exhibido con desenfado podía considerarse —y era lo que más escamaba— como un conato de enfrentamiento con otros modelos de conducta regidos por la prudencia y la sensatez. Aquellas chicas de cabeza de chorlito «desentonaban» en una sociedad que exhortaba a las mujeres a mantenerse en un segundo plano, a no hacer avances, a no llamar la atención por nada⁴¹⁸.

Su presencia en el Madrid de los años cuarenta y cincuenta no alarmó a nadie por lo inofensivo de su actuación. Bajo la perspectiva de lo que ellas consideraron modernidad no hubo más que papanatismo y necesidad, algo parecido a lo que demuestra Miss España en sus risueñas declaraciones de 1934. Las constantes contradicciones en su discurso revelan cierto

⁴¹⁷ Luisa Carnés, «Pensión completa. Memorias de una sirvienta», *Ahora*, V, 1176, 23 de septiembre de 1934.

⁴¹⁸ Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona, Anagrama, 1987, p. 80.

nivel de simpleza que no pasa desapercibido en el texto: «En fin, yo hubiese preferido entonces haber pertenecido a una de aquellas familias pobrísimas de San Román o Triana; ser una más de aquellas chicas que corrían detrás de los coches y se subían a las tapias de los jardines a robar rosas y frutas»⁴¹⁹. Y sin embargo, apenas unas líneas más abajo exclama: «¡Qué bueno era tener muchacha! ¡Qué hubiera sido de mí si hubiese sido una de tantas niñas de San Román o de Triana, a las cuales no iba a buscar nadie nunca!». La desorganización en el relato de María Eugenia responde, por un lado, a su corta edad —apenas contaba con diecisiete años cuando ganó el concurso—, y por otro, a sus escasas vivencias relevantes, que producen un gran número de digresiones innecesarias en el texto. Ella misma se da cuenta, en algunas ocasiones: «Bueno, me estoy extendiendo demasiado...», aunque lo cierto es que estos circunloquios son los que desvelan cuáles han sido para ella los momentos más importantes de su vida. Sin duda, su relación con un estudiante de Filosofía y Letras cuando tenía diez años lo fue, y para el lector no deja de sorprender la extraña relación pedófila de un adulto con una niña: «Mi novio serio tenía veintitrés años y fumaba de un modo muy distinguido unos cigarrillos rubios que olían muy bien. Él creía que yo tenía diez y seis años, porque así se lo había dicho, y esto me hacía envanecer de un modo extraordinario». En cualquier caso, para ella y su mentalidad superficial no dejaba de ser un engorro que su novio se cultivara en el estudio de las letras: «Esto era lo que me desagradaba un poco de él: su excesiva seriedad, rara por su juventud. Me hubiera agradado más que hubiese sido menos profundo». Desde luego, no es de extrañar que el novio la creyera mayor de lo que era, ante las cavilaciones impropias de una niña de diez años. Sin embargo, como ya se ha abordado anteriormente, la crianza de las niñas se dirigía fundamentalmente a la caza de un marido y el señorío de la casa; así que quizá por ese motivo Miss España 1934 no tuviera otras ambiciones que la posesión de una buena cocina y la dedicación plena a su hogar: «Esta primera salida al mundo de la celebridad no debió de influir gran cosa en mi temperamento de «mujercita de mi casa» [...] Estaba de Dios que yo no saliera de la cocina. Espero ser, quizá, la única *miss* que no piense dedicarse al cine. En medio de todo, esto tiene cierta originalidad, ¿no?».

La ensoñación y la bobería de María Eugenia evolucionan un poco en la segunda parte de sus memorias, cuando relata su estancia en un convento a raíz del fallecimiento de su

⁴¹⁹ Luisa Carnés, «Mi vida. Las memorias de Miss España», *Estampa*, VII, 335, 9 de junio de 1934.

padre y ofrece su testimonio sobre la quema de conventos en mayo de 1931. El matiz de estas declaraciones se vuelve algo más maduro, cuando afirma sobre las novicias que «yo no comprendía que hubiese algo en el mundo que pudiera obligar a un sacrificio tan enorme como era el de perder la libertad». Su relato se inunda de aflicción cuando habla de su elección como belleza nacional, a pesar de que intenta camuflarlo con la felicidad que le provoca su vanidad: «aquella noche me miré más detenidamente al espejo. Me observé de perfil, de frente; de todas las maneras que me fue posible. No me encontré mal del todo. Sería cosa de pensar lo del Concurso de Belleza». A cambio del título de *Miss*, María Eugenia se quedó sin novio, y ella misma confiesa el peso del triunfo: «No se pertenece una ni un solo momento. Porque si una cree sentirse, como persona que es, autorizada a descansar cuando lo cree necesario, el teléfono se encarga de desengañarla. Manos extrañas le oprimen a una las manos, le soban el vestido. «¿A ver qué telita tan mona?» Hay que sonreír, sonreír siempre. Para eso se es belleza oficial».

Por tanto, sin aparecer en ningún momento a lo largo de su relato, Luisa Carnés pone ante las lectoras la realidad de Miss España, una joven de diecisiete años que ha perdido su libertad al haber sido elegida como belleza nacional y al haber abandonado el anonimato. El concurso era la herramienta que muchas chicas utilizaban para dejar de lado su vida monótona y lanzarse al estrellato, y muchas de ellas lo conseguían al lograr un papel como actrices principales en alguna película y al estar presentes en todos los actos sociales del momento. En este reportaje, la protagonista demuestra que quizá no es una oportunidad para todas, dada la dureza de su papel y la escasa alternativa de éxito para alguien que no desea la fama. Ofrecer al lector lo que sucede después de ser elegida Miss España desde la perspectiva de quien ostenta el título es una forma más de dar voz a muchos de los testimonios que permanecían ocultos en el discurso oficial del momento.

El mismo objetivo persigue la periodista cuando cede su voz a la criada, un personaje más anónimo, aunque no por ello menos conocido, de la estampa social de los años treinta en España. Las vivencias de la criada son considerablemente más extensas que las de Miss España, aunque ella cuenta con más edad en el momento de su elaboración y sus experiencias vitales han sido, desde luego, más relevantes tanto en número como en intensidad. A diferencia de María Eugenia, cuyas fotografías copan grandes espacios en la edición del reportaje, la criada no recibe un nombre ni es fotografiada en una sola ocasión en el artículo.

De hecho, prefiere permanecer en un segundo plano con respecto a la reportera, como podemos ver en esta fotografía.



Luisa Carnés, «Pensión completa. Memorias de una sirviente», *Ahora*, V, 1176, 23 de septiembre de 1934.

La protagonista de este artículo no escamotea detalles en ninguna de las descripciones que ofrece sobre sus vivencias personales, lo cual dota a su testimonio de una veracidad asombrosa. Bien es cierto que la longitud de sus declaraciones confluye en una extensa serie de cinco entregas, en las que, en ocasiones, ciertas explicaciones se hacen un tanto largas. La pasmosa frialdad con la que relata la miseria en la que vive desde el primer momento es muy llamativa, y su relato se construye de una forma muy similar a la de la narradora de las novelas de Luisa Carnés: siempre refiriendo exactamente la realidad de la situación, sin intervenir personalmente ni ofrecer visiones subjetivas de las circunstancias vividas. Su narración actúa como una cámara cinematográfica que transita por diferentes momentos de su vida, sin que ella intervenga para profundizar en su relato.

Desde el principio se plasma una evolución narrativa en la que se va fraguando una clara conciencia de clase, que tiene por objetivo la dignificación del trabajo de criada ante el lector. La protagonista, que comienza su narración con un tono muy sumiso, reconociendo su ignorancia ante las disyuntivas vitales que se le presentaron una vez llegó a Madrid, termina por abandonar la pensión en la que trabajaba en solidaridad ante el despido injusto de una

compañera. De nuevo, el relato remite a la historia de *Tea Rooms*, en el que la indignación suele dominar los sentimientos de Matilde ante las situaciones de abuso laboral que se producen. Desde un primer momento, la protagonista de las memorias asume su condición de trabajadora como perpetua, dado que sus padres y sus abuelos habían sido también sirvientes. Su destino como subordinada, por tanto, estaba decidido desde su nacimiento; así pues, la obligación de soportar las penosas condiciones laborales formaba parte de su trabajo, que es en realidad su vida: «Mi madre me había escrito diciéndome que había tenido otro chico y aconsejándome que tuviera paciencia, pues si en la barbería lavaba paños, en otro sitio hubiera tenido que lavar otra cosa. Al fin todo era trabajar».

En este sentido, la figura de la criada se erige desde el primer momento como representativa de las mujeres obreras, criadas y sirvientas de la época, cuya única preocupación era comer. Cuando la huelga invade los rincones de Madrid, y las cargas policiales resuenan tras las puertas, la protagonista aprovecha la distracción de sus amos para remojar el pan en el plato de su patrón. La importancia de la alimentación se disemina en todas las entregas de la serie: «es buena casa. Comen bastante bien», «aquello del pollo me pareció muy bien. Denostaba, a mi juicio, que en esa casa se comía bien». La preocupación por la comida era compartida por todas las chicas que entraban a servir en una casa o en una pensión, y dadas las condiciones salariales, no era una nimiedad: «Yo ganaba en aquellos tiempos tres duros y medio; de ellos tenía que vestir, calzar, pagar el tranvía los días de salida y mandar de vez en cuando algún regalillo o pesetas a mi madre. Naturalmente, me veía negra para sacar tanta cosa de los tres duros y medio».

Las dificultades para estirar el sueldo al máximo obligaban a muchas de las chicas que trabajaban como sirvientas a realizar otras actividades lucrativas, con las que pudieran sumar algo más a la insuficiente cantidad que cobraban mensualmente. En este contexto se ubican las «sisas» a sus amas, que consistían en quedarse con alguno de los céntimos del cambio del pan o de las compras matutinas. En cualquier caso, lo que el relato explicita en todo momento es la diferencia abismal entre ciertas prácticas fraudulentas de algunas criadas que robaban cantidades nimias de dinero, frente a otras conductas menos decentes de algunas señoras que vivían en las pensiones gracias al generoso préstamo de algunos viejos que las mantenían. Ante estas actitudes, la protagonista del relato comienza a vislumbrar la realidad de su esencia como empleada de una pensión, la diferencia entre la vara de medir para las criadas y

los señores y señoras que ocupaban las habitaciones. En otras palabras, comienza a adquirir una clara conciencia de clase.

La crudeza de las experiencias vividas en la pensión provoca que esa conciencia de clase se vaya reforzando hasta convertirse en el símbolo de identidad de las criadas. La necesidad de dignificación de su estatus como mujeres trabajadoras adquiere otra dimensión cuando se produce el episodio del abuso sexual a una compañera:

Una noche, encontrándose en el pasillo, medio a oscuras, con la nueva, intentó abrazarla. La nueva, que a todo sonreía pareciendo asentir —esto debió de interpretar el del 7—, cuando vió la intención, le soltó un bofetón que en su vida se lo habían dado mejor y más a tiempo.
—¿Ustedes se creen que porque una tenga la desgracia de estarles sirviendo tiene la obligación de aguantarles porquerías?

La reacción de la protagonista ante la indefensión de su compañera, que es expulsada, se convierte en un alegato en defensa de todas las criadas de pensiones que se ven abocadas al desamparo más absoluto cuando son despedidas de las casas en las que trabajan:

—¿Pero es que una no va a tener siquiera el derecho a defenderse de las calumnias que la quieran levantar?
Ya me desaté. Yo, que estaba ya de malas con lo que la había pasado a la otra pobre con el viejo aquel del 7...
—Y si es que aquí no la consideran a una la decencia, yo buscaré otro sitio donde la sepan apreciar.

La dignidad se convierte en la única posesión de las chicas de servir, un reclamo que la protagonista del relato protege tanto en su vida privada —cuando el chico que la invita a salir intenta toquetearla—, como en el ámbito laboral. El despido de la compañera se considera un ultraje para la criada, que concibe su dimisión como el acto último de decencia en relación con lo sucedido en la pensión; en otros casos, la marcha voluntaria es impensable, sobre todo cuando acucia la necesidad. El peso de la condición de trabajadora no supone un alivio en la vida de empleadas como Matilde, que no experimenta ningún cambio sustancial cuando empieza a trabajar. Por su parte, la protagonista de *Tea Rooms* también se indignará cuando su compañera Felisa sea despedida; aunque en esta ocasión, la queja irá dirigida directamente a la ausencia de la solidaridad entre compañeras y a la falta de sindicación de las camareras: «Matilde siente como nunca el peso de su condición de explotada. La expulsión de su compañera la llena de pesadumbre. Lo legal, lo humano, hubiera sido protestar, haber exigido el reingreso de la empleada expulsada. Pero no se puede contar con la colaboración de las

demás»⁴²⁰. La conciencia de clase se va perfilando de forma más evidente para cada una de ellas hasta llegar a convertirse en un odio hacia los amos y patrones por sus conductas miserables. La protagonista del reportaje cita varias veces su indignación contra los empleadores por sus actuaciones con los desfavorecidos, que no dejan de ser demostraciones explícitas de su posición privilegiada.

La complicada situación económica y laboral de los años treinta en España provoca que las mujeres de las clases trabajadoras asimilen la realidad de la vida como miserable e injusta. La inacción de las obreras es consecuencia directa de su obligación de estar empleadas en algún trabajo, como demuestra la amargura de las situaciones vividas por la criada. El trabajo para ellas no dignifica, sino que las explota y las oprime en tanto que trabajadoras, pero también en tanto que mujeres, expuestas siempre al acoso sexual de los compañeros varones o los jefes. Las mujeres trabajadoras se dedican a sobrevivir más que a vivir, sin llegar a construir ninguna otra identidad que no sea la de mujer trabajadora, como relata la criada a Luisa Carnés: «Más que vieja, estoy cansada de trabajar. No me he dado cuenta que se me pasaba la juventud. Si algún novio he tenido, apenas me acuerdo, pues estaba cogida por mi obligación de camarera de piso. No era más que eso».

6.1.4. Vidas humildes

En esta misma línea se orienta la sección de la que se ocupa Luisa Carnés en la revista *Estampa* desde el mismo año 1934, titulada «Vidas humildes», en la que la redactora decide centrarse en contar las experiencias vitales de los tipos más desfavorecidos e ignorados de la sociedad, que están presentes en el mundo cotidiano sin ser parte central del discurso social: «Menos necio que declararlos dichosos, puesto que la Historia no se ha fijado en ellos, es preguntarse si la Historia no cometerá injusticias; si realmente estas vidas de trabajadores humildes valen menos que algunos figurones espectaculares»⁴²¹. Esta sección, al igual que otras que veremos a continuación, y como algunos reportajes sueltos que la autora publica durante los años treinta en la revista *Estampa*, responde a las ambiciones literarias y periodísticas que Luisa Carnés manifestaba ya en 1930: «Llegar á la entraña de todo,

⁴²⁰ *Ibid.*, p. 81.

⁴²¹ Carnés, «Vidas humildes. El hombre que sirve el periódico al presidente de la República», art. cit.

comprenderlo todo, para acabar de hallar mi fuerza interior y ser yo en absoluto»⁴²²; «ser absolutamente yo, sentir profundamente el deseo de luchar, que es el único modo de desear ardientemente la vida»⁴²³. La orientación periodística de Carnés va a ir siempre dirigida a cubrir todos los rincones de la realidad, al igual que su narrativa, que se ocupa de ficcionalizar a los personajes marginados de la sociedad. Reescribir el discurso hegemónico desde los márgenes va a ser el objetivo último de sus artículos y reportajes, como ella misma manifiesta constantemente en sus párrafos introductorios.

En el caso de la sección de «Vidas humildes», la autora se centra más en personajes muy reconocibles del Madrid de los años treinta, es decir, en figuras que ocupan un puesto habitual en las calles de la ciudad pero en las que nadie suele reparar. En estos artículos, las entrevistas se concentran en sus oficios, ampliamente conocidos por todos los madrileños, pero cuya realidad suele ser bastante invisible para todos. La periodista se ocupa de los ancianos que regentan los puestos de comida en los parques, los repartidores de periódicos, las sastras, los vigilantes, los camareros, las campaneras... y estructura su entrevista en función de lo que ellos mismos quieren explicar, como anécdotas entrañables, personajes ilustres a quienes hayan podido conocer, la cotidianidad de sus oficios, etc. La sección se propone reparar en las figuras habituales de las ciudades como reconocimiento a sus humildes labores, enfatizando el hecho de que todos los habitantes reconozcan su presencia, pero pocos o ninguno se ha preguntado nunca cuál es la esencia de sus vidas:

Confesamos que siempre han merecido nuestra admiración y han sido objeto de nuestra mirada esos puestecillos madrileños, compuestos por una cesta de mimbres, dos o tres cazuelitas mediadas de *torraos*, cacahuets y chufas secas echadas en remojo. ¿Profesión de ancianos? Por lo general, un viejo o una vieja presiden estos humildes puestecillos. Ancianos curtidos por el viento y el sol. Ancianos castellanos, de piedra, pacientes y resignados. ¿Da para vivir la venta de estas chucherías modestas?⁴²⁴

La focalización en los ancianos es una constante en los artículos pertenecientes a esta sección. La senectud era un motivo más de marginalidad en la sociedad española de los años treinta, más aún en las personas que se veían obligadas a continuar trabajando durante los

⁴²² Almanzora, art. cit.

⁴²³ Cabeza, art. cit.

⁴²⁴ Luisa Carnés, «El hombre de los “torraos”», *Estampa*, VII, 335, 9 de junio de 1934.

últimos años de su vida. Además, las entrevistas se enriquecen al contar con los largos años de experiencia que ofrece una voz madura como la de los ancianos:

Yo encuentro que desde que vino la República, la gente lee más. Ha aumentado el número de lectores; pero también el de vendedores de Prensa, así que las ganancias son las mismas. Claro, que hay épocas muy buenas; por ejemplo, cuando “el correo de Andalucía” se vendió una enormidad. También cuando el fuego de Novedades. El asunto de las niñas de la calle de Hilarión Eslava, la quema de conventos del 31 y la casa hundida de Alonso Cano aumentaron de manera extraordinaria la venta de periódicos⁴²⁵.

Como en el resto de sus publicaciones, Carnés trata de explorar también la particular situación femenina, siempre más complicada que la masculina. En este sentido, las entrevistas se reparten entre igual número de hombres que de mujeres, y en las femeninas siempre encuentra un hueco para referirse a circunstancias específicamente problemáticas para ellas:

—A los treinta y seis años me casé por no quedarme para vestir santos. El marido era albañil. Ganaba dos pesetas. Jesusa trabajaba mucho. Ya entonces había dejado el taller y se dedicaba a coser a domicilio, que le parecía más independiente.
—Pero me cansé de mantener aquel tío borracho y gandul. Me marché de casa una noche, y cuando llegó de la taberna se encontró que el pájaro había volado y el cuarto vacío⁴²⁶.

La situación de las mujeres ancianas es todavía más difícil que la de los hombres. La vieja chalequera, después de haber dedicado toda su vida al trabajo de costurera, vive sus últimos años gracias a la caridad: «Ahora vive de las limosnas. Antiguas clientes y amistades viejas le han asignado dos pesetas diarias»⁴²⁷. Carnés se preocupará siempre de reflejar en sus reportajes la situación de las personas que por su avanzada edad ya no pueden trabajar, como hará con los artículos que les dedique a los actores y actrices retirados de la escena. Los artistas viejos son apartados sistemáticamente de las tablas, y algunos no se resignan a perder lo que ha sido hasta ahora su único medio de subsistencia: «Hace poco escribí un verso sobre los concursos de belleza. ¿Por qué no ha de celebrarse un concurso para viejas? ¿No le

⁴²⁵ Carnés, «Vidas humildes. El hombre que sirve el periódico al Presidente de la República», *art. cit.*

⁴²⁶ Luisa Carnés, «Vidas humildes. La chalequera que regaló un chaleco a don Alfonso XII», *Estampa*, VII, 339, 7 de julio de 1934.

⁴²⁷ *Ibíd.*

parece? Es idea mía»⁴²⁸. Otros ancianos se ven obligados a continuar trabajando para poder sobrevivir: «Setenta y siete años cumplidos tiene este camarero del Café de Levante, que conoce cuarenta años de historia de la Puerta del Sol»⁴²⁹. La retribución de pensiones en España sigue una línea discontinua desde su aparición con las primeras leyes de protección del trabajo en los inicios del siglo XX hasta la llegada del franquismo. La concepción social de las pensiones de vejez fue implicando progresivamente al Estado, aunque su aplicación directa no se produjo de forma efectiva durante la Segunda República⁴³⁰.

En esta sección se vislumbra también la diferencia entre las labores específicamente femeninas y los trabajos masculinos. La campanera, por ejemplo, asume el estereotipo con mucha tranquilidad: «los hombres son como los pájaros: quieren volar. Las mujeres somos distintas...»⁴³¹. Por su parte, la autora procura ennoblecer el trabajo femenino desde todas las perspectivas posibles. Es el caso del reportaje sobre los habitantes de Etiopía —en el artículo, Abisinia—, donde Carnés vuelve a subrayar la importancia de las labores femeninas en el seno de la tribu:

Como sucede en casi todas las tribus, en las que los hombres se dedican preferentemente a la guerra, son las mujeres galas las que asumen las tareas masculinas. En el campo, en la casa, en el tejar, la mujer trabaja brutalmente, mientras resbalan por su piel semidesnuda hilos de caliente sudor [...]. Sólo al anochecer descansa. Entonces, redimidas de su duro destino por unas breves horas, se retiran a sus habitaciones de paja y tierra endurecida, con un mismo gesto de bestia cansada en sus pupilas⁴³².

En este reportaje, Carnés destaca la jerarquía del patriarcado como el rasgo común a todas las razas y culturas, en las que las mujeres se encargan del trabajo necesario para el progreso de la comunidad mientras que los hombres se dedican a aniquilarse entre ellos en batallas y guerras estériles. En eso consistirá su labor periodística durante la Guerra Civil, cuando se ocupe en ilustrar las funciones de la retaguardia femenina y su aplicación directa sobre las acciones del frente.

⁴²⁸ Luisa Carnés, «Doña Clotilde, la veterana del teatro Novedades», *Estampa*, VII, 342, 28 de julio de 1934.

⁴²⁹ Luisa Carnés, «Cuarenta años camarero en la Puerta del Sol», *Estampa*, VII, 349, 15 de septiembre de 1934.

⁴³⁰ Alexander Elu Terán, «Las primeras pensiones públicas de vejez en España. Un estudio del Retiro Obrero, 1909-1936», *Revista de Historia Industrial*, XV, 32, 3 (2006), p. 34.

⁴³¹ Luisa Carnés, «Esta señora ha pasado cincuenta años en una Catedral», *Estampa*, IX, 18 de abril de 1936.

⁴³² Luisa Carnés, «La más bella raza de África», *Estampa*, VII, 337, 23 de junio de 1934.

Con respecto a la cultura femenina en las clases trabajadoras, la percepción de Carnés es bastante descorazonadora: «El señor Fidel se lamenta de que no lea la mujer en España: “A pesar de lo que dicen por ahí, la mujer lee poco más que en mis tiempos. Es rara la mujer que compra el periódico para ella. Y cuando lo hacen, ya ve usted, para la «espetera» de la cocina”»⁴³³. En su empeño por mostrar una galería de modelos de mujer amplia y heterogénea, Carnés trata de dar voz a todas las mentalidades femeninas en sus artículos; desde la mujer más aferrada a los valores tradicionales y conservadores hasta la más independiente y emancipada:

Trabajo en casa. No me gusta otra cosa. Mis labores, guisar, coser, planchar, cuidar algún tiesto de claveles. Me gustan las verbenas y todo lo que sea madrileño. Aspiro a casarme. Cuando tenga novio, que sea de la misma opinión, y a vivir como han vivido todas las mujeres de mi familia, en la casa, que es el puesto de la mujer⁴³⁴.

[Los hombres] son nuestros «rompe-planes». En cuanto una se «cuela», se acabaron los estudios y se acabó todo. Déjeme usted de novios. Claro que me gustaría encontrar un hombre agradable, que me comprendiera... Pero antes quiero obtener mi título y emanciparme económicamente⁴³⁵.

Otra de las secciones de las que se encargó Carnés en *Estampa* y que perseguía fines similares fue la titulada «Mi señorito», en la que la autora se dedicaba a entrevistar a las sirvientas de algunos personajes célebres de la época:

Hasta ahora, sólo nos habíamos acercado a los grandes hombres y mujeres españoles por la puerta principal. Pero hoy se nos ha ocurrido una visita por la puerta de servicio. La puerta principal, la dorada puerta que nos lanza al fondo de recibidores, más o menos suntuosos, es cosa no muy de fiar, cosa muy diplomática. La puerta principal no nos llevará a la intimidad de la casa ni de la persona que la habita⁴³⁶.

A pesar de que el origen de esta sección responde más a un carácter algo sensacionalista en relación con la decoración de las casas, las manías y las costumbres de los personajes conocidos, la estrategia de abordarlos a través de sus sirvientas es novedosa y deja atisbar, de nuevo, cuál es el verdadero propósito de la autora, que se manifiesta en el resto de

⁴³³ Carnés, «Vidas humildes. El hombre que sirve el periódico al presidente de la República», art. cit.

⁴³⁴ Luisa Carnés, «Las majas de 1934, elegidas por el “Centro de los Hijos de Madrid”», *Estampa*, VII, 341, 21 de julio de 1934.

⁴³⁵ *Ibid.*

⁴³⁶ Luisa Carnés, «Mi señorito. Palacio Valdés según su doncella», *Estampa*, VII, 357, 17 de noviembre de 1934.

reportajes sueltos que publica en diferentes revistas durante la época. De mucho mayor interés sociológico y valor periodístico son algunos de los artículos y reportajes que escribe, sin pertenencia a ninguna sección específica, durante el tiempo que dura su contratación en la revista *Estampa* desde el año 1934. En ellos, Carnés se ocupa de uno de los ámbitos más desconocidos y marginados de la España de los años treinta: el rural. Se trata de reportajes extensos cuya producción supuso un desplazamiento tanto de la autora como del fotógrafo a rincones perdidos de la geografía española, en los que la vida continuaba generalmente como en el siglo anterior. La autora se preocupa por documentarse acerca de los acontecimientos sobre los que quiere informar y se vislumbra un notable tacto en las preguntas y en los acercamientos a los habitantes de los pueblos, en los que impera un enorme respeto hacia las tradiciones y las costumbres rurales, aunque siempre libres de todo paternalismo y condescendencia.

Uno de los primeros reportajes de este tipo aborda una preocupación bastante habitual de las familias de los pueblos más cercanos a los núcleos urbanos, que es la huida de sus hijos hacia las grandes ciudades en busca de un futuro mejor. El deseo de los jóvenes de escapar de sus pueblos responde siempre a una búsqueda de una mejora en la situación económica, aunque la autora se ocupa de ilustrar la escasa posibilidad de éxito que supone la alternativa de la huida. En este sentido, el compromiso de Carnés con las causas sociales ya es absoluto, y en sus publicaciones comienza a atisbarse, en algunas ocasiones, una coda final en la que se escucha su voz con un afán crítico: «Al iniciar este trabajo culpábamos al cine y a los libros de aventuras de las frecuentes desapariciones de muchachos menores. Al terminar, sabemos que hay algo muy de hoy, muy poderoso, que influye también en las escapatorias infantiles: las convulsiones sociales y el paro»⁴³⁷.

Otro de los aspectos que aborda en uno de sus reportajes de más relevancia es el de los niños huérfanos criados por familias rurales. Para liberar las inclusas del ingente número de niños abandonados, huérfanos y desamparados, el Instituto de Puericultura promovió la iniciativa de entregarlos a familias a cambio de una retribución económica, para que los criaran durante el tiempo que durara su proceso de adopción. Evidentemente, se trató de una medida que aceptaron cientos de familias necesitadas de dinero y que terminó por convertirse

⁴³⁷ Carnés, «Por qué se escapan de sus casas los menores de quince años», art. cit.

en una práctica muy habitual en el ámbito rural español: «la crianza de incluseros tiene hondo arraigo en los pueblecillos de la provincia de Ávila. Todas recuerdan algún *bique* en su familia»⁴³⁸.

El valor de estos reportajes de Carnés reside en que, además de la función informativa, la autora desea traspasar ciertos límites y situarse en una posición crítica y reflexiva sobre las situaciones que analiza. Para ello, la actitud expectante es crucial, puesto que su mirada registra todo aquello que quiere transmitir a sus lectores. La ausencia de prejuicios y de objetivos concretos da lugar a unos reportajes muy ricos en detalles y que otorgan voz a los verdaderos protagonistas de las situaciones relatadas. Bajo estos parámetros se enmarcan todas sus inmersiones en el ámbito rural, aunque siempre intercalando ciertos e inevitables matices de género en algunos reportajes: «Se siente el deseo de decir a estas sencillas huertanas que eso de trabajar fuera del hogar las mujeres casadas carece de importancia. Pero ellas parecen tan ofendidas, que se renuncia a la polémica, al parecer inevitable»⁴³⁹.



Luisa Carnés junto a las nodrizas con los «biques» en brazos⁴⁴⁰.

⁴³⁸ Luisa Carnés, «Los “biques” en la sierra de Ávila», *Estampa*, IX, 434, 9 de mayo de 1936.

⁴³⁹ Luisa Carnés, «Cómo ganan para su ajuar las muchachas de la Huerta», *Estampa*, IX, 441, 27 de junio de 1936.

⁴⁴⁰ Extraída de Carnés, «Los “biques” en la sierra...», art. cit.

6.1.5. Costumbres españolas y madrileñas

El anhelo por dejar constancia de todos los recovecos de la realidad española de los años treinta lleva a Luisa Carnés a redactar una serie de artículos sobre las tradiciones, costumbres o hábitos propios de los ciudadanos de Madrid y de los españoles en general. Estos reportajes, habitualmente libres de toda crítica o denuncia social, se relacionan con las entrevistas a artistas, puesto que el folclore español fue una de las piedras angulares del periodismo de la época. La predilección por todo lo que tenga que ver con los intereses de los miembros de la sociedad supone el verdadero acicate de su escritura: los bailes típicos, el uso de joyas y atuendos tradicionales, el ocio madrileño y otras tendencias sociales fueron objeto de sus artículos en numerosas ocasiones.

No obstante, como suele ocurrir en las publicaciones de Carnés, su obsesión por retratar los cambios y las evoluciones sociales se plasma también en este tipo de reportajes bajo un prisma de género que pasa bastante inadvertido en algunos de los artículos. Por ejemplo, en un reportaje sobre la Feria del Libro madrileña, Carnés intercala en todos los pies de las fotografías un guiño a la incorporación femenina en la vida cultural de Madrid:

Un grupo de lectoras hojeando las obras recién adquiridas. Son las estudiosas muchachas las verdaderas animadoras de la Feria del Libro. No olvidemos que ya son suyas, por superioridad numérica, las Universidades.

¿Qué busca en las nutridas estanterías esta bella lectora? ¿Una novela romántica? ¿Versos? ¡Hum!... Ya no engañan las apariencias... A lo mejor le interesan Keyserling y Ortega y Gasset.

¿Filosofía? ¿Medicina? ¿Pedagogía? Estas chicas eligen sus libros predilectos entre unas materias que antes no interesaban más que a señores con barbas o a jóvenes calvos y miopes. ¿Serán ellas mañana las que lean a "Pierre Leti"?⁴⁴¹

En esta ocasión, el discurso reivindicativo feminista de Carnés es bastante explícito, aunque la autora lo camufla bajo el pretexto de un artículo sobre la Feria del Libro. En el resto de publicaciones de este tipo, la preferencia por la visión femenina sigue estando presente, aunque haya desaparecido el tono puramente feminista del anterior. En realidad, los reportajes sobre las costumbres se centran predominantemente en ilustrar la evolución de la vida social de los españoles, desde las más arraigadas tradiciones rurales, pasando por los actos sociales, hasta los nuevos modos de consumo. Lo que trata de ilustrar la autora, además, es el papel específico de la mujer dentro de esta evolución. La constante referencia a la

⁴⁴¹ Luisa Carnés, «Con motivo de la Feria de Cultura», *Ahora*, V, 1060, 11 de mayo de 1934.

transformación de la vida social de los españoles evidencia una clara conciencia de modernidad, tanto social como cultural, que ha llegado al país de la mano de la República. El propio tono de euforia y bonanza social al que remiten los reportajes da sobrada cuenta de ello: «La vida social ha sufrido un cambio radical de quince años a esta fecha. El cine, el deporte y la Universidad han cambiado el tipo físico y el concepto de las cosas en la mujer. Hoy —se nos ha ocurrido preguntar—, ¿continúa la mujer deportivo-universitaria hechizada por los perfumes y las joyas como sus abuelas?»⁴⁴².

El ocio que proporcionó la regulación del tiempo libre en los espacios laborales es uno de los principales triunfos que la modernidad progresista y republicana obtuvo en España. El tiempo de asueto para los sectores trabajadores de la sociedad también es motivo de retrato en el paisaje madrileño que, a la manera galdosiana, elabora Carnés en sus reportajes:

Mi paisaje se ha vestido de domingo, en miércoles. ¿Qué ha pasado? [...] ¿Han declarado la huelga las obreritas de Madrid?

—No hay huelga que valga—explica a nuestra curiosidad Emilia, la morena que cose a máquina camisas masculinas—; es nuestro sueño de verano. Todo el año somos hormigas, para podernos permitir, durante unos días, ser cigarras⁴⁴³.

En este sentido, es bastante reveladora la descripción que las propias chicas hacen de sus días de vacaciones. Todas ellas aspiran a invertir su tiempo libre en actividades que no se relacionan en absoluto con tareas del hogar: leyendo, yendo al cine, saliendo de viaje a destinos costeros... La independencia de las muchachas queda meridianamente explicada en pocas palabras:

Voy a venir al cine como espectadora nada más. No va a ser todo estar ahí metida en la taquilla todo el santo día viendo cómo se divierten los demás. Voy a hacer una vida de burguesita.

—¿Vendrá usted al cine con el novio?

—Ni media palabra. Aún soy muy joven para eso.

En general, las mayores posibilidades de instrucción y educación para todos los sectores de la sociedad son un aspecto bastante reseñado en este tipo de reportajes. Centrados en su gran mayoría en los cambios sociales que la modernidad ha ofrecido a España, muchos de los artículos se refieren a la venta de libros o a la celebración de actos culturales. La demostración de la inclusión de las mujeres en todos los ámbitos de la vida cultural española

⁴⁴² Luisa Carnés, «Perfumes... joyas...», *Estampa*, VII, 332, 19 de mayo de 1934.

⁴⁴³ Luisa Carnés, «Un sueño de verano», *Estampa*, VII, 346, 25 de agosto de 1934.

se vuelve una constante en estos reportajes de Carnés, que trata de introducir este cambio de forma implícita en todas las líneas de los artículos:

La hora de “Blanca Nieve” y de la “Bella” que durmió cien años, pasó. Representaban siglos de quietud y ensueño que, por fortuna o por desdicha, se quedaron atrás; es la época del nervioso “Mickey” y del saltarín “Pipo”...; muñecos de hoy para niños de hoy. Aún piden los cuentos llamados de hadas, pero ya le digo que muy poco. La “Bella durmiente” puede dormir tranquila⁴⁴⁴.

Por otro lado, también hay una serie de reportajes sobre determinadas tradiciones españolas que la autora se ocupa de ilustrar y describir para sus lectores⁴⁴⁵. Con un tono más superficial, Carnés ofrece una muestra del aparato comercial que se pone al servicio de la cultura y la sociedad. Eso sí, siempre desde la perspectiva que el tiempo y la modernidad cultural han aportado a la visión de dichas actividades: «No vamos a hacer el elogio del mantón. Uno de los motivos por los cuales no podríamos hacer el elogio del mantón es de peso: no lo hemos usado nunca. No somos de la época del mantón»⁴⁴⁶. En este sentido, la marcada obstinación con la que la autora se empeña en mostrar la brecha generacional que separa a las mujeres de la República con sus abuelas responde a una clara adquisición de una conciencia de género que Carnés explicita con orgullo en todas sus publicaciones.

6.1.6. Educación y estudiantes

En relación con el apartado anterior se encuentra el grupo de reportajes que dedica la autora a la instrucción en España durante los años treinta, en el que también consagra algunas páginas a hacer mención de la situación de las mujeres. Carnés se muestra bastante radical en un primer artículo sobre este tema que publica en un periódico cordobés⁴⁴⁷, en el que acaba por afirmar que el voto de las mujeres españolas carece de valor y autenticidad dado su generalizado desconocimiento sobre cultura política: «[las mujeres] hablan de socialismo,

⁴⁴⁴ *Ibíd.*

⁴⁴⁵ Luisa Carnés, «Cartas a los Reyes», *Estampa*, VII, 363, 29 de diciembre de 1934; «La vaquilla de San Sebastián», *Estampa*, VIII, 368, 2 de febrero de 1935; «Bailes», *Estampa*, VIII, 370, 16 de febrero de 1935.

⁴⁴⁶ Luisa Carnés, «Mantones», *Estampa*, VII, 370, 16 de febrero de 1935.

⁴⁴⁷ Por esas fechas, Carnés se encontraba en Andalucía, debido a su despido de la CIAP, junto con su hijo recién nacido y su compañero, Ramón Puyol. En Algeciras, la autora no tenía muchas posibilidades de continuar en el foco del ambiente intelectual español, que se encontraba en Madrid. La redacción de algunos cuentos ya mencionados anteriormente, junto con la publicación de determinados artículos en periódicos regionales, es la única muestra de actividad laboral de Luisa Carnés durante este periodo.

comunismo y fascismo, con una perfecta ignorancia de lo que significa cada uno de los mismos»⁴⁴⁸. Es interesante la aproximación que hace la autora al tema del sufragio femenino, teniendo en cuenta que prácticamente todos los sectores que se opusieron a su aprobación aportaron como único argumento válido la incapacidad de las mujeres para ejercer la votación por sí mismas. Carnés se suma con este razonamiento:

En la gran mayoría la mano de la electora no habrá sido más que el vehículo del deseo ajeno. En unos casos la voluntad habrá sido el padre; en otros, el marido, del patrono de la fábrica, del jefe de la oficina, en fin, de esa serie de elementos cuya hegemonía, a lo largo de muchos siglos ha imposibilitado, ha atrofiado la capacidad cerebral de la mujer para toda actuación que no haya sido la doméstica.

Sin embargo, para la autora, la ineptitud femenina para la participación en la vida política no es más que la consecuencia de una serie de causas que la han producido; en este sentido, dirige su crítica hacia lo que considera el verdadero culpable de esta situación, que es la ausencia de instrucción para las mujeres en materia social y política. Si bien reconoce que su posición en el marco social del país está cambiando: «la mujer se inclina por derroteros más lógicos que los hasta hoy seguidos; padece la inquietud social del siglo; comienza a preocuparse por lo que sucede en su país y en el mundo entero», también observa la insuficiencia de todos estos avances en relación con el voto femenino, dada la innegable influencia que, sobre la persona de la mujer, ejercen todos los miembros masculinos de su entorno. Lo que verdaderamente está denunciando la autora es el paternalismo y la condescendencia de todos los sectores políticos que tratan de atraer hacia sí el voto de las mujeres sin entrar a valorar propiamente sus necesidades, sus capacidades o sus preferencias. Luisa Carnés libra a la mujer de toda culpa y la sitúa en pie de aprendizaje en el ámbito político, señalando a los ostentadores del poder público como únicos responsables de la incapacidad social femenina:

No basta con decir a la mujer: “Aquí está tu puesto”. No basta con deslumbrarla con demagogias teatrales, que en los más de los casos no entiende. “Nosotros tenemos la razón”. “Mujer: votándonos te emanciparás”. “Nosotros decimos más verdad que el vecino de enfrente”. No. Hay que explicarle de una forma muy clara en qué consiste esa “verdad”. Hay que demostrarle por qué tenéis vosotros más razón que el vecino de la otra acera. En una palabra: hay que poner en situación de comprender todas las verdades de todas las doctrinas. Para que ella piense y analice.

⁴⁴⁸ Luisa Carnés, «Las mujeres no han votado», *La Voz. Diario republicano* (Córdoba), XIV, 4290, 9 de mayo de 1933.

En palabras actuales, Carnés está reivindicando que los hombres que ocupan los cargos políticos se liberen del *mansplaining*⁴⁴⁹ y procuren otorgar a las mujeres herramientas para que sean ellas mismas quienes elaboren su propia conciencia social y política. Los pasos que la República dio en favor de la instrucción femenina fueron en la misma dirección que la propuesta de la autora, que siempre tuvo a bien demostrar con cifras y datos la mejoría que la situación cultural femenina había experimentado desde su instauración:

Caravaca es un pueblo muy aislado por las malas vías de comunicación. Las muchachas no salían de sus casas más que para ir a la Iglesia. Bordaban detrás de los balcones, como sus abuelas hace un siglo, y si acaso, tocaban el piano. En 1933 se inauguró un Instituto, y hoy no hay allí muchacha que no se haya matriculado en él⁴⁵⁰.

La tenacidad con la que la autora desea mostrar la progresiva anulación del analfabetismo femenino tras la llegada de la República se irá manifestando cada vez más habitualmente en sus reportajes a medida que avanza su producción periodística. De hecho, en 1936 su postura inicial sobre la incultura política y social de la mujer habrá cambiado tan radicalmente, que Carnés se sumará al homenaje que las intelectuales españolas rendirán a la acción de Clara Campoamor «por haber promovido la concesión del voto femenino y como defensora ferviente de los derechos de la mujer»⁴⁵¹. Su opinión sobre la inclusión femenina en los ámbitos estudiantiles, intelectuales y culturales se reflejará en la gran mayoría de artículos y reportajes que publique a partir de este momento, como demuestra su obstinado interés en entrevistar a artistas femeninas y a indagar sobre la situación real de las estudiantes. Uno de los aspectos que la autora tiende a señalar con habitual perspicacia es la independencia que ha logrado la mujer al erigirse como sujeto activo de la sociedad, dejando atrás la anticuada búsqueda del marido: «No me hable de novios. Estoy encantada con mis compañeros de Universidad; todos son unos buenos chicos, pero yo ahora tengo que empezar a trabajar y no puedo pensar en otra cosa»⁴⁵². En este reportaje, Carnés expone cuál es para

⁴⁴⁹ Neologismo anglófono que describe la condescendencia con la que los hombres tratan de explicar determinados asuntos a las mujeres, especialmente los relacionados con ellas mismas.

⁴⁵⁰ Luisa Carnés, «En Murcia, con los estudiantes», *Estampa*, IX, 440, 20 de junio de 1936.

⁴⁵¹ Editorial, «Homenaje a Clara Campoamor», *El Sol*, XX, 5866, 11 de junio de 1936. Suscriben la iniciativa, entre otras, María Martínez Sierra, Concha Espina, Magda Donato, Elena Fortún, Josefina Carabias, María Teresa León, Benita Asas, Luisa Carnés, etc.

⁴⁵² Luisa Carnés, «Esta muchacha filipina ha vuelto a España para estudiar en el mismo idioma que sus abuelos», *Estampa*, IX, 431, 18 de abril de 1936.

ella el modelo que han de seguir las mujeres jóvenes: «Con su bagaje de ilusiones, sus libros y sus maletas, que muestran huellas de varios países europeos, la señorita Norberta Lapus Santos es el prototipo de la fémina moderna»⁴⁵³. Aunque trate de incorporar todas las perspectivas femeninas en sus publicaciones periódicas, incluso las más conservadoras, la autora pugna por establecer un tipo de mujer moderna y progresista al que aspiren las chicas jóvenes; una mujer que consiga independizarse económicamente gracias a la consecución de un trabajo bien remunerado, a través de la instrucción en la cultura y la educación superior.

Luisa Carnés se suma a una tendencia que llevaron a cabo otras compañeras periodistas como Magda Donato o Josefina Carabias, de la que supieron aprovecharse bien las revistas más vendidas de la época. Esta inclinación consistió en relacionar la modernidad republicana y progresista con la inclusión de la figura de la mujer en todos los espacios que le habían estado tradicionalmente denegados, como la universidad, la investigación científica, la medicina, la magistratura, etc., llegando así a centrarse en sus artículos casi exclusivamente en las innovaciones que las mujeres españolas iban experimentando en todos estos ámbitos. Ahí tenemos, entre otros, los reportajes en los que Josefina Carabias se ocupó de las profesiones que fueron ocupando las mujeres; en los que Magda Donato adoptó todos los modelos de mujer posibles; y en los que Luisa Carnés trató de ilustrar las inquietudes de las artistas femeninas en sus entrevistas.

6.1.7. Arte y artistas

Una de las secciones más prolijas en las que se enfrascó Luisa Carnés para ilustrar la situación de las mujeres en la República fue la destinada a las entrevistas a artistas que publicaba habitualmente en el periódico deportivo *As*, pero que también repartió en publicaciones para la revista *Estampa*. Sin embargo, también han sido incluidos en este subapartado algunos reportajes tempranos que la autora redactó sobre la figura de algunos intelectuales de la época y que incluyen reflexiones muy interesantes en torno a una teoría de su producción artística.

Como todas las publicaciones precoces de Carnés, se trata de artículos con aspiraciones grandilocuentes, quizá algo pretenciosos, pero que revelan perfectamente las intenciones

⁴⁵³ *Ibíd.*

literarias y periodísticas de la autora. En estos primeros reportajes publicados en prensa se vislumbran sus anhelos de escritora en el tono literario que emplea. No escatima en lirismo ni en detalles y metáforas para explicar sus reflexiones sobre la producción artística, y el objeto del reportaje —el trabajo del artista en cuestión— queda ensombrecido por las consideraciones de la autora. Carnés tiende a resaltar los aspectos con los que se siente más identificada en la descripción del arte de Ángeles Santos: «Pretendía llegar también al fondo de todo lo que vive, de todo lo que late, racional ó mineral; quería saberlo todo, penetrarlo todo; averiguar dónde nace el impulso de los hombres y de las cosas, el origen de la inteligencia y de la vida, y por qué la tierra cría oro en sus entrañas negras»⁴⁵⁴.

La figura de la pintora vanguardista seduce a Carnés precisamente por su aspiración de penetrar en todos los rincones de la realidad para retratar la vida, la esencia de la humanidad. En palabras de Santos en una carta dirigida a Carnés, «mis mayores alegrías las siento en la calle, viendo cómo todo se mueve», y quizá esta sea la afirmación más acertada para definir la literatura de Luisa Carnés, que trata de autorrealizarse a través de la contemplación de la realidad en la que habita. La autora aspira a construirse como sujeto autónomo a partir de su obra literaria y periodística, y para ello es indispensable la observación crítica de todo el escenario que la rodea, como resalta Ángeles Santos: «quiero realizar mis concepciones del Arte con la pintura, y que mis cuadros despierten emociones que no sean falsas ni inútiles». Carnés elabora una literatura realista para construir una figura real de la vida, para que sus lectores, pero más específicamente sus lectoras, puedan reconocerse en el espejo que la narración les pone delante y asumir las riendas de su destino como mujeres y como obreras. Esta indagación profunda en la realidad es lo que Carnés admira de otros autores e intelectuales en sus inicios en el escenario literario, como demuestran las líneas que dedica a Rafael Alberti con motivo de la publicación de *Sobre los Ángeles*:

Ahí está todo, todo. Ese ancho silencio lo pueblan multitud de voces. En la entraña de esa muerte oscura laten la carroña de la vida, la gloria de la vida. Humanidad y Humanidad. Ahí está todo [...]. Todo está bajo ese cielo de desesperación en el que se ha prendido alguna estrella. Humanidad. No busquéis otra cosa en el poeta. No hallaréis más que eso: vida⁴⁵⁵.

⁴⁵⁴ Carnés, «En torno al magnífico caso de Ángeles Santos», art. cit.

⁴⁵⁵ Luisa Carnés, «Rafael Alberti, su obra, su optimismo, su rebeldía y su andalucismo», *Crónica*, III, 69, 8 de marzo de 1931.

El análisis de la humanidad irá dirigiéndose hacia la convicción de una necesidad de regeneración a partir de 1935, con la llegada de los fascismos. Tanto Alberti como la propia Carnés todavía se encuentran en su fase de exploración sobre el tema del marxismo y el comunismo, como demuestran estos primeros artículos de la autora. La búsqueda del sentido de la existencia como compatriotas en una sociedad que diferencia a sus miembros en clases sociales aún no ha encontrado una respuesta en los prematuros años 1930 y 1931. La exploración literaria de Carnés consistirá en averiguar el origen de las desigualdades sociales para entenderlo, aceptarlo y posteriormente paliarlo. Y, como ya se ha comentado, esa es precisamente la evolución de sus protagonistas femeninas, desde la ingenua Candelas, cuando comprende brutalmente la crueldad de la miseria y su inferioridad de género; pasando por la desencantada Natalia, que aceptará con resignación su destino como una pieza más del engranaje del sistema capitalista, llegando a anularse y a fundirse por completo con el escenario urbano; hasta llegar a Matilde, libre y emancipada, que es capaz de encontrar una alternativa política ante la sumisión que su destino como obrera le depara. Por tanto, la investigación sobre el perfil humano que Luisa Carnés irá trazando a lo largo de su trayectoria literaria irá siempre dirigida a la búsqueda de sí misma como mujer y como obrera, y en ello volcará sus primeras indagaciones sobre el Arte y los artistas.

No obstante, a medida que avanza los años treinta y se consolida su carrera como periodista, Carnés irá produciendo otro tipo de reportajes diferentes sobre los artistas, que se encuentran estrechamente relacionados con las costumbres españolas. La evolución del folclore y la importancia de su inclusión como parte ineludible de la cultura española será el objetivo último de la publicación de estos artículos, en los que la autora aborda desde las más superficiales entrevistas a artistas de la época hasta interesantes reportajes sobre la vida de los actores que han pasado de moda, transcurriendo por, cómo no, una explícita muestra de igualdad feminista al confrontar a actrices, cantantes y artistas con deportes eminentemente masculinos.

La concepción sobre la práctica femenina del deporte varió considerablemente desde principios del siglo XX hasta la llegada de la Segunda República, cuando se asumió no sólo como aceptable sino como enormemente recomendable para el mantenimiento de una buena salud física y mental en las mujeres. Sin embargo, las actividades deportivas estaban claramente diferenciadas por razones de sexo —y en eso, nuestra concepción actual ha

cambiado muy poco—, habiendo por tanto deportes preferente masculinos y otros apropiados para las mujeres. Luisa Carnés optó por ilustrar la anomalía que suponía ver a las mujeres practicando boxeo, culturismo o incluso aviación, aunque siempre desde una perspectiva privilegiada como era la de una artista conocida, que era la única que podía exponerse a ello sin ser duramente criticada⁴⁵⁶. Al situarse dentro de los límites de la farándula y el espectáculo, se aceptaba ver a mujeres, generalmente artistas de variedades, practicando un deporte masculino para un reportaje periodístico. Estos parámetros permitieron a Luisa Carnés dirigir su entrevista hacia las preguntas sobre la independencia femenina de las actrices y cantantes y obtener algunas declaraciones muy reveladoras sobre el estatus social de las vedettes: «Yo nado hace bastante tiempo. Desde siempre en las playas, durante el verano... también sé conducir automóviles. En fin, que si algún día me fallara el teatro, podría ganarme la vida como chófer»⁴⁵⁷.

La carrera de las artistas de variedades tenía un periodo de vida generalmente corto, si bien conseguían tanta fama que podían vivir de ella durante el resto de su vida. Sin embargo, aunque algunas de las protagonistas de estos reportajes eran de familias adineradas que pudieron respaldarlas económicamente cuando hubo alguna mala racha, muchas procedían de las clases trabajadoras y habían tenido suerte en algún concurso de belleza o tenían gran talento para la música o el teatro. Todas comprendían la fragilidad de su oficio y se sabían afortunadas durante el periodo que durase su fama, aunque comprendían que no sería eterna. Precisamente por eso es de gran relevancia la afirmación anterior, dado que la protagonista del reportaje contempla la posibilidad de un oficio alternativo en caso de verse frustradas sus aspiraciones literarias y teatrales. Las oportunidades laborales para las mujeres se amplían a medida que avanza el periodo republicano, y la independencia femenina va cobrando valor entre las jóvenes: «Quisiera ser campeona de boxeo —me dice Conchita Constanzo— para conservar aún más la línea. He perdido 12 kilos y quiero perder más aún... Y ¿sabe por qué, también? Para la lucha en la calle; se tropieza una con cada bruto por ahí...»⁴⁵⁸. La

⁴⁵⁶ Por su parte, las mujeres trabajadoras que practicaban algún deporte lo tenían mucho más complicado: «la gente que me veía pasar con mi “mono” y mi “bici” me insultaba; no les parecía esto cosa de mujeres». Luisa Carnés, «Faustina Valladolid, la señorita que se clasificó primera en la prueba ciclista organizada por el club de Chamartín», *As*, IV, 165, 19 de agosto de 1935.

⁴⁵⁷ Luisa Carnés, «Conchita Constanzo, la “vedette” que “se ha pasado al verso”, es una excelente amazona», *As*, III, 126, 19 de noviembre de 1934.

⁴⁵⁸ *Ibíd.*

autodefensa frente a las posibles agresiones físicas que pudiera sufrir una mujer en la calle supone un verdadero paso en la concepción de los derechos de las mujeres. Frente a una violación silenciosa y vergonzante como la sufrida por Candelas en 1929 en *La ciudad dormida*, las mujeres republicanas se alzan como sus propias defensoras ante cualquier agresión.

En este sentido, las ideas divulgadas en los artículos periodísticos de Carnés son enteramente feministas: abogan por la igualdad total entre hombres y mujeres, pero, además, apuestan fuertemente por una demostración real de la puesta en práctica de estas ideas. La modernidad vuelve a situarse como eje central del discurso feminista a la hora de reivindicar las acciones innovadoras de las mujeres: «¿usted sabe las pestes que echan por ahí de nosotras? Que estamos como cuando las cavernas; que nos asustamos de *tó*... Que si no *somo* deportistas...»⁴⁵⁹. La demostración de las posibilidades de las propias mujeres en los deportes responde también a una clara necesidad de reivindicación de la modernidad española de los años treinta:

Encuentro que en nueve años España ha cambiado mucho en todo [...] y las españolas también. En la forma de vestir y en la cuestión deportiva. Las españolas visten con mucho gusto, y se interesan por el deporte. Antes sólo eran las mujeres de por ahí fuera las que se interesaban por el deporte y la fisicultura. Ahora, las españolas empiezan a despertar a la vida deportiva: conducen automóviles, nadan formidablemente, hacen atletismo..., antes, gracias que se ejercitaban un poco en el tenis⁴⁶⁰.

Una vez más, los esfuerzos de Luisa Carnés se dirigen plenamente al reconocimiento del progreso que otorgó la República en todos los espacios, especialmente para las mujeres. La sección sobre las mujeres en el deporte en la revista *As* es enteramente feminista, porque se encarga de ilustrar los logros deportivos femeninos, pero con conciencia de género, es decir, sus protagonistas son conocedoras de su especificidad como mujeres deportistas y de los avances gracias a los cuales han podido experimentar su actividad deportiva. En esta misma línea, los artículos abogan por un reclamo de la España republicana de la que la autora se siente plenamente orgullosa, al poder reivindicar finalmente la igualdad de oportunidades y derechos con otros países europeos frente al atraso y la inferioridad tradicionalmente achacados a España. La República ha otorgado al país el progreso del que venía careciendo a

⁴⁵⁹ Luisa Carnés, «La castiza Estrellita Castro está aprendiendo a esquiar», *As*, IV, 134, 14 de enero de 1935.

⁴⁶⁰ Luisa Carnés, «Saltadora de alto vuelo sobre una piscina minúscula», *As*, IV, 135, 21 de enero de 1935.

lo largo de toda su historia, y esta constatación se convierte en una constante en todos los reportajes de Carnés desde 1934.

Sin embargo, en los artículos que dedicó a las artes escénicas en la revista *Estampa* el prisma de observación es otro. En estos reportajes, se deja vislumbrar cierto halo de tradicionalismo que deja completamente de lado la modernidad que ostentan sus publicaciones en el periódico *As*, tanto por su contenido como por los artistas que protagonizan las entrevistas, que en esta ocasión son *misses*, toreros, cantaores de flamenco... Luisa Carnés se centra tanto en el origen de sus entrevistados como en el destino que les depara el estrellato, sin olvidarse de otorgar voz por última vez a los que ya se han retirado de los focos. La relevancia de los artistas a los que entrevista para *Estampa* en el panorama social es notablemente inferior a la del periódico *As*. La fama y la internacionalización alcanzadas por algunas de las artistas de variedades entrevistadas en el periódico deportivo las dota de una conciencia de modernidad y una independencia que en el caso de las protagonistas de los reportajes de *Estampa* no está presente, por tratarse de muchachas procedentes de la España rural o de familias humildes que todavía son incapaces de asumir los avances que se han producido en la España republicana, bien por decisión propia o por imposición externa: «Le tengo mucho miedo a estas cosas del periodismo; le temo a la publicidad; soy huérfana de padre y madre y tengo que guardarme sola. Esto de que se hable mucho de una mujer, aunque sea para bien... Ustedes no saben lo que es un pueblo»⁴⁶¹. Carnés trata de dar voz a otra parte de la farándula que todavía se ubica en el conservadurismo y en las raíces más profundas del campo español. En este sentido, la periodista profundiza algo más en los concursos de belleza y las posibilidades que otorgan a las mujeres humildes para la mejora en sus condiciones de su vida:

Consuelo Torcal, *Miss Prensa*, ha cumplido los diez y siete años [...] Es obrerita. Trabaja en las afueras de Calatayud, en una enorme fábrica de alpargatas. Sus manos van y vienen sobre la lona basta de todos los colores ocho horas cada día, mientras aspira el olor húmedo de la goma. Muy trabajadora Consuelito; en casa hay varios hermanos menores y alguno mayor, parado hace tiempo. Para aumentar los pequeños ingresos de la familia, Consuelo trabaja de noche en casa haciendo sandalias. Dos horas de trabajo, una peseta de ganancia que, con seis reales de la fábrica, hacen diez⁴⁶².

⁴⁶¹ Luisa Carnés, «La primera “Miss” de 1935», *Estampa*, VIII, 374, 16 de marzo de 1935.

⁴⁶² Luisa Carnés, «“Misses” de Aragón», *Estampa*, VIII, 376, 30 de marzo de 1935.

Carnés observa que para las chicas de provincias la realidad todavía es bastante más complicada que en los grandes núcleos urbanos, y así como ha reseñado la renovación y la modernidad que los nuevos avances han aportado a la situación femenina en algunos escenarios, también quiere ilustrar la vida de las mujeres en los pueblos y las ciudades pequeñas: «creo que no podré presentarme para *Miss Calatayud*. Soy muy pobre. ¿Cómo me voy a hacer el vestido para la presentación en el teatro? Y no sé hablar. No haría un buen papel al lado de las otras señoritas. Hay una que estudia, fíjese...»⁴⁶³. Aunque también señala la conciencia que estas chicas han adquirido gracias al avance cultural de los años treinta: «Asunción Salvador no es amiga de novelas, no sueña con príncipes azules, ni baja a la estación a ver pasar los trenes. Es una muchacha de provincia que trabaja intensamente, como cualquier chica de gran ciudad»⁴⁶⁴. Carnés intenta destacar que las chicas son conscientes de su verdadera situación y que, a pesar de convertirse en bellezas oficiales, conocen bien su procedencia y su destino: «Chicas conscientes, cada cual sabe dónde va. El Concurso no es para ellas más que un motivo de diversión. Van al cine a pasar el rato. No piensan ser “estrellas”»⁴⁶⁵.

La autora es bastante crítica con el modelo de mujer que aspira a imitar las actitudes de las artistas famosas, con la convicción de que esas conductas las aproximarán al concepto que ellas tienen de mujeres modernas. La búsqueda del matrimonio beneficioso o de la relación con artistas del celuloide suele ser el objetivo último de estas señoritas, que no dejan de ser pobres chicas ignorantes cuya mentalidad no profundiza en las verdaderas posibilidades de emancipación. Es el caso de Laurita, la empleada más joven del salón de té en *Tea Rooms*, cuya ensoñación e incultura terminan por empujarla al romance con un apuesto actor que la abandona en cuanto se entera de su embarazo. De hecho, la falta de instrucción de las obreras es casi preferible a la inútil educación que reciben las hijas de las familias de clase media, que nada les aporta en el aprendizaje ni en el cultivo del conocimiento: «Educada para “señorita”, la enseñaron un poquito de cada cosa, pero “nada práctico”: música, canto, dibujo, costura... (“Luego, si el destino es adverso, todo eso no vale para nada”»)⁴⁶⁶. Una buena

⁴⁶³ *Ibid.*

⁴⁶⁴ *Ibid.*

⁴⁶⁵ *Ibid.*

⁴⁶⁶ Carnés, «“Yo he trabajado con Ramón y Cajal”... cuenta la “vedette” Conchita Rey», art. cit.

parte de las chicas jóvenes de clase media sueña con vivir experiencias vanguardistas y modernas a través de su mimetismo con las actitudes propias de las actrices de cine, mujeres fatales como Marlene Dietrich o Greta Garbo:

[Laurita] no cesa de improvisar actitudes «exóticas» y miradas irresistibles. También interviene alguna vez en las conversaciones de la tertulia. Ya expresó con entusiasmo su amor por el cine y su admiración hacia William Powell. En realidad, a Laurita no le gusta ni pizca este actor, pero encuentra que demostrar su predilección por Charles Farrell o Gilbert Roland resulta demasiado vulgar⁴⁶⁷.

Para Luisa Carnés, por tanto, el origen de todo el problema se encuentra en la educación para todas las chicas, sean de clase baja, media o alta. La falta de instrucción útil para las mujeres es la petición de la autora para la República, la única garantizadora de la adquisición de derechos femeninos y humanos y por tanto, de una modernidad real: «Si Laurita hubiera poseído una cultura media, no hubiese estado dominada por principios seculares de religión y tradición; y hubiera procedido en forma muy distinta. Pero Laurita no ha leído más que novelas frívolas y argumentos de films»⁴⁶⁸.

Las únicas mujeres con posibilidades de emancipación en una sociedad como la de los años treinta en España eran las hijas de familias adineradas, que, como afirma la propia Carnés, eran las únicas que no tenían necesidad real de una educación esmerada por tener siempre cubiertas sus necesidades básicas. Sin embargo, el reconocimiento de la adquisición de la conciencia de género es uno de los tópicos de la prensa de Carnés, siempre obstinada en mostrar el resultado de la ruptura de las mujeres con las reglas morales que regían la sociedad de principios de siglo:

Quise ampliar mis estudios de baile, con la ilusión de llegar a ser artista algún día. Mi familia se negó. “¿Una artista? ¡Nunca!” Tenía una tía marquesa y otra condesa, que se hacían cruces. Ya sabían ellas que yo acabaría “mal”. Luego rompí con ellas. Seguía soñando con el teatro. Tenía un espíritu independiente, incapaz de someterme a nada ni a nadie. Vivía con mi abuelita, a la que adoraba. “No nos hará falta nadie. Yo trabajaré para las dos”⁴⁶⁹.

Finalmente, otro de los aspectos interesantes que Carnés aborda en sus reportajes sobre artistas es la realidad de aquellos que viven apartados de los focos. Ya se ha mencionado que

⁴⁶⁷ Carnés, *Tea Rooms*, *op. cit.*, p. 126.

⁴⁶⁸ *Ibid.*, p. 203.

⁴⁶⁹ Carnés, «“Yo he trabajado con Ramón y Cajal”...», art. cit.

la autora siempre apuesta por dar voz a los individuos marginados, invisibilizados o apartados de la sociedad, y en este caso la visión es particularmente cruel, puesto que se trata de personajes que han sido enormemente aclamados por el público. En su mayoría, los personajes de esta serie son actores que triunfaron en el cine mudo y a quienes la llegada del cine sonoro apartó súbitamente de las pantallas:

Fue el cine, o mejor dicho, los que hacen el cine, los que me dejaron a mí. Al surgir el sonoro, trajo consigo toda una legión de artistas y técnicos hasta entonces desconocidos en su mayor parte; gente nueva toda, ¿qué quiere usted? Nosotros, los veteranos, excepto contadas excepciones, no hemos sido probados en el sonoro; es decir, que no se sabe lo que podríamos dar en este aspecto...⁴⁷⁰

La crisis que supuso la llegada del sonido a la cinematografía española para los actores de las películas mudas fue salvada en buena parte por el oficio del doblaje, al que consiguieron dedicarse muchos de ellos una vez fueron arrollados por el sector. El caso de las actrices no dista mucho del actual, en el que la madurez supone un obstáculo a la hora de continuar en la producción artística: «Claro que como los papeles de vieja son poco importantes, no puede prolongarse muchos días el trabajo; así que para vivir un poco regular tendría que cobrar sueldos fabulosos»⁴⁷¹. Otros salientes de la industria del cine no corrieron la misma suerte, y para ellos la vejez supuso una nueva época de trabajo y esfuerzo en cualquier otro sector. La ingratitud tanto del público como de la industria es la causa del abandono al que se ven abocados los actores mayores:

El cinema me ha proporcionado no pocos sinsabores en Hollywood, adonde tan difícil es siempre hacerse advertir; después aquí. Aquí, donde no viven del cine sino tres o cuatro figuras. Ya ve; yo, desde Don Quintín, he trabajado en todas las cintas españolas; pues aquí me tiene, en esta portería, desde hace nueve años⁴⁷².

No sólo los actores sufren las consecuencias del paso de la fama. Por su parte, los artistas de flamenco experimentan exactamente el mismo olvido que los actores: «he vivió como una reina —comenta Rita—. Y ahora soy más probe que las ratas»⁴⁷³. La autora trata de ilustrar la pérdida de una parte tan importante del folclore español como es el baile flamenco,

⁴⁷⁰ Luisa Carnés, «Lo que ha sido de los primeros actores de cine», *Estampa*, VIII, 371, 23 de febrero de 1935.

⁴⁷¹ *Ibíd.*

⁴⁷² *Ibíd.*

⁴⁷³ Luisa Carnés, «El final de los flamencos», *Estampa*, VIII, 386, 8 de junio de 1935.

que si bien aún se representa en algunos espectáculos, se erige como representante de la tradición y como enemigo de la modernidad:

—Entonces, ¿ya no hay juergas flamencas?

—Muy poca...Y si hay alguna, a base de los nuevo... Los viejos ya nadie los quiere. Y en los viejo está la solera der cante y der baile andalú.

6.1.8. Algunas imágenes de los fotorreportajes



Luisa Carnés entrevistando a la actriz Amparito Miguel Ángel mientras realiza prácticas de aviación.

Luisa Carnés, «Amparito Miguel Ángel hace prácticas de aviación».
As, IV, 141, 4 de marzo de 1935.



Con el equipo de la redacción de *As*, esquiando con Estrellita Castro.

Luisa Carnés, «La castiza Estrellita Castro está aprendiendo a esquiar. *As*, IV, 134, 14 de enero de 1935.



Con el actor de doblaje Antonio Gil, «Varillas».

Luisa Carnés, «Lo que ha sido de los primeros actores de “cine” [entrevista con Carmen Viance, Manolo San Germán, “Varillas” y “Patiné”]. *Estampa*, VIII, 371, 23 de febrero de 1935.



Con la actriz Nena de Vedo en el camerino antes de salir a escena.

Luisa Carnés, «Nena de Vedo, la “Manuela” dulce y sacrificada de “Muchachas de uniforme”, nos habla de sus aficiones deportivas».
As, III, 113, 6 de agosto de 1934.



Con la actriz Luisita Esteso.

Luisa Carnés, «Luisita Esteso, la fisicultura y el encuentro España-Francia».
As, IV, 139, 18 de febrero de 1935.

6.2. El periodo de la Guerra Civil

El tono risueño y el contenido jocoso de los artículos publicados por Luisa Carnés durante la Segunda República se endurecen enormemente cuando da comienzo el mes de julio de 1936. Desde la victoria del Frente Popular, en febrero de ese mismo año, el compromiso social de la autora había adquirido un carácter eminentemente político al adscribirse al Partido Comunista de España. Sin embargo, y a pesar de no contar con un dato exacto sobre la afiliación de Carnés al Partido, podemos intuir que su acercamiento al comunismo se venía produciendo desde hacía varios años⁴⁷⁴, como demuestran las páginas finales de *Tea Rooms*. Además, la autora se había sindicado en la Agrupación Profesional de Periodistas, perteneciente a UGT.

Su convivencia laboral y personal con Ramón Puyol es crucial en su aproximación a las actividades culturales y de propaganda más conocidas del Partido, teniendo en cuenta que Puyol ejercía de escenógrafo principal de las compañías de teatro proletario que dirigía César Falcón desde 1932. Esto facilitó que Carnés conociese de primera mano el grupo «Nosotros» y otras compañías que ponían en práctica la modalidad de teatro de agitación y propaganda que había llegado a España bajo la influencia del teatro soviético, surgido a raíz de la revolución rusa de 1917 y producido en la Alemania de entreguerras, con Erwin Piscator como director y Ernst Toller como autor a la cabeza⁴⁷⁵. La mayor parte de estos grupos e iniciativas teatrales se encontraban respaldados principalmente por el Partido y organizaciones afines, y sus esfuerzos iban dirigidos a fortalecer la presencia pública del ideario comunista a partir de 1934. La presencia de Luisa Carnés en todos estos proyectos queda sobradamente demostrada con la producción, en los primeros días de la guerra, de una obra perteneciente al teatro bélico o de circunstancias —también llamado de urgencia—, titulada *Así empezó*, que se representó en octubre de 1936 en el Teatro Lara de Madrid, entonces rebautizado como Teatro de la Guerra.

⁴⁷⁴ «Luisa Carnés ingresó en nuestro Partido antes de la guerra civil, cuando comenzaba, con pronto éxito, su carrera periodística y literaria», Jesús Izcaray, «Una cuartilla para Luisa Carnés», *Mundo Obrero* (París/Madrid), 34, 8, 15 de abril de 1964.

⁴⁷⁵ Antonio Plaza, «Teatro y compromiso en la obra de Luisa Carnés», *Acotaciones*, 25 (julio-diciembre de 2010), p. 107. Disponible en http://www.resad.es/acotaciones/acotaciones25/compromiso_a_plaza_p.pdf.

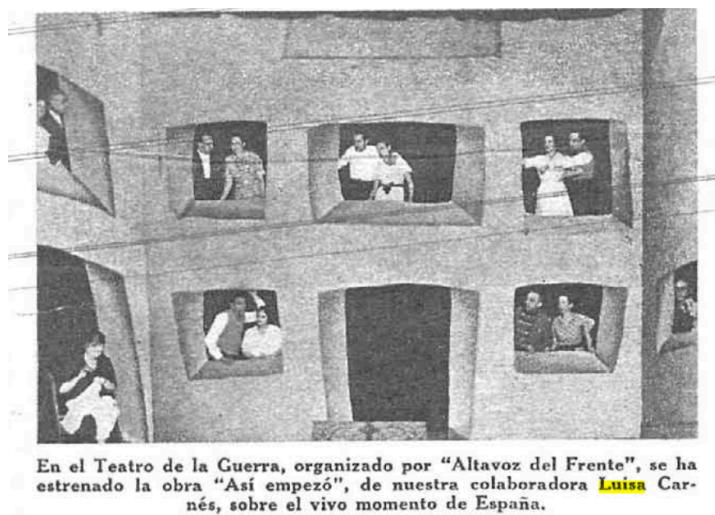


Imagen promocional del estreno de la obra teatral producida por Luisa Carnés.

Estampa, IX, 458, 24 de octubre de 1936.

También sus publicaciones periódicas revelan que su pensamiento político había tomado un rumbo determinado desde 1934, como se ha podido observar en el análisis de sus reportajes en las revistas *Estampa* y *Ahora*. Estas dos publicaciones quedaron bajo el control de las Juventudes Socialistas Unificadas cuando estalló el conflicto bélico, un hecho que propició un viraje en la línea editorial de las revistas, que continuaron como semanarios eminentemente gráficos pero que pasaron a informar sobre todos los acontecimientos de la Guerra Civil. No obstante, las publicaciones se limitaron a documentar los sucesos desde la perspectiva de la imperiosa defensa de la legitimidad de la República. En palabras de Manuel Chaves Nogales, director del periódico *Ahora*:

Hice constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado, y me comprometí únicamente a defender la causa del pueblo contra el fascismo y los militares sublevados. Me convertí en el «camarada director», y puedo decir que durante los meses de guerra que estuve en Madrid, al frente de un periódico gubernamental que llegó a alcanzar la máxima tirada de la prensa republicana, nadie me molestó por mi falta de espíritu revolucionario⁴⁷⁶.

Por tanto, la situación de Luisa Carnés en las redacciones de prensa durante el tiempo que duró el conflicto bélico varió según la revista en la que publicaba. Su compromiso con la República la llevó a continuar con su trabajo como redactora en las publicaciones *Estampa* y *Ahora*, desde la más estricta fidelidad a la causa republicana; pero su convicción comunista la

⁴⁷⁶ Manuel Chaves Nogales, «Prólogo» en *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2011, p. 6.

adscribió también a las tareas de propaganda intelectual del Partido, como las publicaciones de *Mundo Obrero* primero, y *Frente Rojo* después.

Los artículos que Luisa Carnés publica durante el tiempo que dura el conflicto bélico muestran la situación de la autora durante de la Guerra Civil. Como muchos otros intelectuales, Carnés abandonará Madrid en dirección a Valencia junto con el grueso del ejecutivo republicano entre los meses de octubre y noviembre de 1936, ante el ataque y la aparente caída inminente de Madrid. De igual forma lo hará en octubre del año siguiente, en esta ocasión hacia Barcelona junto con los compañeros de la redacción de *Frente Rojo*. La dispersión geográfica de las publicaciones de Carnés es representativa de la situación de la zona republicana en cada momento de la contienda; los artículos informan sobre las actividades de la retaguardia en relación con la producción de las fábricas, la falta de alimentos, debido a la precaria situación en la que había quedado la zona leal con respecto a la rebelde en el control de abastecimiento, y las actividades culturales de organismos del Partido Comunista como Altavoz del Frente o Nueva Cultura de Valencia.

Otra serie de artículos que Carnés redacta a partir de 1936 se centran exclusivamente en la situación femenina durante la Guerra, especialmente sobre su participación con la causa republicana. La defensa de la labor femenina de retaguardia nutre un conjunto de artículos dirigidos expresamente a informar sobre las tareas de confección de ropa de abrigo para el frente y la formación de cooperativas de alimentos frente al desabastecimiento, pero, sobre todo, a destacar las tareas de organismos internacionales como Socorro Rojo de protección de la infancia. El espíritu exaltado de los artículos responde a un llamamiento de las mujeres al trabajo, a la ocupación de los puestos que habían quedado vacantes cuando los hombres se alistaron en las milicias y a la cooperación en cualquier tarea de retaguardia. La dedicación de Luisa Carnés de informar sobre las acciones femeninas durante la Guerra Civil es de un gran valor histórico y sociológico, dejando constancia de cada cifra, nombre y puesto que las mujeres se encargaron de cubrir durante el tiempo que duró la contienda.

Hay grandes similitudes estructurales en los reportajes que Carnés publica en la revista *Estampa*, que a su vez se diferencian enormemente de los redactados para *Frente Rojo*. En la primera, la autora publica reportajes más extensos, en los que describe detalladamente una determinada acción de la retaguardia, los organismos y las instituciones que intervienen, e

incluso realiza alguna pregunta a algún miembro directamente involucrado en la actividad. Generalmente, siempre se inician con una breve reseña sobre el asunto tratado (las organizaciones de la retaguardia o las distintas iniciativas). Posteriormente, pasa a preguntar a alguna figura de autoridad sobre el tema (vendedor del producto, figura representativa de la organización o responsable de la iniciativa). Finalmente, suele interpelar a los protagonistas directamente relacionados con el tema (enfermeros, enfermos, niños, milicianos, etc.). También suele terminar con una coda o un colofón en el que manifiesta su opinión personal, que siempre favorece las actuaciones del gobierno de la República y destaca los grandes avances realizados. Por otro lado, cuando se centra en un colectivo (chicas de servir, muchachas de la huerta, vendedores, campesinos, etc.), ofrece una especie de enumeración, y entrevista a varios de sus protagonistas, explicando cada uno de sus objetivos y aspiraciones y entrando a describir sus experiencias personales. En este sentido, Carnés sigue preconizando la visión angular de los colectivos desfavorecidos, a los que intenta dar voz en sus reportajes, incluso durante la guerra.

Por su parte, en el periódico *Frente Rojo*, la extensión de los artículos es considerablemente menor; un hecho habitual teniendo en cuenta las dificultades de publicación tanto por la carestía y la falta de papel como por la cada vez más habitual inutilización de las rotativas. Su visión en estos reportajes se centra particularmente en los colectivos más afectados por las consecuencias de la contienda bélica, especialmente los campesinos en el ámbito rural y los obreros de las fábricas que han sido colectivizadas. Evidentemente, en este diario la voz de la autora es notablemente más revolucionaria, ofreciendo reportajes tendenciosos, cuyo objetivo último es la propaganda política. Para ello, el periódico aporta datos, generalmente manipulados, sobre la situación del ejército y las milicias en la zona leal, para mantener intacta la moral de la población civil. Además, también incluye numerosos artículos sobre la utópica realidad de la Unión Soviética, de la que todos sus visitantes manifiestan una visión idealizada. El estalinismo todavía se encuentra en fase embrionaria y las alabanzas al Presidente de la URSS son constantes.

6.2.1. Reportajes sobre la retaguardia

En el primer mes de guerra todavía encontramos un tono esperanzador, con un convencimiento generalizado sobre la lealtad a la República por parte de todos los sectores del Ejército y de la población civil. El fracaso del golpe en Madrid y la victoria sobre el Cuartel de la Montaña mantienen la moral republicana alta. El sentimiento de triunfo sobre la supuesta minoría rebelde era la sensación más extendida:

Quando desembarcamos los moros en Cádiz, nos daban vivas Varela y sus compinches. Les salió todo al revés. La Marina española está con el Gobierno legítimo y con el pueblo heroico de España. La consigna de la Marina republicana es la de todo el pueblo español: “¡No pasarán!” [...]. La flota republicana, en armas, vigila, mientras nuestro Ejército Popular se cubre de gloria en la tierra y en el aire⁴⁷⁷.

La idea de que el golpe de estado estaba siendo sofocado con éxito era compartida por las editoriales de la prensa republicana, dando lugar a numerosas iniciativas educativas, culturales y sociales que serían puestas en marcha en cuanto la República retomara su actividad normal. Luisa Carnés dio abundantes muestras de difusión de todos estos proyectos, desde las guarderías para los hijos de los combatientes hasta las sesiones de teatro callejero. En cierta manera, su intención con la divulgación de todos estos planes era la de mostrar los esfuerzos de la República por continuar protegiendo a los vulnerables a pesar de las circunstancias. Para ello, Carnés se empeña en ilustrar la participación de las instituciones públicas en todas las medidas relacionadas con la protección a la infancia: «Varias son las guarderías y residencias que funcionan actualmente en Madrid, todas ellas controladas por la Inspección de Primera Enseñanza, sita en el paseo de la Castellana [...]. El Ministerio de Instrucción ha asignado dos mil pesetas a cada grupo o guardería»⁴⁷⁸. La preocupación de la autora por los niños se manifiesta en diversas ocasiones a lo largo de su producción en prensa durante la guerra. Su mirada trató de orientarse siempre hacia la dramática situación infantil:

Apenas iniciado el movimiento subversivo en España, apenas las primeras convulsiones de la sublevación ensangrentaron la tierra del país, unos cuantos hombres y mujeres de buena voluntad volvieron la vista y el corazón hacia los hijos de los combatientes. ¿Qué sería de estos niños medio abandonados? Los

⁴⁷⁷ Natalia Valle, «El 16 de julio, a bordo del “Churruca”, *Estampa*, IX, 454, 26 de septiembre de 1936.

⁴⁷⁸ Luisa Carnés, «Para los hijos de los combatientes», *Estampa*, IX, 447, 8 de agosto de 1936.

padres, en el frente de batalla. Las madres, enroladas en los servicios sanitarios o la búsqueda de noticias en los cuarteles de milicianos⁴⁷⁹.

La participación de Carnés en las medidas de protección a la infancia fue bastante activa, siempre enmarcada en el contexto de las organizaciones pertenecientes al Partido que se encargaban de aportar un lugar de cuidados para los hijos de los milicianos o los huérfanos. De hecho, una de las colonias infantiles constituidas en Valencia a partir de 1936 fue creada, precisamente, por la Agrupación Profesional de Periodistas de la UGT, a la cual estaba vinculada Carnés. La colonia estaba destinada a atender a los hijos de los afiliados, por lo que es posible que su hijo Ramón estuviera allí durante un tiempo. Posteriormente, Carnés consiguió que su hijo fuera evacuado a Francia gracias a las gestiones realizadas por el diplomático Gregorio Nivón, miembro de la delegación mexicana en París, y su esposa, con los cuales permanecería en París hasta abril de 1939, cuando su madre consiguió salir del campo de internamiento⁴⁸⁰. El traslado de niños desde las zonas más activas del conflicto hacia colonias en Levante o Cataluña, o incluso la evacuación hacia otros países como Francia o la Unión Soviética, fueron operaciones habituales durante el tiempo que duró la guerra en España.

La autora también se ocupa de ilustrar las iniciativas que suscriben otras organizaciones independientes del gobierno, pero que pertenecen al órgano del Partido Comunista, como es el Comité Nacional del Socorro en España. El SRI fue un servicio social internacional organizado por la Internacional Comunista en 1922, creado para que funcionara como una Cruz Roja internacional e independiente de cualquier organización o confesión religiosa. El SRI se ocupó de reunir apoyo y material humanitario para las milicias comunistas, aunque en su sección española se constituyó en ayuda al gobierno del Frente Popular. En este caso, el Comité se encargó de organizar guarderías para atender a los hijos de los combatientes y de recoger aportaciones monetarias para la creación de hogares infantiles para huérfanos de milicianos⁴⁸¹. Por otro lado, la organización del Comité Nacional del Socorro Rojo en España aspira a la implantación de un sistema nacional de salud que se encargue de la organización sanitaria española, centralizando todas sus actividades: «Así, paso a paso, esta Comisión

⁴⁷⁹ *Ibíd.*

⁴⁸⁰ Plaza, «Introducción» en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, op. cit., p. 23.

⁴⁸¹ Luisa Carnés, «S. R. I», *Estampa*, IX, 456, 10 de octubre de 1936.

Nacional de Sanidad del Socorro Rojo Internacional consolida sus posiciones de avanzada sanitaria de la guerra, hasta lograr un día no lejano lo que sueñan hacer de ella sus responsables: la única organización sanitaria de España»⁴⁸².

En el marco de las actividades de protección a la infancia, el secretario general del Socorro Rojo español destaca la labor del Comité en el aprendizaje y la cultura para los niños: «El Hogar Infantil tendrá teatro, club y cine, y será un verdadero modelo modelo internacional de este tipo de instituciones»⁴⁸³. Las aspiraciones políticas de todas las organizaciones que participaron de la ayuda humanitaria en los primeros meses de la guerra se orientaron hacia su establecimiento una vez hubieran sofocado el golpe faccioso. Estos primeros reportajes de Carnés del año 1936 muestran una clara conciencia de vencedores y una concepción de la guerra como algo meramente temporal, con un tono esperanzador y orientado hacia el mantenimiento de una República que virara hacia el comunismo soviético. En esta misma línea se ubican los reportajes que Carnés redactó a partir de ese mismo año en relación a las actividades de cultura y proyectos de paliación del analfabetismo que pusieron en marcha distintas agrupaciones del Partido. Me refiero principalmente a Altavoz del Frente, creado en Madrid en los primeros días de agosto de 1936. Se constituyó como el principal organismo de agitación y propaganda del Partido, y su misión principal fue movilizar a las masas obreras en apoyo a la República. Su actividad se inició durante la primera defensa de Madrid, aunque se extendió posteriormente a otras regiones, hecho que también ilustró Carnés en sus publicaciones. Desde el primer momento contó con diversas secciones para llevar a cabo su propósito: radio, artes plásticas, exposiciones, música, teatro, cine, etc. Dependió en primer lugar de *Mundo Obrero*, aunque su desarrollo posterior y la realidad de las circunstancias de la Guerra provocaron que pasara a disposición del Quinto Regimiento⁴⁸⁴.

Como miembro activo de Altavoz, y en relación laboral y personal con muchos de los integrantes de la sección cultural y propagandista del Partido, Carnés elaboró algunos artículos sobre la actividad infatigable del organismo en la lucha contra la incultura durante la guerra: «Altavoz del Frente es uno de los más importantes organismos de información y de

⁴⁸² *Ibid.*

⁴⁸³ *Ibid.*

⁴⁸⁴ Plaza, «Introducción» en Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, op. cit., p. 16.

cultura para el pueblo armado, entre los diversos grupos creados a este fin, en estos instantes decisivos para el porvenir de los españoles»⁴⁸⁵. La autora inaugura en este reportaje una de las tendencias más habituales del periodismo bélico durante el conflicto: la oposición de «ellos» *versus* «nosotros». El viejo mito de las dos Españas se recupera y cobra valor en los primeros momentos de la Guerra Civil, contraponiendo el conservadurismo, tradicionalismo y analfabetismo de la sublevación militar frente al progresismo, culturización y principios de civilización de la República:

Para poner de manifiesto cómo, mientras ellos devastan la tierra española, nosotros la damos vida; cómo ellos asesinan a los hijos de los trabajadores honrados y éstos (ahí está el caso del Alcázar toledano) luchan días y días por poner a salvo a los inocentes hijitos de los sanguinarios facciosos; cómo ellos exaltan su fobia de anticultura en la personalidad del inolvidable granadino García Lorca, en tanto nosotros, en medio de esta guerra cruel, velamos por la tradición artística del país: creamos, mientras ellos destruyen⁴⁸⁶.

La benevolencia de los milicianos republicanos frente a la sangría de los facciosos es otro de los tópicos que se realzan con la oposición entre «ellos» y «nosotros». En numerosas ocasiones a lo largo de su producción periodística durante la guerra, Carnés resalta la indulgencia de los milicianos como muestra del nivel de civilización que había experimentado la población durante los años treinta; como una demostración de la sociedad progresista que implantó la República:

Se formó un Tribunal [...] y allí salió todo, la explotación que nos tenían en el taller, lo de la prensa de derechas y de izquierdas y aquello de que “ellos sabían que los fascistas iban a ganar”. Uno de los milicianos preguntó: “Pero fijaros bien. ¿Todos eran iguales? ¿No era bueno ninguno?” Había dos de ellos que no se metían en política y que eran más bondadosos; así lo dijo el chico que hacía de acusador y los demás dijimos que estábamos conformes con que los dos frailes continuasen en el colegio. Y así fue. Allí siguen los dos frailes prestando sus servicios en el colegio, ahora convertido en hospital⁴⁸⁷.

La cita refleja la idea que viene a reforzar Carnés en gran parte de sus artículos: la superioridad moral de los combatientes republicanos, gracias a la educación en valores y en progreso que les otorgó la República, que se opuso a los rezos y a la incultura que dominaba en los colegios religiosos. Por ello, Carnés se empeña en poner en valor las actividades

⁴⁸⁵ Luisa Carnés, «Altavoz del Frente», *Estampa*, IX, 465, 19 de diciembre de 1936.

⁴⁸⁶ *Ibíd.*

⁴⁸⁷ Carnés, «Los alumnos del colegio del Sagrado Corazón, convertidos en valientes milicianos», art. cit.

culturales del Partido durante el conflicto, especialmente aquellas que contribuyen a mantener alta la moral de la primera línea de batalla, así como de aquellas que ilustran las acciones de las milicias en la zona leal. César Falcón explica que uno de los objetivos de Altavoz es precisamente mantener comunicados al frente y a la retaguardia, para sustentar la convicción de que la guerra iba a ser ganada:

Hemos hecho varios documentales. Tenemos una máquina muy bonita, y hemos filmado películas en el frente y en la retaguardia, entre ellas, algunas tomadas en las mismas avanzadas con gran riesgo de nuestro *cameraman*; otra, de una guardería infantil, para que nuestros combatientes puedan ver cómo el Estado y los partidos obreros cuidan de sus hijos en la retaguardia⁴⁸⁸.

Por otro lado, una de las acciones más relevantes llevadas a cabo por la organización fue el teatro de agitación. Como resultado de una evolución que venía produciéndose ya desde 1932, como se ha abordado anteriormente, el teatro de urgencia aparece como consecuencia de la movilización de los intelectuales que militan en organizaciones políticas y sindicales de la izquierda, valiéndose de la cultura y de sus recursos para utilizarlos con fines de propaganda en defensa de la República. El teatro callejero se erigió como baluarte de este proyecto cultural, también como una ramificación de iniciativas que habían tenido lugar durante el periodo republicano, como La Barraca, Cultura Popular o las Misiones Pedagógicas, cuya misión era aproximar la cultura a los pueblos más necesitados, estableciendo un intercambio pedagógico entre el pueblo y la ciudad⁴⁸⁹. Las compañías de teatro de agitación que circulan por toda la geografía de la zona leal se componen de pocos actores, y las obras que representan son breves, directas y concisas, con un claro componente emotivo: «Obritas de circunstancias, obritas y poemas de guerra. Poesía o prosa, que exciten la moral de la retaguardia, que le hagan vibrar, que no le permitan olvidarse un momento de la terrible catástrofe que asola nuestro país. Esto lo conseguimos. Las mujeres lloran [...] Lloran las madres, mientras besan a sus hijitos pequeños...Es un dolor auténtico»⁴⁹⁰.

Asimismo, un poco más avanzada la guerra, Luisa Carnés se encargará de ilustrar con cifras y datos los logros conseguidos por las Milicias de la Cultura. El alarmante nivel de analfabetismo que circulaba entre los milicianos fue la primera señal que llevó a los

⁴⁸⁸ Carnés, «Altavoz del frente», art. cit.

⁴⁸⁹ Plaza, «Teatro y compromiso en la obra de Luisa Carnés», art. cit., p. 107.

⁴⁹⁰ Luisa Carnés, «Un nuevo arte de guerra en las calles de Valencia», *Estampa*, X, 479, 27 de marzo de 1937.

compañeros de instrucción superior a enseñarles a leer y a escribir; la tarea pasó por diferentes manos hasta que llegó al Ministerio de Instrucción Pública, que creó la sección de las Milicias en lucha contra el analfabetismo en los frentes. Según su propio subinspector general, en 1937 ya había 900 milicianos de la cultura destinados en el Cuerpo, cuya tarea consistía en enseñar a sus compañeros analfabetos, además de batallar en el frente. Las cifras que aporta el entrevistado son el acicate perfecto para que Luisa Carnés muestre con orgullo el anhelo de aprendizaje de los milicianos:

Aquí tengo unas notas a propósito de la reducción del analfabetismo en los frentes. Mira: en el 70 Cuerpo de Ejército, 36 División, 46 Brigada, tercer Batallón, en un mes han aprendido a leer cincuenta y cinco hombres. En la 15 Brigada Mixta se ha reducido en un 60 por 100 el analfabetismo. En el Cuerpo E. 70, División 36, Brigada 4, Primer Escuadrón, fue reducido en un 50 por 100 el analfabetismo en un mes⁴⁹¹.

Otro de los aspectos que Carnés aborda en sus reportajes culturales durante la guerra son los Congresos de Intelectuales Antifascistas⁴⁹², a los que acude como corresponsal para *Estampa*. En ellos, la autora reproduce parte de los discursos de los brigadistas internacionales que acudieron al II Congreso como un modo de demostrar la unión de todos los intelectuales internacionales con el bando republicano español: «Que en estos momentos tan definitivos en la historia de nuestro país y del mundo los intelectuales antifascistas del mundo entero se reúnan en España significa que los literatos extranjeros, los literatos del pueblo, están al lado de las masas trabajadoras de España y del Gobierno del Frente Popular español»⁴⁹³. El tono en estos artículos de 1937 ya es marcadamente dramático: la guerra se ha encarnizado y las posibilidades de perderla están cada vez más cerca. Carnés, como el resto de los periodistas e intelectuales antifascistas, es consciente de que no se libra ya una guerra civil esporádica en España, sino que en nuestro territorio se decide el escenario futuro de Europa: «Si los intelectuales extranjeros están a nuestro lado lo hacen porque el triunfo de la República democrática, y con él el de la revolución popular, significará el nacimiento de una

⁴⁹¹ Luisa Carnés, «Las Milicias de la Cultura luchan en los frentes con sus libros y con su fusil», *Frente Rojo*, I, 165, 31 de julio de 1937.

⁴⁹² Carnés, «Habla la juventud española», art. cit.

⁴⁹³ Carnés, «Los escritores del mundo con España», art. cit.

nueva era de cultura, de nuevas posibilidades artísticas, no sólo para nuestro país, sino para todos los pueblos»⁴⁹⁴.

Con la celebración de este Congreso se pone sobre la mesa una cuestión central para la concepción de Carnés como intelectual: la utilidad de la escritura en momentos bélicos. En este sentido, el compromiso de los escritores se convierte en una obligación moral para la defensa de la República, y la relevancia de su oficio se coloca en pie de igualdad con la del ejército en los frentes, como demuestra el discurso del brigadista alemán Erich Weinert: «Vivimos jornadas y años decisivos. Todo lo que hacemos como escritores tiene hoy un significado y un alcance mayores que haya tenido nunca la palabra del escritor. Si alguien pudiera creer que sobreestimamos el papel del escritor en la sociedad, los atentados del fascismo contra la literatura avanzada y revolucionaria le probarían lo contrario»⁴⁹⁵. Aunque en ciertos momentos la fidelidad a ese compromiso del intelectual flaquea, sobre todo en comparación con la acción de otros compañeros en primera línea de batalla, lo cierto es que la obligación del escritor está clara para todos ellos, especialmente para Luisa Carnés: «Durante dos años y medio mi pluma, como la de la mayoría de los escritores, ha defendido la legalidad republicana, ha exaltado el heroísmo inagotable del pueblo español: ha cumplido con *su deber*»⁴⁹⁶.

Una de las acciones más importantes llevadas a cabo por los intelectuales en su labor de retaguardia fue la salvaguarda del patrimonio histórico, cultural y artístico. Al frente de esta labor estuvo la Dirección General de Bellas Artes, alto departamento del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, a cuya cabeza se situaba desde septiembre de 1936 el pintor Josep Renau. Los objetivos de Renau para la protección del patrimonio consistieron principalmente en la centralización de todos los asuntos referentes a los bienes culturales, desde la recuperación de las obras de arte en posesión de las organizaciones obreras hasta la coordinación de las Juntas del Tesoro Artístico⁴⁹⁷. Todos estos mecanismos comenzaron a

⁴⁹⁴ *Ibid.*

⁴⁹⁵ *Ibid.*

⁴⁹⁶ *Ibid.*, p. 84. La cursiva es mía. La función del intelectual en la Guerra de España queda clara en esta simple afirmación.

⁴⁹⁷ Miguel Cabañas Bravo, «La labor de salvaguarda del patrimonio artístico-cultural de los Directores Generales de Bellas Artes Ricardo de Orueta y Josep Renau», en Arturo Colorado (ed.), *Patrimonio, guerra civil y posguerra. Congreso Internacional*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2010, p. 40. Disponible en <https://digital.csic.es/handle/10261/32155>.

funcionar una vez se hubo trasladado el Gobierno a Valencia, desde donde se efectuaron con éxito las conocidas evacuaciones de patrimonio artístico procedente del Museo del Prado, la Biblioteca Nacional, el Palacio de Liria, etc. La protección de los bienes culturales y artísticos supuso, además, una efectiva maniobra de propaganda internacional a cargo de Josep Renau, que se encargó de difundir la ingente tarea que se estaba llevando a cabo en España en relación con la custodia del tesoro artístico nacional. Entre otras muchas iniciativas, una de las más beneficiosas para la imagen de la cultura de la República fue la exposición, en noviembre de 1936, de las pinturas y las esculturas rescatadas del Palacio de Liria, en el Colegio del Patriarca de Valencia, para uso y disfrute de los soldados del Ejército Popular. También fue muy conocida la labor de María Teresa León, encargada del traslado de las obras del Museo del Prado a Valencia primero, y a Cataluña después. A esta propaganda de salvaguarda del patrimonio artístico y cultural se suma Luisa Carnés en noviembre de 1937, cuando informa sobre una iniciativa de la Asociación de Amigos de la URSS, con la que «los artistas se preparan [...] a la simpática tarea de construir objetos de arte y muestras del trabajo manual valenciano como presente de gratitud de los obreros españoles a la solidaridad inagotable de sus hermanos los trabajadores soviéticos»⁴⁹⁸. Al envío de obras de arte se añadirá, durante una semana, la exposición de distintas colecciones de «fotografías, dibujos, libros, que mostrarán al pueblo español diversos aspectos de la vida cultural, de trabajo, de arte y de deporte del pueblo soviético»⁴⁹⁹. Las labores de la retaguardia en relación con el arte, por tanto, fueron de una gran relevancia tanto histórica, con la protección y salvaguarda del patrimonio artístico y cultural, como propagandista, con la difusión de los valores de progreso y cultura que la República había instaurado.

Finalmente, otro de los aspectos que Luisa Carnés aborda en su producción periodística durante la guerra es el desabastecimiento de alimentos en la zona republicana. Con la división en dos territorios que provocó el fracaso del golpe de julio en 1936, el asedio a la población civil derivado de la falta de alimentos, cuya producción controlaba en gran parte la zona rebelde, sometió a la retaguardia a un cruel hostigamiento y a un empeoramiento de las condiciones físicas de los milicianos. Todo ello, soportado durante los tres largos años que duró la guerra, contribuyó a la rendición en los últimos meses de contienda. En el caso de

⁴⁹⁸ Luisa Carnés, «Valencia envía su arte a la URSS», *Estampa*, X, 511, 13 de noviembre de 1937.

⁴⁹⁹ *Ibíd.*

Madrid, cuya inminente caída provocó la evacuación de los miembros del gobierno en noviembre de 1936, la crisis alimentaria se agravaba debido a su situación de aislamiento:

Víveres los hay —nos ha dicho el señor Vázquez Humasqué, subsecretario de Agricultura—, lo que no hay son medios de transportarlos. Madrid necesita ser abastecido, y nadie ha puesto de su parte más que el Ministerio de Agricultura para que a Madrid no le faltase qué comer [...] Es una pena que, mientras en Madrid se carece de lo más necesario, aquí, en Valencia, en los almacenes de este Ministerio, haya depositadas más de 900 toneladas de víveres, que no pueden salir por falta de medios de transporte⁵⁰⁰.

La falta de personal debido al reclutamiento de las Milicias Populares también supone un problema añadido para la provisión de alimentos. La ausencia de campesinos que recojan la cosecha produce unas pérdidas alimentarias incalculables, por lo que desde algunas organizaciones próximas al PCE se hizo un llamamiento a la movilización ciudadana para la recogida de los alimentos:

Una cosecha recogida es una batalla ganada al enemigo [...]. Para evitar su pérdida, se han formado, bajo los auspicios del diario comunista “Frente Rojo” de Valencia, esas brigadas de choque, para ayuda al campo, que han sido acogidas con júbilo por los campesinos de Levante, de Aragón, de Cataluña, de Madrid y de todos los puntos de la España republicana adonde han actuado⁵⁰¹.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos conjuntos entre los obreros de la ciudad y los campesinos del campo español, la carestía de los productos básicos de alimentación supuso un grave problema para la población civil. Carnés redactó una serie de reportajes para *Frente Rojo* en los que entrevistó a campesinos, vendedores, comerciantes y compradores para investigar las causas de la subida de los precios de los alimentos, que, en su mayoría, procedían directamente de la recogida a través de cooperativas alimentarias, y acusó directamente a los intermediarios de querer beneficiarse de la grave situación que atravesaba el comercio en estos duros momentos:

El pescado se subasta a un precio más elevado por todo lo dicho. Pero luego, las vendedoras lo suben según les parece. Mire, hace algún tiempo —ya dentro de la época de la guerra—, se vendió a Madrid 14.000 pesetas de pescado. ¿Sabe cuánto sacaron en Madrid del pescado? 23.000 pesetas. Aquí pasa lo mismo...⁵⁰²

⁵⁰⁰ Luisa Carnés, «“Que nos den camiones y a Madrid le sobrará de todo en pocos días...”», *Estampa*, X, 484, 1 de mayo de 1937.

⁵⁰¹ Luisa Carnés, «Brigadas de ayuda al campo en Valencia», *Estampa*, X, 493, 3 de julio de 1937.

⁵⁰² Luisa Carnés, «Los que viven y los que se enriquecen de la industria del pescado en Valencia», *Frente Rojo*, I, 35, 2 de marzo de 1937.

Los Comités de los pueblos, que controlan la producción de los huevos, adquieren a los campesinos la docena de huevos a 3,75 pesetas y la venden luego en Valencia a 5,25 pesetas. Más un gravamen de 0,25 pesetas en cada docena, para gastos del Comité⁵⁰³.

La periodista elabora una suave crítica sobre la corruptela en la que se están comenzando a convertir las federaciones, cooperativas, comités y comitivas que han incautado las industrias de cada región de la zona leal para beneficio propio. La acusación sobre las infracciones cometidas por estas asambleas se completa con la denuncia hacia el salario único impuesto por las colectividades libertarias desde la apropiación de los grandes terrenos en julio de 1936:

La carestía de las subsistencias hace cada día más difícil la situación de los obreros cuyo ramo está adscrito al jornal único implantado al comenzar la sublevación de los militares en julio de 1936. En ningún momento esta teoría del salario igualitario es justa. Y menos en las circunstancias actuales, que perjudica a la clase trabajadora⁵⁰⁴.

Carnés empieza asimismo a participar de las revoluciones sociales que se producen en el seno del gobierno de coalición del Frente Popular, en las que predominó la disparidad de opiniones sobre la hoja de ruta del ejecutivo frente a las ofensivas del enemigo; tal disparidad desembocó en el Golpe de Estado llevado a cabo por la Junta de Defensa presidida por el coronel Casado, en abril de 1939. Junto a la inferioridad militar, así como al total abandono del resto de países europeos a través del vergonzoso Pacto de No Intervención, las desavenencias entre los grupos de coalición del gobierno fueron responsables, en gran medida, del desastre y del final de la República desde 1938 hasta la caída de Madrid. A pesar de haber mostrado una resistencia heroica desde 1936 gracias a la lucidez y la acción, entre otros, de los generales José Miaja y Vicente Rojo, y a la oportuna aparición de las Brigadas Internacionales, la acción del gobierno estuvo en todo momento cuestionada y boicoteada por los distintos sectores de su propia formación, desde el anarcosindicalismo y el comunismo libertario de la CNT-FAI, con el componente marxista revolucionario personificado en el grupo del POUM, hasta el ala «caballerista» del PSOE y de la UGT.

⁵⁰³ Luisa Carnés, «Los acaparadores e intermediarios contribuyen a que el precio de los huevos haya sufrido un alza excesiva», *Frente Rojo*, I, 65, 6 de abril de 1937.

⁵⁰⁴ Luisa Carnés, «Camarada, ¿puedes vivir con las diez pesetas del salario único?», *Frente Rojo*, I, 91, 6 de mayo de 1937.

No obstante, ninguna de las acciones resultó tan perjudicial para la herida de la República como el golpe de estado del coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro en Madrid. Con el apoyo del socialista Julián Besteiro, así como de otros dirigentes como el líder de la UGT, Wenceslao Carrillo, o reconocidos milicianos anarquistas como Cipriano Mera, los llamados «casadistas» negociaron con las redes de espionaje franquistas las condiciones de la rendición republicana. Pero Franco, como era de esperar, sólo aceptó la rendición incondicional del Ejército Popular Republicano, así que la Junta de Defensa entregó Madrid a los fascistas a cambio de nada, terminando abruptamente con casi tres años de guerra y de resistencia heroica de la República⁵⁰⁵. La propia Luisa Carnés, partidaria de la política de resistencia de Negrín (los llamados «negrinistas»), calificó la Junta de Defensa de Casado como «la Junta de Traición llamada de los Casadistas»⁵⁰⁶.

En cualquier caso, la inferioridad armamentística y militar de la República frente al ataque de los representantes del fascismo europeo fue paliada con grandes estrategias defensivas e incluso alguna ofensiva, si bien se puede afirmar que su resistencia fue tan longeva gracias a las acciones determinantes de la retaguardia. En este sentido, la participación de los intelectuales en la defensa de la cultura republicana fue crucial para la continuación y el desarrollo del progreso en la zona leal, como la publicación de los reportajes informativos de Carnés ha demostrado. El empeño con que la retaguardia defendió los avances que la República había aportado al país fue el responsable de la supervivencia de los valores republicanos en la moral de la sociedad; y más específicamente, el ingente esfuerzo de las mujeres por mantener las posiciones de independencia y de libertad que habían ganado durante los años treinta.

6.2.2. La acción de las mujeres

Ya hemos insistido en que la perspectiva de género está siempre presente en la producción literaria y periodística de Luisa Carnés, intensificándose y unificándose con su

⁵⁰⁵ El golpe de estado de la Junta de Defensa lo explica Max Aub con su habitual maestría en *Campo del Moro*, Madrid, Alfaguara, 1985. Otros estudios que abordan la caída de Madrid en enero de 1939 son los de Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009; y Paul Preston, *El final de la guerra. La última puñalada a la República*, Barcelona, Penguin Random House, 2014.

⁵⁰⁶ Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa... op. cit.*, p. 90.

conciencia de clase a partir de 1934, con la publicación de *Tea Rooms*. Los reportajes sobre la Guerra Civil también aportan su particular visión sobre el tema, dedicando una importante parte de su periodismo de guerra a la situación específica de las mujeres: tanto de compañeras, esposas o madres de milicianos como civiles refugiadas en la zona republicana, o militantes activas que trabajaron por mantener alta la moral en la retaguardia.

La autora presenta a un modelo de mujer bastante uniforme que se pone expresamente a disposición de la causa republicana. Carnés quiere mostrar exactamente el tipo de mujer de la República: independiente y sencilla, dispuesta a sacrificarse con tal de proteger los avances que se habían ido produciendo desde 1931. Para ello, las mujeres que aparecen en la nómina de protagonistas de los artículos y reportajes que Carnés publica durante el conflicto siguen un patrón muy similar. Se trata de mujeres entregadas a la causa, que abandonan sus hogares para servir a la defensa de la República en cualquier tarea de utilidad, enviando a sus hijos a colonias donde puedan recibir los cuidados que precisan. La independencia de las mujeres que luchan en la retaguardia por la victoria del Frente Popular es la señal inequívoca del avance que ha experimentado el colectivo femenino gracias al progreso implantado por la República, que las ha apartado de su labor de madres y protectoras del hogar para otorgarles su legítimo lugar en la cadena de producción y, por tanto, como sujetos activos de la sociedad. En esta línea van orientados todos los esfuerzos que Carnés pone en describir a las mujeres que conoce a lo largo de los tres años de guerra, y así lo demuestra con la definición de los personajes femeninos que aparecen en sus memorias:

Montserrat era el símbolo abnegado de la mujer de España, que todo lo ha ofrecido a la causa de la libertad de su pueblo invadido. Ella dio su brazo derecho. La máquina lo desgajó del cuerpo fino y gracioso de Montserrat [...] Después se la vio en la fábrica realizando otras labores, de acuerdo con su invalidez física.

Este cariño entrañable de Amparo a su pueblo se reflejó en su actitud durante la lucha por la independencia de España. Suspendió sus paseos amorosos para incorporarse a los grupos que se apretaban en torno a las radios de los bares de la calle San Francisco, después de que la voz del *speaker* oficial de la radio dio la noticia tremenda del desembarco de tropas moras en Algeciras⁵⁰⁷.

Esta sumisión a la causa republicana cobra especial significación si tenemos en cuenta que son las mujeres quienes adquieren la responsabilidad de mantener viva la retaguardia. Las secciones femeninas de los sindicatos y partidos se encargaron de repartir a las civiles en

⁵⁰⁷ Carnés, *De Barcelona a la Bretaña francesa*, op. cit., pp.78 y 96.

los refugios de las zonas republicanas, dar cobijo a los niños evacuados y reorganizar la ocupación de los puestos de trabajo de la industria, además de confeccionar todo tipo de productos de primera necesidad para los soldados del frente. La actividad de las mujeres durante el conflicto bélico fue imparable y demostró su igual condición con respecto a los varones en el trabajo, en los puestos de responsabilidad y en la militancia política, como Carnés se encargó de mostrar en numerosas ocasiones a través de sus reportajes. En este grupo de artículos, Carnés aboga por una de las tareas más importantes para la protección de la retaguardia: el llamamiento a la movilización de las mujeres al trabajo. Los numerosos puestos que quedaron vacantes cuando los hombres fueron reclutados para el frente debían ser forzosamente ocupados, con el objetivo de que no decayese la poca producción que había quedado en la zona republicana:

Cada día nuevos hechos heroicos de nuestro Ejército Popular llenan de asombro y admiración al mundo [...]. A su altura están las mujeres. A los millares de compañeras incorporadas masivamente a los trabajos de la retaguardia, se unen cada jornada nuevos centenares de aspirantes femeninos a ocupar los lugares que dejan los hombres movilizados. Millares de mujeres que ofrecen sus brazos a las tareas de la guerra, para que millares de hombres puedan nutrir las reservas de nuestro esforzado Ejército⁵⁰⁸.

La retaguardia diferencia entre dos tipos de labores distintas: las de ocupación de los puestos de trabajo masculinos y las de mantenimiento del frente, entre las que se encuentran las obligaciones sanitarias y las tareas de elaboración de productos de primera necesidad para los hombres del ejército. Luisa Carnés trata de ilustrarlas todas, de nuevo con cifras y datos eminentemente objetivos, para hacer más efectivo su llamamiento. Muchos de los reportajes que Luisa Carnés dedica a las acciones de las mujeres en la guerra se complementan con los publicados sobre las acciones de la retaguardia en general. Es decir, la autora amplía su relato sobre las actividades de la guerra con la experiencia femenina, puesto que son fundamentalmente las mujeres quienes se ocupan de las tareas que describe. Hay un buen número de artículos dedicados expresamente a la movilización de las mujeres al trabajo, pero en cada uno de ellos, como en los pertenecientes a la sección anterior, se encuentran claramente especificadas las instituciones gracias a las cuales funciona el sistema que han implantado. En este sentido, como ampliación al reportaje sobre el Comité Nacional del

⁵⁰⁸ Luisa Carnés, «Las mujeres pueden ocupar cualquier puesto de trabajo», *Frente Rojo*, II, 602, 1 de enero de 1939.

Socorro Rojo en España, encontramos un artículo específico sobre la incorporación de las mujeres a los puestos de emergencia sanitaria: «El Socorro Rojo Internacional tiene sus oficinas en el número 4 de la calle de Carretas. Una casona enorme y vieja, cuyos escalones se ven constantemente ocupados por las mujeres que acuden a inscribirse para servir a la causa de la República»⁵⁰⁹. De nuevo, este reportaje incluye todas las cifras, que en esta ocasión demuestran la enorme iniciativa y decisión femenina a la hora de contribuir a salvar la causa republicana. En ese sentido, Carnés se esfuerza por ilustrar con esos números la gran independencia que han ganado las mujeres con la implantación del gobierno republicano, y más específicamente, de mostrar el progreso que podrían llegar a alcanzar con el triunfo del gobierno del Frente Popular:

Serenas y serias, pero optimistas, fuertes. Saben que luchan, no sólo por su libertad, por la libertad del país, sino contra la amenaza de una posible guerra bárbara, contra el paro, contra el hambre, y por eso son nuestras mujeres, nuestras abnegadas mujeres de julio, a las que el mundo antifascista tiene sobre su corazón⁵¹⁰.

La condición de ciudadanas que les otorgó el sufragio las ha dotado de fuerza para erigirse como sujetos activos de la sociedad. Sus voces han de ser escuchadas, y de ellas dependen acciones militares decisivas, puesto que son sus hermanos, sus maridos o sus hijos quienes acuden a la llamada al frente: «Al igual que aquellas mujeres que se apostaron ante un tren lleno de soldados para impedir que sus hermanos, hijos y esposos fueran a morir a los campos de África, las mujeres de este julio histórico ya se han puesto en pie ante el primer paso del fascismo y han exclamado simultáneamente: ¡no pasarán!»⁵¹¹.

Carnés reivindica la acción de las mujeres como esencial para el avance de la guerra, especialmente en lo que se refiere a la defensa de sus derechos y la exaltación de los valores republicanos. Los reportajes que la autora dedica exclusivamente a la acción femenina de retaguardia van claramente orientados a esta dirección; a una clara y firme reivindicación feminista sobre la función de las mujeres, crucial para el correcto desarrollo y el alcance del progreso en una sociedad civilizada. El feminismo de Luisa Carnés es, por tanto, transversal, o en términos actuales, interseccional, dado que la experiencia de las mujeres en la Segunda

⁵⁰⁹ Luisa Carnés, «Mujeres, alma del pueblo», *Estampa*, IX, 446, 1 de agosto de 1936.

⁵¹⁰ *Ibid.*

⁵¹¹ *Ibid.*

República, y más específicamente en la guerra, no es igual pero sí es unificadora. La autora pone de manifiesto cómo el conflicto bélico genera opresiones y privilegios muy dispares entre sí, pero trata de ilustrar constantemente la idea de unidad en la defensa femenina de los valores republicanos: «Mujeres, muchas mujeres en el taller enorme. Hasta ciento treinta mujeres. Entre ellas, modistas, estudiantes, maestras, ingenieros, catedráticas, mujeres “de su casa” que han dejado los hijos en la guardería para aportar su granito de arena en favor de la causa de la República democrática»⁵¹².

La visión feminista de Carnés es extraordinariamente innovadora, puesto que aúna la experiencia femenina, a pesar de la pertenencia dispar de las mujeres a colectividades específicas en partidos y sindicatos. La sororidad que la autora defiende en sus reportajes es tremendamente progresista para su época, llegando a unir clases sociales, oficios y militancia política bajo una misma etiqueta: mujeres en defensa de la República. Iguala la labor de hombres y mujeres durante la guerra, resaltando incluso la subordinación de ellos ante ellas, lo cual es el símbolo más definitorio de su feminismo transversal e interseccional: «Otro, al despedirse, cuadrándose ante la enfermera Inés Fernández Vado: “Salud, mi teniente”»⁵¹³. No obstante, como es habitual, la autora dedica un gran número de reportajes a las chicas sencillas, humildes y trabajadoras del Madrid obrero. No en vano, se trata de la clase social a la que ella perteneció y la que se encuentra más implicada en la defensa de la República:

—¿Cuando acabe la guerra va usted a seguir sirviendo?—le pregunto a Carmen González.
—¿Servir?—me pregunta, asombrada—. ¿Pero usted cree que luego habrá aún “señores”?⁵¹⁴

En este reportaje se reproduce el tono esperanzador y a la vez incrédulo ante la continuidad de la guerra, igual que en las primeras crónicas de guerra abordadas en el apartado anterior. En todos estos artículos se destacan las iniciativas que se asentarán una vez termine la guerra y se refuercen las ideas de colectivización que avanzaba el gobierno del Frente Popular:

⁵¹² Luisa Carnés, «Mujeres de la retaguardia», *Estampa*, IX, 449, 22 de agosto de 1936.

⁵¹³ Luisa Carnés, «La nuera de Ganivet, enfermera de la República», *Estampa*, IX, 452, 12 de septiembre de 1936.

⁵¹⁴ Luisa Carnés, «También las chicas de servir luchan por el triunfo de la República», *Estampa*, IX, 453, 19 de septiembre de 1936.

Otro de nuestros proyectos para el porvenir es el de libertar a la mujer española de la esclavitud doméstica; queremos que la mujer produzca según su capacidad, y que se incorpore a las fábricas, a los trabajos científicos y técnicos. En estos momentos en que los combatientes abandonan puestos de responsabilidad en la retaguardia, la mujer debe ocuparlos⁵¹⁵.

Carnés dedica una mención especial a la progresión que había experimentado la instrucción femenina durante la Segunda República. Para ello, la periodista resalta los proyectos de tipo cultural que llevan a cabo las mujeres en las tareas de la retaguardia. Muchas de estas iniciativas fueron destinadas, como las Milicias de la Cultura, al fin del analfabetismo entre los soldados en el frente o a la elevación de la moral entre los soldados heridos. Es el caso de las lectoras voluntarias en los hospitales, que cubrían los espacios de soledad para los milicianos a la vez que efectuaban la lectura de su correo personal o de periódicos y revistas. El proyecto fue suscrito por Cultura Popular, comité nacional constituido con el fin de coordinar las actividades culturales de las organizaciones y partidos que integraban el Frente Popular. Según Tomás García, su secretario general, Cultura Popular «no pertenece a ningún partido político determinado, pero cuenta con la ayuda y adhesión de Izquierda Republicana y Juventudes: Juventud Socialista Unificada, Frente Juvenil, Federación de Trabajadores de la Tierra, etc.»⁵¹⁶. Los proyectos del Comité, que englobaban desde la enseñanza universitaria hasta la creación de ateneos, círculos y bibliotecas en las regiones de provincia, se alzaron como una oportunidad para las mujeres de la retaguardia republicana que deseaban ser útiles a la causa. En el caso de las lectoras, «la sección cuenta ya [en agosto de 1936] con más de un centenar de éstas»⁵¹⁷. En muchas ocasiones, las aspirantes son rechazadas tras ser sometidas a un examen de acceso supervisado por el instructor de la sección, el poeta Josep Maria Quiroga Pla. En este caso, son las enfermeras quienes realizan este servicio, indispensable ya para los heridos: «los enfermos quieren leer, y en particular periódicos y revistas. Unos guardias de Asalto hospitalizados piden novelas de aventuras. Los milicianos también gustan de Salgari y Verne, aunque en general, prefieren novelas y reportajes sociales»⁵¹⁸. Como en el reportaje sobre el progreso en la lectura de los

⁵¹⁵ Luisa Carnés, «¡Mujeres, alistaos al trabajo!», *Estampa*, IX, 455, 3 de octubre de 1936.

⁵¹⁶ Luisa Carnés, «Lectoras voluntarias», *Estampa*, IX, 450, 29 de agosto de 1936.

⁵¹⁷ *Ibíd.*

⁵¹⁸ *Ibíd.*

milicianos con la instrucción de Milicias de la Cultura, Carnés resalta el deseo de aprendizaje de los soldados republicanos.

La autora también asiste, en el marco de la celebración de congresos y conferencias de intelectuales antifascistas durante el año 1937, a la Segunda Conferencia Nacional de Mujeres Antifascistas, como reportera de *Estampa*. Una vez más, Carnés opta por destacar la implicación de las mujeres en la defensa de la República: «Es admirable que mujeres campesinas sin la menor cultura, y muchas de las cuales apenas sabrán leer y escribir, tengan una visión tan clara y magnífica de los momentos en que vivimos»⁵¹⁹. La autora elogia el progreso de las mujeres en la erradicación del analfabetismo, aunque en esta ocasión da un paso más y reconoce el beneficio que esa culturización ha aportado a la causa republicana:

Ellas han contribuido en gran parte a sacar a la mujer española de la ignorancia en la que la tenían sumida desde siglos las clases privilegiadas. El 18 de julio marca otra etapa en la actividad de la organización. Las mujeres antifascistas se incorporan inmediatamente a la labor de defensa de la República, creando Guarderías de niños, refugios para evacuados; organizando talleres, centros culturales; actuando en los puestos de Sanidad, en los hospitales; llegando hasta las primeras líneas de fuego en la labor de asistencia a los héroes de nuestro Ejército⁵²⁰.

En este sentido, Carnés resalta que la reducción del analfabetismo en las mujeres ha contribuido de manera decisiva en la mejora de las condiciones que contribuyen a que el colectivo femenino se organice y desenvuelva perfectamente en las tareas de la retaguardia. Una vez más, la autora apela a la solidaridad femenina entre aquellas que cuentan con mayor nivel de instrucción para con las más desfavorecidas culturalmente, todo con tal de atraer al mayor número de mujeres a la causa republicana:

Obreras, campesinas, trabajadoras; todas las mujeres españolas que sienten la necesidad de luchar por la victoria, de acelerar el triunfo sobre el fascismo invasor, están dispuestas a que sean realidad inmediata las proposiciones acordadas en su gran reunión en Valencia; están decididas a ser dignas de la victoria ayudando con entusiasmo a conquistarla⁵²¹.

En estas «proposiciones» se centran muchos de los reportajes siguientes, en los que la autora entrevista a las responsables de algunas organizaciones que se encargan de facilitar la

⁵¹⁹ Natalia Valle, «Reunión de Mujeres antifascistas en Valencia», *Estampa*, X, 510, 6 de noviembre de 1937.

⁵²⁰ *Ibid.*

⁵²¹ *Ibid.*

vida a las mujeres civiles. Luisa Carnés se ocupó de retratar la responsabilidad con la que cogieron las riendas del control de alimentos para repartirlos equitativamente entre las habitantes de los pueblos. Estas crónicas tienden a destacar el hecho de que son las mujeres quienes viven el día a día de la retaguardia; son ellas quienes se están ocupando de mantener alimentada a la población civil: «Nadie como las mujeres, que son quienes están al tanto de las alteraciones de los precios de los artículos alimenticios, para realizar una campaña contra los abusos de los intermediarios, de los especuladores de la retaguardia»⁵²². Así como informa de los mecanismos de los especuladores para subir los precios, Carnés dedica un espacio a cubrir las denuncias de las mujeres con respecto a los alimentos en la zona leal: «Es necesario que el Gobierno del Frente Popular tome medidas contra los que conscientemente acaparan las mercancías, para venderlas después, doblando y triplicando su precio; las mujeres antifascistas no estamos dispuestas a que elementos desaprensivos desmoralicen la retaguardia»⁵²³. En este sentido, las mujeres optan por poner cota a la subida de los precios mediante creaciones de cooperativas alimentarias, para proporcionar alimentos de primera necesidad a las familias de la zona leal:

En algunos casos la diferencia [del precio] es bastante. Por ejemplo, la miel la vendemos nosotras, el kilo, a diez reales, y eso de la mejor. En las tiendas la venden a cinco pesetas. Diez reales de diferencia. El chocolate, a seis treinta el kilo, y fuera, a siete pesetas. Las judías blancas, a dos setenta y cinco el kilo, y por ahí, a cinco ochenta...⁵²⁴

Igualmente, Carnés insiste en señalar a quienes han sido los responsables del funcionamiento del proyecto: «nuestro trabajo ha sido más fácil por la ayuda que nos han prestado la Federación Campesina y el Ministerio de Agricultura. Gracias a la Federación y el Ministerio las mujeres residentes en Valencia podrán adquirir muy pronto cuanto necesiten para sus hogares»⁵²⁵. No obstante, esta participación es siempre indirecta, y la autora se ocupa de destacar el esfuerzo de las mujeres voluntarias, las verdaderas encargadas de sacar

⁵²² Luisa Carnés, «Las mujeres antifascistas han celebrado la “Semana contra el Especulador”», *Frente Rojo*, I, 81, 24 de abril de 1937.

⁵²³ *Ibíd.*

⁵²⁴ Natalia Valle, «Las mujeres antifascistas de Valencia han creado una cooperativa donde venden los géneros más baratos que en las tiendas», *Estampa*, X, 492, 26 de junio de 1937.

⁵²⁵ *Ibíd.*

adelante la cooperativa: «Contamos con más de mil cooperadoras. Todas las mujeres antifascistas podrán pertenecer a nuestra Cooperativa y beneficiarse con sus ventajas»⁵²⁶.

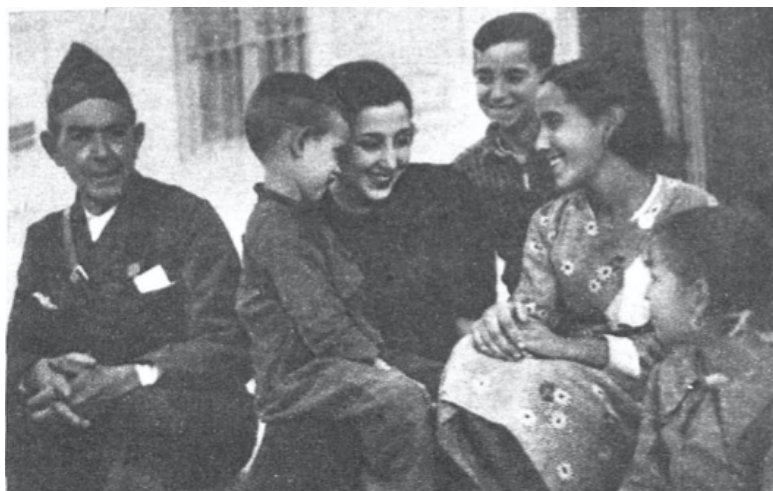
También hay mujeres que se dedican a establecer refugios para las civiles que huyen del territorio rebelde, entre las que también cunde el ánimo de ser útiles a la causa, aunque siempre con la restricción del cuidado de los hijos: «Las que tienen hijos también desean trabajar para mejorar su situación económica. Pero saben que para ello tendrían que dejar a sus hijos en colonias, y temen separarse de ellos. Temen a las incursiones de los aviones del crimen»⁵²⁷. Precisamente para paliar los efectos del miedo a la separación en las madres de los niños, Carnés dedica numerosos artículos a las colonias refugio donde comenzaron a enviar a los hijos de los combatientes. En el verano de 1936, se inicia la evacuación de unos ocho mil niños desde las provincias más asediadas de la guerra hacia Levante, por los riesgos que representaban los bombardeos, aprovechando las vacaciones escolares estivales. Los grupos de niños trasladados fueron repartidos en localidades de las tres provincias, donde se establecieron colonias escolares de verano, atendidas por maestros y personal sanitario. Nuevamente, Carnés no escatima elogios a las instituciones y a las personas directamente involucradas en las evacuaciones:

El Patronato de Asistencia Social de Valencia controla y distribuye por la provincia a los chiquillos llegados de Madrid y su provincia. El Patronato recibe las peticiones de pequeños, los distribuye en guarderías o casas particulares, de acuerdo con el Comité, creado a tal efecto en cada pueblo. El Patronato está constituido en Valencia por miembros del Frente Popular⁵²⁸.

⁵²⁶ *Ibíd.*

⁵²⁷ Luisa Carnés, «Las refugiadas del Norte quieren trabajar», *Frente Rojo*, II, 318, 29 de enero de 1938.

⁵²⁸ Luisa Carnés, «Las mujeres valencianas quieren “un chiquet de Madrid”», *Estampa*, IX, 458, 24 de octubre de 1936.



Carnés con cuatro niños madrileños acogidos en una casa particular en Valencia⁵²⁹.

La intención de Carnés con las crónicas sobre los refugios es la de demostrar la perfecta organización que asegura el traslado de los niños. La autora profundiza en cada detalle de la evacuación y refleja todos los aspectos relacionados con el cuidado de los pequeños: «por cada cincuenta niños vienen una maestra, un médico y una enfermera, que, con un maestro y un médico del pueblo a que se destina, constituyen el Comité responsable de los niños»⁵³⁰. Por otro lado, también aporta la visión de los particulares que tenían en acogida a niños madrileños en sus hogares: «hay muchas personas de posición acomodada que solicitan chiquillos. Pero no crea que los más modestos se quedan atrás. Hay algunas que tienen cuatro y cinco críos y se han hecho cargo de dos madrileñitos»⁵³¹. Igual que ocurría con «los biques» en la sierra de Madrid, algunas familias se ofrecieron voluntarias para la crianza y educación de los niños durante el tiempo que duró la guerra. Por esta razón, la autora quiere potenciar la confianza en las colonias refugio levantinas para que las madres no vacilen en enviar a sus hijos a un destino mucho más seguro que el centro peninsular: «Aún hay quince mil casas, treinta mil brazos de madres valencianas abiertos ante vosotros. ¡Venid!»⁵³².

A medida que avanzaron los años y la contienda se fue encarnizando, hubo otras iniciativas que optaron por sacar a los niños de España; de las cuales participó Carnés, por

⁵²⁹ *Ibíd.*

⁵³⁰ *Ibíd.*

⁵³¹ *Ibíd.*

⁵³² *Ibíd.*

ejemplo, cuando envió a su hijo a París. Hubo otras familias que decidieron enviar a sus hijos aún más lejos y escogieron la Unión Soviética como destino. Los llamados «Niños de Rusia» fueron los chicos que marcharon a la URSS en expediciones organizadas a través del Consejo Nacional de la Infancia Evacuada, creado a tal efecto por el gobierno del Frente Popular. Francia, Bélgica, Reino Unido, México y Dinamarca fueron otros países que recibieron niños republicanos⁵³³. A la Unión Soviética fueron enviadas cuatro expediciones entre 1937 y 1938, y a modo de propaganda, Carnés describió la URSS como un destino utópico idóneo para los niños republicanos: «Gracias al triunfo del socialismo en la sexta parte del mundo, millares de niños españoles han podido ser hurtados a la vesanía de los totalitarios que invaden parte de España y vivir hoy una vida de felicidad y cultura, que sólo hace posible el régimen de total democracia establecido en la URSS»⁵³⁴.

Los mensajes de propaganda comunista y soviética en la prensa de Carnés comienzan a ser habituales según avanza el año 1938, pasando de menciones esporádicas en los reportajes de los inicios de la guerra a textos puramente propagandistas en 1939. Los relatos de mujeres refugiadas que han conseguido huir de la zona rebelde le sirven a la autora como material perfecto para la demonización de las tropas nacionales y para la exaltación de la bondad del Ejército Popular:

Ahora puedo hablar sin temor. Ahora estoy entre los míos. Mientras estuve en mi pueblo, en el pueblo adonde había nacido, pero que ya no era de los españoles, sino de los alemanes, italianos y moros, me parecía que estaba en un país extranjero. Y ahora me encuentro otra vez en España. A vuestro lado lucho, y quiero seguir luchando, con todas las mujeres antifascistas por el completo aniquilamiento de los invasores de mi patria⁵³⁵.

Las mujeres antifascistas y más específicamente, las comunistas, encarnan de nuevo la oposición entre la España verdadera, la republicana, y la España falsa, la traidora. Mediante los relatos que ofrece la protagonista de esta crónica, una refugiada cordobesa, sobre la situación de las mujeres en la zona rebelde —«humilladas, insultadas, vejadas por el

⁵³³ Alicia Alted Vigil, «El “instante congelado” del exilio de los niños de la guerra civil española», *Deportate, Esuli, Prófughe*, 3, 2005, p. 266.

⁵³⁴ Luisa Carnés, «Nunca olvidaremos a un país que quiere tanto a nuestros hijos», *Frente Rojo*, II, 554, 6 de noviembre de 1938.

⁵³⁵ Luisa Carnés, «Una campesina de Córdoba llega a la España republicana, y dice cómo tratan los invasores a los españoles antifascistas», *Frente Rojo*, II, 372, 3 de abril de 1938.

extranjero y atormentadas»⁵³⁶—, la imagen de una España comunista cobra valor entre las filas republicanas, que pertenecen en su gran mayoría al PCE. En ese sentido, se va construyendo una nueva feminidad que contribuya al alcance de esos ideales:

[La mujer española] reafirmó con hechos la voluntad de sus votos. Con manifestaciones grandiosas, con mítines impresionantes como el celebrado en la Plaza de Toros de Madrid el 8 de marzo, en el que intervino «Pasionaria», editando periódicos femeninos. Eran las mismas que gritaban y cantaban alegremente el 15 de abril, entre las que había compañeras como la inolvidable Lina Odena⁵³⁷.

Carnés también quiere reapropiarse de uno de los tópicos que más perniciosos han sido para la lucha en defensa de la República y especialmente para los milicianos: la religión. Frente a la idea de los crímenes ejecutados contra los curas, quemas de conventos e iglesias y maltrato y violaciones de monjas, la autora opta por dar voz a algunos representantes de la tradición católica para desmentir tales acusaciones y poder atraer hacia sí a las personas de credo religioso: «Cuando las Milicias llegaron al convento hicieron levantar a una de las monjas, que se había puesto de rodillas y en cruz ante ellas, y la dijeron que no temiera nada, pues los trabajadores son unos hombres que sólo quieren paz y trabajo, pero no asesinos de mujeres indefensas»⁵³⁸. No obstante, a pesar de las muestras de tolerancia hacia los sentimientos religiosos, Carnés no escatima en la reivindicación de la independencia femenina sin necesidad de tomar los hábitos, que era una opción muy recurrida por muchachas jóvenes que no querían casarse: «Lucho y lucharé, hasta dar la última gota de sangre, al lado de los comunistas, para que no haya el día de mañana mujeres que a mi edad no sepan leer ni escribir... y porque no vuelvan las monjas a España. ¡Quita, camarada, no quiero ni mentarlas! Con lo que a mí me gusta la libertad, con lo que me gusta hablar fuerte y reír...»⁵³⁹.

⁵³⁶ *Ibíd.*

⁵³⁷ Luisa Carnés, «Las mujeres del 14 de abril de 1931, son nuestras heroicas mujeres del 1936-37», *Frente Rojo*, I, 72, 14 de abril de 1937.

⁵³⁸ Luisa Carnés, «En Valencia, dos monjas luchan por la República», *Ahora*, VII, 1811, 14 de octubre de 1936.

⁵³⁹ *Ibíd.*



Luisa Carnés
con las monjas
republicanas.

Luisa Carnés, «En Valencia, dos monjas luchan por la República».
Ahora, VII, 1811, 14 de octubre de 1936.

En definitiva, la esforzada lucha que libra Luisa Carnés con su periodismo de guerra es la de todos los intelectuales al servicio de la defensa de la República, y consiste en la exaltación de todos los avances que desde el año 1931 se venían produciendo en España. La inminente pérdida del progreso que había implantado el periodo republicano provoca una sensación de temor en la autora, que remite directamente en todos sus reportajes y artículos a la cultura de la civilización, a la anulación del analfabetismo y a la independencia femenina. Gracias a su militancia en el PCE intenta paliar las desigualdades sociales, a lo que se une su preocupación sobre la situación femenina durante la guerra, que observa como idónea para la demostración de la igualdad de capacidades entre hombres y mujeres, y así lo reivindica en todos sus reportajes sobre las labores femeninas de retaguardia. Luisa Carnés demuestra en sus crónicas de guerra que se niega a perder todos los privilegios que había adquirido a través de su esfuerzo, desde su posición como mujer obrera hasta su reconocimiento como intelectual antifascista, y para ello pugna por el triunfo de una República democrática con el arma de la palabra.

VII. CONCLUSIONES

Las intelectuales que nacieron a finales del siglo XIX en España fueron las protagonistas de la revolución feminista, a la que no todas se adhirieron de forma consciente, pero de la que indudablemente todas formaron parte. Su participación en la construcción de un nuevo entramado cultural, a partir de su colaboración en los medios de comunicación y de su producción literaria, así como la redacción de sus relatos como testigos de la evolución femenina hacia la igualdad, son razones suficientes para devolverles el lugar en la Historia que les fue usurpado y que habían logrado por mérito propio. La elaboración de esta tesis doctoral ha procurado contribuir al rescate y ubicación de la producción artística femenina en la historia de la literatura española contemporánea. Pero también al profundo agradecimiento a todas las acciones que estas intelectuales llevaron a cabo, con tesón y valentía, para que hoy las mujeres podamos disfrutar de las libertades que nos corresponden.

Para ello, he ofrecido, a lo largo de estas páginas, un recorrido por las convulsas circunstancias que modificaron el panorama social, político y cultural durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, que son los responsables últimos de la construcción del sistema liberal capitalista en el que nos situamos actualmente. Esta configuración de nuevas concepciones, valores y principios que constituyó la sociedad de entre siglos fue el detonante de la explosión de un sistema que generaba riqueza y prosperidad para determinados sectores, mientras que ejercía opresión y provocaba desigualdad sobre otros. La división de la sociedad en diferentes clases fue la piedra angular del proyecto liberal, que situó la propiedad privada en el centro de la concepción del hombre como ciudadano. Los bienes privados fueron el requisito indispensable en su capacidad para decidir y escoger a otros hombres de su misma condición social para su representación en la toma de decisiones públicas; percibiendo como comunes una serie de intereses y preocupaciones determinantes para la configuración de esa nueva sociedad. En este sentido, la consideración de algunos miembros como perjudiciales para el «correcto» desarrollo de la sociedad desembocó en la famosa cuestión social, que los responsables de la

esfera pública trataron de abordar desde prismas diversos y siempre con idénticos y nulos resultados. La inferioridad social, la pobreza y la mendicidad formaron parte central de esta cuestión desde mediados del siglo XIX, hasta que los propios individuos comprendieron que no iban a resultar beneficiados en el debate político sobre su problemática, sus necesidades y sus decisiones. Por tanto, los miembros pertenecientes a las clases bajas resolvieron asumir el papel protagonista de sus vidas, adquiriendo así una conciencia y un orgullo de pertenencia a una clase que se vieron alentadas por la Revolución Rusa de 1917. La configuración del proletariado y la concepción de sí mismos como grupo social desembocaron en la lucha por la consecución de sus derechos, lo que condujo a la revolución en el obrerismo internacional.

De forma paralela a todo este proceso, enteramente masculino y patriarcal, se abordaba otra cuestión crucial, que era la femenina. El papel que las mujeres debían ocupar en la sociedad o, más específicamente, en el escenario público, fue otro debate que surgió a finales del siglo XIX y que se desarrolló durante todo el XX —y me atrevo a afirmar que todavía, desgraciadamente, no ha finalizado—. La capacidad femenina para procrear fue la responsable de considerar a las mujeres como seres frágiles, sentimentales, emotivos y, en definitiva, inferiores para las capacidades técnicas, prácticas y científicas, especialmente adecuadas para las mentes masculinas encargadas de forjar la nueva sociedad liberal. Sin embargo, las excepciones femeninas que se salían de esta norma iban incomodando cada vez más a los sectores públicos de la sociedad, problematizando así la reclusión de las mujeres en la esfera privada del hogar y poniendo en crisis los valores tradicionales achacados a su figura como hija, esposa y madre. La modernidad que el siglo XX trajo a España, las vanguardias europeas y el sufragismo femenino internacional provocaron que las mujeres españolas comenzaran a replantearse el modelo que les había sido impuesto desde niñas, y a medida que avanzaron los años veinte, la negativa a perpetrar los sistemas que habían ejercido la discriminación sobre ellas fue volviéndose habitual. La inclusión en la educación, la creación artística femenina y la adquisición de nuevos roles en su trayectoria vital fueron los nuevos modos de reivindicarse como sujetos sociales y demandar su lugar en el ruedo público hasta 1931, cuando la llegada de la Segunda República visibilizó este debate de manera decisiva. No obstante, no fue la República *per se* la que otorgó sus derechos fundamentales a las mujeres, sino que fueron ellas mismas quienes los exigieron de forma incontestable en la tribuna de las Cortes Constituyentes y más especialmente, en las calles.

La conciencia feminista fue la más difícil de asumir por parte de las mujeres trabajadoras que llevaban años observando cómo sus padres, maridos e hijos pugnaban por un reconocimiento de sus derechos como individuos, pero seguían excluyéndolas a ellas. Las obreras que acudían a las fábricas y talleres junto a sus compañeros, pero que recibían menor salario por la realización del mismo trabajo, y que debían aguantar marginaciones y desplazamientos por razón de su sexo, decidieron unir su conciencia de género con su situación específica de clase y luchar por sus derechos como proletarias dentro del contexto del obrerismo tradicional, que las estaba marginando en todas las cuestiones centrales del proyecto.

Las reivindicaciones femeninas en los primeros años del siglo XX fueron las que empujaron a las intelectuales a cubrir todos los espacios que habían sido silenciados por la experiencia masculina a partir de su incorporación a la prensa periódica, a la producción literaria y a la creación artística general. La tradición patriarcal que la dictadura franquista terminó de implantar de forma tan severa y radical, y la dispersión geográfica que generó el exilio intelectual fueron las responsables de la anulación de todos los avances que se habían producido desde 1931. El silencio y olvido de los exiliados, hasta la muerte del dictador, se extendió, doblemente, hacia las exiliadas, pues a la condición de transterradas se sumaba el hecho de ser mujeres, provocando el destierro de sus figuras y de sus producciones artísticas.

En este sentido, la recuperación de la figura y la obra de una autora como Luisa Carnés resulta de vital importancia a la hora de reivindicar las voces de esas mujeres que se vieron abocadas al exilio. El nutrido corpus, tanto de obras literarias como periodísticas, permite arrojar algo de luz sobre el largo camino que hubo de recorrer, hasta llegar a ser una intelectual de una generación de mujeres que vivieron su trayectoria vital como una oportunidad de cambiar el orden establecido de la sociedad. La osadía con la que rechazó su destino como obrera para iniciar este recorrido la convierte en protagonista de los cambios que empezaban a experimentar las mujeres en la España de los años veinte: la transformación de su posición como objetos de observación en sujetos activos y creadores.

Este paso adelante en la consecución de su independencia y de su emancipación siempre será caracterizado en la narrativa de Luisa Carnés desde el punto de vista de la transición: de su proceso evolutivo como mujer obrera a creadora e intelectual; de la

consecución de sus libertades en la Segunda República a la pérdida absoluta de sus derechos tras la Guerra Civil; de su desplazamiento obligado desde España hasta México. Su primera novela, *Peregrinos de calvario*, en la que explora profundamente sobre los tipos marginados de la sociedad. En esta misma línea continuará su producción literaria hasta 1930, cuando la publicación de su primera novela extensa, *Natacha*, aborde la temática principal de su obra: el feminismo. Sus protagonistas son mujeres que pugnan por salir del espacio que tradicionalmente se les había asignado; convirtiéndose en mujeres inadaptadas y personajes marginados del grueso social. No obstante, Carnés no se conforma con la adquisición de su conciencia de género y la une con su conciencia de clase, estableciendo parámetros de denuncia ante la especificidad de su situación como mujer y como obrera. De este modo, su camino a la emancipación se encamina por cauces políticos que encontrarán su materialización cuando se afilie al Partido Comunista, fiel a su compromiso para con las mujeres y con las trabajadoras. Esta fidelidad se intensifica cuando da comienzo la Guerra Civil, y la mantiene aferrada a su causa durante toda su vida. Consciente de las conquistas que las mujeres habían llevado a cabo en materia de cultura, de educación, de independencia y autonomía durante la Segunda República, se mostró dispuesta a defenderla hasta sus últimas consecuencias y no abandonó España hasta que no vio la guerra perdida de manera definitiva.

Desde la perspectiva de la reivindicación feminista y la demanda de los derechos femeninos, Carnés llevó a cabo un tipo de prensa escrita que sustentó, tanto en forma como en contenido, su producción narrativa. Las consideraciones de la autora sobre la situación de las mujeres, y sobre el feminismo en general, fueron innovadoras para el momento en el que se produjeron, teniendo en cuenta las extensas líneas que Carnés dedicó a la dureza de las circunstancias de la vida de las mujeres en el campo español y la crueldad de la búsqueda del empleo en los núcleos urbanos. Todos ese corpus testimonial real, que la autora se encargó de concretar en entrevistas acompañadas de numerosas fotografías, fue el que reutilizó para la configuración de sus universos literarios, como es el caso de *Tea Rooms*, en el que la galería de protagonistas pretende ser un escaparate de la cotidianidad femenina en la España de los años treinta. Carnés coloca un espejo en el que sus lectoras puedan sentirse identificadas y en el que sus lectores se sientan aludidos, en un reflejo de culpabilidad y responsabilidad que apela directamente a la mejora de la situación de las mujeres obreras. La hibridación entre

prensa escrita y producción literaria confluye en un todo artístico que es el que originalmente anhelaba la autora: «¡Ambiciones! Llegar a la entraña de todo, comprenderlo todo, para acabar de hallar mi fuerza interior y ser yo en absoluto. Volar. No he salido nunca de Madrid. El silbido del tren me hace temblar. El ruido de un aeroplano me produce vértigo. Andar, andar siempre...»⁵⁴⁰.

La labor periodística desde la que Carnés realizó sus concepciones artísticas y vitales fue compartida por otras mujeres de las que no me he querido olvidar en este trabajo. En realidad, todas ellas forman un referente del que aprenden las demás, así que la función periodística de Carnés no tendría ningún sentido sin la labor de sus coetáneas, y viceversa. En este sentido, se ha establecido un centro que es la obra artística —periodística y literaria— de Carnés para relacionarlo con otros márgenes, una extensa nómina de mujeres que lucharon por las mismas reivindicaciones con los mismos medios de comunicación. Precisamente a través de su recuperación desde los márgenes que el exilio y la condición femenina ejercieron sobre la mayoría de ellas, es posible restablecer su lugar en la historia de la cultura y la intelectualidad española de los años veinte y treinta.

El exilio supuso para Luisa Carnés la mayor desventura en su trayectoria vital. El desarraigo forzoso del territorio español, pero más específicamente, de los valores y los avances por los que había trabajado durante toda su producción intelectual, fueron la representación más gráfica del triunfo del fascismo y el fin de unas creencias y de una ideología que la habían acompañado hasta ese momento. La frustración y el desencanto ante la idea de una sociedad mejor provocó en Carnés el ostracismo social, político y cultural que enunciará meridianamente desde la mirada de César Alcántara en *El eslabón perdido*:

Nosotros mismos: ¿qué somos ya para España? Algunos han regresado, y ¿qué han encontrado? Muchos perdieron a sus padres; otros no tienen vivo a nadie de su sangre. A veces han desaparecido incluso, la casa y el barrio en que nacieron, sus amigos, todo. Ya nadie conoce a esos españoles, que se sienten extranjeros en su tierra. ¿Volver? ¿A qué? ¿Tendrían ellos la razón?⁵⁴¹

La convicción de que su condena en el exilio iba a provocar el olvido absoluto de su figura, sus obras y sus ideales, se hizo tristemente realidad una vez finalizó la dictadura y se

⁵⁴⁰ Almanzora, art. cit.

⁵⁴¹ Carnés, *El eslabón perdido*, op. cit., p. 254.

impuso un pacto transicional de silencio. Con esta tesis doctoral, pretendemos revertir estos efectos sobre la figura de Luisa Carnés, con la esperanza de que todos los españoles como ella se incorporen a esa cultura reformista por la que lucharon y que, por derecho, les corresponde: feminista, inclusiva y progresista.

A pesar de la recuperación de la figura de Luisa Carnés, en estos últimos años, a cargo del profesor Antonio Plaza y de otros investigadores como Raquel Arias, Iliana Olmedo o Francisca Montiel, y de la exitosa acogida de su obra narrativa por parte del público lector, la producción en prensa de la autora madrileña se mantenía en un segundo plano. Incluso para la propia Carnés, la obra periodística no suponía otra cosa que la posibilidad de abandonar el oficio de sombrerera y la especialización en el mundo de las artes; y así ha sido considerada por los investigadores que han abordado la producción literaria de la autora. Sin embargo, los reportajes y artículos de Carnés son algo más que un acicate que la acerque a los círculos intelectuales de Madrid; son crónicas sobre la vida de los españoles de los años treinta. La firme voluntad de recoger en sus reportajes el escenario, las costumbres y los protagonistas de la cotidianidad da como resultado un valioso retrato de la sociedad española previa a la guerra, ofreciendo la imagen de progreso y bonanza cultural que esos años brindaron a la población. En ese sentido, las crónicas de Luisa Carnés sobre las tradiciones madrileñas y españolas, sobre su influencia sobre el arte y los artistas pero también sobre los ciudadanos, y el anhelo por mostrar la modernidad que finalmente empezaba a surgir en España, son un importante testimonio sociológico sobre la realidad cultural de los años treinta. Pero además, el material recogido por la autora en sus numerosos artículos es reutilizado para la elaboración de sus novelas: la importancia de los tipos sociales está presente en *Tea Rooms*, que es expresamente titulada *Novela reportaje*, pero adquiere su máxima expresión en *De Barcelona a la Bretaña francesa*, en la que la autora amplía en los capítulos de sus memorias lo que previamente había anticipado en artículos en prensa. La hibridación entre los dos campos de producción artística es un rasgo característico tanto de su narrativa como de su obra periodística, puesto que ambas se influyen e interrelacionan.

Por otro lado, el esfuerzo colectivo de las intelectuales desde finales del siglo XIX hasta los inicios del XX por reivindicar los derechos de las mujeres y por adquirir el papel protagonista que les correspondía, simplemente a través del uso de la palabra, contribuyó enormemente a que las periodistas españolas de los años veinte y treinta, como Luisa Carnés,

Josefina Carabias o Magda Donato, consiguieran hacerse un nombre en un ámbito predominantemente masculino. El valor que la población otorgaba a las crónicas de las mujeres periodistas, una vez instaurada la Segunda República, había aumentado enormemente en relación a lo que los lectores opinaban a finales del siglo anterior; y las reporteras ya se encontraban casi en pie de igualdad en las redacciones de los periódicos con los hombres. Como en otros ámbitos laborales a principios de siglo en España, la labor de periodista consigue dignificar la condición social de las mujeres, que encuentran en el periodismo un escenario donde ser escuchadas y respetadas. Un campo en el que, además, consiguen la visibilidad necesaria para convertirse en referentes para el resto de mujeres, situándose en una tribuna que posibilita la difusión de sus ideas.

Precisamente, en este trabajo se ha querido demostrar cómo la influencia de unas mujeres sobre otras opera como un mecanismo perfecto en el proceso de emancipación femenina. La visibilidad del colectivo de mujeres periodistas se construye como un referente para otras mujeres, que ven en ellas la posibilidad de reafirmarse como sujetos activos de la sociedad. El referente femenino de la mujer periodista actúa como modelo de reivindicación feminista en tanto que otorga voz a su protagonista, una voz que va a ser escuchada por el resto de la sociedad. Este modelo de mujer periodista, emancipada, independiente, cultivada y viajante, que aporta su propia visión de la realidad, se alza como un paradigma para las niñas o muchachas que reciben su estímulo; y actúa como un nuevo prototipo en el proceso de adquisición de la identidad femenina. La visibilidad de las mujeres periodistas durante los años veinte, y especialmente a partir de la Segunda República, se convierte en el referente para el resto de mujeres, estableciendo así nuevas influencias de feminismo que actúan sobre la sociedad. Como una suerte de sororidad avanzada a su tiempo, la labor que algunas mujeres enarbolan durante los primeros años del siglo XX supone una contribución inestimable para sus compañeras anónimas, que empiezan así a plantearse y cuestionar el orden establecido.

El trabajo desarrollado en esta tesis doctoral ha querido contribuir a esa labor de rescate emprendida por las investigaciones literarias actuales. La recuperación de esos mecanismos de incipiente feminismo a principios del siglo XX, a través de la producción artística y periodística, es una constante en las nuevas líneas de investigación, como demuestran las publicaciones más recientes sobre la obra de las mujeres periodistas —por ejemplo, la

extensa nómina que ha aportado Bernardo Díaz Nosty, que ha sido de inestimable ayuda para la redacción de este trabajo—.

La profundización en la creación artística de una intelectual como Luisa Carnés es una aportación más a la tarea colectiva de reconstrucción de la Historia que se está llevando a cabo actualmente. Si bien, un empeño literario como el de Carnés es fruto de los movimientos feministas que se estaban produciendo en esa época en España, y de la labor incansable de otras mujeres que arriesgaron su posición social e incluso su integridad física para reivindicar sus derechos como legítimos miembros de la sociedad. Por ello, he querido mostrar la evolución del periodismo desde el punto de vista femenino a la demanda feminista, para observar la transformación en la mentalidad de las mujeres a medida que otras mujeres iban apareciendo en el panorama literario y cultural. La mutua influencia que unas ejercen sobre otras es el motor del avance feminista durante el primer tercio del siglo XX, y la responsable de la inclusión de las plumas femeninas en el panorama intelectual. Su exclusión del canon literario a causa de la tiranía del orden patriarcal, reforzado con la imposición dictatorial a partir de 1939, supone otra causa más del olvido al que fueron sometidas las figuras, las obras y las personalidades de estas mujeres. Afortunadamente, el trabajo incansable de los investigadores ha conseguido instaurar una brecha en la conciencia de la sociedad, una brecha que confirma que la hegemonía patriarcal ha apartado sistemáticamente a las mujeres del escenario literario, científico y cultural a lo largo de la historia de la humanidad. Por tanto, la recuperación de figuras como Luisa Carnés, así como la profundización en su obra literaria y periodística, son la muestra más clara de que el discurso cultural no estará completo hasta que todas las mujeres anónimas y las olvidadas de la historia estén en él.

VIII. ANEXOS

Anexo I. Cronograma de acontecimientos históricos durante el siglo XIX⁵⁴²

AÑO	HECHO
1812	Constitución de las Cortes de Cádiz, texto que inaugura el periodo liberal en España.
1814	El pedagogo Manuel José Quintana intenta aprobar en las Cortes un proyecto de decreto para el establecimiento de escuelas públicas para niñas.
	Fin de la Guerra de Independencia. Restauración borbónica absolutista: Fernando VII, Rey de España.
1820	Pronunciamiento de Riego. Comienzo del Trienio Liberal.
1823	Invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis. Regreso al absolutismo.
1824 1834	La Década Ominosa. Reinado absolutista aunque con la vigencia de la Constitución de 1812.
1833	Muerte de Fernando VII. Isabel II, reina, con regencia de su madre, María Cristina.
	Acercamientos de María Cristina hacia los liberales. Regreso de los liberales exiliados. Francisco Cea Bermúdez, primer presidente del Consejo de Ministros.
1834	Inicio de la primera guerra carlista.
	Francisco Martínez de la Rosa sustituye a Cea Bermúdez, demasiado próximo a las ideas absolutistas del difunto Rey, y promulga el Estatuto Real.
1835	Fracaso de los liberales moderados. Entran en el gobierno los liberales progresistas. Juan Álvarez Mendizábal, presidente del gobierno.
1836	Destitución de Mendizábal a manos de la reina regente. Motín en la Granja de San Ildefonso. Restitución de un gobierno liberal progresista. Mendizábal en la cartera de Hacienda.

⁵⁴² Elaboración propia a partir de la consulta de diversas obras: Guillermo Carnero (coord.), «Siglo XIX», en Víctor García de la Concha (dir.), *Historia de la literatura española*, tomo 8, Madrid, Espasa Calpe, 1996; Josep Fontana, «La época del liberalismo», en Josep Fontana y Manuel, *La España del siglo XIX*, Madrid, Akal, 2000; Lida, Clara E., *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888)*, Madrid, Siglo XXI, 1973.

	Desamortización eclesiástica de Mendizábal.
1837	Constitución progresista.
1839	Convenio de Vergara. Fin de la primera guerra carlista.
1840	Intento de pronunciamiento por parte del liberal conservador Ramón Narváez. Exilio de María Cristina, que deja la regencia en manos del general Baldomero Espartero.
1843	Levantamiento de O'Donnell y Narváez. Espartero abandona el poder y marcha al exilio en Londres.
	Reconocimiento de la mayoría de edad de Isabel II con doce años. Inicio de su reinado.
1844	Narváez asume la presidencia del gobierno. Inicio de la década moderada.
1845	Constitución moderada.
1846	Inicio de la Segunda Guerra Carlista.
1849	Fin de la Segunda Guerra Carlista.
1854	Revolución progresista. Espartero y O'Donnell en el gobierno. Inicio del Bienio Progresista.
1856	Dimisión de Espartero. Inicio del Bienio Moderado con O'Donnell al frente. La Unión Liberal se mantiene en el poder hasta 1863.
1863	Renuncia de O'Donnell. Coalición de progresistas, demócratas y republicanos que preside Narváez en un gobierno dictatorial.
1868	Gloriosa Revolución.
	Exilio de Isabel II.
	Inicio del Sexenio Democrático.
1868 1871	Gobierno Provisional presidido por el general Serrano. Inestabilidad política y tendencias ideológicas muy dispares.
1871	Proclamación de Amadeo I como Rey de España. Monarquía parlamentaria.
	Atentado en el que muere el general Juan Prim, líder del Partido Progresista, la fuerza política más importante de la coalición monárquico-democrática.
1872	Inicio Tercera Guerra Carlista.
1873	Abdicación de Amadeo I.
	Triunfo de la República en las Cortes Constituyentes.
	Primera República Española. Estanislao Figueras, presidente del gobierno.

	Rebelión cantonal de los republicanos intransigentes, partidarios de una República Federal.
1874	Golpe de Estado del general Manuel Pavía. República conservadora presidida por el general Serrano.
	Firma del Manifiesto de Sandhurst por Cánovas y el príncipe Alfonso. Primeros acercamientos a la Restauración borbónica.
	El general Martínez Campos se pronuncia en Sagunto a favor de la Restauración borbónica en la persona de don Alfonso de Borbón, hijo de Isabel II.
	Regencia de Cánovas hasta la llegada del príncipe Alfonso a España.
1876	Constitución que conforma un nuevo modelo de Estado con poder legislativo dividido entre dos cámaras: Congreso y Senado.
	Fin de la Tercera Guerra Carlista.
	Inicio del sistema de gobiernos de alternancia en turno pacífico.
	Inicio del proyecto de la Institución Libre de Enseñanza.
1884	Muerte prematura del Rey Alfonso XII.
1885	Inicio de la Regencia de María Cristina.
1895	Se inicia la guerra de Cuba.
1898	Desastre del 98. Pérdida de todas las colonias. Tratado de París, que entrega Filipinas, Guam y Puerto Rico a Estados Unidos.
	Reforma de la Escuela Normal, que incluyó la implantación del mismo plan de estudios para los maestros y las maestras.
1900	Creación del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
1901	Ampliación de la escolaridad obligatoria hasta los doce años.
1902	Coronación de Alfonso XIII. Partidos políticos en sistema de turnos en el poder ejecutivo.
1907	Creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE).
1909	Semana Trágica de Barcelona. Punto de arranque de las primeras desavenencias violentas entre pueblo y gobernantes.
1910	La JAE inaugura la Residencia de Estudiantes en Madrid.
1911	Se inicia la Guerra del Rif.
1914 1918	Primera Guerra Mundial.

1918	Impacto social y económico de la Primera Guerra Mundial que inestabiliza el sistema de turno electoral.
1921	Desastre de Annual en la Guerra de Marruecos.
1923	Golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera.
1925	Mussolini sube al poder en Italia.
	Fundación del Partido Nazi en Alemania.
	Regímenes totalitarios en Portugal y Polonia.
1926	Represión de la CNT y del Partido Comunista.
1927	Finaliza la Guerra del Rif.
1929	Estalla una crisis económica mundial como consecuencia del Crack del 29 en la bolsa de Nueva York.
1930	Dimisión de Primo de Rivera ante el ambiente de crispación de los sectores obreros y la crisis económica.
	Gobierno de Dámaso Berenguer, llamado Dictablanda.
	Pacto de San Sebastián. Reunión clandestina de dirigentes republicanos que forman el Comité Revolucionario, decididos a implantar la República.
	Rebelión de Jaca. Primera intentona revolucionaria sin éxito.
1931	Tras las elecciones municipales, se proclama la Segunda República española.

Anexo II. Cronograma de acontecimientos durante la Segunda República y la Guerra Civil⁵⁴³

AÑO	MES	HECHO
1931	Abril	Elecciones municipales que evidencian el rechazo de los españoles al rey Alfonso XIII. Victoria y proclamación de la Segunda República. En Barcelona, Francesc Macià declara la República Catalana, y en Madrid, el Gobierno provisional decide que Alfonso XIII abandone España.
		Gobierno provisional presidido por Niceto Alcalá Zamora, miembro de la Derecha Liberal Republicana. Además de redactar el texto del proyecto constitucional, el Gobierno genera una importante normativa sobre dos de sus objetivos prioritarios: la reforma agraria y la reforma militar.
		Manuel Azaña, ministro de la Guerra del Gobierno provisional, adopta las primeras medidas destinadas a efectuar la reforma en el Ejército.
	Mayo	Decreto que posibilita la elección de las mujeres como diputados.
		Decreto para la regulación del Seguro obligatorio de Maternidad para las asalariadas, en vigor desde 1929.
	Junio	Elecciones generales a Cortes Constituyentes, que otorgan la victoria a la coalición republicano-socialista presidida por Niceto Alcalá Zamora.
		Entrada a las Cortes de Clara Campoamor, miembro del Partido Republicano Radical, de Victoria Kent, del Partido Radical Socialista, y de Margarita Nelken, del Partido Socialista, como diputadas. Ellas protagonizan las dos posturas sobre el debate del sufragio femenino.
		El gobierno clausura la Academia General Militar de Zaragoza, que dirige el general Francisco Franco.

⁵⁴³ Elaboración propia a partir de la consulta de varias obras: Enrique Moradiellos, *Historia mínima de la Guerra Civil española*, Madrid, Turner, 2016; Mary Nash, *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Barcelona, Taurus, 2016; Carmen Domingo, *Con voz y voto. Las mujeres y la política en España (1931-1945)*, Barcelona, Lumen, 2004; Rosa Mª Merino Hernández, *La Segunda República, una coyuntura para las mujeres españolas: cambios y permanencias en las relaciones de género* (Tesis doctoral), Salamanca, Universidad de Salamanca, 2016, pp. 42-48.

	Julio	Huelga general en Sevilla, a la que el gobierno pone fin declarando el estado de guerra e interviniendo militarmente.
	Agosto	Presentación del proyecto de Constitución a las Cortes.
	Octubre	Aprobación del sufragio activo femenino, con 160 votos a favor y 121 en contra. La edad para ejercer el voto en ambos sexos pasa a ser de 23 años.
		Dimisión de Niceto Alcalá Zamora como presidente del gobierno por la aprobación del artículo 26 de la Constitución, que niega los privilegios tradicionales a la Iglesia. Le sustituye Manuel Azaña, líder de Acción Republicana.
		Promulgación de la ley para la Defensa de la República, que concede facultades al Gobierno para intervenir en los conflictos sociales, políticos y religiosos.
		Declarado como subsistente el Seguro Obligatorio de Maternidad.
	Diciembre	Aprobada la Constitución de 1931 por mayoría parlamentaria. En ella, España se define como una República democrática y laica, establece un Parlamento unicameral elegido por sufragio universal y un tribunal de garantías constitucionales.
		Alcalá Zamora es elegido presidente de la Segunda República.
		Azaña forma su segundo gobierno con representantes republicanos, socialistas y liberales, constituyendo así la denominada coalición republicano-socialista.
1932	Enero	Se promulga la ley sobre Matrimonio Civil, que será regulada por el Estado.
		Disolución de la Compañía de Jesús y confiscación de sus bienes.
	Febrero	Destitución del general Sanjurjo de su cargo de jefe de la Guardia Civil tras los sucesos de Castilblanco y Arnedo, en los que se producen enfrentamientos entre guardias civiles y trabajadores.
	Marzo	Aprobación de la ley de Divorcio: se concederá siempre que exista causa justificada y permitirá contraer nuevo matrimonio.
	Agosto	Intento frustrado de sublevación del coronel Sanjurjo en Sevilla.
		Suspensión de Acción Española, organización de intelectuales monárquicos, carlistas y alfonsinos bajo el liderazgo de Ramiro de Maeztu.

	Septiembre	Aprobación de la Ley de Bases de la Reforma Agraria, que contempla la redistribución de tierras y la expropiación de tierras de señorío, entre otras cuestiones.
		Concesión del Estatuto de Autonomía a Cataluña, que la define como una región autónoma dentro del Estado español y establece la Generalitat como su máximo órgano de gobierno.
		Creación del Instituto de Reforma Agraria (IRA), encargado de realizar las expropiaciones y redistribución de tierras previstas en la Ley de Reforma Agraria.
	Noviembre	Esquerra Republicana gana las primeras elecciones al Parlamento catalán.
	Diciembre	Se establece el sistema recaudatorio del impuesto sobre la renta, que aplica retenciones progresivas según el volumen de ingresos de cada ciudadano.
1933	Enero	Creación de la Asociación de Mujeres Antifascistas, impulsada por el Partido Comunista y liderada por Dolores Ibárruri.
		Sucesos de Casas Viejas, en Cádiz. El enfrentamiento entre miembros de la CNT y la Guardia Civil culmina con la intervención de la Guardia de Asalto y el fusilamiento de vecinos de esta localidad gaditana, acusados de participar en la rebelión.
		Constitución de la Guardia de Asalto para el mantenimiento del orden público fiel a la República.
	Marzo	Fusión de los partidos de derechas en un partido único: Acción Nacional, liderada por José María Gil-Robles, y la Derecha Regional Valenciana de Luis Lucia, confluyen en la Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA, cuyo objetivo será actuar como oposición organizada ante la política republicana de izquierdas.
		Ley de Congregaciones Religiosas, que estipula la separación de las mismas de las actividades educativas.
	Junio	Tercer gobierno de Azaña.
		Creación del Tribunal de Garantías Constitucionales, encargado, entre otras funciones, de juzgar las responsabilidades penales de los miembros del Ejecutivo y de velar por el respeto a la Constitución.
	Julio	España establece relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

	Septiembre	Alcalá Zamora encarga a Alejandro Lerroux que forme Gobierno tras la dimisión de Azaña.
	Octubre	Lerroux le cede la presidencia a su segundo en el Partido Radical, Diego Martínez Barrio, ante el aislamiento político al que se ve sometido tanto por parte de las derechas como de las izquierdas.
		Fundación de Falange Española, formación política de ideología fascista constituida por José Antonio Primo de Rivera.
		Triunfo de la CEDA en las elecciones generales sin mayoría absoluta, lo que obliga a formar gobierno de coalición con el Partido Radical de Lerroux.
	Diciembre	Levantamiento anarquista en diversos puntos de España, tras la victoria de la derecha en las elecciones generales.
		Lerroux forma nuevo gobierno con miembros del Partido Radical y de partidos de la derecha.
1934	Febrero	Creación de Falange Española y los JONS, resultado de la unión del partido de José Antonio Primo de Rivera con las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas, creadas en 1931 por Onésimo Redondo.
	Marzo	Restablecimiento de la pena de muerte, concesión del gobierno de Lerroux a la derecha, que provoca la división del Partido Radical.
	Abril	Ley de Amnistía, que anula las penas impuestas a políticos de la Dictadura y a los implicados en la <i>Sanjurjada</i> . Excarcelación y exilio a Portugal de Sanjurjo.
		Constitución del Partido Radical-Demócrata de Diego Martínez Barrio, escisión del Partido Radical de Lerroux.
	Mayo	Dimisión de Lerroux, provocada por la polémica de Sanjurjo. Samper, miembro del Partido Radical, forma nuevo Gobierno. Las presiones de la CEDA sobre el conflicto catalán provocarán también su dimisión.
	Junio	Creación de la Sección Femenina de Falange Española.
		Nuevo Gobierno de Lerroux tras la dimisión de Samper. Incluye a miembros de la CEDA, lo cual provocará la huelga general revolucionaria convocada por los socialistas para el día siguiente.

	Octubre	FE y de las JONS elige a José Antonio Primo de Rivera como jefe único, en sustitución de la anterior dirección, formada por él mismo, Ramiro Ledesma Ramos y Julio Ruiz de Alda.
		Huelga general en Asturias, convocada por la Unión de Hermanos Proletarios (UHP) que han formado UGT y CNT, con motivo de la inclusión de cedistas en el nuevo Gobierno de Lerroux. Esta convocatoria se extiende a todo el territorio nacional y el Gobierno reacciona declarando el estado de guerra. La incidencia de la huelga es muy desigual; junto a Asturias, los focos más importantes son el País Vasco y Cataluña, pero es en Asturias donde se configura como un verdadero movimiento revolucionario. El Gobierno debe recurrir a las tropas de Marruecos, que desembarcan en Gijón (día 8 octubre) y son coordinadas por Franco desde Madrid.
		Lluís Companys, presidente de la Generalitat, proclama en Barcelona la República de Cataluña; el Gobierno suspende el Estatuto de Autonomía. Se declara el estado de guerra y al día siguiente, Companys anuncia su rendición.
	Diciembre	Fundación del Bloque Nacional, agrupación dirigida por José Calvo Sotelo y formada por miembros de Renovación Española y tradicionalistas.
1935	Abril	Cuarto gobierno de Lerroux sin miembros de la CEDA. Las presiones de la derecha, que no se ve representada en el Ejecutivo, provocan su dimisión.
	Mayo	Alcalá Zamora encarga a Lerroux que forme un nuevo Gobierno con miembros de la CEDA, entre ellos Gil-Robles, que ocupa la cartera de Guerra.
		Gil-Robles nombra a Franco jefe del Estado Mayor.
	Junio	Decreto que declara ilícita la prostitución y que obliga a los ciudadanos que padezcan enfermedades venéreas a recibir tratamiento y someterse a inspecciones periódicas.
	Agosto	Ley de Contrarreforma Agraria, que anula las medidas sobre expropiaciones contempladas en la ley de septiembre de 1932.
	Septiembre	Estalla el escándalo del estraperlo: Lerroux dimite como jefe del gobierno por las implicaciones de su sobrino.
		Chapaprieta sustituye a Lerroux al frente del gobierno, que pasa a ocupar la cartera de Estado.

	Octubre	Segundo gobierno de Chapaprieta. El escándalo del estraperlo obliga a Lerroux y a otros miembros del Partido Radical a abandonar el gabinete, permaneciendo en sus cargos los miembros de la CEDA.
	Noviembre	Azaña propone que todas las fuerzas de izquierda se alíen para crear un Frente Popular con vistas a las elecciones del próximo año.
	Diciembre	Dimisión de Chapaprieta y descalabro de las derechas. Azaña le encarga a Manuel Portela Valladares la formación de un nuevo Gobierno muy heterogéneo, que no cuente con la participación de la CEDA ni de los radicales.
		Segundo gobierno de Portela Valladares. Las presiones de los cedistas a través de algunos miembros del Gobierno provocan la caída del primer Gobierno de Portela, que forma otro de corte centrista.
1936	Enero	Creación de la Agrupación Mujeres Libres dentro del movimiento libertario español, de la mano de Amparo Poch y Gascón, Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada.
		Creación del Frente Popular a partir de la fusión de los partidos de izquierda (Izquierda Republicana, Unión Republicana, Esquerra Republicana, PSOE, PCE). Su programa es similar al de los primeros Gobiernos de la República.
	Febrero	Triunfo del Frente Popular en las elecciones generales.
		Azaña forma Gobierno, ante la precipitada dimisión de Portela Valladares, muy presionado por la derecha, que no acepta los resultados electorales.
		Azaña pone en práctica el programa del Frente Popular, lo que implica, entre otras cuestiones, la apertura del Parlamento catalán, la aplicación de la Ley de Reforma Agraria y la amnistía para los encarcelados por la revolución de Asturias de 1934.
		Diversas acciones terroristas de miembros de Falange provocan tanto la suspensión del partido como el encarcelamiento de su jefe, José Antonio Primo de Rivera, junto con otros miembros de su junta política: Julio Ruiz de Alda, Raimundo Fernández Cuesta y Rafael Sánchez Mazas.

	Marzo	Se va produciendo la radicalización de la Juventud de Acción Popular, mientras que los carlistas aceleran la organización de milicias y el contrabando de armas. Contactos entre políticos y militares antirrepublicanos: comienza a fraguarse la conspiración contra la República. Mola asume la dirección ante las reticencias de Franco.
		Las Cortes destituyen a Alcalá Zamora como presidente de la República.
	Abril	Azaña es elevado de nuevo a presidente de la República.
		El general Mola distribuye a un buen número de mandos militares la “Primera Instrucción Reservada”, en la que se estipula la sublevación militar que iba a ser presidida por el coronel Sanjurjo.
	Mayo	Santiago Casares Quiroga, miembro de la Organización Regional Gallega Autonomista (ORGA), forma gobierno.
		El “Dragon Rapide” despegue de Inglaterra rumbo a Canarias, donde podrá ser utilizado por Franco para trasladarse a Marruecos, lugar designado para iniciar el alzamiento.
	Julio	Calvo Sotelo es asesinado en Madrid, como respuesta al asesinato un día antes del teniente de Asalto José Castillo a manos de fuerzas falangistas.
		Comienza el alzamiento en Marruecos. Franco se pone al frente del Ejército de África, los legionarios y los tabores de regulares. Su objetivo es atravesar el estrecho de Gibraltar, desembarcar en Andalucía e iniciar la marcha hacia Madrid.
		Casares Quiroga presenta su dimisión y es sustituido por José Giral.
		Giral toma la decisión de entregar armas al pueblo, que se organiza en milicias para luchar contra las tropas rebeldes. La combinación de tropas leales y milicianos armados asalta el Cuartel de Montaña de Madrid, detiene al coronel Fanjul y masacra a sus defensores.
		La rebelión militar triunfa en Galicia, León, buena parte del litoral cantábrico y gran parte de Andalucía. España se divide en dos zonas militares, la republicana y la fascista.
		En Barcelona, se crea el Comité Central de Milicias Antifascistas. Hegemonía de CNT.

		El Partido Comunista de España en Madrid funda el Quinto Regimiento, cuerpo de voluntarios republicanos.
		Los militares rebeldes obtienen ayuda militar de los dirigentes fascistas Hitler y Mussolini.
		Los sublevados crean la Junta de Defensa Nacional, con el objetivo de asegurar las mínimas funciones de carácter institucional hasta que la ocupación de Madrid permitiese hacerse con los órganos centrales del Estado residentes en la capital.
		Creación de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura. Entre sus miembros se encuentran María Zambrano, Rafael Alberti, Miguel Hernández, José Bergamín, María Teresa León, Rosa Chacel, Luis Buñuel o Max Aub, entre otros.
	Agosto	Francia y Gran Bretaña proponen el Acuerdo de No Intervención en España al resto de países europeos.
		Las tropas rebeldes comienzan la ofensiva en Irún.
		El rebelde general Yagüe ocupa Badajoz llevando a cabo una represión brutal.
		Se crea, por decreto republicano, la Comisión de Auxilio Femenino de Madrid.
		Se funda en Bilbao el Consejo para la Defensa de Vizcaya.
		El poeta Federico García Lorca es asesinado en Granada.
		Dimite José Giral. El socialista Francisco Largo Caballero se convierte en primer ministro de un nuevo gobierno con miembros de las diferentes organizaciones del Frente Popular.
		Fundación del Secretariado Femenino del Partido Obrero Unificado de Cataluña (SFPOUM).
		La Junta de Defensa ilegaliza en su zona todos los partidos y sindicatos de izquierda, incauta sus bienes y depura de la administración pública a sus afiliados.
		Disolución de la Junta ante la necesidad de concretar la dirección estratégica y política del golpe en un mando único. Elección de Franco como Generalísimo de las fuerzas sublevadas.

	Septiembre	Liberación del Alcázar de Toledo en una estratégica maniobra de propaganda por parte de Franco. Promulgación del decreto que le nombra Generalísimo de las fuerzas nacionales tierra, mar y aire y Jefe del Gobierno del Estado Español. Se fragua su figura de Caudillo de España y la idea de unidad nacional bajo su mando.
		Se forma un nuevo gobierno de la Generalitat de Cataluña con la participación del sindicato anarquista Confederación Nacional del Trabajo (CNT).
	Octubre	Aprobación del Estatuto de Autonomía Vasco.
		Inicio de la batalla de Madrid.
		La Generalitat promulga un decreto sobre colectivizaciones y control obrero.
	Noviembre	Largo Caballero forma un nuevo ejecutivo con presencia de cuatro ministros anarquistas de la CNT y la FAI.
		La dirigente anarquista Federica Montseny, ministra de Sanidad y Asistencia Social, se convierte en la primera mujer en España en ocupar una cartera ministerial.
		Traslado del Gobierno central a Valencia y creación del Estado Mayor Central para planificar la defensa republicana. Largo Caballero encomienda la defensa de Madrid al general Miaja y al coronel Vicente Rojo, que junto con la oportuna llegada de las Brigadas Internacionales consiguen frenar el ataque sobre la capital.
		El Gobierno de Burgos recibe el reconocimiento de Alemania e Italia.
		José Antonio Primo de Rivera es ejecutado en la cárcel de Alicante tras la negativa de los rebeldes a intercambiarlo por el hijo de Largo Caballero.
	Diciembre	El aborto voluntario se regula en Cataluña con el Decreto sobre la Interrupción Artificial del Embarazo legislado por la Generalitat.
1937	Enero	Inauguración de la emisora Radio Nacional de España en Salamanca.
		Batalla del Jarama.

	Febrero	Las tropas de Franco ocupan Málaga con la ayuda de los bombarderos italianos, y a continuación se producen salvajes represalias.
		Se crea en Bilbao el Segundo Comité Nacional de la Agrupación de Mujeres Antifascistas.
		El gobierno republicano concede a las mujeres la igualdad civil.
	Marzo	Comienza la batalla de Guadalajara. El Corpo di Troppa Volontarie (CTV) italiano toma parte en el ataque, aunque la victoria será republicana gracias a la ayuda de las Brigadas Internacionales.
		Se celebra la primera conferencia del Secretariado Femenino del POUM.
		Comienza la Campaña del Norte, dirigida por el general Mola, en la que se irá ocupando sucesivamente Vizcaya, Santander y Asturias.
	Abril	Creación de Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET y de las JONS), partido único del movimiento rebelde bajo la dirección de Franco.
		Fuertes ataques aéreos en el norte. El pueblo de Guernica es completamente destruido por la Legión Cóndor alemana.
	Mayo	La crisis política de Barcelona provoca violentos enfrentamientos entre los anarquistas y los disidentes marxistas y comunistas. Companys pide ayuda a Largo Caballero, que decide enviar las fuerzas armadas a la Ciudad Condal. Los anarquistas y el POUM pierden el poder político después del conflicto.
		Se forma un nuevo gobierno en la Generalitat.
		Cae el Gobierno de Largo Caballero. Federica Montseny pierde su cargo de ministra.
		Muere el general Mola en un accidente de avión.
		Se celebra en Madrid la Conferencia de la Unión de Muchachas.
		El socialista Juan Negrín forma un nuevo gobierno. Los comunistas juegan un papel importante en las políticas estatales.
		Almería es bombardeada por la aviación alemana.
		Franco nombra embajadores en Berlín y Roma.

	Junio	Las industrias de guerra se nacionalizan en la zona republicana.
		Las tropas de Franco ocupan Bilbao. El País Vasco cae en manos de los rebeldes.
		Franco suspende el régimen de concierto económico del País Vasco.
	Julio	Polarización política dentro del partido socialista español.
		Los obispos españoles preparan una carta pastoral conjunta en apoyo de Franco.
		La Generalitat crea el Instituto de Adaptación Profesional de la Mujer.
		Se celebra en Valencia el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, organizado por la AIDC, que cuenta con delegaciones de 28 naciones, compuestas por un centenar de escritores representantes de cuatro continentes.
		Inicio del conjunto de ofensivas republicanas para defender Madrid: batalla de Brunete.
	Agosto	Se celebra en Valencia la Primera Conferencia Nacional de Mujeres Libres.
		Batalla de Belchite.
	Octubre	Las tropas de Franco conquistan Gijón y Avilés. Cae el Frente del Norte.
		Segundo traslado del gobierno de la República: de Valencia a Barcelona.
		Se celebra en Valencia la Segunda Conferencia Nacional de la Agrupación de Mujeres Antifascistas.
	Noviembre	Se forma la Unió de Dones de Catalunya.
		Celebración del Primer Congreso Nacional de la Unió de Dones de Catalunya.
		Japón reconoce oficialmente a Franco como jefe del Estado español.
	Diciembre	Las tropas republicanas comienzan la ofensiva sobre Teruel.
1938	Enero	Los precios suben bruscamente en la retaguardia.
		El ejército republicano toma Teruel.

		Primer gobierno de Franco en sustitución a la Junta Técnica constituida en 1936.
	Febrero	Las tropas republicanas pierden Teruel ante los rebeldes.
	Marzo	Franco deroga las leyes republicanas de 1932 sobre el divorcio y el matrimonio civil.
		Franco dicta el Fuero del Trabajo.
		Comienza la ofensiva rebelde sobre el Frente de Aragón.
		Deterioro de las condiciones de vida en zona republicana que afecta a la moral de la resistencia popular y militar. Se produce una brecha ideológica entre los partidarios de Juan Negrín, de la resistencia, o los de Azaña, de terminar con una guerra perdida.
		La aviación fascista bombardea Barcelona.
		Las tropas de Franco ocupan Lleida y el Valle de Arán, donde se encuentra la central eléctrica de Tremp, que abastece de energía a Barcelona.
		Franco deroga el Estatuto de Autonomía catalán.
		Las tropas rebeldes llegan al Mediterráneo.
	Abril	Las tropas de Franco atacan Valencia.
		Negrín llama a movilización a toda la población masculina comprendida entre los 17 y los 40 años y se forma en Barcelona la llamada Quinta del Biberón.
		Negrín publica el Programa de los Trece Puntos del nuevo gobierno que cuenta con el apoyo de todas las organizaciones del Frente Popular.
	Mayo	El Vaticano y Portugal reconocen oficialmente el Gobierno de Franco.
		Negrín demanda en París apoyo directo en armas y el paso franco de recursos bélicos procedentes de la Unión Soviética. La anexión alemana de Austria inclina al ejecutivo francés a atender la solicitud de Negrín.
	Junio	El gobierno nombra a la Agrupación de Mujeres Antifascistas para que se ocupe del bienestar de los huérfanos y los soldados.
		Se inicia la campaña de Levante por parte de los rebeldes.
	Julio	El Comité de No Intervención aprueba el plan para hacer efectiva la retirada de las Brigadas Internacionales.

	Septiembre	Inicio de la batalla del Ebro.
		Mujeres Libres solicita, sin éxito, que se la reconozca como filial oficial del movimiento libertario.
		Negrín anuncia a la Sociedad de Naciones la retirada de las Brigadas Internacionales.
	Octubre	La Unió de Dones de Catalunya es nombrada miembro de la Comisión Consultiva sobre Ayuda a los Refugiados.
		Las Brigadas Internacionales son despedidas con honores en Barcelona.
		Franco rompe las defensas de la sierra de Cavalls. Numerosos aviones bombardean posiciones republicanas. Con el final de la batalla del Ebro queda abierta la invasión de Cataluña.
	Diciembre	Las tropas de Franco entran en Cataluña desde Castellón.
1939	Enero	Caen Reus y Tarragona. Cunde la desmoralización en el Ejército Popular.
		Cuerpos del Ejército de Navarra, los tabores de regulares y la División Littorio de italianos entran en Barcelona sin encontrar resistencia. Medio millón de civiles huyen hacia la frontera francesa.
	Febrero	Se celebra en Figueras la última reunión del Parlamento de la República.
		El gobierno de Franco promulga la Ley de Responsabilidades Políticas ante la cercanía del fin de la guerra.
		Comienza el éxodo de los republicanos hacia la frontera francesa.
		Manuel Azaña dimite como presidente de la República.
		Gran Bretaña y Francia reconocen oficialmente el gobierno de Franco.
	Marzo	El general Miaja y el general Casado deciden hacerse con el poder en Madrid y negociar la capitulación por su cuenta. El socialista Julián Besteiro anuncia la formación de un Consejo Nacional de Defensa. Franco, como era de esperar, no negoció, sino que exigió la rendición sin condiciones.
		El gobierno de Negrín abandona España.
		El ejército de Franco entra en Madrid.

	Abril	Las tropas de Franco y Mussolini ocupan Alicante.
		Finaliza la Guerra Civil, causando el exilio y la brutal represión de los españoles republicanos.
		Estados Unidos reconoce el gobierno de Franco.

Anexo III. Relación de los artículos periodísticos de Luisa Carnés

1. CUENTOS

- CARNÉS, Luisa, «Mar adentro», *La Voz*, VII, 1875, 22 de octubre de 1926, p. 7.
- , «Un pobre hombre», *Ondas*, V, 199, 6 de abril de 1929, s. p.
- , «La señorita número 15», *La Raza*, 188, 14 de agosto de 1930, s. p.
- , «5 + 3 = 8», *La Esfera*, XVII, 873, 27 de septiembre de 1930, p. 32 y 33.
- , «La muñeca», *La Voz*, XI, 3088, 19 de noviembre de 1930, p. 7.
- , «El banco solitario», *La Voz*, XII, 3124, 1 de enero de 1931, p. 7.
- , «Enemigo pequeño», *La Voz*, XII, 3190, 19 de marzo de 1931, p. 7.
- , «El camarero triste», *La Voz*, XII, 3206, 7 de abril de 1931, p. 7.
- , «Un año de matrimonio», *La Voz*, XII, 3212, 14 de abril de 1931, p. 7.
- , «El hijo del dramaturgo», *La Voz*, XII, 3222, 25 de abril de 1931, p. 7.
- , «Una casa en ruinas», *La Voz*, XII, 3265, 16 de junio de 1931, p. 7.
- , «Una mujer de su casa», *La Voz*, XII, 30 de junio de 1931, p. 7.
- , «En el tranvía», *La Voz*, XII, 3304, 31 de julio de 1931, p. 7.
- , «Las dos Marías», *La Voz*, XII, 3347, 19 de septiembre de 1931, p. 7.
- , «Los mellizos», *La Voz*, XIII, 3439, 5 de enero de 1932, p. 7.
- , «Contrabando», *Estampa*, V, 258, 17 de diciembre de 1932, s. p.
- , «La bronca andaluza o ¡no paza ná!», *Crónica*, VI, 163, 11 de diciembre de 1932, s. p.
- , «El poeta que se ha quedado atrás», *Estampa*, VI, 279, 13 de mayo de 1933.
- , «El día más feliz», *Nuevo Mundo*, XL, 266, 13 de octubre de 1933, s. p.
- , «El único sistema», *Estampa*, VI, 302, 21 de octubre de 1933, s. p.
- , «Reconciliación: entremés telefónico de Luisa Carnés», *Estampa*, VII, 358, 24 de noviembre de 1934, s. p.
- , «Una estrella roja», *Frente Rojo*, II, 288, 6 de enero de 1938.

2. REPORTAJES DE INMERSIÓN

- CARNÉS, Luisa, «Una mujer busca trabajo», *Estampa*, VII, 330, 5 de mayo de 1934, p. 17-20.
- , «Peluquería de señoras», *Estampa*, VII, 332, 19 de mayo de 1934, s. p.
- , «Secretos de las casas de modas», *Ahora*, V, 1097, 23 de junio de 1934.
- , «El cine por dentro. En los estudios de la C.E.A.», *Estampa*, VII, 345, 18 de agosto de 1934.
- , «En Gibraltar, esperando la guerra», *Ahora*, VI, 1477, 20 de septiembre de 1935.
- , «Mientras no llega la guerra a Gibraltar», *Ahora*, VI, 1483, 27 de septiembre de 1935.
- , «Yo soy modista en Madrid», *Estampa*, VIII, 414, 28 de diciembre de 1935.
- , «Yo soy modista en Madrid II», *Estampa*, IX, 415, 4 de enero de 1936.
- , «Yo he sido artista de cine», *Estampa*, IX, 446, 1 de agosto de 1936, s. p.
- , «Yo he sido artista de cine II», *Estampa*, IX, 447, 8 de agosto de 1936, s. p.

3. MEMORIAS

- CARNÉS, Luisa, «Mi vida. Las memorias de Miss España, recogidas por Luisa Carnés», *Estampa*, VII, 335, 9 de junio de 1934, p. 3 y 6.
- , «Mi vida. Las memorias de Miss España II, recogidas por Luisa Carnés», *Estampa*, VII, 336, 16 de junio de 1934, s. p.

- , «Pensión completa. Memorias de una sirvienta», *Ahora*, V, 1176, 23 de septiembre de 1934, s. p.
- , «Pensión completa. Memorias de una sirvienta II», *Ahora*, V, 1178, 26 de septiembre de 1934, s. p.
- , «Pensión completa. Memorias de una sirvienta III», *Ahora*, V, 1179, 27 de septiembre de 1934, s. p.
- , «Pensión completa. Memorias de una sirvienta IV», *Ahora*, V, 1180, 28 de septiembre de 1934, s. p.
- , «Pensión completa. Memorias de una sirvienta V y último», *Ahora*, V, 1181, 29 de septiembre de 1934, s. p.

4. VIDAS HUMILDES

- CARNÉS, Luisa, «El hombre de los “torraos”», *Estampa*, VII, 335, 9 de junio de 1934.
- , «La gloria de los humildes», *Estampa*, VII, 337, 23 de junio de 1934.
 - , «La más bella raza de África», *Estampa*, VII, 337, 23 de junio de 1934.
 - , «Vidas humildes. El hombre que sirve el periódico al presidente de la República», *Estampa*, VII, 338, 30 de junio de 1934.
 - , «Vidas humildes. La chalequera que regaló un chaleco a don Alfonso XII», *Estampa*, VII, 339, 7 de julio de 1934.
 - , «Vidas humildes. El guarda más antiguo de Madrid habla de los suicidios del Retiro», *Estampa*, VII, 340, 14 de julio de 1934.
 - , «Las majas de 1934, elegidas por el “Centro de los Hijos de Madrid”», *Estampa*, VII, 341, 21 de julio de 1934.
 - , «Vidas humildes. Doña Clotilde, la veterana del Teatro Novedades», *Estampa*, VII, 342, 28 de julio de 1934.
 - , «Vidas humildes. Ciro Bayo, poeta y aventurero», *Estampa*, VII, 344, 11 de agosto de 1934.
 - , «Un sueño de verano», *Estampa*, VII, 25 de agosto de 1934.
 - , «Vidas humildes. Cuarenta años camarero en la Puerta del Sol», *Estampa*, VII, 349, 15 de septiembre de 1934.
 - , «Por qué se escapan de sus casas los menores de quince años», *Estampa*, VII, 351, 29 de septiembre de 1934.
 - , «Mi señorito. Palacio Valdés según su doncella», *Estampa*, VII, 357, 17 de noviembre de 1934.
 - , «En la cocina», *Estampa*, VII, 359, 1 de diciembre de 1934.
 - , «Mi señorito. Loreto Prado es una señora sosa y callada», *Estampa*, VII, 360, 8 de diciembre de 1934.
 - , «Mi señorito. Los hermanos Álvarez Quintero acuden al teléfono si quien llama es una mujer», *Estampa*, VII, 361, 15 de diciembre de 1934.
 - , «Lo que se ve y se oye en la “cola” de la Lotería», *Ahora*, V, 1244, 21 de diciembre de 1934.
 - , «Mi señorito. Amparito Taberner es dormilona, irritable y generosa», *Estampa*, VII, 362, 22 de diciembre de 1934.
 - , «Mi señorito. El Maestro Alonso es un goloso», *Estampa*, VIII, 5 de enero de 1935.
 - , «Mi señorito. El Gallo detesta la cocina francesa», *Estampa*, VIII, 366, 19 de enero de 1935.

- , «Un abogado inventor», *Estampa*, VII, 369, 9 de febrero de 1935.
- , «Las novelas de la vida: el casero los desahucia y la lotería los hace millonarios», *Estampa*, VIII, 390, 6 de julio de 1935.
- , «Antonio Simón Cuevas, el pintor que regala su obra a un pueblo español», *Ahora*, VI, 1459, 30 de agosto de 1935.
- , «¡Camaradas!», *Estampa*, VIII, 399, 7 de septiembre de 1935.
- , «Vidas humildes. En la línea, una centenaria baila sevillanas y cose sin gafas», *Estampa*, VIII, 406, 26 de octubre de 1935.
- , «El “reporter” más joven de España vive en Ávila y tiene catorce años», *Estampa*, IX, 423, 22 de febrero de 1936.
- , «Vidas humildes. Esta señora ha pasado cincuenta años en una catedral...», *Estampa*, IX, 431, 18 de abril de 1936.
- , «Los “biques” en la sierra de Ávila», *Estampa*, IX, 434, 9 de mayo de 1936.
- , «Los “biques” en la sierra de Ávila II», *Estampa*, IX, 435, 16 de mayo de 1936.
- , «A unas simpáticas obreritas las ha hecho dichosas la lotería», *Estampa*, IX, 436, 25 de mayo de 1936.
- , «Cura, secretario del ayuntamiento y estudiante», *Estampa*, IX, 442, 11 de julio de 1936.
- , «Cómo ganan para su ajuar las muchachas de la Huerta», *Estampa*, IX, 441, 27 de junio de 1936.

5. COSTUMBRES ESPAÑOLAS Y MADRILEÑAS

- CARNÉS, Luisa, «Perfumes... joyas», *Estampa*, VII, 362, 22 de diciembre de 1934, s. p.
- , «Cartas a los Reyes», *Estampa*, VII, 29 de diciembre de 1934, s. p.
 - , «Bailes», *Estampa*, VIII, 370, 16 de febrero de 1935, s. p.
 - , «Mantones», *Estampa*, VII, 370, 16 de febrero de 1935, s. p.
 - , «Triunfo y decadencia del abanico», *Estampa*, VIII, 396, 17 de agosto de 1935, s. p.
 - , «Con motivo de la feria de cultura», *Ahora*, V, 1060, 11 de mayo de 1934.
 - , «Aventuras y riesgos de los chóferes de “punto”», *Ahora*, V, 1085, 9 de junio de 1934.
 - , «En la casa de socorro del distrito de Palacio dan cien cocidos diarios», *Ahora*, V, 1230, 5 de diciembre de 1934.
 - , «Los libreros madrileños han vendido este año más libros infantiles que nunca», *Ahora*, VI, 1263, 12 de enero de 1935.
 - , «La “vaquilla” de San Sebastián», *Estampa*, VIII, 368, 2 de febrero de 1935.
 - , «Un hombre se matará por “Miss España”», *Estampa*, VIII, 383, 18 de mayo de 1935.
 - , «Trece muchachas madrileñas han formado un club contra la superstición», *Estampa*, VIII, 393, 27 de julio de 1935.
 - , «El camping dominguero de los madrileños y el de temporada», *Estampa*, VIII, 398, 31 de agosto de 1935, s. p.
 - , «Los incendios de Madrid, contados por un bombero», *Estampa*, VIII, 407, 2 de noviembre de 1935.
 - , «Entre bastidores, en un teatro de niños», *Estampa*, VIII, 411, 30 de noviembre de 1935.
 - , «Los madrileños en sus colonias», *Estampa*, IX, 424, 29 de febrero de 1936.

6. EDUCACIÓN Y ESTUDIANTES

- CARNÉS, Luisa, «Las mujeres no han votado», *La Voz. Diario Republicano* (Córdoba), XIV, 4290, 9 de mayo de 1933.

- , «Esta muchacha filipina ha vuelto a España para estudiar en el mismo idioma que sus abuelos», *Estampa*, IX, 431, 18 de abril de 1936.
- , «Mayo, el mes en que los novios riñen», *Estampa*, IX, 435, 16 de mayo de 1936.
- , «En Murcia, con los estudiantes», *Estampa*, IX, 440, 20 de junio de 1936.
- , «Las chicas madrileñas quieren ser taquimecas y modistas», *Ahora*, VII, 1633, 20 de marzo de 1936.
- , «Seis estudiantes chinos van a luchar por la independencia de su patria», *Estampa*, X, 508, 2 de octubre de 1937.

7. ARTE Y ARTISTAS

- CARNÉS, Luisa, «Arte y artistas. En torno al magnífico caso de Ángeles Santos», *Crónica*, II, 54, 23 de noviembre de 1930.
- , «Rafael Alberti, su obra, su optimismo, su rebeldía y andalucismo», *Crónica*, 69, 8 de marzo de 1931.
 - , «Nena de Vedo, la “Manuela” dulce y sacrificada de “Muchachas de uniforme”, nos habla de sus aficiones deportivas», *As*, III, 113, 6 de agosto de 1934.
 - , «Harry Flemming, el bailarín internacional, es un entusiasta del boxeo», *As*, III, 115, 20 de agosto de 1934.
 - , «Entrevista con Ignacio Ara el día de su combate con Pete Martin», *As*, III, 120, 5 de noviembre de 1934.
 - , «Conchita Constanzo, la “vedette que se ha pasado al verso”, es una excelente amazona», *As*, III, 126, 19 de noviembre de 1934.
 - , «Amparito Taberner juega al “golf” y ha boxeado con Primo Carnera», *As*, III, 130, 17 de diciembre de 1934.
 - , «La danza del knock-out», *As*, III, 132, 31 de diciembre de 1934.
 - , «La castiza Estrellita Castro está aprendiendo a esquiar», *As*, IV, 134, 14 de enero de 1935.
 - , «Saltadora de alto vuelo sobre una piscina minúscula», *As*, IV, 135, 21 de enero de 1935.
 - , «Luisita Estesio, la fisicultura y el encuentro España-Francia», *As*, IV, 139, 18 de febrero de 1935.
 - , «Lo que ha sido de los primeros actores de “cine” [entrevista con Carmen Viance, Manolo San Germán, “Varillas” y “Patiné”]», *Estampa*, VIII, 371, 23 de febrero de 1935.
 - , «Amparito Miguel Ángel hace prácticas de aviación», *As*, IV, 141, 4 de marzo de 1935.
 - , «Soledad Millares se va a dedicar al toreo», *Estampa*, VIII, 374, 16 de marzo de 1935.
 - , «La primera “Miss” de 1935», *Estampa*, VIII, 374, 16 de marzo de 1935.
 - , «¿Los toreros ya no son supersticiosos?», *Estampa*, VIII, 375, 23 de marzo de 1935.
 - , «“Misses” de Aragón», *Estampa*, VIII, 376, 30 de marzo de 1935.
 - , «Goyita Estrella, “Miss Provincias 1935”, es una aficionada “practicante” del “sport”», *As*, IV, 149, 29 de abril de 1935.
 - , «A Séllica Pérez Carpio le van a dar la Medalla de Madrid», *Estampa*, IX, 427, 21 de marzo de 1936.
 - , «El final de los flamencos [entrevista con Rita “la Cantaora”, Antonia “la Coquinera”, “la Paloma”, “la Nona”, “el Mochuelo”, “el Estampío”]», *Estampa*, VIII, 386, 8 de junio de 1935, s. p.
 - , «Una bailarina acrobática: Elva Roy», *As*, IV, 161, 22 de julio de 1935.

- , «“Miss Deporte” quiere ser una deportista famosa, por el amor de un campeón español», *As*, IV, 162, 29 de julio de 1935.
- , «Faustina Valladolid, la señorita que se clasificó primera en la prueba ciclista organizada por el club de Chamartín», *As*, IV, 165, 19 de agosto de 1935.
- , «Del escenario a la clínica. Jacinta de la Vega, actriz de zarzuela y médica», *Estampa*, VIII, 409, 17 de noviembre de 1935.
- , «“Yo he trabajado con Ramón y Cajal” cuenta la “vedette” Conchita Rey», *Estampa*, IX, 425, 7 de marzo de 1936.
- , «¿Una escuela de “mujeres fatales”? [Entrevista a Conchita Leonardo]», *Estampa*, IX, 427, 21 de marzo de 1936.
- , «¿Cómo estudia usted a sus “personajes”? [Entrevista a Carmen Díaz, Estrellita Castro, Antoñita Colomé y Lina Yegrós]», *Estampa*, IX, 430, 11 de abril de 1936.

8. REPORTAJES SOBRE LA RETAGUARDIA DURANTE LA GUERRA CIVIL

- CARNÉS, Luisa, «Para los hijos de los combatientes», *Estampa*, IX, 447, 8 de agosto de 1936.
- , «El “mono” proletario, uniforme de honor», *Estampa*, IX, 453, 19 de septiembre de 1936.
 - , «El 16 de julio, a bordo del “Churruca”», *Estampa*, IX, 454, 26 de septiembre de 1936.
 - , «Los alumnos del colegio del Sagrado Corazón, convertidos en valientes milicianos», *Estampa*, IX, 455, 3 de octubre de 1936.
 - , «Los artistas infantiles trabajan para los niños de las guarderías», *Estampa*, IX, 456, 10 de octubre de 1936.
 - , «S.R.I.», *Estampa*, IX, 456, 10 de octubre de 1936.
 - , «A los combatientes no les faltarán víveres mientras dure la guerra», *Estampa*, IX, 459, 31 de octubre de 1936.
 - , «El telegrafista de Torrente, declarado “enemigo público número 1” por los facciosos», *Estampa*, IX, 461, 14 de noviembre de 1936.
 - , «Altavoz del Frente. Nueva cultura para el frente y la retaguardia», *Estampa*, IX, 465, 19 de diciembre de 1936.
 - , «En vuestras manos está el destino de Europa [entrevista con Erwin Piscator]», *Estampa*, IX, 466, 26 de diciembre de 1936.
 - , «Los artistas españoles en la defensa de Madrid», *Estampa*, IX, 466, 26 de diciembre de 1936.
 - , «Año nuevo del niño antifascista», *Estampa*, X, 467, 2 de enero de 1937.
 - , «Valencia abre sus brazos a los refugiados de Madrid y de toda la España republicana», *Estampa*, X, 467, 2 de enero de 1937.
 - , «El pueblo en armas ha sabido salvar sus obras de arte», *Estampa*, X, 468, 9 de enero de 1937.
 - , «Cómo eran los marinos de Kosomal», *Estampa*, X, 468, 9 de enero de 1937.
 - , «Habla la juventud española», *Estampa*, X, 471, 30 de enero de 1937.
 - , «Los que viven y se enriquecen de la industria del pescado en Valencia», *Frente Rojo*, I, 35, 2 de marzo de 1937.
 - , «¿Por qué encarecen las subsistencias?», *Frente Rojo*, I, 41, 9 de marzo de 1937.
 - , «Un nuevo arte de guerra en las calles de Valencia», *Estampa*, X, 479, 27 de marzo de 1937.
 - , «“Nuestro deber es defender España”, dice el otro hijo de Unamuno, herido de guerra», *Estampa*, X, 480, 3 de abril de 1937.

- , «Hay que poner a los artículos alimenticios una tasa justa que termine con los abusos de los intermediarios», *Frente Rojo*, I, 64, 5 de abril de 1937.
- , «Los acaparadores e intermediarios contribuyen a que el precio de los huevos haya sufrido un alza excesiva», *Frente Rojo*, I, 65, 6 de abril de 1937.
- , «España será una nueva república sin analfabetos. Otro manantial de cultura: “La escuela de Lina Odena” de Valencia», *Estampa*, X, 481, 10 de abril de 1937.
- , «Ni un día más debe ser tolerada la especulación», *Frente Rojo*, I, 70, 12 de abril de 1937.
- , «Los especuladores del arroz son los antiguos patronos arroceros, infiltrados en las organizaciones obreras», *Frente Rojo*, I, 71, 13 de abril de 1937.
- , «Los campesinos de Vega Alta y Baja dicen que las verduras no tienen por qué estar más caras que otros años y que la patata se abaratará», *Frente Rojo*, I, 85, 29 de abril de 1937.
- , «Que nos den camiones y a Madrid le sobrará de todo en pocos días», *Estampa*, X, 484, 1 de mayo de 1937.
- , «Camarada: ¿puedes vivir con las diez pesetas del salario único?», *Frente Rojo*, I, 91, 6 de mayo de 1937.
- , «1º de Mayo de los niños antifascistas españoles», *Estampa*, X, 486, 15 de mayo de 1937.
- , «Romanceros de guerra en las calles de Valencia», *Estampa*, X, 486, 15 de mayo de 1937.
- , «“Retablo Rojo” sirve también para descubrir emboscados», *Frente Rojo*, I, 120, 9 de junio de 1937.
- , «Hay que controlar los precios del mercado», *Frente Rojo*, I, 121, 10 de junio de 1937.
- , «“El abrazo del camarada Stalin a los delegados españoles en la U.R.S.S. representa la magnífica solidaridad soviética al pueblo español en la lucha contra el fascismo”», *Frente Rojo*, I, 125, 15 de junio de 1937.
- , «La exportación de la naranja, vida de Valencia», *Estampa*, X, 491, 19 de junio de 1937.
- , «Brigadas de ayuda al campo en Valencia», *Estampa*, X, 493, 3 de julio de 1937.
- , «Todos están de acuerdo en que el intermediario y el acaparador son los culpables de esta carestía», *Frente Rojo*, I, 127, 28 de junio de 1937.
- , «Los vendedores y pequeños comerciantes de Valencia están de acuerdo en que los intermediarios son los que hacen subir los precios de las subsistencias», *Frente Rojo*, I, 139, 1 de julio de 1937.
- , «Solidaridad con España», *Estampa*, X, 494, 10 de julio de 1937.
- , «Los escritores del mundo, con España», *Estampa*, X, 496, 31 de julio de 1937.
- , «Las Milicias de la Cultura luchan en los frentes con sus libros y con su fusil», *Frente Rojo*, I, 165, 31 de julio de 1937.
- , «¿Qué piensas del último decreto de Instrucción Público?», *Frente Rojo*, I, 201, 11 de septiembre de 1937.
- , «El fraile capuchino que ha venido huyendo de la España invadida», *Estampa*, X, 509, 30 de octubre de 1937.
- , «Valencia envía su arte a la U.R.S.S.», *Estampa*, X, 511, 13 de noviembre de 1937.
- , «El norte invadido», *Estampa*, X, 513, 27 de noviembre de 1937.
- , «El proletariado francés, fuerza de choque en la solidaridad con España», *Estampa*, X, 516, 18 de diciembre de 1937.
- , «Por la unidad internacional de los maestros y por la ayuda a la España republicana. La reunión de la I. T. E. en Barcelona», *Frente Rojo*, II, 205, 2 de enero de 1938.

- , «Ciento sesenta hijos de antifascistas españoles viven felices en una colonia infantil de Cataluña», *Frente Rojo*, II, 318, 20 de enero de 1938.
- , «Ejemplo de una fábrica», *Frente Rojo*, II, 311, 21 de enero de 1938.
- , «Un camarada, evadido de Salamanca, nos habla de la vida en Portugal», *Frente Rojo*, II, 316, 27 de enero de 1938.
- , «Los camaradas refugiados del norte nos cuentan cómo viven en Barcelona», *Frente Rojo*, II, 305, 14 de enero de 1938.
- , «¡En pie los pueblos para ayudar a España!», *Frente Rojo*, II, 572, 27 de noviembre de 1938.
- , «“He podido comprobar en Barcelona que el culto no está prohibido para los que no hacen un arma política de la religión” nos dice la escritora católica francesa Goublet», *Frente Rojo*, II, 599, 29 de diciembre de 1938.

9. ACCIONES DE LAS MUJERES DURANTE LA GUERRA CIVIL

- CARNÉS, Luisa, «Mujeres, alma del pueblo», *Estampa*, IX, 446, 1 de agosto de 1936.
- , «Mujeres de la retaguardia», *Estampa*, IX, 449, 22 de agosto de 1936.
 - , «Lectoras voluntarias», *Estampa*, IX, 450, 29 de agosto de 1936.
 - , «La nuera del Ganivet, enfermera de la República», *Estampa*, IX, 452, 12 de septiembre de 1936.
 - , «También las chicas de servir luchan por el triunfo de la República», *Estampa*, IX, 453, 19 de septiembre de 1936.
 - , «¡Mujeres, alistaos al trabajo!», *Estampa*, IX, 455, 3 de octubre de 1936.
 - , «En Valencia, dos monjas luchan por la República», *Ahora*, VII, 1811, 14 de octubre de 1936.
 - , «Las mujeres valencianas quieren un “chiquet de Madrit”», *Estampa*, IX, 458, 24 de octubre de 1936.
 - , «Las mujeres españolas celebrarán la jornada del 8 de marzo intensificando su labor de guerra», *Frente Rojo*, I, 33, 27 de febrero de 1937.
 - , «Las mujeres residentes en Valencia protestan contra la carestía de las subsistencias», *Frente Rojo*, I, 72, 14 de abril de 1937.
 - , «Las mujeres del 14 de abril de 1931, son nuestras heroicas mujeres del 1936-37», *Frente Rojo*, I, 72, 14 de abril de 1937.
 - , «Las mujeres antifascistas han celebrado la “Semana del Especulador”», *Frente Rojo*, I, 83, 27 de abril de 1937.
 - , «Las mujeres antifascistas de Valencia han creado una cooperativa», *Estampa*, X, 492, 26 de junio de 1937.
 - , «Reunión de mujeres antifascistas en Valencia», *Estampa*, X, 510, 6 de noviembre de 1937.
 - , «Para las mujeres de nuestra guerra», *Frente Rojo*, I, 272, 5 de diciembre de 1937.
 - , «Relatos de refugiadas», *Frente Rojo*, I, 276, 11 de diciembre de 1937.
 - , «“Si el fascismo pretendiera esclavizar a Francia, lucharía como luchan las heroicas mujeres de España”, dice una campesina francesa», *Frente Rojo*, II, 205, 2 de enero de 1938.
 - , «En tres meses, el “Institut d’Adaptació Professional de la Dona” ha movilizado a tres mil mujeres para el trabajo de la retaguardia», *Frente Rojo*, II, 304, 13 de enero de 1938.
 - , «Rosa Luxemburgo, la gran luchadora», *La Hora*, II, 20 de enero de 1938.

- , «Atención y trabajo para las compañeras refugiadas», *Frente Rojo*, II, 315, 26 de enero de 1938.
- , «Las refugiadas del Norte quieren trabajar», *Frente Rojo*, II, 318, 29 de enero de 1938.
- , «Una campesina de Córdoba llega a la España republicana, y dice cómo tratan los invasores a los españoles antifascistas», *Frente Rojo*, II, 372, 3 de abril de 1938.
- , «Nunca olvidaremos a un país que quiere tanto a nuestros hijos», *Frente Rojo*, II, 554, 6 de noviembre de 1938.
- , «Las refugiadas madrileñas recuerdan el 7 de noviembre», *Frente Rojo*, II, 560, 13 de noviembre de 1938.
- , «Relatos de refugiadas: el pasado no es bastante, quieren luchar más», *Frente Rojo*, II, 584, 11 de diciembre de 1938.
- , «Las mujeres pueden ocupar cualquier puesto de trabajo», *Frente Rojo*, III, 602, 1 de enero de 1939.
- , «¡Juguetes, alimentos y víveres!», *Frente Rojo*, III, 608, 8 de enero de 1939.
- , «3.000 mujeres al trabajo en ocho días», *Frente Rojo*, III, 610, 11 de enero de 1939.
- , «Mujeres en su puesto», *Frente Rojo*, III, 616, 18 de enero de 1939.

IX. BIBLIOGRAFÍA

9.1. Fuentes

9.1.1. Obras de Luisa Carnés

- CARNÉS, Luisa, *Peregrinos de calvario*, Madrid, Babel/Calpe, 1928.
—, *El eslabón perdido*, Sevilla, Renacimiento, 2002.
—, *De Barcelona a la Bretaña francesa. Memorias*, Sevilla, Renacimiento, 2014.
—, *Tea Rooms. Mujeres obreras*, Asturias, Hoja de Lata, 2016.
—, *Trece cuentos (1931-1963)*, Asturias, Hoja de Lata, 2017.
—, *Natacha*, Sevilla, Renacimiento, 2018.
—, *Rojo y gris. Cuentos completos I*, Sevilla, Renacimiento, 2018.
—, *Donde brotó el laurel. Cuentos completos II*, Sevilla, Renacimiento, 2018.

9.1.2. Otras fuentes bibliográficas

- ALAS, Leopoldo, «Clarín», *La Regenta*, Barcelona, Crítica, 2005.
ARENAL, Concepción, *La mujer del porvenir*, Madrid, Castalia, 1993.
AUB, Max, *Campo francés*, Madrid, Alfaguara, 1981. [Granada, Cuadernos del Vigía, 2018; prólogo de Carmen Valcárcel].
—, *Campo del Moro*, Madrid, Alfaguara, 1985. [Granada, Cuadernos del Vigía, 2019; prólogo de Almudena Grandes].
—, «Enero sin nombre», en *Enero sin nombre. Los cuentos completos del «Laberinto Mágico»*, Barcelona, Alba, 1997.
BAUDELAIRE, Charles, *El pintor de la vida moderna*, Madrid, Santillana, 2013.
CAMPOAMOR, Clara, *El voto femenino y yo: mi pecado mortal*, Madrid, Público, 2013.
CHAVES NOGALES, Manuel, *A sangre y fuego. Héroe, bestias y mártires de España*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2011.
CLARAMUNT, Teresa, «La mujer. Consideraciones sobre su estado ante las prerrogativas del hombre», recogido en María Amalia Pradas Baena, *Teresa Claramunt. La virgen roja barcelonesa*, Barcelona, Virus Editorial, 2006.
CORONADO, Carolina, *Poesías*, Madrid, Castalia, 1991.
FALCÓN, Irene, *Asalto a los cielos: Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.
GRANDES, Almudena, *Inés y la alegría*, Barcelona, Tusquets, 2010.
LAFORET, Carmen, *Nada*, Barcelona, Ediciones Destino, 1998.
LEÓN, Fray Luis de, *La perfecta casada*, Madrid, Espasa Calpe, 1980.
LEÓN, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Sevilla, Renacimiento, 2020.
MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona, Anagrama, 1987.

MÉNDEZ, Concha y ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma, *Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Grijalbo-Mondadori, 1990.

MISTRAL, Silvia, *Éxodo. Diario de una refugiada española*, Barcelona, Icaria, 2009.

NELKEN, Margarita, *La mujer ante las Cortes Constituyentes*, Madrid, Castro, 1931.

NIN, Andreu, *La revolución española (1930-1937)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007.

ORTEGA Y GASSET, José, *La deshumanización del arte*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

PÉREZ GALDÓS, Benito, *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Cátedra, 2011.

VALLEJO, César, *Obras completas. IV. El arte y la revolución*, Barcelona, Laia, 1978.

9.1.3. Otras fuentes hemerográficas

ACUÑA, Rosario de, «A las mujeres del siglo XIX», *La Luz del Porvenir*, IX, 33, 5 de enero de 1888.

CAMBRILS, María, «Feminismo aristocrático», *El Socialista*, XL, 5136, 26 de julio de 1925.

—, «El voto femenino», *El Popular (Órgano de la Agrupación Socialista Gandiense)*, 26 de octubre de 1933.

CARABIAS, Josefina, «Las mujeres van a ser jueces, notarios, registradores...», *Estampa*, V, 222, 9 de abril de 1932.

—, «¡Mujeres, a votar!», *Estampa*, VI, 276, 22 de abril de 1933.

—, «Las médicas», *Estampa*, V, 225, 30 de abril de 1932.

—, «¿Llegarán las mujeres a monopolizar la carrera de Farmacia?», *Estampa*, V, 227, 14 de mayo de 1932.

—, «La mujer en la Administración del Estado. Las funcionarias de la República», *Estampa*, V, 231, 11 de junio de 1932.

CARVIA, Amalia, «Salutación», *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, I, 7, 29 de marzo de 1901.

CASANOVA DE LUTOSLAWSKI, Sofía, «Reflexiones acerca de la mujer», *El Álbum Ibero Americano*, XIV, 41, 7 de noviembre de 1896.

CIMORRA, Clemente, «Celestino, soldado español», *Frente Rojo*, 18 de enero de 1939.

DÍAZ FERNÁNDEZ, José, «Acerca del arte nuevo», *Post-Guerra*, 4, 25 de septiembre de 1927.

DONATO, Magda, «Un mes entre las locas», *Ahora*, III, 405, 1 de abril de 1932.

—, «La vida en la cárcel de Mujeres», *Ahora*, IV, 796, 2 de julio de 1933.

—, «Cómo se vive en un albergue de mendigas», *Ahora*, VI, 1553, 18 de diciembre de 1935.

—, «Cómo vive la mujer en España», *Ahora*, II, 158, 18 de junio de 1931.

ECHARRI, María de, «Crónica del Movimiento Católico Femenino», *La Paz Social*, 40, junio de 1910.

EDITORIAL, «Sociedad española de higiene», *España Médica*, IV, 141, 20 de diciembre de 1914.

EDITORIAL, «Nuestra misión», *El Estudiante*, 1, 1º de mayo de 1925.

EDITORIAL, «Estudiantes e intelectuales», *El Estudiante*, II, 6, 10 de enero de 1926.

EDITORIAL, «Objetivo único», *Post-Guerra*, 1, I, 25 de junio de 1927.

EDITORIAL, «Biblioteca Postguerra», *Post-Guerra*, I, 3, 25 de agosto de 1927.

EDITORIAL, «Nuestro deber», *Post-Guerra*, I, 3, 25 de agosto de 1927.

EDITORIAL, «Estética del vestir», *Mujeres Libres*, I, 1936. Disponible en <https://cgt.org.es/revista-mujeres-libres/>.

- EDITORIAL, *Mujeres Libres*, I, 1936. Disponible en <https://cgt.org.es/revista-mujeres-libres/>.
- EDITORIAL, «Estampa tiene una tirada de 174.000 ejemplares y por ahora no puede tirar más», *Estampa*, I, 38, 18 de septiembre de 1928.
- EDITORIAL, «Las redactoras y colaboradoras de Estampa», *Estampa*, II, 53, 1 de enero de 1929.
- EL CABALLERO AUDAZ, «Nuestras visitas: la Condesa de Pardo Bazán», *La Esfera*, I, 7, 14 de febrero de 1914.
- ESCORIAZA, Teresa de, «Feminismo militante», *La Libertad*, VIII, 4577, 30 de marzo de 1926.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, «Noticias de última hora sobre el veraneo de escritores españoles», *La Gaceta Literaria*, 89, 1 de septiembre de 1930.
- GIMENO DE FLAQUER, Concepción, «Mujeres científicas del siglo XIX», *El Álbum Ibero-Americano*, XVIII, 29, 7 de agosto de 1900.
- GÓMEZ FIOL, Enrique, «Domadores del éxito. Carmen de Burgos (Colombine)», *La Esfera*, IX, 442, 24 de junio de 1922.
- GUSTAVO, Soledad, «Teresa Claramunt», *La Revista Blanca*, IX, 2ª época, 191, 1 de mayo de 1931.
- MARTÍ, Amparo, «Cómo se arreglará lo de los calcetines», *Vida Socialista*, 20, 15 de mayo de 1910.
- MORIN, Emiliana, «El cometido de la mujer en la lucha social», *Solidaridad Obrera*, II, 214, 26 de julio de 1931.
- NELKEN, Margarita, «El sonido dramático de los números», *El Socialista*, XLVI, 7016, 5 de agosto de 1931.
- SÁENZ DE MELGAR, Faustina, «Al público», *La Mujer*, I, 1, 8 de junio de 1871.
- SÁNCHEZ OCAÑA, Vicente, «Sólo en Madrid estudian Medicina cien muchachas», *Estampa*, I, 4, 24 de enero de 1928.
- SÁNCHEZ SAORNIL, Lucía, «La cuestión femenina en nuestros medios», *Solidaridad Obrera*, VI, época VI, 1075, 26 de septiembre de 1935.
- SÁRRAGA, Belén de, «Estamos en pie», *La Conciencia Libre*, segunda época, I, 1, 2 de diciembre de 1905.
- SINUÉS DE MARCO, María del Pilar, «Hija, esposa y madre», *Ángel del Hogar*, II, 5, 8 de febrero de 1865.
- , *El Ángel del Hogar*, II, 1, 8 de enero de 1865.
- , «Hija, esposa y madre. Cartas dedicadas a la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad», *Ángel del Hogar*, II, 7, 24 de febrero de 1865.
- PARDO BAZÁN, Emilia, «La vida contemporánea», *La Ilustración Artística*, XXXIV, 1740, 3 de mayo de 1915.
- PEREIRA, Luís, «¿Quién nos coserá los calcetines?», *El Socialista*, XXV, 1259, 1 de mayo de 1910.
- POCH Y GASCÓN, Amparo, «El niño sano», *Mujeres Libres*, II, 1937. Disponible en <https://cgt.org.es/revista-mujeres-libres/>.

9.2. Estudios sobre Luisa Carnés

9.2.1. Bibliografía

- ARIAS, Raquel, «La literatura de Luisa Carnés durante la Segunda República: *Tea Rooms*», *Cultura de la República: Revista de Análisis Crítico (CRRAC)*, 1 (2017), pp. 55-72.
- CALVIÑO TUR, Natalia, *La observación como transgresión. La «flâneuserie» en la obra de Luisa Carnés*, Trabajo de Fin de Máster, Universidad Autónoma de Madrid, 2017.
- HELLÍN NISTAL, Lucía, «Tea Rooms. Mujeres obreras: una novela de avanzada de Luisa Carnés», *Kamchatka: Revista de Análisis Cultural*, 14 (diciembre 2019). Número monográfico coordinado por Ángeles Martínez-Fernández, dedicado a *Cultura(s) obrera(s) en España*, pp. 179-202.
- MONTIEL RAYO, Francisca, «La vida y la muerte en los cuentos sobre la Guerra Civil de Luisa Carnés», *Orillas*, 7 (2018), pp. 45-59.
- OLMEDO, Iliana, *Compromiso, memoria y exilio: la narrativa de Luisa Carnés (1926-1964)*. [Tesis doctoral], Universitat Autònoma de Barcelona, 2009.
- , «Los exiliados republicanos y la cultura mexicana: los artículos de Luisa Carnés en El Nacional», *Laberintos: Revista de Estudios sobre los Exilios Culturales Españoles*, 12 (2010), pp. 49-70.
- , «El trabajo femenino en la novela de la Segunda República: *Tea Rooms* (1934) de Luisa Carnés», *RILCE: Revista de Filología Hispánica*, 30, 2 (2014), pp. 503-524.
- , *Itinerarios de exilio. La obra narrativa de Luisa Carnés*, Sevilla, Renacimiento, 2014.
- , «Feminismo y política: la producción teatral de Luisa Carnés», en Manuel Aznar Soler (coord.), *La literatura dramática del exilio republicano de 1933*, vol. 1, 2013, pp. 147-155.
- , «De la (desmemoria) a la sociedad del espectáculo. Descubrimiento, trayectoria y repercusión de la figura de Luisa Carnés» [Entrevista], *Kamchatka: Revista de Análisis Cultural*, 14 (diciembre 2019). Número dedicado a *Cultura(s) obrera(s) en España*, pp. 539-560.3
- PLAZA, Antonio, «Luisa Carnés, una escritora olvidada», *Cuadernos Republicanos*, 12 (octubre de 1992), pp. 45-58.
- , «Teatro y compromiso en la obra de Luisa Carnés», *Acotaciones*, 25 (julio-diciembre de 2010), pp. 95-122. Disponible en http://www.resad.es/acotaciones/acotaciones25/compromiso_a_plaza_p.pdf.

9.2.2. Hemerografía

- ALMANZORA, Juan de, «La novelista que, por ahora, gana su vida escribiendo cartas comerciales», *Crónica*, 30 de marzo de 1930.
- AA.VV., «Contra el terror nazi», *El Heraldo de Madrid*, XLIV, 15032, 7 de abril de 1934.
- , «Homenaje a Clara Campoamor», *El Sol*, XX, 5866, 11 de junio de 1936.
- CABEZA, Fidel, «Luisa Carnés, la novelista más joven de España», *La Correspondencia de Valencia*, LIII, 21198, 27 de mayo de 1930.
- CANSINOS ASSENS, Rafael, «Crítica literaria. *Peregrinos de calvario* (novelas), por Luisa Carnés, con un prólogo de José Francés. Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1928», *La Libertad*, 2504, 31 de marzo de 1928.

- FRANCÉS, José, «Crítica literaria. *Peregrinos de calvario*», *La Libertad*, X, 2500, 31 de marzo de 1928.
- IZCARAY, Jesús, «Una cuartilla para Luisa Carnés», *Mundo Obrero*, 34, 8, 15 de abril de 1964.
- MARQUINA, Rafael, «Una nueva novelista. *Natacha*, de Luisa Carnés», *La Libertad*, XII, 3185, 31 de mayo de 1930.
- SALAZAR Y CHAPELA, Esteban, «Notas críticas [reseña a *Peregrinos de calvario*]», *El Sol*, XIII, 3677, 15 de mayo de 1929.
- , «Notas críticas [reseña a *Natacha*]», *El Sol*, XIV, 3978, 13 de mayo de 1930.
- VERDAGUER, Mario, «*Natacha*», *La Vanguardia*, 10 de junio de 1930.

9.3. Estudios generales

- ABELLÓ GUELL, «El trabajo de las mujeres en los debates de la II Internacional», en Margarita Ortega y María Jesús Matilla, *El trabajo de las mujeres: siglos XVI-XX. Sextas jornadas de investigación interdisciplinaria sobre la mujer*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1996.
- , *El movimiento obrero en España. S. XIX y XX*, Barcelona, Hipótesis, 1997.
- AGUADO, Anna, «Dones, socialisme i democràcia en l'Espanya del primer terç del segle XX», en David Ginard (coord.), *Dona i lluita democràtica al segle XX*, Edicions Documenta Balear, Palma, 2012.
- ALONSO SEOANE, María José (coord.), «Literatura y periodismo en el siglo XVIII», en María del Pilar Palomo (ed.), *Movimientos literarios y periodismo en España*, Madrid, Síntesis, 1997.
- ALTED VIGIL, Alicia, «El “instante congelado” del exilio de los niños de la guerra civil española», *Deportate, Esuli, Prófughe*, 3, 2005, pp. 263-281.
- ÁLVAREZ-URÍA, Fernando, «Mujeres y política. Las políticas de las mujeres en la España de la Segunda República y la Guerra Civil», *Papers*, 4, 98, 2013, pp. 629-646.
- ARESTI, Nerea, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2001.
- AZNAR SOLER, Manuel, *Literatura española y antifascismo (1927-1939). II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, 1987.
- , «El Partido Comunista de España y la literatura», en Jacques Maurice, Brigitte Magnien y Danièle Bussy (eds.), *Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España contemporánea*, Saint Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1990.
- , *República literaria y revolución (1920-1939)*, II, Sevilla, Renacimiento, 2010.
- BALLÓ, Tània, *Las Sinsombrero*, Barcelona, Espasa Libros, 2016.
- BARRANQUERO TEXEIRA, Encarnación, «Ángeles o demonios: representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», *Arenal*, 19, 1 (enero 2012), pp. 75-102.
- BERNARD, Margherita y ROTA, Ivana (eds.), *Mujer, prensa y libertad. España 1883-1939*, Sevilla, Renacimiento, 2015.
- BIEDER, Maryellen, «Emilia Pardo Bazán y la emergencia del discurso feminista», en Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española en lengua castellana*, V, Barcelona, Anthropos, 1998.

- BLANCO, Alda, «Escritora, feminidad y escritura en la España de medio siglo», en Iris M. Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española en lengua castellana*, V, Barcelona, Anthropos, 1998.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos, *De restauración a restauración. Ensayos sobre literatura, historia e ideología*, Sevilla, Renacimiento, 2007.
- BLASCO HERRANZ, Inmaculada, «Mujeres y “cuestión social” en el catolicismo social español: los significados de la “obrero”», *Arenal*, 15, 2 (julio-diciembre de 2008), pp. 237-268.
- BURGUERA, Mónica, *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012.
- CABALLÉ, Anna, «Aspectos de la literatura autobiográfica en España», *Scriptura*, 1986, II, pp. 30-50.
- CABAÑAS BRAVO, Miguel «La labor de salvaguarda del patrimonio artístico-cultural de los Directores Generales de Bellas Artes Ricardo de Orueta y Josep Renau», en Arturo Colorado (ed.), *Patrimonio, guerra civil y posguerra. Congreso Internacional*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2010. Disponible en <https://digital.csic.es/handle/10261/32155>.
- CARNERO, Guillermo (coord.), «Siglo XIX», en Víctor García de la Concha (dir.), *Historia de la literatura española*, 8, Madrid, Espasa Calpe, 1996.
- CIVANTOS URRUTIA, Alejandro, «La izquierda radical en la crisis de la monarquía», en César de Vicente Hernando (ed.), *Una generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935)*, Florida, Stockcero, 2013.
- , «La revolución editorial de El Nuevo Romanticismo» en César de Vicente Hernando (ed.) *Una generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935)*, Florida, Stockcero, 2013.
- , *Leer en rojo. El libro popular antiautoritario y de izquierda (1917-1931)*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2015.
- COLMENAR ORZAES, Carmen, «Nodrizas y lactancia mercenaria en España durante el primer tercio del siglo XX», *Arenal*, 14, 2 (diciembre de 2007), pp. 335-359.
- CUEVA, Almudena de la y MÁRQUEZ, Margarita (eds.), *Mujeres en Vanguardia. La Residencia de señoritas en su centenario [1915-1936]*. Catálogo, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2015.
- DEL HIERRO, Guadalupe, «Identidad femenina y modernidad pictórica: Maruja Mallo y Remedios Varo», en Ángeles Encinar, Eva Löfquist y Carmen Valcárcel (eds.), *Género y géneros: escritura y escritoras iberoamericanas*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2006.
- DÍAZ NOSTY, Bernardo, *Voces de mujeres. Periodistas españolas del siglo XX nacidas antes del final de la guerra civil*, Sevilla, Renacimiento, 2020.
- DURÁN, María Ángeles (coord.), *Mujeres y hombres. La formación del pensamiento igualitario*, Madrid, Castalia, 1993.
- DOMINGO, Carmen, *Con voz y voto. Las mujeres y la política en España (1931-1945)*, Barcelona, Lumen, 2004.
- ELU TERÁN, Alexander, «Las primeras pensiones públicas de vejez en España. Un estudio del Retiro Obrero, 1909-1936», *Revista de Historia Industrial*, XV, 32, 3 (2006), pp. 33-68.
- ENA BORDONADA, Ángela, «Jaque al ángel del hogar: escritoras en busca de la nueva mujer del siglo XX», en María José Porro (ed.), *Romper el espejo: la mujer y la transgresión*

- de los códigos en la literatura española. Escritura, lectura, textos (1001-2000)*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2001.
- ESPINOSA I MIRABET, Sílvia «En femenino y singular: la mujer en la radio española desde los “felices años veinte” hasta el final de la Guerra Civil», *Arenal*, 23, 1 (enero-junio de 2016), p. 5-34.
- ESTEBAN, José y SANTONJA, Gonzalo, *Los novelistas sociales españoles (1928-1936). Antología*, Barcelona, Anthropos, 1988.
- FEDERICI, Silvia, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficante de Sueños, 2013.
- FONTANA, Josep, «La época del liberalismo», en Josep Fontana y Ramón Villares (dirs.), *Historia de España*, vol. 6, Barcelona, Crítica, 2017.
- FUENTES, Víctor, *La marcha al pueblo de las letras españolas (1917-1936)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2006.
- GONZÁLEZ CALBET, María Teresa, «El surgimiento del movimiento feminista, 1900-1930», en Pilar Folguera (ed.), *El feminismo en España. Dos siglos de historia*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2007.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «La dictadura de Primo de Rivera: los límites de la modernización desde el Estado», en César de Vicente Hernando (ed.), *Una generación perdida. El tiempo de la literatura de avanzada (1925-1935)*, Florida, Stockcero, 2013.
- JARDÓN PARDO DE SANTAYANA, Pelayo, *Margarita Nelken: del feminismo a la revolución*, Madrid, Sanz y Torres, 2013.
- KIRKPATRICK, Susan, *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Valencia, Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, 2003.
- LABANYI, Jo, *Género y modernización en la novela realista española*, Madrid, Cátedra, 2011.
- LARRAZ, Fernando, «La novela testimonial de las exiliadas republicanas en México», en Ángeles Encinar, Eva Löfquist y Carmen Valcárcel (eds.), *Género y géneros. Escritura y escritoras iberoamericanas*, I, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2006.
- LEJEUNE, Philippe, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endimión, 1994.
- LIDA, Clara E., *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888)*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1973.
- , «La voluntad de memoria en el exilio en México», *Exilio*, II, 2002, s. p. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc-%20s48s5>.
- LIZÁRRAGA, Isabel, *Luz ajena. El enigma de María Lejárraga*, Sevilla, Renacimiento, 2020.
- LÓPEZ MORELL, Miguel Ángel y MOLINA ABRIL, Alfredo, «La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano», *Revista de Historia Industrial*, 49, XXI (2012), pp. 111-145.
- LOUREIRO, Ángel, *Huellas del otro. Ética de la autobiografía en la edad moderna*, Madrid, Postmetropolis, 2020.
- LUENGO LÓPEZ, Jordi, «Claves identitarias desde la memoria hemerográfica. Mujeres periodistas en la conformación de nuevas libertades (1900-1936)», *Arenal*, 14, 1 (enero-julio de 2007), pp. 111-135.
- MERINO HERNÁNDEZ, Rosa María, *La Segunda República, una coyuntura para las mujeres españolas: cambios y permanencias en las relaciones de género*, Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2016.

- MINDEK, Dubravka y MOLINA-ALARCÓN, Miguel, «La identidad falsa como estrategia de (in)visibilidad de las mujeres pioneras de la performance (México-España, 1926-36)», *ANIAV, Revista de investigación en artes visuales*, 2019, 5, pp. 82-95.
- MORADIELLOS, Enrique, *Historia mínima de la Guerra Civil española*, Madrid, Turner, 2016.
- MORANT, Isabel (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vols. III y IV, Madrid, Cátedra, 2006.
- NASH, Mary, «Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 151-172.
- , «Trabajadoras y estrategias de supervivencia económica: el caso del trabajo a domicilio», en Margarita Ortega y María Jesús Matilla (eds.), *El trabajo de las mujeres: siglos XVI-XX. Sextas jornadas de investigación interdisciplinaria sobre la mujer*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1996.
- , *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Barcelona, Taurus, 1999.
- , *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Alianza, Madrid, 2004.
- NÚÑEZ PÉREZ, Gloria, *Trabajadoras en la Segunda República. Un estudio sobre la actividad económica extradoméstica (1931-1939)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.
- PÉREZ BAZO, Javier (ed.), *La Vanguardia en España*, París, Cric & Orphys, 1998.
- RAMOS, María Dolores, «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», *Ayer*, 60, 4 (2005), pp. 45-74.
- RAMOS PALOMO, Dolores, «Identidad de género, feminismo y movimientos sociales en España», *Historia Contemporánea*, 21 (2000), pp. 523-552.
- , «Federalismo, laicismo, obrerismo, feminismo: cuatro claves para interpretar la biografía de Belén Sárraga», en Dolores Ramos Palomo y María Teresa Vera Balanza (coords.), *Discursos, realidades, utopías: la construcción del sujeto femenino en los siglos XIX-XX*, Barcelona, Anthropos, 2002, pp. 125-164.
- , «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», *Ayer*, 60, 4 (2005), pp. 45-74.
- , «La modernidad que viene. Mujeres, vida cotidiana y espacios de ocio en los años veinte y treinta», *Arenal: Revista de Historia de Mujeres*, 14 (2007), pp. 265-289.
- , «Magda Donato, una mujer moderna. Su labor como articulista en la prensa española (1917-1936)», *Arenal: Revista de Historia de Mujeres*, 17, 1 (2010), pp. 177-196.
- , «La construcción cultural de la feminidad en España: desde el fin del siglo XIX a los locos y politizados años veinte y treinta», en Mary Nash (coord.), *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género*, Madrid, Alianza, 2014, pp. 21-46.
- , «Tambores de guerra: Victoria Kent y el feminismo republicano en los años treinta», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7, 13 (2018); núm. dedicado a La guerra civil española. Una perspectiva biográfica, pp. 297-317.
- , (coord.), *Tejedoras de ciudadanía: culturas políticas, feminismo y luchas democráticas en España*, Málaga, Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2014.
- RAMOS PALOMO, Dolores y VERA BALANZA, María Teresa (coords.), *Discursos, realidades, utopías: la construcción del sujeto femenino en los siglos XIX-XX*, Barcelona, Anthropos, 2002.
- ROMERO LÓPEZ, Dolores (ed.), *Los márgenes de la modernidad. Temas y creadores raros y olvidados en la Edad de Plata*, Sevilla, Punto Rojo Libros, 2014.

- ROMERO TOBAR, Leonardo, «Los géneros literarios en el periodismo del traspaso de siglos», en Salvador Montesa (dir.), *Literatura y periodismo. La prensa como espacio creativo*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2003.
- RODRÍGUEZ, Juan, «El exilio literario en la periferia de la literatura española», *Laberintos. Anuario de estudios sobre los exilios culturales españoles*, Valencia, 3 (2004), pp. 74-90.
- RODRÍGUEZ ARAGÓN, Mario, «Condicionamiento de los medios de comunicación social por el desarrollo tecnológico», en Manuel Tuñón de Lara (dir.), *La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1986.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (coord.), *La República y la cultura. Paz, guerra y exilio*, Madrid, Istmo, 2009.
- ROSSELLÓ, Josep Maria, *La vuelta a la naturaleza. El pensamiento naturista hispano (1890-2000): naturismo libertario, trofología, vegetarianismo naturista, vegetarianismo social y libre cultura*, Barcelona, Virus, 2003.
- SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos, «La edición de periódicos y la empresa periodística», en Jesús A. Martínez (dir.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2015.
- SCANLON, Geraldine M., *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- SEOANE, María Cruz, «El periodismo como género literario y como tema novelesco» en Salvador Montesa (dir.), *Literatura y periodismo. La prensa como espacio creativo*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2003.
- y SÁIZ, María Dolores, *Historia del Periodismo en España. El siglo XX (1898-1936)*, Madrid, Alianza, 1996.
- SIMÓN PALMER, María del Carmen, *Escritoras españolas del siglo XIX*, Madrid, Castalia, 1991.
- SOLBES LÓPEZ, Rosa, AGUADO, Ana y ALMELA, Joan-Miquel, *María Cambrils: el despertar del feminismo socialista: biografía, textos y contextos (1877-1939)*, Valencia, Universitat de València, 2015.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1986.
- , *La España del siglo XIX*, Madrid, Akal, 2000.
- VALCÁRCEL, Carmen, «Los hechizos literarios de Remedios Varo», en María Jesús Zamora y Alberto Ortiz (eds.), *Espejo de brujas. Mujeres transgresoras a través de la Historia*, Madrid, Abada, 2001, pp. 371-384.
- , «Remedios Varo: espacios de la creación», en Selena Millares (ed.), *Diálogo de las artes en las vanguardias hispánicas*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana Vervuert, 2017, pp. 407-430.
- , «Las Republicanas: Teresa Gracia tras la alambrada», en Margarita Almela Boix, María Magdalena García Lorenzo, Helena Guzmán García y Marina Sanfilippo (coords.), *Ecos de la memoria*, Madrid, 2011, pp. 327-345.
- VARELA FERNÁNDEZ, Julia, «La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri», *Papers*, 98, 4, (2013), pp. 611-627.

- VERA BALANZA, María Teresa, «Género y opinión pública: escritoras en el suplemento *Mujer de hoy*» en Salvador Montesa (dir.), *Literatura y periodismo. La prensa como espacio creativo*, Málaga, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, 2003.
- VICENTE HERNANDO, César de, «Cultura obrera: un intento de definición», *Kamchatka: Revista de Análisis Cultural*, 14 (diciembre 2019), pp. 349-365.
- VICENTE VILLANUEVA, Laura, «Teresa Claramunt, memoria y biografía de una heterodoxa», *Arenal*, 12, 2, julio-diciembre de 2005, pp. 281-307.
- VIÑAS, Ángel y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando, *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009.
- ZAMBRANO, María (1937), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Trota, 1998.

9.4. Recursos en línea

- ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID, *Historia de la APM de 1895 a 1918*. Disponible en <https://www.apmadrid.es/sobre-la-apm/historia-de-la-apm/1895-a-1918/>.
- GAVALDÀ, Josep, «Sofia Casanova, la primera corresponsal de guerra», *National Geographic*, 17 de julio de 2020. Disponible en https://historia.nationalgeographic.com.es/a/sofia-casanova-primera-corresponsal-guerra_15500.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, *Habitantes inscritos en la Población de Hecho del Censo de 1930 clasificados según el sexo en combinación con el estado civil y con la instrucción elemental, por capitales*. Disponible en <https://www.ine.es/inebaseweb/pdfDispacher.do?td=194364&ext=.pdf>.
- PARES (PORTAL DE ARCHIVOS ESPAÑOLES), *Registro Nacional de Extranjeros en México (Luisa Carnés)*, Ministerio de Cultura y Deporte. Disponible en http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/viewer2Controller.form?accion=43&nid=12881&txt_id_imagen=1&txt_zoom=10&txt_contraste=0&txt_rotar=0&txt_polarizado=&viewName=visorImpresion.
- SANTOS, Ángeles, *Tertulia*. Óleo sobre lienzo, 1929. Madrid, Museo Reina Sofía. Disponible en <https://www.museoreinasofia.es/coleccion/obra/tertulia>.
- PARES (PORTAL DE ARCHIVOS ESPAÑOLES), *Registro Nacional de Extranjeros en México (Luisa Carnés)*, Ministerio de Cultura y Deporte. Disponible en http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/viewer2Controller.form?accion=43&nid=12881&txt_id_imagen=1&txt_zoom=10&txt_contraste=0&txt_rotar=0&txt_polarizado=&viewName=visorImpresion.
- GAVALDÀ, Josep, «Sofia Casanova, la primera corresponsal de guerra», *National Geographic*, 17 de julio de 2020. Disponible en https://historia.nationalgeographic.com.es/a/sofia-casanova-primera-corresponsal-guerra_15500.

9.5. Imágenes de hemeroteca⁵⁴⁴

- Portada de *ABC*, IX, 2795, 2ª época, 7 de febrero de 1913. Disponible en <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19130207-1.html>.

⁵⁴⁴ Se relacionan por orden cronológico.

Portada de *Redención*, III, 18, febrero de 1917. Disponible en <http://graphbooks.com/index.php/app/detail/redencion-revista-mensual-feminista.-ano-iii-num.-18>.

Nodo 50, *Cartel propagandista de la Agrupación Mujeres Libres*. Disponible en <https://info.nodo50.org/Mujeres-revolucionarias-y.html>.

Portada de *ABC*, XXIX, 1 de octubre de 1933. Disponible en <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19331121-1.html>.

Portada de *ABC*, número suelto, 27 de febrero de 1952. Disponible en <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19520227.html>.

Biblioteca Digital Hispánica, *Descripción y notas del diario La Voz*. Disponible en <http://bdh.bne.es/bnearch/CompleteSearch.do?numfields=3&advanced=true&field3Op=AND&field2Op=AND&field1Op=AND&textH=&completeText=off&fechaHsearchtype=0&lengua=&field1=titulo&field3val=&showYearItems=&field1val=la+voz&field2val=&fechaHhasta=&fechaHen=&exact=on&text=&field3=todos&fechaHdesde=&field2=todos&doctype=Prensa+y+Revistas&pageSize=1&pageSizeAbrv=30&pageNumber=12>.

9.6. Textos legislativos⁵⁴⁵

Texto original del Código Penal, publicado en la *Gaceta de Madrid*, CCXXVIII, III, 243, 31 de julio de 1870, p. 9. Disponible en <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1870-6883>.

Texto original del Código Civil de 1889, publicado en *La Gaceta de Madrid*, CCXXVIII, III, 206, 25 de julio de 1889, p. 249. Disponible en [https://www.boe.es/eli/es/rd/1889/07/24/\(1\)/con/18890725](https://www.boe.es/eli/es/rd/1889/07/24/(1)/con/18890725).

Decreto-Ley 20/1977, de 18 de marzo, sobre Normas Electorales, según el cual se obliga explícitamente a todos los partidos que deseen concurrir a elecciones generales de 1977 a renunciar a toda denominación expresamente republicana. Disponible en <https://www.boe.es/boe/dias/1977/03/23/pdfs/A06584-06600.pdf>.

⁵⁴⁵ Se relacionan por orden cronológico.